

2 0 0 6 - 2 0 2 0

15 JAAR SPINOZA — LEZING IN AMSTERDAM



15 JAAR SPINOZA — LEZING IN AMSTERDAM

15 AÑOS DE LA CONFERENCIA SPINOZA EN ÁMSTERDAM



2 0 0 6 - 2 0 2 0

15 AÑOS DE LA CONFERENCIA SPINOZA EN ÁMSTERDAM



15 AÑOS DE LA  
CONFERENCIA  
SPINOZA EN  
ÁMSTERDAM

## **Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo**

Catálogo General de Publicaciones Oficiales

<https://publicacionesoficiales.boe.es>

NIPO: 109-20-059-6

NIPO en línea: 109-20-060-9

© 2020 De esta edición: Agencia Española  
de Cooperación Internacional para el Desarrollo

©2020 De los textos: sus autores

Edición no venal

Esta publicación ha sido posible gracias a la Agencia  
Española de Cooperación Internacional para el  
Desarrollo (AECID).

El contenido de la misma no refleja necesariamente  
la postura de la AECID.

*Ministra de Asuntos Exteriores,  
Unión Europea y Cooperación*  
Arancha González Laya

*Secretaria de Estado de Cooperación Internacional*  
Ángeles Moreno Brau

*Director de la Agencia Española de Cooperación  
Internacional para el Desarrollo*  
Magdy Esteban Marínez Solimán

*Director de Relaciones Culturales y Científicas*  
Guzmán Ignacio Palacios Fernández

*Coordinación editorial AECID*  
Héctor J. Cuesta Romero



## **Instituto Cervantes**

Catálogo de Publicaciones del Instituto Cervantes

<https://www.cervantes.es>

NIPO: 110-20-031-7

NIPO en línea: 110-20-030-0

*Director*

Luis García Montero

*Secretaria General*

Carmen Noguero Galilea

*Director de Gabinete*

Martín López-Vega

*Directora de Cultura*

Raquel Caleya Caña

*Directora del Instituto Cervantes de Utrecht*

Pilar Tena

*Coordinación de la edición*

Luis Tejero, Pilar Tena



## **Embajada de España en los Países Bajos**

*Embajadora*

María Jesús Alonso Jiménez

*Consejero Cultural*

Luis Tejero González

*Diseño de la edición*

Bosque de Mármol ed.

*Revisión de los textos*

Cristina Santalla, Paula Garín





# 15 AÑOS DE LA CONFERENCIA SPINOZA EN ÁMSTERDAM

2 0 0 6

~

2 0 2 0





<b>Conferencia Spinoza</b>	IX
<b>Buscar la verdad</b>	
Fernando Savater	13
<b>Del humor quevedesco a la ironía cervantina</b>	
Alfredo Bryce Echenique	25
<b>Literatura e identidad o el misterio de la paella</b>	
Eduardo Mendoza	51
<b>El Inca Garcilaso y la lengua general</b>	
Mario Vargas Llosa	79
<b>Entrevista a Isabel Allende</b>	
Isabel Allende en conversación con Ricardo Cuadros	99
<b>La memoria incompleta</b>	
Antonio Muñoz Molina	137
<b>Contra la muerte</b>	
Rosa Montero	159
<b>Lengua y literatura del trópico: del castellano imperial al español internacional</b>	
Héctor Abad Faciolince	179
<b>Europa, jóvenes y medios de transporte</b>	
Alicia Giménez-Bartlett	203
<b>Los personajes secundarios del <i>Quijote</i></b>	
Soledad Puértolas	221
<b>Memorias de ultratumba</b>	
<b>Escribir en México en la Edad de Plomo</b>	
Jorge Volpi	239
<b>Lector, escritor, profesor</b>	
Luis Landero	257





# C O N F E R E N C I A      S P I N O Z A

*Iniciativa tripartita de la Consejería Cultural  
de la Embajada de España en La Haya,  
la Universidad de Ámsterdam y el Instituto  
Cervantes de Utrecht*

La Conferencia Spinoza se gesta en Ámsterdam en noviembre de 2005 con la visita de Carlos Fuentes a los Países Bajos por invitación de la Embajada de México. El célebre escritor mexicano imparte entonces dos conferencias magistrales que contarán con gran asistencia de público y se organizarán con la colaboración de la Consejería Cultural de la Embajada de España en La Haya y el Instituto Cervantes de Utrecht. Una de ellas, pronunciada en la Universidad de Ámsterdam, versará sobre las relaciones entre España y México desde esa «primera globalización» que fue 1492. La otra, en la Universidad de Utrecht, sobre el Quijote, como no podía ser de otra manera en aquel año pletórico de homenajes a Cervantes.

Nace así el deseo de repetir la experiencia de una conferencia de prestigio impartida en español y de ofrecerla de nuevo en Universidad de Ámsterdam. En 2006 se invita a Fernando

Savater. Con gentileza, humor y erudición el escritor y filósofo contesta a las preguntas que suscita en el público su disertación «Buscar la verdad». Su conferencia confirma el inicio de la andadura de esta iniciativa tripartita cuya aspiración es ofrecer a hispanistas e hispanófilos en los Países Bajos la posibilidad de acercarse a los más importantes escritores y pensadores de hoy que se expresan en castellano. Será por sugerencia del propio Savater que se bautice la conferencia con el nombre de Spinoza, el filósofo amsterdamés de origen sefardí, maestro y fuente de inspiración del pensador español.

La segunda edición de la recién creada Conferencia Spinoza la protagoniza en 2007 el escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, quien sorprenderá al público con una disertación profunda y rigurosa sobre el mecanismo del humor en la literatura. La tercera conferencia, en noviembre de 2008, correrá a cargo del escritor catalán Eduardo Mendoza, que hará estallar en carcajadas a la sala con su discurso espontáneo y divertido sobre la literatura española del siglo XX, haciendo gala, al igual que el escritor peruano, de esa ironía de inspiración cervantina que, además de provocar la risa, es generadora de múltiples significados. La cuarta edición de la conferencia Spinoza celebrada en 2009 la pronuncia el premio nobel de literatura, Mario Vargas Llosa, con una exposición erudita y amena sobre el Inca Garcilaso y la lengua general. En 2010 Isabel Allende innovará el formato de la conferencia recuperando el género del diálogo con la complicidad del escritor chileno Ricardo Cuadros. En 2011 la sexta conferencia Spinoza se celebra en el aula Magna de la Universidad de Utrecht protagonizada por Antonio Muñoz Molina. Esta vez se presenta como una conversación en la que Pablo Valdivia, profesor de literatura espa-

ñola de la Universidad de Ámsterdam, conversa con el autor sobre temas relacionados con su escritura. De ahí saltamos al reciente 2013 y regresamos a la Universidad de Ámsterdam, donde Rosa Montero realiza un recorrido literario y muy personal por los mecanismos de la narrativa, la imaginación y la creación en su conferencia *Contra la muerte*.

En ediciones más recientes, Héctor Abad Faciolince nos visitó en 2015 para hablar sobre *Lengua y Literatura del trópico: del castellano imperial al español internacional*, y Alicia Giménez-Bartlett en 2016 con el tema *Europa. Jóvenes, cultura y medios de transporte*. Le siguieron el chileno Jorge Edwards y la escritora y académica española Soledad Puértolas, que en 2018 habló sobre *Los personajes secundarios de El Quijote*.

En noviembre de 2019 Jorge Volpi vino a Ámsterdam desde México para impartir la última Conferencia Spinoza celebrada en esa ciudad, que se centró en el tema *Memorias de Ultratumba. Cómo imaginar a los otros desde el centro de la violencia*.

Y finalmente, en este año del XV aniversario de este excepcional programa, tenemos el enorme privilegio de contar con el escritor español Luis Landero, que con su habitual maestría nos ofrece una emocionante conferencia bajo el título *Lector, escritor, profesor*.

UTRECHT, 30 DE SEPTIEMBRE DE 2020

**2006**

# B U S C A R      L A      V E R D A D

*Fernando Savater*



Permítanme recordar algo poco memorable: la primera lección pública que pronuncié en mi vida, ante un público lógicamente escaso pero más atento o más cortés de lo que hubiera cabido esperar. La llamo «lección» irónicamente; en realidad fue una simple charla, una ocasión de mostrarme pedante queriendo ser sabio (por entonces yo no era más que un estudiante poco aplicado de último curso) frente a otros alumnos de cursos inferiores o resignados compañeros del mío. Sucedió este mínimo acontecimiento en la Facultad de Derecho de la Complutense, justo enfrente de mi propia casa de estudios, dentro de un aula cultural organizada por un antiguo amigo del colegio que se sintió obligado a invitarme por un erróneo o perverso sentido del compañerismo. El tema de mi disertación fue «El positivismo lógico», abstrusa cuestión de la que quizá entonces aún sabía menos que ahora, por imposible que parezca. Nada recuerdo de lo que dije, salvo que acabé con una cita que por

entonces repetía a mansalva del poeta catalán Salvador Espriu, tomada y traducida de *La pell de brau*:

*Las palabras nos hundieron  
en el negro pozo del espanto.  
Otras palabras nos alzarán  
Hasta una nueva claridad.*

Considerada sin embargo con la perspectiva de los años, que borra y realza circunstancias respondiendo al engañoso aunque insustituible criterio que nuestros antepasados llamaban «destino», aquella inicial manifestación pública prefiguró de modo suficiente lo que iba a constituir mi trayectoria intelectual posterior. Los recovecos técnicos de la escuela filosófica de Moritz Schlick y Rudolf Carnap nunca me han sido demasiado familiares, ni siquiera demasiado simpáticos o congeniales. Pero elegí hablar de ese tema porque me parecía que encerraba un intento de crítica —desde un racionalismo exigente— de las brumosas propuestas de la metafísica dogmática y ancestral que constituían el noventa por ciento de lo que nos transmitían como pensamiento perenne nuestros más connotados maestros de la academia franquista. Probablemente era injusto en mi radicalismo, aunque —como señaló Jean Cocteau— tal es el privilegio y el deber de la juventud. En cualquier caso, lo más relevante del mensaje que pretendía transmitir estaba precisamente en los versos finales de Espriu, no en los trabajosos razonamientos escolares tomados de Alfred Julius Ayer y demás correligionarios. Ha sido la paradoja fundamental de mi vida teórica, ser un bravo racionalista enamorado del para mí casi ignoto método científico pero encontrar invariablemente las más ajustadas expresiones de la rigurosa concepción del mun-

do que he creído necesitar en las jaculatorias de los poetas... Así ocurre también en este caso puesto que, en esa estrofa del poeta catalán, están las voces que han proclamado condensadamente desde entonces mi modesta andadura: «palabras», «espanto» y «claridad».

O sea, las palabras entre el espanto y la claridad. Hundiéndonos en el uno, alzándonos hasta la otra para rescatarnos. Las palabras han sido desde un principio las protagonistas de mi tarea, las herramientas que he intentado pulir y manejar, los mojonos indicativos (a veces, lanzas con una cabeza enemiga ensartada en la punta, en otras ocasiones, seto fragante y florido) que delimitan el territorio por el que me ha tocado moverme. Las he cultivado para expresarme o defenderme, las he intentado enseñar a otros para que les sirviesen como lupas o azadas, nunca como cepos. Siempre fluyendo y girando, las palabras, entre el negro pozo del espanto y la liberadora claridad. Pero ¿no puede acaso haber palabras claras y espantosas, claramente espantosas? En cierto sentido parece que la respuesta debe ser afirmativa: algunas de las cosas cuya nombradía nos resulta más nítida son precisamente las que más nos aterran (sobre todo la Cosa por antonomasia, la Innombrable que todo directa o indirectamente señala). La lucidez y el conocimiento representan demasiadas veces lo que sea menos un consuelo: al contrario, inquietan y trastornan. Ya en el Eclesiastés se dice que quien aumenta la ciencia humana, aumenta su dolor. Después de todo, lo único que sabemos con total certeza es el marchito camino de nuestra finitud y su acabamiento. Como dice el poeta navarro Ramón Eder en un aforismo que es una obra maestra del humor negro: «El fin justifica los miedos». Nada tiene pues de raro que tantos rechacen la clarividencia demasiado



agobiante y prefieran acogerse al más español y quijotesco de todos los dictámenes: «de ilusión también se vive».

Y sin embargo, aunque en ocasiones traigan estremecimientos y sobresaltos, siempre he preferido las palabras claras y distintas —por retomar la fórmula del racionalismo cartesiano— es decir, las que aspiran a la verdad y pretenden el desengaño, por cruel que pueda resultar en ocasiones. No me guía la intrepidez hacia esta opción, sino al contrario un miedo más intenso que cualquier escalofrío que pueda provenir del conocimiento. Por decirlo de una vez, nada me causa más temor que la falsedad. Coincido plenamente con el apasionado alegato que pronuncia Marlow, el narrador de la inolvidable *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, ante su silenciosa audiencia: «Ustedes saben que odio, detesto, me resulta intolerable, la mentira, no porque sea más recto que los demás, sino porque sencillamente me espanta. Hay un tinte de muerte, un sabor de mortalidad en la mentira que es exactamente lo que más odio y detesto en el mundo, lo que quiero olvidar. Me hace sentir desgraciado y enfermo, como la mordedura de algo corrupto. Es cuestión de temperamento, me imagino»<sup>1</sup>. Por mi parte, creo que en este rechazo hay algo más que una cuestión de temperamento. Realmente la mentira, es decir, la falsedad voluntariamente asumida y propalada, tiene un parentesco necesario con la muerte: o lo que es lo mismo, proviene de ella y nos acerca a ella. Proviene de la muerte porque mentimos a los demás y a nosotros mismos por debilidad mortal, por apocamiento y temor ante personas o circunstancias que no nos consideramos capaces de afrontar; pero la mentira nos acerca más tarde o más temprano a la muerte que tratamos de esquivar, porque falsea los precarios remedios que podríamos buscar para los

peligros que nos acechan. Recuerdo ahora el diálogo entre Audrey Hepburn y Cary Grant en *Charada*, la deliciosa comedia negra de Stanley Donen. Ella dice que todo el mundo miente y se pregunta quejosa por qué miente tanto la gente. Experto en la administración de falsedades, Cary Grant le responde: «Porque desean algo y temen no conseguirlo diciendo la verdad». Le falta añadir que en última instancia, la que cuenta, aún menos probabilidades tienen de conseguirlo mintiendo. Aunque seguramente no hay una salvación definitiva en ninguna parte, solo en la verdad es posible hallar de vez en cuando las salvaciones parciales, provisionales, que alivian e iluminan nuestra desasosegada existencia. De ilusión también se vive, en efecto, aunque sea poco tiempo: pero las mentiras son siempre, más bien antes que después, el sello antivital de nuestra destrucción.

La búsqueda de palabras que aspiran a la claridad verdadera nos rescata del negro pozo espantoso de la mentira en el que nos precipita la muerte, gran agusanadora de nuestra condición. Ya sé que este planteamiento suena anticuado en el panorama filosófico actual, en el que prevalece lo que quizá con excesiva indignación llamó Claudio Magris el gelatinoso posmodernismo, donde todo es intercambiable por su contrario y la morralla de las misas negras se pone al mismo nivel que el pensamiento de San Agustín<sup>2</sup>. Esta doctrina establece el crepúsculo de la clásica concepción de la verdad como adecuación entre lo que pensamos, lo que decimos y lo que hay en el universo independiente de nuestros gustos y caprichos. Lo que refrendaba antaño la verdad o falsedad de una aseveración era su concordancia con los hechos, inamovibles en su terca presencia. Pero a partir de Nietzsche —nos informan los posmodernos— tenemos que resignarnos a admitir que no hay

hechos sino solo interpretaciones (lo cual por cierto no está tan lejos como el propio Nietzsche creyó de lo que a su vez había explicado ya Kant). E incluso el hecho de que no haya hechos sino interpretaciones no pasa también de ser una interpretación más, añadida a las precedentes... Lo que se establece entonces como verdad, según este criterio (o ausencia de él, más bien) es el acuerdo siempre provisional entre interpretaciones concurrentes, agrupadas en tradiciones culturales o hermenéuticas. Evidentemente discrepo de este planteamiento o, si se prefiere, de esta interpretación de la realidad.

En alguno de mis libros, como *Las preguntas de la vida*, y sobre todo en el capítulo «Elegir la verdad» de *El valor de elegir*, he propuesto una reflexión que se aleja en puntos sustanciales de la opinión posmoderna. Supongo en ella que hay diversos campos de verdad según niveles distintos de consideración de lo real —el de las ciencias experimentales, el de los estudios históricos, el de la literatura, el de la mitología, el del juego, etc.—, y que la falsedad más peligrosa estriba en tratar de sostener la verdad correspondiente a uno de esos campos en el terreno de otro. Lo cual no impide que la verdad objetiva en el plano adecuado sea algo no solo posible sino intelectualmente imprescindible para una mente sana. Los posmodernos proponen el acuerdo más amplio posible como única forma operativa de verdad, pero me parece que chocan con la propia entraña del lenguaje que compartimos, tal como ha señalado Hans Albert: «Podría resultar muy difícil, en el marco de una lengua que —como la lengua humana— tiene una función representativa, renunciar a la idea de una representación adecuada, una idea que es totalmente independiente de aquella de un posible consenso»<sup>3</sup>. Por lo demás, creo firmemente que nuestras

verdades (y nuestros conocimientos) siempre se nos parecen, pero no por razones culturales o hermenéuticas sino evolutivas. Nuestros sentidos, decantados a través del proceso biológico y también histórico que llamamos evolución, son la mejor prueba de que existe un mundo de realidades en cuyo conocimiento adecuado nos va un interés vital. Y, obviamente, la adecuación de tales noticias sensoriales tiene elementos fundamentales que para nada dependen de la tradición o cultura a la que el sujeto pertenece. Sin embargo, también la capacidad de nuestros sentidos nos indica que no estamos hechos para conocerlo todo o cualquier cosa, sino solo aquello que concuerda con nuestra escala ontológica. Por eso, la multiplicación de nuestro conocimiento científico por medio de las prótesis tecnológicas, es la aventura más fascinante y también más arriesgada de nuestra especie. Por lo demás, fuera de este marco evolucionista, me atrevería a confesar que la definición de la verdad que más me gusta en el fondo es la auténticamente ontológica de Manlio Sgalambro: *Ho definito qualche volta la verità come il mondo senza l'uomo*<sup>4</sup>.

En el terreno de la realidad física, el método científico que trata los sucesos semejantes siempre de igual forma y los ordena bajo un paradigma único de explicación es sin duda el camino más ajustado que los humanos hemos tenido para acumular verdades significativas. Sin embargo, su utilidad es mucho menor cuando lo que nos preocupa son las cuestiones morales. Esto es lo malo: el método científico sirve para dirimir problemas que nos angustian mucho menos que otros inasequibles a sus bien fundadas respuestas. Las grandes batallas entre los hombres no son por opiniones contrapuestas sobre geología o física nuclear: los matemáticos no cometen atentados contra quienes

no saben sumar. «Los temas que realmente mueven a la gente, que la llevan a participar en piquetes, a meterse en política y a lanzar bombas son precisamente la clase de cuestiones que jamás decidirá la ciencia. Y, sin embargo, son los temas en que somos más propensos a posicionarnos con firmeza y a defender lo que creemos verdadero»<sup>5</sup>. A fin de cuentas, para evitar el peor de los fanatismos, necesitamos también respuestas aproximadamente racionales en estos campos y el tipo de racionalidad científica no nos sirve o, por lo menos, no nos basta. A lo largo de los siglos, numerosas doctrinas religiosas o mitológicas brindaron interpretaciones poco consistentes del universo exterior pero aportaron esclarecimientos ricos en el sentido del mundo interior de nuestras apetencias, deberes y temores. Como bien dice Ernest Gellner, «los sistemas de creencias del pasado eran técnicamente falsos y moralmente consoladores. La ciencia es lo contrario»<sup>6</sup>. Supongo que tal es el motivo de que ciertos movimientos regresivos busquen cobijo en explicaciones seudo-científicas como el llamado *Diseño Inteligente* para encontrar alternativa al desencantamiento generalizado de lo real llevado a cabo por la ciencia. Quizá reclamar a toda costa consuelo sea intelectualmente pueril, pero sin duda, no lo es la búsqueda de una orientación hacia la vida mejor.

La cuestión importante, en cualquier caso, es si podemos aspirar en el plano de los valores y los ideales a alguna forma de claridad contrastada, es decir, de verdad, comparable en cierta medida a la que en su terreno ofrece el método científico. El relativismo —otra ideología actualmente muy frecuente— asegura que es imposible llegar en asuntos morales a ninguna forma de objetividad inobjetable, por decirlo así. Este logro resulta impensable porque —a diferencia de las verdades cien-

tíficas, iguales para todos si se sigue el método adecuado— los valores e ideales se nos dice que están condicionados sociológica y aún antropológicamente. Es decir, las verdades obtenidas por la ciencia provienen de la racionalidad que compartimos, mientras que los códigos éticos dependen de nuestra adscripción a tal o cual grupo social. De este modo, el relativismo torpedea en la línea de flotación la perspectiva ética misma, al cortocircuitar su proyecto nuclear de llegar a comprender las valoraciones ajenas, que pretende ascender los motivos del otro a razones comunes... o señalar al menos por qué pueden ser descartados como tales. Según los relativistas más concienzudos, se realiza esta crítica desde la voluntad de ampliar y flexibilizar el pluralismo axiológico pero a mi juicio, en realidad, así se hace naufragar cualquier auténtica posibilidad de compromiso moral a escala universal, la única que puede ser atendida en nuestro mundo globalizado. Resulta lamentable (por no decir indignante) que puedan globalizarse los intereses pecuniarios de los especuladores, las tarjetas de crédito o el tráfico de armas... pero no las apreciaciones que calibran, ensalzan y condenan los comportamientos humanos tanto individuales como colectivos. Lo cual veta, por supuesto, cualquier forma de legislación internacional que pueda ser aceptable por el común de los ciudadanos cosmopolitas...

Reconozcamos que no hay algo análogo a la causalidad física de los científicos en el mundo moral: compartimos los acontecimientos del mundo exterior de modo necesario mientras que los procesos valorativos responden a una órbita interior que sintoniza solo con quien cada cual elige. Hace tiempo señalé la diferencia entre lo racional —es decir, nuestro mejor modo de entendérnoslas con las cuestiones objetivas referidas a hechos y

procesos materiales— y lo razonable, que se refiere a cómo tratar con sujetos y causaciones digamos espirituales. Este último proceso suele ir en primera persona, según estableció Bernard Williams, mientras que el otro admite la tercera: es la diferencia entre «¿cómo debo vivir?» y «¿qué debemos aceptar como verdadero?». A mi juicio, lo razonable no implica sin embargo la mera subjetividad sino que también acepta parámetros sometidos a verificación intersubjetiva. Tratar con sujetos obliga a escuchar sus motivaciones y a intentar incorporar la parte asumible de sus valores en la razón común que pretendemos establecer. Como dijo William James, «en la escala de los bienes, hay que atribuir el grado más elevado a los ideales que triunfan al precio de los menores sacrificios, es decir, aquellos cuya realización comporta la destrucción del menor número posible de otros ideales. Puesto que es necesario que haya una victoria y una derrota, el filósofo debe desear la victoria del partido más abarcador, aquel que, incluso en la hora del triunfo, tendrá en cuenta los valores de los vencidos»<sup>7</sup>. Sin duda se trata de algo muy difícil de apreciar y argumentar, pero me parece sumamente relevante para potenciar ciudadanías que quieran huir tanto del fanatismo como de la apatía relativista.

Vuelvo al comienzo, a mi comienzo. Palabras, claridad, espanto... Pese a todas las insuficiencias de mi trayectoria, que ahora repaso y conozco demasiado bien, la busca de la verdad y su reivindicación siguen pareciéndome dignas del más civilizado esfuerzo. Lo afirmo no ya como filósofo sino sobre todo como educador... porque la búsqueda, defensa, ilustración, difusión y controversia de la verdad es lo que asemeja a la filosofía y a la educación. Incluso me atrevo a decir que tengo serias dudas de que la auténtica filosofía hoy pueda ser otra cosa que la re-

flexión sobre las verdades de nuestro conocimiento, la cual ha de preceder y servir de base imprescindible a cualquier tarea educativa.

- 1 Conrad, Joseph. *El corazón de las tinieblas*, trad. Sergio Pitol, Universidad Veracruzana, México 1996. Págs. 71-72.
- 2 Magris, Claudio. *Microcosmos*, trad. J.A. González Sáinz, Anagrama, Barcelona 1999. Pág. 150.
- 3 Albert, Hans. *Racionalismo crítico*, Síntesis, Madrid 2002. Pág. 60.
- 4 «He definido a veces la verdad como el mundo sin el hombre». En *Diálogo teológico*, Adelphi, Milán 1993. Pág. 21.
- 5 Lynch, Michael P. *La importancia de la verdad*, Paidós, Barcelona 2005. Pág. 108
- 6 Gellner, Ernest. *Posmodernismo, razón y religión*, trad. R. Sarró Maluquer, Paidós, Barcelona 1994. Pág. 79.
- 7 James, William. *La voluntad de creer*, trad. L. Moulin, Les Empêcheurs de penser en rond, París 2005. Pág. 207.



**2007**

# DEL HUMOR QUEVEDESCO A LA IRONÍA CERVANTINA

*Alfredo Bryce Echenique*



No quiero empezar esta conferencia sin antes lanzar al viento unos cuantos globos de ensayo, de diverso volumen y contenido, con la esperanza, eso sí, de que todo lo que vendrá después irá aclarando la intención y el significado de cada uno de estos lanzamientos. Y ahí va el primero, que me pertenece, pero no porque quiera ser burro por delante, sino por todo lo contrario, ya que en esta conferencia evitaré casi totalmente referirme a los «materiales» de los que está hecho el humor que ha caracterizado mis libros. Allá va, pues, aquel primer globo: «Detesto la carcajada sonora y total: aquella que hace tanto ruido y nos hace abrir tan grande la boca que hasta se nos cierran los ojos, dejándonos ciegos y sordos, incapacitados por lo tanto para la más mínima observación y reflexión».

El segundo globo pertenece a Eduardo Galeano, a su *Memoria del fuego*, y se refiere a Buster Keaton y Chaplin: «Ellos saben

que no hay asunto más serio que la risa, arte de mucho pero mucho trabajo, y que dar de reír es lo más hermoso que hacerse pueda mientras siga el mundo girando en el universo».

Tercer globo, de Erica Jong, en *Miedo a volar*: «Cualquier sistema era una camisa de fuerza si insistías en adherirte a él de una manera tan total y carente de humor. Yo no creía en los sistemas. Todo lo humano era imperfecto y absurdo, en última instancia. Entonces, ¿en qué creía? En el humor. En reírme de los sistemas, de la gente, de uno mismo. En reírme aún de mi propia necesidad de reírme constantemente. En ver la vida, multilateral, diversa, divertida, trágica, y con momentos de belleza terrible. En ver la vida como un pastel de frutas, incluyendo ciruelas deliciosas y almendras podridas, pero destinado a que lo comamos todo con hambre porque no se pueden celebrar las ciruelas sin envenenarnos, en ocasiones, con las almendras».

Cuarto globo, del maestro francés Etiemble, en su prólogo a *La traición de los intelectuales* (1927): «En *La Ilíada* la patria del enemigo es llamada siempre “Santa Ilión”, y el personaje más conmovedor no es un griego sino el troyano Héctor. Aparentemente, los intelectuales de derecha y de izquierda se han olvidado (o no han leído jamás) las páginas de *La Ilíada* que relatan la despedida de Héctor y Andrómaca, ni tampoco aquellas páginas que nos hablan de Príamo ante los pies de Aquiles... Desconfiemos —concluye Etiemble— de esa trampa mortal que es la coherencia».

Quinto globo, del español Max Aub, en su novela *La calle de Valverde* (1970): «Aquí carecemos de humor. A veces me

pregunto cómo Cervantes pudo ser español. Tenemos la sangre demasiado gorda. Como el Arcipreste (de Hita). Las bromas, pesadas o no darlas... Aquí lo tomamos todo en serio... Valle Inclán, sí, pero no es humorismo, sino farsa. Nos falta finura. Aquí, el ser bruto no es gran cosa; aquí no tenemos sangre fría: aquí, en seguida, nos echamos “pa’lante”. Por eso carecemos de filósofos y nos sobran pequeños hombres de acción (...); y nos sentimos heridos —en lo más vivo— y aquí nos reímos —a mandíbula batiente— (...). Lo mismo nos sucede con la cocina. Aquí todo es gordo, empezando por la sal y las mujeres; y gustan».

Sexto globo, de Julio Cortázar (entrevistas con Omar Prego, 1982-83): «En América Latina, el escritor que se define como escritor, que tiene la ambición de ser escritor, es un tipo que automáticamente se pone muy serio. Y aparece una literatura de la seriedad (...). Les reprocho a los latinoamericanos, en general, y a los argentinos, en especial, una considerable falta de humor. ¿Qué nos rescatará de la seriedad?, me pregunto, (...). La madurez nacional, supongo, nos llevará a comprender por fin que el humor no tiene por qué seguir siendo un privilegio de los anglosajones y de Borges o Adolfo Bioy Casares».

Por último, dos globitos que lanzo al aire, al mismo tiempo, pues creo que se complementan con perfecto humor, seriedad e importancia: Que el humor no es lo contrario de lo serio sino de lo aburrido, más que un lugar común, creo yo que es una verdad como una catedral. Y el hecho de que, en un concurso de imitadores de Chaplin, el propio Chaplin quedara en tercer lugar, creo que, más que una divertida anécdota, es una feroz

acusación contra un jurado que, muy probablemente, se pasó el concurso entero riéndose a carcajadas.

Bien... Retomemos ahora, solo por un instante y parcialmente, aquellas palabras del globo cortazariano en las que afirma que «el humor es un privilegio de los anglosajones». Al menos desde un punto de vista geográfico, estas palabras encuentran su eco en el ensayista catalán Luis Racionero, cuando en *El Mediterráneo y los bárbaros del Norte* (1985), afirma, también: «Entre los países del norte encuentro solo uno, el inglés, que practica la ironía de modo natural. Por ello son los más civilizados».

Sin duda alguna, la existencia del humor se pierde en la noche de los tiempos y el humor existe también desde mucho antes de tener un nombre siquiera. Y lo más probable es que naciera el día en que, por primera vez, Ug logró ponerse en pie en su cueva, pero, mala pata, se dio tal cabezazo que se noqueó a sí mismo, logrando que Og se riera y corriese a contárselo a Ig. Y es que el humor es todo observación. A diferencia del ingenio y la bufonería, el humor es sumamente gratuito e inútil en su intención, ya que no desempeña función alguna que no sea la de su propia existencia.

Ni los dramaturgos griegos ni los patricios poetas romanos lo inventaron, desde luego, ni existe tampoco teoría alguna acerca de lo que hace reír a la gente. Y un humorista que estudie una teoría acerca de la risa, antes de empezar a escribir, resulta tan absurdo como una pareja de recién casados que hojea un texto sobre el amor conyugal, antes de apagar la luz. Pueda ser que recabe alguna información al respecto, pero desde luego no encontrará nada que la estimule siquiera en su urgencia

creativa. O sea que la única teoría que me siento autorizado a mencionarles acerca del humor es la mía, por más textos y citas en que me apoye. Y esta teoría me permite decirles que todas, absolutamente todas las teorías acerca del humor son correctas, pero que ninguna de ellas es totalmente completa.

Para ser tan sincero como exacto, les diré que Sir William Temple, diplomático, ensayista, e inglés, por supuesto, afirmó ya en 1690 que el humor era un invento inglés, absolutamente inglés, o sea ni siquiera escocés, irlandés o galés. Lo afirmó en un ensayo titulado «Acerca de la poesía», en la segunda parte de su *Miscelánea*, libro publicado en 1690, lo repito. Y lo vuelvo a repetir, solo para agregar que, hasta el día de hoy, o sea tres largos siglos más tarde, nadie ha puesto en tela de juicio semejante proclamación. Por el contrario, un dramaturgo, ensayista, y narrador tan grande como Pirandello, en su extenso y profundo estudio titulado precisamente *El humorismo* (1908) no deja de darle, al menos parcialmente, la razón a sir William Temple.

Su visión del asunto no deja de parecer inefable y hasta increíble, aunque quién sabe, tal vez sea muy sencilla y lógica para cualquier ciudadano inglés. Sir William afirma, nada menos —y uno tendería a tomarlo con benévola y sonriente cortesía— que el humor británico es producto de la riqueza del suelo de Inglaterra, de su pésimo clima, y de su libertad. La libertad, por ejemplo, es fuente de mucho humor, ya que este resulta de la observación de los muy extraños, diversos e incongruentes comportamientos de la gente, en oposición a lo que sucedía en la mayor parte de Europa, donde el despotismo de los gobiernos daba lugar a una uniformidad en el carácter de la ciudadanía, que tan solo producía dos modelos de franceses,

alemanes, italianos o españoles: el pueblo llano y la nobleza. «El comportamiento humorístico, argüía Sir William, requiere de una sociedad muy libre, para florecer. Y a esto se añade el hecho de que el pésimo clima de Inglaterra hace de sus habitantes unos seres tercamente individualistas, lo cual resulta ser un rasgo más que se presta perfectamente al humorismo». «Tenemos más humor porque cada inglés sigue sus inclinaciones naturales contra viento y marea, y en ello encuentra placer y hasta orgullo».

Un punto en el que Sir William no deja de tener razón acerca de la «anglicidad» del humor es el de la existencia misma de la palabra. No existía en Alemania, por ejemplo, y en Francia se refería a un estado de ánimo o a una disposición del carácter. Pirandello, por su parte, reconoce que la palabra le llegó al italiano del latín y con referencia a la salud psíquica y física, puesto que por humores se entendía los cuatro fluidos cardinales de todo ser humano, o sea la sangre, la flema, la bilis y la melancolía, o bilis negra. El desequilibrio entre cualquiera de estos fluidos producía diversas patologías mentales o corporales, por lo que la palabra *humor* permaneció durante muchísimo tiempo encerrada en el vocabulario médico. Y en castellano, aún hoy la palabra *humor*, tal como la entendió Sir William Temple, aparece en quinto lugar en el *Diccionario de la Real Academia*. Y ni siquiera como *humor* sino como *humorismo*, y con la siguiente y muy vaga y confusa definición: «Manera graciosa o irónica de enjuiciar las cosas». Sin éxito alguno he buscado la acepción *sentido del humor*, pero no la he encontrado ni en *sentido* ni en *humor*.

Sin embargo, la tan cacareada británica palabra *humor*, esencialmente indefinible como es, ha encontrado la que sin duda es su más sutil y cabal definición, nada menos que en boca de un muy actual humorista español, de firma «Máximo». En fin, ya quisiera Sir Willian Temple o cualquier otro inglés terca-mente individualista, en el más frío, lluvioso y neblinoso de sus días, romper con unas cuantas palabras fronteras que se cruzaron hace siglos, en muchísimas direcciones, y adueñarse muy legítimamente de la propia cultura británica, para definir así el *humor*: *To sense or not to sense, that is the humour*. Veamos cómo se viene abajo, por ejemplo, la teoría de que la risa y el humor pertenecen al intelecto y no a las emociones. Pues pertenece esta teoría nada menos que al muy británico escritor George Meredith y ya me dirán ustedes cuánto de intelectual tiene la burbujeante risa de un bebé cuando alguien se inclina sobre su cuna luciendo un sombrero extravagante. *Nonsense*, diría un inglés.

Sin embargo, hay aspectos del humor que sí pueden ser codificados desde una perspectiva británica, aunque en el fondo siempre hay palabras como *comedia*, inventada por los griegos en el 486 a. C. La comedia se inventó como lo opuesto a la tragedia. Esta ponía en escena a héroes y dioses, el poder, la gloria y la caída, la fatalidad del destino y un desenlace atroz. La comedia se ocupaba de gente común y corriente y desembocaba siempre en un final feliz, por lo que se la consideró sucia y vulgar hasta que Cicerón la elevó de rango al atribuirle un inmenso poder catárquico y purificador. Esta idea de que la comedia tenía propiedades curativas duró hasta el siglo XVIII, aun cuando no se conociera caso alguno en que ser objeto de



la risa de los demás, o simplemente reírse uno mismo, hubiese transformado a un canalla en santo varón, por ejemplo.

El mundo griego conoció también la sátira, tal como la concebimos hoy, o sea con toda su fuerza, su intención, su violencia y hasta su crueldad; y conoció también la bufonería, que, por su carácter popular y descaradamente cómico, resulta ser todo lo contrario del ingenio imprescindible para que se dé el sentido del humor británico, una manera de reír que, recordémoslo ahora, dejó de ser estrictamente teatral y poética desde que se inventó la imprenta y encontró lugar en cualquier tipo de escritura literaria cuya finalidad fuera la de divertir. Por lo demás, Frank Muir, encargado de la selección de textos y de su comentario en *The Oxford Book of Humorous Prose* (Nueva York, 1990), intenta una serie de definiciones de las variantes del humor, aunque yo me voy a limitar tan solo a una de ellas, el ingenio (*wit*, en inglés), por ser la que más puramente británica y elevada se considera. Lo haré con el único fin de probar hasta qué punto hace mucho tiempo que, al menos en la literatura, el ingenio o *wit* dejó de ser exclusividad inglesa.

El dichoso *wit* vendría a ser el aspecto aristocrático del humor, y muy de acuerdo a los enunciados de Thackeray, en su *Libro de los snobs*, no tiene en absoluto como finalidad hacer reír. El *wit*, de la misma manera en que el críquet o el jockey pueden ser tomados como manifestaciones de la conducta sexual de los británicos, era una suerte de torneo de salón entre caballeros que se arrojaban frases e ideas como dardos. No tenía por finalidad la diversión, sino la admiración, y la verdad es que, al menos en la literatura, hace mucho tiempo que este tipo de *performance* dejó de ser exclusivamente británica. Creo que dos

ejemplos bastarán para abreviar esta fase de lo que, a su vez, los franceses llamaron *esprit*, y que tuvo su apogeo en cortesanos salones en los que era pésimamente mal visto que un *gentleman* o un *monsieur* se rieran, aunque horas más tarde se les pudiera ver gimiendo, llorando, escupiendo o meando en plena calle. El primer ejemplo es de Borges, cuando afirma: «Mencionar el nombre de Wilde es mencionar a un dandi que fuera también un poeta, es evocar la imagen de un pobre caballero dedicado al pobre propósito de asombrar con corbatas y metáforas». El segundo ejemplo, de Ramón Gómez de la Serna, ese mago del lenguaje visual, es, sin quererlo, ni saberlo, ni mucho menos importarle, tan «británico» (y creo que ya podemos empezar a entrecomillar esta palabra cuando del humor se trata), como la frase que definió el campo como «aquel horroroso lugar en que los pollos se pasean crudos». En una de sus *Greguerías gastronómicas*, don Ramón nos deleita intelectual, emocional, visualmente y, creo yo también que totalmente, cuando escribe que «Las gallinas ya están hartas de denunciar en la comisaría que la gente les roba sus huevos».

El humor está ya en todas partes y en sus más variadas y diversas formas. Y, como reconoce el ya citado Pirandello, aunque la palabra no exista en Italia la cosa que ella nombra sí existe. Lo importante, en todo caso, es descubrir su mecanismo y cómo este puede llevarnos al terreno de lo sarcástico y lo cruel, como en Quevedo, y de lo sonriente, tierno e irónico, como en Cervantes, sobre todo en el *Quijote*, que, retomando y sobrepasando los elementos humorísticos de la picaresca, se convierte en suma y cima de dos siglos de escritura, y en monumento inaugural e incomparable de lo que será la novela moderna y

abierta, libre y reflexiva, o sea la mayor aportación de la cultura occidental a la humanidad entera.

Por ello es que, en *Los testamentos traicionados* (1993), Milan Kundera recuerda estas palabras de Octavio Paz: «Ni Homero ni Virgilio conocieron el humor; Ariosto parece presentirlo, pero el humor no toma forma hasta Cervantes (...). El humor es la gran invención del espíritu moderno». Y agrega el propio Kundera: «Idea fundamental: el humor no es una práctica inmemorial del hombre; es una invención unida al nacimiento de la novela, a Cervantes y a Rabelais. El humor, pues, no es la risa, la burla, la sátira, sino un aspecto de lo cómico, del que dice Paz (y esta es la clave para comprender el humor) que convierte en ambiguo todo lo que toca. El humor —concluye Kundera—: el rayo divino que descubre el mundo en su ambigüedad moral y al hombre en su profunda incompetencia para juzgar a los demás; el humor: la embriaguez de la relatividad de las cosas humanas, el extraño placer que proviene de la certeza de que no hay certeza». Sin darse cuenta, creo yo, tanto Paz como Kundera han reemplazado la palabra *ironía* por la palabra *humor*. A mí, en todo caso, no me cabe la menor duda de que, en realidad, ambos están definiendo a la perfección la esencia misma de la ironía.

Sin embargo, la ironía, con ser reveladora y sutil, puede llegar al realismo extremo, y hasta ser tan fina como demoleadora, en uno de sus más grandes representantes contemporáneos. Leamos, por ejemplo, solo dos extractos de esa cumbre actual del humorismo irónico hispanoamericano que es el guatemalteco Augusto Monterroso. Pertenecen a su libro de fábulas *La oveja negra*. Primera cita: «En un lejano país existió hace muchos

años una oveja negra... Fue fusilada... Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua que quedó muy bien en el parque... Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse en la escultura» (*La oveja negra*, 19). Segunda cita: «Hace muchos años vivía en Grecia un hombre llamado Ulises (quien a pesar de ser bastante sabio era muy astuto), casado con Penélope, mujer bella y sumamente dotada cuyo único defecto era su desmedida afición a tejer, costumbre gracias a la cual pudo pasar sola largas temporadas... Dice la leyenda que en cada ocasión en que Ulises con su astucia observaba que ella se disponía una vez más a iniciar uno de esos interminables tejidos, se le podía ver por las noches preparando a hurtadillas sus botas y una buena barca, hasta que sin decirle nada se iba a recorrer el mundo y a buscarse a sí mismo... De esta manera ella conseguía mantenerlo alejado mientras coqueteaba con sus pretendientes, haciéndoles creer que tejía mientras Ulises viajaba y no que Ulises viajaba mientras ella tejía, como pudo haber imaginado Homero, que como se sabe, a veces se dormía en sus laureles, según Horacio —agregado mío— y no se daba cuenta de nada» (*La oveja negra*, 21).

Todas las ficciones del espíritu, todas las creaciones del sentimiento pueden ser materia de humorismo y la más mínima reflexión de un humorista se convierte en un diablillo que desmonta el mecanismo de cualquier personaje, de cualquier fantasma urdido por el sentimiento, que lo desarma para ver cómo está hecho, para disparar su resorte, y, en fin, para que ese mecanismo rechine convulsivamente. Todo sentimiento, todo pensamiento, todo movimiento que surge en el humorista

se desdobra en su contrario. Acaso el humorista puede a veces fingir que solo se inclina hacia un lado, pero entretanto en su interior está hablando el otro sentimiento, como si de pronto no tuviera el valor de manifestarse; le habla y comienza por avanzar, a veces una tímida excusa, otras un atenuante, pero entre ambas van apagando el calor del primer sentimiento, y surge de golpe una aguda reflexión que desquicia toda la seriedad e induce a reír. Así ocurre que debiendo tener a Don Quijote por el ser más ridículo y a menudo loco de atar, admiramos en cambio con infinita ternura sus ridiculeces, siempre ennoblecidas por un ideal tan alto y tan puro.

Son propios del humorista la perplejidad, el estado irresoluto de la conciencia, el no saber ya de qué lado inclinarse, el verdadero empacho de asombro que produce la ironía, aquella gravedad sin peso de la que tan pertinentemente nos habla Italo Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio* (1989), obra publicada póstumamente, y en la que el autor italiano se refiere a Cervantes, lo asocia con la palabra ironía, y afirma que ésta «es lo cómico que ha perdido la pesadez corpórea (esa dimensión de la carnalidad humana que, sin embargo, constituye la grandeza de Bocaccio y Rabelais) y pone en duda el yo y toda la red de relaciones que lo constituyen».

En este punto se encuentra Cervantes, en el lugar exacto en que Salvador Pániker, en su libro *La dificultad de ser español* (1979), se refiere a la ironía como «comunicación de una discrepancia, como fenómeno que relativiza el dramatismo de la finitud humana y la trasciende por la vía de la paradoja. Y es que la ironía —concluye Pániker— permite un encuentro más allá de los envaramientos (cuando no del fanatismo) de

los juicios apodícticos». Dentro de este contexto, tanto la ironía como el hombre de humor que la produce son elementales para el diálogo, para el pluralismo, para la tolerancia y para la democracia.

En *El Mediterráneo y los bárbaros del norte*, afirma Luis Racionero que: «La ironía es al trato humano lo que la reducción al absurdo es a las matemáticas; la ironía es la demostración a contrario, es llevar una cosa a su extremo opuesto para que se convierta en su contrario y de esa súbita fusión de opuestos obtener una distanciación nos hace sabios». El hombre realmente civilizado sabe que las cosas nacen con sus contrarios, que nada es absolutamente cierto ni claro, que la noche empieza a mediodía y que la verdad no necesita mártires, porque todas las cosas se pueden argumentar en torno a una mesa y una copa de vino, en vista de que, en el fondo, la razón la tenemos finalmente entre todos. La interrogación fingida de Sócrates es la ironía aplicada a la educación, el método más eficaz de ayudar al contertulio a descubrir por sí mismo el problema que lleva adentro.

«La ironía —añade Racionero— requiere de una especial disposición de ánimo en que se unen la tolerancia, el desengaño, el humor, la paciencia y la malicia. Es propia de las civilizaciones antiguas que han visto pasar muchas cosas, que han visto caer imperios, hundirse tiranos, aclamar impostores, y a las que todo ello les ha dejado un poso de escepticismo, de mordaz anticipación sobre el advenedizo. Cuando Alejandro Magno visita a Diógenes, por ejemplo, y le pregunta qué puede hacer por él, este le contesta: «Apártate para que me toque el sol, que me lo estás tapando, eso es lo único que tú puedes hacer

por mí». Y eso no es cinismo sino ironía, por la misma noción medida que tiene. Y el mismo talante que propicia la ironía engendra el pacto y la solución de conflictos por la mediación de los argumentos y negociaciones...» Perdónenme, pero el ejemplo de Diógenes ante Alejandro Magno, mencionado por Racionero en el libro que antes cité, acaba de traerme a la memoria una anécdota de aquel editor norteamericano que vino a ofrecerle una verdadera fortuna en dólares —no sé si por uno o por todos sus libros— al intelectual catalán Josep Pla. El modestísimo rechazo de Pla al editor fue solo un tímido y sonriente agradecimiento, seguido por una matizada negativa y esta muy matizada explicación: «Perdone, señor, pero una suma tan inmensa me desajustaría el presupuesto».

En fin, que todo esto es lo que distingue netamente al humorista irónico del autor cómico y del satírico. En estos dos no se origina el sentimiento de lo contrario. Si se originara, se volvería amarga la risa provocada en el primero al advertir cualquier anormalidad; y la contradicción que en el segundo es únicamente verbal se volvería efectiva, sustancial, y por tanto dejaría de ser irónica; y desaparecería la indignación, o cuando menos la aversión que está en toda la sátira. Y Quevedo aquí no es excepción ninguna, por más alto que sea aquel colosal ingenio que es lo único que le da la unidad a la inmensa diversidad de su obra que puede ser tan santa y pura como soez y grotesca y cruel. La sátira de Quevedo es arte con tesis, seguro de su propia verdad, y que ridiculiza ferozmente lo que decide combatir. Cabe aquí citar a Wolfgang Kayser, cuando en su libro sobre *Lo grotesco* (1964), establece una diferencia entre el humor cómico e irónico que «anula de un modo inocuo la grandeza y la dignidad, colocándolos sobre el terreno de la realidad. Lo gro-

tesco, en cambio, destruye por principio los órdenes existentes, haciéndonos perder pie».

Quevedo caricaturiza con crueldad al cojo, al tuerto, al calvo, al manco o al jorobado, y la parte satírica de su obra, por más ingeniosa que sea, se convierte en un verdadero catálogo de las posibilidades de burla y escarnio, que puede llegar incluso a la más canalla delación, cuando de Góngora se trata:

*Yó te untaré mis obras con tocino,  
porque no me las muerdas, Gongorilla  
perro de los ingenios de Castilla,  
docto en pulla, cual mozo de camino.*

Como verán Quevedo acusa a Góngora de judaizante, además de plagiarlo.

De sus novelas *El buscón* o *Los sueños*, escribe Ángel Valbuena Prat en su *Historia de la literatura española*: [Quevedo] «ha trazado con extraordinario ingenio, amenidad y amargos escorzos una muñequería entre grotesca y trágica, en caricatura, de deformado realismo. Puede servir de tipo a la exageración, a base de chiste, retruécanos y hondura dolorosa en algún momento, el episodio de dómine Cabra. El clérigo miserable, levemente desrealizado por el autor del *Lazarillo de Tormes* —mediante la ironía y el comentario a los detalles sobre una figura de plena base humana— se convierte en Quevedo en un monigote genial, de gracia, de escorzo caricaturizado, de líneas y ademanes cómicamente descomunales; largo, de cabeza chica, “los ojos avvicinados en el cogote, que parece que miraba por cuévanos...; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de



pura hambre, parece que amenaza comérselas; los dientes le faltaban no sé cuantos y pienso que por holgazanes y vagabundos se los habían desterrado...». Quevedo —concluye Valbuena Prat—, pasa por todo lo cínico, amargo o macabro, con la máxima frialdad de un jugador de ingenio, sin el más mínimo asomo de compasión (...) *El buscón* es uno de los libros más inhumanos que cabe imaginar; pasma la frialdad de espíritu del autor al jugar con el dolor y la muerte, junto con sus extraordinarias dotes literarias. Ahí, y en diversos lugares de toda su obra satírica, Quevedo se recrea en lo sucio, lo bajo, y aun lo trágico, mediante deformaciones caricaturales que actúan sobre fondos de realidad pintoresca».

Este es el humor de sal gorda, de chiste y grosero retruécano, el humor sin finura, sin compasión, sin empatía alguna, del que se queja, en 1970, Max Aub, en las palabras de su novela *La calle de Valverde* que lancé al viento entre otros globos de ensayo y ejemplo de lo que hoy deseaba comentar. La queja de Aub, que lo lleva al extremo de preguntarse incluso «cómo Cervantes pudo ser español», ratifica el triunfo de la línea del humor quevedesco sobre la ironía cervantina en la literatura española de los siglos siguientes, y así habremos de encontrar sus huellas aun en las más formidables páginas de un escritor tan notable como Camilo José Cela.

Las palabras irónicas —a diferencia de las del humor quevedesco— se lanzan más como plumillas de bádmiton que como saetas o dardos envenenados, y luego penetran en el corazón de los hombres pero sin inferirles un daño muy profundo. Suelen suscitar leves sonrisas porque son burlonas y no solo afectan a quien van dirigidas, afectan también a quien las profiere. La

ironía, esta burla fina y disimulada, puede elevarse a consideraciones negativas sobre el mundo en general y sobre la sociedad en particular, porque es la secreta armadura del yo. A la vez, la ironía es un juego alegre, un placer refinado de la inteligencia, pues negar la moralidad convencional y burlarse de ella proporciona mayor intensidad a la fruición estética.

La ironía nace de humores variables, arbitrarios, volátiles de la consciencia íntima, y se expresa en conceptos delimitados, precisos, disolventes. Compárese *Viaje sentimental*, de Sterne, donde brilla el humor cambiante, tornadizo, fantástico, con su obra posterior *Tristram Shandy*, cuya ironía es crítica, racional, destructora del mundo y de sí mismo. La ironía es sentimental y, a la vez, intelectual, cuando la agudeza de la mente se asocia a la intensidad emotiva del sentir.

El irónico, a través de sus burlas y chanzas, expresa insatisfacción, un melancólico descontento desde la hondura de una seguridad satisfecha en la que reposa. «Es el absoluto comienzo de la vida personal», afirma Kierkegaard, en su *Disertación sobre la ironía*, o sea rizando el rizo, la subjetividad de la propia subjetividad. Sin embargo, paralelamente la ironía revela una dialéctica ambigua: ironizamos porque nos sentimos inquietos, y, al mismo tiempo, seguros poseedores de una verdad interior que no es otra que el propio yo en que nos afirmamos.

¿Cómo resolver esta contradicción patética? Por la ironía sutil, intelectual, volteriana, o la burla tierna, compasiva, cervantina. Es decir, analizar los seres y las situaciones *pero desde una crítica implacable de sus virtudes*, o por la piedad sonriente de los errores, deformaciones y soñadoras torpezas inverosímiles. La

primera es conceptual, lógica y llega a formular grandes construcciones filosóficas, como la duda sistemática en Descartes o la náusea en Sartre; la segunda se esfuerza en comprender a los hombres a través de lo que llaman los psicólogos *co-vivencia*. Ojo: no he dicho *convivencia* sino *covivencia* o sea reciprocidad de sentir.

Claramente se desprende pues que el humor quevedesco está en las antípodas de la ironía cervantina. Por esencia es mucho más feroz y dramático y aísla e incomunica al individuo. Las palabras del humorista mordaz y cruel son el fruto del verdadero dolor y hasta el odio que crea la soledad desesperada. El humorista quevedesco se instala con su dolor-odio en lo más alto del centro del mundo para pulverizarlo mejor con palabras mordaces, crueles, realmente arrancadas de sus entrañas. Todo lo contrario, pues, del incisivo humor cervantino que nos permite descubrir una comunidad de los hombres en el dolor, esperanza liberadora y, a la vez, suprema alegría de vivir.

Y sin embargo cae en el olvido —o, cuando menos, queda latente— la ironía del Cervantes que ve, retrata y describe personajes y ambientes literarios, en el polo opuesto de un Mateo Alemán que, en su *Guzmán de Alfarache*, censura, insistiendo en los colores negros, en las fallas y tachas, y literalmente en las antípodas de aquel Quevedo que deshumaniza mediante caprichosas y retorcidas caricaturas. La ironía de Cervantes, según el ya citado Valbuena Prat, «es algo de la carne y la sangre de don Quijote, lo herido, lo vertido, lo golpeado». Lo dice el propio Cervantes, cuando afirma: «Para mí solo nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para el uno y el otro».

Curiosamente, es en Inglaterra, en el país que se sintió dueño del invento, donde el humor irónico del Cervantes del *Quijote* se instalará en pleno auge de la novela sentimental y paródica. El peso de su magisterio, en todo lo referente al desarrollo de la acción, los incidentes, los personajes, la composición, el estilo y la ironía, dejarán huellas profundas en el Samuel Richardson de *Pamela*, en el Henry Fielding de *Tom Jones*, y sobre todo en el Laurence Sterne del *Viaje sentimental a Francia e Italia* y *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*; en fin, en toda esa literatura que, lejos de ocuparse de los grandes temas colectivos y heroicos, buscará capturar la individualidad del personaje, sus ridículas grandezas y sus sublimes miserias cotidianas, recurriendo para ello al más deshilvanado de los estilos, desde las páginas jaspeadas o en blanco o en negro, de Sterne, para señalar dudas, para dejar que el lector participe con sus opiniones, o para señalar el duelo, hasta las digresiones y anacolutos con los que se pierde el hilo de la acción o se inicia una frase sin haber terminado la anterior, en un desesperado afán de capturar la totalidad de un sentimiento o de señalar la desesperación real del autor al no lograr transmitirle al lector la profunda totalidad de una emoción y del sentimiento contrapuesto que ella puede evocar paralelamente.

Maupassant decía que el pensamiento del hombre «revolotea con la velocidad de una mosca en una botella». Y, para Pirandello: «Todos los fenómenos, o son ilusorios, o de ellos se nos escapan las causas, siempre inexplicables. A nuestro conocimiento del mundo y de nosotros mismos le falta en absoluto ese valor objetivo que comúnmente creemos poderle atribuir. Ese conocimiento es una continua construcción ilusoria. Y la escritura irónica es resultado de esa lucha entre la ilusión —que

también se filtra por todas partes y se estructura a su modo— y la reflexión humorística que descompone una a una tales estructuras».

Esta es, creo yo, la actitud predominantemente irónica que caracteriza el escepticismo de la literatura latinoamericana posterior al *boom*, una literatura que, ya desprovista de su aspecto lagrimoso, resulta muy fácil emparentar con la mejor literatura sentimental inglesa y francesa de siglo XVIII, desde el *Cándido*, de Voltaire, hasta el *Tristram Shandy*, de Sterne. Tras las grandes construcciones novelescas de los maestros del *boom*, a menudo carentes de ese humor por el que clamaba Cortázar, y que, ocupadas como estaban en darnos grandes frescos históricos de nuestra América, en lo que el crítico peruano Julio Ortega calificara de «metafora totalizante de nuestra realidad», dejaron de lado casi siempre el mundo de lo más individual e íntimo, el mundo de nuestros sentimientos, ese mundo que, desde las primeras ficciones sentimentales de Manuel Puig pasó a ocuparse o mejor dicho, a instalarse plenamente en el territorio de nuestra llamada subcultura, sea musical, mediática, cinematográfica o simple y llanamente mítica y onírica. Me refiero con esto a los sueños con que nuestras masas se evaden de una chata, aburrida, o violenta realidad, mediante procedimientos a menudo ligados a lo estrictamente afectivo y mediante distanciamientos que son resultado de una serie de mecanismos estilísticos, que segregan todos ellos humor e ironía y que nos presentan a personajes que ven la vida como una realidad ambigua en la que ningún valor es absoluto.

Así, nada tan lejano del héroe tradicional, según la profesora Wanda E. Lauterbaun, en su libro *Algunos aspectos del humor*

en «*La vida exagerada de Martín Romaña*», nada tan lejano del héroe lleno de certidumbres y tareas, como el personaje de Martín Romaña y, antes y después de este, muchos personajes más de mis novelas y cuentos. Según la profesora Lauterbaun, «Martín, al igual que otros creadores de humor, se sabe un ser especial, aparte y marginal, en el que cierta vulnerabilidad, intuición e inocencia hacen que la gente lo acuse de inmadurez o a veces locura. En realidad Martín se siente y es un poco profeta, tal vez con los atributos del sacerdote o del visionario. En todo caso, la realidad ficticia confirma casi fatalmente, para bien o para mal, sus intuiciones y premoniciones. Y su especial sensibilidad e intuición, que se traducen en humor, lo capacitan para captar ciertos aspectos o matices de la vida que están vedados para otros».

Por ejemplo, Martín Romaña se hace pequeño a fin de obtener poder. Poder sobre Inés, sobre el lector, sobre los demás. Mediante la pequeñez, quiere ganar el amor, el soporte emocional y la estima de los demás. Pero a su vez el pretender la pequeñez es una forma de ofrecer solidaridad, comprensión, generosidad y compañía. También es, por supuesto, un medio de crear contradicciones e incongruencias, aspecto fundamental de la creación de un humor en el que el escritor Julio Ramón Ribeyro ya había señalado la presencia de elementos típicos de la novela picaresca, como la falsa autobiografía, y del humor británico, mientras que otros escritores y críticos se han referido a ese aspecto tan importante del humor judío —del neoyorquino, en especial— que consiste en reírse antes que nada de uno mismo.

Wanda E. Lauterbaun habla también de un humor lingüístico y cita el ejemplo de aquellas instancias de *La vida exagerada de*

*Martín Romaña* en que el lenguaje es escatológico y se refiere a las funciones humanas naturales y los orificios del cuerpo, sin caer nunca en lo grosero, lo grueso o lo burlesco. «Estamos — afirma — más bien frente a un humor de lenguaje, en el que no es tan importante lo que pasa sino cómo se dice lo que pasa». En este humor lingüístico, el efecto cómico se logra «a través de la yuxtaposición de vocabularios pertenecientes a diferentes campos léxicos, a la pérdida de distancia, a la simultaneidad de distintos tonos de la narración, al interjuego verbal, a la creación léxica, a la repetición y a la incorporación de elementos de la cultura de masas».

«Nada impide, sin embargo — afirma la profesora Lauterbaun — que, a lo largo de toda la novela, haya un fondo de escepticismo, una oculta sospecha de que nada es definitivo de una manera absoluta y también una certeza de la desaparición o destrucción de lo existente (...). Claro que Martín se recupera y vuelve a amar. Por eso Martín se ríe de todo, de todos y sobre todo de sí mismo».

Nos señala Pirandello:

*Sin saberlo siquiera, por supuesto, uno de los más grandes humoristas fue Copérnico, quien desmontó, si no precisamente la máquina del universo, por lo menos sí la imagen llena de soberbia que de ella nos habíamos forjado. Luego el golpe de gracia nos lo dio el telescopio, otra maquinita infernal que puede ponerse a la par de la que nos regaló la naturaleza. Pero el telescopio lo hemos inventado nosotros para no ser menos. Mientras el ojo mira desde abajo por el lente menor y ve grande aquello que la naturaleza pro-*

*videncialmente había querido hacernos ver pequeño, ¿qué hace nuestra alma? Pues se empeña en mirar desde arriba, por el lente mayor, y el telescopio se convierte entonces en un instrumento terrible que abisma a la tierra y al hombre y todas nuestras glorias y grandezas.*

*Por suerte, es propio de la reflexión humorística provocar el sentimiento de lo contrario, el cual dice en este caso: Pero en verdad, ¿es tan pequeño el hombre como el telescopio invertido nos lo muestra? Si el hombre puede entender y concebir su infinita pequeñez, quiere decir que entiende y concibe la infinita grandeza del universo. ¿Cómo al hombre, entonces, puede considerársele tan pequeño?*

*Pero también es verdad que si el hombre llega a sentirse grande y un humorista lo advierte, puede al hombre ocurrirle lo que a Gulliver: ser gigante en Lilliput y juguete entre las manos de los gigantes de Brobdingnag.*

Resumiendo: el humorismo, y sobre todo la ironía, consiste en el sentimiento de lo contrario, suscitado por la especial actividad de la reflexión oculta, que no se convierte —según lo que a menudo ocurre en el arte— en una forma del sentimiento, sino en su opuesto, aun siguiendo paso a paso a ese sentimiento como la sombra sigue al cuerpo. El artista común solo presta atención al cuerpo; el artista irónico se ocupa a la vez del cuerpo y de la sombra, y en ocasiones más de la sombra que del cuerpo. Como lo hiciera por primera vez el gran Cervantes, diseña todos los caprichosos movimientos de esa sombra y muestra cómo se alarga o cómo se encoge, tratando de reproducir



cada regate de un cuerpo que, según Pirandello, ni calcula esa sombra ni la tiene en cuenta.

Y no quiero concluir sin citar al propio Kafka, que solía reírse mucho con la idea de que un personaje suyo, llamado Gregorio Samsa, amaneciera un día convertido en insecto. Y que afirmaba, tal como lo cito entre los epígrafes de mi última novela, *La amigdalitis de Tarzán*, que «Los recuerdos bonitos mezclados con un poco de tristeza saben mucho mejor», añadiendo en seguida: «Así que en realidad no estoy triste sino que soy un sibarita». También Kafka, en sus extraordinarias conversaciones con su joven e incondicional admirador Gustav Janouch, afirma sobre aquel genio del humorismo que fue Chesterton:

*—Chesterton es tan gracioso que casi se podría pensar que ha encontrado a Dios —dijo Kafka.*

*—¿Así que para usted la risa es una señal de religiosidad?*

*—No siempre. Pero en estos tiempos tan privados de religiosidad es preciso ser gracioso. Es un deber. La orquesta del barco siguió tocando en el Titánic hasta el final. De este modo se le arranca a la desesperación el suelo que está pisando.*

Y ni que decir de aquel extraordinario poeta, recitador, sablista, y borracho, que fue el galés Dylan Thomas, autor de esa maravilla de obra titulada *Bajo el bosque lácteo*. Sabido es que Dylan Thomas se arreaba los whiskies en unos vasotes casi tan grandes como él. Y archiconocido también es el hecho de que murió ahogado al caerse dentro de su propio vaso, quitándose de esta forma toda su dignidad a la muerte. Muchas gracias.



2008

# LITERATURA E IDENTIDAD O EL MISTERIO DE LA PAELLA

*Eduardo Mendoza*



El tema que me propongo desarrollar no es nuevo, y tampoco lo es su enfoque, pero como se refiere a la actualidad y la actualidad cambia de día en día, como su nombre indica, puede que las reflexiones que expondré revistan alguna novedad.

## **1. Cómo se ven a sí mismos los países y cómo los ven los demás. Los estereotipos, los tópicos y para qué sirven**

Todas las comunidades, constituidas en Estado o no, eso poco importa, tienen de las demás comunidades unas ideas fijas que son generalizaciones, normalmente inofensivas, salvo cuando el tópico degenera en prejuicio. Cualquiera podría hacer un catálogo de los tópicos que se aplican a los distintos países europeos: los franceses, los italianos, los ingleses, los españoles. Son caricaturas, tan asumidas por la población de cada comunidad, que forma parte de su modo de entender el mundo.

En una encuesta reciente sobre los platos de la cocina española más populares entre los extranjeros, el número uno indiscutido lo ocupaba la paella. Por si les interesa conocer el resto de la lista, el número dos era el gazpacho, el tres la tortilla de patatas, el cuatro el jamón. No recuerdo los demás.

Ahora bien, la paella es un plato híbrido y bastardo, que no proviene de ninguna cocina regional y que ninguna región reconoce. Suele o solía llevar anexo el adjetivo «valenciana» (paella valenciana) al menos en España. En la traducción a otras lenguas era simplemente *Spanish paella*, etc. Por supuesto, los valencianos reniegan de la paella. Es cierto que Levante es, junto con Italia, el único lugar del mundo donde el arroz constituye un plato *per se* y no un acompañamiento (*a side dish, i contorni*), pero en Valencia, zona de huerta, el arroz va enriquecido con verduras; en Alicante, zona marítima, con pescado o marisco. La paella lleva de todo: conejo, gambas, calamares, costilla de cerdo, pimiento. Es un traperero, un pícaro que lo aprovecha todo. También es un plato de campo. Es importante cocinarla al aire libre, con leña un poco húmeda, que ahúme el arroz. En mi infancia era costumbre ejecutar una danza ritual alrededor de la paella mientras se cocinaba. Luego se tapaba con un periódico: la actualidad también formaba parte de este plato de inagotable semántica.

Un caso similar al de la paella es la Carmen. Prototipo de la mujer española, y más concretamente andaluza, fue inventado por un escritor francés. En la novela, Carmen trabaja en Sevilla, pero es de Navarra, igual que el infeliz don José, con quien habla en euskera.

Por supuesto, no estoy hablando de la realidad, sino de la percepción de la realidad. Esta percepción se crea mediante una interacción entre las ideas y sentimientos populares y su transformación en objetos literarios o artísticos. Que lo uno no tenga nada que ver con lo otro es habitual: el pensamiento ilustrado del siglo XVIII, que generó la Revolución, salió de la pluma y de la cabeza de unos hombres que llevaban pelucas empolvadas, medias y zapatos de tacón alto y una espléndida capa de maquillaje. No hay que fiarse de las apariencias.

## **2. El caso del espejo repelente. Qué sucede cuando lo que vemos no nos gusta. La tentación de identificarse con el vecino porque es más guapo, más rico y más listo**

Otra cosa es la imagen que los países tienen de sí mismos.

Es un hecho que esta imagen tiene más de subjetivo que de objetivo. Lo mismo pasa con los individuos cuando se miran al espejo. Salvo extremos de belleza o de fealdad, cada cual ve una figura anodina, conocida e inmutable, hasta que un día, por sorpresa, se ve a sí mismo reflejado en un cristal y se lleva un susto. En ese momento cree haberse visto como lo ven los demás. Y no se gusta nada. Lo mismo ocurre con las fotografías familiares. Un número elevado de personas se resiste a dejarse fotografiar.

Durante varias décadas España tuvo una pobre imagen de sí misma. El discurso triunfalista oficial producía el efecto contrario del que buscaba: si el poder decía que España era lo mejor, seguramente era lo peor. El que realmente es rico, inteligente o guapo no lo tiene que pregonar a los cuatro vientos.

Esta imagen deprimida produjo una depresión paralela en la expresión de la propia imagen. Y esto creó un círculo vicioso. En el caso concreto de la literatura, los españoles de cierto nivel cultural preferían leer libros extranjeros que españoles. Lo mismo ocurría con el cine español. Y con los productos manufacturados. Tener un coche español era una deshonra para toda la familia. De resultas de este rechazo, los propios creadores se desvinculaban del público lector, con lo cual participaban de la creencia general y la confirmaban en la práctica. La literatura que se produjo en España durante las décadas de la dictadura fue, salvo excepciones, literatura ensimismada, subjetiva y a menudo experimental. Esto no es un juicio sobre su calidad. El que hubiera buenos escritores y buenos libros no quiere decir que hubiera buena literatura. La literatura es un fenómeno compartido, un repertorio amplio de libros fungibles. Por eso hablamos de literatura francesa, de literatura medieval, de literatura en lengua alemana. En definitiva, criterios colectivos.

Esto en España no existía. Ni dentro de España, ni en la escasa producción de los escritores exiliados que se podía conseguir en España, y que tenía un carácter testimonial. Y con la literatura clásica sucedía algo parecido. Secuestrada por el poder, se había convertido en un panteón de nombres ilustres que podían inspirar admiración, pero que no despertaban simpatía, que es el paso previo a la identificación. El caso más notorio, naturalmente, es el del *Quijote*. Convertido en el representante de los supuestos valores nacionales de una raza superior, don Quijote era un monigote que se vendía en las tiendas de *souvenir*, un objeto de coleccionismo y un juguete para desequilibrados. En aquellos años abundaban personas que escribían el *Quijote* al revés, o en una cáscara de huevo, o en taquigrafía. Estas de-

mencias contaban con el beneplácito oficial. En la actualidad, el *Quijote* ha recuperado su lugar y su estatura humana. Cualquier español (y cualquier ser humano de cualquier país) se puede identificar con este personaje desorientado, medio listo y medio tonto, medio loco y medio lúcido, que va por el mundo recibiendo palos.

Como dice Juan Villoro en un brillante libro de ensayos literarios recién aparecido, de eso se trata.

Otro factor importante para la situación agónica de la literatura en España en la época a la que me refiero es la censura. La censura no solo era un peligro cierto para quien se excediera en el uso de su libertad, y, de paso, de quien lo publicara, no solo porque un libro podía ser retirado de la circulación una vez publicado, lo que supone una pérdida económica considerable, sino porque el descontento oficial con un editor podía derivar en la retirada del subsidio para la compra de papel, entonces un artículo caro, y de otros beneficios marginales que garantizaban la subsistencia de una industria siempre vulnerable. La censura no solo constituía el peligro que digo, sino que lo enredaba todo. En primer lugar, porque convertía en mérito las maniobras para soslayar las normas de censura, con lo cual convertían verdaderas simplezas en actos políticamente relevantes. También creaban una fina pero espesa red de secreto y desconfianza.

A pesar de las enormes diferencias, este fenómeno es similar a lo que ocurría en los países del Este de Europa. El caso de Milan Kundera, que estos días ocupa los medios de información, viene a cuento. Por supuesto, no sé cuál es la verdad ni tengo



opinión al respecto, pero leyendo u oyendo la información procedente de países que no han conocido la censura en tiempos recientes, o de personas que la desconocen por su edad o su mala memoria, me doy cuenta de que la mayoría no sabe de lo que está hablando.

### **3. Un país encuentra su voz, pero no su canción. Qué pasó en España cuando la transición le planteó la posibilidad de construir su propio relato**

Me voy aproximando al tema de esta charla.

Pertenezco a la generación de escritores que apareció en el momento de producirse en España la transición democrática. Creo que han pasado ya los años necesarios para poder hacer un balance con cierta perspectiva. Antes no, y los libros publicados sobre este tema así lo demuestran.

Naturalmente, los que publicamos nuestros primeros libros en aquellas venturosas fechas creíamos que este hecho y los sucesos políticos se producían al mismo tiempo por pura casualidad. Por accidente, tal vez, pero no por casualidad. Cuando se produjeron los hechos históricos, nosotros estábamos ahí, pero no por casualidad. En realidad, formábamos parte del cambio, aunque entonces todavía no lo podíamos saber.

Habíamos empezado a trabajar mucho antes, dentro de la depresión a que me referí hace un rato, y, aunque no puedo hacerme portavoz de los pensamientos de otras personas, con la convicción de que nos esperaba un futuro igualmente gris. Nacidos, crecidos y educados en la dictadura, sin haber conocido

otra forma de convivencia, pensábamos que aquella situación no era eterna, pero sí indefinida. No creo que nadie trabajara a la espera de un cambio que nadie sabía cuándo se iba a producir y, sobre todo, en qué iba a consistir. Es decir, que trabajábamos la tierra que había con las herramientas que teníamos.

Cuando se produjo el cambio, lo primero que cambió en el terreno literario no fueron los escritores, sino los lectores. La actitud del público lector. De repente hubo un vuelco, y el desprecio y la desconfianza en la producción local se transformaron en aprecio y en una insaciable demanda. El escritor español pasó de ser un paria a ser un triunfador, con todo lo bueno y todo lo malo que eso implica.

¿Cuál era la causa de este cambio? No hace falta decir que desde el punto de vista literario no éramos mejores que nuestros predecesores. Lo que en mi opinión había sucedido es que el ciudadano español, con la libertad, había recuperado su propia dignidad individual y colectiva. Todo régimen dictatorial produce en los ciudadanos que lo padecen un profundo sentimiento de vergüenza. Como todos los regímenes totalitarios, sin excepción, dedican mucho tiempo, esfuerzo y dinero a hacer el ridículo, de palabra y de obra, a través de su retórica, su vestuario, su ceremonial y todas las manifestaciones artísticas que patrocinan. Este exhibicionismo y esta penosa vulgaridad contribuyen a aumentar el sentimiento de vergüenza de los ciudadanos. Esta vergüenza era la que producía en los españoles un rechazo a ver su imagen reflejada en el espejo de la literatura. Desaparecida esta vergüenza, se produjo una verdadera avidez por recuperar esta imagen. No hacía falta que fuera halagadora. Bastaba con que fuera cierta, en la medida en que es

cierta la representación de la realidad tal como es vista por el consenso de la ciudadanía.

Este cambio de actitud coincidió, paradójicamente, con una producción literaria que no tenía nada que ver ni con el presente ni con el pasado inmediato. Durante los largos años de silencio, todo el mundo creía que una vez recuperada la voz, de inmediato se ventilarían los temas que durante tanto tiempo habían sido silenciados. La Guerra Civil, la represión, la dictadura. Nada de esto quedaba reflejado en las páginas de los libros que iban apareciendo. Los intelectuales, incluidos los propios escritores, reprochaban esta aparente dejación. Pero el público no se quejaba. Leía y lo que leía le dejaba satisfecho.

#### **4. Los primeros pasos de una nueva narrativa. El escritor que quería escribir pero no tenía tema**

De esta situación paradójica los escritores de la generación nacida literariamente con la transición nos sentíamos un poco culpables. Pero no podíamos hacer nada para remediarlo. No queríamos escribir sobre un pasado inmediato que habíamos vivido sin alegría y sin estímulo. La realidad histórica no nos resultaba atractiva ni nos inspiraba.

En el fondo, lo que queríamos era lo mismo que quería el público, es decir, recuperar la literatura, sacarla del estado de coma en el que había estado demasiado tiempo.

De la literatura de la generación anterior habíamos aprendido mucho. Es posible que no hubiéramos aprendido mucho, sino que lo hubiéramos aprendido todo. Los primeros pasos

de un escritor no van en busca de los grandes modelos sino de modelos próximos. Es importante que un escritor esté vivo y que viva cerca. Hay algo familiar en la influencia literaria: los hermanos menores imitan a sus hermanos mayores, a lo sumo a sus primos, o a un compañero del colegio. Con los escritores, la proximidad es esencial. No hace falta conocerlos personalmente, pero es importante saber que en cualquier momento se puede producir un encuentro. Coincidir en un bar con un poeta español era más importante que leer la obra de un gran poeta extranjero o muerto. No sé por qué es así, pero es así.

De nuestros predecesores, pues, habíamos aprendido casi todo, incluida la actitud negativa y pesimista con respecto a nuestra propia obra. Pero ellos habían mantenido viva la tradición, incluida la posibilidad de rebelarse contra la tradición, que también es parte de la tradición, y con su esfuerzo habían puesto el idioma al día, al menos de un modo funcional.

Pero el modelo no daba más de sí, de modo que recurrimos a la fuente más importante de la literatura, que es la literatura. No sabíamos qué historia queríamos contar, pero sabíamos que queríamos contar algo. Y lo que queríamos contar era la emoción que nos habían producido las lecturas infantiles y juveniles, aquellas lecturas que en la mayoría de los casos habían sido nuestra única fuente de diversión y de experiencia. Teníamos la pasión de la narración a que se refirió Fernando Savater en un libro fundamental para entender la literatura de aquellos años: *La infancia recuperada*. El testimonio de la realidad vivida nos traía sin cuidado. Así que decidimos traicionar nuestro deber histórico y escribir lo que nos daba la gana. Esta traición era menos grave de lo que parece. Hasta la transición, y a falta

de otros medios de expresión, la literatura había tenido que desempeñar una función testimonial y acusatoria. Luego, con la libertad, esta función había quedado a cargo de los medios de información e incluso de los ciudadanos, que no paraban de manifestarse a todas horas y por todas partes.

### **5. A veces la ayuda llega de donde menos se espera. La literatura latinoamericana cambia la lengua española y sus aplicaciones. Del cuarto de atrás a las selvas amazónicas**

Habíamos recibido una extraña y contradictoria formación. La mayoría de nosotros fue a una escuela religiosa donde se ensalzaba la ciencia, pero se enseñaba literatura. En parte, porque la literatura era una gloria nacional, igual que la pintura y las catedrales. En cambio en el terreno de la ciencia, muy poca gloria habíamos cosechado. En parte también, porque los religiosos, hombres y mujeres, habían recibido una formación estrictamente literaria, tomista y arcaica, y eso era lo único que realmente podían enseñar. Nos hicieron aprender de memoria las innumerables formas métricas españolas con sus correspondientes ejemplos sacados del Siglo de Oro y nos hicieron aprender de memoria pasajes de Lope de Vega, Calderón, Garcilaso o Góngora, extraordinariamente tediosos. La mía fue también la última generación que estudió latín. Lo estudió pero no lo aprendió, porque, como dice no sé quién, enseñaban latín no como una lengua muerta, sino como una lengua que nunca estuvo viva. Pero recibimos, dentro de lo que cabe, una sólida formación. De lo demás lo ignorábamos todo. Y lo que habíamos aprendido lo aborrecíamos, porque lo identificábamos con la estrechez y una tortura moral y psicológica no muy violenta, pero bastante mezquina.

Con estas herramientas y sin historias que contar, poco habríamos hecho si no se hubiera producido un milagro.

A mediados de la década de los sesenta empezaron a aparecer en España, y más concretamente en Barcelona, unos escritores provenientes del continente americano que venían en busca de lo que en sus países de origen no encontraban: editor. Fueron los años mágicos que recibieron el nombre de «el boom». Visto con la perspectiva de los años resulta increíble que en un periodo brevísimo aparecieran en los escaparates de las librerías españolas autores como Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, José Donoso, Guillermo Cabrera Infante, José Lezama Lima o Alfredo Bryce Echenique, por no hablar de Borges, hasta entonces poco conocido del gran público español. Son nombres que hoy impresionan, pero que entonces, leídos sin la mediación del reconocimiento, con la inocencia del que lee la novela de un escritor desconocido y se da cuenta de que ha caído en sus manos una obra maestra, nos dejaron estupefactos. Sepultados en la lava y la baba de la retórica oficial, nadie creía que la lengua española fuera capaz de expresarse con tanta vitalidad, tanta variedad y tanta originalidad con que lo hacían aquellos escritores que llegaban de unos países que el delirante sueño imperial español seguía considerando de rango inferior.

Pero no fue solo esta aportación, extraordinaria, lo único que nos dieron.

Ya he dicho que muchos de ellos se establecieron en Barcelona, por varias razones. En primer lugar, era la capital editorial de la lengua española; en segundo lugar, era una ciudad agrada-

ble, española pero próxima a la frontera de Francia, y bastante libre, en parte por el esfuerzo de los intelectuales barceloneses y en parte porque la incompetencia del gobierno español hacía que la represión fuera perdiendo fuerza a medida que aumentaba la distancia de Madrid. Los que se instalaron en Barcelona atraían a los otros, así que Barcelona se convirtió durante una larga temporada en el centro mundial de la literatura latinoamericana. Esto nos dio ocasión de conocerlos y tratarlos, o al menos de verlos. Ya me he referido a la importancia de esta proximidad física. Lo que más nos sorprendió fue su actitud con respecto a la escritura. Los escritores españoles eran en el fondo tímidos, se sentían socialmente menospreciados y, en consecuencia, se avergonzaban de escribir, por oficio o por afición. Eran unos tipos marginales. Los latinoamericanos, por el contrario, procedían de una tradición que honra realmente la cultura, aunque la reprima. Ellos no sabían que su trabajo les iba a proporcionar fama y dinero, pero lo hacían con orgullo.

Creo que todavía no se ha reconocido la deuda de la literatura española con aquella generación maravillosa, que no solo inventó el realismo mágico, sino que lo personificó.

La literatura latinoamericana amplió el horizonte narrativo de un modo estruendoso. Del relato intimista y provinciano se pasó a la gran epopeya de las selvas, los grandes frescos históricos, las sagas familiares que duran cien años de soledad, el presente y el pasado de naciones y culturas.

Tampoco hay que exagerar ni dejarse llevar por la lírica. Desde Europa, y más desde una España empequeñecida y gris,

América Latina se nos antojaba lo que un crítico mexicano ha calificado de un laboratorio de las desmesuras. Dejémoslo aquí.

6. Reaparece inesperadamente don Benito el Garbancero. La novela clásica española vuelve a tener sentido y sale de las bibliotecas polvorientas para entrar en las casas

Este factor, unido a los mencionados anteriormente, hizo que la visión de los españoles sobre su propia literatura cambiara radicalmente. Quizá el caso más notable fue el de Benito Pérez Galdós. Galdós fue y es un gigante de la literatura española, pero aparte de algunos episodios nacionales, leídos más por su carga histórica y heroica que por sus valores literarios, permanecía en el panteón de las momias ilustres. A finales de la década de los setenta, repentinamente, Galdós resucitó y sus obras, las más famosas y otras muy poco conocidas, fueron editadas y se vendieron como *best sellers*. Se hicieron adaptaciones para televisión de alguna novela (*Fortunata y Jacinta*, que yo recuerde) y alguna película, especialmente de la mano de Luis Buñuel, gran aficionado a Galdós y ya recuperado después de un largo exilio. Lo mismo sucedió con la novela de Clarín, *La regenta*, de la que se hicieron muchas ediciones. Una vez más el lector español, aunque no lo formalizara, sentía que lo que leía estaba escrito por nosotros y hablaba de nosotros.

Si Galdós, Clarín, Valle-Inclán o Baroja volvían a tener vigencia, también la podían tener sus descendientes directos, es decir, los escritores que estábamos publicando en aquellos años. Seguramente ninguna generación ha encontrado un público tan receptivo.



## **7. Del jardín de las delicias al patio de mi casa. El discurso intelectual deja las abstracciones y habla de las personas. Los improbables tipos de Almodóvar son más representativos de lo que parece**

El retorno a la antigua narración no era un retroceso (aunque podía conducir a un retroceso), ni la aparente frivolidad de las novelas aparecidas en los primeros años de la transición eran únicamente frívolas (aunque podían conducir a la frivolidad). En ambos casos era un riesgo inevitable, porque sin saberlo ni los autores ni los lectores, aquello era lo que pedían los tiempos.

Hasta aquel momento, la literatura, igual que el cine, el teatro y otros medios de expresión de producción nacional española, habían abandonado, como he dicho, la representación de la realidad vista a través de los ojos del ciudadano español para entrar en un terreno abstracto, donde predominaba la idea cuando no la ideología. No hay que ver en esto un reproche, ni muchos menos. También era lo que pedían los tiempos y, en todo caso, lo que permitían. Abstracciones que podían incidir en temas cruciales de carácter político o social, pero que por su naturaleza estaban condenadas a ser consumidas por una minoría. El estado autoritario siempre tolera estas manifestaciones abiertamente críticas, pero confinadas a un núcleo reducido y sin influencia práctica, para dar desahogo a las inquietudes intelectuales y para dar una imagen superficial de libertad. Eran los tiempos en que películas abiertamente subversivas ganaban festivales de cine internacionales dejando, como se decían entonces, muy alto el pabellón de España. Luego estas mismas películas tenían dentro de España una vida lánguida en peque-

ñas salas de las grandes capitales. Insisto en que no hay que ver en esto una valoración negativa. El gran esfuerzo que se invirtió en estas obras aparentemente estériles sirvió para mantener en marcha el motor de la cultura, aunque fuera a ralentí, y sirvió de aprendizaje y de inspiración para todo lo que vino después.

Pero eran obras abstractas y abstrusas, preocupadas por el lenguaje y el metalenguaje (lo que en el lenguaje cotidiano se llamaba leer entre líneas) y, en última instancia, eran espejos que solo se reflejaban a sí mismos.

El cambio solo podía venir por la vía de la frivolidad. Recientemente se ha hablado en España de aquel movimiento que en su momento se denominó «el destape». Consistía, como su nombre indica, en aparecer sin ropa por todas partes. Naturalmente, hubo mucho de operación comercial, pero es indudable que este movimiento colectivo de demanda insaciable y de oferta entusiasta tenía un significado nada simbólico de liberación por medio de la transgresión. La actitud era claramente juvenil y equivalía a la desobediencia flagrante contra la autoridad paterna. La paradoja era que en este movimiento juvenil participaban todos los españoles, jóvenes y no tan jóvenes. Visto ahora, aquel desenfreno tiene algo de pueblerino y de patético y no hace más que poner de manifiesto un hambre atrasada, casi endémica. Para juzgarlo con objetividad no se puede olvidar que fue pasajero. En las artes escénicas la duración es parte esencial del lenguaje.

Con la literatura y con el cine sucedió lo mismo. En vez de la seria crítica que se esperaba, lo que en aquellos años salió a la luz fue una aparente frivolidad, que transgredía el orden preci-

samente incumpliendo las expectativas que pesaban sobre sus creadores.

La única preocupación de aquellas obras era hablar del presente y del individuo. Yo y ahora.

Comparado con la etapa anterior, este descenso de nivel fue casi un insulto a los que habían estado dando lo mejor de sí para mantener el espíritu crítico, la profundidad de criterio y la riqueza formal. Produjo escándalo que las posibilidades ilimitadas que ofrecían las nuevas libertades se utilizaran para crear unas obras presididas por la necesidad, el desaliño y el descaro.

Pero así eran las cosas. Y así habían de ser.

Para entender lo que quiero decir basta comparar dos obras emblemáticas de una y otra etapa. En el medio más expresivo de la época, es decir, en el cine, solo tenemos que comparar una película de Carlos Saura (por ejemplo, *El jardín de las delicias* de 1970), con una película de Pedro Almodóvar (*Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón* de 1980). En la primera están representados todos los españoles en tanto que abstracción colectiva. La segunda, la primera película de Pedro Almodóvar, cuenta la historia inconexa de unas chicas extravagantes y atolondradas. En la primera las ideas están claras y la realización es impecable. En la segunda no parece haber ninguna idea y la realización es torpe y aparentemente caprichosa. Sin embargo, los personajes de Almodóvar, en esta película y en todas sus películas sucesivas, son los personajes con los que se identifica el espectador español, mejor dicho, los personajes por los que el espectador español se siente representado, aun-

que estos personajes extravagantes, límites, al borde la ley, de la lógica y de la locura, no representen nada más que su extraño caso particular. Solo hablan de sí mismos, con un lenguaje perfectamente incorrecto, perfectamente local y temporal (un lenguaje que en poco tiempo consiguió adquirir la categoría de dialecto, el «cheli», equivalente al lenguaje de germanía que utilizan los personajes de la literatura española del Siglo de Oro y en especial la picaresca). Pero a pesar de estar centrados en su propia personalidad y en sus propios problemas, unos problemas verdaderamente truculentos y, en la mayoría de los casos, inverosímiles, cada español los siente próximos, como si fueran miembros de su propia familia.

Lo mismo sucede en el terreno de la novela. Basta también comparar dos novelas de la época separadas por la bisagra del cambio: *Un viaje de invierno*, la extraordinaria novela del extraordinario Juan Benet, de 1972, y, aunque sea inmodesto usarme a mí mismo como ejemplo, *El misterio de la cripta embrujada* de 1979. Comparar la calidad literaria de las dos novelas sería un disparate. Y, no obstante, son las aventuras totalmente absurdas del pobre detective loco por una Barcelona fantástica las que a la larga constituyen un espejo fidedigno de la realidad tal como se percibía en España en aquellos años de disparate, reconstrucción y esperanza.

Llegaré más lejos en la inmodestia citándome a mí mismo. Al fin y al cabo, soy yo el que está dando esta conferencia. En la nota que escribí a la novela que acabo de mencionar (*El misterio de la cripta embrujada*), escribí años más tarde: En el verano de 1977 la situación política distaba de ser estable y la democracia, recién estrenada, tenía un marcado aire de preca-

riedad, o al menos así lo percibí yo, pero aun a sabiendas de los peligros que acechaban y aunque todo el mundo era consciente de que en la cuneta del largo camino que aún nos faltaba por recorrer se irían quedando muchas ilusiones, nadie podía sustraerse a la embriaguez de la libertad y de la esperanza.

## **8. Batallones y batallitas. La Guerra Civil en la narrativa española: una evolución que no revisa la historia, sino la forma de verla**

Aquellos tiempos, tal como había de suceder, ya pasaron. Es la característica fundamental del tiempo: pasar. Yo creo que la generación a que me he estado refiriendo hasta ahora ha pasado también, con su momento histórico. Esto no es una jubilación ni un acta de defunción. Cuando la generación de la transición empezó a escribir, o cuando los nuevos directores de cine empezaron a hacer sus películas, los miembros de la generación anterior seguían en activo y muchos de ellos produjeron todavía sus mejores obras. Ya he empezado diciendo que no iba a hacer un análisis particular. Del mismo modo, la mayoría de los que formamos la generación de la transición seguimos vivos y trabajando. Pero los tiempos son otros.

Probablemente nada ilustra mejor este nuevo cambio que el tratamiento que se le ha venido dando en la literatura (o en el cine, insisto en equiparar estas dos formas narrativas, a los efectos de esta charla) al espinoso tema de la Guerra Civil.

Los escritores de la generación de la transición nacimos a la sombra de la guerra. La mayoría nos libramos de la guerra en sí, lo cual nos diferencia radicalmente de los que no solo vivieron

la guerra, sino que participaron en ella en el campo de batalla, o sufrieron los bombardeos o, en todo caso, fueron testigos directos, testigos oculares de la violencia. Nosotros solo vimos sus consecuencias y oímos todos los días, a todas horas, las historias y los recuerdos y la tristeza y la miseria que habían dejado los años terribles de la conflagración. De hecho, nos ahorramos el peligro y el horror, pero tampoco conocimos la épica. Para nosotros la Guerra Civil fue una cosecha de dolor. Quizá por esta razón nunca quisimos hablar de ella.

En la obra de la generación anterior, la guerra está siempre presente. Antes he citado a Juan Benet. La guerra no solo recorre toda su obra, sino que es el tema central de muchas de sus novelas: las operaciones militares, la estrategia, lo que antiguamente se llamaba «la suerte de las armas». Lo mismo en los demás escritores de su edad. Juan García Hortelano, Miguel Delibes, Ignacio Agustí, Camilo José Cela, o los escritores en el exilio: Mercé Rodoreda, Max Aub, Ramón Sender.

Nosotros no nos interesamos en la guerra como tema literario. Nos interesaba el presente inmediato. Y si nos ocupábamos del pasado era para buscar en el pasado las raíces del presente, tendiendo un puente sobre los años vacíos de la guerra y la posguerra. Sin saberlo este era mi objetivo cuando me sumergí en la historia de Cataluña y de Barcelona para escribir *La verdad sobre el caso Savolta* o *La ciudad de los prodigios*. Todas hablaban de la historia, pero todas se detenían antes de la Guerra Civil, incluso antes de sus antecedentes inmediatos. Quizá queríamos decir que aquello no había existido, o que había sido un paréntesis y ahora la historia retomaba el camino que debería

haber seguido si las cosas no se hubieran torcido de un modo tan dramático.

Con la aparición de una nueva generación, el panorama cambia y la Guerra Civil se convierte en un tema literario de interés y de análisis. Para los nuevos autores, la guerra y sus secuelas es un episodio de la historia reciente de España, pero no una vivencia personal. Aunque todos ellos tienen una clara posición de principios sobre la cuestión y la afrontan con la seriedad y el respeto de algo que todavía está vivo, la distancia les permite adoptar una actitud más equidistante. Sin duda el ejemplo más significativo de este cambio es la novela de Javier Cercas *Los soldados de Salamina*. No solo la novela en sí, magnífica desde todo punto de vista, sino el extraordinario éxito de público que tuvo y sigue teniendo, después de su aparición, la convierte en un fenómeno social, además de literario. Porque en el fondo, lo que la novela plantea es una revisión de la Guerra Civil desde una distancia que permite al lector identificarse con los personajes de uno y otro bando. La propia estructura del relato conduce a esta posición. Para quien no la ha leído, diré que la novela consta de tres partes: la primera es la investigación de un periodista que, a desgana, sigue la pista de los testigos supervivientes de un extraño suceso ocurrido en los últimos días de la Guerra Civil. Ya en plena retirada el ejército republicano, un destacado representante del fascismo español que ha caído en manos de los republicanos va a ser fusilado junto con otros prisioneros. En la confusión consigue escapar ileso y es recogido por unos campesinos que, a sabiendas de que pertenece al bando enemigo, lo protegen por pura humanidad, porque están cansados de tantos años de violencia. Antes, durante la huida por el bosque, el fugitivo ha sido descubierto por un soldado

que le apunta con la escopeta. Cuando cree que lo va a matar, el soldado baja el arma y lo deja escapar. También el soldado quiere acabar de una vez con aquella guerra terrible. Aunque la novela está escrita en forma de crónica, mezclada con episodios de la vida cotidiana del periodista que rebajan el tono épico de la historia, y aunque el periodista y, por boca del periodista, el autor de la novela, que puede identificarse o no con el protagonista, dejan clara cuál es su posición con respecto a la guerra y los bandos que se enfrentaron en ella, lo cierto es que el lector tiene libertad para identificarse con todos los personajes, independientemente de la ideología que representan. Más allá de la intención del autor, y más allá del mensaje explícito del propio libro, el relato lleva una proposición que conecta con la sensibilidad del lector español actual. No es irrelevante que además de los cientos de miles de ejemplares vendidos, se haya hecho una versión cinematográfica y una versión teatral de la novela y que las dos hayan tenido también mucho éxito de público.

### **9. De la tragedia a la insatisfacción. A nuevas generaciones, nuevos relatos. Los particularismos**

El repaso que he hecho hasta ahora de la literatura española desde la transición o, como dije al principio, de la realidad española tal como los españoles la perciben a través de la literatura, no termina aquí.

En primer lugar, porque se trata de un proceso dinámico, que cambia precisamente por su propia existencia, es decir, que cada imagen de la realidad, en el momento en que es asimilada por la colectividad se transforma en parte de la realidad y



engendra nuevas imágenes, en un proceso que antiguamente se llamaba dialéctico.

En segundo lugar, porque una consecuencia de cada nueva etapa es arrojar las etapas anteriores al olvido o a una nueva interpretación.

La transición fue un periodo decisivo en la historia de España, no sólo porque significó el final de un régimen dictatorial y el paso a un régimen democrático, de representatividad política y libertad de expresión, sino porque significó la entrada de España en la modernidad. Además de otros efectos, la dictadura franquista mantuvo a España en un estado de congelación histórica, mientras los demás países europeos se iban adaptando a los tiempos modernos.

San Agustín decía: «Si me preguntan qué es el tiempo, no lo sé; pero si no me lo preguntan, sí que lo sé».

Con los tiempos modernos ocurre lo mismo. Todo el mundo sabe lo que significa este concepto, siempre que no se vea obligado a definirlo. Para entendernos, digamos que es una nueva forma de entender las relaciones sociales y la identidad colectiva e individual. Este cambio no se refiere tanto a la concepción del mundo, sino a la forma de estar en el mundo. Si la desaparición de las ideologías ha sido la causa de esta nueva forma de estar en el mundo o si ha sido esta nueva forma de estar en el mundo lo que ha hecho desaparecer las ideologías, es un asunto que no vamos a tratar ahora. Lo que nos interesa ahora es ver en qué consiste este cambio, y yo creo que fundamentalmente consiste en la percepción que el individuo tiene de su entorno.

La relación del individuo con su trabajo, con la familia, con el dinero, con la ciudad, con el ocio, con la salud y la enfermedad, con el envejecimiento, todo esto ha cambiado radicalmente en las últimas décadas.

No vamos a entrar ahora en este cambio. Si lo traigo a colación es para decir que una nueva percepción de la realidad necesita una nueva imagen que la refleje y le dé forma oficial.

En España, como he dicho antes, el fenómeno es más acusado, porque la transformación se hizo de un modo rápido, casi violento, sin tiempo para asimilar las etapas intermedias. España pasó de ser una sociedad agrícola a ser una sociedad postindustrial, del camino de carro a la autopista y el aeropuerto, de la vida provinciana al ciberespacio, de la inmovilidad social y familiar, a la inestabilidad, de la rigidez moral a la permisividad, de la tragedia al descontento.

¿Podemos decir que la literatura recoge este cambio y lo formaliza? Es difícil generalizar, y más cuando el suceso todavía está ocurriendo.

Sin embargo, algo parece indicar que la propia literatura, tal como la concebimos, ha sido incluida en el proceso de transformación, y que ya no volverá a ser como antes, del mismo modo que la familia ya no volverá a ser lo que fue a principios del siglo xx.

Hacer un diagnóstico y determinar las causas de esta transformación desborda los límites de esta charla, pero apuntar algu-

nas no es ocioso, porque yo creo que esta es la cuestión que hemos de abordar los que estamos interesados en la cultura.

En primer lugar, tanto en España como en todo el mundo, vivimos en la era de la información. Este hecho, en sí mismo, ya resta mucha razón de ser a la novela, que hasta hace unas décadas era para un importante sector de la población la única o la principal fuente de información acerca del mundo. Pero hay algo más.

Es frecuente, cuando se trata este tema, ver expresada la idea de que la información no es lo mismo que el conocimiento, que la información no sirve para nada si no hay un conocimiento previo que clasifique, ordene y establezca una escala de jerarquías entre los datos proporcionados por los medios de información.

Sin avanzar mucho en este campo, yo creo que esta idea es defensiva y está más fundada en el temor que en la realidad. Yo sospecho que la información es el conocimiento. Una nueva forma de conocimiento. Y esta nueva forma de conocimiento es la que las colectividades, nacionales o de cualquier otra índole, utilizan hoy en día para formarse una imagen de sí mismas. Cuando hablo de información no me refiero únicamente a Internet, sino a otros medios, el más importante de los cuales, a mi entender, es el teléfono móvil, una herramienta (piénsenlo en estos términos) cuya influencia en los individuos y las sociedades todavía no ha sido bien estudiada.

En un debate reciente sobre la imagen que los españoles tienen de su propia realidad intervine para ofrecer la tesis de que, a

diferencia de otras etapas anteriores, donde la identidad venía determinada no por abstracciones, sino por imágenes literarias que encarnaban estas abstracciones (el Quijote, Carmen, la paella), hoy los españoles se ven reflejados en sus equipos de fútbol. Me apresuro a decir que esta tesis no fue recibida con admiración. Pero yo insisto en ella. Y creo que el mundo, al menos el mundo occidental, no avanzará hasta que no consiga fijar el valor simbólico del fútbol. Cuando digo fútbol incluyo todas sus variantes: el fútbol americano, el rugby. Otros deportes de competición no.

La diferencia fundamental es esta: que mientras las imágenes literarias son variables, contradictorias, abiertas a interpretación y compatibles entre sí, el fútbol responde a unas reglas fijas y unos resultados susceptibles de ser medidos y contabilizados. Más importante aún: está basado en el principio de que uno ha de perder para que el otro gane. Entender el mundo a través del fútbol es entender el mundo en términos de victorias y derrotas, de clasificaciones y jerarquías. Esta concepción es la base de lo que Ortega y Gasset llamaba los «particularismos», un posicionamiento distinto de los partidos basados en ideologías o intereses.

Hoy España se ve a sí misma en términos de fútbol: de equipos que rivalizan entre sí. Para que uno gane tienen que perder los demás. El fútbol es el relato del hombre moderno.

Pero no quiero dejarles a ustedes con un mensaje pesimista. El mundo es complejo y cambiante y junto a los particularismos de Ortega sigue existiendo la paella: un plato híbrido y de oscuro pasado, que alimenta y alegra, que exige ser compartido

con un grupo amplio de personas (la paella es un plato que requiere cooperación: es raro que una persona sola, incluso que una pareja, se coma una paella) y, además, es un plato que produce invariablemente una pesada y larga digestión. No hay mejor imagen en la que verse reflejado el ser humano.



2009

# EL INCA GARCILASO Y LA LENGUA GENERAL

*Mario Vargas Llosa*



Hijo de un conquistador español y de una princesa inca, nacido en el Cusco el 12 de abril de 1539, la infancia y juventud de Gómez Suárez de Figueroa transcurrieron en una circunstancia privilegiada: el gran trauma de la conquista y destrucción del Incario era reciente, se conservaba intacto en el recuerdo de indios y españoles, y los fastos y desgarros de la colonización, con sus luchas sangrientas, enconos, quimeras, proezas e iniquidades tenían lugar poco menos que ante los ojos del joven mestizo y bastardo cuya conciencia se impregnó de aquellas imágenes sobre las que su memoria volvería medio siglo después, ávidamente.

A los veinte años, en 1560, Gómez Suárez de Figueroa partió a España, adonde llegó luego de un larguísimo viaje que lo hizo cruzar la Cordillera de los Andes, los arenales de la costa peruana, el mar Pacífico, el Caribe, el Atlántico y las ciudades



de Panamá, Lisboa y, finalmente, Sevilla. Fue a la corte con un propósito concreto: reivindicar los servicios prestados por su padre, el capitán Garcilaso de la Vega, en la conquista de América y obtener por ello, de la corona, las mercedes correspondientes. Sus empeños ante el Consejo de Indias fracasaron, por las volubles lealtades de aquel capitán, a quien perdió la acusación de haber prestado su caballo al rebelde Gonzalo Pizarro en la batalla de Huarina, episodio que lo atormentaría siempre y que el joven mestizo trató luego de refutar o atenuar, en sus libros. Rumiano su frustración, fue a sepultarse en un pueblecito cordobés, Montilla, donde pasó muchos años en total oscuridad. Salió de allí, por breve tiempo, para combatir entre marzo y diciembre de 1570, en la mesnada del Marqués de Priego, contra la rebelión de los moriscos en las Alpujarras de Granada, donde ganó, sin mucho esfuerzo, sus galones de capitán.

En Montilla, luego en Córdoba, amparado por sus parientes paternos, vivió una existencia ordenada de la que sabemos, apenas, su afición a los caballos, que embarazó a una criada, la que le dio un hijo, que apadrinó abundantes bautismos y negoció unos censos nada menos que con don Luis de Góngora. Y, lo más importante, que se dedicó a leer y estudiar con provecho y vocación pues, cuando, en 1570, aparezca su primer libro, una delicada traducción del italiano al español de un libro de teología y filosofía neoplatónica, los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, el cusqueño de Montilla, que para entonces ha cambiado su nombre por el de Inca Garcilaso de la Vega, se ha vuelto un fino espíritu, impregnado de cultura renacentista y dueño de una prosa tan limpia como el aire de las alturas andinas. El libro fue prohibido por la Inquisición, y

el Inca, cauteloso, se apresuró a dar la razón a los inquisidores admitiendo que no era bueno que semejante obra circulara en lengua vulgar «porque no era para vulgo».

Para entonces, estaba empeñado en una empresa intelectual de mayor calado: la historia de la expedición española a la Florida, capitaneada por Hernando de Soto y, luego, por Luis de Moscoso, entre 1539 y 1543, aprovechando los recuerdos del capitán Gonzalo Silvestre, un viejo soldado que participó en aquella aventura y a quien Garcilaso había conocido en el Cusco. Aunque, en sus páginas, el Inca alega, dentro de los tópicos narrativos de la época, ser un mero *escriviente* de los recuerdos de Silvestre y de otros testigos e historiadores de aquella desventurada expedición, *La Florida del Inca*, impresa en Lisboa en 1605, es, en verdad, una ambiciosa relación de arquitectura novelesca, impregnada de referencias clásicas y escrita con la alianza de peripecias, dramatismo, destellos épicos y colorido de las mejores narraciones caballerescas. Este texto basta para hacer de él uno de los mejores prosistas del Siglo de Oro.

En *La Florida*, el Inca dice, defendiéndose de una imputación que caerá sobre él en el futuro —ser más un literato que un historiador—: «Toda mi vida, sacada la buena poesía, fui enemigo de ficciones, como son libros de caballerías y otros semejantes» (II, I, XXVIII). No tenemos por qué dudar de su palabra ni de sus buenas intenciones de historiador. Pero acaso podamos decir que, en su tiempo, las fronteras entre historia y literatura, entre realidad y ficción, eran imprecisas y desaparecían con frecuencia. Eso ocurre, más que en ninguna otra de sus obras, en *La Florida*, una historia que Garcilaso conoció a través de los recuerdos —materia subjetiva a más no poder—

de un viejo soldado empeñado en destacar su protagonismo en la aventura, y de apenas un par de testimonios escritos. En verdad, aunque la materia prima de *La Florida* sea historia cierta, su proyección en el libro de Garcilaso, de prosa cautivadora y diestro manejo narrativo, idealiza el relato verídico hasta tras-tocarlo en narración épica, en una hermosa ficción histórica, la primera de raigambre hispanoamericana.

Aunque contó con el testimonio del capitán Gonzalo Silvestre, que había participado en la conquista de la Florida en la expedición de Hernando de Soto, y consultó las relaciones de dos testigos presenciales —Juan Coles y Alonso de Carmona— Garcilaso no pisó aquellas tierras, ni conoció aquellos nativos, ni las lenguas que hablaban, de modo que, pese a sus esfuerzos por ceñirse a la verdad histórica, en *La Florida del Inca* debió recurrir a menudo a su imaginación para llenar los vacíos y colorear con detalles, precisiones y anécdotas la empresa que narra. Lo hizo con la eficacia y el talento de los mejores narradores de su tiempo. Se ha dicho que el modelo de esta primera obra de aliento del Inca Garcilaso fueron las novelas de caballerías y esta realidad salta a la vista cuando se coteja este hermoso libro con las épicas aventuras de Amadis, Esplian-danes o Tristán de Leonis.

Son caballerescos los discursos, literarios y altisonantes, que intercambian indios y españoles y la vocación ceremonial que comparten, de lo que es ejemplo eximio la perorata del cacique Vitachuco a sus hermanos que van a persuadirlo de que acepte la paz (II, I, XXI). Los nativos de la Florida tienen el mismo sentido puntilloso de la honra y el honor de los castellanos, la noción renacentista del valor, la reputación, las apariencias, la

predisposición a los desplantes y gestos teatrales, y son feroces en sus castigos contra las adúlteras en tanto que no parece enojarlos en absoluto el caso de los adúlteros. Ocurre, como dice Luis Loayza, que «Los indios son en realidad españoles disfrazados; no solo su estilo sino todas sus ideas son europeas. Cabe suponer que es Garcilaso quien habla por ellos y los hace exponer sus propias opiniones sobre el honor, la fama, la lealtad, el valor, la religión natural, tal vez las injusticias de la conquista»<sup>1</sup>. Los nombres de los caciques suenan más a vasco que a aborigen (Hirrihigua, Mucozo, Urribarracuxi) y hay en *La Florida* algunos animales legendarios, como el lebrél Bruto que captura a cuatro indios en la provincia de Ocali. Las cifras del relato son exageradas, a menudo irreales y esta inflación imaginaria afecta también a personajes y sucesos. Pero no hay que reprochárselo, pues de estas licencias resultan algunas de las delicias del libro. Por ejemplo, esta descripción del curaca obeso: «Era Capasi hombre grosísimo de cuerpo, tanto que, por la demasiada gordura y por los achaques e impedimentos que ella suele causar, estaba de tal manera impedido que no podía dar un solo paso ni tenerse en pie. Sus indios lo traían en andas doquiera que hubiese de ir, y lo poco que andaba por su casa era a gatas» (II, II, XI). Ni siquiera falta en esta historia caballeresca una aventura sentimental: la del sevillano Diego de Guzmán, enamorado y tahúr, que, prendado de una india, hija del curaca Naguatex, a la que pierde en el juego, decide quedarse a vivir entre los indios antes que desprenderse de su amada.

Por lo demás, el Inca no se siente limitado a referir los hechos. Va más allá y describe lo que sus personajes imaginan, algo que no es prerrogativa de historiador sino de novelista. Al

cacique Vitachuco «Ya le parecía verse adorar de las naciones comarcanas y de todo aquel gran reino por los haber libertado y conservado sus vidas y haciendas: imaginaba ya oír los loores y alabanzas que los indios, por hecho tan famoso y con grandes aclamaciones le habían de dar. Fantaseaba los cantares que las mujeres y niños en sus corros, bailando delante de él, habían de cantar, compuestos en loor y memoria de sus proezas, cosa muy usada entre aquellos indios» (II,I, XXIII).

Nada de esto desmerece un ápice la poderosa verosimilitud que emana de *La Florida* y que mantiene en vilo la atención del lector. Pero este poder de persuasión brota más de lo literario que de lo histórico, antes de la destreza narrativa del Inca que de su fidelidad al hecho sucedido. Todo el libro está impregnado de episodios y pequeñas anécdotas de extraordinario vigor narrativo, de hechos sorprendentes o situaciones excepcionales que hechizan al lector: «... porque Juan López Cacho, con lo mucho que había trabajado en el agua y con el gran frío que hacía, se había helado y quedado como estatua de palo sin poder menear pie ni mano» (II, II, XIII). O esta tétrica escena, en la que, luego de la batalla, los españoles «se ocuparon de abrir indios muertos y sacar el unto para que sirviese de ungüentos y aceites para curar las heridas» (III, XXX). Pero acaso el más soberbio ejemplo sea el episodio en el que, el cacique Vitachuco, prisionero de Hernando de Soto, luego de un desplante corporal aparatoso —acaso una invocación a la divinidad— se lanza sobre su captor al que, antes de ser atravesado por diez o doce espadas, desbarata de un puñetazo:

*Siete días después de la refriega y desbarate pasado, al punto que el gobernador y el cacique habían acabado de*

*comer, que por hacerlo amigo le hacía el general todas las caricias posibles, Vitachuco se enderezó sobre la silla en que estaba sentado y, torciendo el cuerpo a una parte y a otra, con los puños cerrados extendió los brazos a un lado y a otro y los volvió a recoger hasta poner los puños sobre los hombros y de allí los volvió a sacudir una y dos veces con tanto ímpetu y violencia que las canillas y coyunturas hizo crujir como si fueran cañas cascadas. Lo cual hizo por despertar y llamar las fuerzas para lo que pensaba hacer, que es cosa ordinaria y casi convertida en naturaleza hacer esto los indios de la Florida cuando quieren hacer alguna cosa de fuerzas.*

*Habiéndolo, pues, hecho, Vitachuco se levantó en pie con toda la bravosidad y fiereza que se puede imaginar y en un instante cerró con el adelantado, a cuya diestra había estado al comer, y, asiéndole con la mano izquierda por los cabezones, con la derecha a puño cerrado le dio un tan gran golpe sobre los ojos, narices y boca que sin sentido alguno, como si fuera un niño, lo tendió de espaldas a él y a la silla en que estaba sentado, y para acabarlo de matar se dejó caer sobre él dando un bramido tan recio que un cuarto de legua en contorno se pudiera oír.*

*Los caballeros y soldados que acertaron a hallarse a la comida del general, viéndole tan mal tratado y en tanto peligro de la vida por un hecho tan extraño y nunca imaginado, echando mano a sus espadas arremetieron a Vitachuco y a un tiempo le atravesaron diez o doce de ellas por el cuerpo, con que el indio cayó muerto, blasfemando del cielo*

*y de la tierra por no haber salido con su mal intento. (II, I, XXVIII).*

Pero, aunque *La Florida* sea ya una obra maestra, el libro que ha inmortalizado y convertido en símbolo a Garcilaso, son los *Comentarios Reales*, cuya primera parte, dedicada al Imperio de los Incas, se publicaría asimismo en Lisboa, en 1609, cuando el Inca tenía 70 años, y la segunda, llamada *Historia General del Perú*, sobre las guerras civiles y los comienzos de la Colonia, en 1617, un año después de su muerte. El Inca asegura que solo escribió «lo que mamé en la leche y vi y oí a mis mayores», es decir, a esos parientes maternos, como Francisco Huallpa Tupac Inca Yupanqui, y los antiguos capitanes del emperador Huayna Cápac —tío de su madre—, Juan Pechuta y Chanca Rumachi, cuyas historias sobre el destruido Tahuantinsuyo maravillaron su infancia, en evocaciones que él graficó de manera fulgurante: «De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes, lloraban sus Reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su República. Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y Pallas en sus vistas, y con la memoria del bien perdido siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: Trocósenos el reinar en vasallaje».

Pero, pese a la solidez de sus recuerdos, a sus consultas epistolares a los cusqueños, y al vasto cotejo que realizó con otros historiadores de Indias, como Blas Valera, José de Acosta, Agustín de Zárate o Cieza de León, los *Comentarios Reales* deben tanto a la ficción como a la realidad, porque embellecen la historia del Tahuantinsuyo, aboliendo en ella, como hacían los amautas con la historia incaica, todo lo que podía delatarse como bárbara —los sacrificios humanos, por ejemplo, o

las crueldades inherentes a guerras y conquistas— y aureolándola de una condición pacífica y altruista que solo tienen las historias oficiales, autojustificadoras y edificantes. Un gran garcilacista, José Durand, destaca con razón una tesis de Mariano Ibérico, esbozada en 1939<sup>2</sup>, según el cual esta visión «arquetípica y perfecta» con que el Inca Garcilaso describió el Tahuantinsuyo derivaba de la influencia platónica. El Inca, en efecto, traductor de una obra clásica del platonismo florentino (los *Diálogos de amor* de León Hebreo), y lector de muchos seguidores italianos de Platón, de Marsilio Ficino a Castiglioni, estaba profundamente contaminado de la filosofía del pensador heleno, y es muy plausible que su visión de la «forma ideal del imperio» que describió tuviese tanto o acaso más que ver con la noción platónica de la república ejemplar y prototípica que con la prosaica realidad.

Para resaltar más los logros del Incario, ignora todas las culturas y civilizaciones anteriores o contemporáneas a los Incas, o las llama primitivas y salvajes, viviendo en estado de naturaleza y esperando que llueva sobre ellas, maná civilizador, la colonización de los incas, cuyo dominio paternalista, magnánimo y pedagógico «los sacaban de la vida ferina y los pasaban a la humana». La descripción de las conquistas de los emperadores cusqueños es pocas veces guerrera; a menudo, un ritual trasplantado de las novelas de caballerías y sus puntillosos ceremoniales, en el que los pueblos, con sus curacas a la cabeza, se entregan a la suave servidumbre del Incario tan convencidos como los propios incas de la superioridad militar, cultural y moral de sus conquistadores. A veces, las violencias que estos cometen son el correlato de su benignidad, pues las infligen en nombre del Bien para castigar el Mal, como el Inca Cápac



Yupanqui, que, después de reducir pacíficamente incontables pueblos y tribus, ordena a sus generales que, en los valles costeros de «Uuiña, Camaná, Carauilli, Picta, Quellca y otros» hagan «pesquisa de sodomitas y en pública plaza quemasen vivos los que hallasen, no solamente culpados sino indiciados, por poco que fuese; asimismo quemasen sus casas y las derribasen por tierra u quemasen los árboles de sus heredades, arrancándolos de raíz porque en ninguna manera quedase memoria de cosa tan abominable» (II, XIII). Para ensalzar la civilización materna, el Inca asimila a los emperadores cusqueños a la corrección política europea y a la implacable moral de la Contrarreforma.

Es verdad que algunas leyes del Imperio eran feroces, como la que penaba a las vírgenes del Sol que rompían sus votos de castidad a ser enterradas vivas y al hombre que las había amado a ser ahorcado, y «sacrificados también su mujer, hijos, criados y también sus parientes y todos los vecinos y moradores de su pueblo y todos sus ganados». Pero se apresura a añadir que esta ley «nunca se vio ejecutada, porque jamás se halló que hubiesen delinquido contra ello, porque... los indios del Perú fueron temerosísimos de sus leyes y observantísimos de ellas, principalmente de la que tocaban en su religión o en su Rey» (IV, III).

Respecto al Imperio de los Incas, Garcilaso es un legitimista, un leal defensor y mantenedor de la línea oficial cusqueña y de su tradición excluyente y única. Su odio a Atahualpa, al que llama «tirano» y presenta como advenedizo, traidor y cruel es el sentimiento que debía despertar el quiteño en la nobleza incaica cusqueña aliada a Huáscar, a la que aquél derrotó y despojó, mandando luego asesinar a su medio hermano, el monarca y descendiente legítimo de la línea imperial. Sus parientes mater-

nos y su propia madre Isabel Chimpu Occllo vivieron de muy cerca las matanzas que perpetraron los generales de Atahuallpa al ocupar el Cusco, y aquella, niña todavía, y su hermano Francisco Túpac Inca Yupanqui, fueron parte de los miembros de la casa real cusqueña que escaparon a la carnicería, gracias, dice Garcilaso, a que les quitaron «los vestidos reales y poniéndoles otros de la gente común» (XI, XXXVIII). Cuando el Inca describe los crímenes y torturas perpetradas por Atahuallpa contra los cusqueños desaparece toda la bonhomía y pacifismo que, según los *Comentarios Reales*, caracterizaba al Tahuantinsuyo y su libro estalla en escenas de violencia terrible: pero ésta sirve, justamente, para destacar más, por contraste, la vocación humana y bienhechora del Incario creado por Manco Cápac frente al salvajismo inhumano de sus adversarios.

¿Por qué esta idílica visión del Imperio de los Incas ha alcanzado, pese a las enmiendas de los historiadores, una vigencia que ninguna de las otras, menos fantasiosas, haya merecido? A que Garcilaso fue un gran escritor, el más artista entre los cronistas de Indias, a que su palabra tan seductora y galana impregnaba todo lo que escribía de ese poder de sobornar al lector que solo los grandes creadores infunden a sus ficciones.

Es un gran prosista, y su prosa rezuma poesía a cada trecho. Nos habla del «hervor de las batallas» y asegura que los habitantes de esa República feliz, como en las utopías renacentistas, «trocaban el trabajo en fiesta y regocijo». ¿Por qué lucían tan feraces los maizales? Porque los incas «echaban al maíz estiércol de gente, porque dicen que es el mejor». ¿Qué son esas majestuosas siluetas que surcan los cielos? Las «aves que los indios llaman *cúntur*, que son tan grandes que muchas se han

visto tener cinco varas de medir, de punta a punta de las alas. Son aves de rapiña y ferocísimas, aunque la naturaleza, madre común, por temprarles la ferocidad les quitó las garras; tienen las manos como pies de gallina, pero el pico tan feroz y fuerte, que de una herronada rompen el cuero de una vaca; que dos aves de aquéllas la acometen y matan, como si fueran lobos. Son prietas y blancas, a remiendos, como las urracas».

Su paisaje favorito es, claro, el de los Andes, «aquella nunca jamás pisada de hombres ni de animales, inaccesible cordillera de nieves que corre desde Santa Marta hasta el Estrecho de Magallanes...». Pero la visión de la costa y sus pálidos desiertos y playas espumosas le inspira también descripciones deslumbrantes, como la de los alcatraces pescando: «A ciertas horas del día, por la mañana y por la tarde —debe ser a las horas que el pescado se levanta a sobreaguarse o cuando las aves tienen más hambre—, ellas se ponen muchas juntas, como dos torres en alto, y de allí, como halcones de altanería, las alas cerradas, se dejan caer a coger el pescado, y se zambullen y entran debajo del agua, que parece que se han ahogado; debe ser por huirles mucho el pescado; y cuando más se certifica la sospecha, las ven salir con el pez atravesado en la boca, y volando en el aire se lo engullen. Es gusto ver caer unas y oír los golpazos que dan en el agua; y al mismo tiempo ver salir otra con la pesca hecha, y ver otras que, a medio caer, se vuelven a levantar y subir en alto, por desconfiar del lance. En suma, es ver doscientos halcones juntos en altanería que bajan y suben a veces, como los martillos del herrero» (VII, XIX). Hombre de vida tranquila y disciplinada, según revelan los documentos que nos han llegado de él, Garcilaso proyecta ese ideal doméstico privado sobre el Imperio de los Incas en el que alaba, antes que nada,

«su orden y concierto». La manía de la limpieza era tal, afirma, que los Incas mandaban dar «azotes en los brazos y piernas» a los súbditos desaliñados, y los emperadores cusqueños, en su manía del aseo, exigían como tributos «canutos de piojos» en su «celo amoroso de los pobres impedidos, por obligarles a que se despiojasen y limpiasen» (V, VI).

Muchas páginas de antología hay en los *Comentarios Reales*. Pequeñas historias relatadas con la destreza de un cuentista consumado, como la aventura del náufrago Pedro Serrano, precursor y acaso modelo del Robinson Crusoe, o la batalla contra las ratas que protagonizó, un día y una noche, un marinero enfermo en una nave solitaria atracada en el puerto de Trujillo. O legendarias creencias de los antiguos peruanos: la enfermedad de la luna y los conjuros para curarla, por ejemplo, o la peripecia triste de la piedra cansada, traída de muy lejos para la fortaleza del Cusco pero que «del mucho trabajo que pasó por el camino, hasta llegar allí, se cansó y lloró sangre, y que no pudo llegar al edificio» (VII, XXIX). Episodios épicos, como la conquista de Chile por Pedro de Valdivia y las rebeliones araucanas, o descripciones soberbias, principalmente la evocación del Cusco, su tierra. A la nostalgia y el sentimiento que contagian a este texto una tierna vitalidad, se suman una precisión abrumadora de datos animados por pinceladas de color que van trazando, en un inmenso fresco, la belleza y poderío de la capital del Incaio, con sus templos al sol y sus conventos de vírgenes escogidas, sus fiestas y ceremonias minuciosamente reglamentadas, lo pintoresco de los atuendos y tocados que distinguían a las diferentes culturas y naciones sometidas al Imperio y viviendo en esta ciudad cosmopolita, erizada de fortalezas, palacios y barrios conformados como un prototipo

borgiano, pues reproducían en formato menor la geografía de los cuatro *suyos* o regiones del Tahuantinsuyo: el Collasuyo, el Cuntisuyo, el Chinchaysuyo y el Antisuyo.

La elegancia de este estilo está en su claridad y en su respiración simétrica y pausada, en sus frases de vasto aliento que, sin jamás perder la ilación ni atropellarse, despliegan, una tras otra, en perfecta coherencia y armonía, ideas e imágenes que alcanzan, algunas veces, la hipnótica fuerza de las narraciones épicas, y, otras, los acentos líricos de endechas y elegías. El Inca Garcilaso, «forzado del amor natural de la patria», que confiesa haberlo impulsado a escribir su libro, esmalta y perfecciona la realidad objetiva para hacerla más seductora, sobre un fondo de verdad histórica con la que se toma libertades aunque sin romper nunca del todo con ella. La acabada artesanía de su estilo, la astucia con que su fantasía enriquece la información y su dominio de las palabras, con las que de pronto se permite alardes de ilusionista, hacen de los *Comentarios Reales* una de esas obras maestras literarias contra las que en vano se estrellan las rectificaciones de los historiadores, porque su verdad, antes que histórica, es estética y verbal.

El Inca está muy orgulloso de ser indio, y se jacta a menudo de hablar la lengua de su madre, lo que, subraya muchas veces, le da una superioridad —una autoridad— para hablar de los incas sobre los historiadores y cronistas españoles que ignoran, o hablan apenas, la lengua de los nativos. Y dedica muchas páginas a corregir los errores de traducción del quechua que advierte en otros cronistas a quienes su escaso o nulo conocimiento del *runa-simi* conduce a error. Es posible, sin embargo, que este quechua del que se siente tan orgulloso y que se jacta

de dominar, en verdad se le estuviese empobreciendo en la memoria por las escasas o nulas ocasiones que tenía de hablarlo. Hay, a ese respecto, en *La Florida del Inca*, una dramática confesión, comparando su caso con el del soldado español Juan Ortiz, cautivo por más de diez años de los indios de los cacicazgos de Hirrihigua y de Mucozo y que, cuando van a rescatarlo unos españoles dirigidos por Baltasar de Gallegos, descubre que ha olvidado el español y apenas puede balbucear «Xivilla, Xivilla» para que lo reconozcan. Dice el Inca que, al igual que Juan Ortiz entre los indios, por no tener él en España «con quien hablar mi lengua general y materna, que es la general que se habla en todo el Perú... se me ha olvidado de tal manera... que no acierto ahora a concertar seis o siete palabras en oración para dar a entender lo que quiero decir». (*La Florida del Inca*, II, I, VI). El idioma en el que dice todo esto no es el quechua sino el español, una lengua que este mestizo cusqueño domina a la perfección y maneja con la seguridad y la magia de un artista, una lengua a la que, por sus ancestros maternos, por su infancia y juventud pasadas en el Cusco, por su cultura inca y española, por su doble vertiente cultural, él colorea con un matiz muy personal, ligeramente exótico en el contexto literario de su tiempo, aunque de estirpe bien castiza. Hablar de un estilo mestizo sería redundante, pues todos lo son; no existe un estilo puro, porque no existen lenguas puras. Pero la de Garcilaso es una lengua que tiene una música, una cadencia, unas maneras impregnadas de reminiscencias de su origen y condición de indiano, que le confieren una personalidad singular. Y, por supuesto, pionera en nuestra literatura.

El logro extraordinario del Inca Garcilaso de la Vega —dicho esto sin desmerecer sus méritos sociológicos e historiográficos—

cos—, antes que en el dominio de la Historia, ocurre en el lenguaje: es literario. De él se ha dicho que fue el primer mestizo, el primero en reivindicar, con orgullo, su condición de indio y de español, y, de este modo, también, el primer peruano o hispanoamericano de conciencia y corazón, como dejó predicho en la hermosa dedicatoria de su *Historia General del Perú*: «A los Indios, Mestizos y Criollos de los Reynos y Provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano, salud y felicidad». Sin embargo, curiosamente, este primer ‘patriota’ del que nos reclamamos los peruanos, al afirmar antes que ningún otro su idea de Patria encontró y asumió bajo este vocablo una fraternidad mucho más amplia que la de una circunscrita nacionalidad, la de un vasto conglomerado, que, poco más o poco menos, se confunde con la colectividad humana en general. No fue esta una operación consciente, desde luego; es algo que resultó de sus intuiciones, de sus lecturas universales y de su sensibilidad generosa, y, por cierto, de ese humanismo sin fronteras que bebió de la literatura renacentista, un espíritu ecuménico muy semejante, por lo demás, a la idea de ese Imperio de los Incas que él popularizó: una patria de todas las naciones, una sociedad abierta a la diversidad humana. Llamándose «indio» a veces, y a veces «mestizo», como si fueran términos intercambiables y no hubiera en ellos una incompatibilidad manifiesta, el Inca Garcilaso reivindica una Patria, precisando «yo llamo así todo el Imperio que fue de los Incas» (IX, XXIV). Por lo demás, este hombre tan orgulloso de su sangre india, que lo entroncaba con una civilización de historia pujante y altamente refinada, no se sentía menos gratificado de su sangre española, y de la cultura que heredó gracias a ella: la lengua y la religión de su padre, y la tradición que lo enraizaba en una de las más ricas vertientes de

la cultura occidental. El inventario que se hizo de su biblioteca, a su muerte, es instructiva; su curiosidad intelectual no conocía fronteras. En ella figuran, además de autores castellanos, muchos clásicos helenos, latinos e italianos, Aristóteles, Tucídides, Polibio, Plutarco, Flavio Josefo, Julio César, Suetonio, Virgilio, Lucano, Dante, Petrarca, Boccaccio, Ariosto, Tasso, Castiglione, Aretino y Guicciardini, entre muchos otros.

Lo notable y novedoso —revolucionario, habría que decir—, en la actitud del Inca frente al tema de la Patria, lo que ahora llamaríamos «la identidad», es que es el primero en no ver la menor incompatibilidad entre un patriotismo inca y un patriotismo español, sentimientos que en él se entroncaban y fundían, como todo indisoluble, en una alianza enriquecedora. Por eso, nadie trate de valerse de las bellas páginas que escribió el Inca Garcilaso de la Vega para acarrear agua al molino del nacionalismo. El autor de los *Comentarios Reales* está en las antípodas de la visión limitada, mezquina y excluyente de cualquier doctrina nacionalista. Su idea del Perú es la de una Patria en la que cabe la diversidad, en la que «se funden los contrarios» (la idea que George Bataille tenía de lo humano), esa aptitud para abrirse a las demás culturas e incorporarlas a la propia, que tanto admiraba en sus ancestros Incas. Por eso, al final, la imagen de su persona que su obra nos ha legado es la de un ciudadano sin bridas regionales, alguien que era muchas cosas a la vez sin traicionar ninguna de ellas: indio, mestizo, blanco, hispano-hablante y quechua-hablante (e italiano-hablante), cusqueño y montillano o cordobés; indio y español, americano y europeo. Es decir, un hombre universal.



Pero, acaso sea más importante todavía que cualquier consideración sociológica derivada de su obra, el que, gracias a la cristalina y fogosa lengua que inventó, fuera el primer escritor de su tiempo en hacer de la lengua de Castilla una lengua de extramuros, de allende el mar, de las cordilleras, las selvas y los desiertos americanos, una lengua no solo de blancos, ortodoxos y cristianos, también de indios, negros, mestizos, paganos, ilegítimos, heterodoxos y bastardos. En su retiro cordobés, este anciano devorado por el fulgor de sus recuerdos, perpetró, el primero de una vastísima tradición, un atraco literario y lingüístico de incalculables consecuencias: tomó posesión del español, la lengua del conquistador y, haciéndola suya, la hizo de todos, la universalizó. Una lengua que, como el *runa-simi*, que él evocaba con tanta devoción, se convertiría desde entonces, igual que el quechua, la lengua general de los pueblos del Imperio de los Incas, en la lengua general de muchas razas, culturas, geografías, una lengua que, al cabo de los siglos, con aportes de habladores y escritores de varios mundos, tradiciones, creencias y costumbres, pasaría a representar a una veintena de sociedades desparramadas por el planeta, y a cientos de millones de seres humanos, a los que ahora hace sentirse solidarios, hijos de un tronco cultural común, y partícipes, gracias a ella, de la modernidad.

Este ha sido, desde luego, un vastísimo proceso, con innumerables figurantes y actores. Pero, si hay que buscar un principio al largo camino del español, desde sus remotos orígenes en las montañas asediadas de Iberia hasta su formidable proyección presente, no estaría mal señalarle como fecha y lugar de nacimiento los de los *Comentarios Reales* que escribió, hace cuatro siglos, en un rincón de Andalucía, un cusqueño expatriado

al que espoleaban una agridulce melancolía y esa ansiedad de escritor de preservar la vida o de crearla, sirviéndose de las palabras.

- 1 Loayza, Luis. *El Sol de Lima*, Mosca Azul Editores, Lima 1974. Pág. 40.
- 2 Durand, José. *El Inca Garcilaso Clásico de América*, SepSetentas, México 1976. Pág. 33

**2010**

# ENTREVISTA A ISABEL ALLENDE

*Isabel Allende en conversación  
con Ricardo Cuadros*



*La edición de 2010 de la conferencia Spinoza presentó, por petición de la conferenciante, un formato de diálogo abierto al público. La conferencia, pues, fue una entrevista a la autora que mantuvo con el crítico y escritor Ricardo Cuadros.*

## **Ricardo Cuadros**

Buenas noches. No nos vamos a entretener en protocolos... Tengo el honor de presentar a una persona cuya sola presencia es su mejor presentación: Isabel Allende.

## **Isabel Allende**

Primero quiero darles las gracias por venir hasta aquí. Espero que todo el mundo hable castellano y si no, hay traducción... Después cuando terminemos será un placer firmar todos los libros que tengan: los viejos, los nuevos, los míos y los de otros autores también, si quieren, libretas de cheque, lo que tengan,

lo firmo. Pero, por favor, sin dedicatoria porque si me pongo a escribir nombres en holandés no terminamos nunca. Solo la firma. ¿OK? Gracias.

**R.C.**

Mi primera pregunta, o mi primer comentario, es que ayer tú estabas en Madrid, cenando con el Rey de España.

**I.A.**

No, no, cenando no, comiendo y mal.

**R.C.**

Pero la razón que te llevó a Madrid fue que has sido incorporada al Patronato del Instituto Cervantes. Coméntanos, por favor, qué significa para ti eso.

**I.A.**

Cuando me invitaron a formar parte del Patronato del Instituto Cervantes yo no sabía qué era, es un alto honor, y, como quedaba en España, me resultaba un poco difícil, así que, al principio, dije que no. Y mi agente me llamó por teléfono y me dijo: «¿Tú estás loca? ¿Cómo vas a decirles que no a los del Cervantes?». Resultó que es una cosa muy importante, porque es el instituto que representa la lengua y la cultura de España y de los hispanoparlantes en el mundo. El español es la tercera lengua más importante en el mundo: primero el inglés, después el chino, que pronto será el primero, y después el español. Y yo vengo de un país, los Estados Unidos, donde es la segunda lengua y donde ya todo está escrito en español: los hispanoparlantes somos cada vez más numerosos. Tengo un nieto de 19 años que, desgraciadamente, no habla castellano. No habla es-

pañol porque los padres se divorciaron y cada uno se casó con americanos y en las dos casas hablan inglés. A mí me pareció el colmo tener un nieto que no habla español.

**R.C.**

Entonces ¿qué hiciste?

**I.A.**

Lo mandé a Guatemala. Lo mandé a Guatemala por un año para que aprendiera a hablar. Y volvió... con tuberculosis, con piojos y hablando quiché... Porque se fue a vivir con una familia indígena en el lago de Atitlán. Yo creo que le hizo mucho bien... pero español no aprendió.

**R.C.**

Isabel, ¿tú crees que en Latinoamérica se dimensiona la importancia del Instituto Cervantes, o no todavía, o sí?

**I.A.**

Yo creo que no se sabe muy bien el papel que cumple. El Instituto Cervantes no es tan antiguo. Se creó en 1992. Y la labor que ha hecho en estos años ha sido muy importante. Pero todavía falta que el público común y corriente se entere de que existe. Es un poco como “¿quién sabe que existe el British Council?”, nada más que la gente que está más o menos relacionada, pero la labor que hace es fundamental.

**R.C.**

Vámonos directamente a Chile. Ayer...

**I.A.**

Ayer sacaron a los mineros

**R.C.**

Ayer sacaron a los mineros. Tú estuviste en Chile hace poco tiempo, para recibir el Premio Nacional de Literatura, tema que quizás toquemos más adelante y yo te vi en la televisión, en algunas fotografías en la mina, en la boca de la mina, con tu prima, con tu prima Isabel Allende. Me pareció extraordinario verte allí, y supongo que seguiste por televisión el rescate...

**I.A.**

Claro. La noche en que empezó el rescate, yo estaba en Madrid, y no dormí en toda la noche pegada a la televisión y llamando por teléfono a mi mamá. Todo el mundo pendiente de eso... Cuando sucedió lo de los mineros y se supo que estaban vivos yo me fui a Chile y era justamente en septiembre cuando se celebra el bicentenario, los doscientos años de la independencia de Chile, y el presidente me había invitado a uno de los actos del bicentenario. Pero yo fui básicamente por los mineros. Y él me llevó, Piñera, en el avión presidencial a la mina. Si no me hubiera llevado, yo no habría podido ir porque la mina estaba ya cerrada y solamente ciertas personas podían entrar. Un viaje de casi 1 hora en avión, y luego 13 minutos en helicóptero en la Luna. Cuando uno vuela por encima del desierto de Atacama, uno ve lo que eso es. Es la Luna. Tanto que cuando Hollywood quiere hacer una película sobre la Luna, lo filman en Atacama. Es cierto. No hay nada. Yo decía: ¿cómo pudieron los españoles, con Pedro de Valdivia a la cabeza, cruzar la Luna para llegar a conquistar Chile?

**R.C.**

A caballo...

**I.A.**

...a caballo, llevando además dos mil indígenas encadenados...

**R.C.**

... y que se iban muriendo por el camino.

**I.A.**

Era más fácil cortarles la cabeza que abrir las cadenas. Toda la epopeya, cuando uno ve el desierto y ve las montañas de Chile comprende que era el cementerio de los españoles. Iban a morir. Entonces para mí fue muy impresionante. Llegamos allá y se ve, se veía el campamento. Primero cuando se supo que estaban vivos, cuando se supo del accidente de la mina, las familias se trasladaron al lugar de la mina y acamparon. Allí hace un calor horrible de día y un frío siberiano de noche. E hicieron después un campamento con carpas blancas, bien montado, y cuando yo llegué ya estaba organizado. Todas las familias esperando. Se había ya conectado con los mineros, había pasado el primer mensaje ese pedacito de papel que parece un haiku que dice: «Estamos bien, en el refugio, los treinta y tres». Díganme si eso no es un haiku japonés... clásico, ¿no es cierto?

**R.C.**

Absoluto. Isabel, ¿qué significa, crees tú, para Chile el hecho de haber tenido toda esta cobertura mediática que según leí esta mañana en el periódico había alcanzado, digamos, la misma cuota de atención que el aterrizaje, que el primer paso del hombre en la Luna? ¿Qué significa?



**I.A.**

Buenísimo para Chile. Buenísimo porque hemos quedado muy bien. Este es un país organizado, un país solidario, un país unido, con un nivel cultural, un nivel político y social que permite una empresa como esta, de rescatar a esta gente.

**R.C.**

¿No se van a olvidar de ellos?

**I.A.**

Yo creo que no. Nosotros recordamos a Chile por el golpe militar, por el terremoto. Ahora lo vamos a recordar por lo que Chile es. Chile nunca es mejor que cuando hay una catástrofe. Allí es cuando sale lo mejor nuestro, que es esa reciedumbre ante la desgracia.

**R.C.**

Claro, el comentario era justamente, cuando viene la catástrofe somos buenos, pero luego cuando deja de haber catástrofe...

**I.A.**

Somos pésimos cuando deja de haber catástrofe. Ojalá tuviéramos terremotos más de seguido.

**R.C.**

Cuando pase el show mediático, digamos, no tanto el *show* mediático pero la cobertura mediática mundial, dentro de seis, siete meses, esos obreros vuelven a las minas donde se mueren con una piedra gas.

**I.A.**

Bueno, yo creo que el peligro grave de esta gente es que la fama dura muy poco... y toda esta atención va a pasar pronto porque el mundo tiene muy poca capacidad de atención. Yo creo que va a ser muy difícil para ellos ajustarse. Además nos hemos olvidado de los otros 300 mineros que no tienen trabajo. Los que no estaban en la mina y que se quedaron sin trabajo. No les han pagado tampoco.

**R.C.**

Isabel, acaba de comentarlo también nuestro presentador que Mario Vargas Llosa ha ganado el premio...

**I.A.**

¡Qué lindo!

**R.C.**

¿Dónde estabas tú cuando lo ganó?

**I.A.**

En Nueva York. Estaba en NY de paso y me enteré del premio y me fui, compré un ramo de flores, y me fui a la casa de él, al apartamento de él a dejarlo, y el portero no me dejó entrar porque creyó que era periodista y había tal alboroto, el teléfono no dejaba de sonar, habían descolgado ya el teléfono, así que bueno, fue muy lindo, pude ver a Mario, felicitarlo, estaba dichoso. Creo que es muy importante para la cultura hispana, para la literatura latinoamericana, para todos los que escribimos en español. Nos levanta a todos. Porque estábamos un poco pasaditos ya los del «boom»...

**R.C.**

Acabo de darme cuenta de algo, que Mario Vargas Llosa es el más joven del «boom».

**I.A.**

Perdona, soy yo bastante más joven y me veo mejor también.

**R.C.**

¿Tú crees que un medio como ese, es decir, reponer a la literatura latinoamericana en el mundo, también puede echarle una mano a las mujeres que escriben, que son menos, y que no todas, en definitiva, tienen la popularidad tuya? También hay escritoras mujeres que tienen menos popularidad, o que tienen menos, vamos a decirlo así, llegada al corazón de la gente.

**I.A.**

Hay cientos de miles de escritores, se publican 360.000 títulos nuevos al año. Cuántos libros de esos se venden, cuántos pegan, cuántos tienen éxito.

**R.C.**

Los tuyos.

**I.A.**

No, no, no, muy pocos. Entonces, dentro de la inmensa masa de escritores que hay, algunos tienen éxito y otros no. Pero el arte es un poco como la biología, se necesitan millones de semillas para que una germine y salga una planta. Lo mismo en el arte. Se necesita mucha creatividad, mucha gente haciendo cosas, para que una de ellas pegue. Y yo creo que, en el caso de las mujeres, ha habido casi una conspiración del patriarcado

por acallar a las mujeres. Y en los últimos cincuenta años eso ha cambiado. Ha habido mujeres que han entrado en todos los campos de la ciencia, del arte, de la cultura, de la política... están en todo, pero ha sido más lento de lo que yo creía. Cuando yo tenía veinte años, hace mucho tiempo, yo pensaba que ya en veinte años la cosa iba a haber cambiado, que iba a haber un verdadero equilibrio y que las mujeres iban a participar en el manejo del mundo en un cincuenta por ciento. Eso no ha ocurrido.

**R.C.**

A mí me llama la atención de tu obra, la relación permanente con la biografía, con la autobiografía, pero también con el periodismo. Me gustaría que dijeras unas palabras sobre tu relación con el periodismo.

**I.A.**

Bueno, yo empecé como periodista cuando era muy joven, pero era una pésima periodista.

**R.C.**

¿Por qué?

**I.A.**

Porque no podía ser objetiva, mentía todo el tiempo. Si no tenía una historia, me la inventaba y, como dijo Neruda, habría estado mejor en la literatura, porque todos estos defectos son virtudes.

**R.C.**

Yo recuerdo en mi casa, en mi casa de Concepción en Chile que... yo era chico...

**I.A.**

Ahora me vas a decir que... chico... Fíjate que falta de respeto...

**R.C.**

... llegaba la revista...

**I.A.**

No, ibas a decir que cuando eras chico «leía tu columna», parece.

**R.C.**

Leía tu columna con mucho gusto, y sobre todo porque eran mis parientes, mi madre y mis parientes mayores, las chicas sobre todo, que leían, incluso mi padre, me acuerdo muy bien, que leían *Civilice a su troglodita* que era, tú lo has planteado en algún momento, y me parece muy correcto, como un inicio de un movimiento feminista que no tenía ese nombre, es decir es una especie de feminismo *avant la lettre* que nos pasa mucho en Latinoamérica, que nos inventamos las cosas primero y después viene detrás el nombre.

**I.A.**

Pero en este caso no fue tanto así porque el feminismo llegó a Chile tarde, cuando ya tenía 50 años en Inglaterra, en Estados Unidos, en otras partes. Y mi generación fue la primera que se enteró. Entonces había un grupo de mujeres jóvenes, periodistas de 25 años, que formaron una revista, la revista *Paula*, una

revista femenina y feminista. Nunca se había oído la palabra «feminista» en Chile. Le daba un escándalo a todo el mundo, a las mujeres también. Entonces nosotras, creo que logramos sacudir a la sociedad, pudimos publicar y hablar de cosas que nunca se habían tocado antes en Chile.

### R.C.

Vi un documental donde habla Delia Vergara que era la directora de la cadena, pero ella dice: «yo, de alguna manera, reuní a mi alrededor un grupo de mujeres», Manu Sierra estaba también, y estabas tú, y ella habla de ti como de una persona con el mismo dinamismo que tienes ahora, pero entonces era para romper cercos y barreras ideológicas...

### I.A.

Yo creo que nací con rabia, yo no sabía que esa rabia se llamaba feminismo, y tenía rabia contra la autoridad que siempre estaba representada por lo masculino, por un hombre: por mi abuelo, por mi padrastro, por los tíos, por la policía, por los curas, los curas que me tenían loca... Siempre era una autoridad masculina. No sabía yo cómo se llamaba eso. Hasta que empecé a leer a esas feministas americanas, europeas, inglesas y empecé a darme cuenta de que existía un lenguaje articulado para expresar lo que yo sentía y que no era yo la única que veía la injusticia de lo que pasaba, veía la diferencia y me daba rabia. Entonces, la revista *Paula* lo que hizo fue darme a mí y a otras la oportunidad de expresar eso y de cambiar muchas cosas de la sociedad. Ahora, yo tuve la ventaja de que pude hacerlo con humor. Y eso hacía que los hombres leyeran mi columna. Siempre me escribían y me decían: «Yo tengo un amigo que es igualito al Troglodita». Siempre era un amigo, siempre era un amigo...

**R.C.**

Esa rabia, que es muy importante, es una rabia con humor. Es una mezcla poco común entre nosotros, los hombres. Cuando estamos rabiosos somos furiosos y trogloditas; en cambio las mujeres suelen enojarse con buen humor...

**I.A.**

...si las mujeres no tuvieran sentido del humor no podrían sobrevivir, tenemos que vivir con ustedes.

**R.C.**

En relación con Chile, tú recibiste, déjame ver, en el año 1994 una medalla importante, un reconocimiento... ¿Te acuerdas?... La «Gabriela Mistral».

**I.A.**

Ah, la primera mujer a la que se lo daban...

**R.C.**

Por eso... Allí voy...

**I.A.**

Viste, el patriarcado.

**R.C.**

Totalmente de acuerdo, pero lo que te quiero decir es que Gabriela Mistral también fue una mujer exiliada. Te quería preguntar por esa relación con una poeta que fue, de alguna manera, como bien sabes el Premio Nacional no sé cuántos años después del Nobel...

**I.A.**

Cinco años después del Premio Nobel...

**R.C.**

Cinco años después del Nobel... Que tuvo que esconder su homosexualidad toda la vida, porque estaban aterrados de que fuera gay, terminó muriendo sola, etc. No estoy seguro si ella está, de alguna manera, presente en tu obra o no todavía.

**I.A.**

Yo creo que todo lo que uno lee de chico es una influencia que uno no la percibe, no la conoce, pero está allí. Es como con qué me alimenté desde niño. Y todo esto entra, de alguna manera, en lo que escribo. Hay gente que me dice: ¿cuáles son los escritores que han tenido una influencia en ti? Es muy difícil saberlo porque yo puedo decir: todos los escritores del *boom* que leí cuando tenía 20 años. Pero también leí a Shakespeare cuando tenía 9, y leí a los 11 a los novelistas rusos. Entonces esas influencias son muy importantes. Yo tenía 12 años, era la explosión de las hormonas de la pubertad, y estábamos viviendo con mi padrastro en el Líbano y me tocó leer *Las mil y una noches* escondida en un *closet* porque mi padrastro, decía que eso era erótico. Imagínate... Tú lo lees hoy y lo podría leer un niño de pecho. Pero en aquella época eso era erótico y mi padrastro lo tenía en un *closet* con llave. Y como era diplomático, salía todas las noches a sus cócteles y yo tenía una manera de abrir el *closet* y con una linterna buscaba las páginas cochinas de *Las mil y una noches*. Entonces, ahí, entre las hormonas y el muecín en el minarete y los camellos en la calle y los Cadillacs de los árabes que venían de Arabia Saudita, toda esta mezcla de fantasía, de



erotismo y de secreto, de leer dentro del *closet* con la linterna, ¿tú crees que eso no fue una influencia poderosa?

**R.C.**

Tienes algo de Sherezade... En el sentido que comienzas un libro, lo terminas, si crees que puedes seguirlo, continuas... de pronto terminas y vuelves para atrás... Es lo mismo que hacía Sherezade todas las noches... Ella nunca terminaba la historia porque sabía que cuando la terminara...

**I.A.**

... le cortaban la cabeza.

**R.C.**

Exacto. A veces pienso que estás siempre sobre la marcha. Es decir, tú nunca has dejado de escribir...

**I.A.**

Yo no he dejado de escribir porque no sé hacer otra cosa. A mí nadie me emplearía. ¿Quién iba a emplearme a mí? ¿Qué otra cosa voy a hacer?

**R.C.**

Hablando de mujeres de importancia en Latinoamérica... Si nos puedes hacer algún comentario sobre Michelle Bachelet que fue, primero, la primera mujer presidenta de Chile y ahora alta funcionaria en la ONU. ¿Qué te parece ella como figura humana y política?

**I.A.**

Ella es una mujer extraordinaria, cuya vida es una novela. El padre de Michelle Bachelet, el general Bachelet, murió a los pocos días del golpe militar en Chile. Murió prácticamente en la tortura, detenido por sus propios compañeros de armas y a Michelle la detuvieron también, a ella y a su madre, ambas fueron torturadas... Ella nunca habla de esto. Se fue al exilio, se crio fuera y luego regresó a Chile donde hizo una labor como médico pediatra. Después fue ministra de Salud, y después fue ministra de las Fuerzas Armadas, o sea de Defensa. La primera mujer ministra de Defensa que tenía Chile y le tocó entenderse con las mismas personas, los mismos militares que habían matado a su padre, y tratar de devolverle a las fuerzas armadas chilenas el respeto del país, que lo habían perdido durante 17 años de dictadura. Hizo una labor espléndida. Y luego cuando fue candidata a la presidencia todo el mundo decía: «Jamás va a salir, en Chile los hombres jamás van a votar a una mujer». Salió apenas, pero salió. E hizo un Gobierno muy bueno y cuando dejó la presidencia, en diciembre del año pasado, cuando terminó su periodo, salió de la presidencia con la más alta aprobación del público que ha tenido ningún presidente nuestro. Adorada por la gente. Así y todo ganó la oposición y esto te dice algo respecto de cómo somos los chilenos. Hay tres chilenos en una pieza y tienes cinco partidos políticos.

**R.C.**

Isabel, ¿crees tú que para ella y para Latinoamérica, el debate es relevante que ella esté ahora en la ONU, porque es una elección que hizo Michelle Bachelet?

## **I.A.**

Es importante. Para Chile es una pérdida porque Michelle es la alternativa. Ella no podía ser reelegida inmediatamente, pero podría ser elegida en la próxima elección, pero si ella no está en Chile, va a perder esta posibilidad. Chile la va a perder a ella. Pero lo que está haciendo en las Naciones Unidas puede tener una inmensa, inmensa importancia porque las Naciones Unidas, por ejemplo tienen la UNICEF, que se ocupa de los niños en el mundo. Tiene un gran prestigio la UNICEF porque ha hecho mucho por los niños. Existe la UNESCO que ha hecho mucho por la cultura. Pero no existe un orden social equivalente de las Naciones Unidas por la mujer. Hay varias organizaciones pequeñas desmembradas. El trabajo de Michelle va a ser unir las todas y transformar esto en algo realmente importante y, si es posible, hacer la próxima conferencia mundial de la mujer como la que se hizo en Pekín... volver a hacer una nueva. Y yo creo que ahora con la tecnología y la capacidad de comunicación que tenemos, podría unir a las mujeres hasta la última aldea del último rincón del planeta. Eso es muy importante.

## **R.C.**

Quería relacionar el hecho de que los chilenos hubiéramos elegido a Michelle Bachelet con los Estados Unidos, que es el país donde tú vives. Quiero decir una frase que a veces se olvida, que fueron dos martes, 11 de septiembre, uno de 1973, el que tristemente llamamos «el nuestro» y el martes, 11 de septiembre de 2001 cuando echaron, digamos cuando cayeron los aviones sobre las Torres Gemelas. Primero, esa relación..., tú eres una latina que vive en los Estados Unidos... ¿cómo viviste esto?

**I.A.**

Primero casi con incredulidad. Yo estaba en la ducha. Sonó el teléfono. Era mi mamá desde Chile y me dice: «Por Dios», me dice, «lo que está pasando». Yo no había prendido la televisión todavía y no sabía lo que estaba sucediendo. Allí empezamos a verlo y fue una cosa muy extraña porque yo había vivido ya varios años en Estados Unidos sintiéndome completamente extranjera, como un marciano. Sentía que no tenía nada en común con esa cosa del americano seguro de sí mismo, *self-made*, esa arrogancia americana, ese sentimiento que son los dueños del mundo. Cuando vino el atentado terrorista del 11 de septiembre, el país se calló, se agachó, fue como que la gente tuvo, por primera vez, una sensación de vulnerabilidad. Por primera vez sintieron lo que siente el resto de la humanidad: de que no hay seguridad en ninguna parte, de que te puede caer la desgracia en cualquier momento, de que nadie está a salvo, y de que todo es cambio y que siempre la vida es peligrosa. Ese sentimiento lo sentí por primera vez en EE.UU. y creo que por primera vez, y se lo dije a mi marido, sentí que pertenecía... que tenía algo en común con esto. Después, desgraciadamente, Bush transformó esto en lo que todos sabemos y se perdió eso... Pero, para mí, fue muy importante.

**R.C.**

¿Tú crees que la figura de Barack Obama es, aparte de su importancia, una figura que realmente va a incidir en el cambio de Estados Unidos... es decir, si va a cambiar la cultura norteamericana o es mucho pedir?

**I.A.**

Ya ha cambiado... Ha cambiado en muchos aspectos. Primero tener a un negro en la Casa Blanca ha puesto en evidencia el racismo en el país. Estados Unidos es un país que lucha constantemente contra el racismo. Hay una verdadera acción constante en la escuela, en los lugares públicos, en la cultura, en todas partes por combatir el racismo y por tratar de compensar el horror que fue la esclavitud. El tratamiento que se les dio a los negros hasta que vino el movimiento civil fue en 1960, no hace nada, no hace nada.

**R.C.**

Eso, a veces, lo olvidamos.

**I.A.**

Olvidamos que realmente siguieron siendo tratados prácticamente como esclavos hasta 1960, cien años después de la Guerra Civil.

Este hecho ha sido muy importante en EE.UU. porque primero ha puesto en evidencia este racismo que existe bajo la superficie y, al mismo tiempo, le ha dado dignidad y poder a un negro. Y yo creo que Barack Obama es un hombre, por encima de la raza y de todo, excepcional. Un hombre inteligente, con una visión de futuro, articulado, un tipo extraordinario. Y desgraciadamente, la crisis económica, que la produjo Bush, no la produjo Barack Obama, a él le ha tocado resolverla, ha opacado todo lo que ha logrado su Gobierno.

**R.C.**

Logró la reforma...

**I.A.**

Logró la reforma de la salud, que ha sido importantísima, salieron... están saliendo de Iraq, está tratando de manejar el horror que es Afganistán y todo esto no se ve por el problema de la crisis económica. El desempleo en los EE.UU. es muy grande.

**R.C.**

Cambiamos a un tema que va cercano a tu obra.

Te quería preguntar por tu relación, que yo sé que es importante, con las religiones elementales, vamos a decir, el vudú, el espiritismo latinoamericano... en tu libro, el de los días...

**I.A.**

Sí, *La suma de los días*.

**R.C.**

*La suma de los días* habla de tu relación con Brasil, con los dioses del pueblo, con los dioses de los negros y en tu último libro hablas directamente del vudú.

**I.A.**

Cuando la religión es de otro se llama superstición, cuando la religión es de uno, esa es la verdadera. ¿Te has fijado? Cuando la lengua es de otro se llama dialecto y cuando la lengua es de uno, ah, no... eso es lengua... Yo tengo el mismo respeto por el vudú que por la religión cristiana o musulmana... son creencias. Nada de esto se puede probar. Pero estas creencias tienen una tremenda influencia en la forma en que vivimos, por lo tanto las respeto mucho. Y en el último libro, *La isla bajo el mar*, me tocó estudiar a fondo la revuelta de los esclavos en Haití, lo

que hoy es Haití, que en aquella época era una colonia francesa, Saint Domingue. Y en esta colonia había medio millón de esclavos y había 34.000 personas libres: gente de color libres y blancos libres y manejaban a estos 500.000 esclavos, la mayor parte de ellos en las plantaciones. Venían de diferentes partes de África, con diferentes lenguas, diferentes religiones, estaban en las peores condiciones posibles. La expectativa de vida de un esclavo en una plantación de azúcar era de entre 4 y 6 años. Los explotaban a muerte. Porque era más fácil y más barato traer carne nueva de África que darles un trato humanitario o que se reprodujeran. Ni siquiera tenían hijos. Entonces en esas condiciones terribles lo que los mantuvo unidos, lo que les dio la fuerza para que triunfara esta revuelta —ha habido muchas revueltas de esclavos en el mundo, pero esta es la única que ha triunfado— fue el vudú. Fue este componente espiritual que hace sentirse unidos. Primero el vudú cree que hay un solo dios que está tan lejos que es muy difícil alcanzarlo, y bajo este dios están los loas, que son como los santos de la Iglesia católica, intermediarios, son como dioses intermediarios, y esos sí que están cerca del hombre.

## **R.C.**

Cuéntanos... tú conoces los ritos. Podrías sintetizar un poquito...

## **I.A.**

Los ritos han cambiado y cambian en diferentes partes. Yo lo que he visto ha sido Brasil con el candomblé que se parece bastante, pero no es el mismo vudú de Nueva Orleans o de Haití. Donde es más poderoso el vudú es en Haití. Y en la ceremonia hay tambores... los tambores, la danza y esta efervescencia y fre-

nesí... hay gente que cae en trance. Y cuando caen en trance son montados por un loa y de repente, por ejemplo, una muchacha de 20 años, puede ser montada por Legba que es el dios de la muerte, que te lleva al umbral de la muerte, que es un viejo todo torcido. Y la mujer se tuerce, se convierte realmente en apariencia en Legba.

**R.C.**

¿El loa tiene representación física también?

**I.A.**

Claro, claro...

**R.C.**

Porque si es un viejo torcido...

**I.A.**

Claro, por ejemplo Erzulie es una mujer espléndida, la diosa del amor, de la maternidad, de las aguas, de la fertilidad, entonces ella está representada por una mujer. Oggun es el dios de la guerra, un dios guerrero. Entonces, cuando aparece Oggun que es el dios más poderoso, y uno es montado por Oggun, hay una sensación de poder y de fuerza extraordinaria. Y la gente hace, en trance, cosas que son sobrenaturales, que no se pueden explicar, como coger un carbón ardiente y ponérselo en la boca, o echarse pepitas del ají más fuerte que existe en los ojos. Y después no se acuerdan de nada, cuando despiertan del trance. Entonces esta inmensa fuerza espiritual fue la que les permitió a los esclavos enfrentarse a las tropas de Napoleón con la sensación de que ellos iban a vencer porque venían acompañados por los espíritus que habían salido de *la isla bajo*



*el mar* y de allí viene el título de mi libro, *La isla bajo el mar*, que era Guinea, el paraíso...

**R.C.**

Isabel, tú en ese mismo libro hablas de tu relación personal con el candomblé, hablas de tu relación personal con los dioses...

**I.A.**

Yo no practico vudú...

**R.C.**

Tú apareces como perteneciente a...

**I.A.**

Lo que pasa es que yo fui a Brasil y en Bahía asistí a unas ceremonias y entonces me echaron los bucios, que son esas conchitas para ver cuál era mi loa, cada persona pertenece al nacer a un loa. Me dijeron: «Vamos a ver cuál es tu loa». Entonces una señora me echó los bucios y dijo que yo era Yemayá, la diosa de las aguas y de la maternidad. Te puede decir cualquier cosa, ¿no? Entonces, me fui muy tranquila, pero me quedé pensando «vamos a probar otra cosa». Entonces en Río de Janeiro fui a una de las favelas donde había otra ceremonia y allí me echaron los bucios de nuevo. Y la señora, que no sabía ni quién era yo, ni mantenía ninguna relación con la de Bahía, me dijo: «Ah... evidente, usted es Yemayá». Así que... no lo sé...

**R.C.**

Así que eres Yemayá.

**I.A.**

Pero es como si me dijeran Santa Bernardita, que sé yo.

**R.C.**

Tú sabes que en nuestra racionalidad, aunque sea una racionalidad subdesarrollada la nuestra, la latinoamericana, yo tengo una visión totalmente torcida del vudú, por ejemplo, o del candomblé, como un asunto de brujos...

**I.A.**

Porque en Chile no se usa, pero en Chile tenemos. Acabo de estar estudiando toda la cultura, la mitología chilota. Los últimos brujos que ejecutaron en Chiloé fue en 1880, no hace tanto, ¿no? Hay una mitología de brujería en Chiloé. Cuando es de otro país, es brujería, cuando es del nuestro es cultura. Cultura folclórica.

**R.C.**

Vamos a ir alternando nuestra conversación con algunas preguntas que me parecen simpáticas. Dice alguien: «Piensa en 10 segundos y elige: ¿Mafalda o Sancho Panza?».

**I.A.**

Mafalda. Mafalda. Pobre Sancho Panza, que tenía que ir a las rastras de ese loco que era el pobre Don Quijote.

**R.C.**

Hay una pregunta que también está referida a los problemas que vive Chile. Con esta epopeya, vamos a llamarla, de los mineros, se están olvidando de los mapuches. Tú no los has olvidado.

**I.A.**

Yo no los he olvidado porque también me tocó la huelga de hambre de los mapuche cuando fui a Chile. En un tiempo la población en Chile es mapuche puro y el resto, todos nosotros, somos mezcla. Cuando los españoles llegaron a Chile llegaron sin mujeres, se mezclaron con las indígenas. Así que en todo nuestro *DNA* hay algo de mapuche o, si no es de mapuche, de otra clase de indígenas lo tenemos. Aunque lo negamos porque somos superracistas en Chile. Así que salvo que hayas llegado en las últimas oleadas de emigrantes que venían, que sé yo... de Europa, somos todos un poco indígenas. Los mapuche han sido explotados, renegados, les han quitado la tierra, se han hecho tratados de pacificación que no se respetaron. Hubo incluso un presidente chileno que en 1860, creo que fue, que importó colonos alemanes para que vinieran a mejorar la raza de los chilenos. Esto, es histórico, no me lo estoy inventando yo, venían a mejorar la raza, a estos pobres indiecitos que son como tú y yo chiquititos, medio negros....

**R.C.**

No, yo no...

**I.A.**

¿Cómo que no?... Que nos dieran un poco de sangre alemana para elevar la estatura, nos dieran los ojitos azules y disciplina para trabajar. Y funcionó, funcionó... mira en el sur de Chile, si no fuera por la influencia extranjera que tenemos de los alemanes, mira lo que seríamos tú y yo: estaríamos fritos. Bueno, a los mapuche les ha ido pésimo con los blancos. Ahora hay, había hasta hace poco también treinta y tres mapuche... No se dice «mapuches», sino «mapuche», porque es «mapu» que quiere de-

cir «tierra» y «che» «gente»... gente de la tierra. Y esta gente de la tierra por supuesto pelea por su tierra, porque no les pongan una represa que va a inundar la tierra sagrada de ellos o que les boten el bosque, o que rompan, que sé yo, la casa. Si un blanco se mete en una reservación indígena y destruye una propiedad indígena, no pasa nada. Si un mapuche voltea un bus y quema un bus en una protesta es juzgado con la ley antiterrorista que inventaron los militares en la época del golpe y que nunca se eliminó, pero que se ha aplicado solo con los mapuche ahora. Entonces resulta que hay treinta y tres mapuche que están en huelga de hambre porque fueron juzgados con la ley antiterrorista y les dieron a cada uno como ochenta o ciento sesenta años de prisión, que es prisión perpetua porque en Chile no hay pena de muerte.

**R.C.**

Terminó ayer la huelga...

**I.A.**

Ahora terminó la huelga de todos menos de tres... Me alegro de que no haya muerto nadie.

**R.C.**

Pasemos a otro tema. Aquí hay una pregunta, creo que también amena, de Marisa Tamayo... ¿Cómo es la convivencia entre dos escritores, dado que Willy (William Gordon) también está escribiendo libros? Tu esposo Willy, perdón que lo llame así.

**I.A.**

Willy es mi marido, un gringo adorable, que es como tener una esposa. Es la verdad. Creo que todo escritor debe tener

una esposa. Willy era abogado cuando yo lo conocí, y después se jubiló, y me dijo: «Bueno, ahora voy a hacer lo que siempre he querido...». «¿Qué?», le digo yo. «Escribir». «Cónchole», le digo, «¿usted va a competir conmigo?». Entonces me dice: «No, yo siempre he querido escribir y porque tú lo hagas no significa que yo no lo voy a hacer». «Entonces cuando yo me jubile yo voy a ser abogado». Pero, bueno, se puso a escribir y para desgracia mía ha publicado libros en varios idiomas. Escribe novelas de detectives, todas situadas en los años 60 en San Francisco y tiene su público, fíjate... No lo puedo creer...

**R.C.**

¿Por qué no lo puedes creer?

**I.A.**

No lo puedo creer, primero que nada porque Willy es hiperactivo y no puede estar más de once minutos en ninguna actividad. Si puede ser capaz de sentarse y escribir, a mí me parece genial. Escribe en los buses, en los hoteles, en los aeropuertos, por once minutos y después hace otra cosa y vuelve otros once minutos. Así es. Me tocó ahora estar en Paraty en Brasil, en un festival de libros, en el que él publicaba un libro y yo también. Me tocó llevarle la maleta... por una vez. Qué pena que no esté aquí, porque es bien adorable mi niño.

**R.C.**

Entiendo que él no está aquí.

**I.A.**

Claro, porque no me aguanta. Así es que cuando yo hago estas cosas nunca lo invito porque ya está hasta aquí de oírme. Lo

único que quiere es que yo desaparezca. Lo más lindo es que a él siempre le gustaban las rubias altas de piernas largas. Mira que me costó convencerlo de que yo era lo más alto y de piernas más largas que iba a conseguir.

**R.C.**

Isabel... Soledad pregunta: «Usted vive en Estados Unidos. ¿Qué piensa de la ley migratoria?».

**I.A.**

Tiene que haber una reforma de la ley migratoria y se está descubriendo que hay muchos problemas en este momento. En Estados Unidos existe lo mismo que en Europa: un sentimiento creciente contra el emigrante. Xenofobia y rabia contra el emigrante sobre todo porque hay una crisis económica. Y resulta que los inmigrantes hacen trabajos que ningún americano, de ningún color, haría por ningún motivo, por ningún dinero. Mucho menos por el poco dinero que le pagan al inmigrante. Entonces ahora hay 12 millones de emigrantes latinos que no les pueden deportar. ¿Cómo pueden deportar a 12 millones de personas? No se puede. Por eso tiene que haber una reforma de la ley que permita que esa gente sea legal, que trabaje legalmente, que esté protegida por la sociedad y que, al mismo tiempo, pueda regresar a sus países legalmente.

**R.C.**

Pero hay una oposición absurda, muy fuerte, que aparece en los media europeos. Hay una cantidad enorme de blancos, definitivamente, que salen a la frontera de los Estados Unidos armados o con el teléfono para decir: «Aquí hay uno escondido. Vengan a buscarlo».

**I.A.**

Así es, estos vigilantes que están en la frontera.

**R.C.**

Lo hacen además en su tiempo libre.

**I.A.**

Ahora hay menos gente que pasa la frontera en parte porque no hay trabajo. No es tanto por los vigilantes ni es tanto porque vayan a hacer un muro en la frontera, sino porque no hay trabajo. Cuando yo vivía en Venezuela en los años 70 y 80 había millones de colombianos que se pasaban la frontera para venir a trabajar de Colombia a Venezuela, porque había trabajo. Ahora no hay y no pasan. Si no hay oferta de trabajo, no llega el emigrante. Entonces siempre se castiga al trabajador y no se castiga al empleador que aprovecha el trabajo barato del emigrante. En EE.UU. es muy injusta la situación.

**R.C.**

Está sucediendo en el sur de Latinoamérica con los peruanos que se van a Chile.

**I.A.**

Que se van a Chile... y los tratan pésimo.

**R.C.**

Pero han renovado la cocina, que es maravillosa. Los mejores restaurantes chilenos ahora son peruanos.

**I.A.**

Es verdad y son la gente más educada, la gente más correcta, que te puedes imaginar. Los tratan, como te digo, pésimo.

**R.C.**

Tú naciste en Perú, pero saliste muy chiquita, te llevaron de guagua. ¿O alcanzaste a crecer en Perú?

**I.A.**

Bueno, yo nací en el Perú porque mi padre era diplomático en Perú. Pero los hijos de los diplomáticos que nacen en el extranjero si son inscritos en el consulado de su país, tienen nacionalidad de su país. Entonces yo nací con la nacionalidad chilena. Mi padre se fue un día a comprar cigarrillos cuando yo tenía 3 años y no volvió nunca más. Te prometo, no volvió nunca más. En aquella época no había divorcio en Chile y mi madre, gracias a una gestión que hizo su padre, consiguió anular el matrimonio. Mi mamá regresó a Chile, muy jovencita, con 22, 23 años, con tres bebés. Y anularlo, eso en Chile era un escándalo... Entonces yo me crié en la casa de mi abuelo, que protegió a mi mamá. Cuando yo tenía como 28 años, me llamaron un día a identificar un cuerpo en la morgue. Una persona que se murió en la calle y que tenía el nombre de Allende. Y como yo tenía un programa de televisión en esa época pensaron: «Allende, Allende, llamémosla a ella a ver si lo conoce». Y me llamaron y yo fui pensando que iba a encontrar a mi hermano que se llama como mi padre. No me acordé de mi padre para nada. Pero el cuerpo que me mostraron yo no lo conocí porque nunca había visto una foto de mi padre y era él. Era él y me tocó enterrarlo.



**R.C.**

¿Eso no lo habías contado en algún libro...?

**I.A.**

Sí. Estoy segura que lo he contado en alguna parte. Yo lo he contado todo, hasta lo más escandaloso, todo lo he contado... Mi pobre marido y yo no tenemos nada privado... Ni los once minutos, nada...

**R.C.**

Tú conoces una canción de Víctor Jara, que es aún más estricta porque allí son cinco minutos. «Te recuerdo Amanda»...

**I.A.**

Cinco minutos son los chilenos.

**R.C.**

Hay una pregunta que me parece interesante y pertinente que es: «Háblanos un poco de la fundación».

**I.A.**

Apenas se murió mi hija Paula, escribí un libro que se llama *Paula*, se publicó y de todos los libros que yo he escrito es el que ha tenido más respuesta de los lectores. El que ha tenido, en el tiempo, más éxito. *La casa de los espíritus*, se ha vendido más porque tiene muchos más años en el mercado. Pero *Paula* es un libro que realmente tocó el corazón de mucha gente. Y yo no quise que nada del ingreso de ese libro fuera a parar a una cuenta mía, sino que abrí una cuenta separada pensando que algún día iba a hacer algo con ese dinero que fuera como un homenaje a mi hija. No sabía qué. Y en 1995 fui a la India.

Iba muy deprimida, nos estaban pasando cosas horribles en la familia. Mi marido me dijo: «tienes que salir de aquí» y me llevó a la India. Un viaje rarísimo. Y nos encontramos de repente en el medio de la nada, en Rajastán, y había un camino eterno que no terminaba nunca, un calor espantoso, un auto que apenas funcionaba, un tráfico horrendo, casi grave, un peladero... Y en un lugar, había un árbol por allí y unas figuras negras que no se sabía muy bien lo que era. Y como el auto tenía el motor caliente, nos paramos un rato para echarle agua al motor, yo me bajé con una amiga y había un grupo de mujeres en torno a un árbol. No había ningún pozo, no había una aldea, no había nada. Qué estaban haciendo estas mujeres allí, no sé. Pero... no nos pudimos conectar porque no hablábamos el idioma, pero en la India, como en muchas partes del mundo, no hay ese respeto de no tocarse que tenemos nosotros, esa distancia mínima, sino que la gente realmente se toca y te mira a los ojos, los tienes aquí... Entonces empezaron las mujeres a tocar las pulseras que llevábamos con mi amiga, nos quitamos las pulseras, se las dimos. Y se estableció esa relación que a veces se establece con las mujeres, muy física, muy íntima, aunque no tuviéramos un idioma común. Entonces cuando ya nos íbamos de vuelta al coche, una de las mujeres me entregó así como un paquetito de harapos, eran unos trapos. Yo creí que me estaba dando algo por la pulsera que le habíamos dado. «No, no es necesario», le dije, traté de devolvérselo; ella me lo entregó y se fue como corriendo. Y el chofer que nos llevaba, que era de la India, me quitó esto de las manos... yo alcancé como a medio abrirlo y me di cuenta que era un bebé recién nacido. Un bebé recién, recién nacido, todavía estaba con los ojos cerrados... Y me quedé con esto así en las manos... El chofer me lo quitó y corrió detrás de las mujeres y prácticamente se lo tiró, le tiró

el bebé. Me agarraron, me metieron al coche... y yo volví a reaccionar cuando ya íbamos por el camino. Le digo al chofer: pero si era un niño. «No», me dice, «es una niña, quién quiere una niña». Bueno, me quedé con la sensación de que yo no pude hacer nada por esa niña, pero cuando llegué a la casa me di cuenta que es lo que iba a hacer con el dinero que metí en la cuenta. Iba a crear una fundación para ayudar a las mujeres y a las niñas. Que en muchas partes del mundo son lo más pobre de los pobres, lo más olvidado de lo olvidado. Hoy día que existen los sonogramas, en países como la India o la China, existe un nuevo crimen que se llama el feticidio, en que matan al feto si es femenino, porque quieren tener niños. En este momento hay un déficit de mujeres en China porque todo el mundo quiere tener un niño y hay una restricción respecto al número de hijos que puede tener. Lo mismo está pasando en la India. Entonces, mi fundación lo que hace es tratar de ayudar a los más pobres de los pobres, mujeres y niños, en las áreas de salud, educación y protección.

### **R.C.**

Eché una mirada a Internet y me llamó la atención que entre los grupos a los que tú ayudas económicamente, también hay grupos dentro de Estados Unidos.

### **I.A.**

Muchos grupos de emigrantes de los Estados Unidos. Tenemos programas, por ejemplo, con niñas adolescentes. Pasa mucho en la comunidad hispana que las chicas de 14, 15 años se quedan embarazadas. Inmediatamente se salen del colegio, empiezan a trabajar vendiendo hamburguesas o cualquier cosa. El padre de ese niño no tiene ninguna consecuencia, puede ser cualquiera,

sigue estudiando, sigue teniendo una vida. La muchacha está frita. Entonces tratar de ayudar, tratar de que tengan una vida, que terminen de estudiar, que haya protección para esos niños.

**R.C.**

Dime cómo funciona, Isabel. Digamos, puedes tú monitorear, mínimamente...? ¿Qué hacen

**I.A.**

No. No. Mi fundación la maneja mi nuera, Loli, de partida. Yo tengo una nuera perfecta. Y es un matrimonio «arreglado». Cuando mi hijo se divorció, la mujer lo dejó... Resultó que la mujer era gay y se fue con otra mujer. Entonces se quedó mi hijo con tres bebés. Ahora, la otra mujer, era la novia de mi hijastro. Así que bueno... un desastre. Bueno... no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando. Cuando mi hijo se quedó solo con tres bebés, al año yo me di cuenta que no salía con nadie. Lo único que hacía era trabajar y cuidar a los niños. Entonces me di cuenta que dado el temperamento de mi hijo no se iba a casar nunca de nuevo. Salí a buscar novia. No es fácil a mi edad encontrar una novia porque uno conoce a gente de la edad de uno, pero si había una cola de gente para firmar, yo miraba bien y si había una que más o menos le podría gustar a mi hijo un poco, le pedía el número de teléfono. No era muy práctico el sistema, porque era muy lento y a veces no resultaba. Y todo tenía que ser a espaldas de Nicolás, porque no le podía decir a Nicolás lo que estaba haciendo. Pero por fin encontré a Loli. Era perfecta. Hasta se parecía a Nicolás. Se vestían igual, los dos de negro, los dos flacos, iguales. Y resulta que mi nuera resultó perfecta. Y ella maneja la fundación, pero nosotros no atendemos las necesidades de individuos, sino que financiamos

organizaciones y programas que ya existen. Nosotros no tenemos la capacidad para monitorear a una persona. Por ejemplo: el sistema de becas que tenemos, los maneja una universidad. Ellos dan las becas, ellos monitorean, nosotros, simplemente, damos la plata. Y decimos: queremos que sean latinos, queremos que sean mujeres, en fin... Una última pregunta y firmo los libros. ¿Te parece?

**R.C.**

Casi ya no te iba a hacer una última pregunta

**I.A.**

Pero que sea buena.

**R.C.**

Sí, haré que sea buena. Tu próxima obra...

**I.A.**

Esa es una pregunta tontísima. Ya tengo otro libro escrito. Tengo otro libro listo a la puerta. Decidí que el próximo año, 2011, me lo voy a tomar libre, va a ser un año sabático, que no voy a escribir. Yo empiezo todos mis libros el 8 de enero. Pero por si acaso, dejé uno preparado para que esté listo el 8 de enero. Tengo otra novela escrita que es muy distinta a todo lo demás que he escrito, muy contemporánea, sucede en el año 2009, a una chica muy joven, americana. No tuve que hacer ninguna investigación, no fue esa pesadumbre de 4 años de investigación con *La isla bajo el mar*, o con *Inés del alma mía*, sino que era una cosa mucho más cotidiana. Y la planteé como una novela casi de detectives, como un caso, como quien dice, con una resolución del caso. Me entretuve mucho.

**R.C.**

¿Y dónde sucede?

**I.A.**

Sucede, una parte, en los Estados Unidos, la chica es de Berkeley, y otra parte sucede en Chile, en Chiloé, en una isleta de Chiloé, muy rural, muy como... “antigua casa”. Entonces, es el contraste entre las dos vidas: salida de la tecnología, del blog, del Twitter, de las drogas, y la otra vida completamente rural, y que ella no tiene ninguna conexión con el mundo interior, y que tiene que iniciar un viaje al alma, un viaje hacia dentro.

**R.C.**

Creo que es un gran tema.

**I.A.**

Yo espero que sea un gran tema. Ahora todo depende de cómo se escribe.

**R.C.**

Ha pasado el tiempo volando. Llevamos aquí casi 50 minutos, un poco más, y queda una parte que a ustedes les interesará mucho que es la firma de los ejemplares

**I.A.**

Bueno, pero antes de hacer esa firma de ejemplares, ¿qué les parece que tomemos tres preguntas del público directo? Tres personas que levanten la mano y hacemos tres preguntas. Yo voy a repetir las preguntas para la cámara.

¿Qué me parece que me hayan dado el Premio Nacional de Literatura en Chile durante el gobierno de Piñera?

Me parece espléndido, porque nadie va a poder decir que me lo dieron porque yo era de la Concentración, porque tenía amigos en la Concentración. Pero la verdad que el presidente no tiene nada que ver, ni el presidente ni el Gobierno, con a quién le dan el premio. Dicen que no tiene nada que ver, porque hay un jurado. El jurado decide. El jurado son siempre unos caballeros muy serios que detrás de una puerta les dan los premios a sus amigos. Entonces, esta vez, las mujeres sacaron el premio a la calle y empezó a discutirse en la prensa, la gente opinaba en la calle, se abrió un Facebook, unos blogs y estaba todo el mundo opinando. Entonces yo creo que este fue un premio que lo consiguieron a pulso los lectores.

¿Cómo ha sido para mí aventurarme a vivir lejos de mi madre?

Yo nunca he vivido lejos de mi madre. Vivo lejos de ella físicamente. Me separé de mi madre cuando yo tenía 15 años por primera vez, porque estábamos viviendo en el Líbano y vino todo el problema político y de violencia en el Líbano, y nos mandaron a nosotros, los niños, de vuelta a Chile. Y allí empezó la tradición con mi madre de escribirnos. Las cartas demoraban dos meses en aquella época y no había posibilidad de llamarse por teléfono, no existía el fax. No existía nada más que el telegrama y la carta del correo. Y entonces nos acostumbramos a escribir todos los días en una especie de conversación de sordos, en que no importaba lo que tú escribieras porque no esperabas la respuesta para contestar, sino que era como un diario de mi vida. Yo tengo en este momento, en mi casa, un

*closet* bastante grande donde tengo 30, o más, cajas de plástico, por años, con las cartas de mi mamá. Nos hemos escrito a diario por mucho más de 30 años. Ahora además nos hablamos por teléfono, tenemos el Skype, el e-mail, todo lo demás, así que nunca he estado lejos de ella. Tiene 90 años y está mejor que nunca. Cuando se jubiló mi padrastro, al ser diplomático, ella dijo «yo ahora me voy a jubilar de ser «señora». Y ahora voy a ser lo que me dé la gana». Bien que hizo.

Una última pregunta. Siempre he dicho que me gustaría escribir un libro de erotismo, pero tengo que esperar que se muera mi mamá. Porque si mi mamá lo lee, le da un ataque. Y la verdad es que ya mi mamá se demora mucho en morir. Y ahora yo tengo 68 años y ya no sé si me queda jugo para poder escribirlo... Va a ser pura investigación, investigación e imaginación, porque de la experiencia no me acuerdo de nada, nada. Lo debería haber escrito cuando tenía 30 o por ahí, en mi época loca, esa era la época para escribirlo.

Muchas gracias por todo. Muchas gracias por estar aquí. Gracias.



**2011**

# LA MEMORIA INCOMPLETA

*Antonio Muñoz Molina*



En primer lugar, tengo que decir que para mí, dar una conferencia que lleva el nombre de Baruch Spinoza es ya conmovedor porque representa dos cosas para mí muy importantes: la defensa de la racionalidad frente al fanatismo y al oscurantismo religioso y de cualquier otro tipo, y representa también la dignidad de las personas perseguidas que se quedan sin país, sin idioma, y que son expulsadas hasta por aquellos que parecían los suyos. Hay un soneto maravilloso de Borges dedicado a él que me aprendí de memoria. Empieza diciendo:

*Las traslúcidas manos del judío  
labran en la penumbra los cristales  
y la tarde que muere es miedo y frío.  
(Las tardes a las tardes son iguales).*

Y así sigue el poema. Imaginarse a Spinoza puliendo lentes que ayudarán al conocimiento del mundo material y elaborando teorías que contribuirán, de manera decisiva, en un futuro, al progreso de la razón humana es una de las grandes imágenes que para un escritor, que aspira a ser un escritor español y europeo, es muy importante.

Cuando el profesor Valdivia me invitó a venir aquí a dar esta conferencia, yo pensé que podría ser útil que explicara el modo en que yo había sentido desde muy joven la necesidad de indagar, de buscar o de completar de algún modo la memoria española, la memoria del pasado español; y el modo en que esa memoria fragmentaria, o dividida, o muchas veces suprimida o engañada estaba flotando en el aire cuando yo era niño...; el modo en que esa memoria contribuyó a crear mi propia imaginación como escritor.

A lo que aspira la literatura de ficción es a explicar el mundo mediante relatos y cada escritor, creo yo, tiene una narración básica que va persiguiendo a lo largo de su vida. Y, en mi caso, por circunstancias biográficas y probablemente psicológicas, esa búsqueda de una memoria rota, o perdida, o incompleta, ha sido desde el principio un elemento fundamental. Entre los primeros recuerdos de mi vida están los recuerdos de oír a los mayores: en mi casa, en la familia o en el campo donde trabajaban mis padres. Oír a las personas mayores hablar de algo que era muy extraño para mí: la guerra. La guerra para un niño era la guerra que se veía en las películas. Eran los cómics que había cuando era pequeño que se llamaban *Hazañas bélicas*. Eran cómics de soldados americanos luchando heroicamente contra los nazis y contra los japoneses. La guerra eran también las pe-

lículas de guerra. Y para mí ver que aquellas personas que eran comunes y que eran de mi familia o conocidos hablaban de una guerra en la que ellos habían estado despertaba mi imaginación de una manera muy poderosa. Porque después, en otras tentativas de modificación de la memoria, se ha dicho que en España, hasta prácticamente el año pasado, no se hablaba de la guerra. Es una historia atractiva, pero tiene el defecto de ser falsa.

Se hablaba mucho. Se hablaba, claro, en voz baja, y según con quién y se contaba según qué. En un mundo oral, como el mundo en el que yo me crié, esas historias de guerra formaban parte del catálogo de cosas que un niño estaba siempre escuchando. Uno escuchaba fragmentos de cosas, lo que le había sucedido a alguien al que habían perseguido y habían matado. Yo escuchaba nombres que me llamaban mucho la atención. Por ejemplo «Azaña» que suena épico. Yo no sabía que Azaña fue primer ministro y luego presidente de la Segunda República. No sabía qué era la Segunda República. Oía la palabra «Negrín», don Juan Negrín. Oía la palabra «el Ejército Rojo». Oía una serie de cosas que me costaba asociar con las personas junto a las que vivía. Y no solo oía, sino que algunas veces encontraba en estas casas campesinas que había antes, en las que los niños están siempre indagando, encontraba por allí cosas extrañas que me llamaban la atención y que no tenían explicación.

Encontraba, por ejemplo, en un armario, algo que me subyugaba: un uniforme militar azul marino. Había un uniforme, un corraje y una gorra de plato. Y yo decía «¿y esto?». Eso pertenecía a mi abuelo materno que había sido guardia de asalto en la República. Y la palabra «guardia de asalto» sonaba tan bien, «guardia de asalto», algo tremendo. Eso quedaba allí. Recuerdo

otra cosa fundamental: había una caja de lata que estaba llena de dinero, llena de billetes. Y, claro, un niño piensa: «Pero nosotros no tenemos dinero, tenemos poco dinero, los mayores están siempre hablando del dinero, del dinero que falta, que no hay. Y ¿cómo es que tienen esta caja de dinero aquí?». Entonces, para mí, llegar allí, abrir este armario, mirar, ver ese uniforme allí colgando y luego ver esa caja llena de dinero me despertaba, por una parte, la intuición de algo, no se sabe qué, el conocimiento incompleto y, por otra, la necesidad de completar eso mediante la imaginación y mediante la atención. Porque si uno prestaba atención, escuchaba cosas. Y claro, yo veía a mi abuelo materno, que era campesino y no podía imaginarme que hubiera sido un policía de uniforme.

¿Por qué fue policía y ahora no lo es? ¿Por qué habrá sido eso? ¿Por qué había estado preso? Decía: «Mi abuelo ha estado preso. ¿Por qué?». Presos estaban los delincuentes, los ladrones... Algo se sabía y algo se ignoraba. Además eso contrastaba con la memoria o el relato del pasado que se hacía en la escuela de esa época. Yo nací en 1956. Tengo un recuerdo bastante nítido de lo que era estar en una escuela franquista en la que se contaba, claro, el pasado de las glorias imperiales de España. España había sido un gran imperio, los españoles habíamos sido los primeros en descubrir América, en echar a los judíos, habíamos sido los primeros en cristianizar al mundo. Luego habíamos caído en la decadencia y había llegado el caudillo Francisco Franco que nos había salvado de aquello. Como un nuevo cruzado. Entonces la historia que se contaba en la escuela también chocaba un poco con la otra historia. Porque si era verdad la historia que se contaba en la escuela, si los que habían luchado en la guerra en el lado franquista eran los españoles de verdad

y los que no, eran los antiespañoles, entonces esa gente a la que yo conocía y a la que escuchaba hablar, esa gente ¿qué era?

Así que una parte muy importante de mi educación no tiene que ver con libros. Sí con la influencia —y quien haya leído alguno de esos libros lo notará— que tuvieron esos narradores orales, instintivos, que contaban lo que había ocurrido, lo que ellos habían vivido y, además, lo contaban de una manera muy sorprendente. Porque esas personas hablaban de la guerra sin ningún tono ni ideológico ni épico. Eran campesinos y los campesinos son los que van a morir a las guerras. Todo el que tiene estudios, el que sabe escribir a máquina o el que tiene alguna habilidad, se coloca en el Estado Mayor o donde sea. Los que van al frente y mueren en la guerra son campesinos. Estos campesinos hablaban tanto de esas historias...; pero esas no se parecían en nada a las de las películas o los cómics.

Una cosa que recuerdo contaban, y lo decían casi todos, era que ellos siempre cerraban los ojos cuando disparaban. Cuando estaban en el frente, si tenían que disparar, cerraban los ojos. Porque pensaban que no tenían por qué matar a un desconocido. Y también había como una continua sensación de sorna. Recuerdo siempre a un amigo de mi abuelo que hablaba de cómo murieron muchos compañeros suyos porque tenían que tomar una colina. En el lenguaje de este hombre se le había quedado la expresión «tomar la colina». Y decía: «Tenemos que tomar la colina». «Colina» es una palabra que no forma parte del lenguaje campesino. Y él decía... «¿cómo “tomar”? ¿Es que nos la íbamos a llevar a nuestra casa? Nosotros moríamos para tomar la colina, pero la colina seguía allí. Entonces ¿qué sentido tenía eso?».

Todas esas historias por una parte, desarrollan la imaginación y, por otra parte, lo llevan a uno a esa sensación de querer saber, querer explicar. Uno puede explicar de dos maneras: contando y averiguando lo que ocurrió, y hay otra manera que es contar lo que podía haber ocurrido, que es la manera de la ficción. En la época en que una persona de mi generación se volvía rebelde —estoy hablando de finales de los años sesenta, principios de los setenta—, había varias cosas que hacíamos o intentábamos hacer. Una de ellas era dejarnos el pelo largo, en contra de la opinión de nuestros padres y de nuestros mayores, y otra cosa, claro, ante la presencia tan opresiva de la iglesia católica, lo primero que uno hacía era hacerse ateo. Estoy en deuda con la jerarquía católica española ya que desde los catorce años carezco de cualquier problema religioso, porque yo asociaba la Iglesia, la religión católica, con el poder y con la autoridad franquista. Por una buena razón: porque la Iglesia católica en España fue la proveedora de la ideología del régimen.

El régimen de Franco era un régimen mentalmente muy pe-  
rezoso. Entonces no hicieron grandes elaboraciones teóricas. Para el adoctrinamiento mental tenían a la Iglesia. Y les aseguro que la presión que ejercía la Iglesia católica sobre la gente, sobre las costumbres, sobre el pensamiento era terrible. Y era una presión además que te creaba unas ideas sobre el mundo completamente disparatadas. Por ejemplo, las ideas sobre los protestantes... Aquí supongo que hay bastantes ¿no? Para nosotros un protestante era un ser monstruoso y prácticamente imaginario porque no habíamos visto ninguno. ¡Un protestante! En un pueblo de al lado había una familia protestante. No sé por qué. Y se hablaba de eso: «Allí viven unos protestantes». Una persona que tiene el instinto de la rebeldía quiere romper

con eso. Uno no sabía nada ni de los protestantes ni de nadie. Lo único que sabía era que estaba en contra de aquella gente. Porque del mismo modo, el régimen franquista se había hecho como una alianza entre la iglesia católica y los militares sublevados y del mismo modo, el papa Pío XII había declarado «cruzada» la guerra civil española —esto es interesante recordarlo: una cruzada—. No había habido cruzadas desde el siglo XIII. Y el papa Pío XII declaró la guerra, digo la guerra de la parte de Franco, la declaró una «cruzada». Esas cosas se olvidan, pero es importante recordarlas.

Cuento todo esto no por nada, sino por mostrar otro paso, otro episodio en la formación de una persona, en la formación de la imaginación de alguien. Es decir: la necesidad urgente y virulenta de renegar de aquello. De renegar de la Iglesia, de la dictadura, renegar de todo y de buscar un mundo fuera, en otros lugares.

[A Antonio Muñoz Molina le entregan una nota e informa de su contenido]

El embajador acaba de comunicar que la banda terrorista ETA ha anunciado el cese definitivo de su actividad armada. Me alegro mucho porque uno de los horrores que ha sufrido España ha sido ese terrorismo que ha matado casi mil personas inocentes a lo largo de más de 40 años y además... Yo soy muy crítico con mi país y creo que uno tiene que ser muy crítico con su país, pero creo que si algo ha hecho ejemplarmente la democracia española ha sido luchar contra el terrorismo, meter a los terroristas en la cárcel, juzgarlos con todas las de la ley, juzgar a aquellos dentro del Estado que no hayan cumplido las leyes.



Mi país muchas veces es criticado como dudosamente democrático y oscurantista. Creo que España ha dado un ejemplo admirable de lucha democrática y resistencia contra el terrorismo. Así que me alegro muchísimo, cierro el paréntesis... y sigo.

Estoy muy contento y creo que todos los demócratas españoles tenemos que estarlo y tenemos además que vindicar el imperio de la ley y reivindicar los valores democráticos que han llevado a esto. Esto lo ha traído la lucha democrática, el trabajo, el sacrificio de la policía, de la guardia civil, de las leyes, de los jueces, lo ha traído la serenidad de la gente que jamás, jamás ha incurrido en la venganza. Lo digo porque ahora van a llegar muchos padres para esta situación y va a parecer que han sido los mediadores, los supuestos mediadores internacionales, los que han traído la paz. La paz en España ya existía. Lo que había era un problema de terrorismo que la democracia española ha vencido y no pueden imaginarse muchos de ustedes lo difícil que fue, y lo cruel y lo doloroso que ha sido.

Pero sigo. Estaba hablando de la necesidad de romper con esa memoria, con esa historia postiza que venía, por una parte, del poder político y por otra del poder eclesiástico. Es decir, el pasado español, según lo que yo estudiaba en la escuela, o en el instituto, el pasado español era una constante lucha de nuestra nación católica contra sus enemigos. Enemigos comunistas, protestantes, enemigos liberales... Había un término terrible que se usaba mucho en esa época que era la «anti España». Es escalofriante si uno se para a pensarlo. Es decir: las personas que no estaban con el poder no es que fueran distintas; es que eran antiespañoles. Es que eran la «anti España». Y en esa búsqueda, de pronto uno encontraba la necesidad de otra

memoria. Uno de pronto encontraba una tradición que no sabía que le pertenecía. Porque en un libro de texto o recomendado por un amigo, leías nombres, leías libros de gente, poemas de Federico García Lorca, por ejemplo. O un poema de Miguel Hernández o de Pedro Salinas, o de Antonio Machado. Y entonces querías saber... Esa gente que sonaba tan distinto de todo lo que conocías, esa gente, ¿dónde estaba?, ¿qué había sido de ella? Y había, de nuevo, otro muro de silencio que había que vencer.

Los libros de Lorca estaban publicados en la España de Franco, por supuesto; una gran parte de ellos. Las obras de Machado también. Lo que no estaba era la historia de esa gente. Y uno... —este es un movimiento mental importante—... uno se hacía antifranquista al mismo tiempo que intentaba crearse una cultura literaria que implicaba la conexión con una memoria perdida. Con una tradición perdida o interrumpida, que es la tradición de la gran cultura española que quedó interrumpida por la Guerra Civil. Cuando voy a la Abadía de Westminster en Londres y veo «Poet's corner» y veo donde están Dickens, y este, y el otro, siempre me pregunto «¿dónde están los poetas y los escritores españoles?». Pues García Lorca está en una fosa común en las afueras de Granada, Antonio Machado está en Francia en un cementerio francés, Luis Cernuda está enterrado en México, etc., etc. El descubrimiento de esos escritores que le hacían a uno creer, que le producían la emoción de algo completamente nuevo, algo radicalmente distinto, estaba asociado también con una disidencia política. Uno quería saltar por encima de su propio tiempo, de su propia vida para conectarse con esas personas, con esos nombres. Y entonces, como he dicho antes, uno encontraba tirando del hilo de lo que había

ocurrido, cuál había sido el destino de esa gente y a qué España pertenecía.

Recuerdo, por ejemplo, descubrir la lectura de Antonio Machado, de García Lorca, de Miguel Hernández; la lectura también de Max Aub, encontrar un libro de este escritor que había muerto en México. Y el hecho, insisto, de amar a esos escritores te hacía querer formar parte de esa tradición y recuperar ese ejemplo. La primera novela que escribí, *Beatus ille*, es, en gran parte, el resumen de todo esto que les he venido contando hasta ahora. Esa es una novela que está hecha de varias cosas: una de ellas son muchas historias que yo había escuchado de niño y que en la imaginación fueron cobrando forma hasta formar parte de una novela. Había una historia que a mí me impresionaba mucho de niño. Además los campesinos repiten mucho las cosas. No vamos a idealizar. Los campesinos son muy pesados. Son muy machacones.

Contaban una historia de un falangista en mi ciudad que un grupo de milicianos había ido a buscar en los primeros meses de la guerra para ejecutarlo. No lo habían encontrado porque este hombre se había escapado huyendo por unos tejados. Había entrado en un granero y se había escondido entre la paja. Y los que lo perseguían llegaron al granero y empezaron a clavar las hoces en la paja a ver si lo encontraban. De pronto el hombre sintió que las puntas de una de esas horcas le tocaban el cuerpo. Y pensó: «Ya está, me van a matar». Para su sorpresa, esas puntas se apartaron de su cuerpo y oyó una voz que decía: «Vámonos, que aquí no está». Este hombre había sido salvado por un desconocido. Quien haya leído alguna novela mía la reconocerá, porque es una historia que yo he contado de diversas

maneras, en parte inventada, en parte recordada, muchas veces. Esas historias eran un elemento fundamental en la creación de mi primera novela. Una novela es, sobre todo, una manera de encontrar la forma en la que se incluyan y se contengan muchos materiales muy distintos. Y una gran parte de esos materiales que había dentro de la novela eran todas aquellas historias que había venido escuchando desde que era niño. Historias que, además, han perdido su carácter testimonial, porque por el hecho de ser contadas y recontadas, y por ser imaginadas, dejaron de ser testimonios para convertirse en algo parecido al relato mitológico.

Ese era un elemento. Pero había otro, también fundamental. Inventé para esa novela un personaje que era como el retrato robot de esa parte de la memoria intelectual española que había sido suprimida por la dictadura y que una persona joven, de mi generación, quería recuperar. Inventé a un escritor que había pertenecido a la generación de la República, que había sido amigo de los grandes de esa época. Lo inventé en parte inspirado por *Josep Torres Campalans*, la novela de Max Aub. Es decir, puse un personaje falso rodeado de gente que había existido de verdad. Pero no solo inventé a ese escritor, sino que inventé también a un hombre mucho más joven que busca el rastro de ese escritor. Me parece significativo en mi trabajo el modo en que está vista la cuestión de la guerra o la postguerra civil española. No tanto la narración de los hechos en sí como el intento por parte de las personas de otras generaciones que vienen después de dar un salto y conectarse con ese pasado. Para una persona de mi generación, los finales de los años setenta o principios de los años ochenta, el pasado inmediato español era inútil, no nos servía para nada. Necesitábamos eso

que se llama en inglés *a usable past*. Necesitábamos un pasado, una tradición con la que pudiéramos relacionarnos. Y esa tradición venía, por una parte, de la necesidad de aprender de maestros exteriores, de maestros de la literatura —Pablo ha citado a Faulkner y a Proust—, maestros de la literatura internacional, de la literatura latinoamericana, y dar el salto, a veces injustamente, por encima de la generación anterior que había pertenecido a la dictadura y conectarnos con la gran tradición, con esa gran tradición de la literatura de la República. Esa novela es un ejercicio para alcanzar este fin. Es una reconstrucción imaginaria del posible reencuentro entre alguien que perteneció a la generación de la Guerra Civil, que perteneció a ese mundo intelectual, a ese tiempo de tantas posibilidades en todos los campos, y los que vinieron después. Es decir: es un intento de superar esa tierra baldía en que convierte una dictadura a un país. Sobre todo una dictadura tan larga. Piensen que es muy importante a la hora de juzgar la historia contemporánea de España. ¿Cuánto duró el nazismo en Alemania? ¡Doce años! El fascismo en Italia duró veintiún años, más o menos, en América Latina la dictadura más larga es la de Pinochet —que yo recuerde—, (no, la más larga es la de Fidel Castro, ¿no?); pero de las dictaduras militares la más larga es la de Pinochet, desde 1973 a 1989. Son periodos manejables dentro de una vida humana. Pero la dictadura de Franco, si sumamos la dictadura y la guerra, son treintinueve años. Es mucho, mucho tiempo. Es la ruina de varias generaciones. Cuando un argentino de 1983 quería conectarse con la Argentina anterior al golpe militar, solo tenía que ir atrás siete años. Cuando un chileno de 1989 quería conectarse con la historia anterior de Chile tenía que viajar solo dieciséis años en el tiempo. Pero en España, y por eso los paralelismos que se han hecho después

entre la dictadura española y las latinoamericanas no sirven, la duración de la dictadura fue terrible.

Aquí abro un paréntesis importante: no piensen que la dictadura duró en España tanto tiempo porque los españoles llevamos en nuestros genes las dictaduras y las guerras civiles. La dictadura duró tanto tiempo por varias razones: una, porque las democracias europeas se negaron a prestar la menor ayuda a la República española en 1936; dos, porque las democracias europeas no hicieron nada contra Franco cuando terminó la Guerra Mundial en 1945; tres, porque un representante de las grandes democracias, el general Eisenhower, presidente de Estados Unidos, fue a España en 1959 y le dio un abrazo a Franco. Eso es muy importante.

Porque en Europa hay la tentación de decir que los pueblos se merecen los regímenes que tienen. La dictadura de Franco duró tanto en España porque las democracias occidentales dejaron solos a los españoles.

Hay otro fragmento de memoria del que a mí me interesa hablar aquí y es que España a partir de los años sesenta, mucho antes de que terminara la dictadura, España de pronto ha empezado a sufrir un cambio muy rápido. Había sido un país muy atrasado. La España en la que yo nací era un país paralizado en el tiempo —sobre todo la España interior, la Andalucía interior que el embajador mencionaba y en la que yo nací era una tierra de un atraso pavoroso— y en solo unos años empezó un despegue económico que se multiplicó en los setenta y que hizo que aquel mundo rural, que había durado tanto, desapareciera de pronto, y que hubiera un desplazamiento de población

enorme del campo a la ciudad. La cultura del mundo rural desapareció de golpe. Una transición que en otros países europeos había durado, a lo mejor, un siglo, en España se hizo en el curso de una generación. Este tránsito determina otro de los rasgos de la vida española y también ha determinado mi propia condición de escritor. Por una razón: porque en el espacio de una vida, no demasiado larga, la generación a la que yo pertenezco ha vivido en dos mundos, ha vivido en dos siglos. Cuando yo era niño, los campesinos segaban con hoz y apenas había mecanización en el campo. Los trabajos del campo se hacían a mano. Era una sociedad patriarcal, rigurosamente cerrada, campesina, autosuficiente. Y treinta años después la generación a la que yo pertenezco estaba viajando por el mundo, manejaba computadoras... Entonces, las personas de mi generación tenemos recuerdos que son más antiguos que nosotros. Y eso lleva a un dislocamiento y lleva también a la pérdida de la conciencia de lo que se ha sido. Por una razón que es comprensible: la gente no quiere recordar cuando era pobre.

España de los años ochenta, de los primeros noventa, que es la época del gran estallido de la democracia española, es decir... piensen que Franco se muere en 1975 y España tiene una constitución nueva en 1978 y en 1982 gana las elecciones el Partido Socialista por mayoría absoluta. Es decir, un país en el que unos años antes no había más religión que la católica, en el que los protestantes eran criaturas fantásticas y amenazadoras, en menos de veinte años es un país con libertad religiosa, con libertad plena de costumbres, y, al cabo de no mucho más tiempo, un país en el que existe el matrimonio homosexual, y en el que la asistencia a las iglesias es de las más bajas de Europa. Es un cambio de una magnitud de la que nadie se da cuenta y

que solo quienes lo han visto pueden concebirlo. La generación de mis hijos, la generación de Pablo, ya nació en otro mundo. Nosotros no. Entonces esa necesidad de contar ese choque entre las dos partes de la propia vida, ese pasado campesino tan cercano y el mundo moderno en el que uno vivía, está en la base de otra novela mía que es *El jinete polaco*, que se publicó hace justo veinte años. Es el conflicto tremendo de las personas de una generación que nacen en un mundo y tienen que vivir en otro. Que nacen en la época del arado romano y de adultos trabajan con Internet. El conflicto además que lleva también a la desaparición de toda una cultura. Y una cultura que no hay que idealizar, por supuesto, pero que era una cultura sólida e importante: la cultura popular. Las culturas populares desaparecen en seguida porque no dejan testimonios escritos.

Ese era otro fragmento de memoria para mí importantísimo. Y es curioso que durante mucho tiempo quería hacer una novela que trataba de una familia campesina en la guerra y en la postguerra, y empezaba a escribirla y la tenía que dejar porque siempre se parecía a *Cien años de soledad*. Empezaba a escribir y me salía Macondo... Macondo o como una especie de vocación nostálgica del mundo campesino. Tampoco era lo que yo quería hacer. Solo cuando me di cuenta de que tenía que mezclar el mundo que yo había conocido y el mundo del que me habían hablado, el mundo de esos relatos orales con mi propia condición contemporánea fui capaz de poder escribir esa novela. En ella además había otro fragmento de memoria incompleta que era importante para mí. Después me he dado cuenta de que tenía casi más función alegórica. Esa novela es una historia de amor. El protagonista masculino es una persona de mi generación, alguien que procede del cataclismo de Es-



paña posterior a la guerra. Alguien que viene de esta parte de España que, a consecuencia de la guerra, del fracaso social de la guerra y de la postguerra, se quedó sin poder progresar, se quedó condenada al aislamiento, a la autosuficiencia, etc.

Y había otra España que sufrió eso también, que fue la España ilustrada que se fue. Y entonces yo que había intentado escribir una novela de un militar, sin conseguirlo tampoco, encontré esa confluencia. El hombre que es el hijo de la España que se quedó, autóctona y cerrada, se encuentra con la hija del exiliado republicano. El exiliado republicano que se fue a Estados Unidos y que se hizo allí una nueva vida y tuvo una hija. Esa alegoría se me ocurrió después, pero era involuntaria. A mí me parecía que la España de los años ochenta, de los primeros noventa, con esa fascinación por la modernidad radical, estaba dejando atrás, de manera casi delictiva, el testimonio y las vidas de las personas que habían sufrido tanto, que habían trabajado tanto. La paradoja del cambio democrático en España es que la democracia imponía tareas tan urgentes que el pasado se quedó desplazado. La democracia y el desarrollo. Entonces había que ser moderno. ¿Quién querría ser otra cosa que no fuera el personaje de Almodóvar, por ejemplo? Yo sentía, de nuevo, que una parte fundamental de la memoria española estaba siendo dejada al margen.

Hay un tercer paso que, en mi caso llegó gradualmente, que es el descubrimiento y el estudio, hasta cierto punto cuidadoso, de algo que ha mencionado Pablo: la historia europea. Los españoles, por razón de nuestra dictadura, hemos vivido muy aislados. En mi propia experiencia de escritor hay un momento en el que llega el descubrimiento de los testimonios

de la persecución nazi, del nazismo y del comunismo. Estos testimonios curiosamente en España, ni siquiera en la España de la Transición, habían salido solo de manera muy marginal. Y las razones son varias: una razón es el aislamiento del país; otra que al no tener población judía, al no tenerla en el siglo xx, España se consideraba al margen de todo eso; y otra muy importante es que la izquierda más dogmática, que fue la que hizo la transición democrática, era profundamente comunista y profundamente antiisraelí y, por tanto, en la creencia de ellos, antijudía. Este es un factor importante. A veces pienso que en España culturalmente se hizo la transición del franquismo a la democracia pero no del antifranquismo a la democracia. Entonces, del Gulag, por ejemplo, no se hablaba, y no se hablaba, porque quien hablaba de ello eran solo los franquistas. La gente de izquierdas no decía nada del Gulag. Yo recuerdo y quizás el embajador se acordará también de cuando Solzhenitsyn fue a España, en los años ochenta —a principios de los años ochenta— y muy importantes escritores españoles se dedicaron a ponerlo en ridículo. Y hubo uno (que no quiero nombrar ahora por respeto a su memoria), hubo uno que dijo: «El defecto de la Unión Soviética es dejar que esta clase de individuos salgan de los campos de concentración». Realmente esa es una cosa tremenda. Esa es una parte, otro fragmento de memoria perdido.

Por una parte, la sospecha de que cualquier mención del holocausto o de la persecución de los judíos es una apología del sionismo y, por otra, el hecho de no querer aceptar y de preferir ignorar los crímenes terribles cometidos en nombre del comunismo y no querer aceptar los testimonios que proceden de allí. Ignorar todo eso crea una conciencia completamente coja, en gran parte provinciana. ¿Cómo se puede tener una con-

ciencia lúcida y real culturalmente y políticamente hablando si se ignora lo que ocurrió en la Alemania nazi y lo que ocurrió en el Gulag? Además, ¿cómo se puede entender la guerra civil española, lo que ocurrió en España, sin la mención europea? Porque para entender de verdad lo que ocurrió en España, no lo podemos entender solo en términos españoles. Yo no sabía que iba a escribir este libro del cual Pablo ha hecho una edición crítica ahora, no sabía que iba a escribir *Sefarad*. Lo que sabía era que leía sin parar: leía a Primo Levi, a Jean Améry, a Eugenia Ginzburg, a los escritores mayores de esa tradición... y los leía de una manera obsesiva sin saber que eso me fuera a llevar a ninguna parte. Hasta que finalmente se convirtió en esa novela en la que intentaba conectar la tradición progresista española —de la que me siento parte— con la tradición de persecuciones y huidas que empezaron en España en el siglo xv con la expulsión de los judíos —los judíos también habían sido expulsados ya de Inglaterra y de Francia antes; no es un pecado exclusivamente español— y con el hecho de que los grandes liberales de mi país, en la mayor parte de los casos, acabaron yéndose al exilio.

El franquismo nos había querido dar una tradición heroica y nosotros, los que queríamos construir una tradición alternativa, la encontrábamos casi exclusivamente en los perseguidos. Uno ve, por ejemplo, La Pléyade, la tradición francesa. Casi todos son miembros de la Academia Francesa. Casi todos están en el Panteón. Ve uno la tradición española, el canon español y los nombres del canon: son todas personas que están en la fosa común, o que tuvieron vidas horribles. Entonces para mí era muy importante establecer esa especie de linaje, intelectual y cultural; pero no hacerlo en forma de ensayo histórico, sino ha-

cerlo en forma de novela. Y ¿por qué en forma de novela?, ¿por qué en forma de ficción? Porque la diferencia entre la ficción y la no ficción es la empatía. Es decir, para leer una novela uno tiene que ponerse en la piel (o, como se dice ahora en español, en los zapatos...) del sufrimiento de otro. Y porque al ponerte en la piel de otro aprendes una lección que el otro aprendió y es que tú también podrías ser el otro. Porque cuando uno estudia con cuidado lo que ocurrió en Alemania, en Rusia o en China, lo que descubre es que no es que estuvieran allí los judíos puestos en fila y perfectamente identificables y fueran perseguidos; es que primero se crea, además a veces de una manera muy complicada, la identidad de judío perseguible y después se le atribuye a las personas. O en el caso, por ejemplo, de las persecuciones de Stalin, muchos de los perseguidos eran comunistas furiosos. Entonces esa necesidad de ponerte en el lugar del otro solo se puede hacer en la novela.

Y hay un último paso. Descubrir que en mi país, en el que el pasado no había tenido ninguna importancia desde el establecimiento de la democracia, de pronto se ponía de moda la reivindicación de la Segunda República. Se ponía de moda una reivindicación, una nostalgia extraña por los años treinta y un desprecio hacia la tradición democrática de la que procedemos todos los españoles ahora mismo que es la Constitución de 1978. Entonces había como una crecida de sentimentalismo republicano, una añoranza de un pasado mítico al que por culpa de otro no se puede volver. Ese pasado mítico que alimenta tanto el narcisismo nacionalista. Es decir, lo bueno en España fue la República, la guerra, allí sí que luchamos de verdad, y esto que hay ahora es una farsa. Entonces para mí de pronto lo urgente era construir otro fragmento de lo que podemos

llamar «memoria lúcida». Querer recordar, mediante la ficción también, que las cosas son mucho más complicadas que cualquier simplificación. Querer construir una ficción que contara cómo podían haber vivido las personas que estuvieron en aquel tiempo de la historia de España, cómo lo podían haber vivido. Cómo las cosas podían no haber sucedido. Cómo la normalidad que todo el mundo da por supuesto de pronto se derrumbaba. Eso fue lo que me llevó a escribir esta última novela que salió tan larga. Entonces, en todos los casos, lo que yo creo que uno tiene que hacer como escritor es una búsqueda de eliminar la simplificación. Hay más cosas que merecen ser recordadas de las que se recuerdan. Y el recuerdo tiene que ser más preciso y más lúcido de lo que parece y uno no puede proyectar hacia el pasado sus prejuicios o sus fantasías.

Y por último, y con esto termino, mientras escribía esta novela última tenía un remordimiento por dentro y me decía: «Te estás dedicando demasiado al pasado. Las grandes novelas casi siempre han sido novelas contemporáneas. Quizás ya es el tiempo de dejar todo esto y ponerse a escribir sobre lo que tienes delante de los ojos, el puro presente». Y a eso quisiera dedicarme ahora. Muchas gracias.

*La conferencia de Antonio Muñoz Molina se desarrolló en la Universidad de Utrecht el 20 de octubre de 2011 dentro del Ciclo de Conferencias Spinoza y contó con la presencia de Wijan van den Akker, decano de la Facultad de Humanidades y Comunicación de la Universidad de Utrecht; Javier Vallauré, embajador de España en Países Bajos y Pablo Valdivia, profesor de la Universidad de Ámsterdam (UVA).*



**2013**

# C O N T R A      L A      M U E R T E

*Rosa Montero*



He titulado temerariamente esta charla «Contra la muerte», y digo temerariamente porque los humanos no queremos que nos hablen de la muerte. Es más, por lo general nos las apañamos para vivir como si fuéramos inmortales, por lo menos hasta que llega la crisis de la mediana edad. Hay una novela de Martin Amis que se llama *La información* y que está protagonizada por un hombre que atraviesa la crisis de los cuarenta y tantos y que por las noches empieza a escuchar un susurro de ultratumba que le dice: «Te vas a moriiiiiiiiiiiiir». Esa es la información a la que se refiere el título de la novela. Porque antes, naturalmente, ese hombre ignoraba que sus días estaban contados. Dentro de las muchas teorías que tengo sobre por qué los escritores escribimos, hay una que me parece especialmente importante y es que creo que los escritores, o al menos los novelistas, somos personas más conscientes de la muerte que la media de la gente. Es decir, no se nos olvida tan fácilmente.



Yo me recuerdo de niña, con diez o doce años, por ejemplo, diciéndome a mí misma: «Mira, Rosa, qué tarde tan bonita, disfrútala porque se acabará, el tiempo pasará y moriremos». Como decía Cicerón, «siempre supe que soy mortal». No parece un pensamiento muy apropiado para una niña de esa edad, pero debo decir que en gran medida es un regalo de las hadas, porque al ser consciente de la muerte también eres más consciente de la vida. Es decir, en vez de pasar por la existencia más o menos aturdidos y pensando en las musarañas, ya conocen la famosa frase de John Lennon, «la vida es eso que sucede mientras nosotros nos ocupamos de otra cosa», la obsesión del fin te hace apreciar con plenitud el presente. Y además te permite o te obliga a hacer algo con eso. Sin duda escribimos contra la muerte. La verdad es que los humanos hacemos todo lo que hacemos contra la muerte. Amamos, guerreamos, construimos imperios y los derribamos, escalamos el Everest y nos ponemos en riesgo de morir justamente contra la muerte. La única diferencia es que creo que los novelistas somos más conscientes de lo que estamos haciendo. Yo a veces pienso que escribo para tener algo en qué pensar cuando me asalta el susurro de ultratumba por las noches, esa información que yo he escuchado con claridad desde pequeña. Una de mis novelas, *Instrucciones para salvar el mundo*, comienza diciendo: «La humanidad se divide entre aquellos que disfrutaban metiéndose en la cama por las noches y aquellos a quienes les desasosiega irse a dormir». Ustedes, cada uno de ustedes, ¿a qué grupo pertenece? Yo al segundo, evidentemente; al de aquellos a quienes visitan con asiduidad los fantasmas nocturnos. Y no hay defensa mejor que la invención de historias dentro de tu cabeza. Devanar el ovillo de alguna narración imaginaria. Bueno, la ensoñación amorosa también es una gran arma contra la oscuridad, y es que escribir

una novela es algo que se parece muchísimo a los primeros momentos de una pasión amorosa, porque en ambos casos estás alienada, enajenada. Cuando escribes, estás obsesionada por tus personajes, por la historia; cuando amas, por el ser amado: te lavas los dientes y delante del espejo flota la figura adorada. En ambas situaciones, en suma, estás fuera de ti, y eso hace que estés fuera del alcance de tu propia muerte, que te espera muy dentro de ti, enroscada en tu vientre. Escribir es un embrujo muy poderoso.

De lo que acabo de contar se deduce que uno escribe siempre dentro de la cabeza. Cuando la gente habla del bloqueo de la página en blanco a mí me da la risa, porque antes de llegar a la página o a la pantalla del ordenador ya has escrito muchísimo, siempre aquí, mentalmente. Todo el rato vas inventando historias. Por ejemplo, ves pasar a un hombre por la calle y la imaginación se dispara sola y se te ocurre un relato disparatado sobre él. En realidad los novelistas somos personas inmaduras que no han acabado de crecer. Porque todos los niños son así: van inventando cuentos de lo que ven, sus cabezas están llenas de fantasías. Pero la mayoría de los humanos abandonan esos ensueños en la adolescencia porque la sociedad les dice que ir inventando historias por la vida es una actitud infantil que hay que superar. Los novelistas, en cambio, nunca abandonamos la infancia. Llevamos al niño intacto dentro, y ese niño es quien escribe, la creatividad radica en él. Y el caso es que, como digo, siempre vas con la cabeza llena de imágenes y de fábulas que en el 99 % de las veces cruzan por tu mente y desaparecen para siempre, de modo que jamás llegan a ser escritas, jamás llegan a convertirse en un cuento o una novela. Pero, de cuando en cuando, una de esas imágenes que aparecen como salidas de

la nada, que son verdaderamente como sueños diurnos, sueños que sueñas con los ojos abiertos; una de esas imágenes, digo, de pronto te llena de una emoción enorme, te turba muchísimo, aunque tú ni siquiera sepas por qué. Pero se trata de una imagen tan poderosa y tan conmovedora para ti que no te cabe dentro del pecho y te dices: «Yo esto tengo que contarle, yo esto tengo que compartirlo». Y de esa frase, «esto tengo que contarle», nacen justamente las novelas.

O sea, que el lector está desde el primer momento de la creación de una novela.

Y es que antes he dicho que escribir es un embrujo muy poderoso. Pero leer es un hechizo aún mayor. La escritora catalana Nuria Amat tiene un libro precioso titulado *Letraheridos* en el que plantea a los escritores una elección cruel. Les dice que, si por alguna catástrofe tuvieran que escoger entre no volver a escribir nunca más o no volver a leer nunca más, ¿qué elegirían? Es una tesitura terrible, porque creo que todos los escritores sentimos que escribir nos salva de la disolución, de la locura. El libro de Nuria es de hace quince o veinte años, y a lo largo de ese tiempo he ido planteando esa pregunta a quizá un par de centenares de escritores de todas las nacionalidades. Y lo increíble es que todos, menos dos, me han contestado lo mismo que yo contestaría: escogemos leer, porque dejar de escribir puede ser la locura, pero dejar de leer es la muerte instantánea, es un mundo sin oxígeno. Y de esos dos que me dijeron que escogían escribir, a uno no le creo, porque me parece que lo dijo por pura vanidad, que mintió por aparentar el grandísimo escritor que era, y el otro es que es tan rarito, tan rarito, el pobre, está tan en las fronteras del contacto con el resto del mundo,

que en él sí que creo que dejar de escribir sería morir. Pero lo que quiero decir con esto es que los novelistas somos en primer lugar lectores, lectores que además escribimos. Y que tanto la lectura como la escritura son actos de reafirmación de la vida, colosales actos de esperanza frente a la oscuridad.

Hay una historia terrible y hermosa que siempre me ha encantado porque ejemplifica a la perfección esta reafirmación contra el horror, que es la historia de la Gran Peste de 1348. Ya saben que la peste bubónica es una enfermedad aterradora, mataba en muy pocos días y de una manera atroz y con unos dolores espantosos. Esta peste fue la más terrible en la historia de la Humanidad, por lo menos la más terrible que está registrada, y empezó en Asia, aunque de Asia se tienen pocos datos fiables, y luego llegó a Europa en los barcos en 1348, y en menos de un año murieron entre la mitad y dos terceras partes de la población de Europa; es decir, en la España de hoy hubieran muerto unos treinta millones de habitantes en menos de doce meses. En París fallecieron la mitad de los habitantes, en Venecia dos tercios, en Florencia cuatro quintas partes; en todo el continente desaparecieron pueblos enteros, los campos de labor volvieron a su estado salvaje, los animales domésticos vagaron sueltos y asilvestrados. El mundo se llenó de bandoleiros, desapareció el orden, no había ya gente para enterrar a los muertos. Como podrán comprender, parecía que había llegado el apocalipsis.

Agnolo di Tura, que era un cronista de Siena (Italia), escribió: «Enterré con mis propias manos a cinco hijos en una sola tumba; no hubo campanas, ni lágrimas, esto es el fin del mundo». Y había un fraile que se llamaba John Clyn y que vivía en un

pequeño convento de Irlanda. En ese convento murieron todos los monjes de la peste bubónica, y Clyn los fue enterrando a todos uno a uno. Mientras atendía las atroces agonías de sus compañeros, Clyn iba escribiendo en un pergamino el relato de lo que estaba sucediendo; y cuando ya solo quedaba él, llegó al final de su crónica y anotó en el pergamino: «para que las cosas memorables no se desvanezcan en el recuerdo de los que vendrán detrás de nosotros», y luego dejó un espacio en blanco para que alguien pudiera seguir escribiendo y añadió: «con el fin de que esta obra se continúe, si por ventura alguien de la estirpe de Adán burla la pestilencia». Fíjense cuánta esperanza hay en la escritura y en la lectura, esperanza de que no se va a acabar la Humanidad a pesar de todo, esperanza de que alguien de la estirpe de Adán va a superar la pestilencia. Esperanza de que va a haber una mano más que va a recoger tu testigo, el humilde testigo de tus palabras, y va a seguir escribiendo en el pequeño espacio que has dejado en el pergamino.

Y por supuesto Clyn también murió, terriblemente solo, de la peste bubónica, y lo sabemos porque alguien anotó su fallecimiento en ese espacio que quedaba; pero la vida siguió, la estirpe de Adán no se acabó, y si hoy sabemos de esa historia, si sabemos lo que fue la peste, es fundamentalmente por el relato que nos dejó John Clyn. Y yo no dejo de maravillarme de que ahora podamos leer esas palabras escritas en el borde del abismo, me maravilla que alguien tuviera el valor de escribirlas, y alguien más el valor de continuarlas, y que se hayan conservado, que una legión de lectores y estudiosos y bibliotecarios las guardaran, que las archivaran, que las ordenaran. Y junto con las palabras de Clyn, tantas, tantísimas palabras más, esa trenza de comunicación y de emoción que los humanos vamos

creando a través de los siglos con nuestros escritos y nuestras lecturas, ese cúmulo de información que va creciendo y pasa de mano en mano, y que hace que los humanos sepamos más sobre nosotros mismos, que seamos más fuertes, que seamos más libres y más felices.

Verán, creo que la mayoría de quienes nos dedicamos a escribir lo hacemos, entre otras cosas, porque detestamos hablar. Yo de adolescente tartamudeaba, y me ponía tan nerviosa tener que hablar en público que, aunque estudié en la universidad durante los últimos años del franquismo y por lo tanto en un ambiente de perpetuas asambleas estudiantiles, jamás me atreví a tomar la palabra. Y el caso era que tenía algunas pequeñas cosas que decir, pero era incapaz de abrir la boca: enrojecía, me atrancaba, las rodillas me temblaban y mi voz acababa convertida en un susurro. No me atreví a decir nada ante una audiencia hasta que saqué mi primera novela, a los 28 años, y el día de la presentación lo hice fatal; de modo que comprendí que no tendría más remedio que superar ese trauma. Las dos cosas más difíciles que he hecho en toda mi vida y de las que estoy más orgullosa son precisamente haber dejado de fumar y haber aprendido a hablar en público. Aunque les diré que de todas maneras me sigue sin gustar y me he tomado un betabloqueante antes de subir. Y no deja de ser irónico que, partiendo de una dificultad verbal como muchos partimos, ahora los escritores estemos obligados a ser buenos comunicadores y voceros diligentes de nuestros libros. Ahora nos pasamos todo el día hablando y ocupando un lugar público, como yo estoy haciendo aquí en este mismo momento. Y es que hoy no basta con escribir una novela; además hay que saber venderla, hay que resultar mediático, hay que dar conferencias, presenta-

ciones, entrevistas. Hoy casi hay que emplear más tiempo en la promoción de una obra que en su escritura. Bueno, en algunos libros estoy segura de que se emplea mucho más.

Cuánto ha cambiado el mercado literario desde que comencé a publicar, hace 34 años, hasta ahora. En España, además, esa evolución ha sido más tajante, porque en esto, como en todos los demás cambios sociales, en España hemos recorrido en treinta años el trayecto que el resto de Europa cubrió en más de medio siglo. Cuando empecé, las campañas de promoción no existían. Uno publicaba su obra y esperaba las críticas y, con suerte, si gustaba, el boca a boca. Los libros permanecían meses en las librerías, un par de ejemplares en cada una de las tiendas, y la gente tenía tiempo de irlos descubriendo y recomendando. Ahora, en cambio, en España, como en el resto del mundo occidental, la industria del libro ha adoptado unas estrategias comerciales muy agresivas, semejantes a las que se emplean para vender refrescos de cola, por ejemplo. Y así, las librerías están llenas con las torres de los libros que aspiran a ser superventas, pilas y pilas de ejemplares del mismo título, y además hay castillos desplegable de cartón, siluetas de vampiros troqueladas y todo tipo de escenografías publicitarias, que terminan ocupando tanto lugar en la tienda que en realidad ya no queda espacio para los libros.

Y esto que estoy diciendo es literal; varios librereros me han contado que ni siquiera pueden abrir todas las cajas de las novedades que reciben. A veces las devuelven sin haberlas tocado. Y sucede que las obras que aspiran a una difusión modesta, digamos de 3.000 a 5.000 ejemplares de venta, que en realidad es la edición media en España, hoy ni siquiera llegan a ponerse

en circulación, porque los librereros, tan carentes de espacio, esconden un ejemplar en la balda de abajo que nadie puede ver, y al cabo de dos meses lo devuelven y la edición entera es destruida y convertida en pasta de papel en apenas tres meses. Este fenómeno es tan extremo que hoy en día en España es más fácil vender 30.000 ejemplares de una novela que 3.000, porque de los 30.000 ya pueden hacerse pilas, mientras que esos 3.000 puede que no salgan de las cajas. Y lo más terrible es que una literatura necesita libros de pequeño recorrido, bien porque son más experimentales, más minoritarios, más atrevidos; o porque pertenecen a escritores jóvenes, que han de irse abriendo camino tanto a través de los lectores como de su propio bosque de palabras. Por cierto que esos jóvenes hoy siguen siendo publicados, desde luego; creo que en España todo escritor novel con algo que decir termina siendo publicado antes o después, pese a la crisis y a nuestro elevadísimo porcentaje de pirateo digital. Pero ahora lo que sucede es que a ese joven se le edita su primer libro, que no vende nada porque no se ve, como antes hemos dicho; se le publica incluso una segunda obra, que tampoco vende. Y entonces ya no encuentra editor para el tercer libro. El mercado está escupiendo a los escritores en su tercera obra, y esto es una tragedia.

Para intentar compensar esa falta de espacio y esa invisibilidad en las librerías, los editores multiplican sus afanes mediáticos y, como decíamos antes, el autor se ve forzado cada día más a ser un vendedor ambulante que va voceando eso de «¡Compre este libro bueno, bonito y barato!» por plazas y mercados. Y es tan perverso el sistema que los escritores jóvenes crecen viendo a los autores todo el día en los medios, en las televisiones, en los periódicos, y algunos creen no solo que eso es glamuroso, sino



que en eso consiste una carrera literaria; y, en vez de aspirar a escribir algún día el mejor libro que jamás se ha escrito, que es lo que debe ambicionar con loca y embriagadora intrepidez todo escritor primerizo, lo que muchos anhelan es ocupar ese lugar social. He visto a gente joven perderse, gente con talento, porque empleaban más tiempo en «ser» escritores que en escribir.

Toda esta digresión, este paseo que he dado por el mercado, es para resaltar la obviedad de que el escritor escribe en su sociedad, en su tiempo, sometido a las presiones editoriales, económicas, sociales, a las modas y a los miedos. O quizá sería mejor decir que, para poder escribir algo verdaderamente tuyo, algo que te merezca a ti la pena, hay que luchar de manera constante contra todo eso. La presión es muy alta, el ruido del entorno es ensordecedor, la realidad ofrece una imagen distorsionada. Mi madre, de 92 maravillosos años, me telefona para decirme muy alarmada: «¡Hija, has bajado del tercer al séptimo puesto en la lista de superventas!». Es necesario cultivar todos los días una disciplinada gimnasia mental para salvaguardar tu intimidad creativa. Tu libertad.

Porque escribir es o debería ser, en efecto, un ámbito de plena libertad. No es fácil conquistar esa verdadera libertad. No es nada fácil. Un escritor novel le pidió consejo a Hemingway sobre qué escribir, y el hombre contestó: «Write the truest thing you know», escribe la cosa más verdadera que sepas. Debo decir que Hemingway me parece un escritor muy sobrevalorado, especialmente en sus novelas, y que no me cae nada bien, pero encuentro esa respuesta muy atinada: lo más verdadero. Y esto no quiere decir que tengas que hablar de temas que conozcas

personalmente, de algo que hayas vivido, sino que Hemingway se refería a esa verdad profunda que emerge por sí sola cuando dejas de manipularla con tu voluntad consciente, con tus deseos de agrandar, tus ansias de éxito, tu molesto y limitador yo. Las novelas son como los sueños de la Humanidad, dan forma a nuestro inconsciente colectivo y nacen también del inconsciente del autor, del mismo estrato del que nacen los sueños. Como antes he explicado, una no escoge la historia que quiere contar, sino que la historia te escoge a ti, es algo que se impone por sí solo. Dentro de ese torbellino de ensoñaciones constantes que dan vueltas en el interior de tu cabeza, dentro de ese cúmulo de historias paralelas, un día aparece de repente esa imagen o esa idea que te turba tanto que te obliga a contarla. En el principio del largo viaje que es la escritura de un libro de ficción, siempre se encuentran estos dos poderosos ingredientes: el pequeño germen de una visión y la necesidad de compartirlo con los demás. Aunque se escribe a solas, la novela es un arte comunal.

Y el problema es que esa «cosa verdadera» que debes ir dejando brotar de tu inconsciente muchas veces resulta demasiado esquiva. A menudo no consigues alcanzar la libertad necesaria para que brote; a veces no logras escuchar su tenue susurro. Seguir el camino de tu propia obra, ir de libro en libro, es como escuchar retazos de una canción que el viento trae, en ocasiones consigues atrapar una línea melódica, un estribillo entero, pero a veces el viento sopla en otra dirección y ya no oyes nada. Y entonces te bloqueas. Yo solo me he bloqueado en serio una vez en mi vida. Fue en 1984; llevaba más de un año trabajando en lo que hubiera sido mi cuarta novela, llevaba más de cien páginas escritas y, de repente, me perdí. Tiré todo el manuscrito, salvo las cinco o seis primeras páginas, que publiqué a modo

de cuento con el título de *La vida fácil* en mi libro *Amantes y enemigos*. Esa novela no volverá jamás. Dejé de sentir a los personajes, dejaron de importarme sus peripecias, me cansé del tema. Para poder escribir una novela, para aguantar las tediosas y larguísimas sentadas que ese trabajo implica, mes tras mes, año tras año, la historia que quieres contar tiene que guardar burbujas de luz dentro de tu cabeza. Es decir, en el desarrollo que prevés para tu novela tiene que haber unas cuantas escenas que sean islas de emoción candente. Y es por el afán de llegar a una de esas escenas que, no sabes por qué, te turban y te dejan tiritando, por lo que atraviesas tal vez meses de soberano e insufrible aburrimiento al teclado de tu ordenador. De modo que el paisaje que atisbas al empezar una obra de ficción es como un largo collar de oscuridad iluminado de cuando en cuando por una gruesa perla iridiscente. Y tú vas avanzando con esfuerzo por el hilo de sombras de una cuenta a la otra, atraída como las polillas por el fulgor, hasta llegar a la escena final, que para mí es la última de estas islas de luz, una explosión radiante. Por cierto que cada novela tiene pocas perlas: con suerte, con muchísima suerte, tal vez diez. Pero incluso puedes apañártelas con cuatro o cinco, si son lo suficientemente poderosas para ti, si son embriagadoras, si las sientes tan grandes que no te caben dentro del pecho y entonces te dices la famosa frase: yo esto tengo que contarlo.

Y lo que sucedió cuando me bloqueé en 1984 es que las bombillas de la verbena se apagaron. Lo que contaba en aquel libro dejó de ser *the truest thing* para mí. Se acabó la necesidad, el temblor y el embeleso. Fue un verdadero aborto, y además tan tardío, digamos metafóricamente de unos cinco meses, que mi salud literaria se resintió: me capturó la Seca, como decía el

chileno José Donoso, y pasé casi cuatro años sin poder escribir. Un maldito infierno, porque al perder la escritura perdí el nexo con la vida. Sentía una atonía, una distancia con la realidad, una grisura que lo apagaba todo, como si no fuera capaz de emocionarme con lo que vivía si no lo elaboraba mentalmente por medio de palabras. Es posible que el gran Fernando Pessoa se refiriera a eso en sus célebres versos:

*El poeta es un fingidor.  
Finge tan completamente  
que hasta finge que es dolor  
el dolor que de veras siente.*

Tal vez el escritor sea un tipo más o menos tarado que es incapaz de sentir su propio dolor si no *finge* o construye con palabras sobre ello. Con esas palabras que colocan, que completan, que consuelan, que calman, que te hacen consciente de estar viva. De manera que se escribe desde la necesidad. Uno se dedica a escribir novelas, que es una actividad en realidad absurda y fatigosa, porque no tiene más remedio que hacerlo para sentirse vivo y para poder soportar la realidad.

Creo que esa necesidad de escribir, y la necesidad de leer, que son complementarias, siguen intactas en el mundo de hoy, por más que aparezcan todos los días decenas de Casandras vaticinando el fin de la novela, el fin de la literatura, el fin de la lectura frente al mundo de la imagen. Tonterías; la lectura siempre fue una afición minoritaria, y hoy esa minoría es más grande que nunca en todo el mundo. Ahora bien, sí creo que merece la pena preguntarse de qué manera esa necesidad de escribir y de leer se va adaptando a los nuevos tiempos. Por otro lado,

me pregunto qué lugar ocupa la narración en nuestros días. Desde luego el ser humano necesita seguir oyendo historias; el relato forma parte esencial de nuestras vidas, y volveré más tarde sobre esto. Y a veces me pregunto si ese hambre que sentimos por la ficción más o menos convencional no estará siendo saciada hoy en día, al menos en parte, por las grandes series de televisión. Magníficas series, desde luego, historias complejas y sutiles con personajes poderosamente dibujados; hablo de series como *Breaking Bad* o *Mad Men*, cuyos argumentos, además, van desarrollándose y evolucionando en cada capítulo, en cada episodio, como los grandes novelones del XIX que se publicaban por entregas. Entonces, si ya existen esas grandes historias y esos grandes personajes en la buena televisión, la narrativa de hoy, ¿qué futuro tiene? Bueno, es una pregunta más bien retórica, porque en realidad no creo en ningún cambio radical; solo estoy hablando de tendencias y de coexistencias. La novela convive y convivirá sin problemas con las series, con los blogs, con las nuevas posibilidades expresivas, estoy segura. A mí me siguen gustando las novelas, sigo necesítándolas, para leerlas y para escribirlas. Eso sí, la narrativa de este siglo XXI es obviamente distinta a la del siglo XIX; por lo general las novelas de hoy no tendrán esa recia estructura de las obras del siglo XIX, no van a ofrecer una visión del mundo tan maciza, porque nuestra percepción del mundo hoy es mucho más fragmentada, más resbaladiza, más equívoca. Hoy la realidad es una fina gasa que amenaza con romperse entre nuestros dedos como el ala polvorienta de una polilla. Hoy nuestro inconsciente está lleno de agujeros, y las novelas que emergen de él reflejan esa sensación vertiginosa.

De modo que las novelas se adaptan a la realidad, pero la magia de la literatura sigue viva, más viva que nunca, y lectores y escritores seguimos entretejiendo esa larga trenza de palabras de la que antes hablábamos. Y además, ¿saben algo?, creo que todos los lectores del mundo pertenecemos a la misma raza; hablo de los lectores apasionados, de aquellos que necesitamos leer para vivir, y estoy segura de que esta sala está llena de personas así. ¿Y cuál es esa raza común? Pues creo que somos personas que, aunque a lo mejor tengamos muchos amigos, y éxito social, y parezcamos chistosos y divertidos, en realidad arrastramos una incomodidad interior, una falta de adecuación a nuestro entorno. Somos personas que no terminamos de integrarnos en nuestra familia, en nuestra sociedad, en nuestra clase, en nuestra época. Hay una fisura que nos separa del mundo y que quizá intentamos salvar con el puente de palabras de los libros. Ahora bien, la cuestión es, ¿por qué a algunos de nosotros no nos basta con leer y además tenemos que escribir? No sé; quizá nuestra fisura sea mayor y necesitemos un puente más grande. Y aquí vuelvo a preguntarme: ¿por qué escribo? Es algo que todos los escritores nos planteamos; en un libro mío que se titula *La loca de la casa* intenté contestar seriamente esa cuestión y anoté media docena de hipótesis, que no son contradictorias entre sí, sino que pueden sumarse. Citaré aquí solo una: la descubrí por mi afición a leer biografías y diarios de escritores. Después de muchos años de estas lecturas me di cuenta de que una amplia mayoría de los novelistas son personas que han vivido una experiencia de decadencia más o menos traumática antes de la pubertad, digamos antes de los doce o catorce años, de manera que perdieron de forma violenta el mundo de su infancia. En algunas ocasiones esa experiencia es objetivamente mensurable y aparece recogida en las biografías: la muerte de los padres,

como en el caso de Joseph Conrad; la bancarrota y la ruina total de la familia, como le sucedió a Simone de Beauvoir. Otras veces se trata de decadencias interiores, soterradas y mucho más sutiles, pero no por ello menos feroces. De manera que quizá el novelista escriba también contra ese tiempo asesino que todo lo destruye, contra la ulceración inevitable de la vida; quizá escriba como reparación del pasado y para rellenar ese gran agujero de su niñez.

Pero poco a poco, y dando muchas vueltas, estoy llegando al cráter de esta conferencia, a su núcleo central. A lo más importante de lo que quiero decirles. A *the truest thing I know*, como diría Hemingway. Y esa cosa tan verdadera es el dolor.

«Del dolor de perder nace la obra», dice el psiquiatra francés Philippe Brenot en su interesante libro *Genio y locura*. Sí, desde luego: la necesidad de escribir está íntima e inextricablemente relacionada con el dolor. Y me van a permitir que haga otra cita, suelo hacer muchas citas y no para alardear de conocimientos, sino desde la humildad de quien reconoce la formulación perfecta de un pensamiento importante; eso, mencionar y honrar las fuentes, tal vez lo haya aprendido de mi faceta periodística. Pero la otra cita a la que me refería es del pintor Georges Braque: «El arte es una herida hecha luz», decía; hermosa frase. Necesitamos esa luz, no solo los que escribimos o pintamos o componemos música, sino también los que leemos y vemos cuadros y escuchamos un concierto. Todos necesitamos la belleza para que la vida nos sea soportable. De nuevo lo expresó muy bien Fernando Pessoa: «La literatura, como el arte en general, es la demostración de que la vida no

basta». No basta, no. Por eso estamos hoy todos aquí, hablando de literatura y creación.

Dije antes que los humanos necesitamos seguir oyendo historias. Es más que eso, mucho más. Para vivir tenemos que narrarnos; somos un producto de nuestra imaginación. Nuestra memoria en realidad es un invento, un cuento que vamos reescribiendo cada día, un relato en construcción, porque lo que recuerdo hoy de mi infancia no es lo que recordaba hace veinte años. ¿Alguna vez se han puesto a rememorar memorias infantiles con algún hermano? Yo lo he hecho; y les puedo asegurar que los padres de mi hermano no tienen nada que ver con los míos; ni la casa en la que supuestamente ambos vivimos. Son dos relatos totalmente divergentes, porque los hemos reconstruido de forma distinta, dependiendo de nuestras necesidades. Y, si nuestra memoria es un invento, entonces nuestra identidad también es ficcional, puesto que se basa en la memoria. Y sin esa imaginación que completa y reconstruye nuestro pasado y que le otorga al caos de la vida una apariencia de sentido, la existencia sería enloquecedora e insoportable, puro ruido y furia.

En julio de 2011, la Organización Mundial de la Salud (OMS) hizo público un estudio sobre la depresión que había realizado en colaboración con veinte centros internacionales. La investigación se hizo con 89.037 ciudadanos de dieciocho países, o sea que la muestra era verdaderamente grande. Es un trabajo muy interesante que compara todo tipo de factores: ingresos, cultura, sexo, edad. Pero lo que ahora me interesa, y por lo que lo saco a colación, es que descubrieron que estar separado o divorciado aumenta el riesgo de sufrir depresiones agudas en



doce de los países, mientras que ser viudo o viuda tiene menos influencia en casi todas partes. Me pareció un dato increíble, pasmoso, que parece ir en contra de lo que una observa y de la misma razón. Pero si no se trata de un error y de verdad es así, ¿qué implicaría? ¿Que los separados o divorciados se sienten fracasados? ¿Y que al morir tu cónyuge mientras aún es tu cónyuge puedes mitificar esa pareja en tu cabeza, hacerla eterna, considerarla un éxito? ¿Qué les falta a los divorciados para que estén más deprimidos que los viudos? Desde luego no la persona amada, sino una narración convincente y redonda. Un relato consolador que les dé sentido. Como decía Epíteto, «no nos afecta lo que nos sucede, sino lo que nos decimos acerca de lo que nos sucede». Sí, al final, en efecto, es una cuestión de narración. De cómo nos contamos a nosotros mismos. Aprender a vivir pasa por la palabra. Todos los humanos somos novelistas y, por consiguiente, yo soy redundante porque además me dedico a escribir.

¿Cómo podríamos vivir sin narración? ¿Sin esa trenza de palabras que nos salva cuando estamos en el borde del apocalipsis? Siempre se hará ficción, siempre existirá, de una manera u otra; mientras exista el dolor, existirán los escritores y los lectores a pesar del ruido del mercado, de las crisis o del pirateo. ¿Qué haríamos con nuestras penas y nuestras angustias si no dispusiéramos de libros y de historias? La creatividad es justamente esto: un intento alquímico de transmutar el sufrimiento en belleza. El arte en general y la literatura en particular son armas poderosas contra el mal y el dolor. Las novelas no los vencen, porque son invencibles, pero nos consuelan del espanto, en primer lugar porque nos unen al resto de los humanos: la literatura nos hace formar parte del todo y, en el todo, el dolor

individual parece que duele un poco menos. Pero además el sortilegio funciona porque, cuando el sufrimiento nos quiebra el espinazo, el arte consigue convertir ese feo y sucio daño en algo bello. Por eso Conrad escribió *El corazón de las tinieblas*: para exorcizar, para neutralizar su experiencia en el Congo, tan espantosa que casi le volvió loco. Por eso Dickens creó a Oliver Twist y a David Copperfield: para poder soportar la devastación de su propia infancia. Hay que hacer algo con todo eso para que no nos destruya, con ese fragor de desesperación, con el inacabable desperdicio, con la furiosa pena de vivir cuando la vida es cruel. Los humanos nos defendemos del dolor sin sentido adornándolo con la sensatez de la belleza. Aplastamos carbones con las manos desnudas y a veces conseguimos que parezcan diamantes.

**2015**

# LENGUA Y LITERATURA DEL TRÓPICO: DEL CASTELLANO IMPERIAL AL ESPAÑOL INTERNACIONAL

*Héctor Abad Faciolince*



Antes de empezar quisiera decir algo muy breve sobre Spinoza, el benévolo filósofo de origen ibérico de quien esta Cátedra ha tomado el nombre (por feliz sugerencia de Fernando Savater e Isabel Lorda Vidal). Dos filósofos holandeses, Erasmo y Spinoza, abrieron para el pensamiento occidental un camino de serenidad, de no violencia, equilibrio y tolerancia religiosa.

Spinoza, en particular, fue bien definido por Bertrand Russell como «el más noble y el más amable de los grandes filósofos. Intelectualmente pudo ser superado, pero éticamente es insuperable». Jorge Luis Borges lo retrató muy bien en los tercetos de un soneto que dirigió a ese judío heterodoxo que se dedicaba a pulir lentes y a pensar en un Dios que era toda la Naturaleza. Ese «Dios de Spinoza», tal vez el único concebible, es el mismo en el que creían Einstein y, quizá, también Borges:

*No lo turba la fama, ese reflejo  
de sueños en el sueño de otro espejo,  
ni el temeroso amor de las doncellas.  
Libre de la metáfora y del mito  
labra un arduo cristal: el infinito  
mapa de Aquel que es todas Sus estrellas.*

Y dejo el mapa infinito de Spinoza, que coincide con el Universo, para concentrarme en una porción más modesta de la tierra, en América Latina y en nuestras conflictivas relaciones de amor y odio con Europa, con una lengua y una literatura de origen europeo.

Nosotros (y por «nosotros» quiero decir la mayoría de los hispanoamericanos) somos una especie de planta europea trasplantada al trópico, de la cual se ha hecho allí un injerto con otras variedades de la misma especie. De la misma especie, pero de otras tribus y de otros colores, como se hace aquí en los invernaderos con los tulipanes. Al tronco español le crecen frutos indígenas, hojas judías, flores africanas, retoños árabes y asiáticos. Ninguna raza es pura (la misma idea de raza no tiene mucho sentido biológico), pero la latinoamericana —de existir— sería la más impura de las razas, la más mezclada, la más mestiza, la más multicultural, y en este sentido, tal vez, la más futurista: un anuncio del mundo de mañana.

El académico mexicano Jaime Labastida ha dicho que en América el dialecto castellano se convirtió en el idioma español, pues la lengua de Castilla fue, en nuestro continente, la *lingua franca* que unió a vascos, catalanes, gallegos, portugueses, a africanos esclavizados de cientos de pueblos y lenguas diferen-

tes, y a indígenas americanos también ellos de muy distintas tribus, lenguas, civilizaciones y culturas. En realidad esto ya había empezado a ocurrir desde finales del siglo XIII cuando el Rey Alfonso *el Sabio* juntó en la Escuela de Traductores de Toledo a cristianos, judíos y musulmanes para compilar obras de sabiduría (minerales, juegos, historia, derecho, astros) y quien usó también el castellano medieval, o alfonsino, para unir a godos, moriscos y judíos. Aunque él mismo haya escrito poesía en galaico-portugués, escogió la lengua de la corte de Toledo para darle unidad lingüística a su reino.

Dos siglos más tarde, en 1492, publicó Nebrija la primera gramática de una lengua moderna, el castellano. Y ese mismo año esta antigua y hermosa lengua que hablamos cruzó el Océano Atlántico. Una de las más extraordinarias conquistas culturales de España fue haber mantenido la unidad y la comprensión de nuestra lengua a las dos orillas del Océano Atlántico, e incluso a lo largo de casi toda la orilla americana del Océano Pacífico, desde California hasta la Patagonia. Se requiere un gran poder de cohesión, una inmensa fuerza de convicción (e incluso un ejército arbitrario y una Iglesia compacta), para que las fuerzas centrífugas de la lengua no hayan derivado en América hacia dialectos distintos, que habrían sido seguramente hermosos cada uno a su manera, pero incomprensibles como vehículo de comunicación entre naciones y pueblos diferentes.

A principios del siglo XIX, con la independencia de la mayoría de los estados americanos (con la irrupción de otros ejércitos y de otras ideologías), nuestra lengua corrió el riesgo más grave de su asombrosa historia: perder la unidad, perder la capacidad de ser el vehículo ideal de comprensión entre muy distintos

países. Hubo separatistas no solo políticos sino también separatistas lingüísticos en nuestras naciones hispanoamericanas, y si se hubiera impuesto esa tendencia resentida de aversión y odio a la supuestamente opresiva lengua de los conquistadores, si se hubiera impuesto una ortografía local, un «idioma nacional», como decían algunos argentinos, probablemente hoy en América Latina se hablarían más de veinte lenguas emparentadas, pero distintas.

Por fortuna los separatistas no impusieron su idea de que cada nación debía tener también su propia lengua y hoy seguimos hablando un idioma muy parecido al que dignificaron Garcilaso, Manrique, Lope de Vega, Cervantes y Quevedo. No vivimos la tragedia cultural y la tontería nacionalista de que en España se escribiera «estrella» y en Argentina «ejtreya», en España «pierna» y en Venezuela «pienna». Esta vieja lengua ha ido acumulando a lo largo de los siglos una infinidad de instrumentos expresivos de muy distintas partes del mundo, que son los que nos han dado a cientos de millones de personas una manera eficaz de traducir en palabras los más disímiles pensamientos y sentimientos, las más diferentes experiencias sentimentales, geográficas, climáticas, políticas o personales.

Alguna vez Ernesto Sábato, que solía decir cosas muy llamativas que parecían ciertas, pero al final —bien pensadas— no eran más que fuegos de artificio, dijo que el español de España y el americano tenían que ser distintos pues cuando nosotros decíamos «montaña» estábamos pensando en los gigantescos nevados de los Andes, y los españoles en la Sierra de Guadarrama; y que cuando decíamos río pensábamos en el Amazonas o en el Río de la Plata y los españoles en el Manzanares o en el

Guadalquivir, o algo así. Y también que la palabra «nostalgia» (dolor de la lejanía) era distinta para quienes añoraban el mar Mediterráneo o el mar Caribe. Esto suena bien, pero no es cierto. O es cierto de un modo general y absoluto, incluso entre vecinos. Todos tenemos un árbol y una casa que son nuestro árbol y nuestra casa, y eso no nos impide entender el árbol, la casa y la nostalgia ajena. Alberto Caeiro, el más grande de los heterónimos de Pessoa, escribió una vez estos versos sencillos:

*El Tajo es más bello que el río que corre por mi aldea,  
pero el Tajo no es más bello que el río que corre por mi  
aldea  
porque el Tajo no es el río que corre por mi aldea.*

Cuando yo digo la hermosa palabra «hija», que en tiempos de Alfonso el Sabio se decía «fija», quizá porque es una de esas cosas que se fijan para siempre en el corazón, la hermosa palabra «hija», para mí, tiene el rostro de un nombre particular: Daniela. Para ustedes, en cambio, tendrá nombres y rostros muy distintos. Y sé que ustedes no se ofenden si les digo que aunque seguramente sus hijas holandesas serán más hermosas y sobre todo más altas que mi hija, así como el río Danubio es más bello que el río Cartama, que pasa por mi aldea, de todas maneras siempre la palabra «hija», en mí, será Daniela, y en ustedes serán Lisbet, o Fráuke, o Maríeke, Sedá... Así somos y así nos entendemos. Es una paradoja verdadera: somos iguales, o al menos parecidos, precisamente porque somos distintos. Así mismo nuestras variedades del español, nuestras peculiaridades típicas de las distintas zonas geográficas, son dignas y hermosas, porque son genuinamente nuestras. Y en lo auténtico y en lo genuino nos vamos a entender siempre.



La actual belleza del español está en sus variedades y en sus diferencias, en la riqueza que aportan al río del idioma las plantas, los animales, los accidentes del trópico o de la zona templada. Nosotros no tenemos otoño en el trópico, ni verdadero invierno, pero entendemos muy bien los valores metafóricos de la palabra otoño y por eso una de las novelas más grandes de Colombia se titula *El otoño del patriarca*. De América vinieron palabras tan sonoras y tan sencillas como «canao, huracán, cacao, tomate, ron, guanábana» y a América llegaron palabras tan precisas y extrañas como «carabela, cruz, olivo, aceite, vino, almendra, almohada».

El trabajo de mantener la unidad y comprensión entre nosotros lo hicieron algunos notables gramáticos y lexicógrafos (pienso sobre todo en el colombiano Rufino José Cuervo y en el venezolano Andrés Bello), y muchos poetas, novelistas, académicos, periodistas y escritores. El bogotano Cuervo pensaba, de un modo muy pesimista, que el castellano en América se atomizaría en decenas de dialectos. No ha sido así y su profecía no se ha cumplido. Su misma forma de analizar las variedades del español colombiano, su manera de comentarlas, corregirlas y hacerlas comprender, contribuyó a que sus temores no se cumplieran. Antes del correo electrónico fue la correspondencia asidua entre los eruditos de España y América, el intercambio de revistas, libros y periódicos, el amoroso contacto entre lectores y corresponsales, lo que consiguió que nuestras formas de hablar y de escribir siguieran siendo muy parecidas y, con un mínimo esfuerzo generoso, casi perfectamente comprensibles. La unidad se consiguió gracias a la República de las Letras.

No hablo árabe, pero sé que esto no ocurrió en el mundo de la lengua arábica y que cuando un marroquí, un egipcio y un saudita intentan conversar en su árabe materno, no se entienden entre ellos. Lo mismo ocurre con los dialectos italianos: un sardo, un napolitano y un piemontés difícilmente se comprenden si hablan en la lengua de su casa. Un castellano, un gallego, un pampero o un puertorriqueño, en cambio, entenderían y gozarían con la forma de hablar de un campesino antioqueño, tanto como disfruto yo cuando oigo hablar a un cabrero de Palencia, o a un pescador cubano o a un vendimiador andaluz.

Ustedes me dirán si me equivoco, pero supongo que no es lo mismo hablar y escribir en un idioma nacional que en una lengua imperial. Cuando ustedes escriben en neerlandés saben que lo hacen para un solo país; si mucho para un país y medio y unos cuantos millones de personas. Si quieren llegar (al menos potencialmente) a muchos más millones de lectores, tienen que esperar a la dudosa fortuna de una traducción al inglés, al español o al mandarín. El inglés, el español (y en menor medida el francés, el árabe y el portugués) son quizá las lenguas internacionales más nítidas. La actitud de quienes hablan y escriben en inglés y en español, sin embargo, es muy distinta. Quienes hablan y escriben en la más extensa de las lenguas imperiales —el inglés—, lo hacen, creo, sin ninguna sensación de culpa o de ambigüedad. Las élites que fundaron los Estados independientes de Canadá, Estados Unidos, Australia, Sudáfrica, estaban constituidas por individuos que (fuera esto cierto o no) se sentían europeos trasladados a otras latitudes. Hablaban y escribían en una lengua de colonos que, en buena medida, habían olvidado o querían olvidar las arbitrariedades, las masacres o los genocidios de la conquista o de la aventura colonial. La po-

blación nativa o aborigen (al menos en Norteamérica y Oceanía) fue completamente desplazada o exterminada y los nuevos dueños de la tierra y de la lengua se sentían amos y señores en pleno derecho. Su lengua, con leves variaciones autóctonas, era el mismo inglés de la metrópoli original, o el inglés de la mayoría que había llegado antes. El problema de la esclavitud y de la integración de los viejos esclavos negros liberados podía postergarse años e incluso siglos. La prohibición de mezclarse sexualmente con personas negras vino a caer legalmente en Estados Unidos apenas a mediados del siglo pasado.

Lo que quiero subrayar, en términos de la lengua literaria, es que Kipling en la India y Mark Twain en el Mississipi, Yeats en Dublin y Poe en Baltimore, Joyce en Trieste y Coetzee en Ciudad del Cabo, Scott Fitzgerald en París y Tolkien en Sudáfrica, todos ellos escribieron en inglés sin sentir dudas ni cargos de conciencia. Quizá alguno de ellos hablara en su casa una lengua derivada del neerlandés del siglo xvii, el afrikáans, pero casi siempre prefirieron usar la lengua imperial, el inglés, para que su voz llegara más lejos.

La Conquista y Colonización española de América fue, en muchos aspectos, distinta a la conquista y colonización inglesa. No me voy a ocupar aquí de la religión ni de las prácticas económicas, sino de la lengua y de la relación con las poblaciones originarias. Sin duda, en la conquista española, hubo exterminio de indígenas, pero este no fue total, y en buena medida fue más el resultado de las enfermedades que de la voluntad de dominio. Y hubo algo que en general los colonizadores de lengua inglesa no hicieron: hubo mezcla racial, mestizaje. Bien sea a través de la seducción o de la violencia, del matrimonio o

el concubinato, los conquistadores y colonos españoles se mezclaron con indias americanas y tuvieron hijos mestizos.

Cuando el choque cultural se da (como en el caso de México, Perú y en parte Colombia) con pueblos que han desarrollado una cultura mucho más rica, con pueblos que ya han padecido el dominio de imperios locales, es preferible intentar llegar a algunos pactos de intercambio y servidumbre (los cuales incluyen a veces matrimonios por conveniencia), que dedicarse al exterminio del otro. Cuanto más sofisticada sea la cultura invadida (y no cabe duda de que aztecas, incas, chibchas eran bastante sofisticados en tradiciones técnicas, religiosas, científicas, agrícolas y culinarias), y cuanto menos racista fuera el ejército invasor o el pueblo colonizador, más probable era asistir, como ocurrió con nosotros, a la creación de una cultura mestiza. Los españoles habían estado muy recientemente en contacto estrecho con árabes y judíos, y quizá esa misma experiencia de convivencia con otras culturas y otras etnias, les dio la apertura mental necesaria para no rechazar el matrimonio o al menos el comercio de la carne con las mujeres nativas. Incluso hombres casados con europeas en América, solían mantener relaciones paralelas con mujeres indígenas o africanas. Así lo dice Lope de Vega:

*Hombres en Indias casados  
Con blanquísimas mujeres  
De extremados pareceres,  
Y a sus negras inclinados.*

Lo cierto, sin embargo, es que nosotros, por mucho que ven-gamos de un árbol, de un tronco de Europa, no somos euro-

peos. Hablamos una lengua europea, claro está. Pero no somos europeos; somos otra cosa. La *lingua franca* puede ser algo amado (un espacio cosmopolita en el que las nacionalidades se mezclan y se respetan) y también algo odiado (un espacio de imposición y opresión inevitables). Hay para esto un ejemplo muy fácil, del siglo pasado: el espacio del Lager, donde judíos de muy distintas nacionalidades (turcos, griegos, polacos, rusos, italianos, alemanes, húngaros, holandeses, rumanos, etc.) no se entendían, y tenían que usar la *lingua franca* que más odiaban, el alemán, para intentar ayudarse unos a otros.

Pero el español no fue la lengua de un campo de concentración para nosotros: no conviene exagerar y eso solo lo dicen los extremistas. La conquista fue sanguinaria, y feroz la respuesta de algunos grupos indígenas, pero no fue un campo de concentración. Matar y hacer la guerra, en esos siglos, era una especie de deporte humano tan natural como comer, beber o folgar. Más bien podemos decir que fue la lengua que nuestros padres impusieron a nuestras madres. Alguna vez el catalán Joan Margarit, un gran poeta bilingüe que tuvo una experiencia más reciente de la imposición de una lengua, declaró lo siguiente: «Fue una faena que Franco me obligase a estudiar en castellano, pero no renunciaré a él». Y dijo bellamente en un poema algo que seguramente pudo haber dicho cualquiera de nuestras madres indígenas:

*Me ahoga el castellano, aunque nunca lo odié.  
Él no tiene la culpa de su fuerza  
y menos todavía de mi debilidad.*

Sí, el castellano se nos impuso, pero ninguna lengua, en sí misma, tiene la culpa. En realidad tal vez todas las lenguas han sido impuestas a la fuerza por los más poderosos (el latín por los romanos, el árabe por los árabes, el inglés por los británicos), y cuanto más poderosos hayan sido, cuanto más imperio hayan tenido, más anchos son los confines de su alcance. «Un idioma es un dialecto respaldado por una marina y un ejército» dijo Max Weinreich y muchas veces también por clérigos, burócratas y comerciantes. Así ha sido hasta ahora y a pesar de este origen a mí me parece que los latinoamericanos no podemos renunciar a la gran ventaja que nos dejó de herencia un tata-rabuelo poderoso y altivo: la lengua del dominio nos da hoy la fuerza para hablar con más resonancia sobre la libertad; nos da los instrumentos expresivos para decir, en una lengua extensa y de prestigio, nuestra exaltante experiencia americana. Pero es por todo esto que les vengo diciendo que nuestra relación con Europa es al mismo tiempo amable y conflictiva.

Europa es una extraña región del mundo. Sumando todo su territorio, Europa no es ni siquiera un continente; es una pequeña península de Asia, arrinconada entre el mar Mediterráneo y el Océano Atlántico. Vista en los mapas de los geógrafos europeos, es muy grande, pero vista desde un satélite, o desde un mapa realista, Europa es mucho más pequeña de lo que dicen los mapas tradicionales. El territorio europeo, aun teniendo en cuenta la parte occidental de Rusia, la llamada Rusia europea, es apenas el 6,8% de la superficie seca de la tierra (América es casi el 30 %). Esto no le quita méritos a Europa, al contrario, se los aumenta.

Es una bien curiosa región de la tierra, muy pequeña, donde se sufrieron todas las pestes (lo cual hizo que sus pobladores tuvieran inmunidad para muchas enfermedades), donde hubo invasiones por el norte y por el sur, donde gracias al comercio circuló el conocimiento egipcio, árabe, indio, chino y judío, y donde se pelearon miles y miles de guerras durante decenas de siglos. Un territorio, además, bellissimo, bastante fértil, y con un clima relativamente suave, a pesar de su latitud, bendecido como está por esa corriente cálida que con mucho cariño les enviamos nosotros desde el trópico para que ustedes no se mueran de frío.

La cuestión es que si uno vuelve a mirar el mapa del mundo, notará que en enormes porciones de la Tierra se hablan lenguas europeas, como lengua materna, muchas veces, o por lo menos como *lingua franca*. Esto, obviamente, es fruto de la violenta colonización europea de América, de África, de Oceanía, y también de algunas partes de Asia.

En la actitud oficial ante ese pasado español y europeo la ideología de nuestros gobiernos latinoamericanos ha oscilado como un péndulo: hasta hace algunos decenios, reinaba el hispanismo falangista de las viejas élites criollas, en general con menos melanina que el resto de la población: los españoles nos regalaron su cultura y su literatura a través de la magnífica lengua española, la más hermosa y rica del mundo (lo cual es indemostrable: no creo que haya lenguas superiores, aunque una larga tradición literaria, y una gran extensión geográfica podría dar algunas ventajas expresivas y lexicales), y nos salvaron del paganismo, el canibalismo, los sacrificios humanos y la idolatría politeísta, mediante la bondad de la única religión verdadera, el

catolicismo, que no cree en todos los dioses sino solo en uno... que al parecer son tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Luego el péndulo se fue al otro lado: los europeos fueron vistos como unos genocidas infames, la raza más depredadora del planeta, los traficantes de esclavos negros que exterminaron a los indios e impusieron con espadas y odio la religión del amor, matando a los dioses y a los ídolos de los indígenas, violando a las princesas y descuartizando a los emperadores de México y Perú.

En ambos extremos hay más mentiras que verdad; se simplifica algo complejo y lleno de matices. La historia y la sociología no son ciencias exactas. Juzgamos con la ética de hoy las guerras de hace cinco siglos y siempre nos parece que los vencidos, solo por el hecho de ser vencidos e invadidos, eran devotos de la no-violencia, víctimas pacifistas pasivas. Y lo más importante: la parte europea que hay en nosotros ya no está en Europa, está en nosotros mismos. No son los antepasados de los españoles quienes practicaron la barbarie en América, sino nuestros antepasados. Nosotros somos los descendientes de las víctimas y de los verdugos. Somos, como dijo bellamente Baudelaire: «el puñal y la herida, la bofetada y la mejilla». (*Je suis la plaie et le couteau! / Je suis le soufflet et la joue!*). Un cruce curioso entre Hernán Cortés y la Malinche, la india seducida o violada por los conquistadores. Como diría Octavio Paz, somos los-hijos-de-la-chingada. Pero si los crímenes históricos tienen alguna fecha de caducidad, y yo diría que 400 o 500 años es un tiempo suficiente para no heredar méritos ni culpas; hoy no deberíamos sentir ni orgullo ni vergüenza por nuestros orígenes, ni orgullo ni vergüenza por el violador ni por la seducida, traidora o traicionada. América Latina ¿es locura, mala suerte, desesperación, injusticia? Es lo que es, como diría Erich Fried.



Muchas veces se ha discutido sobre las diferencias entre la colonización inglesa de Norte América o de Australia, y la conquista española y portuguesa de otras partes de América. Hay quienes subrayan factores religiosos para entender las diferencias (lo católico o lo protestante); otros, factores culturales (los ingleses estaban más inclinados a la ciencia y a la tecnología que los españoles).

Estos aspectos (la tecnología y la religión) tienen mucha importancia, sin duda, pero yo me ocupo sobre todo de literatura y en la literatura hay dos temas fundamentales, desde Homero hasta hoy, creo yo: el sexo y la violencia. El sexo tiene, por supuesto, una versión más galante, regulada y elaborada, que es el amor, y con este el matrimonio, la familia y el adulterio. Y la violencia tiene también una versión más tenue que la simple fuerza bruta, que son los conflictos sociales y la política, la famosa «continuación de la guerra por otros medios». Y es en estos aspectos, sexo y amor, violencia y política, en los que las colonias nórdicas se diferencian más de las colonias mediterráneas o del Atlántico Sur.

Los españoles en América —en especial los del primer siglo de ocupación— fueron conquistadores, aventureros, hombres solos. La Conquista, como la guerra, es un asunto de hombres, no de mujeres ni de niños. La guerra no la hacen las familias completas. Fíjense que las palabras conquistador y aventurero tienen tanto una connotación violenta como una connotación sexual; el conquistador es también un seductor, y el aventurero es un irresponsable poco serio, un promiscuo. Los ingleses y los holandeses (y más tarde los suecos, los irlandeses o los italianos que tenían hambre, física hambre) no eran conquistado-

res sino colonos, en general no eran hombres solos que se iban a la aventura, sino familias completas que huían de la miseria o de la persecución religiosa. Los dos tipos de colonización produjeron un exterminio en las poblaciones nativas de América o de Australia, un genocidio doble que se dio en parte por la violencia directa y en proporción aún mayor por las enfermedades completamente desconocidas para el sistema inmune de los indígenas o los aborígenes. Como los africanos tenían un sistema inmune tan desarrollado como el europeo, en ese continente la política fue de Apartheid, de segregación física y social.

La gran diferencia, sin embargo, fue la sexual y la amorosa. Los nórdicos —al menos en los primeros siglos de la Colonia— se mezclaron muy poco, en Norteamérica, en Suráfrica o en Australia. Los españoles, en cambio, aconsejaron algo muy distinto, no el desdén corporal ni el Apartheid racial, sino el ayuntamiento. Hay documentos oficiales donde esto se predica: Ya en 1503 un gobernador de la Hispaniola, Ovando, recomendaba que «algunos cristianos se casen con algunas mujeres indias para que los unos e los otros se comuniquen e enseñen». El mismo aconseja al rey: «Sería acertado que Vuestra Alteza mandase enviar algunos labradores, gente llana, baja, simple, de los de Sayago y otras partes semejantes, que no desdeñasen poblar entre éstos ni habitar con ellos, conversar entre ellos y trabar matrimonio con las hijas de estos y aun enviar algunas mozas de esta suerte y condición y casarlas con algunos de estos caciques en especial y otra gente de más entonación entre ellos, para que, entre ellos, se plantasen y comunicasen más los ejercicios y labores de nuestra España y aprovecharía también para trabar el amistad y la caridad que entre nosotros y estos es menester».

El exterminio por la violencia o por las enfermedades contagiasdas fue igual en ambos tipos de colonización, la inglesa o la española (en la Hispaniola de Ovando se calcula que la población indígena pasó de 400 mil a 70 mil personas), pero mientras en Canadá o en Australia —todavía hoy— no hay un mestizaje extendido con los aborígenes, sino una invisibilidad sorda y un silencio culpable, en América Latina la situación siempre ha sido muy distinta. Hemos seguido la receta del Libro del Buen Amor: «tener juntamiento con hembra placentera».

A América llegaron muchos varones europeos (Colombo o Colón, genovés, Nikolaus Federmann, alemán de Ulm, Pizarro y Cortés, españoles), muchos conquistadores y colonos, pero muy pocas mujeres. Los que llegaron en busca de El Dorado, se mezclaron con mujeres indias, o con mestizas descendientes de éstas, manteniendo el ancestro femenino nativo —el ADN mitocondrial— intacto durante siglos. National Geographic tiene un proyecto en el que le secuencian a uno el genoma en una gota de sangre y le dicen sus orígenes: yo me lo hice y ahí está: el 15 % de mi sangre es de indígena americano, o mejor aún, americana: soy hijo de la Malinche, hijo de la chingada, como la mayoría de los latinoamericanos.

A los primeros mestizos de América se nos llamó ladinos, o lenguaraces, porque hablaban ya el castellano, y luego la palabra «ladino» pasó a querer decir inteligente, astuto, sagaz. Todavía en algunas partes de Centroamérica a los mestizos se les dice ladinos: nuestra lengua es hermosa porque conserva una memoria verbal de lo que somos más profundamente.

Ladino se llamaba también el judeoespañol que, muy probablemente, se hablaba en la familia de Baruch Spinoza, el descendiente de los sefardíes expulsados de España y Portugal. Los que hablamos en esta lengua ladina, en esta lengua vieja y sabia, los que tenemos la astucia y la alegría de ser ladinos, hemos conseguido algo literariamente extraordinario en el último siglo: devolverle a España, y a toda Europa, con jugosos intereses, el préstamo lingüístico y literario que nos hicieron. Claro que esto empezó mucho antes, con el inca Garcilaso (hijo de princesa inca y conquistador), y con la ladina Sor Juana Inés de la Cruz, y con otros poetas mestizos de los tiempos de la colonia. Pero la verdadera conmoción apenas vino a ocurrir en el siglo pasado, primero con los poetas modernistas, que en materia literaria son siempre las primeras golondrinas, en particular con el indio Rubén Darío, con el ladino Silva, con el criollo Lugones o el mestizo Ramón López Velarde. Fueron ellos quienes ayudaron a renovar la lengua y la manera de expresarnos y de sentir, tanto en España como en nuestros países.

De la explosión que vino después, en el siglo xx, no vale la pena hablar, porque todos la conocen: una explosión de inteligencia e ironía, con Borges, de insolencia, magia, desparpajo y belleza, con García Márquez, de ternura incontenible e imaginación desatada, con Cortázar, de técnica prodigiosa, lucidez y vitalidad sin edad, con Vargas Llosa, de juego verbal, con el chino Cabrera Infante, de ira y desbordamiento literario, con Roberto Bolaño, de honda sabiduría campesina, con Rulfo, de inteligencia deslumbrante y agudeza mental incontenible, con Juan Villoro. Sobre todo los primeros hicieron algo que fue muy saludable para España. En esta misma Cátedra, Eduardo Mendoza señalaba la dicha que había sido para los jóvenes lec-

tores españoles de los años 60, la llegada del boom latinoamericano. A una España franquista, encorsetada por la censura y el casticismo soso, llegaron unos desmelenados a devolverles la dicha por la vida y la frescura de una lengua sin ataduras, amarrada a la libertad, a las ansias de vivir con libertad y belleza, con justicia, y sin obediencia a la autoridad del caudillo.

En realidad, según los estudios lingüísticos y neurológicos en los que más creo, uno no piensa en ninguna lengua, como cree la mayoría. Uno piensa en abstracto, en «mentalese», y luego traduce esas ideas que tiene a la lengua de que dispone, a la que domina, o incluso mejor, a la que lo domina. A veces nuestra propia lengua no tiene la palabra precisa, y la pedimos prestada a otro idioma, como cuando nos robamos el Schadenfreude del alemán, o cuando en inglés no tienen verbos tan exactos como «estrenar» o «madrugar» y deben hacer circunloquios. Creo que las lenguas, esos instrumentos de nuestra mente, se afinan con el aporte de los siglos y de los millones de hablantes: oyendo a la gente por la calle, afinando el oído, y leyendo a los grandes autores de todos los confines del extenso español, uno va encontrando las herramientas, las formas de decir que nos permiten traducir con eficacia lo que vamos sintiendo y pensando. Es por eso que no vamos a renunciar a nuestra lengua ladina, a este español que hemos construido entre todos y que entre todos nos permite luchar por lo más amado: la libertad de escoger nuestra vida, la esquivo dicha (que a veces existe), la convivencia con todo lo distinto, la lucha contra el racismo, contra la opresión y la injusticia.

La noticia histórica que viene de América Latina es que entre nosotros el goce erótico no tiene barreras de color, pues he-

mos practicado el matrimonio interétnico desde hace siglos. Al contrario, creo que entre nosotros lo raro atrae, sabe más bueno, y parece tan dulce como el fruto del cercado ajeno. La prohibición del matrimonio y el sexo interracial es una tradición mucho más nórdica que latina, quizá porque los latinos ya traían una vieja costumbre de asimilación y conquista de pueblos muy distintos. No una cultura de la resta, sino de la suma: asimilar, no segregar.

A todos los políticamente correctos de este mundo se les llena la boca hablando contra el racismo. Pero no lo encaran sin medias tintas, con sinceridad y de frente. Hay que decir esto: en las profundidades de nuestra alma todos tenemos algo xenófobo, algo que se molesta con la nariz o la piel o el pelo o la talla muy distinta a la de nuestro acostumbramiento familiar, juvenil o infantil. El racismo es una reacción muy común, y casi diría yo, universal. Para los europeos recién llegados al Nuevo Mundo los seres vivos de América —animales y humanos— tenían signos físicos evidentes que demostraban su inferioridad: los camellos de América eran muy pequeños (eran llamas y vicuñas); y así como el león americano, o puma, no tenía melena, así mismo, tampoco los hombres americanos tenían barba, y eran lampiños, no tenían vellos en los brazos ni en las piernas, y eso mostraba su degeneración. Pero esas cosas ocurren de lado y lado. Sus teorías no eran muy distintas a las más recientes de Evo Morales, según las cuales casi todos los hombres en Europa son calvos y demasiados son gays porque comen muchos alimentos transgénicos y pollo con hormonas femeninas.

Creemos, sin registrarlo de un modo muy consciente, que lo distinto es hostil y peligroso, o degenerado. Pero sólo si reco-

nocemos esa reacción casi natural, casi automática en nosotros (en blancos, negros, indios y asiáticos), la podemos enfrentar con fuerza y con decisión. En el mundo primitivo y natural era útil sentir esa solidaridad por aquellos que externamente sólo se parecían a nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestra familia o a nuestra tribu. La lucha por la vida era muy dura y más valía proteger y preservar solamente a los más próximos. El mundo, por suerte, ya no es este, ya no es así. Si el racismo renace en Europa y pervive en América, es por pulsiones humanas muy hondas, que no debemos acunar y cultivar sino contrarrestar con las armas del pensamiento, del humanismo, de la solidaridad e incluso de la ciencia. La ciencia nos dice que eso que parece tan radical, la piel, los labios, la nariz, la estatura, lo crespo o liso del pelo, es un detalle genético mínimo y casi sin importancia.

La transfusión de sangre de un hijo del húngaro Viktor Orbán podría ser venenosa contra su padre, si heredó el factor RH de la madre y no el suyo. Y en cambio la sangre de un sirio, de un indio, de un iraquí, de un aborigen australiano o un pigmeo, podría salvarle la vida. A veces hay más cercanía genética con el lejano que con el más vecino. Lo que se ve, la piel, es apenas un pequeño fenómeno, un dato fenotípico: la unidad humana está más en el fondo, está en Eva. En esa primera mujer que en toda la humanidad es africana y en la mayoría de los latinoamericanos es indígena. Pero la madre de todos los indígenas, así como la madre de todos los asiáticos y todos los europeos, es una madre africana. Como dijo un sociólogo nuestro, los hispanoamericanos somos café con leche; algunos con más café y otros con más leche. A propósito, un anuncio comercial: ustedes deberían importar más café: arábico o colombiano, no

importa. Los refugiados sirios o afganos no son monstruos: son gente que huye del horror; ni todos son fanáticos religiosos: la mayoría huye del fanatismo religioso. Del pacífico Erasmo y del ético Spinoza, de la herencia humanista europea, yo me espero más apertura y más generosidad. No digo que se dejen invadir por las hordas musulmanas: digo que ustedes también invadieron cuando tuvieron exceso de pobres y de guerras. Que se dejen penetrar un poco, y que se mezclen, sin recluir en un *ghetto* a los recién llegados. Holanda lo sabía y lo podría hacer muy bien.

Vengo de un país mestizo y violento, de un continente mezclado que contiene en sí todos los orígenes y de ninguno de ellos se debe avergonzar. En Italia a los perros callejeros y con mezcla de muchas razas les dice bastardos. Yo, que alguna vez quise ser italiano, ahora me siento orgullosamente bastardo. Por mi apellido, Abad, cuando entro a Estados Unidos, me preguntan si tengo «Middle East Origins» y yo digo que sí, que tengo todos los orígenes. Me invitan a congresos de escritores árabes y a participar en antologías de escritores judíos, y siempre digo que sí, pues me siento tan judío como árabe; me siento hijo expósito y descendiente del pecado mortal del superior de un convento. Bastardo. Muchos grandes escritores hispanoamericanos fueron o son bastardos, en el sentido italiano del término, híbridos: el negro Nicolás Guillén, los mestizos Octavio Paz y Vargas Llosa, el chino Cabrera Infante, el mulato García Márquez e incluso el anglo-lusitano Jorge Luis Borges. Nadie mejor que un bastardo, o un mezclado, entiende la triste vanagloria de los puros. Ese apego a lo que ellos llaman las raíces, la identidad, la tradición, la pureza, me parece, tanto en los blancos de la Liga Nord italiana, como en los afrodescen-



dientes del orgullo negro, como en judíos y árabes, como en los indigenistas fundamentalistas o en los catalanistas furibundos, un intento de recostarse en el grupo, en la etnia, en la nación, cuando lo cierto es que uno sólo es lo que es como individuo y si mucho se puede sentir orgulloso o avergonzado de sus padres y hermanos. Como dijo Fernando de Rojas en la gran Celestina: «Las obras hacen linaje, que, al fin, todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí y no vaya a buscar en la nobleza de sus antepasados la virtud».



**2016**

# EUROPA, JÓVENES Y MEDIOS DE TRANSPORTE

*Alicia Giménez-Bartlett*



Tengo 65 años, nací en 1951, un año frío y gris según me dijeron más tarde. En España aún imperaba una larga posguerra que parecía no acabar nunca. Yo no me enteraba de eso, pero no tardé demasiado en tomar conciencia, una conciencia que me vino dada por mis padres. Mi padre era socialista, un perdedor de la guerra civil que había pasado por la cárcel. Él me enseñó muchas cosas, entre ellas: a ser crítica evitando el odio. Es cierto que las menciones al general Franco no eran alegres ni laudatorias en mi casa, pero ya en aquella época parecía prioritario vivir el presente con cierta confianza y abrirse hacia el futuro. La etapa más dura de la posguerra había pasado ya. Sin embargo, ese futuro prometido tardaría en llegar, quizá demasiado. La etapa de infancia tiene para mí recuerdos ambiguos que no voy a comentarles hoy. De todos modos, la plena consciencia de pertenecer a la sociedad empieza con mis años de estudiante de bachillerato. Para los jóvenes estudian-

tes de bachillerato el presente en los años cincuenta y sesenta era aburrido, bastante monótono. Sobrevivíamos, huérfanos de derechos, privados de información fidedigna y bajo el peso asfixiante de la Iglesia católica, que parecía poner trabas morales a cualquier deseo de apertura, de libertad.

Europa, por aquel entonces, era como si no existiera para nosotros los españoles. Bien es cierto que tampoco existía como un ente común de tipo político, pero los países europeos que eran nuestros vecinos naturales, estaban en realidad a años luz de distancia de nuestro día a día. Oíamos sobre ellos, estudiábamos francés o inglés en el colegio, mayoritariamente francés, y teníamos noticia de Italia o de Francia muchas veces a través del cine americano, que nos hacía conocer personalidades nacionales fuertemente trucadas. Para aquellas películas todos los italianos eran napolitanos vociferantes y todos los franceses glamurosos bohemios de Montmartre. Por muy grandes que fueran los tópicos, la sensación de no pertenecer a Europa era dolorosa para todos. Recuerdo que uno de los traumas de mi padre era justamente no poder viajar. A causa de sus antecedentes políticos penales no se le permitía tener pasaporte. Su principal crimen de guerra, aparte de ser militante socialista, era haber servido como corresponsal del periódico «El socialista» dentro del apartado de «Ferrocarriles».

Para los niños de entonces ser europeo era no solo ser más libre, sino también más alto, más guapo y más feliz. Las primeras entradas masivas de turistas en España corroboraban esa idea. Recuerdo que mis primeros contactos con europeos de carne y hueso fueron el encuentro con una familia justamente holandesa que tenía tres hijos de mi edad. Me enamoré del hijo me-

nor y un día hasta caminamos unos cien metros cogidos de la mano por la playa. Una auténtica aventura. Estuvimos todo un invierno escribiéndonos. Me compré un minúsculo diccionario de español/holandés y buscando palabra por palabra, ajena a cualquier armazón sintáctico o conjugación verbal, perpetraba mis cartas contándole las pocas novedades que constituían entonces mi vida. Las cartas empezaban así: «Geliefde Theo». Nuestra ruptura sentimental se produjo al verano siguiente, cuando Theo me hizo saber sin la menor malicia cómo se divertía su familia cuando él les leía mis cartas. Me pareció una auténtica traición que leyera mis cartas a sus padres mientras yo guardaba las suyas, escritas en francés, en el mayor secreto. Ahí se notaba la diferencia moral entre España y Europa. Para nosotros, niños españoles, una inocente correspondencia con un extranjero contenía ya elementos pecaminosos. Recuerdo que Theo me decía: «Un día vendrás a mi ciudad y yo te enseñaré lo bonita que es». Un sueño que, en el fondo, no me atrevía siquiera a plantearme.

De niños a adolescentes la evolución marcó el ritmo, lento pero imparable. En la década de los sesenta, las cosas habían mejorado un poco en nuestro país. Continuábamos en una dictadura, pero los jóvenes fuimos capaces de oler el perfume europeo aun con la barrera de la falta de libertades. Empezaron a pasar cosas interesantes que venían del continente. La radio, la televisión y los periódicos nos trajeron noticia de acontecimientos que ni siquiera podíamos comprender en profundidad. El Mayo francés del 68 fue una explosión maravillosa que los medios de comunicación franquista trataban de modo sesgado y mentiroso. Se hablaba de las batallas callejeras y de los movimientos estudiantiles como de un estado indeseable de anarquía y caos. Sin

embargo, y aun cuando no teníamos internet para enterarnos de la verdad, los jóvenes recelábamos por sistema de cualquier interpretación oficial de los hechos.

Poco después, comenzaron nuestros viajes al extranjero. Mi primer destino fue, justamente, Ámsterdam, ciudad a la que fui con unos amigos para una corta estancia. Coincidió allí el 1 de Mayo y el pequeño grupo que formábamos asistimos al desfile que se realizó por las calles, una celebración de tinte político y sindical. Un tramo de los manifestantes que iban pasando frente a nosotros, portaba pancartas con el nombre de los países donde aún no había democracia. Y allí estaba en letra muy clara «Spain». Nos emocionamos, con una mezcla de vergüenza y pena. ¿Por qué formando físicamente parte de Europa persistían aquellas barreras que nos aislaban, que nos condenaban a no disfrutar la fiesta de la libertad? Era frustrante, era injusto. En aquel viaje iniciático, tomamos contacto con otros jóvenes universitarios que intentaban movernos a la acción, asegurándonos que la juventud tenía la fuerza para que todo cambiara. Pero no era tan fácil.

Hubo otros movimientos europeos, también norteamericanos, ahora los llamaríamos globales, que al no ostentar tanto contenido específicamente político, sí se permeabilizaron en nuestro país. De Gran Bretaña llegó la música: Beatles, Rolling Stones, Kings... Y otras tantas bandas de música pop que constituyeron una época dorada. También pudimos disfrutar de un ramalazo del movimiento *hippy*, tan potente en aquellos años: flores en el pelo, signos de paz, no a la guerra de Vietnam. Hagamos el amor y no la guerra, vivamos en paz. ¡Qué explosión de alegría, qué sensación de cambios y promesas! Las cadenas

rotas parecían ser algo inminente, pero no lo fueron. No hubo ningún cambio político. Al menos, podíamos seguir las modas, que eran consideradas por el régimen como algo sospechoso aunque, por fortuna, no punible: largas melenas para chicas y chicos, minifaldas, pantalones de campana y vestidos floreados. De aquella época datan los primeros enamoramientos masivos entre jóvenes españoles y europeos. Durante los veranos sucedían los amores reales, de nuevo gracias al turismo. Los virtuales duraban el año completo: ¡todas las chicas españolas estábamos enamoradas de Paul McCartney (al que ahora encuentro tan decadente)! Y yo, digna hija de mi generación, no podía comprender que a mi hermana mayor siguiera gustándole un cantante relamido y anticuado como Elvis Presley.

Por aquellos años el turismo dejó de ser un goteo continuo en nuestro país para convertirse en una riada brutal. La popularización de los viajes y de las vacaciones en países cálidos, y los precios españoles, comparativamente baratos, hicieron que el territorio nacional se viera felizmente invadido por miles de ciudadanos de diversas nacionalidades: holandeses, ingleses, franceses y alemanes sobre todo. Un auténtico baño antropológico que aportó intercambios culturales entre jóvenes, libertad para las costumbres diarias y un montón de historias de amor. Tanto chicos como chicas hacíamos un paréntesis veraniego en nuestras vidas, sobrias y bastante aburridas, y nos enamorábamos de fogosos italianos, lánguidos franceses, rubísimos alemanes y algún que otro nórdico enigmático. Ellos llegaban en coche o en avión y se instalaban en *campings*, apartamentos, hoteles o villas dispuestos a dejarse amar por los habitantes locales. Quien piense que aquellas historias eran básicamente alocadas y sensuales, se equivoca. En España toda una gene-



ración deseosa de cambio había sido sin embargo, educada en un fuerte integrismo moral y religioso. De este modo, nuestros idilios europeos solían ser románticos, llenos de un platonismo ingenuo y encantador. La revolución sexual nos resultaba bastante ajena. Permanecíamos horas «la main dans la main», diciéndonos que nos amábamos en todas las lenguas, que de paso aprendíamos y practicábamos. Cuando llegaba septiembre, las despedidas eran de un dramatismo sobrecogedor y la melancolía de los primeros días de ausencia se hacía insostenible. Puede que, contemplado desde la actualidad, todo esto se nos antoje un poco naíf, pero aquellos contactos nos abrieron camino hacia un futuro europeo y, sobre todo, nos convencieron a nosotros mismos de que los jóvenes españoles no éramos diferentes de nuestros coetáneos del continente. Puede que hubiéramos crecido entre prohibiciones, pero eso no nos había hecho menos capaces de disfrutar del mundo, de adaptarnos a los cambios, de analizar críticamente la realidad.

En mis tiempos de universidad los jóvenes empezamos a hacer cada vez más salidas al exterior desde una España que se abría lenta pero progresivamente. Europa no era entonces una entidad política única ni tenía la misma moneda. Curiosamente, el aislamiento democrático en el que vivíamos, nos hacía concebir Europa a los españoles como un todo. Pensábamos en Holanda, Bélgica o Alemania como países distintos, pero que pertenecían a un suprapaís común, aquel lugar casi idílico en el que imperaba la libertad y donde existían elecciones para votar a sus gobernantes. Creo que mis paisanos nos adelantamos al concepto moderno de Europa, impelidos por causas poco deseables en realidad.

Hubo un medio de transporte comunitario que se reveló como una auténtica revolución juvenil: el tren. Gracias al invento de «Interrail», que fue pensado con la intención de que la gente joven viajara de modo más económico, los desplazamientos que pudimos hacer desde España se volvieron algo común. Los contactos con nuestros coetáneos europeos menudearon. Solían aprovecharse las vacaciones escolares para salir del país. A menudo, los albergues juveniles eran nuestra forma de alojamiento. Jóvenes de todos los países nos encontrábamos en los trenes y nuestra ocupación favorita era charlar. Debo decir que en aquella época se hablaba mucho, no existía la virtualidad ni teníamos tasadas las palabras vía Twitter. Las conversaciones además, algo muy de los tiempos, eran sesudas. Los temas solían detenerse en la política y la cultura. Éramos así de raros, ¡qué le vamos a hacer! Nuevamente nuestra nacionalidad nos condenaba a una constatación dolorosa: en nuestro país no existían ni la democracia ni la libertad, y eso nos colocaba en una posición de inferioridad que no había más remedio que aceptar, pero que en el fondo, hacía saltar en nosotros auténticas chispas de rebeldía. Por otro lado, aunque Europa no constituía por entonces un país de países como lo es ahora, el hecho de estar gobernados por una dictadura nos alejaba de la comunidad general sumiéndonos en un ostracismo que nos hacía diferentes. No deseábamos ser diferentes, pero éramos conscientes de que no es la geografía el determinante que une culturas, sino los valores que se asumen y resultan básicos para cualquier tipo de identificación moral. Estábamos plenamente identificados con Europa en nuestras convicciones, pero nuestro modo de gobierno nos estigmatizaba. No es extraño que en la actualidad, la Comunidad Europea se haya planteado la

necesidad de relanzar el Interrail y de hacerlo gratuito para los jóvenes. Relanzar la unión es importante.

Aparte de la posibilidad de intercambiar ideas, la modalidad del Interrail nos permitió descubrir las maravillosas ciudades europeas. Nunca olvidaré mi asombro al ver por primera vez la Plaza de la Señoría en Florencia, la sensación de estar frente a un tesoro al entrar en la Galería de los Uffici. La plaza Dam, llena de *hippies* en aquellos momentos, me pareció la quintaesencia de la libertad, de la apertura, de la modernidad. Pensé que algo parecido no podría darse de ninguna manera en una ciudad española. En París busqué los rincones con fama de bohemios y los recorrí rememorando todas las novelas que había leído. Piccadilly Circus se me antojó una especie de milagro: las fotografías que tantas veces había visto, se convertían de pronto en una vibrante realidad.

Tras la muerte de Franco sucedió en España el período conocido como La Transición. Hoy en día se revisa de modo muy crítico ese espacio de tiempo crucial. Es posible que se dieran pasos en falso, que se cometieran errores, que hayan quedado heridas del pasado sin restañar. En cualquier caso, se inició la democracia de pleno derecho. En 1982, en unas elecciones consideradas como históricas, el Partido Socialista ganó por mayoría absoluta. Por primera vez después de la Segunda República, la izquierda gobernaba el país. Este hecho acabó de convencer a los reticentes, a los que aún sentían miedo ante una posible vuelta atrás. No había caso, a partir de aquel momento y gracias a las urnas, el franquismo era ya una imagen fantasmagórica. Creo que lo primero que pensó la gente más joven era que, al fin, éramos europeos.

En 1993 y gracias al Tratado de la Unión Europea, se dio un paso de gigante hacia una realidad que, poco antes, nadie hubiera podido ni siquiera imaginar. Ya no eran los lazos humanísticos, económicos o políticos los que nos unían, sino que pasábamos a formar una identidad supranacional común. Creo que uno de los países en los que se celebró más esta novedad fue España. Habíamos deseado tanto formar parte de ese colectivo que nadie tuvo inconveniente alguno en aceptar el tratado con plena convicción. Ni siquiera cuando se instituyó la moneda única y el euro subió nuestros precios y nos complicó la vida, se oyeron protestas más allá de las anecdóticas. Nosotros éramos europeos de vocación.

En esas fechas tan interesantes los jóvenes no encontraron muchas dificultades para la plena integración. Los usos y costumbres europeos estaban tan interiorizados en ellos (vean cómo sutilmente he cambiado el nosotros los jóvenes por el ellos) que apenas costó nada sentirse integrante de la nueva ordenación. Los jóvenes se reconocían en el patrón general. Continuaron los intercambios y adquirieron una profundidad mucho mayor. El medio de transporte ya no era únicamente el tren, sino que el avión, el coche o cualquier otro sirvieron a un vínculo común muy importante: las becas Erasmus. Estas ayudas fueron el caldo de cultivo cultural que permitió a los universitarios de los países comunitarios continuar o finalizar sus estudios viviendo en los países de su elección. Esa era una aspiración insólita tiempo atrás que sigue hoy en día ahondando en unas relaciones ya no solo culturales, sino también sociales.

Las becas Erasmus han tenido una consecuencia imprevista para todos: el amor. Los enamoramientos entre jóvenes adqui-

rieron con estas becas una nueva dimensión. Si hasta entonces los amores habían tenido un carácter contingente, propiciados por visitas turísticas o viajes aventureros, con las Erasmus entraron en zonas más calmadas y duraderas. Al poder los jóvenes vivir durante un tiempo prolongado en otro país, las posibilidades amorosas se multiplicaron y adquirieron un sesgo más serio porque el conocimiento mutuo era mayor. Si en el pasado se pudo en, por ejemplo, un solo verano, ligar y disfrutar de apasionados idilios, ¿qué no podía suceder en al menos un año de relaciones cotidianas? La ocasión era susceptible de fructificar en emparejamientos duraderos, futuros matrimonios e incluso amores más allá de la muerte.

No crean que la solemnidad en la que está envuelta esta conferencia Spinoza vaya a impedirme hablar sobre sexo. Es posible que mi ejemplo anterior de amores más allá de la muerte sea un tanto excesivo, pero parece comprobado y ratificado por testigos y protagonistas que los becarios Erasmus hacen el amor muchísimo entre ellos. Nunca Erasmo de Rotterdam hubiera podido pensar que a su costa iban a desplegarse tantas y tan internacionales actividades sexuales. En España, lugar en el que amamos, ustedes lo saben, la broma y la ironía, hemos dado en rebautizar estas becas con el nombre de «Orgasmus» por motivos obvios que no es necesario explicar.

¡Bienvenidas sean las becas Orgasmus! Verdad es que, y lo digo con pesadumbre, han llegado un poco tarde para los que ya tenemos cierta edad, pero siempre produce gozo ver cómo la cultura se expande libremente, aunque ya no seamos beneficiarios de ciertos aspectos de la misma.

Llegados a un punto de nuestra evolución común, la fiesta se acaba o, cuanto menos se desluce. La crisis económica, de la que todavía no estamos libres, pero cuya virulencia parece que ha menguado, provoca una situación especial en Europa. Los países del Sur se ven más afectados que los del Norte. El paro juvenil se dispara, especialmente en España. Los jóvenes en muchas ocasiones no tienen más remedio que emigrar para buscar trabajo en otros países comunitarios. Hay una legislación que lo permite y los avances logrados por los jóvenes en materia de conocimiento de lenguas y titulaciones válidas en la Comunidad Europea, les permiten buscar su futuro sin sentirse del todo extranjeros en patria ajena. También en los momentos menos halagüeños se demuestra que la familiaridad adquirida por las nuevas generaciones en Europa tiene ventajas no solo desde el punto de vista meramente cultural, sino también laboral y práctico. Me pregunto si la sociedad, incluso si la política están a la misma altura. No siempre estos jóvenes que han mudado forzosamente de país encuentran la comprensión necesaria en las capas más amplias de población. A veces, ha dado la impresión de que se proponían desplazar a los nativos de sus puestos de trabajo. Justamente, para que no fueran contemplados con cierta prevención, otros inmigrantes de menos recursos, de diferente religión, incluso aspirantes a ser refugiados de guerra, han ocupado el lugar de las invectivas xenófobas alentadas por partidos políticos de extrema derecha. En la actualidad el fantasma xenófobo recorre Europa y todos contemplamos ese nacionalismo excluyente y ciego a los valores solidarios como un auténtico peligro contra el que debemos luchar.

Al margen de su juventud ilustrada y preparada hoy en día, España fue en el pasado tierra de emigrantes que buscaban un

medio de vida fuera de sus fronteras. Creo que comprendemos bien los problemas de desarraigo, las duras condiciones de vida y sobre todo, la infinita nostalgia del que se ve obligado a adaptarse y vivir fuera de su patria. Quizá por ello los movimientos xenófobos a los que aludía no han encontrado organización política que los defienda en nuestro país.

Pero volvamos a nuestro tema central. No solo en materia de trabajo han existido movimientos compartidos entre los jóvenes europeos, también la política y las reivindicaciones sociales han marchado del brazo en prácticamente todas nuestras naciones. El llamado movimiento de indignados en España es paradigmático de todos estos nuevos anhelos. El inconformismo de los jóvenes, su deseo de mayor justicia social, de salir de una civilización en la que el dinero parece lo único importante, es compartido por todos. Manifestaciones, protestas estudiantiles, agrupaciones ideológicas... hemos asistido a esa inquietud sin distinción de fronteras. Conceptos que hasta ahora habían ocupado lugares secundarios han sido llevados por los jóvenes a asuntos de primer rango en la preocupación social: el ecologismo, el cuidado del planeta, la lucha contra el cambio climático o la solidaridad con los más pobres o esos refugiados de guerras más o menos lejanas, han entrado en el ideario de los ciudadanos por vía juvenil, y hablando con claridad en cualquier lengua: holandés, francés o alemán. Poco importa la diferencia de vocabulario cuando el fondo de la cuestión se vive con convicciones apasionadas. Estamos en tiempos convulsos, de incertidumbre, de miedo. Hablo con personas sobre la actualidad y todos tenemos la misma sensación, quizá subjetiva, pero potente: algo está cambiando pero no sabemos qué es ni hacia dónde va. Lo que se daba por cierto, se tambalea, cam-

bian las estructuras familiares, los hábitos que parecían inamovibles, el modo de relacionarse con el mundo. Es posible que este despiste, que esta incomprensión venga dada por nuestra propia incapacidad de ver más allá de lo que consideramos sólido. Quizá, solo digo quizá y lanzo así una pregunta al auditorio para lo que yo no tengo respuesta, el poder y la organización de la sociedad está siendo regida por gente demasiado mayor. No afirmo que la edad incapacite al individuo para hallar soluciones a los nuevos retos, pero sí soy capaz al menos de sospechar que estamos siendo demasiado cicateros a la hora de delegar la responsabilidad en los jóvenes, de cederles su auténtico espacio generacional. Creo, sinceramente lo creo, que el futuro está en sus manos y deberían empezar a gestionarlo ellos mismos desde mañana, desde hoy, desde ya.

Parece obvio que en cualquier caso, de un tiempo a esta parte, Europa siempre ha estado unida por los lazos de sus jóvenes. Ya sea por tierra, mar o aire, cualquier medio ha sido bueno para propiciar sus contactos. La juventud ha sido básica en el proceso de modernización del continente. Las costumbres y su progresiva liberalización se han hecho globales para nosotros. Sabemos que en épocas pasadas, los intercambios entre europeos estaban reservados a las clases altas y a los viajeros bohemios. Hoy en día, por fortuna, todo resulta más fácil y democrático.

Debo decir, haciendo un breve paréntesis, que siempre he estado convencida de una cosa: la identidad de los pueblos existe, pero está basada en cimientos comunes. Son más las cosas que nos unen que las que nos separan. En mi humilde experiencia he podido comprobarlo. Como escritora he visitado muchos



países asistiendo a congresos o a simples encuentros con el público. En estos encuentros suele haber un espacio en el que se lee un párrafo de uno de mis libros. Se me ocurrió hacer un experimento. Escogí un fragmento bastante divertido y a lo largo del tiempo he ido pidiendo a los diferentes lectores de las diversas nacionalidades que se sentaban junto a mí en el acto, que lo leyeran en la lengua del auditorio. Los italianos se rieron mucho. Bueno, pensé, eso es más o menos normal, somos casi vecinos. Pero en Francia sucedió igual y eso ya me sorprendió un poco más. En Alemania mi sorpresa fue en aumento y cuando un auditorio finlandés rio exactamente en el mismo momento que los demás, me di cuenta de que la pasta de la que todos estamos hechos no es tan distinta.

En la actualidad, y retomando la idea central de mis palabras, el proyecto europeo pasa por horas bajas, por momentos de serias dudas y en algunos casos, de franco escepticismo cuando no de rechazo declarado. Se acusa a la Comunidad de haber enfriado el sustrato moral de los primeros años, diluyéndolo en heladas cifras y obligaciones económicas. También de haberse convertido en una especie de central burocrática desde la que se dictan normas pero no se adjudican derechos. Vemos como en ciertos países, quizá asustados por las dificultades puntuales, los ciudadanos pretenden volver a encerrarse en sus fronteras. Sería una auténtica lástima que esto ocurriera. Hemos conseguido tanto a estas alturas, hemos ido tan lejos utilizando el mismo camino que desviarse de él sería una torpeza difícil de perdonar.

La cultura es un patrimonio europeo inalienable. Desde el Mediterráneo hasta los países nórdicos, pasando por el corazón del

continente, en el que ahora nos encontramos, hemos construido una variedad infinita de recursos culturales. Un arte variado, riquísimo, una literatura llena de matices... filosofía, música... el término cultura se inventó sin duda entre nosotros. Si somos capaces de seguir poniendo ladrillos sobre esa estructura, y además los planos de la casa comunitaria nos pertenecen a todos, no habrá nada ni nadie capaz de desvirtuar nuestras ideas, nuestra personalidad.

La cultura no es únicamente la capacidad de crear cosas bellas, sino también la base que nos dota de los elementos necesarios para tener un criterio propio. La sociedad será difícilmente manipulable si está formada por individuos cultos. Los jóvenes son necesarios en ese proceso. La universidad en la que nos encontramos es un buen ejemplo de ello. Parece imprescindible darse cuenta de que la sabiduría y el sentido común están tan entrelazados que resulta casi imposible separarlos. En unos momentos políticos difíciles, en los que se diría que el mundo tiende a valorar la estupidez, en los que lo conservador va convirtiéndose poco a poco en destructor, la reivindicación de la base intelectual y humanística europea es una necesidad cada vez más imperiosa.

Mi fe en los jóvenes europeos sigue intacta. Ellos han sido la avanzadilla ideológica de los últimos tiempos. Ellos son los que han acabado convirtiendo la teoría en realidad vivida. Han llevado a las calles las ideas, han incorporado a la normalidad las nuevas tecnologías, han sido capaces de heredar el saber clásico e ir adaptándolo a la actualidad. Han generado unión, no división. Me coloco en un lugar humilde y no soy capaz de exigirles nada; tan solo les pido, les ruego, que cuando escriban

el futuro, que ahora está en sus manos, no olviden de dónde vienen, de dónde venimos todos.

Perseveremos todos en la idea de una Europa progresista y humanística, nos unen motivos intelectuales, políticos, económicos, biográficos. Somos muchos los ciudadanos que, desde nuestras diferencias idiomáticas, desde nuestras particularidades identitarias, esperamos seguir juntos representando una Europa que siga siendo ejemplo de civilización. Nuestras mentes están en ese punto, nuestros sentimientos, también.



**2018**

# LOS PERSONAJES SECUNDARIOS DEL *QUIJOTE*

*Soledad Puértolas*



Soy escritora de ficción, y lo propio de mi oficio no es hilvanar discursos donde queden expresadas con acierto y en el adecuado tono ideas y consideraciones relativas a la lengua, sino urdir historias con ella, echando mano de todo cuanto esté a mi alcance, e incluso fuera de mi alcance, dejando que la historia me lleve, me conduzca adonde quiera llevarme. Mis palabras están necesariamente impregnadas de dudas e inseguridades, porque no provienen de un conocimiento detallado ni contrastado, como ocurre en el caso de los especialistas de la lengua y la literatura, sino que nacen de la intuición solitaria del creador. Al aventurarme por el amplio territorio creado por Cervantes, no sin osadía, tengo la esperanza de que su luz difumine los contornos de mis carencias.

El *Quijote* es una lección y un estímulo constantes para los escritores. El pulso narrativo de Cervantes late siempre con

asombrosa naturalidad y da continuamente fe de la aventura de la lengua. Esa fe que le es tan necesaria a quien hace de la literatura el centro de su vida. La pluma de Cervantes se atreve con todo. Su ambición es inmensa, como inmenso es su orgullo.

En el *Quijote* se suceden los cuentos y no son pocas las veces que se opina sobre lo que se cuenta y cómo se cuenta. En el gusto de escuchar está incluido el gusto de opinar. Cervantes sabe dotar a sus personajes de la humildad y modestia requeridas para dar oportunos consejos sobre el arte de narrar, y los escritores se lo agradecemos de forma especial.

Tengo debilidad por los secundarios, por aquellos a quienes, en los diferentes órdenes de la vida y del arte, les toca ocupar posiciones marginales y a quienes de pronto descubre la mirada de un espectador, un lector, un amigo o un desconocido.

El secundario es poco visible, no se encuentra en el centro de la acción o del discurso, sino en la periferia, en los flecos, en los rincones. Tenemos que hacer un pequeño movimiento, un gesto, ladear un poco la cabeza, para verlo. Estas personas y estos personajes, en la vida y en el arte, han dado mucho que hacer a mi imaginación, que se ha entretenido rescatando historias laterales, apartando la mirada de los personajes y episodios centrales.

Ha sido así en la vida y ha sido así en mi relación con la literatura. De los cuentos que me leyeron en la infancia y los que luego leí y fui escogiendo por mi cuenta, me fijaba sobre todo en aquellos personajes que se quedaban un poco atrás, un sapo desorientado, un elefante patoso, una gallina de plumaje deslu-

cido. Más tarde, cuando entraron en mi vida relatos que trataban de gente parecida a mí, de niñas inquietas y soñadoras que no entendían el mundo de los adultos y que preferían refugiarse en sus fantasías, comprendí que en la vida había muchas pistas que parecían asuntos secundarios y que daban pie a historias verdaderamente principales. Era yo, al escogerlas, al ir descubriéndolas e inventándolas, quien las convertía en principales. Finalmente, eso es lo que hago cuando escribo ficciones, convertir en protagonistas a personajes que, antes de serlo, podían pertenecer al universo de lo secundario.

Lo cierto es que los novelistas, cuando empezamos a escribir un relato, avanzamos entre tinieblas, y es solo al final cuando caemos en la cuenta del camino recorrido y tenemos cierta perspectiva para ver a nuestros personajes, hablar de ellos e incluso hablar con ellos.

Los personajes secundarios del *Quijote* llamaron mi atención desde que, en la Universidad de California, seguí un curso sobre la obra de Cervantes, dirigido por Arturo Serrano-Plaja. Lejos de España, años después de haber dejado el colegio, cuando el recuerdo de las lecturas obligatorias y fragmentadas que allí se hacían casi se había desvanecido, y se había diluido el poso de angustia que mis esporádicos encuentros con don Quijote me había legado, porque aquel héroe tantas veces humillado y derrotado me encogía el ánimo, vi en la novela de Cervantes lo que nunca había podido ver. Vi la aventura del individuo y la aventura de la lengua, inseparablemente unidas, felizmente el uno al servicio de la otra, y viceversa.



Mi vocación de escritora reconoce en ese momento un revelador punto de apoyo. En esa vía que la imaginación, en estrecha alianza con la lengua, me mostró, yo podía transitar a mis anchas, allí era posible perderse sin miedo, y conmoverse, sufrir, reír, pensar, soñar. Decidí que ese era mi lugar.

Mi interés por los personajes secundarios sin duda arranca de mis primeras lecturas. Los protagonistas de aquellos relatos de la infancia encontraban siempre, a lo largo de sus complicadas y peligrosas empresas, extraños aliados, apoyos inesperados y mágicos. Partían de circunstancias muy difíciles y se topaban con obstáculos que parecían insalvables, pero la intervención de estos personajes cambiaba el curso de las cosas de forma radical y se alcanzaba el final feliz.

Años después, atrapada en la aventura del héroe de Cervantes, yo buscaba en el libro esos elementos inesperados y mágicos, esos aliados que facilitarían su empresa. Por eso he dado el título de «Aliados» a mi discurso. Con él pretendo rendir un pequeño tributo a los personajes en quienes don Quijote, en su lucha por imponer sus ideales, encontró aliento, estímulo, comprensión, amistad, compañía o una clase de complicidad, fugaz o permanente, inmediata o simbólica.

Los numerosos senderos que llevan a don Quijote de su casa y su aldea a sus aventuras, sus salidas, sus regresos, los ratos de descanso a un lado del camino y sus estancias en ventas y castillos propician toda clase de encuentros. Conocemos a personajes que no dudan en calificar de loco a don Quijote y que se enfrentan violentamente con él, a personajes que, aunque convencidos de la locura del caballero, le siguen la corriente

porque se proponen devolverle a casa mediante engaños y ardidés, a personajes que se burlan de él o pretenden pasar un rato divertido a su costa. Pero hay también quienes le siguen la corriente de buena fe y quienes no saben qué pensar de la salud mental del caballero y le tienen por un extraño loco entreverado, en ocasiones perfectamente cuerdo y capaz de hablar con extraordinario juicio sobre asuntos de importancia, y en otras, las que se refieren a la caballería andante, rematadamente loco.

Los enemigos del caballero no aceptan su juego, sin imaginar que para don Quijote se trata de un juego muy serio. El caballero quiere imponer sus reglas y reacciona ante los obstáculos y las hostilidades con inesperada contundencia. No se queda corto ni en el ataque ni en el insulto. Él es el primer intolerante. Con semejante actitud, ¿podrá conseguir algún apoyo?, nos preguntamos, ¿habrá personas que le muestren un mínimo de simpatía, de complicidad, que le permitan vislumbrar una pequeña posibilidad de entendimiento?

Pero Cervantes se las arregla para proporcionar a don Quijote esos puntos de apoyo sin los cuales su lucha sería mucho más difícil, solitaria e indescifrable. Porque los aliados que de diversas formas sostienen al héroe en su desmedida empresa nos dan pistas para comprender a don Quijote. Nos acercan al enigma del personaje.

No son pocos los personajes femeninos que desfilan por las páginas del *Quijote*. Nuestro héroe intenta zanjar el delicado asunto de su relación con las mujeres ateniéndose al principio caballeresco: el corazón del caballero pertenece a su dama. Pero Cervantes no quiere dejar las cosas así y brinda a don Quijote

más de una ocasión de demostrar que no es ni mucho menos insensible a los encantos femeninos. Marcela, la hija del ventero, Dorotea, la duquesa, Altisidora..., son mujeres que producen en el caballero honda impresión. Cuando le piden ayuda, don Quijote no es capaz de negarles nada. Otras veces, desea ponerse a su servicio. O lanza miradas de complicidad, ofrece su mano a una de ellas, sujeta con fuerza a otra, da pie a bromas y engaños y se engaña él mismo para prolongar el juego. A don Quijote le gusta el juego del amor.

Marcela irrumpe en el universo caballeresco de la primera parte y deja una huella imborrable. Lo que sorprende a quienes la escuchan, don Quijote incluido, y a los lectores de todos los tiempos, es su firme declaración de libertad. Marcela, a quien precede la fama de cruel e ingrata, inicia su discurso con un razonamiento impecable: «Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis decís y aún queréis que esté obligada a amaros [...] mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama» (I, xiii, 167).

Hacia la mitad del discurso, hace la declaración fundamental: «Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos» (I, xiiii, 168).

Marcela está íntimamente emparentada con don Quijote. No tiene nada que ver con sus semejantes. Su naturaleza no encaja en la organización social. Si quiere preservar su libertad, no tiene otra opción que la soledad. La idea de la que parte, la libertad como cualidad innata del ser humano, tiene mucho que

ver con la decisión de don Quijote de vivir según las reglas de la andante caballería. Lo tajante de su declaración —«nací libre»— y la extraordinaria coherencia que existe entre sus ideas y su forma de vida convierten a Marcela en una aliada implícita del caballero.

La defensa que hace de sí misma no admite réplica: «Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito» (I, xiiii, 169).

No ocupa mucho espacio en la novela, pero, cuando aparece, Marcela se convierte en el centro de toda atención. Cervantes le da la palabra y deja que regrese luego a su soledad. Esta es su voluntad y el narrador, al hacerla desaparecer ante los mismos ojos de don Quijote, la respeta, la respalda.

Y es que Marcela va algo más lejos que el caballero. Su apuesta es completamente solitaria. A Cervantes le atraen las personas que no acaban de encajar en los moldes sociales. Para mayor singularidad, Marcela, no solo no desea poner fin a su marginación, sino que la reivindica. La condición femenina del personaje añade un matiz especial a su reivindicación. Si accediera a las demandas de sus enamorados, incluso si aceptara el servicio incondicional que don Quijote le brinda, Marcela abdicaría de sí misma. Su esencia está en su soledad, en la autosuficiencia. Cervantes, con extraordinaria sutileza, sitúa a Marcela en un nivel que está por encima de los ideales caballerescos. Ella alcanza la plenitud a solas, no en función del otro. No, sobre todo, en función del amor.

En acusado contraste con los ideales que inspiran a Marcela, la hija del ventero nos ofrece una buena dosis de realidad.

La línea que separa los sueños del caballero de la vida picaresca que impera en caminos y ventas no es demasiado clara. La hija del ventero se encuentra en medio de esa frontera invisible. Su presencia en la novela viene a dar fe de la ambivalencia: no todo el mundo encaja a la perfección en la categoría de pícaro, malhechor o cobarde. La realidad es sumamente compleja, un personaje puede ser inocente en determinado momento y malintencionado en otro. Como sucede en la vida, hay personas que no se sienten empujadas a una definición constante ni a portarse con entera coherencia.

La hija del ventero no surge ante nuestros ojos con el halo que rodeaba a Marcela. El narrador la sitúa un poco al margen de la acción, y casi siempre, callada. Prefiere observar que actuar. Cervantes nos invita a fijarnos en ella cuando algo vagamente, como al desgaire, informa de que es de «muy buen parecer» (I, xvi, 182) y, a lo largo de los episodios de la venta, está sumamente atento a las miradas y sonrisas que la joven intercambia con don Quijote quien, por su parte, habiendo transformado la venta en castillo, no se dirige a ella como hija de los venteros, sino que le da tratamiento de señora.

Los ratos de silencio y complicidad que tienen lugar entre don Quijote y la hija del ventero quedan registrados en párrafos enigmáticos. A la puerta de la venta-castillo y tras agitadas aventuras nocturnas, se encuentran los venteros, los huéspedes, los criados y Sancho, mirando todos al caballero. Nos dice el narrador: «Mirábale también la hija del ventero, y él también no

quitaba los ojos della, y de vez en cuando arrojaba un suspiro que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas» (I, xvi, 198).

El tiempo se ha detenido para que podamos captar el brillo de la mirada de la hija del ventero, escuchar los suspiros del caballero y tomar buena nota de lo que nos dice el narrador, ese «todos pensaban» tan elocuente, al que solo le falta añadir: Y se equivocaban, porque los suspiros del caballero no eran de dolor, sino de amor.

En el transcurso de una noche aún más agitada que la anterior, nos encontramos con otra frase enigmática: «La hija callaba y de vez en cuando se sonreía» (I, xxxv, 458). E intuimos cierto entendimiento íntimo entre los dos, como si la joven supiera algo que los demás ignoran.

Al final, la hija del ventero se decanta por el llamado mundo real y participa en la desagradable broma que Maritornes gasta a don Quijote. En este punto, la posible alianza se desvanece. El caballero acusa el golpe. Cuando la hija del ventero acude a él en busca de socorro para su padre, que ha sido atacado por unos huéspedes morosos, don Quijote alega que ha dado su palabra a la princesa Micomicona de no emprender nuevas aventuras hasta no concluir la suya.

Pero en el momento de la despedida nuestro héroe vuelve al tratamiento inicial. En perfecto lenguaje caballeresco, se dirige a las tres mujeres de la venta: «No lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas a los que profesan lo que

yo profeso [...] Perdonadme, hermosas damas, si algún desaguisado por descuido mío os he fecho [...]: «No se me caerá de la memoria las mercedes que en este castillo me habéis fecho» (I, xlvii, 592-593).

Estos son los recursos del héroe. Ha conseguido darle la vuelta a la cadena de burlas y encantamientos que se ha ido extendiendo durante su azarosa estancia en la venta y hacer encajar las piezas en los estrechos límites de su código de honor.

No parece casual que Cervantes no dé nombre a la joven y que algunas veces la mencione como hija del ventero y otras, más escasas, como hija de la ventera. La ha situado en un espacio intermedio. No es lo suficientemente soñadora ni lo bastante pícaro, se escapa a la definición, y el autor no conoce, no recuerda o no quiere recordar su nombre.

El lector es testigo de los hechos y no tiene otro remedio que aceptar la ambigüedad. Nos encontramos en un territorio donde los ideales caballerescos se han mezclado con el mundo de los pícaros. Es el territorio de la novela.

En Dorotea, otro de los personajes femeninos de la primera parte, se da la conciliación. Es amable y desenvuelta, lectora de libros de caballerías y una excelente narradora oral. Destaca por sus extraordinarias belleza e inteligencia, lucha por reparar su honra y conseguir la correspondencia de su amado, sabe jugar cuando es preciso, y está siempre dispuesta a echar una mano a quien necesita ayuda. Esta joven tan bien dotada tuvo la debilidad de enamorarse de un hombre de linaje social superior

al suyo y, lo que es más grave aún, sucumbió. Pero consigue el final feliz por sus propios medios, sin la ayuda de nadie.

Saber expresarse es un asunto fundamental en la escala de valores cervantina. El que Dorotea sea dueña de este preciado don parece una señal inequívoca de la simpatía que el autor siente por ella. Todo lo que dice lo dice muy bien. Su relato, como ocurre con aquello que logra la expresión más ajustada y convincente, suena a verdad. El «Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas» (I, xxxvi, 470) con que don Fernando reconoce su derrota recoge el aplauso general.

El que Dorotea sea mujer es determinante en su drama, como sucedía con Marcela. Pero su caso resulta más conmovedor, porque siempre conmueve más quien sucumbe que quien rechaza. Pocos personajes del *Quijote* reúnen tantas cualidades como ella. Y como dama agraviada, Dorotea está muy lejos de representar el papel de mujer desvalida.

De manera que los tres personajes femeninos de más peso de la primera parte viven sus historias al margen de las del caballero. Pero Cervantes las sitúa a su lado y don Quijote fija los ojos en cada una de ellas. Se pone o intenta ponerse a su servicio, se comporta como admirador y aun como enamorado, pero son ellas quienes, cada una a su modo, proporcionan al caballero complicidad y apoyo, aunque, como en el caso de la hija del ventero, solo se trate de un apoyo temporal.

Ya en la segunda parte, cuando la todopoderosa Duquesa, con la colaboración entusiasta de la frívola Altisidora, mueve los



hilos de los engaños, que ocupan varios capítulos, solo doña Rodríguez, la dueña crédula, representa una tregua y aporta una dosis de fe, al pedirle al caballero que resuelva el agravio que ha sufrido su hija.

El caballero cuenta con otra clase muy valiosa de ayuda, la que brinda la amistad. La senda de la amistad suele ser más ancha que la del amor y sus manifestaciones resultan menos dramáticas. Próxima a la amistad, la simpatía también provee al héroe de ayudas esporádicas.

Es en la segunda parte cuando don Quijote hace amigos de verdad. Naturalmente, siempre tiene a Sancho a su lado, pero Sancho se sitúa, casi desde el principio, en el núcleo mismo de la acción y las relaciones entre caballero y escudero acusan los conflictos esenciales del héroe. Sancho no es un secundario.

El Caballero del Verde Gabán, modelo de hidalgo castellano, resulta un excelente interlocutor para don Quijote. Don Diego admira el buen juicio que tiene nuestro héroe cuando trata de asuntos de importancia y nada sencillos, como es el caso de la educación de los hijos.

El poeta don Lorenzo, hijo de don Diego, aún resulta mejor interlocutor que el padre. Don Lorenzo, al ser poeta, pertenece a la estirpe de los marginados, si bien, don Quijote ilustra con detalle, ya que el asunto le interesa, hay poetas que triunfan y medran socialmente, y, con manifiesta ironía, aconseja a don Lorenzo que, si desea el éxito, siga el fácil camino de la retórica.

Roque Guinart, el bandolero de buen corazón, que está indiscutiblemente al margen del orden social, hace muy buenas migas con el caballero, que pasa unos días en su campamento y mantiene con él largas conversaciones. En la despedida, don Quijote intenta convencerle de que abandone su vida de bandolero y abrace la causa de la caballería andante.

No parece casual que en esta segunda parte, cuando tantos personajes toman la batuta para erigirse en directores del juego y transformarlo en burla, don Quijote deje caer su necesidad de más compañía. El poeta don Lorenzo y el bandolero Roque Guinart inspiran al caballero el deseo de tener a su lado a un amigo con quien hablar de igual a igual.

En otros episodios de la segunda parte que suceden fuera del castillo de los duques, don Quijote tiene sus momentos de gloria, de paz o de amistad. En las bodas de Camacho, la ayuda de don Quijote a Basilio resulta decisiva. El coraje y determinación del caballero son claves para resolver el conflicto a favor del verdadero amor. En la dulce aventura de las imágenes de los Santos Caballeros, don Quijote encuentra un remanso de paz, y los pastores y zagalas de la Arcadia fingida le acogen en su paraíso con sumo gusto. Al fin y al cabo, su juego, aunque mucho más acotado, tiene algo que ver con el del caballero. Todos huyen de la realidad, todos quieren ser otros.

De manera que don Quijote, a pesar de las adversidades, hace amigos y da y consigue apoyos. No todo son obstáculos. Como en aquellos cuentos que me leyeron y leí durante mi infancia, el héroe encuentra aliados y prosigue su camino. Tropieza y se levanta, reconstruye su sueño una y otra vez, no desespera. A

pesar de su famosa declaración tras la desdichada aventura del barco encantado, «Yo no puedo más» (II, xxix, 954), don Quijote siempre puede dar unos pasos más.

Al final, cuando la sombra del *Quijote* apócrifo le resulta cada vez más molesta a Cervantes, el caballero entabla conversaciones destinadas a convencer a sus interlocutores de que los personajes a cuyas aventuras estamos asistiendo son los verdaderos don Quijote y Sancho y no esos que andan por las páginas de otro libro cuyo autor ni siquiera merece ser mencionado. Nuestro héroe llega incluso a convencer de su verdad a don Álvaro Tarfe, un personaje del *Quijote* apócrifo con quien, en un alarde típicamente cervantino, el caballero intercambia un juicioso diálogo.

Ya después de la muerte de don Quijote, aparece de forma momentánea un secundario que debe destacarse: el escribano que, a petición del cura, da testimonio de la muerte del héroe. Es Cervantes quien pone en boca del cura la petición. Que quede claro para todos que la historia ha terminado. Don Quijote muere y nadie va a resucitarlo. No va a haber más salidas, ni verdaderas ni falsas.

Y es que la fábula, el cuento, ha terminado. Así es como terminan los cuentos, con un final concluyente. No todos los cuentos alcanzan un final feliz, aunque esos eran mis preferidos y a mí, en mis primeros encuentros con la obra de Cervantes, me habría gustado poder transformar en victorias las derrotas del desdichado héroe, acudir en su ayuda cuando era derribado de su precaria cabalgadura o caía sobre él una lluvia de golpes, e

incluso sacarle de su error cuando llamaba gigantes a molinos, segura del desastre que se avecinaba.

Pero no se trataba de eso. Cervantes deja que el héroe acepte su derrota, se retire y muera. Acepta ese final, e inmediatamente después, reivindica su obra, la inmortalidad del personaje.

Es el propio don Quijote quien deja caer el telón al declarar: «Yo fui loco y ahora soy cuerdo» (II, lxxiii, 1333). Se acabó la función. Ya no pide complicidad ni exige que sus fantasías sean aceptadas como verdades indiscutibles. Está en otro lugar. Desde allí se despide de su vida anterior, y se despide de la vida entera.

El narrador toma la palabra para poner el punto final a la historia: «Entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió» (II, lxxiii, 1335). Y Cide Hamete dice a su pluma: «Aquí quedarás colgada [...] Para mí sola nació don Quijote, y yo para él, él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote [...]» (II, lxxiii, 1337).

El contador de cuentos, al término del relato, suele dirigirse al lector para ofrecerle una conclusión, y eso es lo que hace Cervantes. Al final, pide, exige, reconocimiento y respeto.

Era algo que ha estado presente en cada una de las páginas del libro y que, en el curso de la segunda parte, se ha hecho más patente. «En esta segunda parte —nos dice el autor— no quiso injerir novelas sueltas y pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente y con solas las palabras que basten para declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide que no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir» (II, xliiii, 1070).

Y en esto sí es el *Quijote* radicalmente distinto de los cuentos tradicionales, donde la voz del narrador tenía un tono impersonal. Era una voz colectiva.

El *Quijote* nos muestra el mundo del yo, de la voluntad personal, de los sueños personales. No es un cuento. Es el cuento, la novela de Cervantes. Nos ponemos a hablar de don Quijote, de Sancho, de Dulcinea, de Marcela, de Dorotea, del Caballero del Verde Gabán, del bandolero Roque Guinart, y acabamos hablando de Cervantes y de su empeño por conseguir la inmortalidad.

Un tratado sobre la literatura que es, al mismo tiempo, un tratado sobre la vida. Esta es la obra de Cervantes. La literatura como metáfora de la vida. La locura como metáfora de la literatura.

Una vez más, tengo la impresión de que todo lo que no ha sido dicho es lo importante de verdad. Por eso probablemente Cer-

vantes nos ofrece un tratado de literatura como novela, porque, al fin, los asuntos profundos de la vida no pueden nombrarse y todos nos entendemos mejor si hablamos de otra cosa. Sí, de literatura. Algo destinado a entretener o a poner en «el aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías» (II, lxxiii, 1337), pero, por encima de todo, algo que se vive con la pasión de una oportunidad única y que se convierte en un asunto de vida o muerte.

Los humanos hablamos y hablamos y escribimos y escribimos, como si nos creyéramos capaces de dominar las lágrimas, los desgarros y las decepciones, y de distanciarnos de los salvajes accesos de alegría y regocijo. En el fondo de tanta palabra, de tanta narración, de tanto contar y tanto escuchar, late siempre la esperanza de que en algún momento sobrevenga el milagro del mutuo entendimiento y se vislumbre la luz de una verdad.

**2019**

# MEMORIAS DE ULTRATUMBA ESCRIBIR EN MÉXICO EN LA EDAD DE PLOMO

*Jorge Volpi*



## **1. 43 rostros sin cuerpos y un cuerpo sin rostro**

La tarde del 26 de septiembre de 2014, un grupo de estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, en el Estado de Guerrero —una de las regiones más pobres en uno de los estados más pobres de México—, emprendió el camino hacia Iguala, donde dos siglos atrás se inició la última etapa de la guerra de independencia, para poner en marcha una acción tradicionalmente ligada con su historial de resistencia: el secuestro de unos cuantos autobuses que los condujesen a la Ciudad de México para participar en la marcha conmemorativa —odiosa paradoja— de la matanza de estudiantes perpetrada por el gobierno el 2 de octubre de 1968.



Horas más tarde, los vehículos ocupados por aquellos jóvenes fueron interceptados por varios comandos armados, los cuales no dudaron en amargarlos, perseguirlos y dispararles a mansalva. La refriega se prolongó por varias horas, con la complicidad o la participación directa de las distintas fuerzas de seguridad presentes en la zona —policías municipales, estatales y federales, así como el ejército—, coordinadas desde un centro de mando único. Al día siguiente, Iguala amaneció con seis cadáveres producto del feroz asalto: tres normalistas —uno de ellos con el rostro desollado—, un futbolista —el autobús de un equipo local fue acribillado al ser confundido con el de los estudiantes—, una pasajera y un chófer. Y, a partir de ese momento, 43 normalistas más serían reportados como desaparecidos.

A cinco años, seguimos sin saber qué pasó con ellos ni los motivos que propiciaron aquella noche de horror. El estado mexicano, ese estado que debió de haberlos protegido, no solo se ha mostrado incapaz de resolver el caso —o de enjuiciar a los culpables—, sino que, durante toda la administración del presidente Enrique Peña Nieto, se obstinó en hacer lo contrario: manipular pruebas y testigos, inventar culpables, torturar sospechosos y enmarañar los resultados para que la verdad no consiga salir a la luz.

Los rostros de esos 43 estudiantes se han convertido, desde entonces, en el símbolo más nítido y perturbador de la violencia que ha azotado a mi país desde el lanzamiento de la guerra contra el narcotráfico a fines del 2006. Recreados por numerosos artistas visuales, y reproducidos una y otra vez por la prensa, sus rasgos son el obsesivo recordatorio de la barbarie. 43 ros-

tros que carecen, sin embargo, de cuerpos, al igual que los 60 o 70 mil desaparecidos que se acumulan al día de hoy en este desencajado confín del planeta. Desde la Grecia clásica, uno de los actos que fincan nuestra humanidad consiste en la posibilidad de enterrar a nuestros muertos, un derecho que se les ha arrebatado a las familias de todos estos hombres y mujeres. A los cuales se suman 250 mil cadáveres, buena parte de ellos encontrados en cientos de fosas clandestinas repartidas a lo largo de nuestro territorio, sin que sepamos qué nombres, qué destinos, qué anhelos o desventuras los acompañaron en vida.

Los mexicanos vivimos en un cementerio plagado de cuerpos sin historias y de historias sin cuerpo.

Frente a ellos, los muertos y los desaparecidos, Julio César Mondragón, el estudiante a quien no solo le fue arrancada la vida, sino el rostro, es quizás el más terrible emblema de nuestra Edad de Plomo. Porque nadie como él encarna el México de hoy: un país que ha perdido la cara, un país desollado y devastado, un país que ya no es capaz de reconocerse a sí mismo.

## **2. Saldos de guerra**

El 11 de diciembre de 2006, a unos días de haber asumido su cargo, el presidente Felipe Calderón ordenó que el ejército abandonase sus cuarteles y, al lado de la Policía Federal, se involucrase en el combate al narcotráfico. Al primero de estos Operativos Conjuntos, puesto en marcha en su estado natal de Michoacán, le siguieron otros en Baja California, Guerrero, Chihuahua, Sinaloa y Durango. El 22 de enero de 2006, el presidente se refirió por primera vez a esta estrategia y empleó

dos palabras que habrían de alterar dramáticamente la naturaleza de mi país a partir de entonces: *cruzada y guerra*.

Su determinación tomó a la opinión pública por sorpresa: si bien los índices delictivos en Michoacán eran los más altos del país, el número de homicidios a nivel nacional era el más bajo en una década y en ningún momento durante su campaña Calderón planteó una medida semejante. En esos mismos días, México aún se hallaba sumido en una serie de protestas encabezadas por Andrés Manuel López Obrador, el antiguo alcalde de la Ciudad de México que, convencido de un enorme fraude, había desconocido el resultado de las elecciones y se había proclamado *presidente legítimo*.

La medida anunciada por Calderón parecía diseñada para legitimar al presidente frente a los ataques de su rival más que para enfrentar con eficacia al crimen organizado. En el narco, el presidente halló una amenaza más inquietante que los desafíos de López Obrador: un enemigo que encarnaba el mal absoluto y le permitiría reunificar al país en torno suyo. De allí el uso reiterado de aquellas ominosas palabras, *cruzada y guerra*, surgidas tanto de su catolicismo militante como de la retórica de George W. Bush tras los atentados a las Torres Gemelas. Y así, sin que nada hubiese preparado a la sociedad para lo que habría de venir, la lógica de la «guerra contra el terror» quedó implantada entre nosotros con la «guerra contra el narco».

Las metáforas bélicas, empleadas una y otra vez por el gobierno, dibujaban el conflicto como una lucha entre buenos y malos: de un lado los perversos narcotraficantes y del otro las heroicas fuerzas del orden dispuestas a aniquilarlos. Este

maniqueísmo no tardó en confrontarse con una realidad más ambigua y compleja: comunidades donde los narcos se hallaban imbricados en todos los sectores de la vida productiva; fuerzas policíacas y órganos de justicia infiltrados por los delincuentes; y decenas —y al cabo cientos de miles— de víctimas que, por el solo hecho de serlo, se veían identificadas con los villanos.

La derrota del partido de Calderón en las elecciones de 2012 puede explicarse como castigo a una de las acciones más irresponsables cometidas por cualquiera de nuestros presidentes. Pero, si bien Enrique Peña Nieto, el triunfador que provenía de las filas del antiguo partido oficial, eliminó la retórica bélica de su predecesor, su estrategia continuó siendo idéntica: una visión punitiva —y reactiva—, que preservó los peores vicios del sistema, como quedó demostrado con el caso de los 43 de Ayotzinapa. Su frivolidad y su corrupción —convertida en auténtica política de estado— solo contribuyeron a que la violencia continuase su imparable ascenso.

En 2018, la arrolladora victoria de Andrés Manuel López Obrador en su tercer intento por llegar a la presidencia también puede ser vista como una decisión racional frente a la desfachatez de Peña Nieto. Sostenido por una enorme popularidad, una real cercanía con la gente, la fama de incorruptible y su decisión de centrarse en los desfavorecidos —en uno de los países más desiguales del orbe—, López Obrador animó un sinfín de esperanzas. Por desgracia, una vez en el gobierno ha traicionado buena parte de sus promesas de campaña, entre ellas las de regresar al ejército a sus cuarteles, buscar los cauces de una justicia transicional y garantizar el fin de la impunidad.

En vez de ello, el nuevo gobierno ha preservado el énfasis punitivo, que antes tanto criticó, con la creación de la Guardia Nacional, un nuevo cuerpo de seguridad, en teoría de carácter civil pero integrado y dirigido por militares, olvidándose del enfoque integral contra el crimen que anunció mientras se hallaba en la oposición. El resultado ha sido un nuevo aumento en los niveles de violencia: de 2006 a 2019, hemos acumulado 250 mil muertos, entre 60 y 70 mil desaparecidos y un número incalculable de desplazados.

Debo repetirlo: *250 mil muertos, 60 o 70 mil desaparecidos y un número incalculable de desplazados*. Cifras solo comparables a las de un país en guerra civil quizás porque, sin reconocerlo, eso es: un combate fratricida que se resiste a pronunciar su nombre. Cifras que, en conjunto, nos hablan de más de dos millones de familias afectadas directamente por la violencia. Más de dos millones de historias que nadie —o casi nadie— ha querido contar. Más de dos millones de historias que, por el contrario, nuestros sucesivos gobiernos se han obstinado en minimizar, ocultar o velar. Más de dos millones de historias que se mantienen ahí, agazapadas, hasta que alguien se atreva a narrarlas.

### **3. Caminantes**

Los humanos no somos como los árboles, escribió Juan Goytisolo: a diferencia de ellos, nos movemos. Esta voluntad de desplazarnos hasta poblar sus más intrincados rincones nos vuelve justamente humanos. Hasta quienes se piensan más sedentarios son herederos de generaciones de hombres, mujeres y niños que, huyendo del hambre, la pobreza o la violencia, se atrevie-

ron a recorrer planicies, selvas y desiertos, a atravesar cordilleras y cañones, a navegar por ríos y océanos en busca de una vida mejor. Quienes tuvieron el coraje de dejar atrás sus terruños o sus patrias, de abandonar lo conocido por lo desconocido, de aventurarse en paisajes agrestes u hostiles, son los mejores de entre nosotros. Los grandes sobrevivientes de nuestra especie.

En una perversa inversión, hoy proliferan quienes se empeñan en hacernos creer lo contrario: que los migrantes son villanos en potencia, enemigos infiltrados y aviesos, dispuestos a pervertir nuestra raza, a minar nuestra seguridad o a desafiar nuestras costumbres, a quienes se juzga, en el mejor de los casos, como *aliens*, extranjeros de torvas intenciones, y, en el peor, como criminales o asesinos. No necesitábamos de la genética para saber que todos los humanos tenemos el mismo valor, pero hoy sabemos con certeza que provenimos del mismo origen. La humanidad no es solo una de las más hermosas ficciones que hemos inventado, sino una realidad asentada en nuestras células y en nuestros cuerpos.

Una de nuestras más perniciosas ficciones ha sido, en cambio, la voluntad de fijar fronteras entre nosotros: líneas trazadas por los poderosos en turno destinadas a dividirnos entre *nosotros y ellos*. Ellos: los bárbaros frente a los cuales, como en el poema de Cavafis, siempre debemos mantenernos en guardia. Los bárbaros que han sido el pretexto para construir murallas, vallas o alambradas. Los bárbaros que han sido usados para exacerbar el nacionalismo —otra ficción asesina—, para señalar a los responsables de nuestros tiempos de zozobra, para desatar el miedo hacia los otros, para exaltar nuestros peores instintos y justificar nuestro miedo.

Esta obscena inversión ética recuerda la practicada por los nazis: perseguir a judíos, gitanos y homosexuales dejaba de ser deleznable y se transformaba en una obligación moral. Esa es la receta que hoy ponen en marcha Donald Trump y sus secuaces en todas partes: frenar a los migrantes se convierte en un imperativo y, para lograrlo, vale cualquier estrategia. La primera, valerse de la propia naturaleza: en México, la árida hostilidad del desierto en el norte o la densa profusión de la selva en el sur. A la cual sigue la formación de corporaciones armadas destinadas a perseguir y detener a los migrantes, convertidos de pronto en delincuentes: de la *migra* a la Guardia Nacional, es decir, las dos guardias nacionales, la estadounidense y ahora también la mexicana. Y, por si no bastara, los centros de internamiento donde se retiene a quienes se juzga como ilegales —hombres, mujeres y niños—, y las nuevas medidas que acotan o impiden el derecho de asilo.

Y, como epítome, el Muro. Poco importa que este sea impráctico o inútil o imposible de construir: al igual que la muralla china —como escribió Kafka en su relato de 1917—, funciona más como símbolo que como auténtico obstáculo. Y, en tanto símbolo, mejor si engloba ese vasto territorio salvaje que, a ojos de Trump y sus votantes, se extiende al sur del Río Grande, que nosotros llamamos Bravo. Ante la imposibilidad de financiar su enloquecido proyecto, el demagogo convirtió a México en su Muro y a los mexicanos en sus celadores.

En esta trágica inversión, pasamos de ser un país de emigrantes, que luchó por protegerlos de la barbarie del norte, a ser un país de contención de los migrantes del sur. Un lugar cuyo gobierno se regocija por haber disminuido, en pocas semanas, el número

de personas que atraviesan su territorio gracias a las mismas políticas antes aplicadas a nuestros compatriotas: verjas y vallas, detenciones masivas y arbitrarias, deportaciones forzadas. Miles de hombres, mujeres y niños —incontables niños— que, en el mejor de los casos, han sido deportados y, en el peor, detenidos en los campos de concentración construidos en la frontera o vejados, violados o asesinados en México.

Otra vez: miles y miles de historias que nadie —o casi nadie— se atreve a narrar. Miles de historias de heroísmo y resistencia. Miles de historias de supervivencia que, insisto, están allí, sepultadas en el desierto o en la selva, hasta que alguien tenga el valor de narrarlas.

#### **4. Sin ley, sin historias**

Más que el Viejo Oeste, México es un territorio sin ley. O con un incalculable número de leyes que no se cumplen. Un territorio donde no existe la justicia. Las estadísticas son contundentes: solo uno de cada diez homicidios se resuelve. Si recordamos las cifras de la guerra contra el narco, ello significa que solo 25 mil de los 250 mil homicidios perpetrados en estos trece años se ha solucionado. O, a la inversa, que en 225 mil homicidios no ha habido justicia: nadie ha sido condenado por cometerlos y, por tanto, resulta imposible saber lo que ocurrió en cada uno de estos casos.

Si observamos otros delitos, los datos se tornan todavía más espeluznantes: solo se denuncia uno de cada diez crímenes y, según el estudio de la organización México Evalúa, de todos ellos queda impune el 94 por ciento.



De nuevo: ¿cuántas historias quedan allí? ¿Cuánto dolor, cuántas infamias, cuánto arrepentimiento, cuánta locura, cuántas derrotas, cuánta fiebre, cuánto espanto, cuánta sinrazón, cuántas pasiones?

México: un país sin justicia y sin verdad. Sin historias.

Y, por tanto, sin Historia.

## **5. Nadie, yo mismo**

¿Cómo llegamos a esto? Si me retrotraigo a mi infancia, recuerdo un país autoritario, donde un solo partido dominaba toda la vida pública, la crítica era desalentada y la disidencia castigada, no existía libertad de expresión y los gobernantes abusaban sin límites de su poder. Pero también un país más o menos en calma, donde las distintas violencias quedaban contenidas en un mundo subterráneo difícil de atisbar. Un México hipócrita y ambiguo, donde se incubaban los rencores y estallidos que vendrían después, pero que conservaba un delicado equilibrio que aseguraba la paz social y permitía pensar en un futuro mejor. Un México, pues, lleno de conflictos, pero que imaginaba que, con la llegada de la democracia, sus graves problemas habrían de resolverse.

En el 2000, cuando por primera vez un candidato opositor llegó a la presidencia, la democracia al fin se abrió paso en México. Pero con ella no llegó el brillante porvenir que habíamos esperado; por el contrario, a partir del 2006 advino el espanto descrito en los apartados anteriores. La inimaginable violencia de la guerra contra el narco que nos ha permitido ver, de mane-

ra más clara, las otras violencias incubadas con anterioridad, en particular la ejercida contra las mujeres. Siempre supimos que México era un país machista, pero ahora no queda duda de la violencia normalizada que se manifiesta en un número abismal de feminicidios, violaciones y otros crímenes de género.

No, la democracia no condujo a un mundo mejor. No porque ella sea la culpable de nuestro desastre, sino porque desató los demonios de un régimen que los había contenido a sangre y lodo. México ha quedado sumido, desde entonces, en una tormenta perfecta. Su primer basamento fue, sin embargo, económico. A partir de los años ochenta, se instauró en mi país, como en el resto del mundo, la lógica neoliberal. La idea de que el estado es responsable de todos los males —provocando su drástica disminución—, vino acompañada del ensalzamiento del egoísmo y la avaricia y la glorificación del mercado.

Frente a la tradición revolucionaria que, al menos en teoría, perseguía la igualdad social y la redistribución de la riqueza, el neoliberalismo asentó los pilares de una economía extractiva y una sociedad en la cual cada uno solo ve por sí mismo. La ficción de que la mano invisible del mercado terminaría por repartir la riqueza se convirtió, en México, en nuevo aliciente para una corrupción que había sido tolerada e incluso impulsada como —Peña Nieto *dixit*— una tradición cultural. Si a ello se suma que el antiguo régimen jamás se preocupó por crear un auténtico estado de Derecho, el resultado es este país donde la justicia es una quimera.

De modo que, cuando este sistema caótico, sostenido con alfileres, plagado de incontables violencias —económicas, socia-

les, de género—, fue sacudido por la guerra contra el narco, el equilibrio se hizo añicos. Y así los mexicanos terminamos por habitar un cementerio, pero obligándonos a pensar, día con día, que esos muertos y esos desaparecidos no están allí. En una cruenta actualización de *Pedro Páramo*, vivimos con los muertos.

## 6. Escribir entre cadáveres

En 1994, cinco jóvenes escritores mexicanos creamos un grupo literario al que le dimos el equívoco nombre de Crack, en una suerte de homenaje, nunca bien entendido, hacia la generación del Boom. Nuestra broma en serio se saldó con la publicación de un manifiesto, a la manera de las vanguardias. Rechazábamos la etiqueta de marginales —y, por tanto, de exóticos— que entonces prevalecía como marca de fábrica de la literatura de la región. Admirábamos a García Márquez, pero renegamos de la idea de que el realismo mágico fuese la encarnación del alma latinoamericana, como si solo la fantasía pudiese explicar nuestras calamidades. Frente a ello, invocábamos la tradición cosmopolita que siempre existió —al margen de los nacionalismos triunfantes— en el siglo xx latinoamericano.

A partir de este planteamiento, nos dimos a la tarea de escribir libros que *no* ocurriesen en América Latina y en los cuales la magia no tuviese lugar alguno. Fue así como, en 1999, publiqué *En busca de Klingsor*, una novela centrada en Estados Unidos y Alemania durante y después de la segunda guerra mundial y en donde no aparecía ningún mexicano y ninguna mención a México. El mío no era, por supuesto, el primer ejercicio en este sentido, pero no dejó de sorprenderme que la

crítica se centrare, para bien o para mal, en esta aparente rareza: la excentricidad de querer dejar de ser excéntricos.

En los siguientes años, completé una trilogía sobre tres grandes momentos del siglo xx en Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética. Exacerbaba, así, aquel principio fundador del Crack, asumiendo que la elección del tema —al menos del tema aparente— no tenía por qué ser distinta para un escritor del centro que para uno de la periferia. Ser mexicano significaba, como esbozaron Alfonso Reyes, Jorge Cuesta u Octavio Paz, la posibilidad de ser universal. Entretanto, Ignacio Padilla, uno de mis grandes amigos del Crack, fallecido hace tres años, centraba sus historias en Europa Central y Asia Central, o en territorios inciertos o casi míticos, acentuando la voluntad cosmopolita aprendida de nuestros maestros.

En 2007, volví a México luego de varios años en Europa y Estados Unidos. Meses atrás, Calderón había lanzado la guerra contra el narco. Muy pronto, lo que pareció un repentino brote de violencia se convirtió en una era de violencia ininterrumpida, y las medidas empleadas por el gobierno para combatirla, en un estado de excepción permanente, para usar la expresión de Giorgio Agamben.

De pronto, nos convertimos en testigos de cómo la televisión y la prensa daban cotidiana cuenta del número de muertos que se acumulaban cada día, cada semana y cada mes. Y si, durante los primeros meses de la guerra este macabro inventario llegaba a conmovernos o a sacudirnos, poco a poco nos acostumbramos a aquel demencial reloj de la muerte, cuyas manecillas se tornaron tan inapelables como anodinas. Uno de los problemas de

la empatía, que tan útil resulta en otros contextos, es que solo se articula frente a rostros y personas concretos y aquellas frías cifras —72, 2,034, 7.830, 15.400, 17.034, 250.000— dejaron de decirnos nada. Si a ello se suman los decididos intentos por hacernos creer que la violencia no es tan relevante o ha disminuido, hoy nos vemos sumidos en una abulia generalizada.

Basta escuchar los discursos de los políticos, mirar la televisión o la radio, e incluso buena parte de la prensa y las redes sociales, para verificar el artificio: todo lleva a pensar que somos parte de un país normal, donde los asuntos candentes son las conferencias de prensa del presidente, los dislates de algún funcionario, los resultados del fútbol, los chismes del mundo del espectáculo y no esas absurdas cifras que nos recuerdan, obstinada y zafiamente, nuestra Edad de Plomo. Somos personajes de un cuento de terror: un país de zombies, donde cada día hay incontables homicidios, feminicidios y desapariciones de las que nadie —fuera de los familiares de las víctimas— se ocupa ni preocupa, cada quien sumido en sus propias alegrías y miserias.

¿Cómo ser escritor o artista en México en esta Edad de Plomo? En una instalación en la Bienal de Venecia, en 2009, la artista Teresa Margolles se preguntaba: «¿De qué otra cosa podríamos hablar?» La pregunta sigue vigente, tanto como el horror que nos rodea desde entonces. No deja de resultar paradójico que, perteneciendo a un grupo de escritores mexicanos que reivindicábamos el derecho a dejar de mirarnos obsesivamente a nosotros mismos, ahora no deje de repetirme la pregunta de Margolles una y otra vez.

No quiero implicar, con ello, que ahora los escritores mexicanos solo debamos ocuparnos de las violencias que nos rodean, pues sería tanto como transformarlas en esas fuentes de exotismo, diseñadas para el consumo global, que tanto nos enfadaban de jóvenes. Sí implica, sin embargo, convertirnos en esas aves de mal agüero que arruinan cualquier celebración. Somos nosotros, herederos de Rulfo, de Castellanos y Fuentes, quienes debemos recordarle a los demás que México es un cementerio. E hilvanar, en la medida de lo posible, esas incontables historias perdidas o sepultadas.

## 7. De fosas y epitafios

Si un solo espacio pudiera definir al México de la Edad de Plomo, sería la fosa. Una profunda hondonada, excavada en la tierra y en el lodo, donde los grupos criminales —y también las fuerzas de seguridad— esconden y entierran a sus víctimas. Ante la incapacidad del estado, diversos grupos de la sociedad civil se han organizado para descubrirlas: cientos de estas fosas clandestinas han sido halladas en nuestro territorio, cada una sembrada con innumerables restos y osamentas, la mayor parte de los cuales no han sido identificados.

Quienes se han visto forzados a dedicarse a esta macabra empresa —en especial mujeres, madres, hermanas y parejas de los desaparecidos— han debido abandonar sus trabajos habituales para volverse exhumadores. Su ejemplo quizás nos sirva para entender el desafío que enfrentan los artistas y escritores de mi país en estos tiempos oscuros. Acaso muchos hubiésemos preferido continuar liberándonos de los clichés y estereotipos nacionales, pero la catástrofe que nos envuelve nos ha llevado

a narrar —y tratar de comprender— lo que sucede a nuestro alrededor.

No es otra la razón de que escritores de distintas generaciones se hayan distraído o alejado de otros proyectos para detenerse a contar nuestra Edad de Plomo. De Juan Villoro a Élmer Mendoza, de Cristina Rivera Garza a Fernanda Melchor, de Sara Uribe a María Rivera o de Emiliano Monge a Luis Jorge Boone —menciono apenas un puñado—, numerosos narradores y poetas mexicanos se ocupan hoy de este México desolado y humeante porque, ¿de qué otra cosa podríamos hablar? Yo mismo me decidí a escribir mis primeros dos libros mexicanos en mucho tiempo, *Examen de mi padre* y *Una novela criminal*, para acercarme al México del presente.

Esta doble inmersión me abrió los ojos al país que he intentado esbozar —y denunciar— en estas páginas. La empatía, ese proceso neuronal que se halla presente en todos nosotros, necesita por fuerza de rostros y cuerpos reconocibles que permitan la identificación con los otros. Como escritores, tenemos la responsabilidad de rememorarlos contando las historias perdidas de nuestra Edad de Plomo a fin de que más lectores —y ciudadanos— se interesen por los inciertos destinos de sus compatriotas. Sin descuidar nuestras pasiones individuales, nos toca escribir los epitafios de los incontables cadáveres que se apilan en nuestro camino. Tal vez no sea la actividad que soñamos ejercer de jóvenes, pero es la que nos corresponde cuando todo lo demás nos impulsa hacia la indiferencia y el olvido.





**2020**

# LECTOR, ESCRITOR, PROFESOR

*Luis Landero*



Yo soy un hombre sin oficio. Ahora que ya soy viejo como los viejos tan sabios y respetados de mi infancia, puedo decirlo con autoridad y sin reparos. Carezco de un repertorio de conocimientos sólidos sobre algo concreto, no domino un arte o una técnica, y aunque a veces puede parecer que sé mucho o que al menos hablo como experto, en el fondo todo son vaguedades, palabrería, filfa y apariencia, con algunos relumbrones que crean la apariencia de un vasto saber apenas entrevisto. A mí me pasa como a un barrendero al que un día le pregunté qué tal le iba en su oficio. “¿Oficio?”, dijo él, con asombrada y amarga cara de desprecio. “Esto no es un oficio. Aquí no hay nada que aprender. Aquí no se mejora. Aquí a los pocos días cualquiera barre igual que uno que lleva barriendo veinte años. Oficio bonito, el de albañil o el de mecánico. Pero ¿este? ¡Bah! Para esto solo sirve el que no vale para nada”.

Secretamente, me sentí identificado con él. Salvo cuando fui guitarrista, también yo me considero un hombre sin oficio, con solo algunas habilidades difusas que me han permitido ganarme la vida y encontrar un lugar en el mundo. Desde siempre, yo he admirado a quienes tienen y dominan una profesión y la desempeñan con esmero y con gusto.

Esa admiración me viene ya de niño. Mi abuelo Luis tenía una caja de herramientas, que es lo que yo más admiraba y codiciaba de todo lo suyo. No su escopeta de caza ni sus hurones, ni su atarraya o su trasmallo, ni su máquina para hacer cartuchos, ni su viña ni su olivar, sino su caja de herramientas. Tenía solo lo básico y apenas la usaba, y únicamente para lo basto, porque para lo fino era poco mañoso. En cuanto pude, como signo de emancipación, también yo me compré mi propia caja de herramientas, de tres pisos y con todo tipo de fantasías del bricolaje, y ahí está, para cuando hay que apretar un tornillo, colgar un cuadro y poco más.

Ahora bien, como soy escritor y he sido profesor, podría suponerse que al menos sé mucho o bastante de lengua y de literatura y de hacer novelas, pero yo creo que no. Fui a la universidad y cursé Filología Hispánica, pero no soy filólogo. Nunca lo he sido. Aunque puede que sí, que sepa mucho, pero todo confuso, suelto, desperejado. Un poco como en los bazares chinos, donde hay de todo, pero todo de poca calidad. Sin saber gran cosa de Homero, de Shakespeare o de Calderón, he hablado mucho de ellos en mis clases, porque si en algo soy bueno de verdad es en crear apariencias y hacer ilusionismo con las palabras. Mientras hablo, parece que sé mucho, pero en cuanto me callo, roto el espejismo, solo quedan mondas, pellejos, desper-

dicios. Como lacónicamente anotó en su diario Thomas Mann después de asistir a una conferencia de Lukács: “Mientras hablaba, tenía razón”.

Y sin embargo, no es del todo exacto lo que digo. Quizá no soy justo conmigo mismo, o quizá estoy exagerando mi ignorancia para presumir luego mejor de mi saber. Intentaré ser más preciso. Por ejemplo, he leído a Adorno durante muchos años. Tengo sus libros muy subrayados y anotados. Pero ¿qué podría decir yo sobre su pensamiento? Cosas sueltas, medio anecdóticas, como por ejemplo que, acostumbrados a cerrar energicamente los automóviles o las neveras, o a las puertas giratorias o que se abren solas, ya no sabemos cerrar una puerta con suavidad. Es más, parece anacrónico, como de mayordomos o de película de época. Conclusión: la técnica ha empobrecido nuestra relación con las cosas. Eso es lo que podría decir ahora mismo de Adorno, y tendría que forzar la memoria para acordarme de algo más. Y sin embargo sé que sin Adorno yo no sería el que soy ahora. Ignoro qué deudas tengo contraídas con él, aparte del placer de la lectura, pero sé que le debo mucho, y sé que sus libros y la fuerza de sus pensamientos están dentro de mí, de un modo difuso pero también vivo y esencial. Y lo mismo que digo de Adorno, y por seguir con los filósofos, lo puedo decir de Montaigne, de Rousseau, de Platón, de Spinoza, de Nietzsche, de Ortega, y hasta de Schopenhauer, que es del que más sé.

Mirando en mis viejos cuadernos y carpetas, encuentro resúmenes detallados y comentados de libros que leí con cuidado y provecho y, que más que leer, los estudié. Por ejemplo: *Sobre la libertad* y *Capítulos sobre el socialismo y otros escritos*, de Stuart

Mill, *Contingencia, ironía y solidaridad*, de Richard Rorty, *La ética protestante y el capitalismo*, de Max Weber, *El asalto a la razón*, de Lukács, *Diez grandes economistas: de Marx a Keynes*, de Schumpeter, *La democracia en América*, de Tocqueville..., de todo lo cual, si ha quedado algo, será en algún lugar de la memoria al que no tengo acceso, o solo los restos de un naufragio feliz.

Más cosas: hubo épocas en que llegué a saber bastante de la revolución mejicana, del Conde-Duque de Olivares, de la I Guerra Mundial, del formalismo ruso, de la caída y decadencia del Imperio Romano, del zen, del erasmismo, del darwinismo, de las brujas en la Edad Media, de los transportes de personas y mercancías en los siglos XVIII y XIX en España, de la navegación a vela...y de muchas más cosas, algunas ya olvidadas del todo. Salvo algunas generalidades, apenas ha sobrevivido nada de lo que llegué a saber, pero entiendo que el empeño no fue en vano, y que, misteriosamente, todo lo que ahora sé, el grueso de mis experiencias, se lo debo al poso que ha ido dejando en mi memoria, en mi espíritu y en mi carácter todo ese cúmulo de pálidas lecturas, de idilios intelectuales casi desvanecidos.

En mis lecturas además no ha habido un plan ni un orden sino el apasionado y gustoso amontonamiento de lo que iba encontrando al paso, como el chamarilero al que no hay cachivache que no le valga para su negocio, porque nunca he leído para ser un gran profesor, o para construir un edificio de conocimiento, y si algo perseguía en mis lecturas, además del placer y la curiosidad, era ensanchar mi imaginación y mi horizonte de escritor.

¿Y de mis autores más queridos, a los que vengo leyendo y relejendo desde hace tantos años? ¿Qué podría decir yo de Cervantes, de Kafka, de Shakespeare, de Dickens, de Faulkner, de Conrad, de Chejov, de Borges, de Quevedo...? Apenas nada. Ni siquiera me he parado a pensar en ello. Alguna vez, por cierto, he contado que yo soy lector, escritor y profesor, por ese orden cronológico, y que no siempre esas tres personas coinciden en sus criterios, gustos e intereses. Lo que le gusta al lector quizá no le gusta al escritor (Galdós, por ejemplo), y lo que al escritor le apasiona al profesor le parece aburrido (Joyce). El profesor a veces lee por obligación; el escritor y el lector nunca. Pero con el tiempo he ido relegando al profesor y dejando que sean los otros los que lean, sin intentar sacar de la lectura ningún botín conceptual. No, sencillamente me he limitado a dejarme empapar por esa lluvia de palabras, me he abandonado a esos mundos y, leyéndolos, me he perdido en mis propias ensoñaciones de lector, he subrayado y anotado, mil y mil veces, pero si me preguntan, y no digamos si me examinasen de esas asignaturas, de la asignatura Proust o de la materia Rulfo, habría de callar para no incurrir en tópicos profesorales, o en retórica de manual. A veces me han propuesto dar una charla sobre algunos de mis más queridos autores, y he tenido siempre que responder que no, que no sabría hacerlo, que apenas tengo nada que decir sobre ellos.

Y sin embargo en mi memoria pululan infinidad de fragmentos, de detalles sueltos, o de escenas enteras, de átomos y jirones, de restos de naufragio, unos breves y desdibujados y otros largos, imborrables y nítidos. Recuerdo muy bien, por ejemplo, que en *El gatopardo* hay un momento en que Fabrizio sale a cazar con don Ciccio y, como son tiempos revueltos, el ánimo de don Fa-

brizio es más bien sombrío, porque intuye que está asistiendo al final de una forma de vida, de una mentalidad, de su propio y secular mundo aristocrático. Pero he aquí que al entrar en el bosque mira a su alrededor y descubre admirado que aquel es el mismo bosque —los mismos árboles, la misma maraña y los mismos aromas— que encontraron los fenicios, los dorios y los jonios cuando desembarcaron en Sicilia. Nada ha cambiado allí desde los tiempos de Artemisa. Esa permanencia de las cosas, de un orden inmutable, lo tranquiliza, pero también lo llena de nostalgia ante la posibilidad de que los desafueros del presente alteren la bendita quietud de la historia. Recuerdo bien, y casi con las palabras exactas, que más allá mataron un conejo y que don Fabrizio sintió sobre sí la mirada de aquellos ojos que “lo contemplaban sin reproche pero poseídos por un dolor atónico dirigido contra el orden de las cosas”. Aún mueve vigorosamente sus patitas, impulsado por una loca esperanza de salvación. Eso es lo peor, la inútil esperanza cuando ya todo está perdido sin remedio. Al placer de matar, don Fabrizio añade el goce de la compasión. Siguen caminando y llegan a la cumbre de un monte. Y aquí el narrador, estirando el invisible hilo narrativo que va entrelazando la realidad inmediata del día de caza con la vasta realidad histórica que los envuelve, nos cuenta cómo el viento lo unía y lo universalizaba todo, mezclando los olores de la salvia, del estiércol, de la carroña, secando las gotas de sangre del conejo y yendo más allá a agitar los cabellos de Garibaldi, y revolviendo el polvo que cegaba los ojos de los soldados napolitanos, ilusionados y cautivos de una esperanza tan inútil como la del conejo en su agonía. Por eso, siguiendo la secreta lógica de este discurso, unas líneas más allá los dos cazadores se adormecen bajo el “sol constitucional”.

Dos cosas en una nos ha contado el narrador, la escena de caza y el agitado debatirse de la maltrecha conciencia histórica de don Fabrizio, que también en vano intenta aferrarse a una loca esperanza de salvación para su mundo y su estirpe, condenados ya sin remedio a una pronta y violenta extinción.

Creo que no hay novela o libro que haya leído con cuidado de la que no conserve unos cuantos recuerdos nítidos y obsesivos. Y como son tantos los libros y novelas que he leído, mi memoria ofrece el aspecto de la habitación desordenada de un niño: una auténtica leonera. A menudo me asaltan episodios, personajes, aromas y sabores, frases sueltas, pensamientos de aquí y de allá, cachivaches de toda índole, y a veces no sé si los he leído, o soñado, o imaginado, o si los escribí yo mismo, y por momentos vislumbro con una inquietante afinidad los delirios de don Quijote en sus noches en vela.

Otras veces las sensaciones o los personajes se relacionan entre ellos y hasta llegan a ser inseparables, como los mosqueteros. Por ejemplo, el capitán Brierly, de *Lord Jim*, y Kabero, de *Memorias de África*. El capitán Brierly era un hombre que se tenía a sí mismo, y a su profesión de marino, en la más alta estima y que, al modo de Cándido, el personaje de Voltaire, creía vivir en el mejor de los mundos posibles. Una semana después de proclamar con su conducta estos principios, se suicidó en alta mar. De pronto había descubierto una quiebra, o acaso solo una leve falla, en la armonía del mundo, y eso fue intolerable para él. Pero lo que mi memoria guarda con más celo son las circunstancias de su muerte, la dignidad con que, antes de arrojar al mar, puso a salvo a su perro, para que no se lanzase tras él, escribió dos cartas dando instrucciones acerca de la



travesía, y muy cuidadosamente colgó de la baranda del barco el cronómetro de oro que le habían regalado los armadores en reconocimiento a su lealtad y a sus servicios.

En cuanto a Kabero, es un niño kikuyu de siete años, que tras disparar por accidente una escopeta y matar a uno de sus amigos y dejar a otro malherido, saca una rupia del bolsillo y la deja sobre la mesa, junto a la escopeta, para saldar una deuda que tenía contraída, y “cancelada esta deuda con el mundo se fue; en realidad, aunque entonces no podíamos saberlo, con ese gran gesto desapareció de la faz de la tierra”.

No sé de qué manera, pero la rupia y el cronómetro de oro irán conmigo juntos ya para siempre, como signos desesperados de nobleza y honor. Pequeños gestos, oscuros símbolos, que encierran algo esencial y misterioso de la naturaleza humana. Como dice Juan Benet: “La conciencia atesora lo incomprendible”.

También van juntos en mi memoria, formando un trío inseparable, Steve, Ike y Alfánhuí, los personajes de Conrad (*El agente secreto*), de Faulkner (*El villorrio*) y de Sánchez Ferlosio. Tres niños que representan mejor que nadie la inocencia primordial de esa edad en que aún somos naturaleza, en que amamos la vida más que su sentido, y a las cosas y a los hechos por sí mismos y no por su finalidad. Cuando los animales son nuestros semejantes, el caballo semejante de Steve, la vaca de Ike, los bueyes de Alfánhuí. Juntos van conmigo, y con mi propia infancia, inseparables cofrades no contaminados aún por la condena del pan y del sudor, ni por el pacto de la razón con la necesidad de vivir con cordura y provecho...

Cosas así, detalles, vislumbres y caprichos, es lo que las lecturas y relecturas han ido dejando en mi memoria, de modo que he sido un profesor de detalles, vislumbres y caprichos, en tanto que el grueso del saber académico lo encomendaba a los buenos oficios de cualquier manual. En todo caso, lo mejor que he podido transmitir a mis alumnos es mi entusiasmado amor a las palabras y a los libros.

¿Y escribir y contar historias?, ¿no es eso un oficio? Yo creo que no. Hacer novelas carece del repertorio técnico necesario propio de una profesión o de un oficio, por más que, debido a esa misma pretensión, quiera enseñarse bajo el reclamo de “talleres” o “laboratorios” de narrativa e incluso de poesía. “¿Taller?”, que diría el barrendero. “Eso no es un taller. ¿Dónde están las herramientas, dónde la maña y la finura, dónde los materiales y dónde la ciencia y la técnica del viejo y exacto saber de los maestros?” ¿Y qué clase de oficio es ese —pensemos en un médico o en un ebanista— que depende de la inspiración del momento? ¿Y qué decir de la gente que sabe contar muy bien y carece por completo de estudios? ¿Y de esos jóvenes de veintipocos años, como Fernando de Rojas o Scott Fitzgerald, que por arte infusa componen de pronto libros portentosos? Y aunque sé que hay escritores profesionales, y además buenos escritores, que poseen una técnica, unas destrezas, y que van sobre seguro a la hora de elaborar sus obras, yo por mi parte, y esta es mi experiencia, creo que escribir, contar, es algo demasiado difuso e inestable para llamarlo oficio o profesión.

Ese revoltijo de pensamientos y episodios que hay en mi memoria, es en definitiva lo que han ido acumulando en mi playa de naufragio dos mil años de cultura —de invenciones, de

sueños, de pesadumbres y esperanzas—. Aunque precario, ese legado es lo que me otorga un lugar en el mundo, y un sentimiento de fraternidad con mis congéneres antes que con mis compatriotas, ya estén vivos o muertos. Y cuando yo muera, quiero seguir formando parte de esta tribu egoísta y cruel, a la que tantas veces he despreciado y repudiado, pero a la que tantos motivos hay a la vez para admirar y parar amar.

Cuando yo era profesor, solía decirles a mis alumnos el primer día de clase: “Ahora que es tiempo de novedades, y antes de que descubráis que yo no tengo mucho que decir, que apenas soy un anfitrión que está aquí para hacer las presentaciones entre vosotros y Cervantes o Chejov —aquí un escritor, aquí un lector—, y que serán ellos, Cervantes o Chejov, los que os enseñen literatura, y si ellos no lo consiguen no lo conseguirá nadie, antes de eso, antes de que mis palabras se conviertan en lluvia, quiero que me escuchéis bien por una vez, y que apuntéis en vuestros cuadernos lo que voy a deciros, y que de vez en cuando lo leáis, hasta que estéis seguros de no olvidarlo nunca”.

Entonces les decía que todos nosotros somos únicos, que al igual que nuestras caras y huellas dactilares son distintas, así también el alma y nuestra forma de ver el mundo y de pensarlo y de sentirlo. “Todos estamos condenados a ser originales, no lo olvidéis nunca. O mejor aún: en cada uno de nosotros está la semilla de la originalidad, y de nosotros depende que caiga en buena tierra y fructifique en algo, o que se agoste para siempre. La originalidad hay que ganársela, no se da de balde por muy único, por muy distinto que uno sea o parezca ser. Para llegar a saber lo que valéis, y quiénes sois vosotros, os lo tenéis que currar duro, no lo olvidéis tampoco”.

Comenzaba luego por decirles que, ahora que eran tan jóvenes y que tenían tan recién vivida la infancia, que no dejaran morir al niño que habían sido y que aún estaba vivo en ellos. “Un artista, un escritor, un científico, un filósofo, pero también cualquiera que aspire a alcanzar lo mejor de sí mismo, o un buen gustador de la vida, es el que prolonga de algún modo su infancia, y de algún modo su inocencia. Después, con los años, con la observación, con el estudio, cada cual a su modo llegará a ser un poco sabio. Pues bien, el sabio y el niño formarán un magnífico dúo. ¿Y qué puede aportar el niño al negocio común? Algo esencial para cualquiera que aspire a vivir la vida de primera mano: la intuición y el asombro, la incansable capacidad de asombro. Del asombro nace el conocimiento, como nos enseña Platón”.

Y ahí les hablaba de Luis Buñuel, de cómo se obligaba todos los días a inventarse una historia, al menos durante media hora. Como quien va al gimnasio para ejercitar sus músculos, él ejercitaba así su imaginación. La imaginación, como todo, si no se entrena, se marchita y se atrofia. “Pues bien, yo creo que hay que entrenar también la capacidad de asombro, el hábito del extrañamiento. Debemos aprender a no dar nunca las cosas por definitivamente vividas o sabidas, ni conformarnos con que alguien, por muy sabio que sea, no las explique o nos las cuente. No, vayamos directamente a ellas para conocerlas de primera mano. Shakespeare de primera mano, el canto de la alondra de primera mano, nosotros mismos de primera mano. Libemos en la flor antes que en la miel. Seamos altivos y radicales en el afán de conocimiento. No os acomodéis a los usos que os impongan. Sed apasionados, audaces, y hasta un punto arrogantes, para no aceptar así, sin más ni más, y sin haberlos hecho pasar antes por

la aduana de vuestro criterio, los saberes ya envasados y listos para su consumo. Recordad que la vida es un viaje solo de ida. No merece la pena renunciar a la originalidad, a la incertidumbre, a la pasión de ser nosotros mismos. Vivamos la vida como lo que es: una aventura irreplicable”.

“Todo es nuevo, todo está por descubrir, todo por estrenar”, les seguía diciendo. “Eso es lo que aprendemos también de don Quijote cuando se vuelve loco, que ve el mundo desde una insólita, maravillosa novedad. De pronto descubre la secreta e íntima naturaleza de los molinos de viento, de los castillos disfrazados de ventas, de legendarios caballeros transformados por los encantadores en vulgares ovejas. No otra cosa le ocurre al niño que sabe ver en una cucharada de lentejas una nave espacial. Pero también al enamorado que ve en la persona amada, que acaso no es ni siquiera atractiva, a la criatura más hermosa y encantadora del mundo, la única, la irremplazable. No me digáis que no os habéis enamorado alguna vez y que no habéis vivido esa experiencia. ¿Conocéis lo del baciyelmo del Quijote, aquel artefacto que ya no era ni yelmo ni bacía sino ambas cosas a la vez? Pues igual les ocurre a los enamorados, que miran a la amada con los mismos ojos con que don Quijote miraba la bacía: como yelmo. Los demás la verán como bacía. He ahí, pues, a una persona baciyélmica. Por mi parte, las mejores películas que he visto, mis mejores experiencias estéticas, los mejores libros que he leído, han sido siempre baciyélmicos. Cuidaos por tanto de los malvados encantadores a los que tanto les gusta disfrazar con la grisura de la costumbre portentos y espantos de la diaria realidad”.

Yo sabía que mi discurso estaba hecho con productos altamente inflamables, de rápida ebullición sentimental, como no podía ser de otra manera en un firme alegato romántico. Yo hablaba para jóvenes, casi muchachos, no pervertidos aún por prejuicios intelectuales, y no ignoraba el poder que tenían mis palabras. Los animaba a estimarse a sí mismos, a confiar en los dictados del corazón, a apreciar sus criterios quizá todavía ilusos, sus gustos primerizos, sus tentativas aún inciertas y equívocas, porque hay mucho que aprender en ese suburbio del pensamiento y de la estética que es la adolescencia. “No debemos intentar gustar a los demás al precio de traicionar o falsear nuestro verdadero modo de ser. Tenemos que saber quiénes somos y cuál es nuestro mundo, propio e intransferible. Esa es nuestra tarea esencial. Pero ¿dónde ir a buscarnos a nosotros mismos? ¿Tendremos, como Ulises, que navegar por mil islas y salir airosos de peligrosas aventuras para llegar a Ítaca, nuestra patria final? Sin duda. Cada cual es Ulises en busca de sí mismo. Solo que Ítaca no está lejos. No, ya estamos en Ítaca: solo nos queda conquistar ese reino que se extiende a nuestro alrededor. Aquí están nuestras verdaderas maravillas, las sirenas, los cíclopes, y en nuestros trayectos cotidianos, en nuestro diario ir y venir, está contenido el viaje mítico hacia la tierra primigenia. Y es que, como decía un filósofo, lo extraordinario y original no está más allá, sino más acá, confundido con las horas más humildes de nuestra vida. ¿Queréis llegar a Ítaca y reinar sobre vosotros mismos? Pues bien, abrid los ojos y mirad el mundo. Os juro que todo es interesante, todo es nuevo, cuando se mira con intensidad y con paciencia. Así miró Van Gogh los girasoles, y con su mirada los inventó de nuevo. Las cosas que nos rodean están por descubrir. Y es que vamos por la vida demasiado aprisa, sin fijar la mirada en las cosas, sin pararnos

a descubrirlas y a pensarlas. Y, lo que es peor, damos las cosas por sabidas. Vivimos de segunda mano. Nos acomodamos a la costumbre, que es el peor y más declarado enemigo del conocimiento. Por eso, contra la modorra de la costumbre, la vigilia del asombro”.

Pero también les decía que el arte y el hábito de observar y pensar por cuenta propia no son fáciles ni se dan de balde. Quizá por eso, pocos son los que miran o leen con sus propios ojos y oyen con sus propios oídos, y piensan y sienten con su inteligencia y con su corazón. Esa tarea exige lentitud, en un mundo donde todo invita a la velocidad anestesiante y a la fugacidad de las cosas y de las ideas. Exige también soledad y recogimiento. “Los mejores frutos que ha dado la filosofía, o la ciencia o el arte, han surgido de esa actitud ante la vida que yo os invito a hacer vuestra de una vez para siempre”. Y exige además, y esto es acaso lo más difícil de todo, concentración. Concentrarse en imaginar y sentir intensamente algo hasta hacerlo presente. El olor de una manzana, el sabor de una magdalena, el tacto de una hoja de higuera, la expresión de miedo en la cara de un condenado a muerte, el sonido lejano de un trueno, el proceso de apagamiento del color de la cal de los muros de una casa al atardecer, el dolor de un herido, la plenitud sentimental de un enamorado... “Apuntad estas tres palabras en vuestros cuadernos: lentitud, soledad, concentración”.

“Ya veis que hasta aquí todo ha sido teoría. Ahora, pasemos a la práctica. Ante todo, hoy mismo os compraréis un cuaderno nuevo, gordo, amoroso y bonito. Escribiréis en él unas dos horas a la semana, y cada tres meses me entregaréis vuestros cuadernos y yo los leeré y escribiré en ellos mis propios comentarios.

No quiero que os esmeréis mucho en la escritura. Ni sois escritores ni falta que os hace. Pero sí quiero que aprendáis a leer y a observar de un modo personal. La originalidad y la inspiración no es solo potestad de los autores sino también de los lectores. Seamos lectores originales e inspirados. Así que escribid a lo que salga, sin escrúpulos ni arrepentimientos. Yo solo quiero que la escritura os sirva para entrenaros en la lentitud, en la soledad y en la concentración, que es tanto como entrenarse en el asombro, y que de ese modo podáis descubrir la cantidad de cosas nuevas y extraordinarias que hay en vosotros mismos y a vuestro alrededor, y que quizá no sabíais siquiera que existían. Y, para empezar, el próximo día vendréis con vuestros cuadernos, donde ya habréis escrito algo, que leeremos aquí, en voz alta, sobre un tema común: los pasillos. Ahora bien, no los pasillos en general, de un modo teórico o abstracto, porque en ese caso nuestros escritos serían todos bastante parecidos. Pero si evocamos nuestros pasillos, aquellos que son solo nuestros y que pertenecen a nuestra experiencia vital intransferible, y al territorio único de nuestra imaginación, entonces nuestros escritos tendrán todos el sello de lo original y de lo auténtico. Mirad bien en vuestra memoria, concentraos en ella, convocad a los cinco sentidos, y rescatad aquel pasillo donde una vez tuvisteis mucho miedo, donde conocisteis la soledad o el erotismo, el pasillo del hospital donde sufría un ser querido, el corredor de la muerte de una película que os emocionó, y al calor de esos recuerdos acudirán otros, y rescataréis olores, sabores, voces, sensaciones que creíais olvidadas. Porque no es al ir por la calle, o al hablar con alguien, cuando observamos y pensamos, sino más bien luego, al recordarlo, en un acto de recogimiento y de concentración. Y es en esos momentos cuando comparece también lo que de imaginario tiene la me-



moria, porque ya no observamos solo con la mirada de nuestros ojos sino también con los ojos no menos verdaderos de la fantasía. Las cosas entonces parecen nuevas, originales, nuestras. La memoria y la imaginación convierten nuestro pasado en un mundo inagotable donde todo está por descubrir. Pero recordad que, para descubrirlo, debéis huir de las vaguedades y de las abstracciones y laborar en lo concreto. Subrayad bien esto: lo concreto”.

Era en este momento cuando les hablaba del huerto de Emerson. El libro se titula *Ensayos escogidos*, de la colección Austral, y no recuerdo cómo llegó a mis manos. Yo debía de tener 17 o 18 años, y la lectura de aquellos ensayos trastocó la visión del mundo y de mí mismo para siempre. Fue una de esas experiencias radicales tras la cual uno ya no es el de antes, o no del todo, sino que parece recién nacido a una vida nueva, como si en efecto hubiese sufrido una sutil pero esencial metamorfosis. Leí aquel libro varias veces seguidas en un estado febril de asombro y de infinita gratitud. Y ahora, yo intentaba que mis alumnos tuvieran una experiencia semejante a la mía, porque eso era acaso lo mejor que les podía ofrecer. El libro viene a ser un exaltado y romántico canto a uno mismo, y leyéndolo, uno entiende por qué Walt Whitman, que tanto aprendió de Emerson, se cantó tan olímpicamente a sí mismo.

En un momento dado, Emerson utiliza una imagen que a mí me gusta mucho, y que he repetido mil veces en clases y en charlas para ilustrar todo cuanto estoy diciendo sobre mi primera lección de profesor, donde aún suena el eco de aquel libro providencial. Dice Emerson que cada cual ha de aceptarse a sí mismo tal como es, y aceptarse además con orgullo y contento.

Que a todos nos ha tocado en suerte un terrenito en el que laborar. Que es seguro que habrá alrededor terrenos más grandes y fértiles, donde crecen lechugas mejores que las nuestras, pero que nosotros tenemos que cultivar lo nuestro, el huerto que nos tocó en suerte, sin envidiar lo ajeno, conformes y alegres con nuestras lechugas, por pequeñas y pálidas que sean.

“Tenemos pues que afanarnos en nuestro mundo”, les decía a mis alumnos, “es decir, en nuestro huerto y en nuestras lechugas”, y a continuación volvía a hacer una alabanza de lo concreto. “Lo concreto, siempre lo concreto”, y aquí ataviaba mis palabras con algunas citas ilustres. Les hablaba de cómo Freud dice que hay que apartarse de lo universal y ocuparse de lo concreto, de las contingencias personales, de nuestro pasado individual, de nuestras ciegas marcas. De cómo Goethe afirma que la expresión de lo particular constituye la propia vida del arte, que eso es lo que nos hace distintos a los otros, únicos e inimitables, y que no hay que temer que lo particular no encuentre eco en los demás. De Joyce, que aconseja que se escriba lo que dicta la sangre, no el intelecto. “Y lo que se dice para el artista, sirve para todos los que quieran cultivar el arte de vivir. Así que ya sabéis: trabajad en lo concreto, en vuestro huertecito, buscad en vuestra memoria y en vuestros territorios cotidianos, sed fieles a vuestras ciegas marcas, y atended siempre a los requerimientos de vuestro corazón. Recordad lo que decía Cervantes: saber sentir es saber decir”.

¿Y el escritor? El escritor se arrima a su cuaderno como el mendigo al calorcillo de la lumbre. Y ocurre que a veces uno no sabe qué escribir, que la imaginación flaquea, que el alma se apaga y se embrutece los sentidos, y que aun así uno siente la

necesidad de escribir. Entonces, siempre queda la posibilidad de abandonarse a los recuerdos. En nuestro pasado está todo cuanto necesitamos para encender el fuego de la inspiración. Hasta la fantasía tiene su casa en la memoria. No escribas lo que sientes, escribe lo que recuerdas y dirás la verdad, como decía no recuerdo quién. Así que no hay más que salir a pasear por el bosque del tiempo ya vivido, sin otro rumbo que el azar. No buscas nada, no vas a ningún sitio. Y sin embargo de vez en cuando encuentras una seta, un lazo del pelo, un nido de perdiz. Una moneda de oro. Todo, todo está en el fardo de la vida. Recojamos, pues, nuestros propios despojos como el mejor botín ganado en buena guerra.

A veces pienso que ya he contado casi todo mi pasado. Casi toda mi vida está ya vendimiada. Vendimié mi infancia y mi adolescencia, fui enamorado y guitarrista, y esos años también los vendimié, vendimié mi estancia en París, a mi padre lo he vendimiado qué sé yo la de veces, y a las bellas muchachas de mi pueblo y mi barrio, y mi vida de profesor y de escritor y de lector, y muchas cosas más, porque a veces da la sensación, y quizá sea verdad, de que la vida es breve, sí, pero en cambio la memoria de lo vivido no se acaba nunca.

En esa vendimia han entrado también, cómo no, los libros que he leído y he incorporado al torrente de mi sangre, y que, ya leídos, son libros vividos, y que por tanto forman parte de mis experiencias personales e intransferibles. Lo que miro, lo que me cuentan, lo que siento, lo que leo y lo que escucho, todo eso y más va a parar a las alforjas sin fondo de la memoria, que todo lo guarda y todo le conviene, y donde el olvido va luego seleccionando, depurando, quitando y poniendo, cocinándolo a su

gusto según una alquimia que solo ellos, el olvido y la memoria, conocen, y que nadie ha conseguido descubrir aún.

Siempre he encontrado en mi pasado la chispa de la imaginación para idear personajes e historias que son ajenos ya a mi vida, que son pura invención, y que sin embargo han brotado de la tierra siempre fértil de la memoria. Porque el viaje al pasado tiene mucho de mágico, y en sus remotos y azarosos parajes habitan sin duda las sirenas, la Tierra de Jauja, el Dorado, la posibilidad cierta del unicornio, y todas las maravillas que existen en lo más hondo de nuestro corazón, pero que se quedaron sin vivir. No otra cosa hace Alonso Quijano sino ir en busca de un tiempo donde —según leyendas autorizadas por el corazón y legitimadas por la nostalgia de su pérdida— hubo prodigios a diario, aventuras sin cuento, sueños realizados, nobles valores que sucumbieron al azote de los malandrines y gigantes, que es tanto como decir de la vulgar e injusta y odiosa realidad. Contra las indigencias de la realidad va don Quijote, y a la busca del tiempo perdido.

Pero quizá el jardín de mi memoria se ha marchitado ya, como dice un personaje de Pamuk, y ya no me queda sino hacer como aquellas mujeres que iban a la rebusca de espigas, uvas o aceitunas después de la recolección. A rebañar las sobras del banquete. Pero no: basta ponerse en marcha e iniciar la aventura para comprobar que la memoria, como la imaginación, es un pozo sin fondo. El pasado, como la escritura, no se acaba nunca.

Cuando el alma se apaga, parece que las palabras han desaparecido todas de repente. Como una bandada de aves migratorias,

han levantado el vuelo durante la noche y se han ido lejos, hacia algún apacible confín. Tras la ventana, comienza un nuevo día. Hasta aquí llega el lejano fragor de la ciudad. Como cada mañana, me he sentado a mi mesa y me he puesto a escribir. Llevo ya dos horas y no consigo escribir nada. Escribo y tacho, escribo y tacho. Tacho como si quisiera borrar la mancha de un pecado. Como si cumpliera una penitencia. Hay días en que, si pudiera, tacharía todo lo que he escrito hasta hoy.

Son días en que el alma se apaga y en que la mente, huérfana de palabras, regresa a un hermetismo que parece recordar las edades arcaicas del hombre. Hasta el corazón parece haberse apagado también. ¿Y qué puede uno escribir cuando ya no se siente? Uno recuerda entonces lo que decía Cervantes: “Saber sentir es saber decir”, o lo que decía Goethe: “Basta con sentir”. Como en los versos de Antonio Machado (“En el corazón tenía/la espina de una pasión;/logré arrancármela un día:/ya no siento el corazón”), uno tampoco siente nada, sino hastío, ante los requerimientos de la vida, del mundo. Lejos quedaron las emociones, la alegría, el asombro, nada nos interesa y todo nos enoja. ¿Hay algo peor que la apatía del corazón? “Divina espina dorada,/quién te pudiera sentir/ en el corazón clavada”. ¡Oh, sí!, volver a sentir, volver a amar, volver a escribir, aunque fuese a costa del dolor, del divino dolor de vivir.

Pero pasan dos, tres horas un día y otro día, y las palabras siguen sin aparecer. ¿Adónde habrán ido? ¿Por qué no acaban de volver? Abres un libro, y tampoco las encuentras allí. Las veo, sí, y las pronuncio en alto, pero no las reconozco, no son ellas, no son mis viejas, mis queridas palabras. Leo algún párrafo de mis autores favoritos. Pero hoy las palabras de mis mejores li-

bros me suenan a palabras de periódico. Siento el torpe laboreo de los grandes artífices de la lengua. Hasta Quevedo o Valle Inclán tienen un no sé qué de jornaleros, de gente menesterosa que anda también a la rebusca. Palabras ya sin gracia, palabras cansadas, con la cara sucia por los churretes de la cosmética que tanto lució en tiempos. Acercó el oído a sus finos metales y maderas, pero de sus entrañas solo me llega un confuso rumor de brega. ¿Por qué no dejas de escribir y te dedicas a otra cosa?, me digo. O mejor aún, ¿por qué no dejas para mañana, o para el año que viene o para el otro la promesa de esta página en blanco? Eso es precisamente lo que habían hecho un par de amigos míos que tenían talento para escribir pero que no escribían, porque con saber que tenían talento, y que algún día habrían de escribir obras maestras, con eso les bastaba para vivir contentos con el presente y en paz con el futuro.

Pero como no confío en mi talento, y mi inseguridad me hace además ser tozudo hasta el fanatismo, elevo entonces mi plegaria al señor de la invención y de la gramática.

*“¡Oh, señor!, a ti me encomiendo, socórreme en estos momentos de aflicción en que al tomar la pluma no sé si empuño el látigo o el cetro, lléname la cabeza de fantasías y concédeme la gracia de encontrar el nombre exacto de las cosas, de hacer poderosas las palabras humildes, interesante lo vulgar, nuevo lo viejo, de modo que pueda imaginar lo que nadie ha imaginado antes, y decirlo como nadie lo ha dicho nunca. Líbrame, señor, del sueño de la perfección, pero a la vez recuérdame que no merece la pena escribir si no se aspira a la perfección, para que así yo pueda conseguir el misterioso encanto de lo que, siendo imperfecto, su-*

*giere un vago presagio de perfección. Haz por mí ese milagro y yo te amaré siempre sobre todas las cosas.*

*Ayúdame a abandonarme descuidadamente a la inspiración, y a escapar de las garras de una excesiva responsabilidad y del miedo al fracaso, pero a la vez no me conviertas en un irresponsable que escribe a lo que sale, juguete de las musas, porque eso sería también una desgracia, haz de mí algo intermedio, concédeme el don de escribir a la vez como un sabio y un niño, o como ambas cosas a la vez, payaso y erudito, loco y cartesiano, dómine y funámbulo, hormiga y cigarra, enamorado, astrónomo, insomne, soñador. Y si me otorgas el poder de ser ignorante de nuevo y entrar en la región encantada de la inocencia, no te olvides de proveerme de unas alas, frágiles membranas, con las que pueda fugarme de esa región cuando me sienta prisionero de ella. Y hablando de esto, señor, no te canses de recordarme que he de amar los detalles, que con un hilo se entra en el laberinto, con un poco de cera se sale de él, por una manzana se pierde un paraíso, por un clavo un reino, y no consientas que me pierda en abstracciones sino que aprenda a descubrir el valor de lo pequeño y lo particular, que en su mínimo seno esconde la semilla de todo lo grande y esencial.*

*Pero si me extravías en la ignorancia y la inocencia y a la vez me das alas para huir de ella, cuida de que el peso de la prosa no vaya a impedirme elevar el vuelo. Hazme leve, pero hazme también denso, y transparente y opaco a la vez. Y, hablando de volar, y ya puestos a pedir pequeñas cosas, líbrame de pensar y planear demasiado para que la imaginación vuele mejor y pueda así abandonarme a la fluidez de la escritura y a los apremios del corazón.*

*Muéstrame el mundo como si estuviera recién hecho y lo viese de nuevas. Hazme sentir que cuando escribo estoy diciendo más de lo que digo, y que las palabras que salen de mí valen siempre mucho más que yo. Infinitamente más. Y ya de paso dame fuerzas para escarbar en la evidencia, hasta socavarla, para ver qué cosas, qué maravillas, qué secreto y cómico absurdo se esconde en su interior. Y hablando de evidencias, inspírame a cada instante para decir con ambigüedad lo que es evidente, y con precisión lo que es sutil. No me extravíes en jardines psicológicos o doctrinales, y, si lo haces, no permitas que se formen grumos teóricos o edificantes, sino que todo sea soluble y no enturbie las corrientes aguas puras, cristalinas, de la narración.*

*Hazme valiente, señor, para aventurarme en lo desconocido. Y ayúdame a liberar la palabra del concepto, y a pensar con imágenes, porque solo así podré encontrar vetas nuevas en la realidad y nuevas formas de llamar a las cosas. Concédeme vigor mental y alma de comediante para confundirme con el mundo, para transmutarme en ese pordiosero que se rasca los tobillos al sol, para sentir lo mismo que siente un barco en plena tempestad, para verme a mí mismo en mi primera noche de muerto bajo el tímulo de las estrellas, para ser el asesino que afila el cuchillo y espera a su víctima en la oscuridad y ser también la víctima, y el cuchillo, y las chispas del cuchillo brincando en la oscuridad, y que nada en el mundo sea ajeno a la fuerza desatada de la imaginación.*

*Ayúdame a pensar con un golpe de intuición lo que quiero decir y a decirlo sin más. Recuérdame que la belleza de una frase o de una página no es nada comparada con la de una escena o un capítulo. No permitas que me enrede en cada frase, en*



*cada palabra, sino por el contrario lánzame sin piedad al río voraginoso de la sintaxis. Y hablando de ríos, dame fuerza y talento para que, al escribir, el pensamiento y la imaginación vayan un paso delante de la pluma, abriendo brecha, la mente viva y tensa, puesto el instinto de cazador y la certera puntería en las frases venideras, explorando siempre las márgenes y el horizonte del río narrativo y sintáctico por el que navego. Concédeme la perspicacia de ver los procesos que discurren bajo las cosas, los ríos de tiempo por los que también ellas navegan.*

*Mira mi mano, poderoso señor, mira mi pluma cerniéndose sobre el papel: hazme ver y sentir el dinamismo y la tensión que hay en cada frase, su pequeño y secreto argumento, para que yo pueda llevarla en volandas y colmar así el ansia que toda frase tiene por llegar al final, y de paso revélame la herencia que cada frase o cada párrafo lega a los venideros. Y no permitas, señor, que olvide el lenguaje oral que oía de niño, recuérdame que esa y no otra es mi mejor escuela literaria, que allí mejor que en ningún libro está la música de la lengua, sus inagotables melodías, sus múltiples ritmos y registros, su verdadero genio. Y, según vaya escribiendo, permíteme intuir, solo entrever muy vagamente, la sombra simbólica de lo que escribo, su margen esencial, para sentir así mejor el delicioso y sobrecogedor poder de las palabras.*

*No permitas, mi señor, que confíe más en el argumento que en la escritura, pero regálame buenos argumentos, y haz que mis invenciones sean tan vívidas como mis recuerdos más reales, y que la imaginación muerda en el tema de un modo tan feroz y profundo que no pueda ya soltar su presa.*

*Y no te olvides de hacerme compasivo y misericordioso para poder abandonar así el territorio sombrío de lo individual y ocuparme del mundo, de la gente, de los personajes, y ver y comprobar que cada cual tiene sus razones, porque indagando en sus razones se me revelarán también sus más hondas miserias, y entonces mi alma se iluminará, y el cascabel del humor y de la ironía repicará de nuevo, y el mundo y sus gentes aparecerán ante mí más verdaderos e insondables que nunca.*

*Oye mi plegaria, señor, y apiádate de mí, en esta mi hora funesta de escritor”.*

Y así va uno trampeando, sobrellevando, sus miserias de escritor y contador de historias. Hasta que luego un día, porque sí, se escucha un rumor a lo lejos: son las palabras que regresan de nuevo, entre risas y músicas de fiesta. Son ellas. Entonces, un vago relieve se recorta entre la bruma, y aparecen aquí y allá una imagen, el eco de una voz, la silueta de un personaje, una idea, una expectativa, el lejano rumor de un conflicto. Débilmente, milagrosamente, uno vuelve a sentir la divina espina dorada punzando el corazón, y nota que las frases, el relato entero, comienza otra vez a latir.





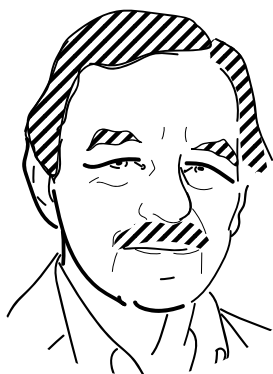


ALL SWAV  
MINI ZET  
NIP S  
ST



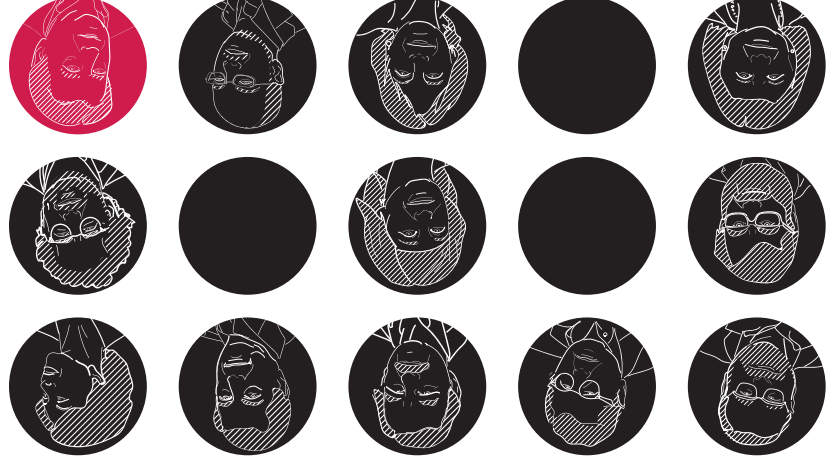
Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2020 en Ámsterdam y se presentó el 4 de noviembre de 2020 con motivo de la XV Conferencia Spinoza que tuvo lugar en Madrid y Utrecht.





2 0 0 6 - 2 0 2 0

# 15 AÑOS DE LA CONFERENCIA SPINOZA EN AMSTERDAM



15 AÑOS DE LA CONFERENCIA SPINOZA EN ÁMSTERDAM

15 JAAR SPINOZA—LEZING IN AMSTERDAM



2 0 0 6 - 2 0 2 0

# 15 JAAR SPINOZA— LEZING IN AMSTERDAM



15 JAAR  
SPINOZA—  
LEZING IN  
AMSTERDAM

## **Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo**

Catálogo General de Publicaciones Oficiales

<https://publicacionesoficiales.boe.es>

NIPO: 109-20-059-6

NIPO en línea: 109-20-060-9

© 2020 De esta edición: Agencia Española  
de Cooperación Internacional para el Desarrollo

©2020 De los textos: sus autores

Edición no venal

Esta publicación ha sido posible gracias a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

*Ministra de Asuntos Exteriores,  
Unión Europea y Cooperación*  
Arancha González Laya

*Secretaria de Estado de Cooperación Internacional*  
Ángeles Moreno Brau

*Director de la Agencia Española de Cooperación Inter-  
nacional para el Desarrollo*  
Magdy Esteban Marínez Solimán

*Director de Relaciones Culturales y Científicas*  
Guzmán Ignacio Palacios Fernández

*Coordinación editorial AECID*  
Héctor J. Cuesta Romero



## Instituto Cervantes

Catálogo de Publicaciones del Instituto Cervantes

<https://www.cervantes.es>

NIPO: 110-20-031-7

NIPO en línea: 110-20-030-0

*Director*

Luis García Montero

*Secretaria General*

Carmen Noguero Galilea

*Director de Gabinete*

Martín López-Vega

*Directora de Cultura*

Raquel Caleya Caña

*Directora del Instituto Cervantes de Utrecht*

Pilar Tena

*Coordinación de la edición*

Luis Tejero, Pilar Tena



## Embajada de España en los Países Bajos

*Embajadora*

María Jesús Alonso Jiménez

*Consejero Cultural*

Luis Tejero González

*Diseño de la edición*

Bosque de Mármol ed.

*Revisión de los textos*

Cristina Santalla, Paula Garín





15 JAAR  
SPINOZA—  
LEZING IN  
AMSTERDAM

2 0 0 6

~

2 0 2 0







<b>Spinoza—Lezing</b>	IX
<b>Zoeken naar de waarheid</b>	
Fernando Savater	13
<b>Van de humor van Quevedo tot de ironie van Cervantes</b>	
Alfredo Bryce Echenique	27
<b>Literatuur en identiteit oftewel het raadsel van de paella</b>	
Eduardo Mendoza	55
<b>De Inca Garcilaso en de lingua franca</b>	
Mario Vargas Llosa	83
<b>Interview Isabel Allende</b>	
Ricardo Cuadros	105
<b>Het onvolkomen geheugen</b>	
Antonio Muñoz Molina	141
<b>Tegen de dood</b>	
Rosa Montero	151
<b>Taal en literatuur van de tropen: van imperiaal naar internationaal Spaans</b>	
Héctor Abad Faciolince	173
<b>Europa, jongeren en transportmiddelen</b>	
Alicia Giménez-Bartlett	197
<b>De ondergeschikte personages in de <i>Don Quichot</i></b>	
Soledad Puértolas	215
<b>Herinneringen uit het hiernamaals Schrijven in Mexico tijdens de Loden Jaren</b>	
Jorge Volpi	235
<b>Lezer, schrijver, docent</b>	
Luis Landero	255



# S P I N O Z A — L E Z I N G

*Tripartiet initiatief van de culturele afdeling  
van de Spaanse ambassade in Den Haag, de  
Universiteit van Amsterdam en het Instituto  
Cervantes Utrecht*

De Spinoza-conferentie vindt plaats in november 2005 in Amsterdam met het bezoek van Carlos Fuentes aan Nederland op uitnodiging van de Mexicaanse ambassade. De beroemde Mexicaanse schrijver geeft vervolgens twee geweldige lezingen die goed worden ontvangen en die georganiseerd worden in samenwerking met de culturele afdeling van de Spaanse ambassade in Den Haag en het Instituto Cervantes Utrecht. Een van de lezingen, gegeven bij de Universiteit van Amsterdam, gaat over de betrekkingen tussen Spanje en Mexico vanaf die ‘eerste globalisering’ in 1492. De andere, bij de Universiteit van Utrecht, over Don Quichot; hoe kan het ook anders in dat jaar vol eerbeton aan Cervantes?

Zo ontstaat de wens om deze ervaring van een prestigieuze conferentie in het Spaans te herhalen en opnieuw aan te bieden bij de Universiteit van Amsterdam. In 2006 wordt Fernando

Savater uitgenodigd. Met vriendelijkheid, humor en kennis beantwoordt de schrijver en filosoof de vragen van het publiek naar aanleiding van zijn lezing *Zoeken naar de waarheid*. Zijn conferentie bevestigt het begin van de reis van dit tripartiete initiatief met de ambitie om hispanisten en liefhebbers van de Spaanstalige cultuur in Nederland de mogelijkheid te bieden om de belangrijkste hedendaagse Spaanstalige schrijvers en denkers te leren kennen. Savater zelf stelt voor om de conferentie de naam Spinoza te geven, naar de Amsterdamse filosoof van Sefardische afkomst, meester en inspiratiebron van deze Spaanse denker.

Tijdens de tweede editie van deze nieuwe Spinoza-conferentie in 2007, speelt de Peruaanse schrijver Alfredo Bryce Echenique de hoofdrol, die het publiek verrast met een diepgaande lezing over het mechanisme van humor in de literatuur. De derde conferentie, in november 2008, wordt gegeven door de Catalaanse schrijver Eduardo Mendoza, die het publiek laat lachen met zijn spontane en grappige toespraak over de Spaanse literatuur uit de twintigste eeuw, met daarin, net als bij de Peruaanse schrijver, de Cervantijnse ironie die naast het veroorzaken van gelach, zorgt voor een diversiteit aan betekenissen. De vierde editie van de Spinoza-conferentie in 2009 wordt verzorgd door de winnaar van de Nobelprijs voor literatuur, Mario Vargas Llosa, met een wetenschappelijke en vermakelijke uiteenzetting over zijn werk *De Inca Garcilaso en de lingua franca*.

In 2010 zal Isabel Allende het conferentieformat vernieuwen door het genre dialoog in ere te herstellen met hulp van de Chileense schrijver Ricardo Cuadros. In 2011 wordt de zesde

Spinoza-conferentie gehouden in de Magna-zaal van de Universiteit van Utrecht door Antonio Muñoz Molina. Dit keer wordt de bijeenkomst gepresenteerd als een gesprek waarin Pablo Valdivia, hoogleraar Spaanse literatuur aan de Universiteit van Amsterdam, met de auteur praat over onderwerpen die met zijn werk te maken hebben. Vandaar springen we naar het recentere 2013 en keren we terug naar de Universiteit van Amsterdam, waar Rosa Montero in haar conferentie Tegen de dood een literaire en zeer persoonlijke reis maakt door het proces van vertellen, verbeelden en creëren.

In de meer recente edities bezoekt Héctor Abad Faciolince ons in 2015 om te praten over Taal en literatuur van de tropen: van imperiaal naar internationaal Spaans, en Alicia Giménez-Bartlett in 2016 met het thema Europa, jongeren en transportmiddelen. Opgevolgd door de Chileense Jorge Edwards en de Spaanse schrijfster en wetenschapper Soledad Puértolas, die in 2018 sprak over De ondergeschikte personages in de Don Quichot.

In november 2019 kwam Jorge Volpi vanuit Mexico naar Amsterdam om de laatste Spinozaconferentie te geven die in die stad werd gehouden met als thema Herinneringen uit het hiernamaals. Hoe stel je anderen voor vanuit het centrum van geweld.

En tot slot, in het jaar van de 15e verjaardag van dit bijzondere programma, hebben we het enorme voorrecht te kunnen rekenen op de Spaanse schrijver Luis Landero die met zijn gebruikelijke meesterschap een boeiende conferentie geeft onder de titel *Lezer, schrijver, docent*.

**2006**

# ZOEKEN NAAR DE WAARHEID

*Fernando Savater*



Staat u mij toe een herinnering op te halen aan iets weinig gedenkwaardigs, namelijk de eerste openbare lezing die ik in mijn leven heb gehouden voor een publiek dat vanzelfsprekend klein was, maar aandachtiger en beleefder dan ik had mogen hopen. Ik noem het ironisch een ‘lezing’, maar in werkelijkheid was het een eenvoudig praatje, een gelegenheid om mij wijs en pedant voor te doen (ik was toen niet meer dan een weinig gemotiveerde student in zijn laatste studiejaar) tegenover andere studenten uit lagere leergangen en berustende studiegenoten van mijzelf. Deze bagatel vond plaats in een aula in de rechtenfaculteit van de Universidad Complutense, recht tegenover mijn studentenhuis, en was georganiseerd door een oude vriend van de middelbare school die zich verplicht voelde mij uit te nodigen uit een misplaatst of pervers gevoel van kameraadschap. Het onderwerp van mijn dissertatie was ‘Het logisch positivisme’, een ingewikkelde kwestie waarover ik toen

waarschijnlijk nog minder wist dan nu, hoe onwaarschijnlijk dat ook lijkt. Ik herinner me niets van wat ik toen zei, behalve dat ik eindigde met een citaat van de Catalaanse dichter Salvador Espriu, dat ik toen zonder risico aanhaalde, afkomstig uit een Spaanse vertaling van *La pell de brau*:

*De woorden lieten ons wegzakken*

*In de zwarte put van ontzetting.*

*Andere woorden tilden ons op*

*Naar een nieuwe helderheid.*

Maar als je haar bekijkt vanuit het perspectief van het verstrijken der jaren, waardoor omstandigheden worden uitgewist en geaccentueerd in reactie op het bedrieglijke maar onvervangbare criterium dat onze voorouders ‘het lot’ noemden, was deze eerste publieke manifestatie een afdoende vooraankondiging van wat mijn latere intellectuele koers zou zijn. De technische kronkels van de filosofische school van Moritz Schlick en Rudolf Carnap zijn mij nooit erg vertrouwd of sympathiek geweest, noch heb ik er ooit veel geestelijke verwantschap mee gevoeld. Ik koos dit onderwerp echter omdat ik van mening was dat het een poging tot kritiek behelsde —vanuit een veel-eisend rationalisme— op de duistere ideeën van de dogmatische en voorvaderlijke metafysica, die negentig procent uitmaakte van wat ons door onze beroemdste leermeesters van de franquistische academie werd voorgeschoteld als duurzaam gedachtegoed. Waarschijnlijk was ik onbillijk in mijn radicalisme, al is dat —zoals Jean Cocteau opmerkte— een voorrecht en plicht van de jeugd. Het meest relevante van de boodschap die ik probeerde over te brengen stond in elk geval in de slotregels van Espriu en niet in de moeilijke schoolse redeneringen die



waren overgenomen van Alfred Julius Ayer en andere geestverwanten. De fundamentele paradox van mijn theoretische leven was dat ik een dappere rationalist was, verliefd op de voor mij bijna onbekende wetenschappelijke methode, maar stevast de meest toepasselijke uitdrukkingsvormen zocht voor het strikte wereldbeeld dat ik nodig achtte voor de schietgebedjes van de dichters... Dat is ook ditmaal het geval, aangezien in deze strofe van de Catalaanse dichter de stemmen voorkomen die mijn bescheiden carrière vanaf dat moment bondig hebben aangekondigd: ‘woorden’, ‘ontzetting’ en ‘helderheid’.

Oftewel de woorden tussen ontzetting en helderheid. Ons onderdompelend in het ene, ons oprichtend naar het andere om onszelf te verlossen. Woorden zijn van meet af aan de hoofdrolspelers van mijn taak geweest, de instrumenten die ik heb geprobeerd te polijsten en te gebruiken, de grenspalen (soms lansen waarop een vijandelijk hoofd is gespietst, soms een geurige en bloeiende haag) die het territorium afbakenen waarbinnen ik mij mag bewegen. Ik heb ze gecultiveerd om me uit te drukken en te verdedigen, ik heb geprobeerd ze aan anderen te leren om dienst te doen als vergrootglas of spade, maar nooit als val. Woorden die altijd vloeiden en draaiden tussen de zwarte put van de ontzetting en de bevrijdende helderheid. Maar bestaan er dan geen duidelijke en verschrikkelijke, echt verschrikkelijke woorden? In zekere zin lijkt het dat het antwoord bevestigend moet zijn: sommige dingen waarvan we de bekendheid het minst in twijfel trekken, zijn precies de dingen die ons angst inboezemen (vooral het Ding per definitie, het onnoembare dat alles direct of indirect benoemt). Luciditeit en kennis staan te vaak voor iets wat allesbehalve een troost is, maar juist verontrust en verwacht. In ‘Prediker’ wordt al gezegd

dat wie de menselijke kennis vergroot, de pijn vergroot. Het enige dat wij uiteindelijk met volledige zekerheid weten, is dat de weg naar onze eindigheid allengs kwijnender wordt en ten slotte doodloopt. Zoals de dichter uit Navarra, Ramón Eder, zegt in een aforisme dat een meesterwerk van zwarte humor is: ‘Het einde rechtvaardigt de angsten’. Er is dus niets vreemds aan dat zovelen helderziendheid als te verstikkend afwijzen en liever vasthouden aan het meest Spaanse en quichoteske oordeel dat er bestaat: ‘Van illusies kun je ook leven’.

Desondanks heb ik, ook al kunnen ze je soms doen huiveren en schrikken, altijd de voorkeur gegeven aan duidelijke en onderscheidende woorden —om de formule van het cartesiaanse rationalisme maar weer op te pakken— dat wil zeggen, woorden die naar waarheid streven en op een desillusie uit zijn, hoe wreed dat soms ook kan uitpakken. Tot deze keuze word ik niet door stoutmoedigheid gebracht, maar juist door een angst die heftiger is dan elke rilling die het gevolg is van kennis. Om het in één keer duidelijk te maken: er is niets dat mij meer angst inboezemt dan onwaarheid. Ik sta volledig achter het hartstochtelijke pleidooi dat Marlow, de ik-figuur uit het onvergetelijke *Het hart der duisternis* van Joseph Conrad, houdt tegenover zijn zwijgende gehoor: U weet dat ik de leugen haat, veracht en ondraaglijk vind, niet omdat ik rechtschapener zou zijn dan anderen, maar simpelweg omdat ze mij met afschuw vervult. De leugen heeft een ondertoon van dood, de smaak van sterfelijkheid, en dat is precies wat ik in de wereld het meeste haat en veracht en wat ik wil vergeten. Het geeft mij een akelig en ziek gevoel, als de beet van iets bedorvens. Ik denk dat het een kwestie van temperament is.<sup>1</sup> Ik persoonlijk geloof dat deze afwijzing iets meer is dan een kwestie van temperament. De

leugen, oftewel de vrijwillig aanvaarde en verkondigde onwaarheid, is onafwendbaar verwant met de dood: of vloeit, wat op hetzelfde neerkomt, daaruit voort of brengt ons er dichterbij. Ze vloeit voort uit de dood omdat wij anderen en onszelf voorliegen uit sterfelijke zwakte, uit beschroomdheid en vrees voor andere personen of omstandigheden waartegen we niet opgewassen denken te zijn; maar de leugen brengt ons vroeg of laat dichterbij de dood die we proberen te ontwijken, omdat ze de povere hulpmiddelen vervalst die we zouden kunnen inroepen tegen de gevaren die op de loer liggen. Ik herinner me nu de dialoog tussen Audrey Hepburn en Cary Grant in *Charade*, de heerlijke zwarte komedie van Stanley Donen. Zij zegt dat de hele wereld liegt en vraagt zich klaaglijk af waarom de mensen zoveel liegen. Cary Grant, als expert in het verkondigen van onwaarheden, antwoordt haar: Omdat ze iets willen en bang zijn het niet te krijgen als ze de waarheid spreken. Hij zegt er niet bij dat het nog minder waarschijnlijk is dat ze het krijgen als ze liegen. Ook al is er ongetwijfeld nergens definitieve verlossing te verkrijgen, alleen de waarheid biedt af en toe de mogelijkheid voor gedeeltelijke en voorlopige verlossing, die ons onrustige bestaan ontlast en verlicht. Men kan inderdaad ook van illusies leven, zij het voor korte tijd: maar leugens zijn altijd, en vaker vroeger dan later, de bezegeling van onze vernietiging.

Het zoeken naar woorden die streven naar werkelijke helderheid bevrijdt ons uit de afschrikwekkende zwarte put van de leugen waarin de dood, de grote vermolmer van onze zijns-toestand, ons stort. Ik weet dat deze benadering als verouderd geldt binnen het huidige filosofische panorama, waar datgene prevaleert wat Claudio Magris, wellicht met overdreven ver-

ontwaardiging, het stroperige postmodernisme noemde, waar alles inwisselbaar is voor het tegendeel en de restanten van de Zwarte Missen zich op hetzelfde niveau plaatsen als het denken van de Heilige Augustinus.<sup>2</sup> Deze doctrine bepaalt het ontluiken van het klassieke waarheidsbeeld als een onderlinge aanpassing tussen wat wij denken, wat wij zeggen en wat zich in het universum bevindt, onafhankelijk van onze lusten en bevelingen. Wat voorheen de waarheid of valsheid van een bewering bekrachtigde, was de overeenstemming daarvan met de feiten, aan de halsstarrige aanwezigheid waarvan niet te tornen viel. Maar vanaf Nietzsche —zo zeggen ons de postmodernisten— kunnen we niet anders dan toegeven dat er geen feiten bestaan, maar alleen interpretaties (wat overigens, zoals Nietzsche zelf geloofde, niet zo ver afstaat van wat Kant op zijn beurt al had uitgelegd). Zelfs het feit dat er geen feiten maar alleen interpretaties bestaan, is op zichzelf niet meer dan weer een interpretatie, bovenop de voorgaande... Wat vervolgens als waarheid wordt vastgesteld aan de hand van dit criterium (of liever gezegd bij het ontbreken daarvan), is de altijd voorlopige overeenkomst tussen gelijktijdig optredende interpretaties, gegroepeerd in culturele of hermeneutische tradities. Ik ben het duidelijk niet eens met deze benadering of, zo u wilt, met deze interpretatie van de werkelijkheid.

In enkele van mijn boeken, zoals *De vragen van het leven*, en vooral in het hoofdstuk ‘Het kiezen van de waarheid’ uit *De moed om te kiezen*, opper ik een visie die zich op wezenlijke punten afzet tegen de postmoderne opvatting. Ik veronderstel daarin dat er verschillende waarheidsgebieden bestaan, al naargelang de verschillende niveaus waarop de werkelijkheid wordt beschouwd —dat van de experimentele wetenschap,

van de geschiedwetenschap, van de literatuur, van de mythologie, van het spel, et cetera...— en dat de gevaarlijkste onwaarheid voortvloeit uit pogingen om de waarheid die met een van deze gebieden correspondeert ook op een ander terrein van toepassing te verklaren. Dit neemt niet weg dat de objectieve waarheid op het juiste vlak niet alleen een mogelijkheid is, maar intellectueel onontbeerlijk voor een gezonde geest. De postmodernisten zien de breedst mogelijke overeenstemming als de enige effectieve methode om achter de waarheid te komen, maar volgens mij komen ze daarbij in botsing met de kern van de taal die wij gemeen hebben, zoals Hans Albert heeft opgemerkt: Binnen het kader van een taal die —zoals de menselijke taal— een representatieve functie heeft, zou het heel moeilijk kunnen zijn de gedachte van een adequate representatie op te geven, een gedachte die volledig onafhankelijk is van een mogelijke consensus.<sup>3</sup> Voor het overige geloof ik stellig dat onze waarheden (en onze kennis) altijd op ons lijken, zij het niet om culturele of hermeneutische redenen, maar om redenen van evolutie. Onze gevoelens, bezonken via het biologische en tevens historische proces dat wij evolutie noemen, zijn het beste bewijs van het bestaan van een wereld van feitelijkheden, waarvan een adequate kennisname van vitaal belang is. En de aanpassing van dergelijke zintuiglijke informatie behelst uiteraard wezenlijke elementen die volstrekt onafhankelijk zijn van de traditie of de cultuur waartoe het subject behoort. Onze zintuiglijke vermogens maken ons echter tevens duidelijk dat we niet geschapen zijn om alles te doorgronden, maar alleen datgene wat overeenstemt met onze ontologische schaal. Daarom is de vermenigvuldiging van onze wetenschappelijke kennis door middel van technologische prothesen het meest fascinerende en tegelijkertijd meest riskante avontuur van onze

soort. Voor het overige, buiten dit evolutionaire kader, durf ik te bekennen dat de definitie van de waarheid die mij in wezen het meeste aanspreekt de puur ontologische definitie is van Manlio Sgalambro: Ik heb de waarheid wel eens gedefinieerd als een wereld zonder mensen.<sup>4</sup>

Op het gebied van de fysieke realiteit is de wetenschappelijke methode die soortgelijke gebeurtenissen altijd op gelijke wijze behandelt en volgens een uniek verklaringsmodel ordent, voor ons mensen zonder twijfel de meest geëigende weg om significante waarheden te verzamelen. Het nut daarvan is echter veel kleiner wanneer we ons bezighouden met morele kwesties. Dat is het vervelende: de wetenschappelijke methode is geschikt om problemen op te lossen die ons veel minder beangstigen dan andere problemen waarop geen goed gefundeerde antwoorden te geven zijn. De grote oorlogen tussen mensen gaan niet over tegengestelde meningen omtrent geologie of kernfysica: wetenskapen plegen geen aanslagen op mensen die het optellen niet machtig zijn. De onderwerpen die de mensen werkelijk bezighouden, die hen bewegen tot deelname aan stakingen, tot het bedrijven van politiek en tot het gooien van bommen, betreffen precies die kwesties die nooit beslist worden door de wetenschap. Maar toch zijn we geneigd juist over die onderwerpen een ferm standpunt in te nemen en te verdedigen wat we voor waar houden.<sup>5</sup> Om het ergste fanatisme te vermijden hebben we op deze gebieden uiteindelijk min of meer rationale antwoorden nodig, en de wetenschappelijke rationaliteit is daar voor ons niet bruikbaar, of in ieder geval niet afdoende. In de loop van de eeuwen hebben talrijke religieuze of mythologische doctrines weinig consistente interpretaties over het heeel opgeleverd, maar wel hebben ze waardevolle opheldering ver-

schaft inzake de innerlijke wereld van onze lusten, plichten en angsten. Zoals Ernest Gellner stelt: De geloofssystemen uit het verleden waren technisch onbetrouwbaar maar boden morele troost. Bij de wetenschap is het tegenovergestelde aan de hand.<sup>6</sup> Ik vermoed dat om die reden bepaalde regressieve bewegingen hun toevlucht zoeken tot pseudo-wetenschappelijke uiteenzettingen zoals het zogeheten ‘Intelligent Design’ om een alternatief te vinden voor de algemene desillusie over de werkelijkheid die is veroorzaakt door de wetenschap. Het tot elke prijs eisen van troost is wellicht vanuit intellectueel gezichtspunt naïef, maar het zoeken naar oriëntatie in de richting van een beter leven is dat ongetwijfeld niet.

De belangrijke vraag is in ieder geval of wij op het gebied van waarden en idealen kunnen streven naar enigerlei vorm van bewezen helderheid, oftewel waarheid, die in zekere mate vergelijkbaar is met wat de wetenschappelijke methode op haar terrein biedt. Het relativisme —een andere ideologie die momenteel veel voorkomt— verzekert dat het onmogelijk is in morele kwesties enige vorm van onbetwistbare objectiviteit te bereiken. Dit blijkt ondenkbaar omdat —in tegenstelling tot wetenschappelijke waarheden die voor ieder gelijk zijn zolang de juiste methode wordt gehanteerd— ons gezegd wordt dat waarden en idealen sociologisch en zelfs antropologisch geconditioneerd zijn. Dat betekent dat waarheden die door de wetenschap worden verkregen afkomstig zijn van de rationaliteit die wij delen, terwijl ethische codes afhankelijk zijn van de maatschappelijke groepering waartoe we behoren. Op deze manier torpedeert het relativisme zijn eigen ethische perspectief, door kortsluiting te veroorzaken in zijn kerndoel, namelijk het leren begrijpen van andermans meningen en het opvijze-

len van andermans motieven tot algemene redeneringen... of in elk geval aangeven waarom die als zodanig kunnen worden verworpen. Volgens de meest consciëntieuze aanhangers van het relativisme berust deze kritiek op de wil het axiologische pluralisme te verruimen en te versoepelen, maar ik ben van mening dat op deze manier elke reële mogelijkheid van een moreel compromis op universele schaal schipbreuk lijdt, de enige mogelijkheid die in onze geglobaliseerde wereld in overweging kan worden genomen. Het is spijtig (om niet te zeggen: ongehoord) dat zowel financiële belangen van speculanten als creditcards en wapenhandel wel geglobaliseerd kunnen worden, maar niet methodes om zowel individuele als collectieve menselijke gedragingen te taxeren, op te hemelen en te veroordelen. Vanzelfsprekend betekent dit een veto voor elke vorm van internationale wetgeving die aanvaardbaar zou kunnen zijn voor de gezamenlijke wereldburgers...

Laten we erkennen dat er in de morele wereld niets analoog is aan de fysieke causaliteit van de wetenschappers: wij delen noodzakelijkerwijze de gebeurtenissen in de externe wereld, maar de subjectieve processen beantwoorden aan een innerlijke omgeving die alleen overeenstemt met datgene wat iedereen verkiest. Indertijd heb ik gewezen op het verschil tussen het rationele —dat wil zeggen, de beste manier om ons te verstaan met objectieve kwesties op het gebied van feiten en materiële processen— en het redelijke, dat betrekking heeft op hoe te handelen inzake onderwerpen en oorzaken die wij spiritueel noemen. Dit laatste proces voltrekt zich gewoonlijk in de eerste persoon, zoals Bernard Williams heeft vastgesteld, terwijl het eerste een derde persoon toelaat: dit is het verschil tussen ‘hoe moet ik leven?’ en ‘wat moeten wij voor waar hou-



den?’ Naar mijn mening impliceert het redelijke echter niet pure subjectiviteit, maar accepteert het ook parameters die onderworpen zijn aan intersubjectieve toetsing. Het omgaan met individuen verplicht tot het luisteren naar hun motiveringen en tot een poging het aanvaardbare gedeelte van hun waarden te incorporeren in de gemeenschappelijke rede die onze doelstelling is. Zoals *William James* zei: Op de belangenschaal dient de hoogste plaats te worden toegekend aan de idealen die triomferen ten koste van de minste opofferingen, oftewel die idealen waarvan de realisering de vernietiging van zo min mogelijk andere idealen impliceert. Aangezien er zowel een overwinning als een nederlaag moet zijn, moet de filosoof de overwinning wensen van de meest omvattende partij, die zelfs op het moment van haar triomf rekening zal houden met de waarden van de overwonnenen.<sup>7</sup> Dit valt zonder twijfel moeilijk te waarderen en te beargumenteren, maar het lijkt mij bijzonder relevant om burgers te stimuleren die zowel willen vluchten voor fanatisme als voor relativistische apathie.

Ik keer terug naar het begin, naar mijn begin. Woorden, helderheid, afschuw... Ondanks alle onvolkomenheden van mijn levenspad, dat ik nu overzie en maar al te goed ken, lijkt het zoeken naar de waarheid en het opeisen daarvan mij nog steeds de meest beschaafde inspanning waard. Ik verklaar dit niet als filosoof, maar bovenal als opvoeder, omdat het zoeken naar en verdedigen, verduidelijken, verspreiden en betwisten van de waarheid vergelijkbaar is met filosofie en opvoeding. Ik durf zelfs te beweren dat ik ernstig betwijfel of authentieke filosofie tegenwoordig iets anders kan zijn dan het nadenken over de waarheden van onze kennis, dat voorrang verdient en als onontbeerlijke basis moet fungeren voor iedere educatieve taak.



- 1 Joseph Conrad. *El corazón de las tinieblas* (Nederlandse vertaling: *Hart der Duisternis*), Spaanse vertaling, Sergio Pitol, Universidad Veracruzana, Mexico 1996. Pagina's 71-72.
- 2 Claudio Magris. *Microcosmos*, Spaanse vertaling, J.A. González Sáenz, Anagrama, Barcelona 1999. Pagina 150.
- 3 Hans Albert. *Racionalismo crítico, Síntesis*, Madrid 2002. Pagina 60.
- 4 'Ik heb de waarheid soms gedefinieerd als de wereld zonder de mens.' In *Diálogo teológico*, Adelphi, Milaan 1993. Pagina 21.
- 5 Michael P. Lynch. *La importancia de la verdad (True to Life: Why Truth Matters)*, Paidós, Barcelona 2005. Pagina 108.
- 6 Ernest Gellner. *Posmodernismo, razón y religión (Postmodernism, Reason and Religion)*, Spaanse vertaling, R. Sarró Maluquer, Paidós, Barcelona 1994. Pagina 79.
- 7 William James. *La voluntad de creer (The will to believe)*, Franse vertaling: L. Moulin, Les Empêcheurs de penser en rond, Parijs 2005. Pagina 207.

**2007**

# VAN DE HUMOR VAN QUEVEDO TOT DE IRONIE VAN CERVANTES

*Alfredo Bryce Echenique*



Ik wil deze lezing niet beginnen zonder eerst een paar proefballonnetjes op te laten die verschillen qua vorm en inhoud, maar waarvan ik hoop dat alles wat erop volgt de bedoeling en de betekenis van elk van deze ballonnetjes zal ophelderen. Hier komt het eerste, dat afkomstig is van mij, niet omdat ik op de voorgrond wil treden, maar juist integendeel, omdat ik in deze lezing bijna elke verwijzing zal vermijden naar de ‘materie’ waaruit de humor bestaat die mijn boeken kenmerkt. Hier komt dus het eerste ballonnetje: ‘Ik heb een hekel aan de luide en volledige schaterlach: een lach die zoveel lawaai maakt en waardoor je mond zo ver opengaat, dat je je ogen bijna dicht moet doen, die je blind en doof maakt en dus niet in staat tot ook maar enige observatie of reflectie’.

Het tweede ballonnetje is van Eduardo Galeano, uit zijn *Kroniek van het vuur*, en heeft betrekking op Buster Keaton en

Chaplin: ‘Zij weten dat er geen serieuzer zaak is dan de lach, een kunst die veel, heel veel werk vergt, en dat het laten lachen het mooiste is dat je kunt doen terwijl de wereld blijft draaien in het universum’.

Het derde ballonnetje is van Erica Jong in *Het ritsloze nummer*: ‘Elk systeem is een dwangbuis wanneer je er met alle geweld volledig en zonder humor aan vast wilt houden. Ik geloofde niet in systemen. Al het menselijke was in laatste instantie onvolmaakt en absurd. Waar geloofde ik dan in? In humor. In het lachen om systemen, om de mensen, om mijzelf. Zelfs in het lachen om mijn eigen behoefte om voortdurend te lachen. In het zien van het veelzijdige, diverse, vermakelijke en tragische leven, met momenten van verschrikkelijke schoonheid. In het zien van het leven als een vruchtentaart, met heerlijke pruimen en bedorven amandelen, maar bestemd om hongerig door ons opgegeten te worden, omdat we ons niet kunnen verheugen op de pruimen zonder ons af en toe te vergifigen met de amandelen’.

Het vierde ballonnetje is van de Franse meester Etiemble, in zijn voorwoord bij *La trahison des clercs (Het verraad van de klerken)* van Julien Benda (1927): ‘In de Ilias wordt het vaderland van de vijand altijd het heilige Iliion genoemd en het meest aangrijpende personage is niet een Griek, maar de Trojaan Hector. Klaarblijkelijk hebben de intellectuelen van rechts en links de pagina’s van de *Ilias* vergeten (of hebben zij ze nooit gelezen) waarin wordt verteld over het afscheid van Hector en Andromache, en ook de pagina’s waarin gesproken wordt over Priamus voor de voeten van Achilles (...) Etiemble

besluit aldus Laten wij argwaan koesteren jegens de dodelijke valstrik die coherentie heet’.

Het vijfde ballonnetje, van de Spanjaard Max Aub, in zijn roman *La calle de Valverde (De straat van Valverde) (1970)*: ‘Ons ontbreekt de humor. Soms vraag ik mij af hoe Cervantes Spaans kon zijn. Wij hebben te dik bloed, zoals de aarts-priester van Hita. Grappen, lompe grappen of helemaal geen grappen hier nemen we alles serieus. Valle Inclán had het wel, maar dat is geen gevoel voor humor, maar voor klucht. Het ontbreekt ons aan wellevendheid. Lomp zijn betekent hier niet veel; wij zijn niet koudbloedig: we gaan onmiddellijk over tot actie. Daarom zijn we verstoken van filosofen en hebben we een overvloed aan kleine doeners (...); en we voelen ons gewond in onze ziel en lachen met klapperende kaken (...) Hetzelfde overkomt ons in de keuken. Hier is alles dik, om te beginnen de vrouwen en het zout; en dat valt in de smaak’.

Het zesde ballonnetje nu, van Julio Cortázar (*interviews met Omar Prego, 1982-83*): ‘Een Latijns-Amerikaanse schrijver die zich definieert als schrijver en die de ambitie heeft om schrijver te zijn, is een figuur die zich automatisch zeer serieus voordoet. Dit leidt tot literatuur van de ernst (...) Latijns-Amerikanen in het algemeen en Argentijnen in het bijzonder verwijt ik een aanzienlijk gebrek aan humor. Ik vraag me af wat ons kan verlossen van de ernst (...) Ik veronderstel dat nationale volwassenheid ons uiteindelijk kan doen begrijpen dat humor geen privilege van de Engelsen of van Borges en Adolfo Bioy Casares hoeft te blijven’.

Ten slotte twee ballonnetjes die ik tegelijkertijd oplaat, omdat ik geloof ze elkaar aanvullen met volmaakte humor, ernst en belangwekkendheid: dat humor niet het tegenovergestelde is van ernst, maar van verveling. Ik ben van mening dat dit, behalve een gemeenplaats, een waarheid is als een koe. Ik geloof dat het feit dat bij een wedstrijd van Chaplin-imitators Chaplin zelf op de derde plaats eindigde niet alleen een grappige anekdote is, maar een felle aanklacht tegen een jury die hoogstwaarschijnlijk de gehele wedstrijd schaterlachend heeft doorgebracht.

Welnu. Laten we nog even een deel van de woorden door-nemen uit het ballonnetje van Cortázar, waarin hij bevestigt dat ‘humor een privilege is van de Engelsen’. Deze woorden vinden, althans vanuit geografisch oogpunt, hun weerklank bij de Catalaanse essayist Luis Racionero, wanneer ook hij in *El Mediterráneo y los bárbaros del Norte (De Middellandse Zee en de barbaren uit het noorden)* (1985) bevestigt: ‘Onder de landen van het noorden is er slechts één, Engeland, waar ironie op natuurlijke wijze bedreven wordt. Daarom zijn zij het meest geciviliseerd’.

Zonder enige twijfel verliest het bestaan van de humor zich in de nacht der tijd en bestond humor al lang voordat er een naam voor bestond. Het meest waarschijnlijke is dat de humor ontstond op de dag dat het Ug voor het eerst lukte om te gaan staan in zijn grot, maar dat hij de pech had dusdanig zijn hoofd te stoten dat hij buiten westen raakte, waarmee hij bereikte dat Og ging lachen en naar Ig rende om dit te vertellen. Humor is niets anders dan observatie. In tegenstelling tot spitsvondigheid en uitlachen is humor uitermate willekeurig en nutteloos



in zijn intentie, omdat hij naast zijn eigen bestaan geen enkele functie heeft.

Humor is natuurlijk niet uitgevonden door de Griekse dramaturgen, noch door de aristocratische Romeinse dichters, en evenmin bestaat er enige theorie over wat mensen aan het lachen maakt. Een humorist die voordat hij begint te schrijven een theorie over de lach bestudeert, komt net zo absurd over als een pasgetrouwd stel dat een tekst over de echtelijke liefde doorbladert alvorens het licht uit te doen. Het kan zijn daaruit enige informatie valt te putten, maar het levert uiteraard niets op dat zelfs maar de creatieve aandrang bevordert. Of het moet zijn dat de enige theorie over de humor die ik mij veroorloof te noemen de mijne is, ongeacht de teksten en citaten waarop ik me baseer. En deze theorie machtigt mij tot de uitspraak dat alle, werkelijk alle theorieën over humor correct zijn, maar dat geen enkele daarvan helemaal volledig is.

Om even oprecht als precies te zijn, zeg ik u dat sir William Temple, diplomaat, essayist en uiteraard Engels, al in 1690 beweerde dat humor een Engelse, honderd procent Engelse uitvinding was, dus zelfs niet Schots, Iers of Welsh. Hij beweerde dit in een essay getiteld 'Over poëzie', in het tweede deel van zijn *Miscellanea*, een boek dat gepubliceerd is in 1690. Ik herhaal dit nogmaals, alleen om erop te wijzen dat tot op heden, drie eeuwen later, nog niemand een dergelijke verklaring in twijfel heeft getrokken. Integendeel: zelfs een groot dramaturg, essayist en verteller als Pirandello laat in zijn uitgebreide en diepgaande studie, die uitgerekend de titel *Wat is humor?* (1908) draagt, niet na sir William Temple althans gedeeltelijk gelijk te geven.

Zijn visie op het onderwerp lijkt echter te gek voor woorden en haast ongeloofwaardig, hoewel misschien heel simpel en logisch voor een Engels staatsburger. Sir William beweert zelfs en men is geneigd dit met welwillende en glimlachende beleefdheid op te vatten dat de Britse humor het product is van de rijke grond van Engeland, van het beroerde klimaat en van de vrijheid. Vrijheid is bijvoorbeeld een bron van veel humor omdat deze voortkomt uit het observeren van de zeer vreemde, diverse en incongruente gedragingen van mensen, dit in tegenstelling tot het grootste deel van Europa, waar het despotisme van overheidswege een karakterologische uniformiteit van de burgers tot gevolg had, op grond waarvan er slechts twee typen Fransen, Duitsers, Italianen en Spanjaarden bestonden: jan met de pet en de edelman. 'Humoristisch gedrag, *betoogde sir William*, vereist een zeer vrije maatschappij om te kunnen floreren. Daarbij komt dat het beroerde klimaat van Engeland ertoe leidt dat zijn inwoners halsstarrig individualistische wezens zijn, wat weer een kenmerk is dat zich perfect leent voor humor. Wij hebben meer humor omdat elke Engelsman hoe dan ook zijn natuurlijke neigingen volgt en daarvan geniet en er zelfs trots op is'.

Waar sir William zeker gelijk in heeft wat het Engelse karakter van de humor betreft, is het bestaan van het woord op zich. Dit bestond bijvoorbeeld niet in Duitsland en in Frankrijk refereerde het aan een gemoedstoestand of karaktertrek. Pirandello van zijn kant erkent dat het Italiaanse woord uit het Latijn afkomstig is en betrekking heeft op de psychische en fysieke gezondheid, omdat met 'humores' de vier belangrijkste vloeistoffen van elk menselijk wezen bedoeld worden, namelijk bloed, slijm, gal en melancholie oftewel zwarte gal. Een

verstoorde balans tussen elk van deze vloeistoffen had diverse psychische of lichamelijke aandoeningen tot gevolg, waardoor het woord *humor* zeer lange tijd beperkt bleef tot het medische vocabularium. In de betekenis die sir William Temple eraan gaf, staat het woord *humor* tegenwoordig nog altijd op de vijfde plaats in het Spaanse woordenboek van de Real Academia. En dan nog niet eens als *humor*, maar als *humorismo*, met de volgende, zeer vage en onduidelijke definitie: ‘Grappige of ironische wijze om te oordelen over zaken’. Tevergeefs heb ik gezocht naar het begrip ‘gevoel voor humor’, want dat was noch onder *sentido* (*gevoel*) noch onder *humor* te vinden.

Het in wezen ondefinieerbare Britse woord *humor*, waarvan zo hoog wordt opgegeven, heeft echter zonder twijfel de meest subtiële en precieze definitie gevonden uit de mond van niemand minder dan een zeer actuele Spaanse humorist, genaamd Máximo. Sir William Temple, of welke tot koppig individualisme geneigde Engelsman dan ook, zou tijdens zijn koudste, natste en mistigste dagen maar al te graag hebben gebroken met enkele grenswoorden die elkaar eeuwen geleden in vele richtingen hebben gekruist en zich op legitieme wijze van de eigen Britse cultuur hebben meester gemaakt, om het begrip *humor* aldus te definiëren: *To sense or not to sense, that is the humour*. Zie bijvoorbeeld hoe de theorie de mist ingaat dat de lach en de humor tot het intellect behoren en niet tot de emoties. Deze theorie is van niemand minder dan de zeer Britse schrijver George Meredith. Vertelt u mij maar eens wat de borrelende lach van een baby, wanneer iemand met een extravagante hoed zich over zijn wiegje buigt, met intellect te maken heeft. *Nonsense*, zou een Engelsman zeggen.

Toch zijn er aspecten van de humor die wel vanuit een Brits perspectief gecodeerd kunnen worden, al blijven er in de grond van de zaak altijd woorden als *comedia*, bedacht door de Grieken in 486 voor Christus. De komedie is bedacht als tegenhanger van de tragedie. De laatste voerde helden en goden, macht, glorie en verval, het noodlot en een gruwelijke ontknoping ten tonele. De komedie hield zich bezig met gewone alledaagse mensen en liep altijd goed af, zodat ze smerig en vulgair gevonden werd, totdat Cicero het genre een hogere status gaf door er een immens reinigende kracht aan toe te kennen. Het idee dat de komedie helende eigenschappen bezat duurde tot de achttiende eeuw, ook al was er geen enkel geval bekend waarin het door anderen uitgelachen worden, of het simpelweg zelf lachen, bijvoorbeeld een schurk in een heilige veranderd zou hebben.

De Griekse wereld kende ook de satire zoals wij die vandaag kennen, met al zijn kracht, doelgerichtheid, geweld en zelfs wreedheid. Zij kende ook de klucht, die door zijn populaire en ongegeneerd komische karakter volledig tegengesteld is aan de onontbeerlijke spitsvondigheid van het Britse gevoel voor humor, een vorm van lachen die, zo herinneren we ons nu, niet meer strikt theateraal en poëtisch was sinds de uitvinding van de boekdrukkunst en zijn plaats vond in elk willekeurig literair geschrift dat tot doel had te vermaken. Frank Muir, verantwoordelijk voor de tekstkeuze en het commentaar in *The Oxford Book of Humorous Prose* (New York, 1990), probeert een serie definities van de humorvarianten te geven, maar ik zal mij beperken tot slechts één daarvan, de spitsvondigheid (*wit*, in het Engels), omdat die als de meest zuiver Britse en verhevene wordt beschouwd. Mijn enige bedoeling daarbij is aan

te tonen op welk moment, lang geleden, de spitsvondigheid , oftewel *wit*, niet meer exclusief Engels was, althans niet in de literatuur.

Die verduivelde *wit* zou het aristocratische aspect van de humor gaan vormen en heeft, geheel in lijn met wat Thackeray in zijn *Book of snobs* verklaart, absoluut niet de bedoeling mensen aan het lachen te maken. Zoals cricket en hockey als uitingen van het seksuele gedrag van de Britten kunnen worden gezien, was spitsvondigheid een salonstrijd tussen heren die elkaar zinnen en ideeën toewierpen als pijltjes, dit niet met de bedoeling om te amuseren, maar om te epateren. In werkelijkheid hield deze vorm van *performance*, althans in de literatuur, al lang geleden op exclusief Brits te zijn. Ik denk dat twee voorbeelden volstaan om deze fase te bekorten die de Fransen op hun beurt *esprit* noemden en die zijn hoogtepunt bereikte in de zalen van het hof, waar het voor een gentleman of *monsieur* absoluut niet *bon ton* was om te lachen, hoewel men hen enkele uren later kon zien bakkeleien, huilen, spugen of midden op straat plassen. Het eerste voorbeeld is van Borges: ‘Wie de naam Wilde noemt, heeft het over een *dandy* die ook een dichter was en roept het beeld op van een arme heer die zich wijdde aan het povere doel te epateren met stropdassen en metaforen’. Het tweede voorbeeld, van Ramón Gómez de la Serna, de tovenaars van de visuele taal, is zonder dat hij dat wil, weet of er enig belang aan hecht, zo ‘Brits’ (ik denk dat wij dit woord tussen aanhalingstekens kunnen gaan zetten wanneer het om humor gaat) als de zin die een bepaalde plek omschreef als ‘dat vreselijke oord waar de kippen rauw rondlopen’. In een van zijn *Greguerías gastronómicas* (*Gastronomische aforismen*) brengt don Ramón ons naar mijn mening intellectueel, emotioneel en

visueel volledig in verrukking wanneer hij schrijft: ‘De kippen zijn het beu op het politiebureau te komen klagen dat de mensen hun eieren stelen’.

Humor is overal en in de meest uiteenlopende vormen. De reeds genoemde Pirandello onderkent dat, hoewel het woord in Italië niet bestaat, daar wél bestaat wat ermee bedoeld wordt. Het belangrijkste is in ieder geval te ontdekken hoe humor werkt en hoe hij ons het sarcasme en de wreedheid van Quevedo kan brengen en de glimlach, gevoeligheid en ironie van Cervantes, vooral in *Don Quichot*, die in het toepassen en overtreffen van de humoristische elementen van de schelmenroman de top bereikt van twee eeuwen schrijven en zo op onvergelykbare wijze de moderne, open, vrije en reflexieve roman inluidt, de grootste bijdrage van de westerse cultuur aan de gehele mensheid.

Daarom haalt Milan Kundera in *Verraden testamenten* (1993) de volgende woorden aan van Octavio Paz: ‘Noch Homerus, noch Vergilius kende humor; Ariosto lijkt er een voorgevoel van te hebben, maar de humor neemt pas vaste vorm aan bij Cervantes (...). Humor is de grote uitvinding van de moderne geest’. Kundera voegt daaraan toe: ‘Basisgedachte: humor is geen eeuwenoud menselijk gebruik; het is een uitvinding die samenhangt met de geboorte van de roman, met Cervantes en met Rabelais. Humor is dus niet lach, spot of satire, maar een aspect van iets wat komisch is, waarvan Paz zegt (en dit is de sleutel om humor te begrijpen) dat alles wat erdoor wordt aangeraakt dubbelzinnig wordt. Kundera besluit met te zeggen dat humor de goddelijke flits is die de wereld toont in haar morele dubbelzinnigheid en de mens in zijn vergaande onvermogen om te oordelen over anderen. Humor is de roes van de

betrekkelijkheid van menselijke zaken, het vreemde genoeg dat ontstaat uit de zekerheid dat er geen zekerheid bestaat'. Ik geloof dat zowel Paz als Kundera, zonder het te beseffen, het woord *ironie* heeft vervangen door het woord *humor*. Ik twijfel er echter in het geheel niet aan dat beiden in werkelijkheid een perfecte definitie geven van het wezen van de ironie.

Onthullende en subtiele ironie kan echter tot extreem realisme leiden en bij een van haar grootste hedendaagse vertegenwoordigers even verfijnd als verpletterend zijn. Laten we bijvoorbeeld twee fragmenten lezen uit de hedendaagse top van de ironische Latijns-Amerikaanse humor van de Guatemalteek Augusto Monterroso. Ze komen uit zijn boek met fabels, *La oveja negra (Het zwarte schaap)*. Eerste citaat: 'In een ver land leefde vele jaren geleden een zwart schaap. Het werd gefusilleerd. Een eeuw later richtte de gemeente uit berouw een standbeeld op dat mooi stond in het park. Elke keer wanneer er nadien zwarte schapen opdoken, werden ze snel afgeschoten zodat toekomstige generaties gewone alledaagse schapen zich konden oefenen in de beeldhouwkunst'. Tweede citaat: 'Vele jaren geleden leefde in Griekenland een man genaamd Ulysses (die ondanks het feit dat hij tamelijk wijs was ook zeer geslepen was), getrouwd met Penelope, een mooie vrouw en uitermate begaafd, met als enige gebrek haar buitensporige liefde voor het weven, een gewoonte dankzij welke zij lange tijd alleen kon doorbrengen. De legende wil dat de sluwe Ulysses elke keer aan het klaarzetten van haar laarzen en het in gereedheid brengen van een goede boot kon zien dat zij zich opmaakte voor weer een langdurige weefsessie, totdat ze zonder iemand iets te zeggen de wereld introk om zichzelf te zoeken. Zo lukte het haar hem op afstand te houden terwijl

ze flirtte met haar minnaars en hen liet geloven dat zij weefde terwijl Odysseus reisde en niet dat Odysseus reisde terwijl zij weefde, zoals Homerus gedacht zou kunnen hebben, die zoals bekend soms op zijn lauweren rustte, volgens Horatius mijn assistent en niets in de gaten had'.

Alle spinsels van de geest, alle scheppingen van het gevoel kunnen het voorwerp van humor zijn en de geringste reflectie van een humorist verandert in een duiveltje dat het mechanisme van ieder personage demonteert, van ieder spookbeeld dat door het gevoel wordt ingegeven, dat het uit elkaar haalt om te zien hoe het gemaakt is, om zijn veer te laten losschieten en, ten slotte, om het mechanisme krampachtig te laten piepen. Alle gevoelens, alle gedachten, alle bewegingen die bij de humorist opkomen, splitsen zich tot hun tegendeel. Soms kan de humorist doen alsof hij maar naar één kant neigt, maar intussen spreekt in zijn binnenste het andere gevoel, alsof het plotseling niet de moed heeft zich te uiten; hij spreekt je toe en begint soms met een schuchter excuus, soms met een verzachtende omstandigheid, maar tussen beide dooft de warmte van het eerste gevoel en duikt ineens een spitsvondige overpeinzing op die alle ernst ontwricht en aanzet tot lachen. Zo kan het dat terwijl Don Quichot in feite een belachelijk personage is en vaak compleet gek, wij hem met eindeloze vertederende bewonderen om zijn belachelijkheden die altijd veredeld worden door een hoog en puur ideaal.

Eigen aan de humorist is de verwarring, het besluiteloze karakter van het geweten, het niet weten waartoe je moet neigen, het gevoel van totale vervreemding dat veroorzaakt wordt door ironie, die gewichtloze zwaartekracht waaraan Italo Calvino zo



passend refereert in zijn *Zes memos voor het volgende millennium* (1989), een postuum gepubliceerd werk waarin de Italiaanse auteur naar Cervantes verwijst en hem associeert met het woord *ironie*. Volgens Calvino is ironie ‘het komische dat zijn stoffelijke gewicht is kwijtgeraakt (de dimensie van de menselijke begeerte die niettemin de grootsheid vormt van Boccaccio en Rabelais) en het ik en het gehele relatienetwerk waardoor het ik gevormd wordt in twijfel trekt’.

En hier moet de ironie van Cervantes worden gesitueerd, precies zoals Salvador Pániker haar in zijn boek *La dificultad de ser español* (*De moeilijkheid van het Spaans zijn*) (1979) omschrijft, namelijk als ‘het tonen van een discrepantie als een fenomeen dat het drama van de menselijke eindigheid relateert en transcendeert via de paradox. En het is de ironie besluit Pániker die een ontmoeting mogelijk maakt voorbij de verstarring (of zelfs het fanatisme) van apodictische oordelen’. In deze context is zowel de ironie als de mens van wie de humor afkomstig is elementair voor de dialoog, voor het pluralisme, voor de tolerantie en voor de democratie.

In *El Mediterráneo y los bárbaros del Norte* zegt Luis Racionero: ‘Ironie verhoudt zich tot het menselijk gedrag zoals een reductie tot het absurde zich verhoudt tot de wiskunde; ironie is het bewijzen van het tegendeel, het tot in extreme proporties omdraaien van iets zodat het in zijn tegendeel verkeert, en de verwijdering die voortvloeit uit deze plotselinge samensmelting van tegengestelden maakt ons wijs’. De werkelijk beschaafde mens weet dat dingen tegelijk met hun tegenpolen ontstaan, dat niets absoluut zeker of duidelijk is, dat de avond om twaalf uur ‘s middags begint en dat de waarheid

geen martelaren nodig heeft, omdat alles beargumenteerd kan worden rond een tafel bij een glas wijn, omdat we uiteindelijk allemaal gelijk hebben. De gefingeerde ondervraging van Socrates is een vorm van ironie die is toegepast op het onderwijs, de meest effectieve methode om de stamgast te helpen zelf het probleem te ontdekken dat hij met zich meedraagt.

‘Ironie voegt Racionero hieraan toe, vergt een speciale goedstoestand, die tolerantie, teleurstelling, humor, geduld en boosaardigheid in zich verenigt. Ze is eigen aan oude beschavingen die veel hebben meegemaakt, die keizerrijken ineen hebben zien storten, die tirannen hebben zien bezwijken, die bedriegers hebben toegejuicht en die door dat alles in een poel van scepsis zijn beland en de nieuwkomer vinnig tegemoet treden. Zoals toen Alexander de Grote Diogenes bezocht en hem vroeg wat hij voor hem kon doen, en de laatste antwoordde: ‘Ga opzij zodat de zon, die door u wordt weggehouden, me kan aanraken, dat is het enige wat u voor mij kunt doen’. Dit geen cynisme maar ironie. Dezelfde gemoedsstemming die ironie in de hand werkt, leidt tot de oplossing van conflicten door middel van argumenten en onderhandelingen. Vergeeft u het mij, maar het voorbeeld van Diogenes met Alexander de Grote, genoemd door Racionero in het boek dat ik eerder heb aangehaald, herinnert me aan een anekdote over een Amerikaanse uitgever die een waar fortuin aan dollars kwam aanbieden aan de Catalaanse intellectueel Josep Pla —ik weet niet of dit voor een van zijn boeken of voor al zijn boeken was—. De uiterst bescheiden manier waarop Pla het aanbod van de uitgever van de hand wees, bestond slechts uit een verlegen en glimlachend bedankje, gevolgd door een genuanceerde weigering en de volgende zeer genuanceerde verklaring: ‘Neem me niet kwalijk

meneer, maar zo'n immens bedrag zou mijn budget ontregelen'.

Dit alles onderscheidt de ironische humorist duidelijk van de komische en satirische schrijver. Bij deze laatste twee komt het gevoel niet voort uit het tegenovergestelde. Ware dat wel zo, dan zou de bij de eerste uitgelokte lach bitter worden om te waarschuwen tegen enigerlei abnormaliteit; en de tegenstelling die bij de tweede uitsluitend verbaal is, zou effectief en substantieel worden en daarom ophouden ironisch te zijn. De verontwaardiging zou verdwijnen, of op zijn minst de aversie die elke satire kent. Quevedo vormt hierop geen uitzondering, hoe groot het kolossale genie ook is dat eenheid schept in de immense diversiteit van zijn werk dat even heilig en puur kan zijn als grof, grotesk en wreed. De satire van Quevedo is kunst met een visie, overtuigd van zijn eigen waarheid, die op felle wijze alles belachelijk maakt wat hij besluit te bestrijden. Hier past het om *Wolfgang Kayser te citeren, waar hij in zijn boek The Grotesque in Art and Literature (1964)* onderscheid maakt tussen komische en ironische humor die 'op onschuldige wijze de grootsheid en waardigheid tenietdoet door ze op het terrein van de realiteit te situeren, terwijl het groteske uit principe de bestaande orde vernietigt zodat wij ons houvast verliezen'.

Quevedo karikaturiseert op een wrede manier de kreupele, de halfblinde, de kale, de eenarmige en de gebochelde en het satirische deel van zijn werk, hoe vernuftig ook, is een regelrechte catalogus van alle mogelijkheden tot spot en hoon, die zelfs leidt tot de volgende meest schurkachtige aanklacht tegen Góngora:

*Ik zal mijn werken met spek insmeren,  
opdat jij er niet in zult bijten, Gongorilla  
hond van het genie van Castilië,  
onderlegd in hatelijke grappen, knecht van de weg.*

Zoals u ziet, beticht Quevedo Gongora ervan dat hij niet alleen een plagiator is, maar ook een belijder van het Joodse geloof.

In zijn werk *Historia de la literatura española* schrijft Angel Valbuena Prat over de romans *El buscón* (*De zwendelaar*) en *Los sueños* (*De dromen*) van Quevedo:

*Met buitengewoon veel vernuft, lieflijkheid en bitterheid heeft hij een poppenhuis ontworpen dat het midden houdt tussen grotesk en tragisch, een karikatuur, een vervormd soort realisme. De episode van de pedante figuur Cabra is karakteristiek voor de overdrijving, gebaseerd op grappen, woordspelingen en soms pijnlijke diepzinnigheid. De miserabele geleerde, lichtelijk buiten de werkelijkheid geplaatst door de schrijver van *Lazarillo van Tormes* verandert bij Quevedo door middel van ironie en commentaar op de details van een volledig menselijke figuur in een geniale sul, charmant, karikaturaal, met een houding en gebaren die buitengewoon komisch zijn; een lange man met een klein hoofd, de ogen vlakbij de nek, zodat het lijkt of hij uit een korf kijkt...; de baard verkleurd uit angst voor de nabijgelegen mond, die hem uit pure honger lijkt op te eten; ik weet niet hoeveel tanden hij miste en ik denk dat ze waren verbannen door lanterfant en zwerfers. Quevedo, besluit Valbuena Prat is op en top cynisch, bitter en macaber, met de koelbloedigheid van een vernuftige speler en zonder het*

*geringste spoor van mededogen (...). El buscón is een van meest onmenselijke boeken die men zich kan voorstellen; de geestelijke kilheid van de schrijver wekt verbazing wanneer hij speelt met pijn en dood, net als zijn buitengewone literaire gaven. Op diverse plaatsen in zijn gehele satirische oeuvre verlustigt Quevedo zich in het smerige, het lage en zelfs het tragische, door middel van karikaturale vervormingen tegen de achtergrond van een schilderachtige werkelijkheid.*

Dit is humor van dik hout, van spot en grove woordspelingen, humor zonder finesse, zonder mededogen, zonder enig inlevingsvermogen, waarover Max Aub in 1970 zijn beklag doet in zijn roman *La calle de Valverde* die ik als proefballonnetje heb opgelaten en waarop ik nu commentaar wil geven. De klacht van Aub, die hem zelfs brengt tot de vraag ‘hoe Cervantes Spaans kon zijn’, erkent dat in de Spaanse literatuur van de daarop volgende eeuwen de humor à la Quevedo heeft getriomfeerd over de ironie van Cervantes. Zo laat hij zijn sporen nog na in de meest formidabele pagina’s van een zo belangrijk schrijver als Camilo José Cela.

Deze ironische woorden in tegenstelling tot de humor van Quevedo worden meer gelanceerd als badmintonshuttles dan als pijlen of giftige speren. Zij dringen het hart van de mens binnen, maar zonder grote schade aan te richten. Zij brengen gewoonlijk een lichte glimlach om de lippen omdat ze spotkend zijn en niet alleen degene treffen tot wie ze gericht zijn, maar ook degene die ze uitspreekt. De ironie, deze fijne en verholten spot, kan zich verheffen tot negatieve beschouwingen over de wereld in het algemeen en over de maatschappij in het

bijzonder, omdat ze het geheime wapen van het ik is. Ironie is tegelijkertijd een vrolijk spel en een verfiynd genoeg van het intellect, omdat het voorbijgaan aan en de draak steken met de conventionele moraliteit het esthetisch genot intenser maakt.

Ironie ontstaat uit wisselende, arbitraire, veranderlijke en vluchtige stemmingen van het innerlijk bewustzijn en komt tot uitdrukking in afgebakende, precieze en subversieve ideeën. Vergelijk *Sentimentele reis* van Sterne, waar de veranderlijke, wispelturige, fantastische humor schittert, met zijn latere *Tristram Shandy*, waar de ironie kritisch, rationeel, verwoestend en vernietigend is voor de wereld en voor zichzelf. Ironie is soms sentimenteel en tegelijkertijd intellectueel, wanneer de spitsvondigheid van de geest zich verbindt met de emotionele intensiteit van het gevoel.

Door middel van haar spot en scherts geeft de ironie uiting aan ontevredenheid, aan een melancholieke onvrede vanuit de diepte van een tevreden zekerheid waarop deze berust. ‘Het is het absolute begin van het persoonlijke leven’, aldus Kierkegaard in zijn *Het begrip ironie*, oftewel het krullen van de krul, de subjectiviteit van de eigen subjectiviteit. Maar parallel hieraan onthult de ironie een dubbelzinnige dialectiek: wij ironiseren omdat we verontrust zijn en tegelijkertijd weten we ons de zekere bezitters van een innerlijke waarheid die niets anders is dan het eigen ik waar we op steunen.

Hoe kunnen we deze pathetische contradictie oplossen? Met subtiele, intellectuele, buitelende ironie, of met tedere, meelevende spot in de stijl van Cervantes. Dat wil zeggen, mensen en situaties analyseren *vanuit een onverbiddelijke kritiek op hun*

*eigenschappen*, of vanuit een glimlachend mededogen met de fouten, vervormingen en dromerige, onwaarschijnlijke domheden. Het eerste is conceptueel, logisch en leidt tot het formuleren van grote filosofische constructies, zoals de systematische twijfel van Descartes of de walging van Sartres; het tweede spant zich in om de mensen te begrijpen door middel van wat psychologen *samenvoelen* noemen. Let wel: ik zei niet samenleven maar samenvoelen.

Hier blijkt dus duidelijk dat de humor van Quevedo een tegenpool vormt van de ironie van Cervantes. De eerste is in essentie veel wreder en dramatischer en sluit het individu volledig van de buitenwereld af. De woorden van de scherpe en wrede humorist zijn de vrucht van werkelijke smart en zelfs van haat die ontstaat door hopeloze eenzaamheid. De humorist in de stijl van Quevedo vestigt zich met zijn 'pijn-haat' boven in het centrum van de wereld om haar beter te kunnen vermorzelen met bijtende, wrede woorden die werkelijk uit zijn ingewanden zijn gerukt. Dus volledig het tegenovergestelde van de snijdende humor van Cervantes, die ons een gemeenschap laat ontdekken van mensen met pijn, bevrijdende hoop en tegelijkertijd een enorme levensvreugde.

Desalniettemin raakt de ironie van Cervantes in de vergetelheid of is hooguit latent aanwezig de ironie die ziet, uitstelt en personages en literaire milieus beschrijft, en daarmee een tegenpool is van Mateo Aleman die in zijn *Guzmán de Alfarache* kritiek uitoefent en volhardt in zwarttinten, in fouten en tekortkomingen, en een letterlijke tegenpool van Quevedo, die ontmenselijkt door middel van grillige en slinkse karikaturen. Volgens de eerder genoemde Valbuena Prat heeft de ironie

van Cervantes 'iets van het vlees en bloed van Don Quichot, gewond, krankzinnig, geslagen'. Het zijn de woorden van Cervantes zelf, wanneer hij zegt: 'Don Quichot is alleen voor mij geboren, en ik voor hem; hij kon handelen en ik kon schrijven; wij tweeën zijn er alleen voor elkaar'.

Merkwaardig genoeg is het in Engeland, het land dat zichzelf als de uitvinder van het genre beschouwde, dat de ironische humor van Cervantes in *Don Quichot* aansloeg op het moment dat de sentimentele en paradoxale roman zijn hoogtepunt beleefde. Zijn voorbeeldrol in alles wat betrekking heeft op het verloop van de handeling, de incidenten, de personages, de compositie, de stijl en de ironie, zou diepe sporen nalaten bij Samuel Richardson in diens *Pamela*, bij Henry Fielding in zijn *Tom Jones* en vooral bij Laurence Sterne in zijn *Een sentimentele reis door Frankrijk en Italië* en *Het leven en de gevoelens van Tristram Shandy*. Al deze literatuur hield zich verre van grote collectieve en heroïsche onderwerpen, maar probeerde de individualiteit van het personage te vangen, zijn belachelijke grootsheid en zijn sublieme dagelijkse ellende, en nam daarvoor zijn toevlucht tot de meest onsamenhangende van alle stijlen, van de gemarmerde of zwart-witte pagina's van Sterne, bedoeld om twijfel te zaaien, om de lezer zijn meningen te laten delen of om verdriet te beschrijven, tot aan de uitweidingen en anakoloeten waarmee de draad van de handeling verloren gaat of een nieuwe zin begint voordat de vorige is afgerond, dat alles uit een wanhopige behoefte om de totaliteit van een gevoel te vatten of de werkelijke wanhoop van de schrijver weer te geven wie het niet lukt een emotie in haar volledige diepte op de lezer over te brengen en het tegenovergestelde gevoel dat door die emotie kan worden opgeroepen.



*Maupassant* zei dat het denken van de mens ‘wervelt met de snelheid van een vlieg in een fles’. En voor Pirandello zijn ‘alle fenomenen ofwel denkbeeldig, of wij snappen er de oorzaak niet van en kunnen ze niet verklaren. Onze kennis van de wereld en van onszelf ontbeert volledig de objectieve waarde die wij er gemeenschappelijk aan toe denken te kunnen kennen: deze kennis is een voortdurende denkbeeldige constructie. En het ironische schrijven is het resultaat van deze strijd tussen de illusie —die eveneens overal doorsijpelt en zich op haar eigen manier structureert— en de humoristische beschouwing die zulke structuren stuk voor stuk ontregelt’.

Dit is naar mijn overtuiging de ironische houding die overheerst in het scepticisme van de Latijns-Amerikaanse literatuur van na de *boom*, een literatuur die, al beroofd van haar huilerige aspect, heel gemakkelijk geassocieerd kan worden met de beste sentimentele Engelse en Franse literatuur uit de achttiende eeuw, van *Candide* van Voltaire tot *Tristram Shandy* van Sterne. De grote romaneske bouwwerken van de meesters van de *boom*, vaak gespeend van de humor waar Cortázar om smeekte en zo druk bezig ons grote historische fresco’s van ons Amerika aan te reiken, door de Peruaanse criticus Julio Ortega gekwalificeerd als de ‘totaliserende metafoor van onze realiteit’, lieten vrijwel altijd de meer intieme en individuele wereld buiten beschouwing, de wereld van onze gevoelens, die vanaf de eerste sentimentele fictie van Manuel Puig overging tot het bezetten van, of liever gezegd tot het zich volledig installeren in onze zogenaamde subcultuur, muzikaal, mediatick, cinematografisch of simpelweg mythisch of onirisch. Met dat laatste doel ik op de dromen waarmee onze massa’s aan een vlakke, saaie of gewelddadige realiteit ontsnappen, met behulp

van methodes die dikwijls verband houden met het strikt affectieve, en met behulp van de vervreemding die het gevolg is van een serie stilistische mechanismen die stuk voor stuk humor en ironie in de hand werken en ons personages voorspiegelen die het leven als een dubbelzinnige realiteit zien waarin geen enkele waarde absoluut is.

Volgens professor Wanda E. Lauterbaun, in haar boek *Algunos aspectos del humor en La vida exagerada de Martín Romaña* (*Enkele aspecten van de humor in Het overdreven leven van Martín Romaña*), staat niets zo ver af van de traditionele held, met al zijn zekerheden en taken, als het personage Martín Romaña en, voor en na hem, vele andere personages uit mijn romans en verhalen. Professor Lauterbaun: ‘Martín weet zich, net als andere scheppers van humor, een bijzonder, apart en marginaal wezen, bij wie een zekere mate van kwetsbaarheid, intuïtie en onschuld ertoe leidt dat de mensen hem beschuldigen van onvolwassenheid en soms van krankzinnigheid. In werkelijkheid voelt Martín zich een profeet en is hij dat ook een beetje, wellicht met de eigenschappen van een priester of visionair. In ieder geval bevestigt de fictieve werkelijkheid bijna onontkoombaar, goed - of kwaadschiks, zijn intuïties en voor gevoelens. Zijn speciale gevoeligheid en intuïtie, die zich vertalen in humor, stellen hem in staat bepaalde aspecten of nuances van het leven te vatten, die voor anderen verborgen blijven’.

Martín Romaña maakt zich bijvoorbeeld klein om macht te krijgen. Macht over Inés, over de lezer, over de anderen. Door klein te zijn wil hij liefde, emotionele steun en de achting van de anderen verkrijgen. Maar het voorwendsel dat hij klein is, is

op zijn beurt een manier om solidariteit, begrip, edelmoedigheid en gezelschap te bieden. Ook is het natuurlijk een middel om tegenstellingen en incongruenties te creëren, wat een fundamenteel aspect is van het scheppen van het soort humor waarin de schrijver Julio Ramón Ribeyro al de aanwezigheid had opgemerkt van kenmerkende elementen van de schelmenroman, zoals de onwaarachtige autobiografie, en van de Britse humor, terwijl andere schrijvers en critici verwezen naar het zo belangrijke aspect van de joodse humor speciaal die van New York die bovenal bestaat uit het lachen om jezelf.

Wanda E. Lauterbaun spreekt tevens over een taalkundig soort humor en haalt het voorbeeld aan van fragmenten uit *La vida exagerada de Martín Romaña* waarin de taal eschatologisch is en verwijst naar natuurlijke menselijke functies en de lichaamsopeningen, zonder ooit schunnig, grof of kolderiek te worden. Lauterbaun: ‘Wij hebben het hier over een soort taalkundige humor waarbij het niet zozeer gaat om wat er gebeurt, maar om hoe gezegd wordt wat er gebeurt’. Bij deze taalkundige humor wordt het komische effect bereikt ‘door het naast elkaar plaatsen van taalregisters die tot verschillende lexicografische gebieden behoren, tot het verliezen van afstand, de gelijktijdigheid van verschillende verteltonen, de lexicale creatie, de herhaling en de inlijving van elementen van de massacultuur’.

‘Niets verhindert echter aldus professor Lauterbaun dat de roman als geheel een sceptische ondertoon heeft, een verborgen vermoeden dat niets absoluut definitief is en dat het bestaande met zekerheid zal verdwijnen of vernietig zal worden (...) Natuurlijk wordt Martín beter en gaat hij opnieuw liefhebben.

Daarom lacht Martín om alles, om iedereen en bovenal om zichzelf.

Pirandello wijst ons erop dat:

*Copernicus, zelfs zonder dat hij dat wist, natuurlijk een van de grootste humoristen was, die dan wel niet precies de werking van het universum heeft ontrafeld, maar in elk geval wel het hovaardige beeld dat wij ons daarvan hadden gevormd. De genadeslag werd ons toegebracht door de telescoop, nog zo'n helse machine die we op een lijn kunnen stellen met wat de natuur ons geschonken heeft. Maar de telescoop hebben wij uitgevonden om niet voor die natuur onder te hoeven doen. Als het oog van beneden af door het kleinste lensje kijkt en in het groot ziet wat de natuur ons juist klein had willen laten zien, wat doet dat dan met onze ziel? Daarna wil het per se van bovenaf kijken door de grootste lens, en dan verandert de telescoop in een vreselijk instrument dat de aarde en de mens en al onze glorie en grootsheid vernedert.*

*Gelukkig maar dat het eigen is aan humoristische beschouwingen het tegenovergestelde gevoel op te roepen, wat in dit geval zegt: Maar is de mens echt zo klein als de omgekeerde telescoop ons doet geloven? Als de mens zijn oneindige kleinheid kan begrijpen en bevatten, wil dat zeggen dat hij de oneindige grootsheid van het universum begrijpt en bevat. Hoe kan de mens zichzelf in dat geval als zo klein beschouwen?*

*Maar het is ook waar dat als de mens zichzelf als groot zou gaan beschouwen en dat wordt opgemerkt door een humorist, hem hetzelfde kan overkomen als Gulliver: dat hij een reus is in Lilliput en een speeltje in de handen van de reuzen van Brobdingnag.*

Samenvattend: humor en vooral ironie bestaan uit het gevoel van het tegenovergestelde, opgewekt door de bijzondere activiteit van de verborgen overpeinzing, waarbij het gevoel niet —zoals vaak in de kunst gebeurt— in een vorm verandert, maar in zijn tegendeel, terwijl het stap voor stap gevolgd wordt zoals het lichaam door zijn schaduw. De gewone kunstenaar besteedt alleen aandacht aan het lichaam; de ironische kunstenaar houdt zich tegelijkertijd met het lichaam en de schaduw bezig en soms meer met de schaduw dan met het lichaam. Zoals de grote Cervantes dat voor het eerst deed, geeft hij vorm aan elke willekeurige beweging van deze schaduw en toont hoe deze langer wordt en inkrimpt, in een poging elke schijnbeweging weer te geven die, aldus Pirandello, op geen enkele manier rekening houdt met deze schaduw.

Ik wil niet afsluiten zonder Kafka te citeren, die altijd hartelijk moest lachen om het idee dat een van zijn personages, Gregorio Samsa, op een dag wakker zou worden als insect. En die beweerde, zoals ik citeer in het motto van mijn laatste roman, *La amigdalitis de Tarzán (De ontstoken amandelen van Tarzan)*, dat ‘mooie herinneringen vermengd met een beetje verdriet veel beter smaken’, om er onmiddellijk aan toe te voegen: ‘Zodat ik in werkelijkheid niet triest ben, maar een levensgenieter’. In zijn buitengewone gesprekken met zijn jonge en onvoorwaardelijke bewonderaar Gustav Janouch zegt Kafka

over het genie van de humorist Chesterton: ‘Chesterton is zo grappig dat je bijna zou gaan geloven dat hij God heeft gevonden’. ‘Dus voor u is de lach een teken van religiositeit?’ vraagt een verbaasde Janouch hem. ‘Niet altijd antwoordt Kafka, om er onmiddellijk aan toe te voegen Maar in deze zo goddeloze tijden is het nodig grappig te zijn. Het is een plicht. Het orkest van de Titanic bleef doorspelen tot het einde. Op die manier heeft de wanhoop geen poot meer om op te staan’.

En wat te zeggen van de buitengewone dichter, voordrachtskunstenaar, klaploper en dronkenlap Dylan Thomas uit Wales, auteur van het magnifieke *Onder het melkwoud?* Het is bekend dat Dylan Thomas zijn whisky’s innam uit glazen bijna zo groot als hijzelf. Ook is door en door bekend dat hij verdronk toen hij in zijn eigen glas viel, waarmee hij de dood alle waar- digheid ontnam. Dank u zeer.



2008



# LITERATUUR EN IDENTITEIT OFTEWEL HET RAADSEL VAN DE PAELLA

*Eduardo Mendoza*



## **1. Hoe landen zichzelf zien en hoe anderen hen zien. Stereotypen, clichés en waarvoor zij dienen**

Het thema dat ik wil uitwerken is niet nieuw, net zomin als de manier waarop, maar omdat het verwijst naar de actualiteit en die actualiteit van dag tot dag verandert, zoals de naam al zegt, kan het zijn dat mijn overwegingen iets nieuws brengen.

Alle gemeenschappen, al dan niet gevormd tot een staat, wat op zich van weinig belang is, houden er over andere gemeenschappen vaste ideeën, generalisaties op na, iets wat normaal gesproken ongevaarlijk is behalve wanneer het cliché verwordt tot een vooroordeel. Iedereen kan een catalogus maken van de clichés die gelden voor de verschillende Europese landen: Fransen, Italianen, Engelsen, Spanjaarden. Het zijn karikatu-

ren die zo sterk leven bij de bevolking van iedere gemeenschap dat zij deel uitmaken van hun wereldbeeld.

In een recente enquête over Spaanse gerechten die het populairst zijn bij buitenlanders, kwam paella onbetwist als nummer een uit de bus. Mocht de rest van de lijst u interesseren, nummer twee was gazpacho, nummer drie tortilla de patatas en nummer vier Spaanse ham. De rest herinner ik mij niet.

Welnu, paella is een hybride, een bastaardgerecht dat niet afkomstig is uit enige regionale keuken en door geen enkele regio wordt erkend. Het gaat of ging veelal vergezeld van het adjectief ‘Valenciaans’ (paella valenciana), althans in Spanje. In de vertaling in andere talen was het simpelweg *Spanish paella*, et cetera. De Valencianen verloochenen de paella uiteraard. Het is waar dat de Levante, samen met Italië, de enige plek ter wereld is waar rijst een gerecht op zich is en niet een bijgerecht (*a side dish, i contorni*), maar in Valencia, een tuinbouwgebied, wordt de rijst verrijkt met groenten; in Alicante, een maritiem gebied, met vis en schaaldieren. Paella kan van alles bevatten: konijn, garnalen, calamares, varkensribben, paprika. Het is een voddendoer, een kwajongen die alles kan gebruiken. Het is ook een plattelandsgerecht. Het is van belang het in de open lucht te bereiden, met een beetje vochtig brandhout, zodat de rijst rokerig wordt. In mijn kindertijd was het de gewoonte een rituele dans uit te voeren rond de paella terwijl deze op het vuur stond. Daarna werd er een krant op gelegd: ook de actualiteit maakte deel uit van deze schotel met haar onuitputtelijke semantiek.

Een soortgelijk geval als de paella is Carmen. Het prototype van een Spaanse vrouw, en meer in het bijzonder een Andalusische, werd bedacht door een Franse schrijver. In de roman werkt Carmen in Sevilla, maar ze komt uit Navarra, net als de ongelukkige don José, met wie ze Baskisch spreekt.

Natuurlijk spreek ik niet over de realiteit, maar over de perceptie van de realiteit. Deze perceptie wordt gevormd door een interactie tussen gangbare ideeën en gevoelens en de transformatie daarvan in literaire of artistieke uitingen. Dat het ene niets te maken heeft met het andere is gebruikelijk: het verlichte denken van de achttiende eeuw, dat de Revolutie voortbracht, kwam uit de pen en het hoofd van enkele mannen die gepoederde pruiken, slobkousen, schoenen met hoge hakken en een luisterrijke laag make-up droegen. Je mag nooit afgaan op uiterlijke schijn.

## **2. Het geval van de afstotende spiegel. Wat er gebeurt wanneer ons niet bevalt wat we zien. De verleiding zich te identificeren met de buurman omdat hij knapper, rijker en slimmer is**

Een andere zaak is het beeld dat landen van zichzelf hebben.

Dat beeld is ontegenzeggelijk meer subjectief dan objectief. Hetzelfde geldt voor individuen die zichzelf in de spiegel bekijken. Uitersten van schoonheid of lelijkheid daar gelaten, ziet iedereen een nietszeggende, bekende en onveranderlijke figuur, totdat hij zichzelf op een dag bij verrassing in een spiegel ziet en schrikt. Op dat moment denkt hij zichzelf te hebben gezien zoals de anderen hem zien. Dat bevalt helemaal niet.

Hetzelfde gebeurt met familiekiekjes. Een aanzienlijk aantal mensen weigert zich te laten fotograferen.

Enkele decennia lang had Spanje een armzalig zelfbeeld. Het officiële triomfalistische discours had het tegenovergestelde effect van wat het beoogde: wanneer de overheid zei dat Spanje de beste was, was het zonder twijfel de slechtste. Wie echt rijk, intelligent of knap is, hoeft dat niet aan de grote klok te hangen.

Dit deprimerende beeld leidde tot een depressie die parallel liep met het zelfbeeld. Ik geloof dat dit een vicieuze cirkel is. In het concrete geval van de literatuur lezen Spanjaarden van een bepaald niveau liever buitenlandse dan Spaanse boeken. Hetzelfde gebeurde met de Spaanse film. En met andere Spaanse producten. Het bezit van een Spaanse auto was een schande voor de hele familie. Ten gevolge van deze afwijzing maakten de schrijvers zich los van hun lezerspubliek, waarmee ze het algemene geloof deelden en in de praktijk bevestigden. De literatuur die in Spanje geproduceerd werd in de jaren van de dictatuur was, op een enkele uitzondering na, in zichzelf gekeerd, subjectief en vaak experimenteel. Dit is geen oordeel over de kwaliteit. Het bestaan van goede schrijvers en goede boeken wil nog niet zeggen dat er goede literatuur is. Literatuur is een gedeeld fenomeen, een breed repertoire van vervangbare boeken. Daarom spreken we van Franse literatuur, van middeleeuwse literatuur, van Duitse literatuur. Kortom, gemeenschappelijke criteria.

In Spanje bestond zoiets niet. Noch binnen Spanje, noch binnen de in Spanje verkrijgbare schaarse productie van schrij-

vers in ballingschap. Met de klassieke literatuur gebeurde iets soortgelijks. Gegijzeld door de macht veranderde deze in een pantheon van illustere namen die misschien bewondering opriepen, maar geen sympathie. Het bekendste geval is natuurlijk *Don Quichot*. Nadat hij was uitgeroepen tot vertegenwoordiger van de veronderstelde nationale waarden van een superieur ras, werd *Don Quichot* een marionet die verkocht werd in souvenirwinkels, een verzamelobject en een speeltje voor onevenwichtigen. In die jaren was er een overvloed aan lieden die *Don Quichot* van achteren naar voren schreven, op een eierdop of in steno. Deze waanzin mocht zich in de officiële goedkeuring verheugen. Momenteel heeft *Don Quichot* zijn plaats en zijn menselijke statuur hervonden. Iedere Spanjaard (en ieder mens in elk land) kan zich identificeren met dit gedesoriënteerde personage, half slim, half dwaas, half magnifiek, die klappen krijgt terwijl hij door de wereld trekt.

Zoals Juan Villoro zegt in een briljante essaybundel die recent is verschenen: ‘Dat is waar het om gaat.’

Een andere belangrijke factor voor de zieltogende staat waarin de Spaanse literatuur in de door mij genoemde periode verkeerde, is de censuur. De censuur was niet slechts een wis gevaar voor wie de perken van zijn vrijheid te buiten ging, maar ook voor degene die het publiceerde, niet alleen omdat een boek na publicatie uit de verkoop kon worden gehaald, wat een aanzienlijk financieel verlies kon opleveren, maar ook omdat de officiële ontstemdheid over de uitgever kon leiden tot het intrekken van de subsidie voor het kopen van papier, dat toen erg duur was, en van andere marginale voordelen die het voortbestaan van een altijd kwetsbare industrie garandeer-

den. De censuur vormde niet alleen het gevaar waarop ik net doelde, maar schopte alles in de war. Ten eerste omdat het ontduiken van censuurregels een verdienste op zichzelf werd, waarmee werkelijk heel simpele zaken politiek relevant werden. Daarnaast schiep ze een fijnmazig netwerk van geheimzinnigheid en wantrouwen.

Ondanks de enorme verschillen is dit fenomeen vergelijkbaar met wat er gebeurde in de Oost-Europese landen. Bijvoorbeeld het geval Milan Kundera, dat momenteel de media bezighoudt. Natuurlijk weet ik niet wat de waarheid is en heb ik daar geen mening over, maar als ik de informatie lees en hoor uit landen die in recente tijden geen censuur hebben gekend, of van mensen die daarmee onbekend zijn vanwege hun leeftijd of slechte geheugen, realiseer ik me dat de meesten niet weten waarover ze het hebben.

### **3. Een land vindt zijn stem, maar niet zijn lied. Wat er in Spanje gebeurde toen de politieke overgang de mogelijkheid bood een eigen verhaal te construeren**

Ik nader het onderwerp van mijn lezing.

Ik behoor tot de generatie schrijvers die opkwam op het moment dat Spanje op een democratische staatsvorm overstapte. Ik denk dat er inmiddels genoeg jaren zijn verstreken om een balans op te kunnen maken met een zeker perspectief. Eerder was dit niet mogelijk en de boeken die over dit onderwerp zijn gepubliceerd bewijzen dat.

Natuurlijk is het zo dat wij die onze eerste boeken publiceerden in zulke voorspoedige tijden, dachten dat het puur toeval was dat dit samenviel met de politieke ontwikkelingen. Dat gebeurde misschien per ongeluk, maar niet toevallig. Toen deze historische ontwikkelingen zich voltrokken, waren wij daar, maar niet toevallig. In werkelijkheid maakten we deel uit van de verandering, al konden we dat toen niet weten.

We waren al veel eerder begonnen te werken, onder de depressie waar ik zojuist aan refereerde, en hoewel ik mij niet tot spreekbuis kan maken van de gedachten van anderen, was dat in de overtuiging dat ons een even grijze toekomst wachtte. Geboren, getogen en opgevoed onder de dictatuur, zonder een andere samenlevingsvorm te hebben gekend, dachten we dat die situatie niet eeuwig zou zijn, maar wel voor onbepaalde tijd. Ik geloof niet dat iemand werkte in afwachting van een verandering waarvan niemand wist wanneer die zou komen en, bovenal, hoe deze eruit zou zien. Wij bewerkten de aarde die er was met de middelen die we hadden.

Toen de verandering zich voltrok, was het eerste dat er op literair gebied veranderde niet de schrijvers, maar de lezers. De houding van het lezerspubliek. Plotseling was er een omslag, en de minachting en het wantrouwen tegenover de plaatselijke productie veranderden in waardering en een onverzadigbare vraag. De Spaanse schrijver werd van paria triomfator, met alle goede en slechte eigenschappen van dien.

Wat was de oorzaak van deze omslag? Onnodig te zeggen dat wij literair gezien niet beter waren dan onze voorgangers. Wat er naar mijn mening gebeurde, is dat de Spaanse burger tege-

lijk met zijn vrijheid zijn eigen individuele en collectieve waardigheid hervond. Elk dictatoriaal regime wekt bij de burgers die eronder lijden een diep gevoel van schaamte. Alle totalitaire regimes besteden zonder uitzondering veel tijd, inspanning en geld om zich in woord en daad belachelijk te maken, door middel van hun retoriek, hun kleding, hun ceremonieel en alle kunstuitingen die ze ondersteunen. Dit exhibitionisme en deze pijnlijke vulgariteit versterken het schaamtegevoel bij de burgers. En deze schaamte maakte dat de Spanjaarden het beeld dat ze van zichzelf zagen in de spiegel van de literatuur afwezen. Toen deze schaamte verdwenen was, ontstond er een ware honger om dit beeld terug te krijgen. Het hoefde niet flatteus te zijn; als het maar juist was, voor zover de voorstelling van de werkelijkheid strookt met de manier waarop ze door de consensus van de burgers wordt waargenomen.

Deze veranderde houding viel paradoxaal genoeg samen met een literaire productie die niets van doen had met het heden, noch met het recente verleden. Tijdens de lange jaren van stilte dacht iedereen dat zodra men de stem zou hebben teruggekregen, onmiddellijk alle onderwerpen besproken zouden worden waarover zo lang gezwegen was. De Burgeroorlog, de repressie, de dictatuur. Niets van dit alles kwam ter sprake in de pagina's van de boeken die verschenen. De intellectuelen, met inbegrip van de schrijvers, klaagden deze duidelijke nalatigheid aan. Maar het publiek klaagde niet. Het publiek las en was tevreden met wat het las.



#### **4. De eerste stappen op weg naar een nieuwe vertelkunst. De schrijver die wilde schrijven, maar geen onderwerp had**

Wij schrijvers van de generatie die literair geboren is tijdens de overgang naar de democratie, voelden ons enigszins schuldig aan deze paradoxale situatie, maar we konden niets doen om die te veranderen. We wilden niet schrijven over een recent verleden dat we beleefd hadden zonder vreugde en zonder stimulans. De historische realiteit was voor ons niet aantrekkelijk en inspireerde ons niet.

Wat we in wezen wilden, was hetzelfde dat het publiek wilde, namelijk de literatuur terugkrijgen en haar wekken uit het coma waarin ze te lang had verkeerd

We hadden veel geleerd van de literatuur van de vorige generatie. Mogelijk hadden we er niet alleen veel van geleerd, maar zelfs alles. De eerste stappen van een schrijver zijn geen zoektocht naar grote voorbeelden, maar naar nabije voorbeelden. Het is belangrijk dat een schrijver leeft en dat hij dichtbij leeft. Er is iets vertrouwds in de invloed van de literatuur: jongere broers imiteren hun oudere broers, of op zijn minst hun neven of een klasgenoot. Voor schrijvers is nabijheid essentieel. Het is niet nodig hen persoonlijk te kennen, maar wel van belang om te weten dat er op elk moment een ontmoeting kan plaatsvinden. Het toevallig samenzijn met een Spaanse dichter in een café was van meer belang dan het werk lezen van een grote buitenlandse of overleden dichter. Ik weet niet waarom dit zo is, maar zo is het.

Van onze voorgangers hadden we dus bijna alles geleerd, inclusief de negatieve en pessimistische houding tegenover ons eigen werk. Maar zij hadden de traditie levend gehouden, met inbegrip van de mogelijkheid in opstand te komen tegen die traditie, wat op zich ook bij de traditie hoort, en met veel moeite de taal gemoderniseerd, althans in functionele zin.

Maar verder leverde hun voorbeeld ons niets op, zodat we onze toevlucht namen tot de belangrijkste bron van literatuur, de literatuur zelf. We wisten niet welk verhaal we wilden vertellen, maar wel dát we iets wilden vertellen. Wat we wilden vertellen, was de emotie die we hadden gevoeld bij wat we als kind en jongere hadden gelezen, voor de meesten van ons de enige bron van vermaak en ervaring. We voelden de passie voor het vertellen waarnaar Fernando Savater verwijst in een boek dat fundamenteel is voor het begrip van de literatuur van die jaren: De herwonnen jeugd. De getuigenis van de beleefde werkelijkheid liet ons koud. We besloten dus onze historische plicht te verraden en te schrijven wat we wilden. Dit verraad was minder ernstig dan het lijkt. Tot de overgang naar de democratie en bij gebrek aan andere uitdrukkingsmiddelen moest de literatuur een getuigende en beschuldigende functie vervullen. Later, toen er vrijheid was, kwam deze taak toe aan de media en zelfs aan de burgers, die niet moe werden zich altijd en overal te manifesteren.

**5. Soms komt de hulp van waar men die het minste verwacht. De Latijns-Amerikaanse literatuur verandert de Spaans taal en**

## haar toepassingen. Vanuit de achterkamer naar de oerwouden van de Amazone

We hadden vreemde en tegenstrijdige informatie ontvangen. De meesten van ons kwamen van een religieuze school waar de wetenschap werd verheerlijkt, maar waar ook literatuur onderwezen werd. Deels omdat de literatuur tot de nationale glorie behoorde, net als de schilderkunst en de kathedralen. Op wetenschappelijk gebied, daarentegen, hadden we maar heel weinig glorie behaald. Deels ook omdat de religieuzen, mannen en vrouwen, een strikt literaire, thomistische en archaische opleiding hadden genoten en dit het enige was dat zij echt konden onderwijzen. Wij moesten de eindeloze Spaanse metrische vormen uit ons hoofd leren, met de overeenkomstige voorbeelden uit de Gouden Eeuw, en we moesten ook buitengewoon saaie passages van Lope de Vega, Calderón, Garcilazo en Góngora uit ons hoofd leren. Mijn generatie was tevens de laatste die Latijn bestudeerde. Het werd bestudeerd, maar niet geleerd, omdat, zoals iemand zei, Latijn niet onderwezen werd als een dode taal, maar als een taal die nooit levend was geweest. Maar voor zover mogelijk ontvingen we een degelijke opleiding. Van het overige wisten we niets en wat we hadden geleerd verafschuwden we, omdat we het identificeerden met bekrompenheid en met morele en psychologische marteling, die niet erg gewelddadig was, maar wel tamelijk kleingeestig.

Met dit gereedschap en zonder verhalen om te vertellen zouden we weinig hebben gepresteerd, als zich geen wonder had voorgedaan.

Midden jaren zestig begonnen in Spanje en meer concreet in Barcelona enkele schrijvers te verschijnen die afkomstig waren van het Amerikaanse continent en die op zoek waren naar iets wat ze niet vonden in hun landen van herkomst: een uitgever. Het waren de magische jaren die 'el boom' werden genoemd. Vanuit het perspectief van die jaren lijkt het ongelooflijk dat gedurende een zo korte periode in de etalages van Spaanse boekwinkels schrijvers verschenen als Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, José Donoso, Guillermo Cabrera Infante, José Lezama Lima en Alfredo Bryce Echenique. Om nog maar te zwijgen van Borges, die tot dan toe weinig bekend was bij het Spaanse publiek. Het zijn namen die vandaag de dag indruk maken, maar die ons toen met verbijstering sloegen. Niemand had toen gedacht dat de Spaanse taal in staat was zich zo vitaal, zo gevarieerd en zo origineel uit te drukken, op de manier van die schrijvers uit landen die door de hallucinerende Spaanse keizerlijke droom als van een lager niveau werden beschouwd.

Maar het bleef niet bij deze buitengewone bijdrage van onze Latijns-Amerikaanse collega's.

Ik heb al gezegd dat velen van hen zich om diverse redenen in Barcelona vestigden. Dat was in de eerste plaats de hoofdstad van de uitgeverijen in de Spaanse taal. In de tweede plaats was het een aangename stad, Spaans maar dicht bij de grens met Frankrijk en behoorlijk vrij, deels door de inspanningen van de Barcelonese intellectuelen en deels door de incompetentie van de Spaanse overheid, zodat de repressie aan kracht verloor naarmate de afstand naar Madrid toenam. Zij die zich in Barcelona vestigden trokken anderen aan, zodat Barcelo-

na gedurende lange tijd veranderde in een mondiaal centrum van Latijns-Amerikaanse literatuur. Dit gaf ons de gelegenheid hen te leren kennen, met hen om te gaan, of hen ten minste te zien. Ik heb al gewezen op het belang van deze fysieke nabijheid. Wat ons het meest verbaasde, was hun houding tegenover het schrijven. De Spaanse schrijvers waren in beginsel verlegen, ze voelden zich uit sociaal oogpunt ondergewaardeerd en schaamden zich zodoende om beroepshalve of uit roeping te schrijven. Ze voelden zich gemarginaliseerd. De Latijns-Amerikanen daarentegen kwamen uit een traditie waarin cultuur werkelijk werd vereerd, ondanks de onderdrukking. Zij wisten niet dan hun werk roem en geld zou opleveren, maar ze deden het met trots.

Ik geloof dat nog steeds niet erkend wordt hoezeer de Spaanse literatuur schatplichtig is aan die buitengewone generatie die niet alleen het magisch realisme heeft uitgevonden, maar dat ook heeft gesymboliseerd.

De Latijns-Amerikaanse literatuur heeft op oorverdovende wijze de horizon van de vertelkunst verruimd. Van het naar binnen gekeerde en provinciaalse verhaal naar het grote epos van de oerwouden, met grote historische fresco's, familiesagen die honderd jaar eenzaamheid beslaan, over het heden en verleden van naties en culturen.

Maar we moeten ook weer niet overdrijven en ons niet laten meeslepen door lyriek. Vanuit Europa en nog meer vanuit een gekleineerd en grijs Spanje kwam Latijns-Amerika op ons over, zoals een Mexicaans criticus zei, als 'een laboratorium van het onmatige'. Laten we het daarbij laten.

## **6. Onverwacht verschijnt opnieuw Don Benito el Garbancero. De klassieke Spaanse novelle krijgt weer betekenis en verlaat de stoffige bibliotheken om de huizen binnen te gaan**

Deze factor, samen met wat hiervoor is gezegd, heeft ertoe geleid dat de visie van de Spanjaarden op hun eigen literatuur radicaal is veranderd. Het meest in het oog springende geval was wellicht dat van Benito Pérez Galdós. Galdós was en is een gigant van de Spaanse literatuur, maar op enkele nationale episodes na, die meer werden gelezen om hun historische en heroïsche lading dan om hun literaire waarde, hield hij zich op in het pantheon van de illustere mummies. Aan het eind van de jaren zeventig kwam Galdós plotseling weer tot leven en werden zijn werken, de meest bekende en andere, minder bekende, uitgegeven en verkocht als warme broodjes. Voor de televisie werden bewerkingen gemaakt van een roman (*Fortunata y Jacinta*, voor zover ik mij kan herinneren) en voor een enkele film, in het bijzonder van de hand van Luis Buñuel, een groot bewonderaar van Galdós, die was teruggekeerd na een lange periode in ballingschap. Hetzelfde gebeurde met de roman van Clarín, *La Regenta*, waar veel afleveringen van werden gemaakt.

Opnieuw voelde de Spaanse lezer, al werd dat niet officieel gezegd, dat wat hij las door ons geschreven was en over ons ging.

Wanneer Galdós, Clarín, Valle-Inclán en Baroja opnieuw zeggingskracht kregen, dan kon dat ook gelden voor hun directe opvolgers, namelijk de schrijvers die in die jaren publiceerden. Het staat vast dat geen enkele generatie zo'n ontvankelijk publiek heeft gevonden.

**7. Van de tuin der lusten naar de binnenplaats van mijn huis. Het intellectuele discours stopt met abstracties en spreekt over personen. De onwaarschijnlijke types van Almodóvar zijn representatiever dan lijkt**

De terugkeer naar de aloude vertelling was geen achteruitgang (al zou hij tot een achteruitgang kunnen leiden), en evenmin was de ogenschijnlijke frivoliteit van de romans die tijdens de eerste jaren na de overgang naar de democratie verschenen alleen maar frivool (al zouden ze wel tot frivoliteit kunnen leiden). In beide gevallen was dit een onvermijdelijk risico, omdat het was waar de tijd om vroeg, zonder dat de schrijvers of de lezers dat wisten.

Tot dat moment had de literatuur, net als de film, het theater en andere nationale Spaanse expressiemiddelen, afgezien van het weergeven van de werkelijkheid zoals die werd gezien door de ogen van de gemiddelde Spanjaard, om zich op een abstract gebied te begeven waar het idee overheerst en niet de ideologie. Dit houdt in het geheel geen verwijt in. Ook dit was waar de tijd om vroeg en wat ze in elk geval toestond. Abstracties die konden doorwerken in cruciale onderwerpen met een politiek en sociaal karakter, maar die er door hun aard toe veroordeeld waren slechts door een minderheid te worden geconsumeerd. Een autoritaire staat zal zulke openlijk kritische uitlatingen altijd tolereren, maar ze zijn slechts bestemd voor een beperkte kern en hebben geen praktische invloed, zodat ze alleen maar een uitlaatklep zijn voor intellectuele onrust en een oppervlakkig beeld scheppen van de vrijheid. Het waren de tijden waarin openlijk subversieve films prijzen wonnen op internationale filmfestivals en, zoals toen gezegd werd, de Spaan-

se vlag zeer fier wapperde. Later leidden deze zelfde films in Spanje een kwijnend bestaan in kleine zaaltjes in de grote steden. Ik houd vol dat daaraan geen negatieve waarde moet worden toegekend. De grote inspanning die in deze ogenschijnlijk steriele werken is geïnvesteerd heeft de motor van de cultuur in werking gezet, zij het in vertraagd tempo, en als leermiddel en inspiratie voor alles wat daarna kwam gefungeerd.

Maar het waren abstracte en ingewikkelde werken, die zich vooral bezighielden met taal en metataal (wat in gewone-mensentaal 'tussen de regels door lezen' wordt genoemd) en in laatste instantie waren het spiegels die alleen zichzelf weerspiegelden.

De verandering kon alleen komen door frivoliteit. Recent is in Spanje gesproken over de beweging die toen 'el destape' openheid werd genoemd. Zoals de naam al aangeeft, bestond dit uit het overal verschijnen zonder kleding. Natuurlijk zaten hier commerciële bedoelingen achter, maar het staat buiten kijf dat deze collectieve beweging, met een niet te stillen vraag en een enthousiast aanbod, de geenszins symbolische betekenis had van een bevrijding door middel van overtreding. Het was een duidelijk jeugdige houding die gelijk stond aan flagrante ongehoorzaamheid jegens het ouderlijk gezag. De paradox was dat alle Spanjaarden aan deze jeugdige beweging deelnamen, jong en niet meer zo jong. Bezien vanuit het heden heeft deze ongeremdheid iets provinciaals en pathetisch en legt ze alleen maar een bijna chronische, achterlijke honger aan de dag. Om dit objectief te beoordelen mag niet worden vergeten dat dit van voorbijgaande aard was. In de toneelkunst is de duur een elementair onderdeel van de taal.



Met de literatuur en de film gebeurde hetzelfde. In plaats van de serieuze kritiek waarop gehoopt werd, ontstond er in die jaren een ogenschijnlijke frivoliteit die juist inbreuk maakte op de orde doordat de verwachtingen die aan de makers werden gesteld niet werden ingelost.

Het enige waarmee deze werken zich bezighielden was het spreken over het heden en over het individu. Ik en nu.

In vergelijking met de voorgaande fase was deze niveauperlagering bijna een belediging voor degenen die het beste van zichzelf hadden gegeven om de kritische geest, de diepgaande criteria en de formele rijkdom te behouden. Het was een schandaal dat de beperkte mogelijkheden die door de nieuwe vrijheden werden geboden werden misbruikt om werkte te maken dat werd gedomineerd door dwaasheid, onverzorgdheid en schaamteloosheid.

Maar zo stonden de zaken ervoor. En zo moest het zijn.

Om te begrijpen wat dit wil zeggen, volstaat het om twee emblematische werken uit twee verschillende periodes te vergelijken. Binnen het meest expressieve medium van die periode, de film, hoeven we alleen een film van Carlos Saura (bijvoorbeeld *El jardín de las delicias* uit 1970) te vergelijken met een film van Pedro Almodóvar (*Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón* uit 1980). In de eerste film zijn alle Spanjaarden vertegenwoordigd als een collectieve abstractie. De tweede film, de eerste van Pedro Almodóvar, vertelt het onsamenhangende verhaal van een paar extravagante en onbezonnen meisjes. In de eerste film zijn de ideeën duidelijk en is de uitwerking onbe-

rispelijk. De tweede film lijkt geen grondgedachte te hebben en de uitwerking is slordig en ogenschijnlijk willekeurig. Maar Almodóvars personages in deze film, en in al zijn volgende films, zijn personages waarmee de Spaanse toeschouwer zich kan identificeren, of beter nog, door wie de Spaanse toeschouwer zich vertegenwoordigd voelt, hoe extravagant en marginaal ze ook zijn, op de grens van wet, logica en gekte, personages die alleen hun eigen bijzondere situatie uitbeelden. Ze hebben het alleen maar over zichzelf in een volkomen incorrekte, plaatselijke en tijdelijke taal (een taal die het in korte tijd tot dialect wist te schoppen, het 'cheli', een equivalent van het 'germanía' dat gebruikt werd door de personages van de Spaanse literatuur van de Gouden Eeuw en in het bijzonder de schelmenroman). Maar ondanks deze concentratie op de eigen persoon en de eigen problemen die werkelijk gruwelijk zijn, en in de meeste gevallen onwaarschijnlijk, voelt elke Spanjaard zich ermee vertrouwd, alsof het zijn eigen familie betreft.

Hetzelfde gebeurt op het gebied van de roman. Het volstaat eveneens om twee romans uit die tijd te vergelijken die gescheiden zijn door de overgang naar de democratie: *Un viaje de invierno*, de uitzonderlijke roman uit 1972 van de uitzonderlijke Juan Benet en —al is het onbescheiden mijzelf als voorbeeld te gebruiken— *El misterio de la cripta embrujada* uit 1979. Het vergelijken van de literaire kwaliteit van deze twee romans zou dwaasheid zijn. Niettemin zijn het de volstrekt absurde avonturen van de arme gekke detective in een onwerkelijk Barcelona die uiteindelijk een waarheidsgetrouwe spiegel vormen van de werkelijkheid zoals die in Spanje werd waargenomen in die jaren van dwaasheid, reconstructie en hoop.

Ik ga nog verder in mijn onbescheidenheid door mezelf te citeren. Tenslotte ben ik degene die deze lezing houdt. In de aantekeningen die ik maakte voor de roman die ik zojuist genoemd heb (*El misterio de la cripta embrujada*), schreef ik jaren later: ‘In de zomer van 1977 (...) was de politieke situatie verre van stabiel en de zojuist begonnen democratie had overduidelijk iets hachelijks, tenminste zo zag ik dat, maar zelfs met de gevaren die op de loer lagen en hoewel de hele wereld beseftte dat veel illusies zouden verdwijnen tijdens de lange weg die nog te gaan was, kon niemand zich onttrekken aan de roes van vrijheid en hoop.’

### **8. Bataljons en sterke verhalen. De Burgeroorlog in de Spaanse vertelkunst: een evolutie die de geschiedenis niet herziet, maar wel de manier om ernaar te kijken**

Deze tijden zijn vervlogen, zoals het hoort. Dat is de fundamentele karakteristiek van de tijd: voorbijgaan. Ik geloof dat de generatie waarnaar ik heb verwezen nu ook voorbij is gegaan, samen met haar historische moment. Dit is geen pensionering, noch een overlijdensakte. Toen de generatie van de overgang naar de democratie begon met schrijven, of de filmregisseurs begonnen met hun films, was de vorige generatie nog actief en produceerden velen van hen nog hun beste werken. Ik ben begonnen met te zeggen dat ik me niet aan een persoonlijke analyse zou wagen. Op dezelfde manier leeft en werkt het merendeel van ons die de overgangsgeneratie vormen. Maar de tijden zijn veranderd.

Er is waarschijnlijk niets dat deze nieuwe verandering beter illustreert dan de manier waarop men het netelige onderwerp

van de Burgeroorlog behandelt in de literatuur (of in de film, ik sta erop deze te vormen van vertelkunst te vergelijken in deze lezing).

Wij schrijvers van de overgangsgeneratie zijn geboren in de schaduw van de oorlog. De meerderheid van ons is ontkomen aan de oorlog zelf, wat ons radicaal onderscheidt van hen die die oorlog niet alleen hebben meegemaakt maar er ook aan hebben deelgenomen op het slagveld, of die hebben geleden onder de bombardementen of op zijn minst directe ooggetuigen zijn geweest van het geweld. Wij hebben slechts de gevolgen gezien en op elk uur van de dag de verhalen, herinneringen, triestheid en ellende aangehoord die veroorzaakt waren door de vreselijke oorlogsjaren. Feitelijk is ons het gevaar en de gruwel bespaard gebleven, maar we hebben ook niet de heldendaden meegemaakt. Voor ons was de Burgeroorlog een opeenhoping van ellende. Misschien dat we er daarom nooit over wilden spreken.

In het werk van de vorige generatie is de oorlog altijd aanwezig. Eerder heb ik Juan Benet geciteerd. De oorlog loopt niet alleen door zijn hele werk, maar is ook het centrale thema van veel van zijn romans: de militaire operaties, de strategie, wat voorheen 'het geluk van de wapens' heette. Hetzelfde geldt voor de overige schrijvers van zijn leeftijd. Juan García Hortelano, Miguel Delibes, Ignacio Agustí, Camilo José Cela en de schrijvers in ballingschap: Mercé Rodoreda, Max Aub, Ramón Sender.

Wij zijn niet geïnteresseerd in de oorlog als literair onderwerp. Ons interesseerde het heden. Wanneer we ons bezighielden

met het verleden, was dat om in het verleden de wortels van het heden te zoeken door een brug te slaan tussen de lege oorlogsjaren en de naoorlogse jaren. Zonder het te weten was dit mijn doel toen ik onderzoek in de geschiedenis van Catalonië en Barcelona om *De zaak Savolta en De stad der wonderen* te schrijven. Iedereen had het over de geschiedenis, maar iedereen stopte vóór de Burgeroorlog, en zelfs vóór wat daar direct aan voorafging. Misschien wilden we zeggen dat die oorlog niet bestaan heeft maar een onderbreking was en dat de geschiedenis nu de koers hernam die vervolgd had moeten worden wanneer de zaken niet zo dramatisch verkeerd waren gegaan.

Met de komst van een nieuwe generatie verandert het panorama en wordt de Burgeroorlog een belangrijk literair onderwerp, geschikt voor analyse. Voor de nieuwe schrijvers zijn de oorlog en de gevolgen daarvan een episode uit de recente geschiedenis van Spanje, maar geen persoonlijke belevenis. Hoewel ze allemaal een duidelijk principieel standpunt over deze kwestie hebben en haar met ernst en respect behandelen als iets wat nog leeft, staat de afstand hun toe een meer afstandelijke positie in te nemen. Het duidelijkste voorbeeld van deze verandering is ongetwijfeld de roman *Los Soldados de Salamina* van Javier Cercas. Deze roman is niet alleen een literair, maar ook een sociaal fenomeen, omdat ze vanuit ieder gezichtspunt magnifiek is en een enorm succes bij het publiek had en nog steeds heeft. Omdat de roman zich baseert op een herziening van de Burgeroorlog vanaf een afstand, kan de lezer zich identificeren met de personages van beide zijden. Dit is het gevolg van de manier waarop het verhaal in elkaar steekt. Voor degenen die het boek niet gelezen hebben, zeg ik dat dit bestaat uit drie delen: het eerste is het onderzoek van een

journalist die met tegenzin het spoor volgt van overlevende getuigen van een vreemd voorval dat plaatsvond tijdens de laatste dagen van de Burgeroorlog. Terwijl het Republikeinse leger zich volop aan het terugtrekken was zou een vooraanstaand vertegenwoordiger van het Spaanse fascisme, die in handen van de republikeinen gevallen is, samen met andere gevangenen gefusilleerd worden. In de verwarring lukt het hem heelhuids te ontsnappen en hij wordt opgevangen door enkele boeren die hem, hoewel ze weten dat hij tot het vijandelijke kamp behoort, uit pure menselijkheid beschermen, omdat ze genoeg hebben van zoveel jaren van geweld. Eerder, tijdens de vlucht door het bos, is de ontsnapte ontdekt door een soldaat die zijn geweer op hem richt. Wanneer hij denkt dat hij hem gaat doodschieten, laat de soldaat zijn wapen zakken en kan hij ontsnappen. Ook de soldaat wil voor eens en voor altijd ophouden met deze vreselijke oorlog. Hoewel de roman is geschreven in de vorm van een kroniek, vermengd met episodes uit het dagelijkse leven van de journalist, waardoor de toon wordt verlicht, en hoewel de journalist, en via diens mond de schrijver van de roman, die zich al dan niet kan identificeren met de hoofdpersoon, er geen misverstand over laat bestaan hoe hij tegenover de oorlog staat en tegenover de partijen die daarin tegenover elkaar stonden, kan de lezer zich vrijelijk identificeren met alle personages, ongeacht de ideologie die zij aanhangen. Buiten de bedoeling van de schrijver en buiten de expliciete boodschap van het boek om, spreekt het verhaal het gevoel van de tegenwoordige Spaanse lezer aan. Het is niet irrelevant dat naast de honderdduizenden verkochte exemplaren ook een film en een toneelstuk van de roman verschenen zijn en dat deze ook veel succes hebben gehad bij het publiek.

## **9. Van tragedie tot ontevredenheid. Nieuwe verhalen voor nieuwe generaties. De bijzonderheden**

Wat ik tot nu toe heb gezegd over de Spaanse literatuur vanaf de overgang naar de democratie, of zoals ik aan het begin zei, van de Spaanse werkelijkheid zoals de Spanjaarden haar via de literatuur waarnemen, eindigt niet hier.

In de eerste plaats omdat het om een dynamisch proces gaat dat juist verandert door zijn eigen bestaan, dat wil zeggen, doordat elk deel van de realiteit op het moment dat het wordt opgenomen door de collectiviteit verandert in een deel van de werkelijkheid en zo nieuwe beelden schept, in een proces dat vroeger dialectisch genoemd zou worden.

In de tweede plaats omdat iedere nieuwe etappe tot gevolg heeft dat eerdere etappes in de vergetelheid raken of anders geïnterpreteerd worden.

De overgang was een beslissende periode in de geschiedenis van Spanje, niet alleen omdat ze het einde betekende van een dictatoriaal regime in ruil voor een democratie, met politieke vertegenwoordiging en vrijheid van meningsuiting, maar ook omdat het de toetreding van Spanje inhield tot de moderniteit. De franquistische dictatuur hield Spanje in een staat van historische bevrozing, terwijl de overige Europese landen zich aan de moderne tijden aanpasten.

Sint Augustinus zei: 'Als men mij vraagt wat tijd is, dan weet ik dat niet; maar als men het me niet vraagt, dan weet ik het wel'.

Met de moderne tijd gebeurt hetzelfde. Iedereen weet wat die inhoudt, zolang men het niet hoeft te definiëren. Laten we om duidelijkheid te scheppen zeggen dat dit een nieuwe manier is om sociale betrekkingen en de collectieve en individuele identiteit te begrijpen. Deze verandering heeft niet zozeer te maken met het idee van de wereld, maar met de manier waarop men in de wereld staat. Of het verdwijnen van ideologieën de oorzaak is geweest van deze nieuwe manier waarop men in de wereld staat en of deze nieuwe manier van in de wereld staan ideologieën heeft doen verdwijnen, is iets waarover we het hier niet gaan hebben. Wat ons nu interesseert, is te zien waaruit deze verandering bestaat, en ik geloof dat ze hoofdzakelijk bestaat uit de perceptie die elk individu van zijn omgeving heeft.

De relatie van het individu met zijn werk, met familie, met geld, met de stad, met vrije tijd, met gezondheid en ziekte, met ouder worden, dat alles is de afgelopen decennia radicaal veranderd.

We gaan nu niet verder in op deze veranderingen. Als ik daaraan refereer, is het om te zeggen dat een nieuwe perceptie van de werkelijkheid een nieuw beeld behoeft dat haar weerspiegelt en een officiële vorm geeft.

Zoals ik eerder heb gezegd, is dit fenomeen in Spanje duidelijker omdat de transformatie zo snel verlopen is, bijna gewelddadig, zonder tijd om aan de tussenfase te wennen. Van een agrarische maatschappij werd Spanje een postindustriële maatschappij. Van het karrenpad naar de snelweg en de luchthaven, van het provinciale leven naar de cyberspace, van de sociale en familiale onbeweeglijkheid naar instabiliteit, van morele



striktheid naar losbandigheid, van tragedie naar ontevredenheid.

Kunnen we zeggen dat de literatuur deze verandering opneemt en formaliseert? Het is moeilijk te generaliseren, zeker wanneer deze ontwikkeling nog steeds gaande is.

Er is echter iets wat erop lijkt te duiden dat de literatuur, zoals wij haar zien, deel uitmaakt van het transformatieproces, omdat ze nooit meer zal zijn zoals vroeger, net zoals de familie nooit meer zal zijn wat ze was aan het begin van de twintigste eeuw.

Het diagnosticeren en bepalen van de oorzaken van deze transformatie is iets wat de grenzen van deze lezing te buiten gaat, maar toch kan het geen kwaad enkele daarvan aan te wijzen omdat ik geloof dat dit een kwestie is die moet worden aangekaart door hen die geïnteresseerd zijn in cultuur.

Zowel in Spanje als in de hele wereld leven we in de eerste plaats in het communicatietijdperk. Dit feit doet op zichzelf al veel afbreuk aan de bestaansreden van de roman, die tot enkele decennia geleden voor een belangrijke sector van de bevolking de enige of voornaamste bron van informatie was over de wereld. Maar er is nog iets anders.

Wanneer dit thema behandeld wordt, wordt vaak het idee geopperd dat informatie niet hetzelfde is als kennis, dat informatie nergens toe dient als er geen voorafgaande kennis bestaat die de door de media verstrekte informatie classificeert en ordent.

Zonder hier diep op in te willen gaan geloof ik dat deze gedachte defensief is en meer gebaseerd op vrees dan op werkelijkheid. Ik vermoed dat informatie kennis is. Een nieuwe vorm van kennis. Deze nieuwe vorm van kennis wordt vandaag de dag door nationale collectieven aangewend om zich een idee van zichzelf te vormen. Wanneer ik spreek over informatie, doel ik niet alleen op het internet, maar ook op andere media. Naar mijn mening is de belangrijkste daarvan de mobiele telefoon, een hulpmiddel waarvan de invloed op individuen en de maatschappij nog niet goed onderzocht is.

Tijdens een recent debat over het beeld dat Spanjaarden hebben van hun eigen realiteit poneerde ik de stelling dat, in tegenstelling tot eerdere fasen, waarin de identiteit niet werd bepaald door abstracties maar door literaire beelden die vorm gaven aan deze abstractie (*Don Quichot, Carmen, la paella*), de Spanjaarden zich momenteel herkennen in hun voetbalelf-tallen. Ik haast mij om te zeggen dat deze stelling niet met bewondering ontvangen werd, maar desondanks houd ik haar staande. En ik geloof dat de wereld, althans de westerse wereld, geen vooruitgang zal boeken zolang het haar niet lukt de symbolische waarde van het voetbal vast te stellen. Wanneer ik voetbal zeg, bedoel ik alle soorten voetbal: Amerikaans voetbal, rugby. En geen andere competitiesporten.

Het fundamentele verschil bestaat hierin: terwijl literaire beelden variabel, tegenstrijdig, open voor interpretatie en onderling compatibel zijn, beantwoordt het voetbal aan vaste regels en kent het resultaten die gemeten en vastgelegd kunnen worden. Nog belangrijker is dat het gebaseerd is op het principe dat de een moet verliezen opdat de ander wint. De wereld via

het voetbal begrijpen is de wereld begrijpen in termen van overwinningen en nederlagen, van classificaties en rangorden. Dit idee is de basis van wat Ortega y Gasset ‘particularismen’ noemde, een positionering die verschilt van partijen die gebaseerd zijn op ideologieën en belangen.

Spanje ziet zichzelf vandaag de dag in termen van voetbal: elftallen die onderling rivaliseren. Om de een te laten winnen moeten de ander verliezen. Voetbal is het verhaal van de moderne mens.

Maar ik wil u niet achterlaten met een pessimistische boodschap. De wereld is complex en veranderlijk en naast de ‘particularismen’ van Ortega blijft de paella bestaan: een hybride gerecht met een obscuur verleden dat voedt en blij maakt, dat met een grote groep mensen gedeeld moet worden (paella is een gerecht dat samenwerking vereist: het gebeurt zelden dat maar één persoon, of zelfs een koppel, paella eet) en het is bovendien een gerecht dat een moeizame en langdurige spijsvertering vergt. Een beter spiegelbeeld is voor de mens niet denkbaar.

2009

DE INCA GARCILASO  
EN DE LINGUA FRANCA

*Mario Vargas Llosa*



Als zoon van een Spaanse conquistador en een Incaprinses, verstreken de kinderjaren en jeugd van Gómez Suárez de Figueroa, geboren in Cuzco op 12 april 1539, onder bijzondere omstandigheden: het grote trauma van de verovering en vernietiging van het Incarijk was recent en lag nog vers in het geheugen van de Indianen en Spanjaarden, en de pracht en krachtpatserij van de kolonisatie, met het bloederige strijdtoneel, de verbeterheid, schrikbeelden, heldendaden en onrechtvaardigheden speelden zich af vlak voor de ogen van de jonge mesties en bastaard wiens bewustzijn die beelden, waarop zijn herinnering een halve eeuw later gretig terug zou komen, opslokte.

Op zijn twintigste, in 1560, vertrok Gómez Suárez de Figueroa naar Spanje, waar hij arriveerde na een eindeloos lange reis waarvoor hij het Andesgebergte moest doorkruisen, de

zandvlaktes van de Peruaanse kust, de Stille Oceaan, de Caraïben, de Atlantische Oceaan en de steden Panama, Lissabon en, tot slot, Sevilla. Hij ging naar het hof met een duidelijk doel: het opeisen van de waardering van de diensten die zijn vader, de aanvoerder Garcilaso de la Vega, had geleverd tijdens de verovering van Latijns-Amerika, en daarvoor van de Spaanse kroon de overeenkomstige beloning te ontvangen. Zijn inspanningen tegenover de Koloniale Raad faalden vanwege de grilige loyaliteit van de aanvoerder, die ervan beschuldigd werd dat hij de opstandeling Gonzalo Pizarro zijn paard leende in de Slag om Huarina; een gebeurtenis die hem altijd zou blijven achtervolgen en die de jonge mesties vervolgens in zijn boeken probeerde te weerleggen en te verzachten. Hij begroef zich, zijn frustratie verbijtend, in een gehucht in Cordoba, Montilla, waar hij vele jaren in complete duisternis doorbracht. Hij verliet het voor korte tijd om tussen maart en december 1570 met de troepen van de Markies van Priego de opstand van de moriscos in de Alpujarras van Granada te neer te slaan waar hij, zonder veel inzet, zijn strepen als aanvoerder verdiende.

In Montilla en vervolgens in Cordoba, leefde hij, ondersteund door zijn familieleden van vaders kant, een regelmatig bestaan waarvan we slechts weten dat hij een voorliefde voor paarden had, dat hij een dienstmeisje zwanger maakte die hem een zoon schonk, dat hij peter was bij vele doopplechtigheden en dat hij over de bevolkingsregisters van de inwoners onderhandelde met niemand minder dan Luis de Gongora. En, het belangrijkste, dat hij zich vol overgave wijdde aan lezen en studeren, zodat toen in 1570 zijn eerste boek verscheen, een verfijnde vertaling van het Italiaans in het Spaans van een boek over neoplatonische theologie en filosofie, *Los diálogos de amor*

(*Liefdesdialogen*) van León Hebreo, de uit Cuzco afkomstige man van Montilla, die tegen die tijd zijn naam had veranderd in die van Inca Garcilaso de la Vega, een scherpzinnig denker was geworden, doordrenkt van de renaissancistische cultuur en eigenaar van een proza dat zo helder was als de lucht van het Andesgebergte. Het boek werd verboden door de Inquisitie, en de Inca, voorzichtig, haastte zich de inquisiteurs gelijk te geven en erkende dat het niet goed was dat dergelijk werk in de volkstaal circuleerde 'omdat het niet bedoeld was voor het volk'.

Tegen die tijd had hij zijn zinnen gezet op een intellectuele onderneming van formaat: het beschrijven van de geschiedenis van de Spaanse expeditie naar Florida, aangevoerd door Hernando de Soto en vervolgens door Luis de Moscoso, tussen 1539 en 1543, waarbij hij gebruik maakte van de herinneringen van de aanvoerder Gonzalo Silvestre, een oude soldaat die deel had genomen aan het avontuur en die Garcilaso had leren kennen in Cuzco. Hoewel uit deze bladzijden blijkt dat de Inca, zoals in die tijd de gewoonte was in de vertelkunst, een zuivere beschrijver was van de herinneringen van Silvestre en andere getuigen en geschiedschrijvers van die ongelukkige expeditie, is *La Florida del Inca (De bloemenzee van de Inca)*, gedrukt in Lissabon in 1605, in werkelijkheid een ambitieus relaas van romaneske architectuur, doorspekt met klassieke verwijzingen en geschreven als een samenspel van avonturen, dramatiek, epische fonkelingen en ingekleurd met de beste riddersverhalen. Deze tekst volstaat om hem te bestempelen als een van de beste prozaschrijvers van de Gouden Eeuw.

In *La Florida* zegt de Inca, zichzelf verwerend tegen een toeschrijving die hem in de toekomst ten deel zal vallen —dat hij eerder letterkundige dan geschiedschrijver is—: ‘Mijn hele leven, goede poëzie daargelaten, heb ik vijandig gestaan tegenover fictie, zoals ridderromans en dergelijke’ (II, I, XXVIII). We hebben geen reden te twijfelen aan zijn woorden, of aan zijn goede bedoelingen als geschiedschrijver. Maar wellicht kunnen we zeggen dat in zijn tijd de grenzen tussen geschiedenis en literatuur, tussen werkelijkheid en fictie, vaag waren en regelmatig verdwenen. Dat gebeurt, meer dan in enig ander van zijn werken, in *La Florida*, een verhaal dat Garcilaso leerde kennen door de herinneringen —een meer dan subjectieve materie— van een oude soldaat die vastbesloten was zijn hoofdrol in het avontuur te benadrukken, en door middel van nauwelijks meer een paar geschreven getuigenissen. Eigenlijk, hoewel de grondstof van *La Florida* een waargebeurde geschiedenis is, idealiseert de weergave ervan in het boek van Garcilaso, meeslepend proza en bedreven gebruik van de taal, het ware verhaal en spint het tot een epische vertelling, tot prachtige historische fictie, de eerste met Spaans-Amerikaanse wortels.

Hoewel hij terug kon vallen op de getuigenis van de aanvoerder Gonzalo Silvestre, die deel had genomen aan de verovering van Florida in de expeditie van Hernando de Soto, en de verslagen van twee ooggetuigen —Juan Coles en Alonso de Carmona— raadpleegde, zette Garcilaso er nooit voet aan wal, noch kende hij de inboorlingen of de talen die ze spraken zodat hij, ondanks zijn pogingen zich te beperken tot de historische werkelijkheid, in *La Florida del Inca* vaak een beroep moest doen op zijn verbeelding om de leemtes op te vullen en de ge-



schiedenis die hij vertelde te kleuren met details, nauwkeurigheden en anekdotes. Dat deed hij met de doelmatigheid en het talent van de beste vertellers uit zijn tijd. Er is wel gezegd dat de ridderromans het voorbeeld vormden voor dit eerste krachtige werk van de Inca Garcilaso, en dat dit waar is blijkt als dit prachtige boek vergeleken wordt met de epische avonturen van Amadis, Esplandanes of Tristan de Leonis.

De toespraken die de Indianen en Spanjaarden uitwisselen zijn ridderlijk, literair en hoogdravend, en zij delen de voorkeur voor ceremoniën, waarvan het betoog van opperhoofd Vitachuco tegenover zijn broers die hem ervan willen overtuigen dat hij vrede moest sluiten, een voortreffelijk voorbeeld is. De inboorlingen van la Florida zijn net zo gevoelig voor eer en goede naam als de Spanjaarden, ze hebben dezelfde renaissance-istische voorstelling van moed, reputatie, uiterlijk vertoon, ze hebben de neiging grove taal uit te slaan en theatrale gebaren te maken, en ze zijn wreed wat betreft hun straffen voor overspelige echtgenotes terwijl ze zich absoluut niet op lijken te winden als het gaat om overspelige echtgenoten. Het geval is dat, zoals Luis Loayza zegt, ‘de Indianen in werkelijkheid verklede Spanjaarden zijn; niet alleen hun kleding maar ook hun denkbeelden zijn Europees. We kunnen aannemen dat het Garcilaso is die voor hen spreekt en hen zijn eigen meningen uit laat spreken over eer, faam, loyaliteit, moed, de natuurgodsdienst, wellicht de onrechtvaardigheden van de verovering<sup>1</sup>. De namen van de opperhoofden klinken eerder Bas-kisch dan inheems (Hirrihigua, Mucozo, Urribarracuxi) en in *La Florida* komen enkele legendarische dieren voor, zoals de jachthond Bruto die vier Indianen vangt in de provincie Ocali. De getallen in het verhaal zijn overdreven, vaak niet realis-

tisch, en deze ingebeelde hoogmoed heeft ook gevolgen voor de personages en gebeurtenissen. Dat moet hem echter niet verweten worden, want uit deze vrijheden ontkiemen enkele van de ware geneugtes van het boek. Zoals deze beschrijving van het zwaarlijvige stamhoofd: 'Capasi was een zodanig dikke man dat hij, door zijn enorme omvang en door de kwalen en belemmeringen die dat veroorzaakte, dermate gehandicapt was dat hij geen stap kon verzetten of overeind kon blijven staan. Zijn Indianen vervoerden hem in een draagstoel, en als hij zich al door zijn huis voortbewoog was dat kruipend' (II, II, XI). Zelfs een liefdesavontuur ontbreekt niet in dit ridderverhaal: die van de Sevillaan Diego de Guzmán, snel hoteldebotel en verwoed gokker, die besluit, omdat hij hopeloos verliefd is op een Indiaanse, dochter van het stamhoofd Naguatex, van wie hij het gokspel verliest, om liever bij de Indianen te blijven wonen dan afscheid te moeten nemen van zijn geliefde.

Voor het overige beperkt de Inca zich niet tot het uitbrengen van verslag. Hij gaat nóg verder en beschrijft wat zijn personages zich verbeelden, wat niet het privilege is van de geschiedschrijver, maar van de romanschrijver. Het opperhoofd Vitachuco 'zag zichzelf al aanbeden worden door de nabijgelegen landen en alle andere rijken omdat hij hun levens had gered en hun haciënda's had behouden: hij hoorde al de loftuitingen, en het gejubel van de Indianen vanwege zo'n geweldige heldendaad. Hij fantaseerde over de liedjes, geschreven ter meerdere eer en glorie van zijn prestaties, die de vrouwen en kinderen, al dansend in kringen vóór hem, zouden moeten zingen, iets wat heel gebruikelijk was bij die Indianen' (II, I, XXIII).

Niets van dit alles doet iets af aan de krachtige geloofwaardigheid van *La Florida* die de lezer in spanning houdt. Maar deze overtuigingskracht vloeit eerder voort uit het literaire dan het historische, meer uit de verhalende vaardigheid van de Inca dan uit zijn loyaliteit aan de werkelijke gebeurtenis. Het hele boek is doorspekt met voorvallen en korte anekdotes van buitengewoon verhalende kracht, van verrassende feiten of uitzonderlijke situaties die de lezer in de ban houden: ‘... omdat Juan López Cacho, omdat hij zo veel in het water had gewerkt en het zo koud was, bevroren was en was veranderd in een houten paal en geen hand of voet meer kon bewegen’ (II, II, XIII). Of deze lugubere scène, waarbij de Spanjaarden zich na de strijd ‘bezighielden met het opensnijden van dode Indianen en het weghalen van hun vet dat diende als zalf en olie om de wonden te genezen’ (III, XXX). Maar het meest fantastische voorbeeld is wellicht de gebeurtenis waarbij het opperhoofd Vitachuco, gevangene van Hernando de Soto, zich na een opzienbarende lichamelijke oefening —wellicht om een godheid aan te roepen— op zijn overweldigder stort die hij, voordat hij door tien of twaalf zwaarden wordt doorboord, met een vuistslag te gronde richt:

Zeven dagen na de vechtpartij en de wanorde, op het moment dat de gouverneur en het opperhoofd het eten achter de kiezen hadden, want opdat ze vrienden zouden worden legde de generaal hem in de watten, ging Vitachuco rechtop in zijn stoel zitten, en terwijl hij zijn lichaam van de ene naar de andere kant draaide, strekte hij met samengebalde vuisten zijn armen van de ene naar de andere kant uit, trok ze weer terug en legde zijn vuisten op zijn schouders en vervolgens schudde hij ze opnieuw met zoveel kracht en geweld van zich af dat zijn pijpbenen en

gewrichten kraakten als gebroken rietstengels. Dat deed hij om zijn krachten te ontwakken en op te roepen voor datgene wat hij van plan was uit te voeren, een handeling die een gewoonte en zelfs een tweede natuur is geworden van de Indianen van La Florida wanneer ze iets zwaars moeten doen.

Toen hij dat eenmaal gedaan had, stond Vitachuco zo zierend en woest op als men zich maar kon voorstellen en in een oogwenk viel hij de gouverneur aan, aan wiens rechterhand hij tijdens het eten had gezeten, en greep hem met zijn linkerhand vast bij zijn hemdsboord, en met zijn rechterhand gaf hij met zijn gebalde vuist een dermate harde klap op zijn ogen, neus en mond dat hij hem moeiteloos, alsof het een kind was, op zijn rug legde op de stoel waarop hij had gezeten, en om hem een laatste slag toe te brengen liet hij zich op hem vallen, terwijl hij zo hard brulde dat het in een omtrek van een kwart mijl te horen was.

De ridders en soldaten die toevallig bij de maaltijd van de generaal aanwezig waren, en zagen dat hij aangevallen werd en in levensgevaar verkeerde door zo'n vreemd en nooit verwacht voorval, stormden op Vitachuco af, grepen hun zwaarden, en staken er in een mum van tijd tien of twaalf door zijn lichaam, waarop de Indiaan dood neerviel, terwijl hij hemel en aarde vervloekte omdat hij er niet in was geslaagd zijn slechte intentie tot een succesvol einde te volbrengen (II, I, XXVIII).

Maar, hoewel *La Florida* al een meesterwerk is, het boek dat Garcilaso onsterfelijk maakte en in een symbool veranderde is *Comentarios Reales (Koninklijke toelichtingen)*, waarvan het eerste deel, opgedragen aan het Incarijk, eveneens in Lissabon

verscheen in 1609, toen de Inca 70 was, en het tweede deel, de eerdergenoemde *Historia General del Perú* (*Algemene geschiedenis van Peru*), over de burgeroorlogen en de beginjaren van de kolonie, in 1617, een jaar na zijn dood. De Inca verzekert dat hij alleen datgene opschreef wat hem met de paplepel in was gegoten en zag en hoorde van zijn voorouders, dat wil zeggen, van zijn familieleden van moeders kant, zoals Francisco Huallpa Tupac Inca Yupanqui, en de vroegere aanvoerders van de keizer Huayna Cápac —oom van zijn moeder—, Juan Pechuta en Chanca Rumachi, wier vertellingen over het vernietigde Tahuantinsuyo zijn kinderjaren opluisterden, waarbij ze herinneringen ophaalden die hij op schitterende wijze verbeeldde: ‘Van de grootsheid en voorspoed van weleer schakelden ze over op de huidige zaken, behuilden ze hun dode Koningen, nu hun rijk hen was ontnomen, hun republiek beëindigd. Deze en soortgelijke korte gesprekken voerden de Inca’s en Palla’s wanneer ze elkaar zagen, en met de gedachte aan het verloren goed besloten ze het gesprek altijd in gesnik en gesnotter, en zeiden: Van heersers in slaven zijn wij veranderd’.

Maar ondanks de gegrondheid van zijn herinneringen, ondanks de epistolaire raadplegingen aan de inwoners van Cuzco, en de uitgebreide vergelijking die hij maakte met andere geschiedschrijvers, zoals Blas Valera, José de Acosta, Agustín de Zárate en Cieza de León, heeft de *Comentarios Reales* net zo veel te danken aan de fictie als aan de werkelijkheid, omdat het de geschiedenis van Tahuantinsuyo verfraait, waarbij het, net zoals de amauta’s met de Incageschiedenis deden, alles wat als barbaars kon worden aangemerkt weglief —de mensenooffers bijvoorbeeld, of de wreedheden die inherent zijn aan oorlogen en veroveringen— en deze geschiedenis verguldden met

een vreedzame en onbaatzuchtige laag die alleen de officiële, zichzelf rechtvaardigende en stichtelijke geschiedschrijvingen hebben. Een groot Garcilaso-kenner, José Durand, vestigt terecht de aandacht op een proefschrift van Mariano Iberico, geschreven in 1939<sup>2</sup>, volgens wie deze ‘archetypische en perfecte’ visie van waaruit de Inca Garcilaso Tahuantinsuyo beschreef, voortkwam uit de platonische invloed. De Inca is inderdaad vertaler van een klassiek werk over het Florentijnse platonisme (de *Diálogos de amor* van León Hebreo), en als lezer van veel Italiaanse volgelingen van Plato, van Marcilio Ficino tot Castiglioni, was hij sterk beïnvloed door de filosofie van de Helleense denker, en het is waarschijnlijk dat deze visie op de ‘ideale vorm van het koninkrijk’ die hij beschreef net zo veel of misschien wel meer te maken heeft met de platonische idee over de voorbeeldige en prototypische republiek als met de alledaagse werkelijkheid.

Om nog meer nadruk te leggen op de verworvenheden van het Incario, negeert hij alle eerdere en eigentijdse culturen en beschavingen van de Inca’s, of hij noemt ze primitief en wild, levend in een natuurstaat en hopen dat het beschavend manna over hen zal gaan regenen, de kolonisatie van de Inca’s, wiens paternalistische, edelmoedige en pedagogische heerschappij ‘hen uit het wildenleven trokken en plaatsten in het menselijke’. De beschrijving van de veroveringen van de keizers van Cuzco is zelden oorlogszuchtig; het is vaak een ritueel dat is overgenomen uit de ridderromans en haar overdreven ceremonieel, waarbij de dorpen, met de stamhoofden voorop, zich overgeven aan de zachte slavernij van het Incario, omdat ze net zo overtuigd zijn als de Inca’s zelf van de militaire, culturele en morele superioriteit van hun conquistadores. Soms houden

de gewelddadigheden die laatstgenoemden plegen verband met hun goedaardigheid, want zij begaan deze vergrijpen in naam van het Goede om op die manier het Slechte te straffen, zoals de Inca Cápac Yupanqui, die, nadat hij op vreedzame wijze ontelbare dorpen en stammen heeft onderworpen, aan zijn mannen de opdracht geeft om in de kustvalleien van 'Uuiña, Camaná, Carauilli, Picta, Quellca en andere, de homoseksuelen op te sporen en degenen die ze vonden levend te verbranden op het dorpsplein, niet alleen de bewezen maar ook de verdachte homoseksuelen, hoe weinig het er ook waren; en ook hun huizen tot op de grond af te branden, of de bomen van hun stukken grond te verbranden, en de wortels uit de grond te trekken zodat er op geen enkele wijze nog iets aan een dergelijk weerzinwekkende zaak herinnerde' (II, XIII). Om de moederbeschaving te verheerlijken, stelt de Inca de keizers van Cuzco gelijk aan de Europese politieke correctheid en de onverbiddelijke moraal van de Contrareformatie.

Het is waar dat enkele wetten van het Rijk wreed waren, zoals de wet die bepaalde dat de maagden van de Zon die hun gelofte van kuisheid verbraken levend moesten worden begraven en de man die haar had bemind moest worden verdronken, en 'ook zijn vrouw, kinderen, dienstmeisjes en ook de familieleden en alle burens en bewoners van zijn dorp en al zijn vee geofferd'. Maar hij haast zich eraan toe te voegen dat deze wet 'nooit is uitgevoerd, omdat niemand deze ooit had overtreden, omdat (...) de Indianen van Peru vreselijk bang waren voor hun wetten en ze zeer goed naleefden, vooral als het de wetten over hun religie of Koning betrof' (IV, III).

Wat betreft het rijk van de Inca's, is Garcilaso een aanhanger, een trouw verdediger en voorstander van de officiële lijn van Cuzco en van de exclusieve en unieke traditie. Zijn haat jegens Atathuallpa, die hij 'tiran' noemt, en als bekeerling, verrader en wreed presenteert, is het gevoel dat de uit Quito afkomstige Inca wakker wilde maken in de uit Cuzco afkomstige Inca adel die verbonden was aan Huáscar, die door Atathuallpa werd verslagen en vermoord, die vervolgens opdracht gaf de halfbroer van Huáscar te vermoorden, de monarch en legitiem opvolger van de keizerlijke lijn. Zijn familieleden van moeders kant en zijn eigen moeder Isabel Chimpu Occllo maakten van dichtbij de moorden mee die de generaals van Atathuallpa pleegden toen ze Cuzco bezetten, en zij, kind nog, en haar broer Francisco Túpac Inca Yupanqui, behoorden tot de leden van het koninklijk huis van Cuzco die ontkwamen aan de slachting, omdat, zegt Garcilaso, 'zij hen de koninklijke kleding uittrokken en hen andere aandeden, van gewone mensen' (XI, XXXVIII). Wanneer de Inca de misdaden en martelingen beschrijft die door Atahuallpa gepleegd worden tegen de inwoners uit Cuzco verdwijnt alle goedheid en vreedzaamheid die, volgens de *Comentarios Reales*, Tahuantinsuyo kenmerkten en zijn boek barst los in scènes met verschrikkelijk geweld: maar dit dient juist om, als contrast, de menselijke en goedgunstige missie van het door Manco Capac gestichte Incario op de voorgrond te plaatsen, tegenover de onmenselijke barbaarsheid van hun tegenstanders.

Waarom heeft deze idyllische visie op het Inca-imperium, ondanks de aanpassingen van de geschiedschrijvers, een zeggingskracht bereikt die geen enkele andere, minder fantasierijke, visie heeft behaald? Omdat Garcilaso een groot schrijver was,



de meest artistieke onder de kroniekschrijvers van de Inca's, omdat zijn verleidelijke en elegante woorden alles doordrenkten wat met deze kracht waarmee de lezer wordt betoverd die alleen de grootste auteurs in hun fictie weten te leggen, geschreven werd.

Hij is een groot prozaschrijver, en zijn proza ademt poëzie in elk stuk. Hij vertelt ons over de 'vurigheid van de veldslagen' en verzekert dat de inwoners van deze gelukkige Republiek, zoals in de renaissancistische utopieën, 'het werk veranderden in feest en vrolijkheid'. Waarom schitterden de maïsvelden zo vruchtbaar? Omdat de Inca's 'menselijke uitwerpselen over de maïs uitstrooiden, omdat ze zeggen dat dát het beste is'. Wie zijn die majestueuze silhouetten die de hemel doorklieven? De 'vogels die de Indianen *cúntur* noemen, die zo groot zijn dat men velen van deze vogels gezien heeft met een spreidwijdte van de vleugels van bijna vijf meter. Het zijn verschrikkelijk woeste roofvogels, hoewel de natuur, gemeenschappelijke moeder, hen de klauwen afnam om hun woestheid te matigen: ze hebben handen als kippenpoten, maar een snavel die zo verschrikkelijk en sterk is dat ze met een enkele aanval de huid van een koe scheuren; dat twee van die vogels, alsof het wolven zijn, haar aanvallen en doden. Ze zijn zwart en wit gevlekt net zoals een ekster'.

Zijn favoriete landschap is, natuurlijk, dat van de Andes, 'zij die nooit door mensen of dieren is betreden, ontoegankelijk gebergte van mist dat zich uitstrekt van Santa Marta tot de Straat van Magellaan...'. Maar het uitzicht op de kust en de bleke woestijnen en schuimende stranden inspireert hem ook tot oogverblindende beschrijvingen, zoals die van de pelikanen

die aan het vissen zijn: ‘Op bepaalde uren van de dag, ’s ochtends en ’s middags —het moet zijn op de uren dat de vis zich opricht om uit het water te springen of wanneer de vogels het meeste honger hebben—, met zijn velen verzamelen zij zich in de lucht en duiken als twee hoge torens en trotse haviken, met gesloten vleugels, in het water om de vis te pakken en verdwijnen onder het water, alsof ze verdrinken, het moet zijn want de vis slaat voor hen op de vlucht, en wanneer dit vermoeden bevestigd gaat worden zie je ze uit het water komen met in hun bek de vis, die ze in de lucht naar binnen schrokken. Het is een genot ze te zien duiken en de harde klappen te horen die ze op het water geven; en er tegelijkertijd een anderen te zien uitkomen met de vangst van de dag en anderen die zich, halverwege de duikvlucht, opnieuw opheffen omdat ze het niet vertrouwen. Kortom, tweehonderd haviken die samen in de hoge vlucht soms duiken en opstijgen, zoals de hamers van de smid’ (VII, XIX). Garcilaso, man van een rustig en gedisiplineerd leven, zoals de aan ons overgeleverde documenten onthullen, projecteert dit persoonlijke huiselijke ideaal op het Inca-imperium waarvan hij, boven alles, ‘haar orde en harmonie’ prijst. De obsessie voor netheid was zo groot dat, verzekert hij, de Inca’s opdracht gaven om ‘zweepslagen op de armen en de benen’ van slonzige onderdanen te geven, en de keizers van Cuzco vanwege hun obsessie voor verzorgdheid, ‘kokers bestemd voor vlooiën’ als attributen eisten vanwege hun drang voor schoonmaak om de armlastige invaliden te verplichten zich te ontluizen en te wassen’ (V, VI).

Er zijn veel pagina’s met bloemlezingen in de *Comentarios Reales*. Korte geschiedenissen die verteld worden met de bedrevenheid van een volmaakt verteller, zoals het avontuur van

de schipbreukeling Pedro Serrano, voorloper en wellicht voorbeeld van Robinson Crusoe, of de strijd tegen de ratten waarin een zieke marinier in een eenzame boot die aangemeerd lag in de haven van Trujillo, een nacht en een dag, een hoofdrol speelde. Of de legendarische geloofsovertuigingen van de oude Peruanen: de ziekte van de maan en de bezweringen voor haar genezing, bijvoorbeeld, of het treurige avontuur van de vermoeide steen die van verre was gehaald voor het fort van Cuzco, maar die ‘vanwege de zware tocht daar naartoe, moe was en bloed hilde, en niet bij het gebouw kon komen’ (VII, XXIX). Epische gebeurtenissen, zoals de verovering van Chile door Pedro de Valdivia en de Araucanische opstanden, of trotse beschrijvingen, vooral wanneer hij Cuzco, zijn geboortestreek, voor de geest roept. Aan de nostalgie en het gevoel die deze tekst een tedere vitaliteit geven, kan een overweldigende nauwkeurigheid van gegevens worden toegevoegd die worden opgefleurd door gekleurde penseelstreken die, in een immens fresco, de schoonheid en rijkdom van de hoofdstad van het Incario schetsen, met zijn zonnetempels en zijn kloosters met uitverkoren maagden, zijn feesten en minutieus voorbereide ceremoniën, de schilderachtigheid van hun gewaden en hoofdtooien die de verschillende culturen en volkeren onderscheiden die waren onderworpen aan het imperium en leefden in deze kosmopolitische stad, opgebouwd uit forten, paleizen en wijken van Borgiaans prototype, omdat ze op kleiner formaat de geografie van de vier suyos of regio’s van Tahuantinsuyo weergeven: Collasuyo, Cuntisuyo, Chinchaysuyo en Antisuyo.

De elegantie van deze stijl wordt bepaald door de helderheid, de regelmatige en kalme ademhaling en de omvangrijke zinnen die, zonder ooit het onderlinge verband te verliezen en zonder

te struikelen, achter elkaar, in perfectie samenhang en harmonie ideeën en beelden ontvouwen die dan weer de hypnotische kracht van de epische vertellingen bereiken, dan weer de lyrische toon van klaagzangen en elegieën. De Inca Garcilaso, ‘gedwongen door de natuurlijke liefde voor zijn vaderland’, die hem, zo geeft hij toe, heeft aangezet tot het schrijven van zijn boek, emailleert en verfijnt de objectieve realiteit om haar verleidelijker te maken, tegen een achtergrond van historische werkelijkheid, waarbij hij zich vrijheden permitteert zonder ooit helemaal met de realiteit te breken. Het perfecte vakmanschap van zijn stijl, de geslepenheid waarmee zijn fantasie de informatie verfraait en zijn uitgebreide woordenschat, waarmee hij plotseling goochelaarstrucjes vertoont, maken dat de *Comentarios Reales* een van deze literaire meesterwerken is waartegen de herzieningen van geschiedschrijvers tevergeefs worden stukgeslagen, omdat de werkelijkheid ervan eerder esthetisch en letterlijk is dan historisch.

De Inca is er trots op Indiaan te zijn, en hij pocht dat hij de taal van zijn moeder spreekt, die, benadrukt hij regelmatig, hem meer recht geeft —die hem een autoriteit verleent— om over de Inca’s te spreken dan de Spaanse geschiedschrijvers en kroniekschrijvers die de taal van de inboorlingen niet of nauwelijks spreken. En hij besteedt veel pagina’s aan het verbeteren van de vertaalfouten van het Quechua die hij bij andere kroniekschrijvers ontdekt bij wie de beperkte of afwezige kennis van het runa-simi tot fouten leidt. Toch is het mogelijk dat hij zich van dit Quechua, waarop hij zo trots is en waarvan hij pocht het te spreken, in werkelijkheid steeds minder herinnerde doordat er weinig of geen gelegenheden waren waar hij het kon spreken. Er is, wat dit betreft, in La Florida, een

aandoenlijke verklaring, zijn situatie vergelijkend met die van de Spaanse soldaat Juan Ortiz, die meer dan tien jaar gevangen wordt gehouden door de Indianen van de hoofdmanschapen van Hirrihigua en Mucozo en die, als enkele Spanjaarden aangevoerd door Baltasar de Gallegos hem willen bevrijden, ontdekt dat hij geen Spaans meer spreekt en nog net 'Xivilla, Xivilla' kon prevelen opdat ze hem herkennen. De Inca zegt dat, net zoals Juan Ortiz bij de Indianen, omdat 'ik in Spanje niemand heb met wie ik de lingua franca en moedertaal kan spreken, en het is die taal die overal in Peru gesproken wordt... en die ik ben vergeten... zodat ik nu niet eens meer zes of zeven woorden samen kan voegen om uit te drukken wat ik wil zeggen' (La Florida del Inca, II, I, VI). De taal waarin hij dit alles zegt is niet het Quechua, maar het Spaans, een taal die deze mesties uit Cuzco perfect beheerst, en met de zekerheid en de magie van een artiest om zijn vinger windt, een taal waarmee hij de literaire context van zijn tijd, vanwege de voorvaderen van zijn moeder, vanwege zijn kinderjaren en jeugd die hij doorbracht in Cuzco, vanwege de Inca - en Spaanse cultuur, vanwege de dubbele culturele afkomst, met een heel persoonlijke, licht exotische tint inkleurt, hoewel met zuivere Spaanse wortels is. Het zou overbodig zijn om van een 'mestiesstijl' te spreken, want dat zijn ze allemaal: er bestaat geen pure stijl, omdat er geen pure talen bestaan. Maar de taal van Garcilaso heeft muziek, ritme, stijl, en is doorspekt met vage herinneringen aan zijn Indiaanse afkomst en aard, die hem een bijzonder karakter geven. En die hem, natuurlijk, maakt tot een wegbeleidende persoonlijkheid in de Spaanstalige literatuur.

Het buitengewone succes van de Inca Garcilaso de la Vega —dit gezegd hebbende zonder afbreuk te doen aan zijn so-

ciologische en historiografische verdiensten—, heeft, eerder dan op het domein van de Geschiedenis, plaats in de taal: die is literair. Van hem wordt gezegd dat hij de eerste mesties is die, met trots, zijn Indiaanse en Spaanse afkomst opeiste en daarmee ook de eerste Peruaan en Spaans-Amerikaan in hart en nieren was, zoals hij al voorspelde in de prachtige opdracht van zijn *Historia General del Perú*: ‘Aan de Indianen, Creolen en Mestiezen van de Koninkrijken en Provincies van het grote en steenrijke Imperium van Peru, de Inca Garcilaso de la Vega, uw broer, landgenoot en streekgenoot, gezondheid en geluk’. Toch verstaat deze eerste ‘patriot’ die wij Peruanen opeisen, wanneer hij eerder dan wie ook zijn idee over het Vaderland uiteenzet, onder deze term vreemd genoeg een broederschap dat veel breder is dan dat van een beknotte nationaliteit; een broederschap van een uitgestrekt conglomeraat, dat, min of meer, versmelt met de menselijke gemeenschap in het algemeen. Dit was uiteraard geen bewuste uitwerking: het is iets dat voortvloeide uit zijn gevoelens, uit zijn universele lectuur en grote gevoeligheid, en natuurlijk uit het onbegrensde humanisme dat hij tot zich nam via de renaissancistische literatuur, een oecumenische instelling die, voor het overige, erg veel lijkt op het idee over het imperium van de Inca’s dat door hem algemeen goed werd: een vaderland van alle volkeren, een maatschappij die openstaat voor de menselijke diversiteit. oor zich soms ‘Indiaan’ te noemen, soms ‘halfbloed’, alsof het inwisselbare begrippen zijn en er geen overduidelijke strijdigheid tussen beide bestaat, eist de Inca Garcilaso een Vaderland op, en expliciteert: ‘zo noem ik het hele Imperium dat van de Inca’s was’ (IX, XXIV). Verder toonde deze man die zo trots was op zijn Indiaanse bloed, dat hij koppelde aan een beschaving met een krachtige en erg verfijnde geschiedenis, zich niet minder

dankbaar voor zijn Spaanse bloed, en voor de cultuur die hij dankzij haar erfde: de taal en de religie van zijn vader, en de traditie die hem wortelde in een van de rijkste bronnen van de westerse cultuur. De inventaris die bij zijn overlijden van zijn bibliotheek werd gemaakt is verhelderend; zijn intellectuele nieuwsgierigheid kende geen grenzen. Er stonden, naast Spaanse auteurs, veel Helleense, Latijnse en Italiaanse klassieken in: Aristoteles, Thucydides, Plutarchus, Flavius Josephus, Julius Ceasar, Suetonius, Virgilius, Lucanus, Dante, Petrarca, Boccaccio, Ariosto, Tasso, Castiglione, Aretino en Guicciardini, onder anderen.

Het opmerkelijke en nieuwe —revolutionaire, zouden we kunnen zeggen—, in de houding van de Inca ten opzichte van het vaderland, dat wat we tegenwoordig ‘identiteit’ noemen is dat hij de eerste is die niet de minste tegenstrijdigheid ziet in een Inca vaderlandsliefde en een Spaans vaderlandsliefde, gevoelens die met elkaar verbonden worden en met elkaar versmelten, zoals alles wat onscheidbaar is, in een verrijkende verbintenis. Daarom laat niemand proberen gebruik te maken van de prachtige bladzijden die de Inca Garcilaso de la Vega schreef, om water naar de molen van het nationalisme te vervoeren. De auteur van de *Comentarios Reales* staat loodrecht tegenover de beperkte, kleingeestige en uitsluitende visie van enig ander nationalistische doctrine. Zijn idee van Peru is dat van een vaderland waarin plaats is voor diversiteit, waar ‘de tegenstellingen samensmelten’ (het idee van George Bataille over het humane), het vermogen zich open te stellen voor andere culturen en deze op te nemen in de eigen cultuur, het vermogen dat hij zo bewonderde bij zijn Inca-voorvaderen. Daarom is, uiteindelijk, het beeld van zijn persoon dat ons door middel van zijn

werk is overgeleverd, dat van een staatsburger zonder regionale teugels, iemand die vele personen in zich herbergde zonder een van hen te verraden: Indiaan, mesties, blanke, Spaans sprekende en Quechua sprekende (en Italiaans sprekende), een man uit Cuzco en Montilla of Cordoba; Indiaan en Spanjaard, Zuid-Amerikaan en Europeaan. Kortom, een universeel mens.

Maar wellicht nog belangrijker dan enig sociologische beschouwing die voortvloeit uit zijn werk, is dat hij, dankzij de kristalheldere en hartstochtelijke taal die hij uitvond, de eerste schrijver was van zijn tijd die de taal van Castilië veranderde in een taal die buiten de stadsmuren werd gesproken, een taal van de koloniën, van het gebergte, de Zuid-Amerikaanse oerwouden en woestijnen, een taal die niet alleen toebehoorde aan de blanken, orthodoxen en christenen, maar ook aan Indianen, zwarten, mestiezen, heidenen, buitenechtelijke kinderen, onrechtzinnige mensen en bastaarden. Tijdens zijn retraite in Cordoba pleegde deze oude man, die werd verteerd door de schittering van zijn herinneringen, de eerste van een eindeloos uitgestrekte traditie, een literaire en linguïstische roofoverval met verstrekkende gevolgen: hij nam het Spaans in bezit, de taal van de conquistador en, door de taal eigen te maken, deelde hij haar met iedereen, maakte hij haar algemeen. Een taal die, zoals het runa-simi dat hij met zoveel verering opriep, sindsdien, net als het Quechua, de gemeenschappelijke voertaal van de dorpen van het Imperium van de Inca's, veranderde in de gemeenschappelijke voertaal van vele rassen, culturen, streken, een taal die in de loop der eeuwen, met bijdragen van sprekers en schrijvers uit verschillende werelden, tradities, religies en gewoontes, een twintigtal over de planeet verspreide samenlevingen zou gaan vertegenwoordigen, en honderden miljoenen



mensen, die zich tegenwoordig met elkaar verbonden voelen, kinderen van een gemeenschappelijke culturele stam, en dankzij deze taal deelgenoten van de moderniteit.

Dit is natuurlijk een erg lang proces geweest, met talloze figuranten en acteurs. Maar als er een beginpunt moet worden aangewezen op de lange weg van het Spaans, vanaf de verre oorsprong in de belegerde bergen van het Iberisch schiereiland tot de huidige invloed, dan zou het niet slecht zijn om als geboorteplaats en datum de *Comentarios Reales* aan te wijzen, dat vier eeuwen geleden in een uithoek van Andalusië geschreven werd door een emigrant uit Cuzco die werd aangespoord door een zoetzure melancholie en die spanning van een schrijver om het leven te behouden of te creëren, gebruik makend van woorden.

- 1 Luis Loayza. *El Sol de Lima*, Mosca Azul Editores, Lima 1974, p. 40.
- 2 José Durand. *El Inca Garcilaso Clásico de América*, SepSetentas, México 1976, p. 33

**2010**

# INTERVIEW ISABEL ALLENDE

*Ricardo Cuadros*



*De Spinozaconferentie van 2010 was, op verzoek van de spreker, geen traditionele lezing, maar een publieke dialoog. De conferentie bestond uit een interview met de auteur door de criticus en schrijver Ricardo Cuadros.*

## **Ricardo Cuadros**

Goedenavond allemaal. Laten we liever geen tijd verdoen met formaliteiten. Ik heb de eer om iemand aan u te presenteren die nauwelijks introductie behoeft: Isabel Allende.

## **Isabel Allende**

Allereerst wil ik iedereen bedanken die hier naar toe is gekomen. Ik hoop dat u allemaal Spaans spreekt en zo niet, het wordt vertaald. Straks, na afloop, zal ik met veel plezier alles signeren: oude en nieuwe boeken, de mijne en ook die van andere schrijvers. En als u dat graag wilt, zet ik desnoods mijn

naam in uw chequeboekje. Wel graag zonder opdrachten want als ik Nederlandse namen moet opschrijven, dan zitten we hier morgen nog. Alleen mijn handtekening, dank u wel.

**R.C.**

Wat ik als eerste met je wil bespreken is je aanwezigheid gisteren in Madrid waar je dineerde met de koning van Spanje.

**I.A.**

Nee, nee, dineren was het niet, ik heb er gegeten en slecht ook.

**R.C.**

Maar de reden voor je bezoek aan Madrid is dat je bent toegetreden tot het Patronaat van Instituto Cervantes. Wil je ons alsjeblieft vertellen wat dat voor jou betekent en wat het inhoudt.

**I.A.**

Toen ik werd uitgenodigd om toe te treden tot het Patronaat van Instituto Cervantes, wist ik nog niet wat het inhield. Het is dus een grote eer, maar omdat het in Spanje was, leek het me nogal lastig. Vandaar dat ik in eerste instantie niet wilde. Toen belde mijn agent en die zei tegen me: Ben je gek geworden? Hoe kun je nu nee zeggen tegen de mensen van Cervantes? Afijn, het bleek iets heel belangrijks te zijn, want het instituut vertegenwoordigt de taal en de cultuur van Spanje en de Spaanssprekenden in de hele wereld. Spaans staat op de derde plaats van de belangrijkste talen ter wereld. Engels staat op de eerste plaats, Chinees op de tweede —en binnenkort op de eerste plaats— en daarna komt het Spaans. Waar ik vandaan kom, de Verenigde Staten, is Spaans de tweede taal, alles wordt er ook al in het Spaans geschreven. Er komen ook steeds meer

Spaanstaligen bij. Nu heb ik een nichtje van 19 dat helaas géén Spaans spreekt omdat haar ouders zijn gescheiden en zijn hertrouwd met Amerikanen. In beide families wordt thuis Engels gesproken. Dat mijn nichtje geen Spaans spreekt, vond ik wel het toppunt.

**R.C.**

En wat heb je toen gedaan?

**I.A.**

Ik heb haar een jaar naar Guatemala gestuurd om het te leren. En ze is teruggekomen met tbc en luizen, en ze sprak ook nog eens Quiché. Dat kwam omdat ze inwoonde bij een inheemse familie, bij het meer van Atitlán. Ik denk dat het heel goed voor haar is geweest, maar Spaans heeft ze er niet geleerd.

**R.C.**

Isabel, denk jij dat in Latijns-Amerika de reikwijdte en het belang wordt ingezien van Instituto Cervantes? Of is men nog niet zo ver?

**I.A.**

Ik denk dat ze niet weten welke rol het vervult. Instituto Cervantes bestaat nog niet zo erg lang. Het is opgericht in 1992. In die jaren is veel belangrijk werk verricht maar het gewone, doorsnee publiek is nog niet voldoende op de hoogte van het bestaan. Het is net als met de British Council. Wie kent dat? Alleen de mensen die er in meerdere of mindere mate mee te maken hebben. Toch is het werk dat ze doen van fundamenteel belang.

**R.C.**

Laten we direct doorgaan naar Chili waar gisteren de mijnwerkers naar boven zijn gehaald. Je bent onlangs in Chili geweest om de Premio Nacional de Literatura in ontvangst te nemen. Daar zullen we het misschien later nog over hebben. Ik heb je op de televisie gezien en je stond samen met je nicht Isabel Allende op een aantal foto's die genomen waren bij de mijn. Ik vond het heel bijzonder om je op die plek te zien, en ik neem aan dat je de reddingsoperatie op televisie hebt gevolgd?

**I.A.**

Uiteraard. De nacht dat de redding begon, was ik in Madrid. Ik heb de hele nacht niet geslapen en zat aan de televisie gekluisterd of ik was met mijn moeder aan het bellen. Toen de ramp met de mijnwerkers gebeurde en snel daarna bekend werd dat ze nog in leven waren, ben ik naar Chili gegaan. Dat was in september, precies op het moment dat Chili tweehonderd jaar onafhankelijkheid vierde. De president had me uitgenodigd voor één van de plechtigheden maar ik ging in de eerste plaats voor de mijnwerkers. Piñera nam me in het presidentiële vliegtuig mee naar de mijn. Als hij dat niet had gedaan, was ik daar nooit gekomen want alleen bepaalde mensen mochten er naar toe. De reis duurde ongeveer een uur, en daarna nog 13 minuten in een helikopter. Als je over de woestijn van Atacama vliegt, waan je je echt op de maan. Als ze in Hollywood een maan moeten filmen dan gaan ze vast en zeker naar Atacama. Er is daar helemaal niets. Stel je toch eens voor. Je vraagt je af hoe de Spanjaarden, met Pedro de Valdivia aan het hoofd, er ooit in zijn geslaagd dat maanlandschap te doorkruizen om uiteindelijk Chili te veroveren. Dat deden ze te paard terwijl ze ook nog tweeduizend inlanders aan ketenen meevoerden.

**R.C.**

En die stierven onderweg.

**I.A.**

Ja, en dan was het voor de Spanjaarden gemakkelijker om hun hoofd af te hakken dan om hen van hun ketenen te ontdoen. Een wonderbaarlijk heldenverhaal. Toen ik de woestijn en de bergen van Chili zag, begreep ik waarom de Spanjaarden hier de dood wel moesten vinden, dat dit hun kerkhof was. Dus ik vond deze reis over de woestijn erg indrukwekkend. Bij aankomst zagen we het kampement al liggen. Zodra namelijk bekend werd dat de mijnwerkers nog leefden, eigenlijk zodra men van de ramp hoorde, zijn de families verhuisd naar het terrein van de mijn om daar te kamperen. Het is er overdag bloedheet en 's nachts Siberisch koud. Later hebben ze daarom degelijke witte tenten neergezet. Dat was al gebeurd toen ik daar aankwam. Alle families waren er aan het wachten. Er was al contact geweest met de mijnwerkers, het eerste bericht was doorgekomen. Een kleine stukje papier met een soort Haiku-regels: 'Het gaat goed, in de schuilplaats, met alle drieëndertig.' Als dat geen klassieke Japanse Haiku is.

**R.C.**

Wat betekent het volgens jou voor Chili dat deze gebeurtenis zo veel media-aandacht heeft gekregen? Bijna net zo veel als de eerste stap van de mens op de maan, las ik vanochtend in de krant.

**I.A.**

Dat is uitstekend geweest voor Chili. We hebben een goede indruk achtergelaten. Het is een georganiseerd land, een solidair land, een verenigd land, met een cultureel, politiek en so-

ciaal niveau dat tot een dergelijke onderneming —de redding van deze mensen— in staat is.

**R.C.**

Zullen ze niet worden vergeten?

**I.A.**

Ik denk van niet. Wij herinneren ons Chili van de militaire coupe en van de aardbeving. Nu zullen we ons Chili herinneren als een land dat op zijn best is als er een ramp plaatsvindt. Dan laten de Chilenen zich van hun beste kant zien, dan tonen we de kracht die nodig is om tegenspoed het hoofd te bieden.

**R.C.**

Maar wat gebeurt er daarna, als over zes of zeven maanden het wereldwijde mediaspektakel voorbij is? Dan gaan deze arbeiders terug naar de mijn en komen ze misschien wel om in een explosie.

**I.A.**

Het gevaar voor deze mensen schuilt erin dat roem maar van korte duur is. Al die aandacht zal spoedig verdwijnen omdat de wereld nu eenmaal niet lang geïnteresseerd blijft. Het zal denk ik moeilijk voor ze zijn om daarmee om te gaan. Bovendien hebben we geen aandacht geschonken aan de 300 mijnwerkers die niet in de mijn waren en nog steeds geen werk hebben. Zij hebben ook nog eens geen geld gekregen.

**R.C.**

Isabel, in de inleiding werd ook Mario Vargas Llosa genoemd die de Nobelprijs heeft gewonnen.



**I.A.**

Ontzettend leuk!

**R.C.**

Waar was jij op het moment dat hij die prijs won?

**I.A.**

Ik was op doorreis in New York toen ik het hoorde. Ik heb meteen een bos bloemen gekocht en ik ben naar zijn appartement gegaan. De portier liet me niet binnen omdat hij dacht dat ik een journalist was. Ze hadden bovendien de telefoon uitgezet die maar bleef overgaan. Het was een gekkenhuis. Maar uiteindelijk heb ik hem gezien en hem kunnen feliciteren. Het was geweldig. Ik denk dat het erg belangrijk is voor de Spaanse cultuur, voor de literatuur van Latijns-Amerika en voor iedereen die in het Spaans schrijft. Het is een opsteker voor ons allemaal want we waren een beetje passé, wij van de literaire 'boom'.

**R.C.**

Ik realiseer me opeens dat Mario Vargas Llosa de jongste is van de 'boom' generatie.

**I.A.**

Neem mij niet kwalijk, maar dat ben ik. Veel jonger en ik zie er bovendien beter uit.

**R.C.**

Geloof je dat deze prijs, waarmee de Latijns-Amerikaanse literatuur opnieuw op de wereldkaart is gezet, ook de vrouwelijke schrijvers verder zal helpen? En dan vooral degenen die nog niet zo populair zijn als jij en de harten van de mensen nog niet hebben veroverd.

**I.A.**

Er zijn honderdduizenden schrijvers en er worden jaarlijks 360.000 boeken uitgegeven. Hoeveel boeken worden er verkocht, hoeveel bekijken er, hoeveel daarvan hebben succes? Van die enorme hoeveelheid schrijvers is slechts een enkeling succesvol en redden veel anderen het niet. In de kunsten —wat dat betreft lijkt het een beetje op biologie— heb je miljoenen zaadjes nodig om er één te laten ontkiemen waaruit vervolgens een plant kan groeien. Er is veel creativiteit nodig, veel mensen moeten veel doen voordat iets beklijft. Als het om vrouwen gaat, denk ik wel dat er een soort samenzwering van het patriarchaat geweest is om vrouwen het zwijgen op te leggen. Dat is in de laatste vijftig jaar veranderd. Vrouwen zijn doorgedrongen tot alle vakgebieden: wetenschap, kunst, politiek. Ze zijn nu overal. Maar het is langzamer gegaan dan ik had verwacht. Op mijn twintigste, lang geleden, dacht ik dat over 20 jaar alles anders zou zijn. Dat er echte gelijkheid zou bestaan en dat vrouwen voor 50% de dienst uit zouden maken in de wereld. Maar dat is niet gebeurd.

**R.C.**

Wat mij opvalt is dat in jouw werk de biografie, de autobiografie, maar ook de journalistiek steeds terugkerende elementen zijn. Zou je iets willen vertellen over jouw verhouding tot de journalistiek?

**I.A.**

Welnu, ik begon heel jong als journaliste te werken maar ik was niet goed in het vak.

**R.C.**

Waarom niet?

**I.A.**

Omdat ik niet objectief kon zijn, ik loog voortdurend. Als ik geen verhaal had, verzon ik er één en, zoals Neruda ooit heeft gezegd, zou ik beter op mijn plaats zijn in de literatuur omdat daar al deze gebreken een deugd zijn.

**R.C.**

Ik herinner me nog van thuis in Concepción in Chili dat ik als jongetje met veel plezier je column las. Dat kwam vooral door de volwassenen in mijn familie die jouw column *Civilice a su troglodita* (voed je holbewoner op) lazen: mijn moeder, de andere volwassen gezinsleden, met name de jonge vrouwen, en zelfs mijn vader. Jij hebt die column later aangeduid — terecht naar mijn mening— als het begin van een feministische beweging, ook al had het toen die naam nog niet. Het was eigenlijk feminisme ‘avant la lettre’. Dat gebeurt vaak in Latijns-Amerika, we bedenken de dingen eerst en daarna krijgen ze pas een naam.

**I.A.**

In dit geval klopt het niet helemaal want het feminisme kwam in Chili laat op gang, terwijl het in Engeland, in de VS en in andere landen al 50 jaar bestond. Mijn generatie was de eerste die ervan doordrongen raakte. Een groep jonge vrouwen, journalistes van rond de vijftwintig, richtte toen een feministisch vrouwenblad op. Dat was het tijdschrift Paula. Iedereen sprak er schande van, ook de vrouwen. In Chili had nog niemand van het woord ‘feminisme’ gehoord. Wij konden over dingen praten en schrijven die tot dan toe in Chili niet aan de orde waren geweest. Ik denk dat we de maatschappij toen hebben opgeschud.

**R.C.**

En waar kwam het bij jou uit voort? Ik heb een documentaire gezien waarin de toenmalige hoofdredacteur Delia Vergara vertelt over de groep vrouwen die ze om zich heen had verzameld. Daar hoorde bijvoorbeeld ook Manu Sierra bij. En over jou zei ze dat je toen, met dezelfde energie die je nu nog steeds hebt, grenzen hebt overschreden en ideologische barrières hebt geslecht.

**I.A.**

Ik denk dat ik geboren ben met woede. Ik wist niet dat die woede eigenlijk feminisme heette. Ik voelde woede tegenover autoriteit die altijd vertegenwoordigd werd door het mannelijke, door mannen; mijn grootvader, mijn stiefvader, mijn ooms, de politie, de priesters, die dachten dat ik gek was altijd was er die mannelijke autoriteit. Ik had er nog geen naam voor. Totdat ik de Amerikaanse, Europese en Engelse feministes begon te lezen en merkte dat er een bepaalde taal bestond om uit te drukken wat ik voelde. Ik was blijkbaar niet de enige die de onrechtvaardigheid zag van wat er gebeurde, die de verschillen zag en zich daarover kwaad maakte. Het blad Paula gaf mij en anderen de gelegenheid om dit tot uitdrukking te brengen en veel zaken in de maatschappij te veranderen. Ik had het voordeel dat ik het kon doen met humor waardoor ook mannen mijn columns lazen. Ik kreeg vaak brieven van ze en dan schreven ze: 'Ik heb een vriend en die lijkt precies op Troglodiet. Het was natuurlijk altijd een vriend, nooit zichzelf.

**R.C.**

Die woede ging gepaard met humor. Deze combinatie zie je maar zelden bij ons, mannen. Als wij kwaad zijn, zijn we zie-

dend en gedragen we ons primitief terwijl vrouwen zich meestal boos maken met gevoel voor humor.

**I.A.**

Kijk, als wij geen gevoel voor humor zouden hebben, zouden wij vrouwen niet kunnen overleven. We moeten tenslotte toch met jullie samenleven.

**R.C.**

In 1994 ontving je in Chili een belangrijke prijs, je kreeg daarmee ook erkenning. Dat was de Premio Gabriela Mistral.

**I.A.**

Aha, de eerste vrouw die hem kreeg.

**R.C.**

Voel jij eigenlijk enige verwantschap met Gabriela Mistral? Deze dichteres leefde als vrouw ook in ballingschap. Ze kreeg de Premio Nacional pas enkele jaren nadat ze de Nobelprijs had gewonnen.

**I.A.**

Maar liefst vijf jaar na de Nobelprijs.

**R.C.**

Zij moest haar homoseksualiteit haar leven lang verborgen houden want daar waren mensen doodsbang voor. Zij stierf in eenzaamheid. Ik vroeg me af in hoeverre zij aanwezig is in jouw werk?

**I.A.**

Dat weet ik niet. Ik denk dat alles wat je als kind leest van invloed is. Misschien is het niet direct merkbaar of zichtbaar,

maar het is er wel. Dat geldt voor alles waarmee ik ben opgegroeid. Het komt allemaal hoe dan ook terug in wat ik schrijf. Sommige mensen vragen me welke schrijvers mij beïnvloed hebben. Dat is moeilijk te beoordelen. In feite alle schrijvers van de boom die ik las toen ik 20 was. Maar ook Shakespeare die ik las op mijn 9e, en de Russische schrijvers op mijn 11e. Die invloeden zijn dus erg belangrijk. Toen ik 12 was en de hormonen door mijn lijf gierden, woonde ik met mijn moeder en stiefvader in Libanon waar ik stiekem De sprookjes van duizend-en-één nacht las. Mijn stiefvader vond dat in die tijd erotische literatuur. Kom daar nu eens om. Nu zou je het een baby nog voorlezen. Maar toentertijd was het erotiek en hield mijn stiefvader het verborgen achter slot en grendel. Omdat hij diplomaat was, ging hij 's avonds vaak naar cocktailparty's. Ik kwam er achter hoe ik de kast kon openen en las bij het licht van een zaklamp de vieze verhaaltjes van duizend-en-één nacht.

De hormonen, de muezzin in de minaret die oproept tot gebed, de kamelen in de straten, de Cadillacs van de Arabieren uit Saoedi-Arabië, die hele mengeling van fantasie, erotiek en geheimzinnigheid, stiekem lezen bij het licht van een zaklamp. Denk je ook niet dat al die dingen een enorme invloed op me hebben gehad?

### **R.C.**

Je bent een soort Sheherazade, in die zin dat als je denkt dat het verhaal doorgaat, het opeens stopt. En als je denkt dat het eindigt, begint het weer van vooraf aan. Dat deed Sheherazade ook elke nacht, zij eindigde een verhaal nooit want zij wist dat als het verhaal afgelopen was...

**I.A.**

haar hoofd zou worden afgehakt.

**R.C.**

Precies, dus ik denk soms dat schrijfsters zoals jij, dat die altijd maar aan de gang blijven. Je gaat altijd maar door met schrijven.

**I.A.**

Maar ik schrijf door omdat ik niks anders kan. Wie zou mij aannemen? Wie geeft mij een baan? Ik weet echt niet wat ik anders zou moeten doen.

**R.C.**

Nu we het over belangrijke Latijns-Amerikaanse vrouwen hebben. Kun je ons iets vertellen over Michelle Bachelet, die de eerste vrouwelijke president van Chili was en nu een hoge functie vervult bij de Verenigde Naties? Wat vind je van haar als mens en als politica?

**I.A.**

Zij is een buitengewone vrouw en haar leven leest als een boek. De vader van Michelle Bachelet, generaal Bachelet, stierf enkele dagen na de militaire staatsgreep in Chili. Hij werd gevangen genomen door zijn eigen wapenbroeders en stierf uiteindelijk ten gevolge van de martelingen. Ook Michelle en haar moeder zijn gevangengezet en gemarteld maar daar praat ze nooit over. Zij ging in ballingschap, ontwikkelde zich daar en keerde toen terug naar Chili om daar te werken als kinderarts. Vervolgens werd ze minister van Volksgezondheid en daarna minister van Defensie. De eerste vrouwelijke minister van defensie in Chili. En zij moest ook nog eens samenwerken met

dezelfde personen, dezelfde militairen die haar vader hadden vermoord. Het was aan haar om te proberen het Chileense leger het respect van de burgers terug te geven dat het gedurende 17 jaar van dictatuur had verloren. Ze heeft geweldig werk verricht. En toen zij uiteindelijk presidentskandidate werd, zei iedereen: 'Dat wordt niks, in Chili zullen mannen nooit op een vrouw stemmen.' Het lukte met moeite maar het lukte wel en ze vormde bovendien een heel goede regering. In december vorig jaar was haar termijn afgelopen en nam ze afscheid van het presidentschap. Nooit eerder kon een president van ons land op zoveel instemming van het volk rekenen. Ze werd op handen gedragen. Desalniettemin heeft de oppositie gewonnen en dat zegt iets over ons Chilenen. We zijn zo verdeeld dat als je drie Chilenen bij elkaar hebt, ze vijf verschillende politieke partijen verdedigen.

#### **R.C.**

Wat vind jij van de discussie over haar keuze voor een functie bij de Verenigde Naties? Wat betekent dat voor Bachelet en wat betekent dat voor Latijns-Amerika?

#### **I.A.**

Voor Chili is het een groot verlies want Michelle vormt het alternatief. Zij kon niet meteen herkozen worden, maar dat zou wel weer kunnen bij de volgende verkiezingen. Als zij niet in Chili verblijft, is die kans helaas verkeken. Chili raakt haar kwijt. Maar bij de VN kan ze ook enorm belangrijk werk doen. Een organisatie als Unicef, die zich wereldwijd bezighoudt met de rechten van kinderen, geniet veel prestige. Voor Unesco geldt hetzelfde maar dan op het gebied van cultuur. Maar voor vrouwen is er binnen de VN niets vergelijkbaars. De huidige organisaties zijn erg versnipperd. Het wordt de taak van



Michelle om die weer te verenigen en om te vormen tot een organisatie die er echt toe doet. En hopelijk kan ze zorg dragen voor een nieuwe wereldvrouwenconferentie, zoals die in Peking heeft plaatsgevonden. Met de huidige technologie en de moderne communicatiemiddelen moet het toch mogelijk zijn om alle vrouwen te verenigen, zelfs die uit de kleinste gehuchten in de verste uithoeken? Dat is van groot belang.

### **R.C.**

Ik wil graag een bruggetje slaan tussen Chili waar de mensen voor Michelle Bachelet kozen en de Verenigde Staten, het land waar jij woont. Men vergeet nogal eens dat er twee trieste dinsdagen bestaan waarop 11 september een rol speelde. Die ‘van ons’ in 1973 en die in 2001 toen de vliegtuigen in de Twin Towers vlogen. Hoe heb jij als Latijns-Amerikaanse in de VS die dag beleefd?

### **I.A.**

In eerste instantie met ongeloof. Ik stond onder de douche toen de telefoon ging. Het was mijn moeder vanuit Chili en ze zei: ‘Mijn God, wat is er allemaal aan de hand?’ De televisie stond nog niet aan dus ik had geen idee. Maar toen ik het zag, was het een vreemde gewaarwording. Ik woonde destijds al heel wat jaren in de VS en ik heb me desondanks altijd een totale vreemdeling gevoeld, alsof ik van een andere planeet kwam. Ik had het gevoel dat ik niets gemeen had met de zelfverzekerde self-made Amerikanen, met hun arrogantie en hun idee baas te zijn over de wereld. Door de terroristische aanslag van 11 september hield het land zich opeens even gedeisd, de mensen leken voor het eerst een gevoel van kwetsbaarheid te ervaren. Voor het eerst voelden ze wat de rest van de mensheid voelt; het is nergens veilig, ongeluk ligt altijd op de loer, niemand is

safe, alles verandert constant en het leven is nooit zonder risico. Nooit eerder had ik dat gevoel in de Verenigde Staten ervaren. Tegen mijn man zei ik dat ik me voor het eerst thuis voelde, iets gemeenschappelijks ervaarde. Daarna heeft Bush, zoals we weten, dat allemaal weer veranderd en verdween dat gevoel weer. Maar voor mij was het een belangrijk moment.

**R.C.**

Denk jij dat een belangrijke figuur als Barack Obama ook werkelijk veranderingen kan verwezenlijken in de VS? Kan hij echt de Noord-Amerikaanse cultuur veranderen of is dat te veel gevraagd?

**I.A.**

Hij heeft op diverse gebieden al veel veranderd. Alleen al het feit dat het Witte Huis nu wordt bewoond door een zwarte Amerikaan, heeft de aandacht weer gevestigd op het racisme in de Verenigde Staten. De VS vechten daar voortdurend tegen. Op scholen, in de openbare ruimte, in de cultuur, overal wordt constant strijd geleverd tegen racisme om te proberen de verschrikkingen van de slavernij te compenseren. Tot de opkomst van de burgerbeweging in 1960 was er geen enkele aandacht voor de manier waarop er met Afro-Amerikanen werd omgegaan.

**R.C.**

Dat vergeten we wel eens.

**I.A.**

We vergeten dat ze tot 1960 nog steeds praktisch als slaven werden behandeld, honderd jaar na de burgeroorlog. Dus dat Obama president is geworden, is een belangrijk feit. In de eer-

ste plaats omdat het duidelijk heeft gemaakt dat racisme onder de oppervlakte nog bestaat maar ook omdat het aan de andere kant een zwarte Amerikaan macht en waardigheid heeft gegeven. Maar Barack Obama is sowieso een bijzondere man. Hij is intelligent, welbespraakt en heeft een visie voor de toekomst. Helaas heeft de economische crisis, die de schuld is van Bush en door Obama moet worden opgelost, alles wat zijn regering al bereikt heeft, overschaduwd.

**R.C.**

En de hervormingen?

**I.A.**

Hij is er in geslaagd om de gezondheidszorg te hervormen, ze zijn bezig zich terug te trekken uit Irak, ze proberen orde op zaken te stellen in Afghanistan maar dat wordt niet gezien vanwege de economische crisis. En de werkeloosheid in de VS is enorm hoog.

**R.C.**

Laten we doorgaan naar een onderwerp dat je na aan het hart ligt. Kun je ons iets vertellen over je fascinatie voor de elementaire religies zoals voodoo en het Latijns-Amerikaanse spiritisme? In *De som der dagen* heb je het over je relatie met Brazilië, met de goden van het volk, de goden van de zwarte mensen en in je laatste boek heb je het concreet over voodoo.

**I.A.**

Weet je wat het is? Als het om de religie van een ander gaat, heet het bijgeloof. Als het om de eigen religie gaat, noemen we het opeens het ware geloof. Is je dat nooit opgevallen? Als het de taal van een ander is, noemen we het dialect, als het die

van jezelf is, dan is het pas echt een taal. Ik heb net zo veel respect voor voodoo als voor het christelijke geloof of voor het moslimgeloof. Het zijn allemaal vormen van geloof. Niets is te bewijzen. Maar ze zijn wel van enorme invloed op onze manier van leven, daarom heb ik er respect voor. En voor mijn laatste boek, *Het eiland onder de zee*, kon ik de opstand van de slaven op Haïti uitgebreid bestuderen. Vroeger was Haïti trouwens een Franse kolonie en heette het Saint Domingue. En in deze kolonie woonden een half miljoen slaven en 34.000 vrije mensen —zowel kleurlingen als blanken— die het gezag hadden over die 500.000 slaven waarvan het merendeel op plantages werkte. Ze kwamen uit verschillende gebieden in Afrika, hadden verschillende talen en verschillende religies, en leefden onder de meest erbarmelijk omstandigheden. Een slaaf die op een suikerplantage werkte, hield dat gemiddeld tussen de vier en zes jaar vol. Ze werden uitgebuit tot de dood er op volgde. Het was goedkoper om nieuwe slaven aan te voeren dan om ze ter plekke een menselijke behandeling te geven of om ze kinderen te laten krijgen. Die hadden ze niet eens. Dus wat de slaven onder deze omstandigheden verenigde en hun de kracht gaf om te zegevieren, was de voodoo. Er zijn veel slavenopstanden geweest maar alleen deze op Haïti was succesvol. Het spiritisme bracht hen samen. Het voodoo geloof gaat uit van een enkele god maar die is ver weg en moeilijk te bereiken. Ondergeschiedt aan deze god heb je de zogenaamde loas. Eigenlijk vergelijkbaar met de heiligen uit de katholieke kerk, een soort intermediairs, bemiddelende goden die wel dicht bij de mensen staan.

## **R.C.**

Jij kent de voodoo rituelen. Zou je daar kort iets over kunnen vertellen?

**I.A.**

De voodoo rituelen zijn veranderd en veranderen nog steeds op verschillende plekken in de wereld. Ik heb de candomblé in Brazilië gezien, die lijkt tamelijk veel op de voodoo uit New Orleans of Haïti, maar is niet hetzelfde. Voodoo is het sterkst in Haïti. Daar worden bij de rituelen trommels gebruikt. Door de trommels, de dans en de intensiteit raken er mensen bezeten, in trance. En worden ze opeens door een loa, een godheid, in bezit genomen. Dan kan bijvoorbeeld een meisje van 20 jaar plotseling gegrepen worden door Legba, de godheid van de dood. Die heeft de gedaante van een gekromd oud mannetje en brengt je naar de drempel van de dood. Het meisje wordt helemaal krom, uiterlijk verandert ze echt in Legba.

**R.C.**

De loa krijgt dus ook een fysieke verschijningsvorm.

**I.A.**

Juist. Erzulie bijvoorbeeld, is een prachtige vrouw. Zij is de godin van de liefde, van het moederschap, van het water, van de vruchtbaarheid. Oggun is de godheid van de oorlog, een strijdende god, dus wanneer Oggun, de machtigste god, verschijnt, en iemand wordt door hem in bezit genomen, dan ontstaat er een gevoel van macht en van buitengewone kracht. Mensen doen in trance dingen die bovennatuurlijk zijn, die niet uitgelegd kunnen worden. Iemand pakt bijvoorbeeld een gloeiend kooltje en stopt dat in zijn mond of iemand neemt de sterkste rode peperpitten die er bestaan en wrijft die in zijn ogen. En daarna, als zij uit trance komen, herinneren zij zich niets meer. Deze immense spirituele kracht maakte het de slaven mogelijk om de troepen van Napoleon te trotseren. Ze hadden het gevoel dat ze zouden overwinnen omdat zij werden

vergezeld door geesten die van het eiland onder de zee vandaan kwamen. En daar komt de titel van mijn boek Het eiland onder de zee vandaan. Dat is Guinee, het paradijs.

**R.C.**

Isabel, jij praat in datzelfde boek over jouw persoonlijke relatie met de candomblé, over jouw persoonlijk relatie met de goden. Aan welke godheid behoor jij toe?

Isabel AllendeIk praktiseer zelf geen voodoo, maar toen ik een keer in Brazilië was, woonde ik in Bahía een paar rituelen bij. Ze gooiden met bucios —dat zijn schelpen— om daaruit af te lezen welke loa bij mij hoorde. Ieder individu krijgt namelijk bij de geboorte een loa. Goed, zeiden ze tegen mij, we gaan eens kijken wie jouw loa is. Toen gooide een mevrouw schelpen en zei dat ik Yemayá ben, de godin van het water en van het moederschap. Wat dat ook precies mag betekenen. Ik ben rustig weggegaan, maar het bleef mij toch wel bezighouden. Ik dacht: Laten we het nog eens proberen. Dus toen ik in Rio de Janeiro naar één van de favelas ging waar ook een ceremonie werd gehouden, gooiden ze opnieuw schelpen. En de vrouw die mij niet kende en geen enkele relatie had met die andere vrouw uit Bahía zei tegen mij: ‘Duidelijk, u bent Yemayá.’ Dat is het verhaal.

**R.C.**

Dus jij bent Yemayá?

**I.A.**

Ze hadden net zo goed de heilige Bernadette kunnen zeggen. Wat weet ik ervan?

**R.C.**

Als het om dit soort zaken gaat, speelt de Latijns-Amerikaanse rationaliteit ons altijd parten, ook al vind jij die misschien onderontwikkeld. Maar laat ik voor mezelf spreken. Op de een of andere manier heb ik een totaal verwrongen beeld van voodoo of van candomblé, alsof het om hekserij gaat.

**I.A.**

Wij zijn dit soort dingen in Chili niet gewend, maar ze bestaan daar wel degelijk. Ik heb pas geleden een studie gemaakt van de Chilota cultuur en mythologie. In de Chiloé Archipel waar dit volk woont, werden de laatste heksen in 1880 geëxecuteerd. Dat is niet zo lang geleden toch? Dat wil zeggen dat er in Chiloé wel degelijk een mythologie van heksen bestaat. Met andere woorden: wanneer het om een ander land gaat, dan beschouwen wij het als hekserij. Wanneer het van ons is, noemen we het folkloristische cultuur.

**R.C.**

Wij gaan ons gesprek een andere wending geven met een paar vragen uit het publiek die volgens mij wel interessant zijn. Iemand vraagt: ‘Denk 10 seconden na en kies. Mafalda of Sancho Panza?’

**I.A.**

Ik kies voor Mafalda. Ach, arme Sancho Panza die achter die arme dwaas Don Quijote moest aansjokken.

**R.C.**

Ik heb een vraag die te maken heeft met de problemen die Chili op dit moment ondervindt, met de moedige protesten

van de Mapuche-mijnwerkers. De Mapuche is een vergeten groep. Maar ik begrijp dat jij ze niet vergeten bent?

### **I.A.**

Nee, zeker niet. De hongerstaking van de Mapuche raakte mij diep toen ik in Chili was. Er is een tijd geweest dat een deel van de bevolking van Chili uit pure Mapuche bestond. De mensen die er later bij zijn gekomen, zijn van gemengd bloed. Toen de Spanjaarden in Chili aankwamen, kwamen ze zonder vrouwen. Ze mengden zich met de inheemse bevolking. Dus in ieder van ons zit DNA van de Mapuche of anders van een ander inheems volk. Hoewel wij dat ontkennen, want wij zijn nou eenmaal superracistisch in Chili. Dus behalve mensen die met de laatste emigrantengolf bijvoorbeeld ergens uit Europa zijn gekomen, zijn wij allemaal een beetje inheems. De Mapuche zijn uitgebuit, totaal genegeerd. Hun grond is afgepakt. Met de Mapuche zijn vredesakkoorden gesloten die niet zijn gerespecteerd. Er was zelfs een Chileense president —ik meen in 1860— die arbeiders uit Duitsland haalde met het doel het ras van de Chilenen te verbeteren. Dit is een historisch gegeven. Het bloed van deze arme kleine en donkere indianen werd gemengd met Duits bloed. De Chilenen werden langer, onze ogen werden kleiner en blauw en we kregen discipline om te werken. Het heeft gewerkt. Kijk maar in het zuiden van Chili. Als wij geen vreemd bloed van de Duitsers hadden, dan zouden wij er nu bruin gebrand uitzien. In elk geval is het voor de Mapuche door de komst van die blanken vreselijk ellendig geweest. Wij zeggen trouwens niet ‘Mapuches’, maar ‘Mapuche’, want ‘mapu’ wil zeggen ‘aarde’ en ‘che’ ‘mensen’. En deze ‘mensen van de aarde’ vechten natuurlijk voor hun land, zij verzetten zich tegen de aanleg van een waterkering die hun



heilige land onder water zet, die hun bos of misschien wel hun huis vernietigt. Als een blanke zich mengt in een inheems reservaat en het inheemse eigendom vernietigt, gebeurt er echter niets. Als een Mapuche als protest een bus omvergooit en in brand steekt, wordt hij veroordeeld volgens de anti-terroristische wetgeving, die is bedacht tijdens de militaire dictatuur en nooit is afgeschaft. Nu wordt deze wet alleen gebruikt tegen de Mapuche. Dat heeft ertoe geleid dat 33 Mapuche in hongerstaking zijn gegaan omdat zij zijn veroordeeld volgens die antiterrorisme wet. En omdat er in Chili geen doodstraf bestaat, kreeg ieder van hen zo'n 80 of 160 jaar gevangenisstraf. Ze kregen dus levenslang.

**R.C.**

En gisteren is de hongerstaking beëindigd?

**I.A.**

Op drie na hebben de Mapuche de hongerstaking beëindigd. Ik ben blij dat er niemand is overleden.

**R.C.**

Ik denk dat er nog wel meer over te zeggen is, maar laten we een ander onderwerp aansnijden. Ik heb hier, denk ik, nog een interessante vraag uit het publiek. Hoe is het om als twee schrijvers samen te wonen? Willy, William Gordon, is immers ook boeken aan het schrijven.

**I.A.**

Willy mijn man, is zo'n lieve gringo. Het is net alsof ik een echtgenote heb. Echt waar. Ik vind dat iedere schrijver een echtgenote zou moeten hebben. Willy was advocaat toen ik

hem leerde kennen en nadat hij met pensioen ging, zei hij tegen mij: 'Mooi, dan ga ik nu dat doen wat ik altijd heb gewild.'

En dat is?, zei ik tegen hem.

Schrijven.

Verdorie, zei ik, ben je van plan mijn concurrent te worden?

Nee, zei hij, ik heb altijd al willen schrijven en dat jij al schrijft is voor mij geen reden om het niet te doen.

Dan word ik dus advocaat als ik met pensioen ga.

Maar goed, hij is gaan schrijven. En hij heeft ook nog eens boeken in verschillende talen gepubliceerd. Hij schrijft detectiveromans die zich afspelen in de jaren '60 in San Francisco en heeft zijn eigen publiek. Ongelooflijk.

**R.C.**

Waarom vind je dat ongelooflijk?

**I.A.**

In de eerste plaats omdat Willy hyperactief is en niet langer dat 11 minuten bezig kan zijn met wat dan ook. Het is geweldig dat hij in staat is rustig te gaan zitten om te schrijven. Dat doet hij in bussen, hotels, op vliegvelden, steeds niet langer dan 11 minuten. Daarna gaat hij iets anders doen om vervolgens weer 11 minuten te schrijven. Zo gaat dat. Er was nu bijvoorbeeld van ons tegelijkertijd een boekenpresentatie op een boekenfestival in Paraty in Brazilië. Deze keer was het dus mijn beurt om zijn koffer te dragen. Wat jammer dat hij hier

niet is, de schat. Maar hij heeft er schoon genoeg van mij aan te horen. Ik kan me nou eenmaal niet inhouden. Daarom nodig ik hem nooit uit als ik interviews geef. Het mooiste van alles is dat zijn voorkeur altijd uitging naar lange blonde vrouwen met lange benen. Je begrijpt hoeveel moeite het mij heeft gekost hem er van te overtuigen dat ik de langste vrouw ben en de langste benen heb.

Ricardo Cuadro: Isabel, ik heb hier nog vraag uit het publiek. ‘U woont in de Verenigde Staten. Hoe denkt u over de migratiewet?’

**I.A.**

Die moet worden gewijzigd. Op dit moment zijn er veel problemen in de Verenigde Staten. Daar is hetzelfde aan de hand als in Europa: er is sprake van een groeiende xenofobie en woede tegen de migrant, vooral door de economische crisis. Maar veel migranten doen werk dat geen enkele Amerikaan, van geen enkele huidskleur, onder geen enkele voorwaarde zou willen doen. En zeker niet voor het lage loon dat de migrant betaald krijgt. Dus er zijn nu 12 miljoen Latijns-Amerikaanse emigranten. Het is onmogelijk al deze mensen uit te zetten. Daarom moet er een wetswijziging komen zodat ze legaal worden. Zodat ze legaal werken, door de samenleving worden beschermd en ook legaal kunnen terugkeren naar hun land.

**R.C.**

Volgens de Europese media is er een bijzonder hevig verzet tegen migranten. Ontzettend veel blanken gaan —nota bene in hun vrije tijd— gewapend naar de grens van de Verenigde Staten of ze grijpen de telefoon om door te geven: ‘Hier ziet er één verborgen. Kom hem halen.’

**I.A.**

Dat klopt. Op dit moment gaan er trouwens al minder mensen de grens over. Niet zozeer vanwege die bewaking en ook niet omdat ze een muur langs de grens optrekken, maar omdat er geen werk is. Toen ik in de jaren '70 en '80 in Venezuela woonde, waren er miljoenen Colombianen die de grens overgingen, want er was werk. Nu dat er niet meer is, steken ze de grens niet meer over. Als er geen aanbod is, komt de migrant niet. In de Verenigde Staten is de situatie heel onrechtvaardig. De arbeider wordt altijd gestraft en de werkgever profiteert van de goedkope arbeid van de migrant.

**R.C.**

Gebeurt dat nu ook niet in het zuiden van Latijns-Amerika met de Peruvianen die naar Chili gaan?

**I.A.**

Jazeker, en daar worden ze erbarmelijk behandeld.

**R.C.**

Maar ze hebben daar wel de keuken verbeterd, die is geweldig. De beste Chileense restaurants zijn nu in handen van Peruvianen.

**I.A.**

Dat is waar. Het zijn trouwens de meest fatsoenlijke en meest beleefde mensen die je je maar kunt voorstellen.

**R.C.**

Jij bent geboren in Peru. Wat is jouw relatie met dit land? Jij vertrok als klein meisje of zelfs als baby. Ben je nog opgegroeid in Peru?

**I.A.**

Ik ben geboren in Peru, mijn vader was daar diplomaat. Maar kinderen van diplomaten die in het buitenland worden geboren, worden ingeschreven bij het consulaat van hun land van herkomst. Ze krijgen de nationaliteit van hun vaderland. Ik ben dus geboren met de Chileense nationaliteit. Toen ik drie jaar was, ging mijn vader op een dag sigaretten kopen en kwam niet meer terug. Echt waar. In Chili was het in die tijd niet mogelijk om te scheiden. Mijn moeder keerde op zeer jonge leeftijd met drie kleine baby's terug naar Chili. Ze was 22, 23 jaar. Haar vader had ervoor gezorgd dat het huwelijk nietig werd verklaard. Maar een nietig verklaard huwelijk was een groot schandaal. Daarom groeide ik op in het huis van mijn grootvader die mijn moeder beschermde. Toen ik ongeveer 28 jaar oud was, werd ik op een dag gebeld om een lichaam in het mortuarium te identificeren. Er was iemand op straat overleden die Allende heette. En omdat ik in die tijd een programma op televisie had, dachten ze: 'Allende, Allende, laten we haar eens bellen, misschien kent ze hem.' Ik dacht dat ik mijn broer zou aantreffen die dezelfde naam heeft als mijn vader. Maar het lichaam dat ze mij toonden, kende ik niet. Het was van mijn vader, maar ik had nog nooit een foto van hem gezien. Hij was het echt. En ik moest hem toen begraven.

**R.C.**

Heb je dat niet in één van je boeken verteld?

**I.A.**

Ja, dat weet ik zeker. Ik heb alles verteld, zelfs de meest schandalige details. Mijn arme man en ik hebben niets privé, zelfs die 11 minuten van hem niet.

## **R.C.**

Ik heb nog een interessante en relevante vraag: Kun je ons iets over jouw Stichting vertellen?

## **I.A.**

Net na de dood van mijn dochter Paula, schreef ik het boek getiteld Paula. Van al mijn boeken hebben de lezers hier het meest op gereageerd. Het sloeg het beste aan. Het huis van de geesten heeft weliswaar meer verkocht omdat het meer jaren op de markt is, maar Paula is een boek dat werkelijk het hart van veel mensen raakte. Ik wilde niet dat de inkomsten van het boek op een rekening van mijzelf terecht zouden komen, daarom opende ik een aparte rekening met het idee dat ik iets met dit geld zou doen als eerbetoon aan mijn dochter. Ik wist nog niet wat, tot ik in 1995 naar India ging. Ik was erg gedepimeerd, er gebeurde vreselijke dingen in ons gezin. Mijn man zei tegen mij: 'Je moet er tussenuit', en dat bracht mij naar India. Een heel bijzondere reis. Op een bepaald moment bevonden wij ons in Rajastan, een zeer afgelegen streek, op een eindeloze weg, het was verschrikkelijke heet en we zaten in een krakkemikkige auto. Daar stond ergens een boom met een paar donkere gedaanten die ik niet goed kon onderscheiden. Omdat de auto een verhitte motor had, stopten wij even om water bij te vullen. Ik liep met een vriendin naar beneden en er bleek een groepje vrouwen rond die boom te staan. Er was geen put, geen gehucht, er was niets. Ik had geen idee wat die vrouwen daar aan het doen waren. Bovendien konden wij geen contact maken omdat wij de taal niet spraken. Maar in India, zoals op veel plekken in de wereld, ontbreekt onze omgangsvorm dat je elkaar niet aanraakt, dat je minimale afstand tot elkaar moet bewaren. De mensen daar raken je wel aan en

kijken je in de ogen. Deze vrouwen begonnen de armbanden aan te raken die mijn vriendin en ik droegen. Wij deden ze af en gaven ze aan hen. Er ontstond een band zoals die soms ontstaat tussen vrouwen, heel fysiek en intiem, hoewel wij ons niet in een gezamenlijke taal konden uitdrukken. En toen wij weer terugliepen naar de auto, wilde één van de vrouwen mij een soort bundeltje van lompen overhandigen. Ik dacht dat ze ons daarmee wilde bedanken voor de armbanden die wij haar hadden gegeven. ‘Nee, dat is niet nodig’, zei ik. Ik probeerde het te voorkomen, maar zij gaf het toch en rende weg. Toen ik het bundeltje openmaakte, zag ik een pasgeboren baby met de oogjes nog gesloten. En daar stond ik mee in mijn armen. De Indiase chauffeur die ons begeleidde, griste de baby uit mijn handen, holde achter de vrouwen aan en liet de baby zelfs bijna op de grond vallen. Daarna werd ik vastgepakt en in de auto geduwd. Ik reageerde pas weer toen we al op weg waren. Ik vroeg de chauffeur: ‘Was het een jongetje?’ ‘Nee,’ zei hij, ‘het is een meisje, niemand wil hier een meisje.’ Het gevoel niets voor het meisje te kunnen doen, bleef mij achtervolgen. Toen ik thuis kwam, wist ik wat ik met het geld ging doen dat ik op die aparte rekening had gestort. Ik wilde een stichting oprichten om moeders en meisjes te helpen, die in veel gebieden in de wereld de armsten onder de armen zijn en het meest vergeten worden. Tegenwoordig bestaan er één-kind programma’s in landen zoals India en China. Daar kennen ze nu een nieuw misdrijf: foetusmoord. Dat betekent dat de foetus wordt gedood als het een meisje blijkt te zijn, omdat ze jongetjes willen hebben. Daardoor bestaat er op dit moment een tekort aan vrouwen in China. Iedereen wil jongetjes hebben terwijl je maar een beperkt aantal kinderen mag krijgen. Hetzelfde gebeurt in India. Mijn stichting probeert deze armsten onder de

armen, deze vrouwen en kinderen te helpen op het gebied van gezondheid, opvoeding en bescherming.

**R.C.**

Ik heb een blik geworpen op internet en het viel mij op dat er bij de groepen die jij financieel ondersteunt, ook groepen vermeld staan uit de Verenigde Staten.

**I.A.**

Ja, we ondersteunen veel emigrantengroepen in de Verenigde Staten. We hebben bijvoorbeeld programma's voor jonge meisjes van 14, 15 jaar die zwanger raken. Dat gebeurt veel in de Latijns-Amerikaanse gemeenschap. De meisjes gaan direct van school af, bijvoorbeeld om te werken als hamburgerverkoopsters. De jongens, de vaders van de kinderen, gaan door met leren en met hun leven. Voor hen heeft dit geen enkele consequentie. De meisjes zitten met de ellende. Dus proberen wij ze te helpen. Wij proberen te zorgen dat ze een bestaan hebben, dat ze hun school afmaken en dat er bescherming is voor deze kinderen.

**R.C.**

Hoe gaat dat in zijn werk, Isabel? Kun jij voldoende toezicht houden op wat de stichting doet?

**I.A.**

Nee. Mijn stichting wordt door mijn schoondochter Loli geleid. Zij is getrouwd met mijn zoon en is een perfecte schoondochter. Je zou kunnen zeggen dat het om een 'gearrangeerd' huwelijk gaat. Mijn zoon was gescheiden van zijn vrouw die hem had verlaten. Ze bleek namelijk lesbisch te zijn en was er met een andere vrouw vandoor gegaan. Mijn zoon bleef met



drie kleine kinderen achter. De nieuwe vrouw van zijn ex was trouwens de verloofde van mijn stiefzoon. Een ramp, dus. Toen mijn zoon achterbleef met drie kleine kinderen, realiseerde ik mij na enige tijd dat hij nooit met iemand uitging. Het enige dat hij deed was werken en voor de kinderen zorgen. Ik besefte dat mijn zoon, gezien zijn karakter, nooit opnieuw zou trouwen. Dus ging ik voor hem op zoek naar een partner. Dat was niet gemakkelijk, want ik ken vooral mensen van mijn eigen leeftijd. Maar als ik een rij mensen voor mijn signeertafel had die een handtekening van mij wilden, keek ik goed of er iemand tussen zat die een beetje in de smaak zou kunnen vallen bij mijn zoon. Zo ja, dan vroeg ik haar telefoonnummer. Die aanpak was niet erg praktisch, want het vorderde heel traag en leverde niet altijd wat op. Bovendien moest alles achter de rug van Nicolás om, want ik kon hem niet vertellen wat ik aan het doen was. Tenslotte ontmoette ik Loli, ze was perfect. Ze leek zelfs op Nicolás. Ze kleedden zich hetzelfde, beiden in zwart, ze waren beiden mager, kortom hetzelfde type. Mijn schoondochter bleek een perfecte kandidaat. En inmiddels leidt zij de stichting. Wij financieren organisaties en programma's die al bestaan. Aan individuele personen verlenen wij geen steun, omdat wij niet de mogelijkheid hebben om ieder individu te monitoren. Zo wordt bijvoorbeeld het systeem van beurzen van de stichting beheerd door een universiteit. Zij kennen de beurzen toe, zij monitoren en wij zorgen voor het geld. Wij bepalen dat het vrouwen moeten zijn afkomstig uit Latijns-Amerika.

**R.C.**

Een laatste vraag: Wat wordt jouw volgende boek?

**I.A.**

Er ligt al een boek klaar dat op het punt staat te worden uitgegeven. Ik heb besloten in 2011 vrij te nemen. Het wordt een sabbatical, ik ga een jaar niet schrijven. Ik begin mijn boeken altijd te schrijven op 8 januari. Maar voor de zekerheid heb ik ervoor gezorgd dat er nu één gereed is op die datum. Deze roman is heel anders is dan alle eerdere boeken, veel hedendaagser. Het verhaal speelt zich af in 2009 en gaat over een jong meisje in de Verenigde Staten. Ik heb dit keer geen research hoeven te doen, zoals bij Het eiland onder de zee of bij Inés, vrouw van mijn hart. Dat duurde vier jaar, een nachtmerrie. Dit nieuwe boek gaat meer over het leven dat wij allemaal kennen. Het is bijna vormgegeven als een detective, als een zaak die opgelost moet worden. Ik heb er met veel plezier aan gewerkt.

**R.C.**

Waar speelt het zich af?

**I.A.**

Het ene deel van het verhaal speelt zich af in de Verenigde Staten, het meisje komt uit Berkeley. Het andere deel speelt zich af in Chili, op een eilandje van de Chiloé archipel, erg landelijk, in een oud huis. Het gaat over het contrast tussen twee levens: enerzijds de wereld van de technologie, de blog, Twitter, drugs en anderzijds over het echte plattelandsbestaan. De hoofdpersoon heeft geen enkele verbinding met haar binnenwereld en moet een zoektocht maken naar haar ziel, een reis naar haar innerlijke.

**R.C.**

Dat is volgens mij een veelomvattend thema.

**I.A.**

Dat hoop ik. Alles hangt natuurlijk af van hoe je het schrijft.

**R.C.**

Rest ons nog het deel van deze bijeenkomst waarin het publiek erg geïnteresseerd is: het signeren van de boeken.

**I.A.**

Goed, maar voordat we met deze signeersessie beginnen, wil ik de tijd nemen voor nog drie vragen uit het publiek.

**R.C.**

Wat vindt u ervan dat ze u de Premio Nacional de Literatura in Chili hebben toegekend tijdens de regering van Piñera?

**I.A.**

Ik vind het geweldig, want niemand zal kunnen zeggen dat ze mij die prijs hebben toegekend omdat ik vrienden zou hebben in regeringskringen. Trouwens, noch de president noch de regering heeft iets te maken met de toekenning van de prijs, want er is een jury die beslist. Die bestaat altijd uit een aantal hele serieuze heren die achter gesloten deuren de prijs aan hun vrienden geven. Maar deze keer brachten vrouwen de prijs in de publiciteit en werd er een discussie op gang gebracht in de media. De mensen gaven in het openbaar hun mening, op Facebook, op blogs. Kortom, het hield iedereen bezig. Ik ben er van overtuigd dat ik deze prijs heb gekregen doordat de lezers van zich hebben laten horen.

**R.C.**

Hoe is het voor u geweest om op zo'n grote afstand van uw moeder te wonen?

## R.C.

Ik heb nooit ver van mijn moeder vandaan gewoond. Fysiek woon ik ver weg. Ik werd voor de eerste keer van mijn moeder gescheiden toen ik 15 jaar oud was. Wij woonden in Libanon toen er politieke onrust en geweld uitbrak. Wij, de kinderen, werden teruggestuurd naar Chili. En daar begon de traditie dat mijn moeder ons brieven ging schrijven. De brieven deden er in die tijd twee maanden over en er was geen mogelijkheid om met elkaar te bellen. De fax bestond ook nog niet. In die tijd had je alleen het telegram en de brief per post. En dus raakten wij er aan gewend elke dag te schrijven alsof het een conversatie betrof tussen doven. Het maakte niet uit wat je schreef omdat je geen antwoord verwachtte waarop je vervolgens weer kon reageren. Het werd een soort dagboek van mijn leven. Ik heb op dit moment in mijn huis een tamelijk grote kast met ondertussen dertig of meer plastic dozen waarin ik de brieven van mijn moeder per jaar bewaar. Meer dan dertig jaar hebben wij elkaar dagelijks geschreven. Nu spreken we elkaar ook telefonisch, we hebben Skype, e-mail en noem maar op. In feite ben ik dus nooit ver van haar vandaan geweest. Zij is 90 jaar en voelt zich beter dan ooit. Toen mijn stiefvader als diplomaat met pensioen ging, zei ze: 'En ik ga als 'vrouw van' met pensioen. Ik ga nu dingen doen waar ik zelf zin in heb.' Zo gezegd, zo gedaan.

En tot slot: Ik heb altijd gezegd dat ik heel graag een erotisch boek zou willen schrijven, maar dan moet ik echt wachten totdat mijn moeder is overleden. Want als zij het zou lezen, zou zij ter plekke een attaque krijgen. Voorlopig is het zo dat mijn moeder haar levenseinde al lange tijd weet uit te stellen. Ik ben nu 68 jaar en ik weet niet of ik het nog kan opbrengen

om dat boek te schrijven. Dat wordt dan enkel research en verbeelding, want uit eigen ervaring herinner ik mij daar niets meer van. Ik had het zo rond mijn 30ste moeten schrijven, in mijn wilde jaren, dat was de geschikte periode geweest om het te schrijven.

Heel, heel erg bedankt allemaal dat u hier was. Dank u wel.

**2011**

# HET ONVOLKOMEN GEHEUGEN

*Antonio Muñoz Molina*



Hier even een opmerking ter zijde. U moet niet denken dat de dictatuur in Spanje zo lang duurde omdat wij Spanjaarden de dictatuur en de burgeroorlog in onze genen dragen. Die periode duurde zo ontzettend lang om verschillende redenen. Ten eerste, omdat de Europese democratieën weigerden ook maar de geringste hulp te bieden aan de Spaanse Republiek in 1936. Ten tweede, omdat de Europese democratieën niet optraden tegen Franco toen de Tweede Wereldoorlog in 1945 was beëindigd. Ten derde, omdat generaal Eisenhower, president van de Verenigde Staten en vertegenwoordiger van de grote democratieën, in 1959 naar Spanje kwam en Franco omhelsde. Dat zijn hele belangrijke feiten. Bovendien heeft men in Europa de neiging om te zeggen dat een volk de regering krijgt die het verdient. De dictatuur van Franco in Spanje duurde voort omdat de westerse democratieën de Spanjaarden aan hun lot overlieten.

Er is nog een ander aspect van de herinnering dat ik hier graag met u wil bespreken. Spanje maakte sinds de jaren '70, lang voordat de dictatuur zou eindigen, zeer abrupt een hele snelle omwenteling door. Tot dan toe was Spanje lange tijd een achtergebleven gebied. Het Spanje waar ik geboren ben was een land bevroren in de tijd. Dat gold vooral voor het binnenland. Het binnenland van Andalusië, dat de ambassadeur al noemde en waar ik vandaan kom, was een regio met een enorme achterstand. Maar in een paar jaar tijd maakte de economie een spectaculaire groei door die in de jaren zestig nog sterker toenam en er voor zorgde dat de agrarische samenleving die zo lang had bestaan, plotseling verdween. Dat veroorzaakte een grote volksverhuizing van het platteland naar de stad, waardoor de plattelandscultuur op slag verdween. Terwijl er in andere Europese landen misschien wel een eeuw overheen ging, voltrok dit proces zich in Spanje in een tijdspanne van één generatie. Deze verandering gaf het Spaanse leven een nieuw karakter en is ook bepalend geweest voor mijn schrijverschap. Want in de tijdsduur van één leven—in een betrekkelijk korte periode—heeft de generatie waartoe ik behoor in twee werelden geleefd, in twee verschillende eeuwen. Toen ik kind was, maaiden de boeren met een sikkel en was er nauwelijks sprake van mechanisering op het platteland. De arbeid op het land werd met de hand gedaan. Het was een zeer gesloten patriarchale en zelfredzame boerensamenleving. En dertig jaar later reisde mijn generatie over de wereld, werkte met computers... Dat wil zeggen dat wij herinneringen hebben die ouder zijn dan wij zelf. Dat brengt een ontwrichting met zich mee en ook verlies van het bewustzijn van wat er is geweest. Immers, mensen willen zich de tijd dat ze arm waren liever niet herinneren.



De periode van de jaren '80 en begin jaren '90 in Spanje, kenmerkt zich door een periode van explosieve ontwikkeling van de democratie. Moet u zich voorstellen: in 1975 gaat Franco dood, in 1978 heeft Spanje al een nieuwe Grondwet en in 1982 wint de Socialistische Partij met absolute meerderheid de verkiezingen. Dat wil zeggen dat een land, waar een paar jaar eerder enkel het katholicisme bestond en waarin de protestanten als onwerkelijke en gevaarlijke wezens werden beschouwd, in minder dan twintig jaar verandert in een land waar vrijheid van religie en volledige vrijheid van culturele uitingen bestaat. En waar korte tijd later het homohuwelijk wordt toegestaan en het kerkbezoek tot de laagste van Europa behoort. Het is een omwenteling van formaat waar niemand zich rekenschap van geeft, en alleen diegenen die dat hebben meegemaakt kunnen zich daar een beeld van vormen. De generatie van mijn kinderen, de generatie van Pablo, is al in een andere wereld geboren. En daarom heb ik die behoefte om te vertellen over de botsing tussen de twee periodes in ons leven, het boerenverleden dat zo dichtbij is en de moderne wereld waarin wij nu leven. En dat is de basis van een andere roman van mij, *El jinete polaco*, precies twintig jaar geleden gepubliceerd. In die roman draait het om het enorme conflict van een generatie mensen die in de ene wereld is geboren en in de andere wereld moet leven. Ze worden geboren in de tijd van de ouderwetse handploeg en werken als volwassenen met internet. Dit conflict brengt bovendien de verdwijning van een cultuur met zich mee, een cultuur die natuurlijk niet moet worden geïdealiseerd, maar die zeer hecht en belangrijk was: de volkscultuur. Volksculturen verdwijnen snel omdat ze geen geschreven getuigenissen achterlaten.

Dat was het andere fragment van de herinnering dat voor mij heel belangrijk was. Wonderlijk genoeg wilde ik lange tijd een roman schrijven over een boerengezin tijdens de Burgeroorlog en de naoorlogse periode. Ik begon met schrijven, maar ik moest er mee ophouden want het leek steeds weer op Honderd jaar Eenzaamheid. Ik begon te schrijven en kwam terecht in Macondo....of in een soortgelijke nostalgische evocatie van het plattelandleven. Dat was ook niet wat ik wilde maken. Pas toen ik mij er van bewust werd dat ik de wereld die ik had gekend en de wereld waarover ze mij hadden verteld, de wereld van de mondelinge overleveringen, moest vermengen met die van mijn eigen hedendaagse bestaan, was ik in staat die roman te schrijven. En in die roman schuilt trouwens een ander aspect van de incomplete herinnering dat belangrijk voor mij was. Ik realiseerde mij pas later dat die roman eigenlijk meer een allegorische functie had. De roman beschrijft een liefdesgeschiedenis. De hoofdpersoon is een man van mijn generatie die afkomstig is uit het turbulente Spanje van na de oorlog, uit dat deel van Spanje waar de maatschappelijke ontwrichting van de oorlog en de naoorlogse periode het sterkst was. Het is iemand uit die sociale klasse die achterbleef zonder zich te kunnen ontwikkelen, die veroordeeld was tot het isolement, tot de zelfredzaamheid, etc.... Maar er was ook een ander Spanje dat onder dit alles leed, het ontwikkelde Spanje dat naar elders vertrok. Toen ik probeerde een roman te schrijven over een republikein en ook daar niet in slaagde stuitte ik op die samenvloeiing. De man, een zoon van het autochtone en gesloten Spanje dat achterbleef, ontmoet de dochter van een republikein in ballingschap. Deze verbannen republikein was vertrokken naar de Verenigde Staten, bouwde een nieuw leven op en kreeg daar een dochter. Het allegorische aspect van deze

vertelling drong pas later tot mij door, het was geen opzet. Ik ben van mening dat het Spanje van de jaren '80 en beginjaren '90 met zijn fascinatie voor de ingrijpende moderniteit, op een bijna misdadige manier de getuigenis en levens negeerden van mensen die zo ontzettend veel hadden geleden en zo hard hadden gewerkt. De paradox van de democratische omwenteling van Spanje was dat de democratie zoveel urgente taken met zich meebracht, dat het verleden ontheemd achterbleef. Democratie en ontwikkeling! We moesten modern worden. Wie wilde nou niet zo'n modern iemand zijn als bijvoorbeeld Almodóvar. Maar ik had opnieuw het gevoel dat een fundamenteel deel van de Spaanse herinnering werd gemarginaliseerd.

Gaandeweg nam ik een derde stap die leidde naar de ontdekking en, tot op zekere hoogte, zorgvuldige bestudering van iets dat Pablo al noemde: de geschiedenis van Europa. Als gevolg van de dictatuur hebben wij Spanjaarden heel geïsoleerd geleefd. Vanuit mijn eigen ervaring als schrijver was er een moment waarop ik geconfronteerd werd met getuigenissen van de nazi-vervolging, van het nazisme en het communisme. Zelfs in het Spanje van de transitie bereikten deze onthullingen ons slechts op beperkte schaal. Daar zijn verschillende redenen voor. Een daarvan is het isolement van het land, een ander is dat wij geen joodse bevolking hadden, tenminste niet in de 20ste eeuw. Op dat gebied beschouwde Spanje zichzelf als een buitenstaander. Nog een cruciale reden is dat de meest dogmatische linkse vleugel die verantwoordelijk was voor de democratische transitie, zeer communistisch en sterk anti-Israël was en als gevolg daarvan anti-Joods. Dit is een zwaar wegende factor. Soms denk ik dat er zich in Spanje in cultureel opzicht een overgang heeft voltrokken van het franquisme naar de democratie,

maar niet van het anti-franquisme naar de democratie. Over de Goelag bijvoorbeeld werd niet gesproken: degenen die daar over spraken waren Franco aanhangers. De links politieke tak zweeg over de Goelag. Ik herinner mij en misschien herinnert de ambassadeur het zich ook: toen Solzhenitsyn begin jaren '80 naar Spanje kwam, deden vooraanstaande schrijvers hun best om hem belachelijk te maken. Er was er één (wiens naam ik niet zal noemen uit respect voor zijn nagedachtenis) die zei: 'De tekortkoming van de Sovjet-Unie is dat het dit soort individuen uit de concentratiekampen laat vertrekken.' Dat was nogal wat. Dat is een deel, een ander fragment van de verloren herinnering.

Aan de ene kant vond men het verdacht om op welke manier dan ook de holocaust of de vervolging van joden te benoemen, omdat het werd beschouwd als pleidooi voor het zionisme; aan de andere kant wilde men de vreselijke misdaden begaan uit naam van het communisme niet accepteren en gaf men er daarom de voorkeur aan deze te negeren. Ook de getuigenissen daarover wilde men niet accepteren. De ontkenning van dit alles creëert een volledig verwrongen bewustzijn, bijna provinciaals. Hoe kan men spreken van een scherp cultureel en politiek bewustzijn als tegelijkertijd wordt genegeerd wat in nazi-Duitsland en tijdens de Goelag gebeurde. Bovendien, hoe kan de Spaanse burgeroorlog, datgene wat er in Spanje gebeurde, begrepen worden los van de zojuist genoemde ontwikkelingen in Europa. Want wij kunnen niet werkelijk begrijpen wat er in Spanje gebeurde, als wij alleen in Spaanse termen spreken. Ik wist nog niet dat ik het boek ging schrijven waarvan Pablo onlangs een kritische editie heeft gepubliceerd. Ik had geen idee dat ik Sefarad ging schrijven. Wat ik wel wist,

was dat ik niet kon ophouden met lezen: ik las Primo Levi, Jean Améry, Eugenia Ginzburg, de beste schrijvers uit deze traditie.. en ik las ze op een obsessieve manier zonder te weten waar het mij toe zou brengen. Totdat het uiteindelijk vorm kreeg in de roman waarin ik probeerde de Spaanse vooruitstrevende traditie —waarvan ik deel uitmaak— te verbinden met de traditie van vervolgingen en op de vlucht slaan. Een traditie die in Spanje in de 15e eeuw begon met de verdrijving van de joden —die ook al eerder waren verdreven uit Engeland en Frankrijk, want het gaat niet om een exclusieve zonde van Spanje—, en eindigde met het gegeven dat de grote liberalen van mijn land, in de meeste gevallen, in ballingschap gingen.

Het Franco bewind heeft ons een traditie van heroïek willen geven. Wij, daarentegen wilden juist een alternatieve traditie construeren en vonden deze bijna exclusief in personen die slachtoffer werden van vervolging. Kijk bijvoorbeeld naar de Pléiade, de reeks van de Franse klassieke schrijvers. Bijna allemaal zijn het leden van de Académie Française. Bijna allemaal zijn ze bijgezet in het Panthéon. En kijk dan naar de Spaanse traditie, de Spaanse canon. Het zijn allemaal mensen die zich in een massagraf bevinden of die een vreselijk leven hadden. Daarom is het voor mij heel belangrijk deze intellectuele en culturele klasse gestalte te geven, maar dit niet te doen in de vorm van een historisch essay, maar in de vorm van een roman. En waarom in de vorm van een roman? Waarom fictie? Omdat fictie wezenlijk verschilt van non-fictie. En dat verschilt schuilt in de empathie. Dat wil zeggen, om een roman te lezen moet je in de huid van de ander kruipen, je verplaatsen in het lijden. Want als je in de huid van een ander kruipt, leer je ook

een les die de ander leerde en zou jij als het ware die ander kunnen zijn.

Stel dat iemand zorgvuldig bestudeert wat er in Rusland, China of Duitsland gebeurde. Dan zal hij ontdekken dat het in Duitsland bijvoorbeeld echt niet zo was dat daar de joden keurig in de rij klaarstonden, perfect identificeerbaar en op grond daarvan werden vervolgd. Nee, eerst werd, soms ook op zeer ingewikkelde wijze, de identiteit gecreëerd van de te vervolgen jood. Pas daarna werd deze identiteit toegeschreven aan personen. En wat Rusland betreft, zal hij ontdekken dat veel van de mensen die door Stalin zijn vervolgd, felle communisten waren. Alleen een roman leent zich er voor om je werkelijk te verplaatsen in het lot van de ander.

Maar er is ook nog een laatste stap. Ik ontdekte dat in mijn land, waar het verleden sinds de inrichting van de democratie totaal niet belangrijk was, opeens een rehabilitatie van de Tweede Republiek in de mode kwam. Een vreemde nostalgie naar de jaren '30 en een minachting van de democratische traditie waar alle Spanjaarden van nu uit voortkomen, namelijk de Grondwet van 1978. Er groeide een soort republikeins sentiment, een heimwee naar een mythisch verleden waarnaar, door de schuld van een ander, niet kan worden teruggekeerd. Dat mythische verleden, dat het nationalistische narcisme zo sterk voedt. Dat wil zeggen, het goede in Spanje was de Republiek, de oorlog, toen wij werkelijk ergens voor vochten. En dit wat er nu is, is een farce. Ik voelde opeens de drang om een ander fragment te construeren dat wij 'memoria lúcida' kunnen noemen. Ik wilde weer in herinnering brengen, ook door middel van fictie, dat de dingen veel gecompliceerder zijn dan de vaak

gebruikte simplificatie. Fictie creëren die vertelt hoe mensen in die tijd van de geschiedenis van Spanje zouden kunnen hebben geleefd. Hoe zij die periode beleefd zouden hebben. En hoe het geweest zou kunnen zijn als die dingen niet zouden zijn gebeurd. Hoe het beeld dat wat iedereen als vanzelfsprekend beschouwt, opeens verstoord wordt. Dat was wat mij ertoe bracht deze laatste roman te schrijven dat zo'n dik boek is geworden. Mijn overtuiging is dat een schrijver altijd een zoektocht moet ondernemen met als doel de simplificatie te elimineren. Er zijn meer dingen die het verdienen herinnerd te worden dan wij ons daadwerkelijk herinneren. En de herinnering moet veel nauwkeuriger en scherper worden dan zij nu lijkt te zijn. Wij mogen onze vooroordelen en fantasieën niet op het verleden projecteren.

En tot slot, en hiermee eindig ik, kwam ik tijdens het schrijven van deze roman tot een nieuw inzicht. Er knaagde iets van binnen dat zei: 'Je wijdt te veel tijd aan het verleden. De werkelijk grote romans die zijn geschreven, zijn bijna altijd hedendaags. Misschien is het wel tijd dit alles achter je te laten en je toe te leggen op het schrijven over de werkelijkheid die voor je ligt, de pure tegenwoordige tijd. En daar zou ik me nu aan willen gaan wijden. Heel veel dank.'

**2013**



# T E G E N            D E            D O O D

*Rosa Montero*



Ik heb deze lezing de gewaagde titel 'Tegen de dood' gegeven; gewaagd omdat wij niet willen dat mensen met ons over de dood spreken. Sterker nog, wij slagen er over het algemeen vrij goed in te leven alsof wij onsterfelijk zijn, tenminste totdat de crisis van de middelbare leeftijd aanbreekt. Martin Amis schreef een roman getiteld *De informatie*, waarin de hoofdpersoon, een man van in de veertig die een midlife crisis doormaakt, 's nachts een stem uit het graf hoort fluisteren: 'Je gaat doooood' Dat is de informatie waarnaar de titel van de roman verwijst. Want daarvóór negeerde ook hij als vanzelfsprekend dat zijn dagen waren geteld. Van de vele theorieën die ik ken over de reden waarom schrijvers schrijven, lijkt één daarvan mij van bijzonder belang. Schrijvers, of in ieder geval wij romanschrijvers, zijn ons meer bewust van de dood dan mensen in het algemeen. Of anders gezegd, wij vergeten de dood niet zo gemakkelijk.

Ik herinner mij bijvoorbeeld dat ik als kind van tien of twaalf jaar mij zelf toesprak met de woorden: ‘Kijk Rosa, wat een prachtige middag. Geniet ervan want eens houdt het op, de tijd gaat voorbij en wij gaan dood’. Zoals Cicero zei, ‘ik heb altijd geweten dat ik sterfelijk ben.’ Het lijkt niet een gedachte die bij een kind van die leeftijd past, maar eerlijk gezegd is het een geschenk uit de hemel, want als je je bewust bent van de dood, ben je je ook meer bewust van het leven. Dat wil zeggen, in plaats van je te laten overrompelen, het leven aan je voorbij te laten gaan en voor je uit te zitten staren, —we kennen allemaal de uitspraak van John Lennon: ‘het leven is wat je overkomt terwijl je druk bezig bent andere plannen te maken’—, doet de obsessie met het einde, je het heden in alle volheid waarderen. Bovendien biedt het jou de mogelijkheid of het verplicht je iets met dit gegeven te doen. Zonder enige twijfel schrijven wij tegen de dood in. Eigenlijk gaat alles wat wij mensen doen tegen de dood in. Wij hebben lief. Wij voeren oorlog, wij bouwen imperia en breken ze af, wij beklimmen de Mount Everest en wij zetten ons leven op het spel juist tegen de dood in. Het enige verschil is dat ik geloof dat wij romanschrijvers ons meer bewust zijn van wat wij doen. Ik denk soms dat ik schrijf om aan iets te kunnen denken wanneer ik ‘s nachts een stem uit het graf de informatie hoor fluisteren, die ik al luid en duidelijk van jongs af aan heb gehoord. Een van mijn romans, *Red de Wereld! Volg de instructies*, begint met ‘de mensheid is verdeeld in diegenen die het heerlijk vinden om ‘s avonds naar bed te gaan en diegenen die er tegenop zien’. En aan ieder van u vraag ik: tot welke groep behoort u? Ikzelf overduidelijk tot de tweede groep, tot diegenen die door nachtelijke spoken worden bezocht. Daartegen bestaat geen betere verdediging dan in je hoofd verhalen te verzinnen. En die aaneen te rijgen tot een

fictieve vertelling. Toegegeven, dromen over de liefde is ook een sterk wapen tegen de duisternis, maar het schrijven van een roman heeft dan ook veel overkomsten met de eerste momenten van een hartstochtelijke liefde, want in beide gevallen ben je gek, waanzinnig. Wanneer je schrijft ben je geobsedeerd door jouw personages, door het verhaal, wanneer je liefhebt, ben je geobsedeerd door degene die je aanbidt: je poetst je tanden en voor de spiegel zweeft de gedaante van je geliefde. Kortom, in beide gevallen ben je buiten jezelf getreden en dat maakt dat je buiten het bereik bent van je eigen dood, die in je binnenste op je ligt te wachten, opgerold in je buik. Schrijven is een machtige betovering.

Uit wat ik zojuist heb verteld, valt af te leiden dat het schrijven zich altijd afspeelt in het hoofd. Als mensen het hebben over angst voor het blanco papier, dan vind ik dat lachwekkend, want voordat je überhaupt aan het schrijven op papier of op de computer toekomt heb je hier, in je geest, al heel veel opgeschreven. Je bent voortdurend met niets anders bezig dan verhalen verzinnen. Je ziet bijvoorbeeld een man op straat voorbijkomen. Dan wordt de verbeelding onmiddellijk geprikkeld, een absurd verhaal komt in je op. In feite zijn romanschrijvers onvolwassen mensen die nooit volgroeid raken. Alle kinderen zijn namelijk zo. Ze verzinnen voortdurend verhaaltjes over wat ze zien, hun hoofd zit vol fantasieën. Maar het gros van de mensheid laat deze fantasieën achter zich tijdens de adolescentie want de samenleving maakt ze duidelijk dat verhalen verzinnend door het leven gaan een kinderlijke bezigheid is die je achter je moet laten. Romanschrijvers daarentegen verlaten hun kindertijd nooit. Zij dragen het onbedorven kind in hun binnenste en dat kind is degene die schrijft, de creativiteit huist

in het kind. Ons hoofd zit altijd vol met beelden en fantasieën die voor 99% van de gevallen door je geest flitsen en weer voorgoed verdwijnen en die dus nooit het geschreven stadium zullen bereiken, ze zullen nooit veranderen in een kort verhaal of een roman. Maar één van deze beelden —die vanuit het niets te voorschijn komen en die zo werkelijk zijn alsof je overdag aan het dromen bent, dromen die je droomt met de ogen open— ik zeg één van deze beelden vervult je plotseling met een heftige emotie, het brengt je van je stuk hoewel jijzelf niet eens weet waarom. Maar het gaat om een voor jou zo krachtig en aangrijpend beeld dat je het niet voor je kunt houden en tegen jezelf zegt: ‘Dit moet ik vertellen, dit moet ik delen’. En uit deze zin: ‘dit moet ik vertellen’ worden nu juist romans geboren.

Met andere woorden: de lezer is al aanwezig vanaf het allereerste begin van de schepping van een roman.

Al eerder heb ik gezegd dat schrijven een machtige betovering is. Maar lezen is een nog grotere bekoring. De Catalaanse schrijfster Nuria Amat heeft een prachtig boek geschreven getiteld *Letraheridos* waarin zij schrijvers voor een wrede keuze stelt. Ze legt ze de volgende vraag voor: ‘Als u door een of andere rampspoed moet kiezen tussen nooit meer schrijven of nooit meer lezen, wat zou dan uw keuze zijn?’ Het is een verschrikkelijk dilemma, want ik denk dat wij schrijvers het gevoel hebben dat schrijven ons redt van de ontredde, van de waanzin. Het boek van Nuria dateert van 15 of 20 jaar geleden en sindsdien heb ik deze vraag aan misschien wel een paar honderd schrijvers van alle nationaliteiten voorgelegd. En het ongelooflijke is dat zij mij allemaal, op twee na, hetzelfde

antwoord gaven als ikzelf zou geven: wij kiezen voor het lezen, want stoppen met schrijven kan de waanzin betekenen, maar niet meer lezen betekent de onmiddellijke dood, een wereld zonder zuurstof. En één van de twee die mij vertelden dat zij het schrijven verkozen, weiger ik te geloven, want volgens mij zei hij dat uit pure ijdelheid. Hij loog om zich te laten voorstaan op zijn grootsheid als schrijver. En de ander is zo'n zonderling, de arme ziel, en heeft zo weinig contact met de rest van de wereld, dat ja, van die persoon geloof ik dat stoppen met schrijven de dood zou betekenen. Wat ik hiermee wil duidelijk maken is dat wij romanschrijvers in de eerste plaats lezers zijn, lezers die bovendien schrijven. En dat zowel lezen als schrijven daden ter bevestiging van het leven zijn, grootse daden van hoop tegenover de duisternis.

Er bestaat een verschrikkelijk en tegelijk mooi verhaal dat mij altijd heeft bekoord omdat het een perfect voorbeeld is van deze bevestiging van het leven tegen de verschrikking. Dat is de geschiedenis van de Grote Pest van 1348. U weet allemaal dat de builenpest een huiveringwekkende ziekte is die je in een paar dagen op een wrede manier en met verschrikkelijke pijnen van het leven berooft. Deze pestepidemie was de gruwelijkste in de geschiedenis van de mensheid, in elk geval de gruwelijkste die ooit is geregistreerd. Het begon in Azië, alhoewel er uit Azië weinig betrouwbare gegevens over bestaan. In 1348 werd deze ziekte per schip naar Europa overgebracht en in minder dan een jaar stierf de helft tot tweederde van de Europese bevolking. Dat zou in het Spanje van vandaag een sterfte betekenen van ongeveer 30 miljoen inwoners in minder dan 12 maanden. In Parijs overleed de helft van de bewoners, in Venetië tweederde, in Florence viervijfde; op het hele continent

verdwenen hele bevolkingsgroepen, het agrarische land werd weer woestelijk, gedomesticeerde beesten zwierven verwilderd en los rond. De wereld werd overstroomd door bandieten, de orde verdween, er waren geen mensen meer om de doden te begraven. Zoals u begrijpt, de Apocalyps leek aangebroken.

Agnolo di Tura, een kroniekschrijver uit Siena (Italië) schreef: 'ik heb mijn vijf zonen met mijn eigen handen begraven in één enkel graf; er werden geen klokken geluid, er waren geen tranen, dit is het einde van de wereld.' En er was een monnik, John Clyn genaamd, die in een klein klooster woonde in Ierland. In dit klooster stierven alle monniken aan de builenpest, en Clyn moest de één na de ander begraven. Terwijl hij de afschuwelijke doodstrijd van zijn broeders meemaakte, deed hij op perkament verslag van wat zich daar afspeelde. En toen hij nog alleen over was en aan het einde van zijn kroniek kwam, schreef hij op dat perkament: 'dat de dingen die niet vergeten mogen worden, levend blijven in de herinnering van diegenen die na ons komen' en na die passage liet hij een deel onbeschreven zodat iemand het verslag zou kunnen vervolgen en hij voegde toe: 'met het doel dat dit werk wordt voortgezet, mocht een nazaat van Adam gelukkigerwijs aan de pest ontkomen.' Stelt u zich voor hoeveel hoop er schuilt in het schrijven en lezen, hoop dat de mensheid ondanks alles niet ten onder zal gaan, hoop dat een nazaat van Adam de pest zal overwinnen. Hoop dat er nog een hand komt die jouw getuigenis weer opneemt, de nederige getuigenis van jouw woorden en dat die verder zal schrijven op de plek die jij op het perkament hebt opengelaten.

En natuurlijk stierf ook Clyn door de builenpest, afschuwelijk eenzaam, en wij weten dit want iemand deed verslag van zijn

overlijden in de ruimte die hij openliet; maar het leven ging verder, Adam's nageslacht eindigde hier niet, en dat wij vandaag de dag deze geschiedenis kennen, dat wij weten wat de pest was, is vooral te danken aan het verhaal dat John Clyn ons naliet. En ik blijf mij verwonderen dat wij deze woorden nu kunnen lezen, geschreven aan de rand van de afgrond. Ik verwonder mij dat iemand de moed had ze op te schrijven en dat iemand daarna de moed had om daarmee door te gaan en dat ze bewaard zijn gebleven, dat een grote schare lezers, geleerden en bibliothecarissen over de woorden waken, deze archiveren en ordenen. En dat geldt niet alleen voor de woorden van Clyn, maar voor nog zo veel meer woorden die samen een vlechtwerk van communicatie en emotie vormen, dat wij mensen door de eeuwen heen met schrijven en lezen creëren; het is een opeenstapeling van informatie die van hand tot hand gaat, die maakt dat wij mensen meer over onszelf weten zodat wij sterker worden, vrijer en gelukkiger.

Het gewicht en de waarde van het geschreven woord tegenover het gesproken woord. Weet u, ik geloof dat het merendeel van ons dat zich bezighoudt met schrijven het onder andere doet omdat wij een vreselijke hekel hebben aan praten. Ik stotterde als adolescent en ik werd zo nerveus als ik in het openbaar moest spreken dat ik nooit het woord durfde te nemen, hoewel ik tijdens de laatste jaren van het Franco regime aan de universiteit studeerde en daarom in een studentenmilieu verkeerde met oneindig lange bijeenkomsten. Ik moest natuurlijk wel eens een paar kleine dingen zeggen, maar ik was niet in staat mijn mond open te doen: ik werd rood, ik blokkeerde, mijn knieën beefden en mijn stem stierf weg in gefluister. Totdat ik op 28-jarige leeftijd mijn eerste roman publiceerde, durfde ik

niets publiekelijk te zeggen en de dag van de presentatie deed ik het zo rampzalig slecht dat ik begreep dat er geen andere remedie was dan dit trauma te overwinnen. De twee moeilijkste dingen in mijn hele leven waar ik het meest trots op ben, zijn stoppen met roken en leren spreken in het openbaar. Maar ik zeg daar wel bij dat ik het laatste nog steeds niet graag doe en dat ik voordat ik hier binnenkwam een bètablokker heb genomen. Het blijft ironisch dat terwijl velen van ons last hebben van een verbaal probleem, wij schrijvers nu gedwongen worden communicatief vaardig te zijn en onze boeken ijverig aan te prijzen. Tegenwoordig brengen wij de hele dag pratend door in een publieke ruimte zoals ik dat hier op dit moment doe. Vandaag de dag is het niet voldoende een boek te schrijven, je moet het ook weten te verkopen, media-aandacht creëren, lezingen geven, presentaties, interviews. Nu moet je bijna meer tijd besteden aan de promotie van het werk dan aan het schrijven zelf. Ook al zijn er natuurlijk een aantal boeken waarvoor meer tijd aan het schrijven zal zijn besteed.

Hoeveel is er niet veranderd op de literaire markt sinds ik 34 jaar geleden begon te publiceren. In Spanje was deze ontwikkeling nog heftiger, want net zoals bij alle andere sociale veranderingen, hebben wij in Spanje het traject waar de rest van Europa meer dan een halve eeuw over deed, in dertig jaar afgelegd. Toen ik begon, bestonden de promotiecampagnes niet. Iemand publiceerde zijn werk en wachtte op kritieken. En met een beetje geluk, als het boek beviel, ging dit van mond tot mond. De boeken bleven maanden in de boekwinkels, een paar exemplaren per winkel. De mensen hadden tijd om ze te ontdekken en ze elkaar aan te bevelen. Nu daarentegen, hanteert de boekenindustrie in Spanje, net zoals in de rest van de wes-



terse wereld, zeer agressieve commerciële strategieën, vergelijkbaar met die om bijvoorbeeld cola te verkopen. Zo staan de boekwinkels tegenwoordig vol met stapels boeken die allemaal bestsellers zouden moeten worden. Torens en nog eens torens van boeken met dezelfde titel, er zijn zelfs uitklapbare kastelen van karton, uitgesneden silhouetten van vampiers en alle mogelijke soorten reclamedecors die uiteindelijk zo veel plaats in de winkel innemen dat er eigenlijk geen ruimte meer overblijft voor boeken.

En wat ik nu ga vertellen is echt waar. Er zijn nogal wat boekhandelaren die mij hebben verteld dat het ze niet lukt alle dozen met de nieuwste uitgaven die ze binnen krijgen ook te openen. Soms sturen de boekhandelaren de dozen terug zonder ze te hebben aangeraakt. En het komt ook voor dat boeken bedoeld voor een bescheiden verspreiding —laten we zeggen 3.000 tot 5.000 exemplaren voor de verkoop, wat in de praktijk de gemiddelde oplage is in Spanje— tegenwoordig niet eens meer in de roulatie komen, omdat boekhandelaren, die zo'n gebrek aan ruimte hebben, één exemplaar op de onderste plank wegstoppen waar niemand het kan zien. Na twee maanden sturen ze deze weer terug en de hele uitgave wordt vernietigd en verandert zo binnen amper drie maanden in papierpulp. Dit fenomeen is zo extreem dat het vandaag de dag in Spanje gemakkelijker is om 30.000 exemplaren van een roman te verkopen dan 3.000, want van 30.000 kunnen nu eenmaal stapels worden gemaakt, terwijl het kan gebeuren dat die 3.000 niet uit hun dozen komen. En het ergste is dat het voor literaire boeken noodzakelijk is om deze in kleine oplagen te laten circuleren, juist omdat ze experimenteler zijn, voor een kleiner publiek, gedurfter; of omdat ze van jonge schrijvers zijn, die zowel hun

weg moeten vinden naar de lezers als door het woud van hun eigen woorden. Overigens wordt het werk van deze jongeren vandaag de dag natuurlijk nog steeds gepubliceerd. Ik geloof dat in Spanje alle beginnende schrijvers die iets te zeggen hebben vroeg of laat gepubliceerd zullen worden, ondanks de crisis en het extreem hoge percentage digitale piraterij. Maar tegenwoordig is het zo dat van deze jongeren het eerste boek wordt uitgegeven, dat niet verkoopt omdat het niet wordt gezien —zoals wij eerder hebben besproken— en er wordt zelfs een tweede werk gepubliceerd dat ook niet verkoopt. Daarna vindt de auteur geen uitgever meer voor zijn derde boek. Bij hun derde boek worden deze schrijvers uitgespuugd door de markt, en dat is een tragedie. Om dit gebrek aan ruimte en die onzichtbaarheid in de boekwinkels te compenseren, verheven uitgevers hun publiciteitsinspanningen en zoals eerder gezegd, voelt de auteur zich steeds meer genoodzaakt een rondtrekkende verkoper te worden die op pleinen en markten gaat staan schreeuwen ‘Koop dit goede, prachtige en goedkope boek!’. En het systeem is zo pervers dat jonge schrijvers opgroeien met het dagelijks beeld van schrijvers in de media, op televisie, in kranten en sommigen geloven niet alleen dat dit veel glamour heeft, maar dat dit is waaruit een literaire carrière bestaat; en in plaats van ernaar te streven op een dag het beste boek ooit te schrijven, wat iedere beginnende schrijver bezeten en onverschrokken zou moeten ambiëren, hunkeren velen naar die maatschappelijke positie. Ik heb jonge mensen gezien die te gronde gingen, mensen met talent, omdat ze meer tijd kwijt waren aan het schrijver worden dan aan het schrijven zelf.

Deze omweg, dit uitstapje van mij naar de markt, is bedoeld om te benadrukken wat overduidelijk is, dat de schrijver schrijft in

de maatschappij van nu, in de tijd van nu, onderworpen aan de druk van uitgeverijen, economische en sociale omstandigheden, modeverschijnselen en allerlei angsten. Of misschien is het beter om te zeggen dat, wil je iets kunnen schrijven dat werkelijk van jou is, iets dat voor jou de moeite waard is, je voortdurend strijd moet leveren tegen al deze zaken. De druk is erg hoog, het lawaai uit de omgeving oorverdovend, de werkelijkheid biedt een vertekend beeld. Mijn moeder, in de wonderbaarlijke leeftijd van 92, belt me hogelijk verontrust op en zegt: 'Kind, je bent van de derde naar de zevende plaats gezakt op de bestsellerlijst!' Om je creatieve intimiteit, je vrijheid, te beschermen moet je elke dag heel gedisciplineerd aan hersengymnastiek doen.

Want in feite is schrijven een domein van volledige vrijheid. Althans, dat zou het moeten zijn. Het is niet eenvoudig om die ware vrijheid te veroveren. Integendeel. Een beginnend schrijver vroeg ooit eens raad aan Hemingway over wat hij moest schrijven, en de man antwoordde: *Write the truest thing you know*, schrijf zo waarachtig als je kunt. Het moet me van het hart dat ik Hemingway een erg overschatte schrijver vind, vooral waar het zijn romans betreft, en hij ligt me helemaal niet, maar dit antwoord is een schot in de roos: zo waarachtig als je kunt. En dat wil niet zeggen dat het moet gaan over persoonlijke thema's, over iets dat je hebt meegemaakt. Nee, Hemingway refereert hier aan die diepe waarheid die als vanzelf tevoorschijn komt, zodra je haar niet langer manipuleert met je bewuste wil, je wens om te behagen, je begeerte naar succes, met je hinderlijke en beperkende Ik. Romans zijn als de dromen van de Mensheid, ze geven vorm aan ons collectieve onderbewuste en worden eveneens geboren uit het onderbewuste

van de schrijver, uit dezelfde laag waar dromen uit voortkomen. Zoals ik al eerder heb uitgelegd, kies niet jij het verhaal dat je wilt vertellen maar kiest het verhaal jou, het dringt zich uit zichzelf aan je op. Uit deze wervelwind van voortdurende droombeelden die rondtollen in het binnenste van je hoofd, uit deze opeenstapeling van parallelle verhalen, verschijnt op een dag, onverwacht, dat beeld of dat idee dat jou zo van je stuk brengt, dat je gedwongen wordt om het te vertellen. De lange reis die het schrijven van een fictieroman is, begint altijd met deze twee krachtige ingrediënten: de kleine kiem van een visioen en de noodzaak om haar te delen met de ander. Schrijven mag dan een solitaire bezigheid zijn, de roman is een gezamenlijk kunstwerk.

En de moeilijkheid is dat ‘dit waarachtige’ dat langzaam moet ontluiken in je onderbewuste, dikwijls weerbarstig blijkt. Vaak lukt het je niet om de vrijheid die nodig is om het te laten ontluiken, te bereiken; soms hoor je haar zachte gefluister niet. De weg volgen van je eigen werk, van het ene naar het andere boek gaan, is als luisteren naar flarden van een lied, meegenomen door de wind af en toe lukt het je een melodelijn op te vangen, of zelfs een heel refrein, maar af en toe waait de wind ook een andere kant op en hoor je helemaal niets meer. En dan blokkeer je. Maar één keer in mijn leven raakte ik echt geblokkeerd. Dat gebeurde in 1984; ik was al een jaar bezig met wat mijn vierde roman moest worden, ik had al honderd pagina’s geschreven en plotseling was ik het kwijt. Ik heb het hele manuscript weggegooid op vijf of zes pagina’s na, die later verschenen als kort verhaal onder de titel *La vida fácil* in mijn boek *Amantes y enemigos*. Die roman zal er nooit meer komen. Ik had geen gevoel meer voor de personages, hun wel

en wee liet me koud, ik was het onderwerp beu. Om een roman te kunnen schrijven, om de saaiheid van uren achter elkaar te zitten schrijven, vol te houden, maand in maand uit, jaar in jaar uit, moeten in je hoofd lichtpunten van het verhaal dat je wilt vertellen behouden blijven. Ik bedoel daarmee dat, in de ontwikkeling die je voor je roman in gedachten hebt, een stuk of wat scènes overeind moeten blijven die eilandjes van gloeiende emotie zijn. En de drang om aan te komen bij zo'n scène die je, zonder te weten waarom, in de war brengt en doet huiveren, zorgt ervoor dat je misschien wel maandenlang van opperste en ondragelijke verveling doormaakt achter het toetsenbord van je computer. Daardoor lijkt het landschap dat je ontwaart aan het begin van een fictiewerk op een lang koord van duisternis, waarin af en toe een ruwe, iriserende parel oplicht. En gestaag ga je voort langs de draad van schaduwen, van het ene naar het andere verhaal, als een mot aangetrokken door de glinstering totdat je bij de slotscène aanbeldt, en voor mij is dat de laatste van die oplichtende eilandjes, een schitterende explosie. Het is beslist zo dat elke roman maar weinig parels bevat; met geluk, heel veel geluk, misschien tien. Maar je kunt het zelfs redden met maar vier of vijf, zolang ze voor jou maar voldoende krachtig zijn, zolang ze je bedwelmen, zolang je het gevoel hebt dat ze zo groot zijn dat je ze niet voor jezelf kunt houden. Pas dan zeg je die vermaarde zin: dit moet ik vertellen.

Wat me overkwam toen ik in 1984 blokkeerde was dat de feestverlichting doofde. Wat ik in dat boek vertelde, was voor mij niet langer *the truest thing*. De noodzaak, de siddering en de betovering hielden op te bestaan. Het voelde als een heuse miskraam, zo laat ook, na 5 maanden metaforisch gesproken, en het tastte mijn literaire gezondheid aan. Ik werd bevangen

door De Droogte (La Seca), zoals de Chileen José Donoso het noemde, en bijna vier jaar lang was ik niet meer in staat om te schrijven. Een ellendige hel, want door niet meer te schrijven, raakte ik de verbinding met het leven kwijt. Een gevoel van lusteloosheid maakte zich van me meester, een verwijdering van de werkelijkheid, een grijsheid die alles doofde alsof ik niet in staat was emoties te voelen bij wat ikervaarde als ik dat geestelijk niet kon verwerken met behulp van woorden. Het is best mogelijk dat de grote Pessoa dat bedoelde met zijn beroemde versregels:

*De dichter wendt slechts voor.  
Hij veinst zo door en door  
Dat hij zelfs voorwendt pijn te zijn  
zijn werkelijk gevoelde pijn.  
(vertaling: August Willemsen).*

Misschien is de schrijver wel een enigszins gestoord wezen, en niet in staat om zijn eigen verdriet te voelen als hij niet veinst of er met woorden vorm aan geeft. Met woorden die plek geven, die aanvullen, die troosten, die kalmeren en die je bewust maken dat je leeft. Je schrijft blijkbaar vanuit noodzaak. Je geeft je over aan het schrijven van romans —eigenlijk een absurde en vermoeiende bezigheid— omdat er niks anders opzit dan dat, als je wilt voelen dat je leeft en de werkelijkheid wilt kunnen verdragen.

Ik geloof dat die noodzaak tot schrijven, en de noodzaak tot lezen, die elkaar aanvullen, nog steeds intact zijn in de wereld van vandaag, ook al staan er elke dag tientallen Casandras op die voorspellen dat de roman, de literatuur en het lezen het

zullen afleggen tegen de wereld van het beeld. Onzin, de liefde voor het lezen was altijd al aan een minderheid voorbehouden, en vandaag de dag is deze minderheid wereldwijd groter dan ooit. Welnu, ik geloof wel dat het de moeite loont om je af te vragen op welke manier die noodzaak tot schrijven en lezen zich zal aanpassen aan de nieuwe tijd. Anderzijds vraag ik me af welke plaats de vertelling vandaag de dag inneemt. Natuurlijk heeft de mens er behoefte aan om verhalen te blijven horen; het verhaal maakt een essentieel deel uit van ons bestaan. Ik kom daar straks nog op terug. En soms vraag ik me af of die honger die wij voelen naar min of meer conventionele fictie tegenwoordig niet wordt gestild, in ieder geval deels, door de grote televisieseries. Geweldige series, uiteraard, complexe en subtiele verhalen met krachtig getekende personages. Dan heb ik het over series als *Breaking Bad* en *Mad Men*, waarvan de plot zich bovendien ontwikkelt en evolueert in elk hoofdstuk, in elke aflevering, net zoals in de dikke pillen uit de 19e eeuw die verschenen in afleveringen. Dus als deze grote verhalen en grote personages al bestaan in de vorm van goede televisie welke toekomst heeft het verhaal vandaag de dag dan nog? Maar goed, dat is eigenlijk een retorische vraag want in werkelijkheid geloof ik helemaal niet in een grote om-slag; ik heb het alleen maar over trends, en over co-existentie. De roman bestaat moeiteloos naast series, blogs en de nieuwe uitingsvormen en dat zal zo blijven, daar ben ik van overtuigd. Ik houd nog steeds van romans, ik heb ze nodig, om te lezen en om te schrijven. Het is wel zo dat de vertelling van de 21e eeuw zich duidelijk onderscheidt van die van de 19e eeuw; over het algemeen hebben de huidige romans niet die stevige structuur van de werken uit de 19e eeuw, zij zullen niet zo'n solide wereldbeeld bieden omdat onze perceptie van de wereld

veel gefragmenteerder is, veel ongrijpbaarder, veel onduidelijker. De werkelijkheid van tegenwoordig is als een teer weefsel dat dreigt te verpulveren tussen onze vingers net als de stoffige vleugels van een mot. Ons onderbewuste zit tegenwoordig vol gaten en de romans die daaruit voortkomen reflecteren deze duizelingwekkende sensatie.

De roman schikt zich dus naar de tijd maar de magie van de literatuur blijft levend, meer levend dan ooit. En lezers zowel als schrijvers blijven die lange strengen van woorden vlechten waarover we het al eerder hadden. En weet u wat nog meer? Ik geloof dat alle lezers ter wereld tot hetzelfde ras behoren. Dan heb ik het over de gepassioneerde lezer, die lezen nodig heeft om te leven en ik weet zeker dat deze zaal vol zit met zulke mensen. En wat maakt ons tot een ras? Nou, ik geloof dat wij, alhoewel we misschien veel vrienden hebben, en maatschappelijk succesvol zijn, en grappig en onderhoudend, in werkelijkheid een innerlijk ongemak met ons meeslepen, en slecht kunnen aarden. Wij zijn het soort dat zich altijd maar probeert aan te passen aan ons gezin, aan onze maatschappij, aan onze klasse, aan onze tijd. Een kloof scheidt ons van de wereld en die proberen wij misschien te overbruggen met woorden uit boeken. Welnu, de vraag is waarom sommigen van ons niet genoeg hebben aan lezen maar ook zo nodig moeten schrijven. Ik weet het niet: misschien moeten wij een bredere kloof overbruggen en hebben we een grotere brug nodig. En hier aanbeland vraag ik me weer af: waarom schrijf ik? Elke schrijver stelt zichzelf die vraag. In mijn boek, *La loca de la casa*, heb ik een serieuze poging gedaan om een antwoord te vinden en heb ik een zestal hypothesen opgeschreven die niet tegenstrijdig zijn maar bij elkaar opgeteld kunnen worden. Ik citeer er hier slechts één,



die ik heb ontdekt door mijn voorliefde voor biografieën en dagboeken van schrijvers. Na die jarenlang te hebben gelezen, realiseerde ik mij dat een groot aantal van de romanschrijvers mensen zijn die een min of meer traumatische ervaring van verval hebben meegemaakt, al vóór hun pubertijd, laten we zeggen tussen hun 12e en 14e jaar. Hun kindertijd werd hen op gewelddadige wijze ontnomen. In sommige gevallen is deze ervaring objectief meetbaar en verschijnt aldus in hun biografieën: de dood van de ouders, in het geval van Conrad; het bankroet en de totale ondergang van het gezin, wat Simone de Beauvoir overkwam. In andere gevallen gaat het over innerlijk verval, meer verborgen en subtieler maar daarom niet minder hevig. Misschien dus dat schrijvers ook schrijven tegen die moordende, alles vernietigende tijd, tegen de wonden die het leven onvermijdelijk slaat; misschien schrijven ze wel om het verleden te herstellen en om dat grote gat van hun kinderjaren weer te vullen.

Maar langzamerhand, en via veel omwegen, ben ik aanbeland bij de krater, bij de essentie van deze lezing. Bij het allerbelangrijkste wat ik u wil zeggen. Bij *the truest thing I know*, zoals Hemingway zei. En dat waarachtige is het verdriet.

‘Uit het verdriet om verlies wordt het werk geboren’, zegt de Franse psychiater Philippe Brenot in zijn interessante boek *Le Génie et la Folie* (Genialiteit en gekte). Ja, natuurlijk, de noodzaak om te schrijven is diep en onlosmakelijk verbonden met verdriet. En staat u mij toe om nog een citaat te gebruiken. Ik doe dat vaak, niet om te koop te lopen met kennis, maar met de nederigheid van iemand die een perfecte formulering van een belangrijke gedachte herkent. Bronnen noemen en eer

bewijzen heb ik waarschijnlijk overgehouden aan mijn tijd als journaliste. Maar het andere citaat waar ik op doel, komt van de schilder Georges Braque: 'Kunst is een wonde, omgezet tot schittering', zei hij. Een prachtige zin. Die schittering hebben we allemaal nodig, niet alleen degenen die schrijven, of schilderen of muziek componeren maar ook degenen die boeken lezen, schilderijen bekijken of een concert beluisteren. Wij hebben allemaal behoefte aan schoonheid om het leven draaglijker te maken. Opnieuw heeft Pessoa dat mooi verwoord: 'De literatuur, net zoals alle kunst, is het bewijs dat het leven alleen niet genoeg is'. Het is niet genoeg, nee. Daarom zijn wij hier allemaal naar toe gekomen, om te praten over literatuur en over creëren.

Ik heb al eerder gezegd dat wij mensen de behoefte hebben om verhalen te blijven horen. Het is meer dan dat, veel meer. Om te kunnen leven moeten wij onszelf vertellen, wij zijn een product van onze eigen verbeelding. Eigenlijk is onze herinnering een verzinsel, een verhaal dat wij elke dag weer herschrijven, een verhaal in opbouw, want wat ik mij nu herinner van mijn kindertijd is niet hetzelfde dan wat ik mij twintig jaar geleden herinnerde. Heeft u wel eens herinneringen opgehaald met een broer of zus? Ik wel: en ik kan u verzekeren dat de ouders van mijn broer in niets lijken op die van mij, evenmin als het huis waarin wij toch allebei opgroeiden. Het zijn twee totaal verschillende verhalen omdat wij ze allebei op een andere manier hebben gereconstrueerd, al naar gelang onze eigen behoeften. En, als onze herinnering een verzinsel is, is onze identiteit, die immers is gebaseerd op herinnering, dus ook fictie. En zonder die verbeelding die ons verleden aanvult en reconstrueert en

die ons chaotische bestaan een schijn van zin toekent, zou het leven gekmakend en ondraaglijk zijn, louter kabaal en woede.

In juli 2011, publiceerde de Wereld Gezondheid Organisatie(WGO) een onderzoek over depressie, uitgevoerd in samenwerking met twintig internationale centra. Het onderzoek werd verricht onder 89.037 burgers uit achttien landen. Het is een heel interessant stuk waarin allerlei factoren worden vergeleken: inkomen, cultuur, geslacht, leeftijd. Maar wat me interesseert, en de reden waarom ik het aanhaal is, dat ze hebben ontdekt dat in twaalf van de landen, afgezonderd of gescheiden zijn een groter risico inhoudt voor diepe depressies, terwijl weduwnaar of weduwe zijn bijna overal minder van invloed is. Ik vond dat een ongelooflijk en onthutsend gegeven, dat strijdig lijkt met wat je om je heen ziet, dat indruist tegen de rede zelf. Maar als dit geen vergissing is en dus echt waar: wat betekent dat dan? Dat mensen die afgezonderd of gescheiden zijn, zich mislukt voelen? En dat, als je partner sterft maar hij of zij dus nog steeds je partner is, je hem of haar in gedachten kunt mythologiseren, kunt vereeuwigen, tot een succes kunt maken? Wat ontberen mensen die gescheiden zijn, dat ze depressiever kunnen zijn dan mensen die hun partner hebben verloren? Natuurlijk niet de geliefde persoon, maar een overtuigend en afgerond verhaal. Een verhaal dat troost biedt en zin geeft. Zoals Epictetus zei: ‘Wij worden niet in verwarring gebracht door gebeurtenissen, maar door wat verteld wordt over gebeurtenissen.’ Ja, uiteindelijk is het een kwestie van vertellen. Over hoe wij het onszelf vertellen. Leren leven gebeurt door middel van het woord. Wij zijn allemaal romanschrijvers en, bij gevolg, ben ik overtalig want ook ik wijd me aan het schrijven.

Waar zouden we zijn zonder vertellingen? Zonder die woordenstreng die ons redt als de Apocalyps nabij is? Fictie zal altijd geschreven worden, zal blijven bestaan, op welke manier dan ook. Zolang er verdriet is, zullen er schrijvers en lezers zijn, ondanks het lawaai van de markt, crises of piraterij. Wat zouden we doen met ons verdriet en onze angsten als we niet langer meer beschikken over boeken en verhalen? Want dat is precies wat creativiteit is: een alchemistische poging om lijden te transformeren tot schoonheid. Kunst in het algemeen, en literatuur in het bijzonder, zijn krachtige wapens tegen het Kwaad en het Verdriet. Beiden worden niet overwonnen door romans, want ze zijn onoverwinnelijk, maar de roman geeft ons troost in onze verschrikking. In de eerste plaats omdat ze ons verenigen met de rest van de mensheid: de literatuur zorgt ervoor dat we deel worden van het geheel, en in dat geheel, lijkt de individuele pijn wat minder pijn te doen. Maar ook de betovering werkt, want als wij er aan onderdoor gaan, is kunst in staat om die monsterlijke lelijkheid om te zetten in iets moois. Daarom schreef Conrad Hart der duisternis: om zijn angstige ervaringen in de Kongo, die hem bijna krankzinnig maakte, uit te bannen en te neutraliseren. Daarom schreef Dickens Oliver Twist en David Copperfield: om de verwoesting van zijn eigen jeugd te kunnen verdragen. Met dit alles moeten wij iets doen opdat het ons niet vernietigt, met die ziende wanhoop, met die eeuwige verspilling, met die razende pijn als het leven wreed is. Wij mensen verdedigen ons tegen het zinloze lijden door haar te tooien met het vernuft van de schoonheid. We bewerken steenkool met onze blote handen en slagen er soms in het op diamanten te laten lijken.



**2015**

# TAAL EN LITERATUUR VAN DE TROPEN: VAN IMPERIAAL NAAR INTERNATIONAAL SPAANS

*Héctor Abad Faciolince*



Allereerst wil ik kort iets zeggen over Spinoza, de goedertieren filosoof met Iberische wortels aan wie deze leerstoel (een gelukkige greep van Fernando Savater en Isabel Lorda Vidal) zijn naam ontleent. Twee Nederlandse filosofen, Erasmus en Spinoza, hebben het westerse denken de weg gewezen naar sereniteit, geweldloosheid, evenwichtigheid en religieuze tolerantie. Dat geldt vooral voor Spinoza, die door Bertrand Russell treffend werd omschreven als *'the noblest and most lovable of the great philosophers. Intellectually, some others have surpassed him, but ethically he is supreme.'* Jorge Luis Borges heeft een mooi portret van hem geschilderd in de terzetten van een sonnet gewijd aan deze heterodoxe jood, die zich bezighield met lenzen slijpen en filosoferen over een god die samenviel met de hele natuur. Deze 'God van Spinoza', misschien wel de

enig denkbare god, is ook de god in wie Einstein geloofde en misschien Borges zelf ook:

*Zijn roem, die spiegeling is van spiegelddroom,  
noch de schone maagden vol van liefdesschroom  
vermogen hem te storen. Zijn gesteltenis  
is vrij van mythe en metafoor, bedaard,  
slijpt hij aan 't stroeve glas: de oneindige kaart  
van Hem die al Zijn talloze sterren is.*

En dan laat ik nu de oneindige kaart van Spinoza, die samenvalt met het heelal, voor wat hij is en richt me op een wat bescheidener deel van de wereld, op Latijns-Amerika, en onze conflictueuze haat-liefdeverhouding met Europa, met een taal en een literatuur die van oorsprong Europees zijn.

## 1

Wij (en met 'wij' bedoel ik de meerderheid van de Spaans-Amerikanen) vormen een Europees gewas dat is overgeplant naar de tropen en waarop vervolgens varianten van dezelfde soort zijn geënt. Van dezelfde soort, maar van andere stammen en andere kleuren, zoals ze hier in de glastuinbouw met tulpen plegen te doen. Aan de Spaanse stam groeien inheemse vruchten, joodse bladeren, Afrikaanse bloemen en Arabische en Aziatische scheuten. Geen enkel ras is zuiver (het concept 'ras' heeft sowieso biologisch weinig betekenis), maar het Latijns-Amerikaanse – als het al bestaat – is wel het meest onzuivere, het meest gemengde, het meest hybride, het meest multiculturele, en in dat opzicht misschien wel het meest futuristische – een aankondiging van de wereld van morgen.



De Mexicaanse geleerde Jaime Labastida heeft gezegd dat in Amerika het Castiliaanse dialect zich heeft ontwikkeld tot de Spaanse taal, omdat de taal van Castilië op ons continent de lingua franca werd die Basken, Catalanen, Galiciërs, Portugezen, Afrikaanse slaven van honderden verschillende volkeren en talen samenbond, alsmede de oorspronkelijke bewoners van Amerika, die eveneens uiteenlopende stammen, talen, beschavingen en culturen kenden. Eigenlijk was dat proces al begonnen in de tijd dat Alfons de Wijze op de Vertaalschool van Toledo christenen, joden en moslims verenigde voor de samenstelling van wetenschappelijke werken (over mineralen, spelen, geschiedenis, recht, astronomie) en daarvoor het middeleeuws Castiliaans (ook wel *Alfonsino* genoemd) gebruikte om West-Goten, Moren en Joden te verenigen. Hoewel hij zelf gedichten schreef in het Galicisch-Portugees, koos hij de taal van het hof in Toledo om een linguïstische eenheid in zijn koninkrijk te smeden.

Twee eeuwen later, in 1492, publiceerde Antonio de Nebrija de eerste grammatica van een moderne taal, het Castiliaans. En in datzelfde jaar stak deze oude, mooie taal die nu de onze is de Atlantische Oceaan over. Het is een van de meest opmerkelijke culturele veroveringen van Spanje dat ze erin is geslaagd een begripsmatige eenheid te bewaren in onze taal, die niet alleen aan beide zijden van de Atlantische Oceaan wordt gesproken, maar ook nog langs het grootste deel van de Amerikaanse Pacifische kust, van Californië tot Patagonië. Het vergt een enorme cohesie, een immense overredingskracht (en niet te vergeten een despotische militaire macht tezamen met een centralistische kerk) om de middelpuntvliedende krachten tegen te gaan die de taal in Amerika zouden hebben doen uit-

eenvallen in verschillende dialecten, die zeker ieder voor zich heel mooi zouden zijn geweest, maar geen dienst konden doen als communicatiemiddel tussen al die verschillende landen en volkeren.

Begin negentiende eeuw, toen de Amerikaanse staten in meerderheid onafhankelijk waren geworden (toen andere legers en andere ideologieën binnen kwamen gestormd), liep onze taal het grootste gevaar in haar opmerkelijke geschiedenis: verlies van eenheid, verlies van het vermogen om als begripsvehikel te fungeren tussen uiteenlopende landen. Er bestonden separatisten, niet alleen politieke maar ook linguïstische, in de Spaans-Amerikaanse landen, en als die erin waren geslaagd hun rancuneuze, haatdragende aversie tegen de zogenaamde ‘taal der onderdrukkers’ de overhand te laten krijgen, als elk land zijn eigen spelling had ingevoerd, een ‘nationale taal’, zoals het in Argentinië wel werd genoemd, dan zouden er nu in Latijns-Amerika waarschijnlijk meer dan twintig verwante maar verschillende talen worden gesproken.

Gelukkig slaagden de separatisten er niet in hun idee door te drukken dat elke natie zijn eigen taal moest krijgen, zodat we nu nog steeds een taal spreken die erg veel lijkt op die welke haar waardigheid wist te ontlenen aan schrijvers als Garcilaso de la Vega, Jorge Manrique, Lope de Vega, Cervantes en Quevedo. We zijn aan het culturele drama en de stupiditeit van het nationalisme ontsnapt die bijvoorbeeld zouden maken dat het Spaanse woord voor ‘ster’ in Spanje als *estrella* werd geschreven en in Argentinië als *estrella*, het woord voor ‘been’ in Spanje als *pierna* en in Venezuela als *pienna*. Deze oude taal heeft in de loop der eeuwen een oneindig scala aan uitdrukkingsmiddelen

vergaard die honderden miljoenen mensen in de gelegenheid stellen om de meest uiteenlopende gedachten en gevoelens, de meest diverse emotionele, geografische, klimatologische, politieke en persoonlijke ervaringen te uiten.

Ernesto Sábato placht markante uitspraken te doen die op het eerste gezicht hout sneden, maar die uiteindelijk, als je er goed over nadacht, losse flodders bleken te zijn. Hij zei ooit dat het Spaans van Spanje en het Spaans van Amerika wel twee verschillende talen moesten zijn omdat wij, als we ‘berg’ zeggen, denken aan de reusachtige besneeuwde pieken van de Andes en de Spanjaarden aan de Sierra de Guadarrama, en dat, als wij ‘rivier’ zeggen, we de Amazone of de Río de la Plata bedoelen en de Spanjaarden de Manzanares of de Guadalquivir of iets dergelijks. En ook dat het woord ‘heimwee’ iets anders betekent voor mensen die terugverlangen naar de Middellandse Zee dan voor mensen die terugverlangen naar de Caribische Zee. Dat klinkt aardig, maar het klopt niet. Of het klopt alleen in abstracte en absolute zin, en dan geldt het voor willekeurig twee personen. We hebben allemaal een boom en een huis die ónze boom en óns huis zijn, maar dat verhindert niet dat we de boom en het huis en de heimwee van een ander begrijpen. Alberto Caeiro, voor mij de meester onder de heteroniemen van Pessoa, schreef ooit de volgende simpele versregels:

*De Taag is mooier dan de rivier die door mijn dorp  
stroomt,  
maar de Taag is niet mooier dan de rivier die door mijn  
dorp stroomt,  
omdat de Taag niet de rivier is die door mijn dorp stroomt.*

Als ik het mooie woord *hija* (dochter) in de mond neem – dat in de tijd van Alfons de Wijze werd uitgesproken als *fija* – dan, misschien omdat het een van die dingen is die zich voorgoed in je hart verankeren, dan hoort dat mooie woord *hija* bij een gezicht en een naam: Daniela. Voor u zal het bij heel andere gezichten en namen horen. En u zult me wel niet kwalijk nemen als ik zeg dat uw Nederlandse dochters vast veel mooier en vooral veel langer zijn dan mijn dochter, net zoals de Donau mooier is dan de Cartama, de rivier die door mijn dorp stroomt, maar dat het woord *hija* voor mij toch altijd Daniela zal blijven en voor u misschien Liesbet of Froukje of Marieke. Zo zijn we en zo begrijpen we elkaar. Het is een onvervalste paradox: we zijn gelijk, of tenminste we lijken op elkaar, juist omdat we verschillend zijn. Zo zijn ook onze varianten van het Spaans, onze typerende eigenaardigheden, waardig en mooi, omdat ze echt van ons zijn. En in het authentieke en het echte zullen we elkaar altijd verstaan.

De huidige schoonheid van het Spaans is gelegen in zijn verschillen en verscheidenheid, in de rijkdom aan planten - en dierennamen, eigenschappen van de tropen of de gematigde zones, die de stroom van de taal op zijn weg heeft meegevoerd. Wij in de tropen kennen geen herfst en ook niet echt een winter, maar we begrijpen heel goed de metaforische waarde van het woord herfst en daarom draagt een van de grootste Colombiaanse romans de titel *De herfst van de patriarch*. Uit Amerika komen zulke eenvoudige en welluidende namen als *canoa*, *huracán*, *cacao*, *tomate*, *ron*, *guanábana* ('kano, orkaan, cacao, tomaat, rum, guanábana') en naar Amerika werden zulke exacte en vreemde woorden geëxporteerd als *carabela*, *cruz*, *olivo*, *aceite*, *vino*, *almendra*,

*almohada* ('karveel, kruis, olijf, olie, wijn, amandel, kussen'). De inspanning om de eenheid en de onderlinge verstaanbaarheid in Spaans-Amerika te handhaven werd geleverd door een aantal opmerkelijke grammatici en lexicografen (ik denk vooral aan Rufino José Cuervo en Andrés Bello) en vele dichters, schrijvers, academici en journalisten. De Bogotaan Cuervo was heel pessimistisch, hij dacht dat het Castiliaans in Amerika uiteen zou vallen in tientallen dialecten. Dat is niet gebeurd en zijn voorspelling is niet uitgekomen. Zijn eigen analyse van de verschillende variëteiten Spaans in Colombia, zijn commentaren, correcties en verduidelijkingen hebben ertoe bijgedragen dat zijn vrees niet bewaarheid werd. Vóór de komst van e-mail was het de naartige correspondentie tussen geleerden in Spanje en Amerika, de uitwisseling van tijdschriften, boeken en kranten, het warme contact tussen lezers en correspondenten, dat ervoor zorgde dat onze manier van spreken en schrijven heel erg op elkaar zijn blijven lijken en dat we elkaar, met een minimum aan generositeit en inspanning, vrijwel volledig kunnen verstaan. Die eenheid werd verkregen dankzij de Republiek der Letteren.

Ik ken geen Arabisch, maar ik weet dat dit niet het geval is in de Arabische wereld en dat een Marokkaan, een Egyptenaar en een Saudi-Arabiër elkaar niet verstaan wanneer ze hun moedertaal spreken. Hetzelfde geldt voor de Italiaanse dialecten: een Sardiniër, een Napolitaan en een Piëmontees verstaan elkaar nauwelijks als ze de taal spreken die ze van thuis hebben meegekregen. Een Castiliaan, een Galiciër, een Argentijn van de pampa's of een Porto Ricaan daarentegen zouden een boer uit het Colombiaanse departement Antioquia heel goed kunnen volgen en van zijn spraak kunnen genieten, net zoals ik

geniet wanneer ik een Spaanse geitenhoeder uit Palencia hoor praten, of een Cubaanse visser of een Andalusische druivenplukker.

## 2

U moet me maar corrigeren als ik het mis heb, maar ik neem aan dat het verschil maakt of je een nationale taal spreekt en schrijft of de taal van een imperium. Als u Nederlands schrijft weet u dat het voor één land is, of hoogstens anderhalf land, en voor een paar miljoen mensen. Als u (potentieel) meer lezers wilt bereiken, moet u wachten op de twijfelachtige eer van een vertaling in het Engels, Spaans of Chinees. Het Engels en het Spaans (en in mindere mate het Frans, het Arabisch en het Portugees) zijn wellicht de meest internationale talen. Maar het verschil in houding van waaruit deze twee talen gesproken en geschreven worden is erg groot. Degenen die zich bedienen van de imperiale taal die het wijdst verbreid is, het Engels, doen dat, denk ik, zonder enige besef van schuld of ambiguïteit. De elites die de onafhankelijke staten Canada, Verenigde Staten, Australië en Zuid-Afrika stichtten bestonden uit individuen die zich, terecht of onterecht, Europeaan in den vreemde voelden. Ze spraken en schreven een taal van kolonisten die grotendeels de willekeur en de slachtpartijen of de genocide waren vergeten, of wilden vergeten, die gepaard gingen met de verovering of het avontuur van de kolonisatie. De inheemse bevolking – althans in Noord-Amerika en Oceanië – was volledig verdreven of uitgeroeid en de nieuwe grondbezitters voelden zich de rechtmatige heren en meesters. Hun taal, met geringe autochtone invloeden, was hetzelfde Engels als dat van de metropool. Het probleem van de slavernij en de integratie

van de voormalige zwarte slaven konden ze nog jaren, eeuwen zelfs, voor zich uit schuiven. Het wettelijk verbod op huwelijken tussen zwarten en blanken werd in de Verenigde Staten pas in het midden van de vorige eeuw volledig opgeheven.

Wat ik wil benadrukken, met betrekking tot de literaire taal, is dat Kipling in India en Mark Twain in Mississippi, Yeats in Dublin en Poe in Baltimore, Joyce in Triëst en Coetzee in Kaapstad, Scott Fitzgerald in Parijs en Tolkien in Zuid-Afrika, allemaal zonder enige twijfel of gewetensbezwaren in het Engels schreven. Misschien dat enkelen van hen thuis een in de zeventiende eeuw van het Nederlands afgeleide taal spraken, het Afrikaans, maar bijna altijd gaven ze de voorkeur aan de imperiale taal, het Engels, om hun stem verder te doen reiken.

De Spaanse verovering en kolonisatie van Amerika verliep in veel opzichten heel anders dan die van de Engelsen. Ik wil het hier niet hebben over religie of economie, maar over de taal en de relatie tot de oorspronkelijke bevolking. Ongetwijfeld ging de Spaanse verovering gepaard met uitroeiing van de inheemse bevolking, maar die was niet totaal en in groten dele meer het gevolg van ziekten dan van gewelddadige onderwerping. En er gebeurde iets wat de Engelstalige kolonisten over het algemeen nalieten: raciale vermenging, mestisering. Of het nu was door middel van verleiding of verkrachting, door huwelijk of concubinaat, maar feit is dat de Spaanse veroveraars en kolonisten zich vermengden met de indianen en kinderen bij hen verwekten.

Bij een confrontatie tussen twee ontwikkelde beschavingen – zoals het geval was in Mexico en Peru en gedeeltelijk ook in

Colombia – is het beter om, in plaats van de ander uit te roeien, te trachten de onderlinge uitwisseling en dienstbaarheid door middel van overeenkomsten te regelen (waarbij ook soms gelegenheidshuwelijken werden gesloten). Hoe ontwikkelder de beschaving van een veroverd land (en het lijdt geen twijfel dat de Azteken, de Inca's en de Chibcha's in termen van techniek, religie, wetenschap, landbouw en kookkunst tamelijk ver ontwikkeld waren) en hoe minder racistisch de veroveraars of de kolonisten, hoe waarschijnlijker het ontstaan van een mengcultuur wordt, en dat was wat er bij ons gebeurde. De Spanjaarden hadden nog tot voor kort nauw samengeleefd met Arabieren en Joden, en misschien kwam het door dat innige contact van verschillende culturen en etnische groeperingen dat ze mentaal openstonden voor een huwelijk of minstens geslachtelijk verkeer met een inheemse vrouw. Zelfs Europese mannen die met een Europese vrouw waren getrouwd hadden gewoonlijk nog Indiaanse of Afrikaanse bijzitten. In de woorden van Lope de Vega:

*Mannen in Indië getrouwd  
Met een roomblanke vrouw  
Met een al even blank hartje  
Smachten niettemin naar hun zwartje.*

Maar wij zijn allermint Europeanen, hoezeer we ook van Europese stam zijn. Wel spreken we een Europese taal, dat lijdt geen twijfel. Maar we zijn geen Europeanen, we zijn iets anders. Een lingua franca kan zowel een gekoesterde taal zijn (een kosmopolitische ruimte waarbinnen verschillende nationaliteiten zich met wederzijds respect verstaan) als een gehate taal (een ruimte van onvermijdelijke onderdrukking en



overheersing). We hebben daar een mooi voorbeeld van uit de vorige eeuw: het concentratiekamp, waar Joden van zeer uiteenlopende nationaliteiten (Turken, Grieken, Polen, Russen, Italianen, Duitsers, Hongaren, Nederlanders, Roemenen, enz.) elkaar niet konden verstaan en gedwongen waren de meest gehate taal, het Duits, als lingua franca te gebruiken om elkaar te kunnen helpen.

Maar het Spaans was voor ons niet de taal van het concentratiekamp, we moeten ook niet overdrijven. De verovering van Amerika verliep bloedig en het verzet van sommige inheemse groepen was barbaars, maar het was geen concentratiekamp. Moorden en oorlog voeren was in die tijd een even natuurlijke sport als eten, drinken en paren. Beter is het te zeggen dat het de taal was die onze voorvaders opdrongen aan onze voormoeders. De Catalaan Joan Margarit, tweetalig en een groot dichter, die recenter met deze linguïstische overheersing te maken heeft gehad, zei het volgende: ‘Het was een rotstreek dat Franco me verplichtte onderwijs te volgen in het Castiliaans, maar daarom zal ik die taal nog niet afzweren.’ En hij zei iets heel moois in een gedicht, iets wat een willekeurige inheemse voormoeder van ons had kunnen zeggen:

*Het Castiliaans verstikt me, ofschoon ik het nooit heb gehaat.*

*Het heeft geen schuld aan zijn kracht  
en nog minder aan mijn zwakte.*

Jawel, het Castiliaans werd ons opgedrongen, maar een taal zelf heeft nooit schuld. Misschien moeten we wel zeggen dat alle talen zijn opgedrongen door machthebbers (het Latijn

door de Romeinen, het Arabisch door de Arabieren, het Engels door de Britten), en hoe machtiger ze waren, hoe groter hun imperium, hoe verder hun invloed reikte. 'A language is a dialect with an army and a navy,' zei Max Weinreich, en vaak ook met een clerus, een bureaucratie en een koopmansklasse. Zo is het gegaan, en in weerwil van die oorsprong vind ik dat wij Latijns-Amerikanen het grote voordeel van die erfenis, nagelaten door een machtige en arrogante voorvader, niet moeten verwerpen: de taal van de overheersing schenkt ons nu het vermogen om met meer weerklank te kunnen spreken over vrijheid, ze biedt ons de middelen om in een wijd verbreide, gezaghebbende taal onze fascinerende Amerikaanse ervaring tot uitdrukking te brengen. Maar juist dit alles wat ik tot nu toe heb betoogd maakt onze relatie met Europa tegelijk be-minnelijk en antagonistisch.

Europa is een vreemde regio in de wereld. Het is niet eens een continent, het is maar een klein schiereiland van Azië, ingeklemd tussen de Middellandse Zee en de Atlantische Oceaan. Op de kaarten van de Europese geografen lijkt het heel groot, maar gezien vanuit de ruimte of op een meer realistische schaal is Europa veel kleiner dan de traditionele kaarten suggereren. Het Europees grondgebied, inclusief het westelijk deel van Rusland, het zogenaamde Europese Rusland, beslaat maar 6,8% van de totale landmassa op aarde (Amerika bijna 30%). Dat doet niets af aan de verdienste van Europa – integendeel, die wordt er alleen maar des te groter door.

Het is een aller eigenaardigste streek op aarde, heel klein, waar alle pesten en plagen hebben gewoed (hetgeen ervoor zorgde dat de bevolking weerstand opbouwde tegen een groot aantal

ziektes), dat invasies vanuit het zuiden en het noorden heeft verduurd, waar dankzij de handel de Egyptische, Arabische, Indiase, Chinese en Joodse kennis werd verbreid en waar eeuwenlang duizenden oorlogen werden uitgevochten. Een landstreek die bovendien wonderschoon is, erg vruchtbaar, met een betrekkelijk zacht klimaat, ondanks de noordelijke ligging, gezegend door de Warme Golfstroom die wij met veel genoegen vanuit onze tropische breedten zenden opdat u het niet besterft van de kou.

Waar het om gaat is dat we, als we de wereldkaart bekijken, grote gebieden zien waar Europese talen worden gesproken, vaak als moedertaal en minstens als lingua franca. Dat is zonder meer het gevolg van de gewelddadige Europese kolonisatie van Amerika, Afrika, Oceanië en sommige delen van Azië.

De officiële houding van de Latijns-Amerikaanse landen tegenover dit Spaanse verleden heeft altijd geoscilleerd tussen twee uitersten: tot voor enkele decennia overheerste het falangistisch hispanisme van de oude creoolse elites, die over het algemeen minder huidpigment hebben dan de rest van de bevolking: de Spanjaarden hebben ons door middel van de verheven Spaanse taal, de rijkste en mooiste ter wereld (geen waardevrije uitspraak: ik denk niet dat de ene taal superieur is aan de andere, hoewel een lange literaire traditie en een grote geografische verspreiding bepaalde lexicale en idiomatische voordelen kan opleveren), hun cultuur en literatuur geschonken en ons gered van heidendom, kannibalisme, mensenoffers en meergodenverering door middel van het enige ware geloof, het katholicisme, dat niet alle goden aanbidt, maar slechts één (of naar het schijnt toch drie: de Vader, de Zoon en de Heilige

Geest). Waarna de slinger weer naar de andere kant doorsloeg en de Europeanen werden beschouwd als laaghartige volkenmoordenaars, de grootste plundersaars ter wereld, handelaren in zwarte slaven die de indianen uitroelden en met haat en het zwaard de liefde predikten en daarbij de goden en afgoden van de inheemse bevolking uitroelden, hun prinsessen verkrachten en de koningen van Mexico en Peru vierendeelden.

In beide uitersten zit meer leugen dan waarheid: het zijn simplificaties van iets wat complex en rijk geschakeerd is. De geschiedschrijving en de sociologie zijn geen exacte wetenschappen. We oordelen met de moraal van heden over oorlogen van vijf eeuwen geleden, en altijd stellen we ons daarbij voor dat de overwonnenen, alleen maar omdat ze overwonnen en overheerst werden, geweldloos waren, vreedzame en passieve slachtoffers. En het belangrijkste is dat het Europese deel van ons zich niet meer in Europa bevindt, maar in onszelf zit. Het zijn niet de voorzaten van de Spanjaarden die barbaarsheden begingen in Amerika, maar onze voorzaten. Wij zijn de nazaten van de slachtoffers én de beulen. Wij zijn, zoals Baudelaire zo mooi zei, ‘de wond en de dolk, de oorvijg en het oor’. (*Je suis la plaie et le couteau! / Je suis le soufflet et la joue!*). Een eigenaardige kruising tussen Hernán Cortés en Malinche, de indiaanse vrouw die door de conquistadores werd verleid of verkracht. Zoals Octavio Paz zei: *somos los hijos-de-la-chingada* (‘wij zijn de kinderen van de verneukerij’). Maar als historische misdaden ooit verjaren – en ik zou zeggen dat 400 of 500 jaar wel lang genoeg is om vrij te zijn van verdiensten of misdaden uit het verleden – dan hoeven we ons vandaag de dag niet meer te schamen voor of trots te zijn op onze afkomst, dan moeten we trots noch schaamte voelen voor de verkrachter of

zijn slachtoffer, voor de verrader of het slachtoffer van verraad. Latijns-Amerika, is het waanzin, is het pech, is het wanhoop, is het onrecht? *Es ist was es ist*, zou Erich Fried zeggen.

Er is veel gesproken en geschreven over de verschillen tussen de Engelse kolonisatie van Noord-Amerika of Australië en de Spaanse en Portugese verovering van andere delen van Amerika. Sommigen verklaren de verschillen uit religieuze factoren (katholiek versus protestants), anderen wijzen op culturele factoren (de Engelsen legden zich meer toe op technologie en exacte wetenschap dan de Spanjaarden).

Die aspecten (technologie en religie) zijn ongetwijfeld van groot belang, maar hier wil ik me voornamelijk bezighouden met literatuur, en de literatuur kent volgens mij, al vanaf de dagen van Homerus, twee fundamentele thema's: seks en geweld. Seks heeft natuurlijk zijn galante, nette, gereguleerde kant, de liefde, en daaruit voortvloeiend het huwelijk, het gezin en het overspel. Maar ook geweld heeft naast brute kracht een zachtere variant: de sociale en politieke conflicten, de beroemde 'voortzetting van de oorlog met andere middelen'. En het is in die aspecten, seks en liefde, geweld en politiek, dat de noordelijke koloniën verschillen van de mediterrane of Zuid-Atlantische koloniën.

De Spanjaarden in Amerika – vooral die uit de eerste eeuw van de bezetting – waren veroveraars, avonturiers, alleenstaande mannen. Verovering is net als oorlog een zaak van mannen en niet van vrouwen en kinderen. Oorlog voeren is geen zaak voor het hele gezin. Merk op dat de woorden 'veroveraar' en 'avonturier' beide zowel een gewelddadige als een seksuele connotatie

hebben. De veroveraar is tevens een verleider en de avonturier is een onverantwoordelijke, promiscue losbol. De Engelsen en de Hollanders (en later de Zweden, de Ieren of de Italianen die honger leden, echt honger) waren geen veroveraars, maar kolonisten, in het algemeen waren het geen alleenstaanden mannen die op avontuur gingen, maar complete gezinnen die honger en ellende of godsdienstvervolging ontvluchtten. Beide soorten kolonisatie zorgden voor uitroeiing van de inheemse bevolking in Amerika en Australië, een dubbele genocide, deels door geweld, maar voor een groter deel door ziektes waartegen de indianen en de Aboriginals geen afweer hadden. Aangezien de Afrikanen een even ver ontwikkeld afweersysteem hadden als de Europeanen, ontstond in dat werelddeel een politiek van Apartheid, van fysieke en sociale segregatie.

Maar het grote verschil ligt op het seksuele en amoureuze vlak. De noorderlingen – althans de eerste eeuwen van de kolonisatie – vermengden zich in Noord-Amerika, Zuid-Afrika en Australië nauwelijks met de inheemse bevolking, terwijl de Spanjaarden een heel andere instelling hadden: geen lijfelijke minachting of raciale segregatie, maar lichamelijke gemeenschap. Er bestaan officiële documenten waarin dit wordt aangemoedigd. Al in 1503 doet een gouverneur van Hispaniola, een zekere Ovando, de aanbeveling om ‘een aantal christenen te laten huwen met indiaanse vrouwen opdat zij zich met elkander verstaan en van elkander leren’. Hij geeft de koning de volgende raad: ‘Het ware gepast indien Uwe Koninklijke Hoogheid enige landarbeiders zoude sturen, kleine, eenvoudige luiden, zoals die uit Sayago en aanverwante streken, die niet versmaden met hen te verblijven en onder één dak te wonen en met hen te spreken en hun dochters te huwen, en tevens enke-

le jonge vrouwen te sturen van hetzelfde slag, teneinde vooral te huwen met de stamhoofden en andere hooggeplaatsten onder hen, opdat zij, onder elkander, meer zullen spreken van de werken en praktijken van ons Spanje en tevens van nut zouden zijn voor het smeden van vriendschap en naastenliefde, die tussen ons en hen zo nodig zijn.’

Het percentage oorspronkelijke bewoners dat door geweld of besmettelijke ziekten omkwam was gelijk in beide typen koloniën, de Engelse en de Spaanse (geschat wordt dat in het Hispaniola van Ovando de indiaanse bevolking terugliep van 400 duizend naar 70 duizend zielen), maar terwijl er in Canada of Australië geen sprake was – en is – van een uitgebreide mestisering met de autochtone bevolking, maar slechts van een monddode onzichtbaarheid en een schuldbewust stilzwijgen, was en is de situatie in Latijns-Amerika heel anders. Wij hebben het voorschrift van het *Libro del Buen Amor* (‘Boek van de Goede Liefde’) opgevolgd: *aver juntamiento con fembra plasentera* (‘gemeenschap hebben met een bevallige vrouw’). Naar Amerika kwamen veel Europese mannen (Colombo of Columbus uit Genua, Nikolaus Federman uit Ulm, Pizarro en Cortés uit Spanje), veel conquistadores en kolonisten, maar slechts weinig vrouwen. Degenen die kwamen, op zoek naar El Dorado, vermengden zich met indiaanse vrouwen of met hun dochters, die mestiezen waren, zodat de vrouwelijke inheemse afstammingslijn (het mitochondriaal DNA) eeuwenlang in stand bleef. *National Geographic* heeft een project waarbij ze je genoom sequenceren en je afkomst bepalen. Ik heb eraan meegedaan en ziehier de uitslag: 15% van mijn bloed is van een inheemse Amerikaan, of liever gezegd Amerikaanse: ik ben

kind van Malinche, kind van de verneukerij, zoals de meeste Latijns-Amerikanen.

De Spaans-Amerikaanse mestiezen werden in het begin *ladinos* genoemd, of *lenguaraces* ('brutaaltjes') omdat ze al Spaans spraken, en vervolgens kreeg het woord *ladino* de betekenis van 'slim', 'geslepen', 'uitgekookt'. In sommige streken van Midden-Amerika worden mestiezen nog steeds *ladino's* genoemd – onze taal is een mooie taal, omdat ze de herinnering bewaart aan wat we ten diepste zijn.

'Ladino' heette ook het Joods-Spaans dat hoogstwaarschijnlijk gesproken werd ten huize van Baruch de Spinoza, afstamming van uit Spanje en Portugal verdreven joden. Wij die deze *ladino*-taal spreken, deze oude, wijze taal, wij die zulke geslepen en blijmoedige *ladino's* zijn, wij hebben de laatste eeuw iets tot stand gebracht wat in literair opzicht buitengewoon is: wij hebben aan Spanje, aan heel Europa, met vette rente de linguïstische en literaire lening terugbetaald die ze ons hebben gegeven. Natuurlijk was dat al veel eerder begonnen, met de Inca Garcilaso de la Vega (zoon van een Inca-prinses en een conquistador) en de *ladina* Sor Juana Inés de la Cruz en met dichters uit de koloniale tijd die mestiezen waren. Maar de grote klap kwam pas in de vorige eeuw, eerst met de modernistische dichters, die in de literatuur altijd de eerste zwaluwen zijn die de zomer aankondigen, en vooral met de indiaan Rubén Darío, met de *ladino* José Asunción Silva, met de creool Leopoldo Lugones of de mesties Ramón López Velarde. Zij waren het die mede de taal en onze manier van uitdrukken en waarne- men vernieuwden, zowel in Spanje als in onze landen.



Over de explosie die daarna in de twintigste eeuw volgde, hoef ik niets te zeggen want die is bekend: een explosie van intelligentie en ironie met Borges, van brutaliteit, magie, vrijmoedigheid en schoonheid met García Márquez, van onstuitbare tederheid en losgeslagen verbeelding met Cortázar, van verbluffende techniek, luciditeit en leeftijdloze vitaliteit met Vargas Llosa, van verbale goochelarij met de Chinees Cabrera Infante, van woede en literaire grensoverschrijding met Roberto Bolaño, van diepe boerenwijsheid met Juan Rulfo, van verblindende intelligentie en meedogenloze intellectuele scherpte met Juan Villoro. Vooral de eersten deden iets wat heel heilzaam was voor Spanje. Eduardo Mendoza heeft vanaf deze leerstoel verteld over de verrukking die de komst van de Latijns-Amerikaanse *boom* in de jaren zestig betekende voor jonge Spaanse lezers. Het franquistische Spanje, gevangen in het keurslijf van censuur en een zouteloos provincialisme, kreeg bezoek van een stelletje luizenbossen die weer leven in de tent brachten en een frisse, ongebreidelde taal van vrijheid meebrachten, van levenslust in vrijheid en schoonheid, in rechtvaardigheid, en gespeend van ontzag voor de autoriteit van de caudillo.

In werkelijkheid, aldus de linguïstische en neurologische studies waar ik het meeste geloof aan hecht, denken we helemaal niet in taal, zoals de mensen over het algemeen geloven. We denken in abstracto, in *mentalese*, en vervolgens vertalen we die ideeën in de taal die we ter beschikking hebben, die we beheersen, of liever gezegd die ons beheerst. Soms vinden we in onze eigen taal niet het juiste woord en dan lenen we dat van een andere taal, zoals we ons het Duitse *Schadenfreude* hebben toegeëigend, of we nemen onze toevlucht tot een omschrijving, zoals in het Engels, dat geen werkwoord heeft voor

*estrenar* ('in première gaan') of *madrugar* ('vroeg opstaan'). Ik denk dat talen, de instrumenten van onze geest, met de jaren en de bijdragen van miljoenen sprekers steeds verfijnder worden: door naar de mensen op straat te luisteren, het gehoor te scherpen, grote schrijvers uit alle hoeken van de Spaanstalige wereld te lezen, vinden we de middelen en de uitdrukkingen die ons in staat stellen adequaat onze gevoelens en gedachten onder woorden te brengen. Daarom zullen we onze ladinotaal nooit opgeven, dit Spaans dat we gezamenlijk hebben geconstrueerd en dat ons in staat stelt te strijden voor wat ons het meeste lief is: de vrijheid van levenskeuze, het ongrijpbare geluk (dat soms echt bestaat), samenleven met verschillen, de strijd tegen racisme, tegen onderdrukking en onrecht. De historische les van Latijns-Amerika is dat bij ons de erotische genieting geen kleurbarrières kent, want wij sluiten al eeuwen interetnische huwelijken. Sterker nog, ik denk dat voor ons het andere juist aantrekkelijk is, het smaakt lekkerder, zoals vruchten uit de tuin van de burens ook altijd lekkerder smaken. Het verbod op interraciale huwelijken en seksueel verkeer is veel meer een noordelijke dan een zuidelijke traditie, misschien omdat de Latijnse volkeren al van oudsher de gewoonte kenden van assimilatie met zeer uiteenlopende overwonnen volkeren. Niet een cultuur van het verschil, maar van de som: assimileren in plaats van segregeren.

De politiek correcten van deze wereld hebben de mond vol van strijd tegen racisme. Maar ze zijn halfslachtig en treden het probleem niet vrank en vrij tegemoet. Het moet gezegd, diep in ons hart hebben we allemaal wel iets xenofobisch, iets van afkeer voor de neus of de huid of het haar of het geheel ander postuur dan wat we gewend zijn. Racisme is een heel gewone,

ik zou zelfs zeggen universele reflex. De Europeanen die voor het eerst in de Nieuwe Wereld kwamen vonden de levende wezens in Amerika – dieren én mensen – zichtbaar inferieur: de Amerikaanse kamelen waren erg klein (het waren lama's en vicuña's), en net zoals de Amerikaanse leeuw, ofwel de poema, geen manen had, zo hadden ook de mensen in Amerika geen baard en geen haar op hun armen en benen, allemaal tekenen van degeneratie. Maar die dingen gebeuren overal. Hun theorieën verschilden niet zo veel van de ideeën die Evo Morales recent ventileerde, namelijk dat bijna alle Europese mannen kaal zijn en heel vaak homoseksueel omdat ze veel genetisch gemanipuleerd voedsel eten en kippenvlees met vrouwelijke hormonen.

Onbewust vinden we het vreemde vijandig en gevaarlijk of minderwaardig. Maar pas als we die welhaast natuurlijke, haast automatische reactie in onszelf (blanken, negers, indianen, Aziaten) onderkennen kunnen we die krachtig en doelbewust te lijf gaan. In primitieve, natuurlijke omstandigheden was het heel nuttig om uitsluitend solidair te zijn met diegenen die leken op onze kinderen, onze ouders, onze familie of onze stam. De strijd om het bestaan was hard en je kon maar beter uitsluitend de mensen die je na stonden beschermen en koesteren. Gelukkig is de wereld niet meer zo. Als het racisme in Europa weer de kop opsteekt en in Amerika blijft voortbestaan, dan komt dat door diepgewortelde menselijke aandriften die we niet moeten koesteren en cultiveren, maar te lijf gaan met de wapens van het denken, het humanisme, de solidariteit en ook van de wetenschap. De wetenschap leert ons dat wat wij zo opvallend vinden – de huid, de lippen, de neus, het postuur, kroeshaar of sluik haar – genetisch uiterst minieme details zijn

die vrijwel geen belang hebben. Een transfusie met het bloed van de zoon van de Hongaar Viktor Orbán zou voor zijn vader dodelijk kunnen zijn als hij de resusfactor van zijn moeder in plaats van zijn vader had geërfd, terwijl het bloed van een Syriër, een indiaan, een Irakees, een Australische Aboriginal of een pygmeë zijn leven zou kunnen redden. Soms hebben we genetisch meer gemeen met een vreemdeling dan met een naaste verwant. Wat zichtbaar is, de huid, is maar een klein onderdeel, een fenotypisch gegeven: de menselijke eenheid zit veel dieper, die zit in Eva, in die eerste vrouw die voor de hele mensheid Afrikaans is en voor de meerderheid van de Latijns-Amerikanen indiaans. Maar de moeder van alle indianen, net als de moeder van alle Aziaten en alle Europeanen, is Afrikaans. Zoals een van onze sociologen zei: wij Spaans-Amerikanen zijn koffie met melk, sommigen met een beetje meer koffie en anderen met een beetje meer melk. Over koffie gesproken: even een reclame tussendoor. U moet meer koffie importeren, Arabische of Colombiaanse, dat maakt niet uit. De Syrische of Afghaanse vluchtelingen zijn geen monsters, het zijn mensen die op de vlucht zijn voor de verschrikking, en het zijn ook niet allemaal godsdienstfanaten. Van de pacifist Erasmus en de ethicus Spinoza, van het Europees humanistisch erfgoed, verwacht ik meer openheid en meer grootmoedigheid. Ik zeg niet dat u zich onder de voet moet laten lopen door hordes moslims, ik zeg dat jullie Europeanen ook andere landen zijn binnengevallen in tijden van grote armoede en excessieve oorlogvoering. Ik zeg dat u zich een beetje moet laten injecteren, een beetje mengen, zonder de nieuwkomers in getto's op te sluiten. Nederland zou dat heel goed aan moeten kunnen.

Ik kom uit een gewelddadig land van mestiezen, uit een continent dat een smeltkroes is van alle rassen, en geen enkel hoeft zich daarvoor te schamen. In Italië worden straathonden van het vuilnisbakkenras ‘bastaards’ genoemd. Ik, die ooit Italiaan wilde zijn, beschouw me nu met trots als een bastaard. Vanwege mijn achternaam, Abad, vragen ze me altijd bij binnenkomst in de Verenigde Staten of ik ‘Middle East origins’ heb, en dan zeg ik ja, ik heb alle ‘origins’. Ik word uitgenodigd op congressen van Arabische schrijvers en voor bloemlezingen van Joodse schrijvers, en overal zeg ik ja op, want ik voel me even Joods als Arabisch, ik voel me een vondeling en de vrucht van een doodzonde begaan door een klooster abt. Bastaard. Veel grote Spaans-Amerikaanse schrijvers waren of zijn bastaards, in de Italiaanse betekenis van het woord, hybriden: de neger Nicolás Guillén, de mestiezen Octavio Paz en Vargas Llosa, de Chinees Cabrera Infante, de mulat García Márquez en zelfs de Anglo-Lusitaan Jorge Luis Borges. Niemand beter dan een bastaard, iemand van gemengde afkomst, begrijpt hoe zielig de inbeelding is van de zuiveren van ras. Dat zich vastklampen aan wat de blanken van de Italiaanse Liga Nord, of de Afro-Amerikaanse voorstanders van ‘Black Pride’, of de Joden en Arabieren, of de fundamentalistische indianen, of de fanatieke catalanisten, wortels, of identiteit, of traditie, of zuiverheid noemen, komt mij voor als een poging om zich te verschansen in de groep, de etniciteit, de natie, terwijl je toch alleen maar bent wat je bent als individu en hoogstens trots of schaamte kunt voelen voor je ouders of broers en zussen. Zoals Fernando de Rojas zei in zijn grootse roman *La Celestina*: ‘Het is de arbeid die adelt, want uiteindelijk zijn we allemaal kinderen van Adam en Eva. Ieder voor zich moet trachten goed te zijn en zijn deugd niet in de adeldom van zijn voorvaderen zoeken.’

**2016**

# EUROPA, JONGEREN EN TRANSPORTMIDDELEN

*Alicia Giménez-Bartlett*



Ik ben 65 jaar. Mijn geboortjaar is 1951, een koud en grijs jaar, zoals mij achteraf is verteld. Spanje maakte een naoorlogse periode door waar geen einde aan leek te komen. Dat had ik niet in de gaten, maar het duurde niet lang tot ik mij daarvan bewust werd. Dat kwam door mijn ouders. Mijn vader was socialist. Hij behoorde tot de verliezers van de burgeroorlog en had een tijd in de gevangenis gezeten. Hij heeft mij veel bijgebracht, onder andere hoe kritisch te zijn zonder haatgevoelens. Het mag duidelijk zijn dat bij mij thuis niet vrolijk of lovend over generaal Franco werd gesproken. Toch leek het al in die tijd het belangrijkste om met een zeker vertrouwen in het heden te leven en je open te stellen voor de toekomst. De zwaarste tijd van de naoorlogse periode was al achter de rug. Toch liet die beloofde toekomst lang op zich wachten, misschien wel te lang. Aan mijn kindertijd bewaar ik ambivalente herinneringen die ik vandaag niet zal bespreken. Hoe dan ook,

het volle bewustzijn deel uit te maken van de samenleving begon bij mij in de schooljaren voorafgaand aan de universiteit. Voor ons als jongeren was het leven in de jaren '50/'60 saai, behoorlijk eentonig. Wat wij als rechtelozen deden was overleven terwijl betrouwbare informatie ons werd onthouden en we gebukt gingen onder het verstikkende juk van de katholieke kerk. Die leek morele hindernissen op te werpen bij ieder verlangen naar openheid, naar vrijheid.

Voor ons Spanjaarden leek Europa in die tijd niet te bestaan. Er was ook nog geen sprake van een politieke unie en de Europese landen die eigenlijk onze natuurlijke buurlanden waren, bevonden zich in werkelijkheid op lichtjaren afstand van onze dagelijkse werkelijkheid. Wij kregen wel iets te horen over deze landen, want wij leerden Frans of Engels op school —hoofdzakelijk Frans. We kregen informatie over Italië en Frankrijk, vooral via de Amerikaanse cinema die ons liet kennismaken met de sterk overdreven nationale karakters. In die films waren alle Italianen schreeuwende Napolitanen, alle Fransen glamourvolle bohemiens van Montmartre. Hoe groot de clichés ook waren, het gevoel niet bij Europa te horen was voor iedereen pijnlijk. Juist het feit dat hij niet kon reizen, herinner ik mij als een van mijn vaders grootste frustraties. Vanwege zijn vroegere politieke strafblad was het hem niet toegestaan een paspoort te bezitten. Zijn belangrijkste oorlogsmisdaad, behalve dat hij een strijdbare socialist was, was dat hij als correspondent werkte bij 'El Socialista' binnen de afdeling van de Spoorwegen.

Voor de kinderen van toen betekende Europees te zijn niet alleen meer vrijheid, maar ook langer zijn, knapper en geluk-



kiger. De eerste massale intocht van toeristen in Spanje bevestigde dat idee. Ik herinner mij dat mijn eerste ontmoeting met Europeanen van vlees en bloed toevallig nu net een Nederlands gezin betrof met drie kinderen van mijn leeftijd. Ik werd verliefd op de jongste zoon en op een dag wandelden wij wel een paar honderd meter hand in hand over het strand. Een waarlijk avontuur. De hele winter daarop hebben wij met elkaar geschreven. Ik kocht een mini woordenboek Spaans-Nederlands en zocht alles woord voor woord op. Zonder enige syntactische structuur of werkwoordvervoeging, vulde ik mijn brieven met de schaarse nieuwsfeiten waaruit mijn leven toen bestond. De brieven begonnen met: ‘Geliefde Theo’. Onze relatie werd de volgende zomer verbroken nadat Theo mij zonder kwade bedoeling liet weten hoe zijn familieleden zich vermaakten als hij mijn brieven voorlas. Ik beschouwde het als een serieus verraad dat hij mijn brieven aan zijn ouders voorlas, terwijl ik de zijne —in het Frans geschreven— in het diepste geheim bewaarde. Zo werd het morele verschil tussen Spanje en Europa duidelijk. Voor ons, Spaanse kinderen bevatte een onschuldige correspondentie met een buitenlander al zondige elementen. Ik herinner mij dat Theo tegen mij zei: ‘Op een dag kom je naar mijn stad en laat ik je zien hoe mooi die is.’ Een droom die ik me eigenlijk nauwelijks durfde voor te stellen.

De ontwikkeling van kind naar adolescent is karakteristiek voor het ritme van het leven: langzaam maar niet te stoppen. In de jaren '60 ging het iets beter in ons land. De dictatuur bleef bestaan, maar de jongeren konden de heerlijke geur van Europa al opsnuiven ondanks de barrière van vrijheidsbeperkingen. Van het vaste land bereikten ons interessante zaken. De radio, televisie en de kranten brachten ons nieuws van gebeurtenissen

waarvan wij het belang niet eens konden begrijpen. De Franse meidagen van 1968 waren een fantastische explosie die door de franquistische media op leugenachtige wijze en met veel effectbejag werden behandeld. Er werd gesproken over straatgevechten en over de studentenbewegingen alsof het een onwenselijke staat van chaos en anarchie betrof. Toch koesterden wij jongeren, zelfs al hadden wij nog geen internet om ons van de waarheid op de hoogte te stellen, steevast argwaan tegen elke officiële interpretatie van de feiten.

Wat later begonnen onze reizen naar het buitenland. Mijn eerste bestemming was Amsterdam, waar ik met een paar vrienden naar toe ging voor een korte vakantie. Met een klein clubje waren wij daar op 1 mei getuige van een politiek getinte en vakbond gerelateerde optocht. Een groep demonstranten die ons passeerde, droeg spandoeken met namen van landen waar nog geen democratie bestond. En daar stond in duidelijke taal geschreven 'Spanje'. Dat emotioneerde ons, we voelden schaamte vermengd met verdriet. Waarom belichaamden wij dat deel van Europa dat barrières in stand hield, waardoor wij in een isolement verkeerden en die ons ervan weerhielden te genieten van het feest van de vrijheid? Het was frustrerend, het was onrechtvaardig. Tijdens die eerste reis legden wij contact met andere jonge academische studenten. Zij probeerden ons te motiveren om tot actie over te gaan, zij verzekerden ons dat de jeugd de kracht bezat die alles zou kunnen veranderen. Maar zo gemakkelijk was dat niet.

Er bestonden meer Europese bewegingen, ook Noord-Amerikaanse. Nu zouden wij ze aanduiden als mondiale bewegingen. Als ze niet al te politiek getint waren, dan drongen ze ook in

Spanje door. Uit Groot Britannië kwam de muziek: Beatles, Rolling Stones, Kinks.... En nog veel meer popgroepen die voor een gouden tijd zorgden. Ook konden wij genieten van een vleug van de in die tijd zo krachtige hippiebeweging: bloemen in het haar, vredetekens, stop de oorlog in Vietnam. *Let's make love, not war! Peace!* Wat een explosie van vreugde, wat een sensatie van veranderingen en beloftes. De ketenen léken op korte termijn verbroken te worden, maar dat gebeurde niet. Er kwam geen politieke verandering. Toch volgden wij wél de mode die door de regering werd beschouwd als iets verdachts, maar gelukkig niet strafbaar was: lang haar voor meisjes én jongens, minirokjes, spijkerbroeken en bloemetjesjurken. In die tijd ontstonden de eerste massale verliefdheden tussen Spaanse en Europese jongeren. Tijdens de zomer had je de echte verliefdheden, opnieuw dankzij het toerisme. De gedroomde verliefdheden duurden het hele jaar door. Alle Spaanse meisjes waren verliefd op Paul McCartney (die ik tegenwoordig een stuk minder vind). En ik, waardige dochter van mijn generatie, ik kon niet begrijpen dat mijn oudste zus bleef houden van de gekunstelde en achterhaalde zanger Elvis Presley.

In die jaren veranderde het gestaag binnendruppelen van toeristen in ons land in een enorme vloedgolf. Reizen en vakanties naar warme landen waren populair, de Spaanse prijzen verhoudingsgewijs laag. Dat maakten dat ons nationale territorium zich gelukkig prees met duizenden stedelingen van verschillende nationaliteiten: Nederlanders, Engelsen, Fransen en vooral Duitsers. Dat was een ware antropologische onderdompeling die bijdroeg aan de culturele uitwisseling tussen jongeren, aan vrijheid in het dagelijks leven en aan een heleboel liefdesgeschiedenissen. Zowel de jongens als de meiden lasten in hun

sober en behoorlijk verveelde bestaan een zomerse pauze in. Wij werden verliefd op onstuimige Italianen, smachtende Fransen en op blonde Duitsers en andere mysterieuze noorderlingen. Ze arriveerden met de auto of met het vliegtuig en installeerden zich op campings, in appartementen, hotels en villa's, klaar om zich te laten liefhebben door de lokale bevolking. Wie denkt dat die geschiedenissen grotendeels onbezonnen en puur sensueel waren, vergist zich. In Spanje was er een hele generatie die verlangend uitkeek naar verandering, maar die was opgevoed volgens strenge regels, op religieus en moreel gebied. Vandaar dat onze Europese liefdesverhoudingen veelal platonisch waren: romantisch vol naïviteit en betovering. De seksuele revolutie was voor ons nog ver weg. Urenlang 'hand in hand', terwijl wij elkaar vertelden hoeveel wij van elkaar hielden. Dat deden wij in alle mogelijke talen die we al doende leerden en in praktijk brachten. Als het september werd, volgde een aangrijpend afscheidsdrama en zorgden de eerste dagen van afwezigheid voor een ondraaglijke melancholie. Vanuit het huidige perspectief komt dit nogal naïef over, maar die contacten openden voor ons de weg naar een Europese toekomst en bovenal waren wij ervan overtuigd dat de Spaanse jongeren niet wezenlijk verschilden van onze leeftijdsgenoten van het vasteland. Het mag dan zo zijn dat wij waren opgegroeid met verboden, maar dat maakte niet dat wij minder in staat waren om van de wereld te genieten, om ons aan te passen aan veranderingen en om kritisch de werkelijkheid te analyseren.

Toen ik aan de universiteit studeerde, begonnen jongeren vanuit een Spanje dat zich langzaam maar zeker openstelde, meer en meer naar het buitenland te vertrekken. Europa was toen nog geen politieke eenheid en had nog geen gemeenschappe-

lijke munt. Vreemd genoeg beschouwden wij, door het isolement waarin wij leefden, Europa als één geheel. Wij dachten aan Nederland, België of Duitsland als verschillende landen, die echter wel tot een grote gemeenschappelijke staat behoorden, een bijna idyllische plek waar vrijheid heerste en waar je kon stemmen om bestuurders te kiezen. Ik geloof dat mijn landgenoten vooruitliepen op het moderne concept van Europa, gemotiveerd door omstandigheden die in feite weinig wenselijk waren.

Er was een publiek transportmiddel dat een ware jongerenrevolutie veroorzaakte: de trein. Dankzij de uitvinding van Inter-rail, bedacht met de bedoeling jonge mensen op een goedkope manier te laten reizen, werd het heel gebruikelijk om vanuit Spanje naar het buitenland te gaan. We hadden veelvuldig contact met leeftijdsgenoten. Wij benutten de schoolvakanties om het land uit te gaan. Vaak logeerden wij in jeugdherbergen. In de trein ontmoetten wij jongeren uit alle landen en onze meest favoriete bezigheid was eindeloos met elkaar kletsen. Ik moet zeggen dat in die tijd heel wat werd afgepraat. De virtuele wereld bestond nog niet, het aantal woorden werd niet gedictieerd door Twitter. Het waren bovendien inhoudelijke gesprekken, iets kenmerkends voor die tijd. De onderwerpen hadden meestal betrekking op politiek en cultuur. Wij waren zo afwijkend, wat gingen we daaraan doen! Opnieuw werden wij door onze nationaliteit veroordeeld tot een pijnlijke constatering: in ons land bestond geen democratie, geen vrijheid, en dat bracht ons in een positie van inferioriteit. Wij konden niets anders doen dan dat te accepteren, maar diep in ons wakkerde dat het vuur van rebellie aan. Maar het gegeven dat wij leefden onder een dictatuur, verwijderde ons van de grote

gemeenschap —hoewel de landen van Europa toen nog geen echte eenheid vormden zoals nu— en dompelende ons onder in een isolement dat ons anders maakte. Wij wilden niet anders zijn, maar wij waren ons ervan bewust dat niet de geografie doorslaggevend is bij het verbinden van culturen, maar de gemeenschappelijke waarden die de basis vormen voor elke vorm van morele identificatie. Met volle overtuiging identificeerden wij ons met Europa, maar onze vorm van landsbestuur stigmatiseerde ons. Het is helemaal niet vreemd dat de Europese Gemeenschap nu de noodzaak ter sprake brengt om Interrail te promoten. Het is belangrijk om eenheid te bevorderen.

Los van de mogelijkheid ideeën uit te wisselen, stelde Interrail ons in staat prachtige Europese steden te ontdekken. Nooit zal ik mijn verwondering vergeten toen ik voor de eerste keer Piazza della Signoria in Florence zag, nooit zal ik de sensatie vergeten toen ik na het binnengaan van Galleria Uffizi plotse-ling in een schatkamer bleek te staan. De Dam vol hippies in die tijd, leek mij de essentie van vrijheid, openheid en moderniteit. Ik dacht dat iets dergelijks in een Spaanse stad op geen enkele manier mogelijk was. In Parijs dwaalde ik langs alle be-roemde bohemien plekken, terwijl ik in mijn herinnering alle romans opriep die ik had gelezen. Piccadilly Circus kwam mij voor als een soort wonder: de foto's die ik zo vaak had gezien, veranderden opeens in een vibrerende werkelijkheid.

Na de dood van Franco volgde in Spanje de periode van de Transitie. Tegenwoordig wordt erg kritisch naar dit cruciale tijdperk gekeken. Het kan best zijn dat er verkeerde stappen zijn gezet, dat er fouten zijn begaan en dat er wonden uit het verleden niet zijn geheeld. In ieder geval begon toen wel de

echte democratie. In 1982, behaalde in een als historisch beschouwde verkiezing, de Socialistische Partij de absolute meerderheid. Voor de eerst keer na de Tweede Republiek, regeerde links.

Dit feit overtuigde uiteindelijk ook de mensen die eerst hun bedenkingen hadden gehad en die bang waren geweest voor een mogelijke terugval. Maar dat gebeurde niet, vanaf dat moment en dankzij de verkiezingen was het Franco-regime nog slechts een schim uit het verleden. Ik denk dat wij jongeren ons op de eerste plaats Europeaan voelden.

Dankzij het EU-verdrag van 1993 (Maastricht) werd er een reusachtige stap gezet op weg naar een werkelijkheid waarvan kort daarvoor niemand zich zelfs maar een voorstelling had kunnen maken. Het was niet meer alleen een verbond op humanistisch, economisch en politiek vlak, we waren op weg een supranationale eenheid te vormen. Ik denk dat Spanje één van de landen was waar deze nieuwe ontwikkeling het meest werd toegejuicht. Wij wilden zo graag deel uitmaken van dit collectief dat iedereen het verdrag omarmde. Zelfs toen de eenheidsmunt werd ingesteld en door de euro de prijzen in Spanje stegen en ons leven moeilijker werd gemaakt, klonk er nauwelijks protest. Wij waren Europeanen uit roeping.

In die periode hadden ook de jongeren weinig moeite om volledig te integreren. De Europese gewoonten en gebruiken hadden zij zo geïnternaliseerd (let op hoe subtiel ik hier ‘wij’ vervang door ‘zij’) dat zij moeiteloos deelnemers werden aan de nieuwe orde. De jongeren herkenden zich in het algemene model. De uitwisselingen bleven doorgaan en kregen een extra

verdieping. Niet alleen de trein maar ook het vliegtuig, de auto of om het even welk vervoersmiddel leidde naar dat belangrijke gemeenschappelijk doel, de Erasmusbeurs. Deze fondsen vormden de culturele voedingsbodem waardoor universiteitsstudenten binnen de gemeenschap de kans kregen hun studie voort te zetten of af te ronden in het land van hun keuze. Wat in voorgaande tijden nog een onmogelijk streven was geweest, is nu stevig verankerd in zowel culturele als maatschappelijke relaties.

De Erasmusbeurs kreeg gevolgen op onverwacht gebied: de liefde. Verliefdheden tussen jongeren kregen door deze beurs een nieuwe dimensie. Had de liefde tot dan toe een toevalig karakter gehad, bevorderd door toeristische bezoeken en avontuurlijke reisjes, door de Erasmusbeurs kwam de liefde terecht in een kalmer en duurzamer vaarwater. Doordat jongeren langere tijd in een ander land konden verblijven, kreeg de liefde meer kansen en werd zij serieuzer omdat men elkaar beter kon leren kennen. Als je vroeger in een enkele zomer al kon genieten van een gepassioneerde liefdesidylle, wat zou er dan wel niet gebeuren in een jaar waarin je elkaar elke dag meemaakte? Het kon niet anders dan uitmonden in duurzame relaties, huwelijksbeloften en zelfs liefde voor de eeuwigheid.

Denkt u vooral niet dat de plechtige sfeer die deze Spinoza-conferentie omgeeft, mij ervan weerhoudt om over seks te praten. Misschien dat mijn voorbeeld over eeuwigdurende liefde wat overdreven is, maar het is vastgesteld en bevestigd door getuigen en hoofdrolspelers dat Erasmusstudenten veel seks hadden met elkaar. Nooit had Erasmus van Rotterdam kunnen vermoeden dat uit zijn naam zoveel internationale seksuele



activiteit zou plaatsvinden. In Spanje waar we, zoals u weet, van spot en ironie houden, hebben we de beurs omgedoopt tot Orgasmus. Uitleg lijkt mij overbodig.

Leve de Orgasmus beurs! Ik vind het spijtig maar voor hen die al een zekere leeftijd hadden bereikt, kwam deze beurs te laat. Toch is het een genot om te zien hoe de cultuur zich vrijelijk verspreidt ook al kunnen we niet profiteren van alle aspecten ervan.

Op een bepaald moment in onze gezamenlijke ontwikkeling, houdt het feest op of verliest het op zijn minst zijn glans. De economische crisis, waar we nog niet van af zijn maar waarvan het ergste kwaad voorbij lijkt, zorgt voor een bijzondere situatie in Europa. De zuidelijke landen lijden er meer onder dan de noordelijke landen. De jeugdwerkloosheid neemt vooral in Spanje toe. Jongeren hebben in veel gevallen geen andere keuze dan te emigreren en werk te zoeken in andere landen van de gemeenschap. De wetgeving staat het toe. En door hun veel uitgebreidere talenkennis en doordat hun diploma's ook in andere EU-landen geldig zijn, kunnen jongeren gemakkelijker hun toekomst zoeken in het buitenland zonder zich daar een totale vreemde te voelen. Zelfs op minder rooskleurige momenten blijkt dat de ongedwongenheid van de nieuwe generaties van Europa voordelen biedt, niet louter en alleen op het culturele vlak maar ook wat betreft werk en praktische zaken. Ik vraag me af of de maatschappij, of zelfs de politiek, hetzelfde niveau van ongedwongenheid hebben bereikt. Het is lang niet altijd zo dat jongeren die gedwongen naar een ander land zijn verhuisd op het benodigde begrip kunnen rekenen uit de diverse lagen van de bevolking. Soms is de indruk gewekt dat

zij de banen van de inwoners probeerden in te pikken. Maar nog voor zij met een zekere achterdocht werden bekeken, was het al zo dat andere minderbedeelde immigranten, met een andere religie, die mogelijk zelfs oorlogsvluchtelingen waren, het doelwit werden van de xenofobe aanvallen, onder aanmoediging van extreem rechtse politieke partijen. Vandaag de dag waart het spook van de xenofobie door Europa en we vinden allemaal dat dit nationalisme, dat buitensluit en blind is voor de waarden van solidariteit, een wezenlijk gevaar is waartegen gevochten moet worden.

De jongeren van nu mogen dan goed ontwikkeld en voorbereid zijn, in het verleden was Spanje een land van emigranten die naar middelen van bestaan zochten buiten de grenzen van hun eigen land. Ik denk dat wij het probleem van 'ontworteld zijn' goed begrijpen, evenals de harde levensomstandigheden en vooral de onmetelijke heimwee waarmee je moet leren omgaan als je het vaderland hebt verlaten. Misschien dat daarom xenofobe bewegingen in ons land als politieke organisatie geen voet aan de grond hebben gekregen.

Maar laten we terugkeren naar ons centrale thema. Jongeren van Europa hebben zich niet alleen verenigd in bewegingen rondom het thema arbeid, ook op politiek en maatschappelijk gebied sloegen ze in bijna alle landen de handen ineen. De zogenoemde beweging van de Indignados (verontwaardigden) in Spanje staat model voor al deze nieuwe wensen. Het non-conformisme van de jongeren, hun verlangen naar meer sociale gerechtigheid, hun afwijzing van een samenleving waar alles om geld draait, wordt door allen gedeeld. Manifestaties, studentenprotesten, ideologische samenscholingen... wij hebben

bijgedragen aan deze bezorgdheid die de landsgrenzen overstijgt. Concepten die tot nu toe op de tweede plaats stonden, zijn door de jongeren naar het eerste plan getild; ecologisme, de zorg voor de planeet, de strijd tegen de klimaatverandering, solidariteit met de armsten of met vluchtelingen van oorlogen veraf of dichtbij. De jeugd heeft het op de agenda van de burgers gezet, in heldere taal, of dat nu in het Nederlands, Frans of Duits is. Het verschil in vocabulaire maakt weinig uit als men overtuigd is en hart heeft voor de zaak. We leven in roerige, onzekere en angstige tijden. Als ik met mensen praat over de actualiteit dan delen we, elk op onze eigen manier, het sterke gevoel dat er iets aan het veranderen is. Maar we weten niet precies wat en ook niet welke kant het op zal gaan. Wat vanzelfsprekend leek, is aan het wankelen. Familieverbanden, schijnbaar onwrikbare gewoonten en de manier waarop we ons verhouden tot de wereld, zijn aan het veranderen. Het kan zijn dat die desoriëntatie, dat ‘niet begrijpen’ voortkomt uit ons eigen onvermogen om verder te kijken dan wat wij als vaste waarden beschouwen.

Ik ga u nu een vraag stellen waar ik zelf geen antwoord op heb. Zijn de mensen die nu de macht hebben en de maatschappij organiseren misschien, ik zeg heel misschien, te oud? Ik wil niet beweren dat leeftijd individuen ongeschikt maakt om oplossingen te vinden voor nieuwe uitdagingen. Maar ik vermoed op zijn minst dat wij te overgevoelig zijn als het erop aankomt de verantwoordelijkheid over te dragen aan de jeugd en deze generatie de ruimte te bieden waar zij recht op heeft. Ik geloof oprecht dat de toekomst in hun handen ligt en dat ze morgen, of eigenlijk vandaag nog, zouden moeten kunnen beginnen er vorm aan te geven.

Het is in ieder geval duidelijk dat Europa al sinds lange tijd is verenigd door de banden van de jeugd. Over land, over zee of via de lucht, elke manier is goed geweest om hun onderlinge contacten te bevorderen. De jeugd is essentieel geweest voor het moderniseringsproces van het continent. Hun gewoonten en hun drang naar vrijheid hebben zo voor ons een internationaal karakter gekregen. In vroeger tijden was de uitwisseling tussen Europeanen voorbehouden aan de hogere klassen en aan bohemiens die de wereld doorkruisten. Vandaag de dag is dat gelukkig gemakkelijker geworden en meer democratisch.

Om even een zijpad te bewandelen. Ik ben altijd overtuigd geweest van één ding: elk volk heeft zijn eigen identiteit maar er bestaat een gemeenschappelijke basis. Er zijn meer zaken die ons verbinden dan die ons scheiden. Op mijn eigen bescheiden manier heb ik dat zelf ervaren. Als schrijfster heb ik veel landen bezocht om congressen bij te wonen of eenvoudigweg mijn lezers te ontmoeten. Tijdens deze bijeenkomsten was er altijd gelegenheid een paragraaf voor te lezen uit één van mijn boeken. En ik bedacht een experiment. Ik zocht een grappig fragment uit en in de loop van de tijd heb ik lezers van verschillende nationaliteiten uitgenodigd naast mij plaats te nemen en dit stuk voor te lezen in de taal van het publiek. De Italianen moesten erg lachen. Dat vond ik min of meer logisch, we zijn ten slotte bijna burens. Maar in Frankrijk gebeurde hetzelfde en dat verbaasde me al iets meer. In Duitsland steeg mijn verbazing en toen het publiek in Finland op precies hetzelfde moment lachte, realiseerde ik me dat we allemaal min of meer uit hetzelfde deeg zijn gebakken.

Vandaag de dag —om weer terug te komen bij het centrale thema van mijn lezing— beleeft het Europese project moeilijke tijden en kent het momenten van zware twijfels. In sommige gevallen is er oprechte scepsis of zelfs openlijke afwijzing. De EU wordt ervan beschuldigd de morele grondslag van de beginjaren te hebben teruggebracht tot kille cijfers en economische verplichtingen. Bovendien zou het zijn verworden tot een soort bureaucratisch hoofdkantoor van waaruit normen worden gedictieerd maar geen rechten worden gegund. We zien hoe in bepaalde landen, wellicht uit angst voor de huidige problemen, de burgers zich weer proberen op te sluiten binnen hun eigen grenzen. Het zou oprecht jammer zijn als dit zou gebeuren. Wij hebben al zo veel bereikt, wij hebben samen al zo een lange weg bewandeld dat ervan afwijken een moeilijk te vergeven vergissing zou zijn.

De cultuur is een onvervreemdbaar Europees erfgoed. Vanaf het Middellandse zeegebied tot aan de noordelijke landen, dwars door het hart van het continent, waar wij ons nu bevinden, hebben wij een culturele rijkdom van een enorme verscheidenheid opgebouwd. Een heel rijke en gevarieerde kunst, een literatuur vol nuances...filosofie, muziek... de term cultuur is zonder twijfel door ons uitgevonden. As wij in staat zijn om stenen te blijven stapelen op dit bouwwerk en als wij er bovendien voor zorgen dat het grondplan van het gemeenschappelijke huis ons allen toebehoort, zal niets of niemand onze ideeën en onze persoonlijkheid kunnen aantasten.

Cultuur is niet alleen het vermogen om mooie dingen te scheppen maar verschaft ons ook de noodzakelijke elementen om eigen maatstaven te ontwikkelen. De maatschappij is moeilijk

te manipuleren als deze bestaat uit ontwikkelde individuen. En in dit proces hebben we de jeugd nodig. De universiteit waar wij ons nu bevinden is daar een mooi voorbeeld van. Het is essentieel dat wij ons realiseren dat wijsheid en gezond verstand zo met elkaar zijn verweven dat het bijna onmogelijk is ze te scheiden. Op moeilijke momenten in de politiek, wanneer de wereld geneigd is om domheid te waarderen en behoudzucht gaandeweg tot destructie leidt, wordt het steeds urgenter om het beginsel van een intellectueel en humanistisch Europa terug te eisen.

Mijn geloof in de jeugd van Europa blijft intact. De laatste tijd vormen zij de ideologische voorhoede. Zij zijn er in geslaagd theorie om te zetten in een zelf beleefde realiteit. Zij hebben de ideeën op straat uitgedragen en nieuwe technologieën geïncorporeerd in het normale leven. Zij zijn in staat geweest om de erfenis van de klassieke wijsheid om te vormen naar de actualiteit. Zij hebben eenheid gecreëerd en geen verdeling gezaaid. Ik stel mij nederig op en kan niets van hen eisen. Het enige dat ik hen vraag, hen smee, is dat als zij vormgeven aan de toekomst die nu in hun handen ligt, niet vergeten waar zij vandaan komen en waar wij allemaal vandaan komen.

Laten wij allemaal volharden in het idee van een humanistisch en progressief Europa. Wij worden verenigd door gezamenlijke intellectuele, politieke, economische en biografische drijfveren. We zijn met veel burgers die, ondanks taalverschillen, ondanks identiteitsverschillen, samen door willen gaan om een Europa te vertegenwoordigen dat een voorbeeld van beschaving zal blijven. Ons verstand zegt dat en ons gevoel ook.



**2018**



DE ONDERGESCHIKTE PERSONAGES  
IN DE *DON QUICHOT*

*Soledad Puértolas*



Ik ben een fictieschrijver en mijn werk is juist niet het geven van een betoog waarin ideeën en overwegingen over taal op de juiste wijze en toon worden uitgedrukt maar om met deze taal verhalen te smeden, gebruikmakend van alles wat binnen mijn bereik ligt, en zelfs buiten mijn bereik. Ik laat me meevoeren door het verhaal, laat me leiden naar waar het me wil meeneemen. Mijn woorden zijn noodzakelijk doordrenkt van twijfels en onzekerheden, omdat ze niet voortkomen uit gedetailleerde of overwogen kennis zoals in het geval van taal - en literatuurspecialisten, maar ontstaan uit de eenzame intuïtie van de schepper. Door me te wagen in het uitgestrekte gebied gecreëerd door Cervantes, niet zonder lef, hoop ik dat zijn licht de contouren verbloemt van mijn tekortkomingen.

De *Don Quichot* is een voortdurende les en aanmoediging voor schrijvers. Het verhaalritme van Cervantes klopt altijd op ge-

weldige natuurlijke wijze en getuigt steeds van het avontuurlijke van de taal. Dat geloof dat zo noodzakelijk is voor diegenen voor wie literatuur het belangrijkste in hun leven is. De pen van Cervantes durft alles. Zijn ambitie is immens, net als zijn trots.

In de *Don Quichot* worden verhalen gevolgd en op vele momenten wordt er geoordeeld over het vertelde en hoe er wordt verteld. In het plezier van het luisteren zit het plezier om je mening te geven. Cervantes weet zijn personages te voorzien van nederigheid en bescheidenheid die nodig zijn om goede kritiek te geven op de kunst van het vertellen en wij als schrijvers danken hem daarvoor in het bijzonder.

Ik heb een zwak voor de ondergeschikten, voor degenen die, in de verschillende lagen van het leven en de kunst, marginale posities moeten innemen en die plotseling worden ontdekt door de blik van een kijker, een lezer, een vriend of een vreemdeling.

Het ondergeschikte personage is niet erg zichtbaar, het bevindt zich niet midden in de handeling of het verhaal, maar aan de kant, in de marge, in de hoeken. We moeten een kleine beweging maken, of een gebaar, ons hoofd een beetje draaien om het te kunnen zien. Deze mensen en deze personages, in het leven en in de kunst, gaven mijn verbeelding veel te doen, die zich bezig heeft gehouden met het terugwinnen van de indirecte verhalen, door weg te kijken van de centrale personages en gebeurtenissen.

Zo is het gegaan in het leven en ook in mijn relatie met de literatuur. In de verhalen die me in mijn kindertijd zijn voor-

gelezen en die ik later zelf las en koos, lette ik vooral op die karakters die een beetje op de achtergrond bleven, een kikker in de war, een onhandige olifant, een kip met een saai verkleed. Later, toen er verhalen in mijn leven kwamen over mensen zoals ik, rusteloze en dromerige meisjes die de wereld van volwassenen niet begrepen en de voorkeur gaven om zich te verschuilen in hun fantasieën, begreep ik dat in het leven veel aanwijzingen waren die ondergeschikte zaken leken, maar die leiden tot echt belangrijke verhalen. Ik was het, door ze te kiezen, door ze te ontdekken en uit te vinden, die ze belangrijk maakte. Uiteindelijk is dat wat ik doe als ik fictie schrijf, ik verander personages in de hoofdrolspelers die, voordat ze dat werden behoorden tot het universum van de ondergeschikten.

Het feit blijft dat romanschrijvers, wanneer we beginnen met het schrijven van een verhaal, we ons door de duisternis begeven en het is pas aan het eind dat we de afgelegde weg zien en we een zeker beeld krijgen van onze personages, we over hen praten en zelfs mét hen praten.

De ondergeschikte personages uit de *Don Quichot* hebben mijn aandacht getrokken sinds ik aan de universiteit van Californië een vak volgde over het werk van Cervantes, gegeven door Arturo Serrano-Plaja. Ver weg van Spanje, jaren na het verlaten van school, toen de herinnering aan de verplichte en gefragmenteerde literatuur die daar werd gegeven bijna was verdwenen, en het spoor van angst die mijn sporadische ontmoetingen met Don Quichot hadden nagelaten was verdwenen, omdat die zo vaak vernederde en verslagen held me de moed deed verliezen, zag ik in de roman van Cervantes wat ik nooit eerder had zien. Ik zag het avontuur van het individu

en het avontuur van de taal, onlosmakelijk verbonden, de ene gelukkig in dienst van de ander, en vice versa.

Mijn roeping als schrijver erkent in dat moment een veelzeggend steunpunt. Op die manier dat de verbeelding, in nauwe samenwerking met de taal, mij liet zien, dat ik op mijn gemak kon reizen, dat het daar mogelijk was te verdwalen zonder angst, en ontroerd te worden, te lijden, te lachen, te denken, te dromen. Ik besloot dat dat mijn plek was.

Mijn interesse in ondergeschikte personages is zeker ontstaan tijdens mijn eerste leeservaringen. De hoofdpersonen uit die verhalen uit mijn jeugd vonden altijd, gedurende hun gecompliceerde en gevaarlijke ondernemingen, vreemde bondgenoten en steun uit onverwachte en magische hoek. Ze begonnen vanuit zeer moeilijke omstandigheden en kwamen obstakels tegen die onoverkomelijk leken, maar de tussenkomst van deze personages veranderde de gang van zaken drastisch en zorgde voor een gelukkig einde.

Jaren later, gevangen in het avontuur van de held van Cervantes, zocht ik naar die onverwachte en magische elementen in het boek, naar die bondgenoten die zijn onderneming zouden vergemakkelijken. Dat is waarom ik mijn toespraak de titel 'Bondgenoten' gaf. Daarmee wil ik de personages een eer bewijzen, zij in wie Don Quichot, in zijn strijd om zijn idealen op te leggen, bemoediging, aanmoediging, begrip, vriendschap, gezelschap vond of een soort van betrokkenheid, vluchtig of permanent, onmiddellijk of symbolisch.

De vele paden die Don Quichot vanuit zijn huis en dorp voeren naar zijn avonturen, het vertrekken, het terugkeren, de momenten van rust aan de kant van de weg en zijn verblijf in herbergen en kastelen zorgen voor allerlei ontmoetingen. We kennen personages die niet twifelen om Don Quichot te beschrijven als een gek en slaags met hem raken, en personages die, hoewel overtuigd van de waanzin van de ridder, hem volgen omdat ze voornemens zijn hem naar huis terug te brengen met bedrog en plannetjes, en personages die hem uitlachen of doen alsof ze een leuke tijd hebben op zijn kosten.

Maar er zijn er ook die hem te goeder trouw volgen en degenen die niet weten wat te denken van de geestelijke gezondheid van de ridder en denken dat hij een vreemde verwarde gek is, soms perfect gezond en in staat buitengewoon goed te oordelen over belangrijke zaken, en op andere momenten, die het dolende ridderschap betreffen, compleet gestoord.

De vijanden van de ridder accepteren zijn spel niet, zonder zich te bedenken dat het voor Don Quichot een zeer serieus spel is. De ridder wil zijn regels opleggen en reageert op obstakels en vijandelijkheden met onverwachte kracht. Hij schiet niet tekort in de aanval of in de belediging. Hij is zelf de grootste onverdraagzame. Kun je met zo'n houding enige steun krijgen? vragen we ons af, zullen er mensen zijn die een beetje aardig tegen hem zullen zijn, of betrokken, die hem toestaan een glimp van mogelijk begrip te laten zien?

Maar Cervantes slaagt erin om Don Quichot te voorzien van die hulpmiddelen zonder welke zijn strijd veel moeilijker zou zijn, eenzaam en onleesbaar. De bondgenoten, die op verschil-

lende manieren de held ondersteunen in zijn doorgeschoten zaak, geven ons namelijk aanwijzingen om Don Quichot te kunnen begrijpen. Ze brengen ons dicht bij het raadsel van het personage.

Er zijn behoorlijk veel vrouwelijke personages die door de pagina's van de Don Quichot paraderen. Onze held probeert de delicate kwestie van zijn relatie met vrouwen op te lossen door zich te houden aan het ridderlijke principe: het hart van de ridder behoort zijn dame toe.

Maar Cervantes wil de dingen niet zo laten en geeft Don Quichot meer dan één gelegenheid te bewijzen dat hij beslist niet ongevoelig is voor de vrouwelijke charmes. Marcela, de dochter van de waard, Dorotea, de hertogin, Altisidora, het zijn vrouwen die een blijvende indruk achterlaten.

Als ze om hulp vragen, kan Don Quichot hen niets weigeren. Andere keren wil hij hen tot dienst zijn. Of werpt hij hen blikken van betrokkenheid, geeft zijn hand aan de een, houdt hij een ander stevig vast, geeft aanleiding tot grappen en bedrog en bedriegt zichzelf om het spel te verlengen. Don Quichot houdt van het spel van de liefde.

Marcela stormt het ridderuniversum van het eerste deel binnen en laat een onuitwisbaar spoor achter. Wat hen verbaast die naar haar luisteren, Don Quichot inbegrepen, en ook de lezers aller tijden, is haar zeer krachtige verklaring van vrijheid.

Marcela, die eerst een wrede en ondankbare reputatie heeft, begint haar verklaring met een onberispelijke redenering: 'De

hemel heeft mij , naar jullie zeggen, fraai geschapen, zo fraai dat mijn schoonheid jullie, of je wilt of niet, dwingt van mij te houden, en vanwege de liefde die jullie mij tonen, zeggen jullie, ja eisen jullie, dat ik ook van jullie moet houden [...] maar het wil er bij mij niet in dat wat als mooi wordt bemind, verplicht zou zijn te beminnen wie het bemint.’ (I, xiii, 103).

Halverwege de toespraak geeft zij de belangrijkste verklaring: ‘Ik ben vrij geboren en om vrij te kunnen leven heb ik de eenzaamheid van het buitenleven verkozen.’ (I, xiiii, 104).

Marcela is nauw verbonden met Don Quichot. Zij heeft niets te maken met haar naasten. Haar aard past niet in de sociale organisatie. Als ze haar vrijheid wilt behouden, heeft zij geen andere keuze dan de eenzaamheid. De visie die zij heeft, waarin vrijheid een aangeboren menselijke eigenschap is, heeft veel te maken met de beslissing van Don Quichot om te leven volgens de regels van de dolende ridder. Haar scherpe uitspraak —‘Ik ben vrij geboren’— en de uitzonderlijke samenhang die bestaat tussen haar ideeën en haar manier van leven maakt Marcela een impliciete bondgenoot van de ridder.

Het pleidooi dat zij voor zichzelf houdt, duldt geen tegenspraak: ‘Laat de bedrogene klagen, laat wanhopen wie bij gewekte verwachtingen bedrogen uitkwam, laat wie ik roep vertrouwen hebben, laat wie ik toelaat zich daarop beroepen; maar laat me niet wreed of moorddadig noemen wie ik geen reden tot hoop geef, wie ik bedrieg, roep noch toelaat.’ (I, xiiii, 105).

Ze neemt niet veel ruimte in beslag in de roman, maar als ze verschijnt, wordt Marcela het middelpunt van de belangstelling. Cervantes geeft haar het woord en laat haar daarna terugkeren naar haar eenzaamheid. Dit is haar wil en de verteller, door haar te laten verdwijnen voor de ogen van Don Quichot, respecteert en steunt haar.

En Marcela gaat iets verder dan de edelman. Haar uitdaging is volkomen eenzaam. Cervantes voelt zich aangetrokken tot mensen die niet passen in de sociale vormen. Het maakt haar uniek, Marcela wil niet alleen haar uitsluiting beëindigen, maar deze ook opeisen. De vrouwelijke toestand van het personage voegt een speciale nuance toe aan haar eis. Als zij aan de behoeften van haar verliefden zou voldoen, zelfs als zij de onvoorwaardelijke dienst zou aanvaarden die Don Quichot haar verleent, zou Marcela afstand doen van zichzelf. Haar aard zit in haar eenzaamheid, in de zelfredzaamheid. Cervantes plaatst Marcela, met buitengewone subtiliteit, op een niveau dat boven de ridderlijke idealen ligt. Ze bereikt haar hoogtepunt alleen, niet afhankelijk van de ander. Nee, vooral, gebaseerd op liefde.

In schril contrast met de idealen die Marcela inspireren, biedt de dochter van de waard ons een goede dosis realiteit.

De lijn die de dromen van de edelman scheidt van het schelmachtige leven dat heerst op de wegen en handel is niet al te duidelijk. De dochter van de waard bevindt zich midden op die onzichtbare grens. Haar aanwezigheid in de roman getuigt van de ambivalentie: niet iedereen past tot in de perfectie in de categorie van een schurk, oplichter of lafaard. De realiteit



is buitengewoon complex, een personage kan op een bepaald moment onschuldig zijn en kwaadaardig op een ander. Zoals het gebeurt in het leven, er zijn mensen die zich niet gedwongen voelen tot een bepaalde omschrijving noch om zich met volledige samenhang te gedragen.

De dochter van de waard zien we niet met de stralenkrans die Marcela omringde. De verteller plaatst haar een beetje aan de rand van de gebeurtenis, en bijna altijd zwijgend. Zij observeert liever dan dat ze handelt. Cervantes nodigt ons uit om naar haar te kijken wanneer hij vagelijk, zomaar, meldt dat ze een ‘heel knap ding is’ (I, XVI, 115) en, tijdens de delen in de herberg, is hij zeer alert op de blikken en de glimlach die de jonge vrouw uitwisselt met Don Quichot die op zijn beurt, door de herberg in een kasteel te veranderen, haar niet benadert als de dochter van een herbergier, maar haar behandelt als een dame.

De momenten van stilte en betrokkenheid die plaatsvinden tussen Don Quichot en de dochter van de waard zijn beschreven in raadselachtige paragrafen. Bij de deur van het herberg-kasteel en na opwindende nachtelijke avonturen, kijken de herbergiers, de gasten, de bedienden en Sancho, allen naar de ridder. De verteller zegt ons: ‘Ook de dochter van de waard keek naar hem, en hij op zijn beurt hield zijn ogen niet van haar af, en af en toe slaakte hij een zucht die uit het diepste van zijn binnenste leek te op te wellen en iedereen dacht dat dat moest zijn van de pijn in zijn ribben.’ (I, xvii, 126).

De tijd is stil gezet, zodat we de heldere blik van de dochter van de waard kunnen vastleggen, we kunnen luisteren naar het

zuchten van de ridder en goed kunnen letten op dat wat de verteller ons zegt, dat zo welbespraakte ‘allen dachten’ waaraan alleen maar aan moet worden toegevoegd: En ze hadden het mis, omdat het zuchten van de ridder niet door pijn kwam, maar door de liefde.

In de loop van een nacht die nog opwindender was dan de vorige, vinden we een andere raadselachtige zin: ‘De dochter hield haar mond en glimlachte af en toe’ (I, xxxv, 316). En we voelen een zeker intiem begrip tussen de twee, alsof de jonge vrouw iets weet dat de anderen niet weten.

Uiteindelijk kiest de dochter van de waard voor de zogenaamde echte wereld en neemt deel aan de onplezierige grap die Maritornes uithaalt bij Don Quichot. Op dit punt verdwijnt de mogelijke verbintenis. De ridder draagt de gevolgen met zich mee. Wanneer de dochter van de waard bij hem aanklopt op zoek naar hulp voor haar vader, die door wan betalende gasten is aangevallen, beweert Don Quichot dat hij de prinses Micomicona heeft beloofd geen nieuwe avonturen te ondernemen totdat hij de zijne heeft afgemaakt.

Maar bij het afscheid behandelt onze held haar net zoals aan het begin. In perfecte riddertaal spreekt hij tot de drie vrouwen van de herberg: ‘Huil niet, lieve brave vrouwen, want al deze tegenslagen horen bij de beoefenaars van het beroep dat ik heb [...] Vergeef mij, schone vrouwen, als ik u door achtere-loosheid van mijn kant enig euveldaad heb aangedaan [...]’: ‘Ik zal die weldaden die u mij in dit kasteel heeft bewezen niet vergeten.’ (I, xlvii, 417).

Dit zijn de middelen van de held. Hij is erin geslaagd de keten van spot en bezwingen te doorbreken die zich had weten uit te breiden tijdens zijn toevallige verblijf in de herberg en het is hem gelukt de stukken in te passen in de smalle grenzen van zijn erecode.

Het lijkt niet toevallig dat Cervantes de jonge vrouw geen naam geeft en soms noemt hij haar de dochter van de waard en op andere momenten, schaarser, de dochter van de waardin. Hij heeft haar in een tussenruimte geplaatst. Ze is niet dromerig noch ondeugend genoeg, ze ontsnapt aan de omschrijving, en de auteur kent haar naam niet, herinnert zich deze niet of wil deze niet onthouden.

De lezer is getuige van de feiten en heeft geen andere mogelijkheid dan de dubbelzinnigheid te accepteren. We zijn in een gebied terechtgekomen waar de ridderlijke idealen zijn vermengd met de wereld van schurken. Het is het terrein van de roman.

In Dorotea, een van de vrouwelijke karakters uit het eerste deel vindt de verzoening plaats. Ze is vriendelijk en makkelijk in de omgang, lezer van ridderromans en een uitstekende mondelinge verteller. Ze valt op door haar buitengewone schoonheid en intelligentie, ze vecht om haar eer te herstellen en de correspondentie van haar geliefde te ontvangen, ze weet hoe te spelen wanneer het nodig is, en ze is altijd bereid diegenen te helpen die dat nodig hebben. Deze jonge begaafde vrouw had de zwakte om verliefd op te worden op een man uit een hogere sociale klasse, en wat nog ernstiger is, ze bezweek. (4).

Maar ze verdient haar happy end op eigen kracht, zonder hulp van niemand.

Weten hoe je jezelf moet uiten is een fundamentele vaardigheid op de schaal van de Cervantes waarden. Dat Dorotea dit kostbare talent bezit, lijkt een onmiskenbaar teken van de sympathie die de auteur voor haar voelt. Alles wat ze zegt, zegt ze heel goed. Haar verhaal, zoals gebeurt met datgene dat het meest accuraat en overtuigend wordt gebracht, klinkt als de waarheid. Het 'U hebt gewonnen, schone Dorotea, u hebt gewonnen, niemand kan het hart hebben zoveel waarheden bij elkaar te loochenen.' (I, xxxvi, 470) met welk de heer Fernando zijn nederlaag erkent, ontvangt een algemeen applaus.

Het feit dat Dorotea een vrouw is, is bepalend in haar drama zoals ook gebeurde met Marcela. Maar in haar geval is het aangrijpend, omdat altijd diegene die bezwijkt meer ontroert dan diegene die weigert. Weinig personages uit de *Don Quichot* bezitten zoveel talenten als zij. En als gekwetste vrouw, vertegenwoordigt Dorotea absoluut niet de rol van hulpeloze vrouw.

Dus de drie belangrijkste vrouwelijke personages uit het eerste deel beleven hun verhalen in de marge van de avonturen van de heer. Toch plaatst Cervantes ze naast hem en Don Quichot werpt zijn blik op elk van hen. Hij stelt zichzelf in dienst van hen of probeert het in ieder geval, hij gedraagt zich als bewonderaar en zelfs als een minnaar, maar zij zijn het echter, elk op hun manier, die de heer betrokkenheid en steun geven, hoewel, in het geval van de dochter van de waard, het slechts om tijdelijke hulp gaat.

Al in het tweede deel, wanneer de almachtige hertogin, met enthousiaste samenwerking van de frivole Altisidora, aan de touwtjes van het bedrog trekt, dat meerdere hoofdstukken beslaat, dan is het alleen Doña Rodríguez, de goedgelovige dienstmeid die de vrede vertegenwoordigt en een dosis vertrouwen bijdraagt door de ridder te vragen of hij de mentale pijn kan wegnemen die haar dochter heeft geleden.

De ridder kan rekenen op een andere zeer waardevolle soort steun, die vriendschap biedt. Het pad van vriendschap is meestal breder dan het van de liefde en de uitingen hiervan ervan zijn minder dramatisch. Naast vriendschap, biedt sympathie de held ook de sporadische hulp.

Het is in het tweede deel wanneer Don Quichot echte vrienden maakt. Natuurlijk heeft hij altijd Sancho aan zijn zijde, maar Sancho bevindt zich, bijna vanaf het begin, altijd te midden van de gebeurtenis en de relatie tussen de ridder en de schildknaap toont de essentiële conflicten van de held. Sancho is geen ondergeschikt personage.

De Ridder met de Groene Mantel, model van de Castiliaanse adel, blijkt een uitstekende gesprekspartner voor Don Quichot. Don Diego bewondert het goede oordeel dat onze held heeft als hij belangrijke maar zeker geen eenvoudige zaken behandelt, zoals het geval is bij de opvoeding van de kinderen.

De dichter Don Lorenzo, zoon van Don Diego, is een nog betere gesprekspartner dan zijn vader. Don Lorenzo, als dichter, behoort tot de familie van de buitenstaanders, ofschoon Don Quichot, aangezien het onderwerp hem interesseert, tot in de-

tail laat zien dat er dichters zijn die slagen en op sociaal gebied floreren, en, met duidelijke ironie, adviseert hij Don Lorenzo, om als hij succes wilt hebben, het gemakkelijke pad van de retoriek te volgen.

Roque Guinart, de goedhartige bandiet, die onmiskenbaar buiten de sociale orde staat, wordt zeer goede vrienden met de ridder, die een paar dagen in zijn kamp doorbrengt en lange gesprekken met hem voert. Bij het afscheid probeert Don Quichot hem ervan te overtuigen zijn leven als struikrover op te geven en een dolende ridder te worden.

Het lijkt niet toevallig dat in dit tweede deel, als er zoveel personages zijn die het stokje overnemen om regisseur van het spel te worden en het transformeren in spot, Don Quichot zijn behoefte aan meer gezelschap laat vallen. De dichter Don Lorenzo en de bandiet Roque Guinart inspireren de wens van de ridder om een vriend aan zijn zijde te hebben met wie hij als gelijke kan praten.

In andere stukken van het tweede deel die zich buiten het kasteel van de hertogen afspelen, beleeft Don Quichot zijn momenten van glorie, van vrede of vriendschap. Bij de bruiloft van Camacho, is de hulp van Don Quichot aan Basilio doorslaggevend. De moed en vastberadenheid van de ridder zijn belangrijk voor de oplossing van het conflict ten behoeve van de ware liefde.

In het zoete avontuur van de beelden van de Heilige Ridders, vindt Don Quichot een oase van rust, en de herders en herderinnen van het gefingeerde Arcadië verwelkomen hem met veel

plezier in hun paradijs. Hun spel lijkt, hoewel veel beperkter, een beetje op dat van de ridder. Iedereen ontvlucht de realiteit, iedereen wil een ander zijn.

Dus Don Quichot maakt vrienden, ondanks de tegenslagen, en geeft en krijgt steun. Niet alles is een obstakel. Zoals in die verhalen die me werden voorgelezen en die ik las tijdens mijn jeugd, vindt de held bondgenoten en vervolgt zijn weg. Hij struikelt en staat op, hij reconstrueert zijn droom keer op keer, en wanhoopt niet. Ondanks zijn beroemde verklaring na het ongelukkige avontuur van de betoverde boot, 'Ik kan hier verder niets doen' (II, xxix, 668), kan Don Quichot altijd nog een paar stappen nemen.

Aan het einde, wanneer de schaduw van de vervalste Quichot Cervantes steeds meer gaat irriteren, begint de ridder gesprekken bedoeld om zijn gesprekspartners ervan te overtuigen dat de personages aan wiens avonturen we deelnemen de echte Don Quichot en Sancho zijn en niet diegenen die door de pagina's van een ander boek lopen waarvan de auteur het ook niet verdient om te worden vermeld (10). Het lukt onze held zelfs om Don Alvaro Tarfe, een personage van de vervalste Don Quichot, van zijn waarheid te overtuigen, met wie de ridder, in een typische Cervantijnse krachtsinspanning een verstandige dialoog heeft.

Reeds na de dood van Don Quichot, verschijnt tijdelijk een ondergeschikt personage dat benadrukt moet worden: namelijk de schrijver die, op verzoek van de priester, getuigt van de dood van de held. Het is Cervantes die het verzoek in de mond van de priester legt. Dat het voor iedereen duidelijk is

dat het verhaal voorbij is. Don Quichot sterft en niemand gaat hem weer tot leven wekken. Er zijn geen uitwegen meer, noch echte, noch valse.

En dat is dat de fabel, het verhaal, voorbij is. Dit is hoe verhalen eindigen, met een sluitend einde. Niet alle verhalen hebben een goed einde, hoewel dat wel mijn favorieten waren en ik had graag, in mijn eerste ontmoetingen met het werk van Cervantes, de nederlagen van de ongelukkige held in overwinningen willen kunnen transformeren, hem willen helpen toen hij van zijn onzekere paard werd geslagen of toen er een slagenregen op hem viel, en hem zelfs willen corrigeren toen hij de molens reuzen noemde, zeker van de ramp die zou komen.

Maar daar ging het niet om. Cervantes laat de held zijn nederlaag accepteren, zich terugtrekken en sterven. Hij accepteert dat einde en onmiddellijk daarna eist zijn werk de onsterfelijkheid van het personage op.

Het is Don Quichot zelf die het doek laat vallen wanneer hij verklaart: 'Ik was gek en inmiddels ben ik bij mijn verstand.' (II, lxxiiii, 954). De rol is voorbij. Hij vraagt niet meer om betrokkenheid noch eist hij dat zijn fantasieën worden geaccepteerd als onbetwistbare waarheden. Hij bevindt zich op een andere plek. Vandaar neemt hij afscheid van zijn oude leven, en zegt het hele leven vaarwel.

De verteller neemt het woord om een einde te maken aan het verhaal: 'te midden van de deernis en tranen van de aanwezigen, de geest gaf, waarmee ik bedoel dat hij stierf.' (II, lxxiiii, 955). En Sidi Hamid zegt tegen zijn pen: 'Hier blijf je hangen [...]



Voor mij alleen is Don Quichot geboren, en ik voor hem, hij wist van wanten en ik van schrijven, alleen wij tweeën passen bij elkaar, ondanks en in de weerwil van de zogenaamde schrijver uit Tordesillas die het waagde of zal wagen met zijn grove, lomp gesneden struisveer de heldendaden te beschrijven van mijn dappere ridder, want dat is geen last voor zijn schouders, noch geen zaak voor zijn verkilde vernuft; en mocht je hem bijgeval leren kennen, maan hem dan de vermoeide en al vermoemde botten van Don Quichot in het graf te laat rusten [...]' (II, lxxiiii, 956).

De verteller van het verhaal, richt zich meestal aan het einde tot de lezer om hem een einde te geven, en dat is wat Cervantes doet. Uiteindelijk vraagt hij, eist hij erkenning en respect.

Het was iets dat aanwezig is in alle pagina's van het boek en dat, in de loop van het tweede deel, steeds duidelijker is geworden. 'Daarom besluit hij In dit tweede deel —zo vertelt de auteur ons — hij geen losstaande en bijkomstige verhalen in te lassen, maar uitsluitend een paar die dit wel leken, maar voortkwamen uit de het ware verloop van deze geschiedenis en dan nog mondjesmaat en niet uitvoeriger dan voor een goed begrip nodig is; en daar hij zich inhoudt en binnen de enge grenzen van de vertelling blijft, terwijl hij het talent, vermogen en vernuft heeft om het hele heelal als zijn terrein te kiezen, vraagt hij ons zijn moeite niet te onderschatten en hem te prijzen, niet om wat hij schrijft, maar om wat hij naliet te schrijven.' (II, xliiii, 754).

En hierin is de *Don Quichot* radicaal anders dan de traditionele verhalen, waarin de stem van de verteller een onpersoonlijke toon had. Het was een collectieve stem.

Don Quichot toont ons de wereld van de ik-persoon, van de persoonlijke wil, van de persoonlijke dromen. Het is geen verhaal. Het is het verhaal, de roman van Cervantes. We beginnen te praten over Don Quichot, Sancho, Dulcinea, Marcela, Dorotea, de ridder met de Groene Mantel, de schurk Roque Guinart, en we eindigden met het praten over Cervantes en zijn inspanning om onsterfelijk te worden.

Een verhandeling over literatuur die er tegelijkertijd een is over het leven. Dit is het werk van Cervantes. Literatuur als metafoor van het leven. Waanzin als metafoor voor literatuur.

Nogmaals, ik heb de indruk dat alles wat niet is gezegd eigenlijk het belangrijkste is. Dat is waarschijnlijk de reden waarom Cervantes ons een verhandeling over literatuur als een roman biedt, omdat, ten slotte, alle essentiële zaken van het leven niet kunnen worden genoemd en wij elkaar allemaal beter begrijpen als we over iets anders praten. Ja, over literatuur. Iets bedoeld om te vermaken of om 'de mensen afkerig te maken van de verzonnen en onzinnige historiën in ridderboeken' (II, lxxiii, 956), maar bovenal iets dat wordt beleefd met de passie van een unieke mogelijkheid en dat een zaak van leven of dood wordt.

Mensen praten en praten en schrijven en schrijven, alsof we niet geloven dat we in staat zijn om de tranen, de scheuren en teleurstellingen te bedwingen, en om ons te distantiëren van

het toelaten van heftige vreugde en blijdschap. Op de achtergrond van zoveel woord, zoveel verhaal, van zoveel vertellen en zoveel luisteren, klopt altijd de hoop dat op een gegeven moment het wonder van wederzijds begrip plaatsvindt en een glimp van waarheid aan het licht komt.

Noot van de vertaler:

Voor de passages uit de *Don Quichot* heb ik gebruik gemaakt van de Nederlandse uitgave *De vernuftige edelman Don Quichot de la Mancha* vertaald door Barber van der Pol (Atheneum – Polak & Van Genneep, 2005).

**2019**

HERINNERINGEN UIT  
HET HIERNAMAALS  
SCHRIJVEN IN MEXICO  
TIJDENS DE LODEN JAREN

*Jorge Volpi*



**1. 43 gezichten zonder lichaam en een lichaam zonder gezicht**

In de middag van 26 september 2014 ging een groep studenten van de Plattelands Normaalschool<sup>1</sup> van Ayotzinapa, in de staat Guerrero —een van de armste regio's in een van de armste staten van Mexico— op weg naar Iguala, waar twee eeuwen geleden de laatste fase van de onafhankelijkheidsoorlog begon, om een actie te starten die traditioneel gekoppeld was aan de geschiedenis van het verzet: de kaping van een paar bussen die hen naar Mexico Stad zouden brengen om deel te nemen aan de herdenkingsmars —een afschuwelijke paradox— voor de moord op studenten op 2 oktober 1968 in opdracht van de regering.

Uren later werden de door de jongeren bezette voertuigen onderschept door verschillende gewapende commando's, die niet aarzelden om hen te folteren, hen te achtervolgen en op iedereen te schieten. De strijd duurde enkele uren, met de betrokkenheid of directe deelname van de verschillende veiligheidstroepen in het gebied —gemeentelijke, staats — en federale politie, evenals het leger—, gecoördineerd vanuit een enkel commandocentrum. De volgende dag werd Iguala wakker met zes lichamen als gevolg van de felle aanval: drie studenten van de Normaalschool —een met een gevild gezicht— een voetballer —de bus van een lokaal team werd doorzeefd toen hij werd verward met die van de studenten— een passagier en een bestuurder. En vanaf dat moment zouden nog 43 studenten van de Normaalschool als vermist worden opgegeven.

Vijf jaar later weten we nog steeds niet wat er met hen is gebeurd noch kennen we de redenen die hebben geleid tot die horrornacht. De Mexicaanse regering, de regering die hen had moeten beschermen, is niet alleen niet in staat gebleken de zaak op te lossen —of de schuldigen te vervolgen— maar hield tijdens de gehele regeringsperiode van president Enrique Peña Nieto ook hardnekkig vol juist het tegenovergestelde te doen: het manipuleren van bewijs en getuigen, het verzinnen van schuldigen, het martelen van verdachten en het verwarren van de resultaten zodat de waarheid niet aan het licht komt.

De gezichten van die 43 studenten zijn sindsdien het duidelijkste en meest schokkende symbool geworden van het geweld dat mijn land heeft getroffen sinds de start van de oorlog tegen de drugshandel eind 2006. Gemaakt door tal van visuele kunstenaars, en steeds opnieuw weergegeven door de pers,

zijn hun gezichten de obsessieve herinnering aan de wreedheid. 43 gezichten die echter geen lichamen hebben, evenals de 60 of 70 duizend vermisten die zich tot vandaag de dag ophopen in deze afgedankte uithoek van de planeet. Sinds de klassieke oudheid is een van de daden die onze menselijkheid kenmerkt de mogelijkheid om onze doden te begraven, een recht dat is ontnomen aan de families van al deze mannen en vrouwen. Aan hen moeten nog 250 duizend lichamen worden toegevoegd, waarvan een groot deel gevonden in honderden clandestiene graven verspreid over ons grondgebied, zonder dat we wisten welke namen, welke bestemmingen, welke verlangens of tegenslagen hen in het leven vergezelden.

Wij Mexicanen leven op een begraafplaats vol lichamen zonder verhalen en verhalen zonder lichamen. Voor hen, de doden en de vermisten, is Julio César Mondragón, de student wiens leven niet alleen werd weggenomen, maar ook zijn gezicht, misschien wel het meest verschrikkelijke symbool van ons Loden Tijdperk. Omdat niemand het huidige Mexico zo belichaamt als hij: een land dat zijn gezicht heeft verloren, een gevild en verwoest land, een land dat niet meer in staat is zichzelf te herkennen.

## **2. Oorlogsbalansen**

Op 11 december 2006, een paar dagen na zijn aantreden, beval president Felipe Calderón het leger zijn hoofdkwartier te verlaten en, samen met de Federale Politie, zich te mengen in de strijd tegen de drugshandel. De eerste van deze gezamenlijke operaties, begonnen in zijn thuisstaat Michoacán, werd gevolgd door andere operaties in Baja California, Guerrero, Chihuahua, Sinaloa en Durango. Op 22 januari 2006 had de president voor

het eerst naar deze strategie verwezen en gebruikte hij de twee woorden die de aard van mijn land daarna dramatisch zou veranderen: kruistocht en oorlog.

Zijn vastberadenheid verraste de publieke opinie: hoewel de misdaadcijfers in Michoacán de hoogste in het land waren, was het aantal moorden op nationaal niveau het laagste in tien jaar en tijdens zijn campagne stelde Calderón nooit een vergelijkbare maatregel voor. In diezelfde tijd was Mexico nog steeds verstrikt in een reeks protesten onder leiding van Andrés Manuel López Obrador, de voormalige burgemeester van Mexico-stad die, overtuigd van een enorme fraude, de uitslag van de verkiezingen niet had erkend en zichzelf tot legitieme president had uitgeroepen.

De door Calderón aangekondigde maatregel leek ontworpen om de president te rechtvaardigen jegens de aanvallen van zijn rivaal in plaats van de georganiseerde misdaad effectief aan te pakken. In de drugs vond de president een meer verontrustende dreiging dan in de provocaties van López Obrador: een vijand die het absoluut kwaad belichaamde en hem in staat zou stellen het land om hem heen te herenigen. Vandaar het herhaalde gebruik van die onheilspellende woorden, kruistocht en oorlog, voortkomend uit zowel zijn strijdende katholicisme als de retoriek van George W. Bush na de aanvallen op de Twin Towers. En dus, zonder dat iets de samenleving had voorbereid op wat zou komen, werd de logica van de ‘oorlog tegen het terrorisme’ onder ons geïntroduceerd als de ‘oorlog tegen drugs’.

De oorlogsmetaforen, steeds opnieuw gebruikt door de regering, tekenden het conflict als een strijd tussen goed en kwaad:



aan de ene kant de verdorven drugshandelaren en aan de andere kant de heldhaftige politie die bereid was hen uit te roeien. Dit zwart-wit denken werd al snel geconfronteerd met een meer dubbelzinnige en complexe realiteit: gemeenschappen waarin de drugshandelaren met alle sectoren van de economie waren vervlochten; politie en justitie geïnfiltreerd door criminelen; en tientallen —en uiteindelijk honderdduizenden— slachtoffers die louter door het feit dat ze zo waren, geïdentificeerd werden met de schurken.

De nederlaag van de partij van Calderón bij de verkiezingen van 2012 kan worden verklaard als straf voor een van de meest onverantwoorde maatregelen van al onze presidenten. Maar hoewel Enrique Peña Nieto, de winnaar uit de gelederen van de voormalige officiële partij, de oorlogsretoriek van zijn voorganger afschafte, bleef zijn strategie identiek: een straffende —en reagerende— visie, die de slechtste ondeugden van het systeem bewaarde, zoals werd aangetoond met de zaak van de 43 van Ayotzinapa. Zijn lichtzinnigheid en corruptie —omgevormd tot ware staatspolitiek— zorgden er alleen maar voor dat het geweld bleef groeien.

De overweldigende overwinning in 2018 van Andrés Manuel López Obrador in zijn derde poging om het presidentschap te bereiken, kan ook worden gezien als een rationeel besluit tegen de schaamteloosheid van Peña Nieto. Ondersteund door een enorme populariteit, een hechte band met het volk, zijn integere reputatie en de beslissing om zich te concentreren op de kansarmen —in een van de meest ongelijke landen ter wereld— wakkerde López Obrador eindeloze hoop aan. Helaas is hij, eenmaal in de regering, een groot deel van zijn campag-

nebeloften niet nagekomen, waaronder het terugsturen van het leger naar zijn kazerne, het op de rails krijgen van een overgangsjustitie en het garanderen van het einde van de straffeloosheid.

In plaats daarvan hield de nieuwe regering de nadruk op het straffen, dat ze eerder, met de oprichting van de Nationale Garde als een nieuw veiligheidsorgaan, hadden bekritiseerd. Dit veiligheidsorgaan had in theorie een civiel karakter, maar doordat het geïntegreerd en geleid werd door het leger, werd de alomvattende aanpak tegen de misdaad die hij in oppositie aankondigde, vergeten. Het resultaat is een nieuwe toename van het geweld: van 2006 tot 2019 werden 250 duizend doden verzameld, tussen de 60 en 70 duizend vermisten en een ontelbaar aantal vluchtelingen.

Ik moet het herhalen: 250 duizend doden, 60 of 70 duizend vermisten en een ontelbaar aantal vluchtelingen. Cijfers die alleen vergelijkbaar zijn met die van een land in burgeroorlog, maar misschien is het omdat, zonder het toe te geven, dat het ook is: een broedermoordgevecht dat weigert zijn naam uit te spreken. Cijfers die ons samen vertellen over meer dan de twee miljoen gezinnen die rechtstreeks door geweld zijn getroffen. Meer dan twee miljoen verhalen die niemand —of bijna niemand— heeft willen vertellen. Meer dan twee miljoen verhalen die onze opeenvolgende regeringen daarentegen hardnekkig hebben gebagatelliseerd, verborgen of beschermd. Meer dan twee miljoen verhalen die daar achterblijven, verstopt, totdat iemand ze durft te vertellen.

### 3. Wandelaars

Mensen zijn niet zoals bomen, schreef Juan Goytisolo: anders dan zij, bewegen wij. Deze wilskracht om de meest ondoordringbare uithoeken te bevolken, maakt ons juist menselijk. Zelfs degenen die denken meer sedentair te zijn, zijn erfgenamen van generaties mannen, vrouwen en kinderen die, vluchtend voor honger, armoede of geweld, het durfden om door vlaktes, jungles en woestijnen te reizen, om bergketens en kloven te doorkruisen, om over rivieren en oceanen te varen op zoek naar een beter leven. Degenen die de moed hadden om hun geboortegrond of vaderland achter te laten, het bekende voor het onbekende te verlaten, zich in ruige of vijandige landschappen te wagen, zijn de besten onder ons. De grote overlevenden van onze soort.

In een verderfelijke omkering, vermenigvuldigen zich nu degenen die erop staan ons het tegenovergestelde te laten geloven: dat migranten potentiële schurken zijn, geïnfiltreerde en boosaardige vijanden, bereid om onze soort verdorven te maken, onze veiligheid te ondermijnen of onze gewoonten aan te vechten, die worden gezien als, in het beste geval, buitenaardse wezens, buitenlanders met grimmige bedoelingen, en in het slechtste geval als criminelen of moordenaars. We hadden geen genetica nodig om te weten dat alle mensen dezelfde waarde hebben, maar nu weten we zeker dat we dezelfde afkomst hebben. De mensheid is niet alleen een van de mooiste verhalen die we hebben bedacht, maar ook een realiteit gevestigd in onze cellen en ons lichaam.

Een van onze meest kwaadaardige verzinsels is daarentegen de wil om grenzen tussen ons te creëren: lijnen getrokken door de machtigen die op hun beurt voorbestemd zijn om ons te verdelen in een wij en zij. Zij: de barbaren voor wie we, zoals in het gedicht van Cavafis, altijd op onze hoede moeten zijn. De barbaren die het excuus zijn geweest om muren, hekken of prikkeldraad aan te leggen. De barbaren die zijn gebruikt om het nationalisme te vergroten —een ander moorddadige verzinsel— om degenen aan te wijzen die verantwoordelijk zijn voor onze tijden van angst, om de angst voor anderen te ontketenen, om onze ergste instincten te verheviggen en onze angst te rechtvaardigen.

Deze immorele ethische omkering herinnert ons aan de praktijk van de nazi's: het vervolgen van joden, zigeuners en homoseksuelen was niet langer verderfelijk en werd een morele verplichting. Ditzelfde recept volgen Donald Trump en zijn handlangers nu: het tegenhouden van migranten wordt een noodzaak en, om dit te bereiken mag elke strategie gebruikt worden. De eerste is om de natuur zelf te gebruiken: in Mexico, de dorre vijandigheid van de woestijn in het noorden of de dichte overvloed van de jungle in het zuiden. Dit wordt gevolgd door de vorming van gewapende eenheden die gericht zijn op het vervolgen en aanhouden van migranten, die plotseling criminelen worden: van de migra (immigratiedienst) naar de Nationale Garde, dat wil zeggen de twee nationale gardes, de Amerikaanse en nu ook de Mexicaanse. En, voor als dat nog niet genoeg is, de gevangenkampen waar degenen die als illegaal worden beschouwd worden vastgehouden —mannen, vrouwen en kinderen— en de nieuwe maatregelen die het recht op asiel beperken of verbieden.

En, als toppunt, de Muur. Het doet er weinig toe dat deze onpraktisch of nutteloos of onmogelijk te bouwen is: net als de Chinese muur —zoals Kafka in zijn verslag uit 1917 schreef— werkt het meer als een symbool dan als een echt obstakel. En, als een symbool, beter als het dat uitgestrekte wilde territorium omvat dat zich, in de ogen van Trump en zijn kiezers, uitstrekt ten zuiden van de Rio Grande, die wij Bravo noemen. Geconfronteerd met de onmogelijkheid zijn gekke project te financieren, veranderde de demagoog Mexico in zijn Muur en de Mexicanen in zijn bewakers.

In deze tragische omkering zijn we uitgegroeid van een land van emigranten, dat vocht om hen te beschermen tegen de barbaarsheid uit het noorden, tot een land van insluiting voor migranten uit het zuiden. Een gebied waar de regering zich verheugde over het feit dat het aantal mensen dat het grondgebied doorkruiste binnen een paar weken afnam dankzij hetzelfde beleid dat eerder voor onze landgenoten gold: poorten en hekken, massale en willekeurige aanhoudingen, gedwongen uitzettingen. Duizenden mannen, vrouwen en kinderen —talloze kinderen— die in het beste geval zijn uitgezet en in het slechtste geval vastgehouden in concentratiekampen, gebouwd op de grens of mishandeld, verkracht of vermoord in Mexico.

Nogmaals: duizenden en duizenden verhalen die niemand —of bijna niemand— durft te vertellen. Duizenden verhalen over heldendom en verzet. Duizenden overlevingsverhalen die, ik herhaal, zijn begraven in de woestijn of in de jungle, totdat iemand de moed heeft om ze te vertellen.

#### 4. Geen wet, geen verhalen

Meer dan het Oude Westen is Mexico een wetteloos gebied. Of met een ontelbaar aantal wetten waaraan men zich niet houdt. Een gebied waar rechtvaardigheid niet bestaat. De statistieken zijn overtuigend: slechts één op de tien moorden is opgelost. Als we de cijfers van de oorlog tegen drugs terughalen, betekent dit dat slechts 25.000 van de 250.000 moorden die in deze dertien jaar zijn gepleegd, zijn opgelost. Of, omgekeerd, dat er bij 225.000 moorden geen gerechtigheid is geweest: niemand is veroordeeld voor het plegen van deze moorden en daarom is het onmogelijk om te weten wat er in elk van deze gevallen is gebeurd.

Als we naar de andere misdaden kijken, worden de gegevens nog erger: slechts één op de tien misdaden wordt gemeld en volgens de studie van de organisatie México Evalúa blijft 94 procent ongestraft.

Nogmaals: hoeveel verhalen zijn er? Hoeveel pijn, hoeveel schande, hoeveel spijt, hoeveel waanzin, hoeveel nederlagen, hoeveel koorts, hoeveel angst, hoeveel onredelijkheid, hoeveel passies?

Mexico: een land zonder gerechtigheid en zonder waarheid. Zonder verhalen.

En daarom zonder geschiedenis.

## 5. Niemand, ikzelf

Hoe gaat dit lukken? Als ik terugdenk aan mijn jeugd, herinner ik me een autoritair land, waar één enkele partij het hele openbare leven domineerde, kritiek werd ontmoedigd en waar afwijkende meningen werden bestraft, er was geen vrijheid van meningsuiting en de leiders misbruikten grenzeloos hun macht. Maar ook een min of meer rustig land, waar de verschillende soorten geweld besloten waren in een ondergrondse wereld die moeilijk te zien was. Een hypocriet en onzeker Mexico, waar de wrok en uitbarstingen broedden die later aan het licht zouden komen, maar dat een delicaat evenwicht bewaarde dat sociale vrede verzekerde en ons in staat stelde aan een betere toekomst te denken. Een Mexico dus vol conflicten, maar dat dacht dat met de komst van de democratie de ernstige problemen zouden moeten worden opgelost.

Toen in 2000 voor het eerst een oppositiekandidaat president werd, vond de democratie eindelijk zijn weg in Mexico. Maar daarmee kwam niet de mooie toekomst die we hadden verwacht; Integendeel, vanaf 2006 kwam de verschrikking die in de voorgaande paragrafen is beschreven. Het onvoorstelbare oorlogsgeweld tegen drugs heeft ons in staat gesteld om duidelijker het andere geweld te zien dat al eerder broedde, met name tegen vrouwen. We hebben altijd geweten dat Mexico een macholand was, maar nu is er geen twijfel meer over het genormaliseerde geweld dat zich uit in een verschrikkelijk aantal vrouwenmoorden, verkrachtingen en andere gendermisdaden.

Nee, de democratie heeft niet geleid tot een betere wereld. Niet omdat zij de schuld is van onze rampspoed, maar omdat

het de demonen heeft ontketend van een regime dat hen in bloed en modder had vastgehouden. Mexico is sindsdien in een perfecte storm terechtgekomen. De basis ligt echter in de economie. Vanaf de jaren tachtig werd de neoliberale logica in mijn land ingevoerd, net als in de rest van de wereld. Het idee dat de staat verantwoordelijk is voor alle kwaden —die zijn drastische achteruitgang veroorzaakt— ging gepaard met de toename van egoïsme en hebzucht en verheerlijking van de markt.

Tegenover de revolutionaire traditie die, althans in theorie, sociale gelijkheid en herverdeling van rijkdom nastreefde, vestigde het neoliberalisme de pijlers van een extractieve economie en een samenleving waarin iedereen alleen naar zichzelf kijkt. De fictie dat de onzichtbare hand van de markt uiteindelijk de rijkdom zou verdelen, werd in Mexico een nieuwe stimulans voor corruptie die werd getolereerd en zelfs gepromoot als —Peña Nieto dixit— een culturele traditie. Als je hieraan toevoegt dat het oude regime nooit een echte rechtsstaat wilde te creëren, is het resultaat dit land waar gerechtigheid een hersenschim is.

Dus toen dit chaotische systeem, bijeengehouden door veiligheidsspelden, geteisterd door enorm veel geweld —economisch, sociaal, van geslacht— door elkaar werd geschud door de oorlog tegen drugs, verdween het evenwicht. En dus wonen wij Mexicanen op een begraafplaats, maar worden we gedwongen om dag na dag te denken dat de doden en de vermisten er niet zijn. In een bloedige nieuwe editie van Pedro Páramo leven we met de doden.



## 6. Schrijven tussen lijken

In 1994 creëerden vijf jonge Mexicaanse schrijvers een literaire groep waaraan we de dubbelzinnige naam Crack gaven, in een soort eerbetoon, nooit goed begrepen, aan de Boom-generatie. Onze serieuze grap resulteerde in de publicatie van een manifest, op de manier van de avant-garde. We verwierpen het label van het marginale —en dus van het exotische— dat toen de overhand had als handelsmerk van de literatuur uit de regio. We bewonderden García Márquez, maar ontkenden het idee dat het magisch realisme de incarnatie was van de Latijns-Amerikaanse ziel, alsof alleen fantasie onze tegenslagen zou kunnen verklaren. Hiertegenover deden we een beroep op de kosmopolitische traditie die altijd al bestond in de Latijns-Amerikaanse twintigste eeuw —ongeacht het zegevierende nationalisme.

Op basis van deze benadering hebben we onszelf tot taak gesteld om boeken te schrijven die niet in Latijns-Amerika afspeelden en waarin geen magie voorkwam. Dat is hoe ik in 1999 *De Zoektocht naar Klingsor* publiceerde, een roman gericht op de Verenigde Staten en Duitsland tijdens en na de Tweede Wereldoorlog en waarin geen Mexicaan voorkwam en Mexico niet werd genoemd. Mijn werk was natuurlijk niet de eerste oefening in deze soort, maar ik bleef me verbazen over het feit dat de kritiek zich, zowel positief als negatief, concentreerde op deze schijnbare zeldzaamheid: de excentriciteit van het niet meer excentriek willen zijn.

In de daaropvolgende jaren voltooide ik een trilogie over drie grote momenten van de twintigste eeuw in Frankrijk, de Verenigde Staten en de Sovjetunie. Zo verscherpte ik dat grondbe-

ginsel van de Crack, in de veronderstelling dat de keuze van het onderwerp —althans van het ogenschijnlijke onderwerp— voor een schrijver uit het midden niet anders hoefde te zijn dan voor een uir de periferie. Mexicaans zijn betekende, zoals Alfonso Reyes, Jorge Cuesta of Octavio Paz schetsten, de mogelijkheid universeel te zijn. Ondertussen concentreerde Ignacio Padilla, een van mijn grote vrienden van de Crack, die drie jaar geleden stierf, zijn verhalen op Centraal-Europa en Centraal-Azië, of op onzekere of bijna mythische gebieden, om de kosmopolitische intentie te benadrukken geleerd van onze meesters.

In 2007 keerde ik terug naar Mexico na verscheidene jaren in Europa en de Verenigde Staten. Maanden eerder was Calderón de oorlog tegen de drugs gestart. Al heel snel werd wat leek op een plotselinge uitbraak van geweld, een tijdperk van ononderbroken geweld en de maatregelen die door de regering werden ingevoerd om deze te bestrijden, in een staat van permanente uitzondering, om de uitdrukking van Giorgio Agamben te gebruiken.

Plots werden we getuigen van hoe de televisie en pers dagelijks verslag deden van het aantal sterfgevallen dat elke dag, elke week en elke maand groeide. En als, tijdens de eerste maanden van de oorlog, deze macabere inventaris ons nog kon raken of van slag kon brengen, wenden we beetje bij beetje aan die waanzinnige klok van de dood, wiens wijzers zo onherroepelijk als nietszeggend draaiden. Een van de problemen van de empathie, die zo nuttig is in andere contexten, is dat deze zich alleen uit bij concrete gezichten en mensen en die kille cijfers —72, 2034, 7830, 15.400, 17.034, 250.000— zeiden ons niets meer. Als we hier de vastberaden pogingen bij optellen om ons

te laten geloven dat geweld niet zo relevant is of is afgenomen, zijn we nu ondergedompeld in een algemene apathie.

Luister maar eens naar de toespraken van politici, kijk televisie of radio, en zelfs naar een groot deel van de pers en sociale media, om de kunstgreep te checken: alles leidt er toe dat we denken deel uit te maken van een normaal land, waar de enige prangende zaken zijn: de persconferenties van de president, de nonsens van een ambtenaar, de voetbalresultaten, de roddels uit de entertainmentwereld en niet die absurde cijfers die ons herinneren aan onze Loden Jaren, halsstarrig en onbeschaafd. We zijn personages in een horrorverhaal: een land van zombies, waar elke dag talloze moorden, vrouwenmoorden en verdwijningen plaatsvinden en waar niemand — behalve de familieleden van de slachtoffers — zich mee bezighoudt noch zorgen over maakt, omdat iedereen verzonken is in zijn eigen vreugde en ellende.

Hoe moet je een schrijver of kunstenaar in Mexico zijn in dit Loden Tijdperk? Bij een installatie op de Biënnale van Venetië in 2009 vroeg de kunstenares Teresa Margolles zich af: ‘Waar kunnen we nog meer over praten?’ Deze vraag blijft geldig, net als de verschrikking die ons sindsdien omgeeft. Het is nog steeds paradoxaal dat ik, behorend tot een groep Mexicaanse schrijvers die het recht claimden te stoppen met obsessief naar onszelf te kijken, nu de vraag van Margolles steeds weer herhaalt.

Ik wil daarmee niet impliceren dat Mexicaanse schrijvers zich nu alleen maar moeten bezighouden met het geweld dat ons omringt, omdat dat hetzelfde zou zijn als dit geweld om te zet-

ten in die bronnen van exotisme, ontworpen voor wereldwijde consumptie, die ons zo boos maakten toen we jong waren. Het betekent echter wel dat we die onheilsprofeten moeten worden die elke viering verpesten. Wij zijn het, erfgenamen van Rulfo, van Castellanos en Fuentes, die anderen eraan moeten herinneren dat Mexico een begraafplaats is. En, voor zover mogelijk, die talloze verloren of begraven verhalen schetsen.

## **7. Over graven en grafchriften**

Als er één plek het Mexico van het Loden Tijdperk zou kunnen omschrijven, zou dit het graf zijn. Een diepe holte, gegraven in de aarde en in de modder, waar criminele groepen —en ook veiligheidstroepen— hun slachtoffers verbergen en begraven. Vanwege het onvermogen van de staat hebben verschillende maatschappelijke organisaties zich georganiseerd om ze aan het licht te brengen: honderden van deze clandestiene graven zijn gevonden op ons grondgebied, elk gezaaid met ontelbare overblijfselen en beenderen, waarvan de meeste niet zijn geïdentificeerd.

Diegene die zich hebben moeten bezighouden met deze macabere onderneming —vooral vrouwen, moeders, zussen en partners van de verdwenen personen— hebben hun normale werk moeten opzeggen om opgravers te worden. Hun voorbeeld kan ons helpen de uitdaging te begrijpen waarmee de kunstenaars en schrijvers van mijn land in deze donkere tijden worden geconfronteerd. Velen van ons hadden er de voorkeur aan gegeven onszelf te blijven ontdoen van nationale clichés en stereotypen, maar de ramp die ons omringt heeft ons ertoe gebracht om te

vertellen —en proberen te begrijpen— wat er om ons heen gebeurt.

Er bestaat geen andere reden voor het feit dat schrijvers van verschillende generaties zijn afgeleid of afstand hebben genomen van andere projecten om de tijd te nemen over onze Loden Jaren te vertellen. Van Juan Villoro tot Elmer Mendoza, van Cristina Rivera Garza tot Fernanda Melchor, van Sara Uribe tot María Rivera of van Emiliano Monge tot Luis Jorge Boone —ik noem er slechts een handvol— veel Mexicaanse schrijvers en dichters zorgen nu voor dit verlaten en rokende Mexico want: Waar zouden we anders over kunnen praten? Ik besloot om mijn eerste twee Mexicaanse boeken in lange tijd te schrijven, *Examen de mi padre* en *Una novela criminal*, om dichterbij het huidige Mexico te komen.

Deze dubbele onderdompeling opende me de ogen naar het land dat ik heb geprobeerd te schetsen —en aan de kaak te stellen— op deze pagina's. Empathie, dat neuronale proces dat in ons allemaal aanwezig is, vereist noodzakelijkerwijs herkenbare gezichten en lichamen die identificatie met anderen mogelijk maken. Als schrijvers hebben we de verantwoordelijkheid om ze te herdenken door de verloren verhalen van onze Loden Jaren te vertellen, zodat meer lezers —en burgers— zich zullen interesseren voor het onzekere lot van hun landgenoten. Zonder onze eigen passies te verwaarlozen, moeten we de grafschriften schrijven van de talloze lichamen die opgestapeld zijn op ons pad. Het is misschien niet het werk dat we als jonge mensen wilden doen, maar het is de taak die ons toebehoort wanneer al het andere ons naar onverschilligheid en vergetelheid drijft.



- 1 De normaalschool is een verouderde benaming voor het schooltype waar onderwijzers opgeleid werden.

**2020**



# LEZER, SCHRIJVER, DOCENT

*Luis Landero*



Ik ben een man zonder vak. Nu ik net zo oud ben als de wijze en gerespecteerde oude mannen uit mijn jeugd, kan ik het met expertise en zonder twijfels zeggen. Ik mis een repertorium aan gedegen kennis over iets specifieks, ik beheers geen kunst of vaardigheid, en hoewel het soms lijkt alsof ik veel weet of dat ik op zijn minst praat als een expert, is alles eigenlijk vaagheid, een woordenstroom, filosofie en uiterlijk vertoon, met enige vonken die de schijn wekken van enorme kennis die nauwelijks is waargenomen. Het is voor mij hetzelfde als voor de straatveger die ik op een dag vroeg hoe het in zijn vak ging. ‘Vak?’, zei hij met een verbijsterd en bitter gezicht van minachting. ‘Dit is geen vak of beroep. Hierin valt niets te leren. Je wordt niet beter. Hier veegt iemand binnen een paar dagen even goed als iemand die al twintig jaar veegt. Mooi werk is dat van een metselaar of van een monteur. Maar dit? Bah! Hiervoor werkt alleen iemand die waardeloos is.’

Stiekem voelde ik me met hem geïdentificeerd. Behalve toen ik gitarist was, beschouw ik mezelf ook als een man zonder beroep, met slechts een paar vage vaardigheden waarmee ik mijn brood heb kunnen verdienen en een plek op de wereld heb gevonden. Ik heb altijd bewondering gehad voor mensen die een vak beheersen en het met zorg en plezier uitoefenen.

Die bewondering had ik al als kind. Mijn grootvader Luis had een gereedschapskist, die ik zeer bewonderde en bekeerde. Niet zijn jachtgeweer of zijn fretten, niet zijn werpnet of schakelnet, niet zijn machine om patronen te maken, niet zijn wijn- of olijfboomgaard, maar zijn gereedschapskist. Hij bezat alleen de basisonderdelen en hij gebruikte de kist nauwelijks, en alleen voor het groffe werk, omdat hij niet erg handig was voor het fijne. Zodra ik kon, als teken van emancipatie, kocht ik ook mijn eigen gereedschapskist, één met drie verdiepingen en met allerlei doe-het-zelf-fantasiën, en daar staat die, voor als ik een schroef moet aandraaien, een schilderij moet ophangen en weinig anders.

Nu ik schrijver ben en docent ben geweest, kan worden aangenomen dat ik in ieder geval veel of voldoende weet over taal en literatuur en het maken van romans, maar ik denk zelf van niet. Ik ging naar de universiteit en studeerde Spaanse taalkunde, maar ik ben geen taalkundige. En ook nooit geweest. Hoewel het misschien wel kan zijn dat ik veel weet, maar het is allemaal warrig, los, niet passend. Een beetje zoals in de Chinese bazaars, waar alles is, maar alles van slechte kwaliteit. Zonder veel te weten over Homerus, Shakespeare of Calderón, heb ik er in mijn lessen veel over gesproken, want

als ik ergens echt goed in ben, dan is het het creëren van schijn en het maken van illusies met woorden. Terwijl ik praat lijkt het erop dat ik veel weet, maar zodra ik mijn mond houd, is de luchtspiegeling gebroken, wat overblijft zijn schillen, vellen, afvalresten. Zoals Thomas Mann laconiek opmerkte in zijn dagboek nadat een lezing van Lukács had bijgewoond: ‘Terwijl hij sprak, had hij gelijk.’

En toch is wat ik zeg niet helemaal juist. Misschien ben ik niet eerlijk tegenover mezelf, of misschien overdrijf ik mijn onwetendheid om later met mijn beste kennis te pronken. Ik zal proberen nauwkeuriger te zijn. Gedurende jaren las ik bijvoorbeeld Adorno. Ik heb zijn boeken onderstreept en met opmerkingen aangevuld. Maar wat kon ik zeggen over zijn ideeën? Losse dingen, half anekdotisch, zoals dat we, omdat we gewend zijn geraakt om auto's of koelkasten met geweld te sluiten, of gewend aan draaideuren of deuren die uit zichzelf opengaan, niet meer weten hoe we een deur zachtjes moeten sluiten. Bovendien lijkt het niet bij deze tijd te passen, maar iets van butlers of uit een historische film. Conclusie: de techniek heeft onze relatie met de voorwerpen verarmd. Dat is wat ik nu over Adorno zou kunnen zeggen, en ik zou mijn geheugen moeten belasten om me iets anders te herinneren. En toch weet ik dat ik zonder Adorno niet de persoon zou zijn die ik nu ben. Ik weet niet wat ik hem schuldig ben, afgezien van het leesplezier, maar ik weet dat ik hem veel verschuldigd ben. En ik weet dat zijn boeken en de kracht van zijn gedachten zich in mij bevinden, vaag, maar levendig en belangrijk. En hetzelfde dat ik zeg ik over Adorno, en om bij de filosofen te blijven, kan ik zeggen over Montaigne, Rousseau, Plato, Spinoza, Nietzsche, Ortega en zelfs Schopenhauer, die ik het meest ken.

Als ik in mijn oude notitieboekjes en mappen kijk, vind ik gedetailleerde samenvattingen met aantekeningen van boeken die ik met zorg en profijt heb gelezen en, meer dan gelezen, heb ik ze bestudeerd. Bijvoorbeeld: *On Liberty* van Stuart Mill, *Contingency, irony and solidarity*, van Richard Rorty, *De protestantse ethiek en de geest van het kapitalisme* van Max Weber, *de vernietiging van de rede*, van Lukács, *Tien grote economen: van Marx tot Keynes*, van Schumpeter, *Democratie in Amerika*, van Tocqueville ..., waarvan, als er nog iets over is gebleven, zal het ergens in mijn herinnering zitten waartoe ik geen toegang heb, of slechts de overblijfselen van een gelukkige schipbreuk.

Meer dingen: er waren tijden dat ik veel te weten kwam over de Mexicaanse revolutie, de graaf-hertog van Olivares, de Eerste Wereldoorlog, het Russische formalisme, de val en ondergang van het Romeinse rijk, zen, erasmisme, darwinisme, van de heksen in de Middeleeuwen, van het vervoer van mensen en goederen in de achttiende en negentiende eeuw in Spanje, van zeilen ... en nog veel meer dingen, waarvan ik sommige al helemaal vergeten ben. Afgezien van enkele algemeenheden, heeft bijna niets dat ik te weten kwam het overleefd, maar ik begrijp dat de inspanning niet voor niets was, en dat ik, mysterieus genoeg, alles wat ik nu weet, het grootste deel van mijn ervaringen, te danken heb aan het bezinksel dat de opeenstapeling van dat oppervlakkig lezen, van bijna verdwenen intellectuele romances in mijn herinnering, in mijn geest en in mijn karakter heeft achtergelaten.

Bij wat ik las zat ook geen plan of volgorde, maar eerder de gepassioneerde en gelukkige opeenstapeling van wat

ik onderweg tegenkwam, zoals voor de handelaar voor wie er geen rotzooi is die zijn zaken niet waard is, omdat ik nooit heb gelezen om een groot professor te zijn, of om kennis op te bouwen, en als ik tijdens het lezen iets nastreefde, behalve plezier en nieuwsgierigheid, was het om mijn verbeeldingskracht te vergroten en mijn horizon als schrijver te verbreden.

En hoe zit het met mijn meest geliefde auteurs, die ik al jaren heb gelezen en herlezen? Wat kan ik zeggen over Cervantes, Kafka, Shakespeare, Dickens, Faulkner, Conrad, Chejov, Borges, Quevedo...? Bijna niks. Ik heb er niet eens bij stilgestaan. Trouwens, soms heb ik gezegd dat ik lezer, schrijver en docent ben, in die chronologische volgorde, en dat deze drie personen niet altijd samen kunnen gaan in hun kenmerken, smaak en interesses. Wat de lezer leuk vindt, vindt de schrijver misschien niet leuk (Galdós, bijvoorbeeld), en wat de schrijver geweldig vindt, vindt de leraar saai (Joyce). De leraar leest soms uit verplichting; de schrijver en de lezer nooit. Maar in de loop van de tijd heb ik de leraar verbannen en anderen laten lezen, zonder te proberen enige conceptuele buit uit het lezen te halen. Nee, ik heb me eenvoudigweg beperkt tot het mezelf laten doorweken door die woordenregen, ik heb mezelf overgegeven aan die werelden en, toen ik ze las, verdwaalde in mijn eigen lezers dagdromen, maakte ik duizenden keren aantekeningen. Maar als ze me er iets over vragen, en laten we niet zeggen als ze me zouden overhoren over die vakken, over Proust of over Rulfo, zou ik moeten zwijgen om niet te vervallen in het onderwijzen van clichés of retoriek uit een boek. Soms werd mij gevraagd om een lezing te houden over enkele van mijn meest geliefde auteurs, en ik heb altijd nee moeten antwoorden: dat

ik niet zou weten hoe dat moet, dat ik nauwelijks iets over hen te zeggen heb.

En toch wemelt mijn geheugen van een oneindig aantal fragmenten, losse details of hele scènes, van atomen en flarden, van scheepswrakken, sommige kort en wazig en andere lang, onuitwisbaar en duidelijk. Ik herinner me bijvoorbeeld heel goed dat er in *De tijgerkat* een moment is waarop Fabrizio met Don Ciccio op jacht gaat en, aangezien het moeilijke tijden zijn, is Don Fabrizio's stemming nogal somber, omdat hij voelt dat hij op een bepaalde manier getuige is van het einde van het leven, van een mentaliteit, van zijn eigen seculiere aristocratische wereld. Maar daar bij het betreden van het bos kijkt hij om zich heen en ontdekt hij vol bewondering dat dit hetzelfde bos is —dezelfde bomen, dezelfde kluwen en dezelfde geuren— die de Feniciërs, de Doriërs en de Ioniërs zagen en roken toen ze op Sicilië aankwamen. Sinds de dagen van Artemis is daar niets veranderd. Die bestendigheid van dingen, van een onveranderlijke orde, stelt hem gerust, maar vervult hem ook met heimwee naar de mogelijkheid dat de onrechtmatigheden van het heden de gezegende stilte van de geschiedenis veranderen. Ik herinner me nog goed, en bijna met de exacte woorden, dat verderop een konijn werd gedood en dat don Fabrizio de blik van die ogen van binnen voelde, die 'hem zonder verwijt aankijken, maar bezeten door een verbaasde pijn die tegen de orde van de dingen was gericht'. Hij schudt nog steeds krachtig met zijn beentjes, gedreven door een waanzinnige hoop op redding. Dat is het ergste, de nutteloze hoop als alles hopeloos verloren is. Aan het plezier van het doden voegt don Fabrizio de vreugde van medelijden toe. Ze lopen verder en bereiken de top van een berg. In de onzichtbare verhaallijn waarin de directe reali-

teit van de jachtdag wordt verweven met de omvangrijke historische realiteit die hen omringt, vertelt de schrijver ons hoe de wind alles verenigde en universeel maakte door de geuren van salie, mest en het kadaver te vermengen, en de bloeddruppels van het konijn op te drogen. En ging daarna verder om Garibaldi's haar te laten wapperen en het stof op te rakelen dat de ogen van de Napolitaanse soldaten verblindde, die misleid en gevangen waren door een hoop die even nutteloos was als die van het konijn in zijn doodstrijd. Daarom vallen de twee jagers, de geheime logica van dit betoog volgend een paar regels verder in slaap onder de 'constitutionele zon'.

De verteller zegt ons twee dingen in één: het jachttafereel en de verhitte tweestrijd van Don Fabrizio's gehavende historische geweten, dat ook tevergeefs probeert vast te houden aan een waanzinnige hoop op redding voor zijn wereld en afkomst, maar eigenlijk al hopeloos veroordeeld is tot een snelle en gewelddadige uitsterving.

Ik geloof dat er geen roman of boek is dat ik zorgvuldig heb gelezen waaraan ik geen enkele scherpe en obsessieve herinneringen heb overgehouden. En aangezien ik zoveel boeken en romans heb gelezen, ziet mijn geheugen eruit als een rommelige kinderkamer, een waar hol. Ik word vaak overvallen door passages, personages, geuren en smaken, losse zinnen en gedachten, allerlei soorten snuisterijen, en soms weet ik niet of ik ze heb gelezen, gedroomd of ze me verbeeld, of dat ik ze zelf heb geschreven, en soms zie ik met een verontrustende affiniteit een glimp van de waanideeën van Don Quichot in zijn slapeloze nachten.

Andere keren zijn de gevoelens en de personages met elkaar verbonden en worden ze zelfs onafscheidelijk, zoals de musketiers. Neem bijvoorbeeld Kapitein Brierly, uit *Lord Jim*, en Kabero, uit *Out of Africa*. Kapitein Brierly was een man die zichzelf en zijn beroep als zeeman hoog in het vaandel hield en die, net als Voltaire's personage Candide, geloofde dat hij in de beste mogelijke wereld leefde. Een week nadat hij deze principes door middel van zijn gedrag had laten zien, pleegde hij zelfmoord op volle zee. Plots had hij een bankroet ontdekt, of misschien slechts een klein gemis, in de harmonie van de wereld, en dat was voor hem ondraaglijk. Maar wat mijn geheugen het meest ijverig bewaakt, zijn de omstandigheden van zijn dood, de waardigheid waarmee hij, voordat hij zichzelf in de zee wierp, zijn hond redde zodat hij niet achter hem aan zou rennen. Hij schreef twee brieven met instructies voor de oversteek en hij hing heel voorzichtig de gouden chronometer die de reders hem hadden gegeven als erkenning voor zijn loyaliteit en diensten aan de reling van het schip.

Wat Kabero betreft, hij is een zevenjarige Kikuyu-jongen die, nadat hij per ongeluk een jachtgeweer heeft afgevuurd en daarmee een van zijn vrienden heeft gedood en een andere zwaargewond heeft achtergelaten, een roepie uit zijn zak pakt en die naast het geweer op tafel legt om de schuld af te betalen die hij had en 'zodra deze schuld aan de wereld was kwijtgescholden, vertrok hij; In werkelijkheid, hoewel we dat toen niet konden weten, verdween hij met dat grote gebaar van de aardbodem'.

Ik weet niet op welke manier, maar de roepie en de gouden chronometer zullen voor altijd bij me blijven, als wan-



hopige tekenen van nobelheid en trots. Kleine gebaren, donkere symbolen, die iets wezenlijks en mysterieus van menselijke aard bevatten. Zoals Juan Benet zegt: ‘Het geweten koestert het onbegrijpelijke’.

Steve, Ike en Alfanhuí, de personages van Conrad (*The Secret Agent*), Faulkner (*Het gehucht*) en Sánchez Ferlosio bevinden zich samen in mijn geheugen en vormen een onafscheidelijk trio. Drie kinderen die beter dan wie ook de wezenlijke onschuld vertegenwoordigen van de leeftijd waarin we nog steeds natuurlijk zijn en meer van het leven houden dan van de betekenis ervan, en waarin we ook houden van de dingen en gebeurtenissen zelf en niet vanwege hun doel. Als dieren onze soortgenoten zijn, is Steve als een paard, Ike als een koe, Alfanhuí als een os. Samen gaan ze met mij mee, samen met mijn eigen jeugd, als onafscheidelijke broers die nog niet besmet zijn door de veroordeling van brood en zweet, noch door het pact van de rede met de noodzaak om met gezond verstand en winst te leven ....

Dat soort dingen, details, glimp en grillen, is wat lezen en herlezen in mijn geheugen hebben achtergelaten, zodat ik een docent ben geweest van details, glimpen en grillen, terwijl ik het grootste deel van de wetenschappelijke kennis te danken heb aan goede handboeken. Het beste dat ik in ieder geval aan mijn studenten heb kunnen overbrengen is mijn bevlogen liefde voor woorden en boeken.

En verhalen schrijven en vertellen, is dat geen vak? Ik dacht het niet. Het maken van romans mist het noodzakelijke technische repertorium dat typerend is voor een beroep of

een vak, ook al wil het dat ze, vanwege diezelfde bewering, onderwezen worden onder de noemer van ‘werkplaatsen’ of ‘werkgroepen’ over verhalen en zelfs poëzie. ‘Werkplaatsen?’, Wat zou de straatveger zeggen. ‘Dat is geen werkplaats. Waar is het gereedschap, waar de vaardigheid en finesse, waar de materialen en waar de wetenschap en techniek van de oude en exacte kennis van de meesters?’ En wat voor vak is dat — denk aan een dokter of een meubelmaker— dat afhangt van de inspiratie van het moment? En hoe zit het met mensen die heel goed kunnen vertellen en totaal ongeschoold zijn? En met die jonge mensen van begin twintig, zoals Fernando de Rojas of Scott Fitzgerald, die door ingegeven kunst plotseling onheilspellende boeken maken? En hoewel ik weet dat er professionele schrijvers bestaan, en ook goede schrijvers, die een techniek beheersen, een aantal vaardigheden, en die geen risico nemen bij het voorbereiden van hun werken, denk ik toch en dat is mijn ervaring, dat schrijven, iets vertellen is dat te vaag en onstabiel is om het een vak of beroep te noemen.

Die wirwar van gedachten en episodes in mijn herinnering is uiteindelijk wat tweeduizend jaar cultuur heeft verzameld op mijn schipbreukelingenstrand —met uitvindingen, dromen, spijt en hoop—. Hoewel precair, geeft die erfenis mij een plek op de wereld en een gevoel van broederschap met mijn medemensen in plaats van met mijn landgenoten, of ze nu dood of levend zijn. En als ik sterf, wil ik deel blijven uitmaken van deze egoïstische en wrede familie die ik zo vaak heb veracht en afgewezen, maar waarvoor er tegelijkertijd zoveel redenen zijn om te bewonderen en lief te hebben.

Toen ik docent was, zei ik tegen mijn studenten op de eerste collegedag: ‘Nu het tijd is voor iets nieuws, en voordat jullie ontdekken dat ik niet veel te melden heb, dat ik gewoon een presentator ben die hier is om jullie en Cervantes of Tjechov aan elkaar voor te stellen —hier een schrijver, hier een lezer—, en dat zij, Cervantes of Tjechov, degenen zullen zijn die jullie literatuur onderwijzen, en als zij het niet voor elkaar krijgen, zal het niemand lukken. Dus vóór mijn woorden in regen veranderen, wil ik dat jullie een keer goed naar me luisteren en opschrijven wat ik ga vertellen, en dit zo nu en dan herlezen, totdat je zeker weet dat je het nooit zult vergeten’.

Toen vertelde ik hen dat we allemaal uniek zijn, dat net zoals onze gezichten en vingerafdrukken anders zijn, zo ook de ziel en onze manier om de wereld te zien en om te denken en te voelen. ‘We zijn allemaal veroordeeld om origineel te zijn, vergeet dat nooit. Of nog beter: in ieder van ons bevindt zich het zaadje van originaliteit, en het hangt van ons zelf af of het op goede grond valt en ergens vruchtbaar wordt, of dat het voor altijd vergaat. Originaliteit moet worden verdiend, het wordt niet voor niets gegeven, hoe uniek ook, hoe verschillend men ook is of lijkt te zijn. Om te weten wat je waard bent en wie je bent, moet je hard werken, vergeet dat ook niet’.

Ik begon hen toen te vertellen dat, nu ze nog zo jong waren en zo kort geleden hun jeugd achter zich hadden gelaten, ze het kind dat ze waren geweest en dat nog in hen leefde, niet mochten laten sterven. ‘Een kunstenaar, een schrijver, een wetenschapper, een filosoof, maar ook iedereen die het beste wil bereiken, of iemand die van het leven geniet, is hij die op de een of andere manier zijn jeugd verlengt, en op de een of an-

dere manier zijn onschuld. Later, met de jaren, door observatie en studie, zal ieder op zijn eigen manier een beetje wijzer worden. Dus zullen de wijze man en de jongen een prachtig duo vormen. En wat kan het kind bijdragen aan de samenwerking? Essentieel voor iedereen die het leven uit de eerste hand wil leven: intuïtie en verwondering, het onvermoeibare vermogen tot verwondering. Kennis komt voort uit verbazing, zoals Plato ons leert’.

En daar sprak ik met hen over Luis Buñuel, over hoe hij zichzelf dwong elke dag een verhaal te verzinnen, minstens een half uur lang. Net als iemand die naar de sportschool gaat om zijn spieren te trainen, trainde hij zo zijn fantasie. De verbeelding, zoals alles, verwelkt en verschompelt als het niet wordt getraind. ‘Nou denk ik ook dat je het vermogen tot verwondering, de gewoonte van verbazing moet trainen. We moeten leren om nooit dingen aan te nemen voor voorgoed geleefd of bekend, en geen geneoegen nemen met iemand, hoe slim diegene ook is die ons het uitlegt of vertelt. Nee, laten we ons rechtstreeks tot hen wenden om ze uit eerste hand te leren kennen. Shakespeare uit de eerste hand, het lied van de leeuwerik uit de eerste hand, wijzelf uit de eerste hand. Laten we de nectar opzuigen en niet de honing. Laten we groots en drastisch zijn in de zoektocht naar kennis. Pas je niet aan de gewoonten aan die je worden opgelegd. Wees gepassioneerd, stoutmoedig en tot op zekere hoogte arrogant, en accepteer niet zonder meer de kennis al verpakt en klaar voor consumptie, maar leg deze eerst langs je eigen lat van criteria. Onthoud dat het leven een enkele reis is. Het is niet de moeite waard om originaliteit, onzekerheid en de passie om onszelf te zijn op te

geven. Laten we het leven leven zoals het is: als een onherhaalbaar avontuur’.

‘Alles is nieuw, alles moet ontdekt worden, alles moet uitgeprobeerd worden’, zei ik steeds tegen hen. ‘Dat leren we ook van Don Quichot wanneer hij gek wordt en de wereld ziet vanuit een ongewone, wonderbaarlijke nieuwigheid. Plots ontdekt hij de geheime en intieme aard van de windmolens, van de kastelen vermomd als herbergen, van legendarische ridders die door de tovenaars in vulgaire schapen zijn veranderd. Hetzelfde gebeurt met het kind dat een ruimteschip in een lepel linzen kan zien. Maar ook de minnaar die zijn geliefde, die misschien niet eens aantrekkelijk is, als het mooiste en charmantste wezen ter wereld ziet, als de enige, de onvervangbare. Vertel me niet dat jullie nooit verliefd zijn geworden en dat je die ervaring niet hebt gehad. Kennen jullie de *baciyelmo* van Don Quichot, dat voorwerp dat noch een helm, noch een scheerbekken was, maar allebei tegelijkertijd? Welnu, hetzelfde gebeurt met verliefden, die naar hun geliefde kijken met dezelfde ogen als waarmee Don Quichot naar het scheerbekken keek: als naar een helm. Anderen zullen het als een scheerbekken zien. Zie hier dus een *baciyelmisch* persoon. Voor mij persoonlijk zijn de beste films die ik heb gezien, mijn beste esthetische ervaringen, de beste boeken die ik heb gelezen, altijd *baciyélmicos* geweest. Pas daarom op voor de boosaardige charmeurs die zich graag vermommen met de grijsheid van gewoonte, voortekenen en schrik van de dagelijkse realiteit’.

Ik wist dat mijn betoog bestond uit sterk ontvlambare, snelkokende sentimentele producten, hoe kon het anders zijn in een stevig romantisch pleidooi. Ik sprak voor jonge mensen,

jongens nog, nog niet bedorven door intellectuele vooroordelen, en ik was me bewust van de kracht die mijn woorden hadden. Ik moedigde hen aan om zichzelf te respecteren, op de bevelen van hun hart te vertrouwen, hun wellicht nog dromerige criteria te waarderen, hun eerste ingeving, de nog steeds onzekere en dubbelzinnige pogingen, omdat er veel te leren is in die buitenwijk van gedachte en esthetiek die de adolescentie is. 'We moeten niet proberen anderen te behagen terwijl we onze ware manier van zijn verloochenen of vervalsen. We moeten weten wie we zijn en wat onze eigen en onoverdraagbare wereld is. Dat is onze belangrijkste taak. Maar waar gaan we heen om onszelf te vinden? Zullen wij, net als Ulysses, duizend eilanden moeten bevaren en gevaarlijke avonturen moeten beleven om Ithaca, ons laatste vaderland, te bereiken? Ongetijfeld. Iedereen is een Ulysses op zoek naar zichzelf. Alleen Ithaca is niet ver weg. Nee, we zijn al in Ithaca: we hoeven alleen dat koninkrijk te veroveren dat zich om ons heen uitstrekt. Hier zijn onze ware wonderen, de zeemeerminnen, de cyclopen, en in onze dagelijkse reizen, in ons dagelijks komen en gaan, zit de mythische reis naar het oorspronkelijke land. En het is zo dat, zoals een filosoof zei, het buitengewone en originele niet daar is, maar hier, verward met de nederigste uren van ons leven. Willen jullie Ithaca bereiken en over jezelf regeren? Welnu, open je ogen en kijk naar de wereld. Ik zweer je dat alles interessant is, alles is nieuw als je er intens en geduldig naar kijkt. Zo keek Van Gogh naar zonnebloemen, en met zijn blik vond hij ze opnieuw uit. De dingen die ons omringen, moeten nog worden ontdekt. En het is dat we te snel door het leven gaan, zonder onze ogen op de dingen te richten, zonder te stoppen om ze te ontdekken en erover na te denken. En wat erger is, we nemen dingen als vanzelfsprekend aan. We leven tweedehands.

We passen ons aan gewoonte aan, de ergste en meest verklaarde vijand van kennis. Daarom, tegenover de slaperigheid van de gewoonte in, is er de wake van verbazing’.

Maar ik zei hen ook dat de kunst en de gewoonte om te observeren en voor jezelf te denken niet gemakkelijk is en niet voor niets krijgt. Het is misschien daarom dat er maar weinig mensen zijn die met eigen ogen kijken of lezen en met eigen oren luisteren, en denken en voelen met hun intelligentie en hun hart. Deze taak vereist traagheid, in een wereld waar alles uitnodigt tot verdovende snelheid en vergankelijkheid van dingen en ideeën. Het vereist ook eenzaamheid en herinnering. ‘De beste vruchten die de filosofie, wetenschap of kunst hebben voortgebracht, zijn voortgekomen uit die levenshouding waarvoor ik jullie uitnodig om voor eens en altijd de jouwe te maken.’ En het vereist ook, en dat is misschien wel het moeilijkste van alles, concentratie. Je concentreren op het je voorstellen en intens voelen van iets totdat het er is. De geur van een appel, de smaak van een cupcake, de aanraking van een vijgenblad, de uitdrukking van angst op het gezicht van een tot dood veroordeelde, het verre geluid van de donder, het proces waarbij de kleur van het kalk op de muren van een huis bij zonsondergang steeds donkerder wordt, de pijn van een gewonde, de romantische overvloed van een geliefde... ‘Schrijf deze drie woorden op in je schrift: traagheid, eenzaamheid, concentratie’.

‘Jullie merken dat tot nu toe alles theorie is. Laten we nu verder gaan met de praktijk. Allereerst kopen jullie vandaag een nieuw, dik, lief en mooi schrift. Je gaat er ongeveer twee uur per week in schrijven, en elke drie maanden lever je het schrift bij me in. Ik zal ze lezen en er opmerkingen bijplaatsen. Ik wil

niet dat je te veel moeite doet om te schrijven. Jullie zijn geen schrijvers en dat hoeft ook niet. Maar ik wil wel dat jullie op een persoonlijke manier leren lezen en observeren. Originaliteit en inspiratie is niet alleen de bevoegdheid van auteurs, maar ook van lezers. Laten we originele en geïnspireerde lezers zijn. Schrijf dus op wat er in je opkomt, zonder scrupules of spijt. Ik wil alleen dat het schrijven je helpt bij het oefenen in traagheid, eenzaamheid en concentratie, wat het precies is om verwondering te oefenen, en dat je op die manier de hoeveelheid nieuwe en bijzondere dingen in jezelf en om je heen kunt ontdekken, waarvan je misschien niet eens wist dat ze bestonden. En om te beginnen neem je de volgende keer je schrift mee met wat je erin hebt geschreven en dat zullen we hier hardop voorlezen, en het gaat over een gemeenschappelijk thema: de gangen. Nu niet de wandelgangen in het algemeen, op een theoretische of abstracte manier, want in dat geval zouden onze teksten allemaal behoorlijk op elkaar lijken. Maar als we onze eigen gangen oproepen, die alleen van ons zijn en die tot onze niet-overdraagbare levenservaring behoren, en tot het unieke territorium van onze verbeelding, dan zullen onze teksten allemaal origineel en authentiek zijn. Kijk goed in je geheugen, concentreer je erop, roep de vijf zintuigen op, en breng die gang terug waar je ooit erg bang was, waar je eenzaamheid of erotiek voelde, zoals de gang van het ziekenhuis waar een geliefde pijn leed, de dodencel van een film die je ontroerde, en in de hitte van die herinneringen zullen andere tot leven komen, en je zult geuren, smaken, stemmen, sensaties terugwinnen waarvan je dacht dat je ze vergeten was. Immers, we observeren en denken niet na op het moment dat we op straat lopen of met iemand praten, maar pas later, wanneer we het



ons herinneren, in een daad van bezinning en concentratie. En het is op die momenten dat wat een denkbeeldige herinnering is, ook verschijnt, omdat we niet langer alleen kijken met onze ogen, maar ook met de niet minder echte ogen van fantasie. De dingen lijken dan nieuw, origineel, de onze. Herinnering en verbeelding maken van ons verleden een onuitputtelijke wereld waarin alles te ontdekken valt. Maar onthoud dat je, om het te ontdekken, vaagheid en abstracties moet ontvluchten en aan het concrete moet werken. Onderstreep dit goed: het concrete’.

Het was toen dat ik hen vertelde over de tuin van Emerson. Het boek heet *Ensayos escogidos* uit de Austral-collectie, en ik weet niet meer hoe het bij mij terecht kwam. Ik moet 17 of 18 jaar zijn geweest, en het lezen van die essays veranderde mijn visie op de wereld en op mezelf voor altijd. Het was een van die ingrijpende ervaringen waarna je niet meer dezelfde bent, of in elk geval niet mee helemaal, maar herboren lijkt in een nieuw leven, alsof je inderdaad een subtiele maar tegelijkertijd belangrijke metamorfose hebt ondergaan. Ik las het boek meerdere keren achter elkaar in een koortsachtige staat van verwondering en oneindige dankbaarheid. En nu probeerde ik mijn studenten een soortgelijke ervaring te laten hebben, want dat was misschien wel het beste dat ik ze kon bieden. Het boek wordt een dweperige en romantische ballade voor jezelf, en als je het leest, begrijp je waarom Walt Whitman, die zoveel van Emerson leerde, het zo trots voor zichzelf zong.

Op een gegeven moment gebruikt Emerson een beeld dat ik erg leuk vind, en dat ik duizend keer heb herhaald in mijn lessen en bij lezingen om alles te illustreren wat ik zeg

over mijn eerste les, waarin de echo van dat belanghebbende boek nog steeds doorklinkt. Emerson zegt dat iedereen zichzelf moet accepteren zoals hij is, en bovendien zichzelf met trots en tevredenheid moet accepteren. Dat we allemaal het geluk hebben gehad een stuk land te hebben om op te werken. Dat er vast grotere en vruchtbaardere gronden in de buurt zijn, waar betere sla groeit dan op de onze, maar dat we onze eigen tuin moeten verbouwen, de tuin die ons toekwam, zonder ja-loers te zijn op de ander, tevreden en gelukkig met onze eigen sla, ook al is deze klein en bleek.

‘We moeten dus hard werken in onze wereld’, zei ik tegen mijn studenten, ‘dat wil zeggen in onze tuin en voor onze sla’, en daarna prees ik het concrete nogmaals. ‘Het concrete, altijd het concrete’, en hier versierde ik mijn woorden met enkele beroemde citaten. Ik had het over hoe Freud zegt dat we afstand moeten nemen van het universele en ons moeten bezighouden met het concrete, met persoonlijke mogelijkheden, met ons eigen verleden, met onze onzichtbare sporen. Hoe Goethe bevestigt dat de expressie van het bijzondere zorgt voor het leven van kunst, dat dit is wat ons onderscheidt van anderen, uniek en onnavolgbaar, en dat er geen reden is om bang te zijn dat het bijzondere geen weerklank zal vinden in anderen. Over Joyce, die adviseert om te schrijven wat het bloed ons dicteert, niet het intellect. ‘En wat er over de kunstenaar gezegd wordt, geldt voor iedereen die de kunst van het leven wil cultiveren. Dus denk eraan: werk aan het concrete, in je eigen kleine tuin, zoek in je geheugen en in je dagelijkse omgeving, wees trouw aan je onzichtbare sporen en luister naar wat je hart je ingeeft. Onthoud wat Cervantes zei: als je weet hoe je moet voelen, weet je hoe je je moet uiten’.

En de schrijver? De schrijver zoekt steun bij zijn notitieboekje zoals een bedelaar zijn toevlucht zoekt tot de warmte van een vuur. En het komt voor dat men soms niet weet wat te schrijven, dat de verbeelding hapert, dat de ziel vervaagt en de zintuigen afvlakken, en dat men toch de behoefte voelt om te schrijven. Dan is er dus altijd de mogelijkheid om je over te geven aan herinneringen. In ons verleden bevindt zich alles wat we nodig hebben om het vuur van inspiratie aan te wakkeren. Zelfs fantasie woont in de herinnering. Schrijf niet op wat je voelt, schrijf op wat je je herinnert en je zult de waarheid vertellen, zoals ik weet niet meer wie al zei. Je moet dus gewoon een wandeling maken door het woud van de reeds geleefde tijd, daarbij het lot volgend. Je bent nergens naar op zoek, je gaat nergens heen. En toch vind je van tijd tot tijd een paddenstoel, een haarstrik, een patrijsnest. Een gouden munt. Alles, alles zit in de rugzak van het leven. Dus laten we onze eigen buit verzamelen als de beste buit die in een goede oorlog is gewonnen.

Soms denk ik dat ik het grootste deel van mijn verleden al heb verteld. Het grootste deel van mijn leven is al geogst. Ik oogstte mijn jeugd en mijn adolescentie, ik was een geliefde en een gitarist, en die jaren heb ik ook geogst, ik heb mijn verblijf in Parijs geogst, ik heb mijn vader talloze keren geogst, en de mooie meisjes uit de buurt en mijn dorp, en mijn leven als docent en als schrijver en als lezer, en nog veel meer, omdat het soms lijkt, en misschien is het waar, dat het leven kort is, ja, maar in plaats daarvan komt er geen einde aan de herinnering van wat er geleefd is.

In die oogst zitten natuurlijk ook de boeken die ik heb gelezen en heb opgenomen in mijn bloed. Die reeds gelezen, levende boeken maken daarom deel uit van mijn persoonlijke en niet-overdraagbare ervaringen. Waar ik naar kijk, wat mij verteld wordt, wat ik voel, wat ik lees en wat ik hoor, dat alles en meer belandt in de bodemloze fietstassen van de herinnering, die ervoor zorgt dat het wordt bewaard en goed past, en waar de vergetelheid het daarna gaat selecteren, verfijnen, verwijderen en plaatsen, kokend naar eigen smaak en volgens een alchemie die alleen zij, de vergeetachtigheid en het geheugen, kennen en die nog niemand heeft kunnen ontdekken.

Ik heb in mijn verleden altijd de vonk van de verbeeldingskracht kunnen vinden om personages en verhalen te bedenken die niet bij mijn eigen leven leven horen en pure verzin-sels zijn, en toch zijn ze ontstaan uit het altijd vruchtbare land van de herinnering. De reis naar het verleden is heel magisch, en op zijn afgelegen en gevaarlijke plaatsen zijn er ongetwijfeld de zeemeerminnen, het land van Jauja, El Dorado, de zekere mogelijkheid van de eenhoorn en alle wonderen die in het diepste van ons hart bestaan, maar die niet tot leven kwamen. Alonso Quijano doet niets anders dan op zoek gaan naar een tijd waarin —volgens legenden goedgekeurd door het hart en gelegitimeerd door de heimwee van het verlies ervan— er dagelijks wonderen waren, talloze avonturen, dromen die uitkwamen, nobele waarden die bezweken door het pak slaag van schurken en reuzen, wat net zoveel is als het zeggen van de vulgaire en onrechtvaardige en hatelijke realiteit. Don Quichot verzet zich tegen de armoede van de werkelijkheid en gaat op zoek naar de verloren tijd.

Maar misschien is de tuin van mijn herinnering al verdord, zoals een personage uit Pamuk zegt, en kan ik alleen hetzelfde doen als die vrouwen die gingen speuren naar korenaren, druiven of olijven. Om de restjes van het banket bij elkaar te schrapen. Maar nee: ga gewoon aan de slag en begin aan het avontuur om te zien dat herinnering, net als verbeelding, een bodemloze put is. Het verleden eindigt, net als schrijven, nooit.

Als de ziel is uitgeschakeld, lijkt het alsof de woorden allemaal plotseling zijn verdwenen. Als een zwerm trekvogels zijn ze 's nachts op de vlucht geslagen en zijn ze ver weg gevlogen, naar een vredige uithoek. Achter het raam begint een nieuwe dag. Tot hier reikt het verre lawaai van de stad. Zoals elke ochtend ben ik aan mijn tafel gaan zitten en ben ik begonnen met schrijven. Het is nu twee uur geleden en ik kan niets schrijven. Ik schrijf en schrap, schrijf en schrap. Ik kras alsof ik de vlek van een zonde wil uitwissen. Alsof je boete doet. Er zijn dagen dat ik, als ik kon, alles zou doorstrepen wat ik tot nu toe heb geschreven.

Het zijn dagen waarop de ziel vervaagt en de geest, zonder woorden, terugkeert naar beslotenheid die lijkt te herinneren aan de primitieve eeuwen van de mens. Zelfs het hart lijkt te zijn uitgegegaan. En wat kun je schrijven als je niets meer voelt? Men herinnert zich dan wat Cervantes zei: 'Weten hoe je moet voelen is weten hoe je je moet uiten', of wat Goethe zei: 'Het is genoeg om te voelen.' Zoals in de verzen van Antonio Machado ('In mijn hart had ik / de doorn van een passie; / ik slaagde erin deze op een dag eruit te trekken: / ik voel mijn hart niet meer'), voelt men ook niets, slechts verveling, geconfronteerd met de eisen van het leven, van de

wereld. Emoties, vreugde, verwondering zijn ver weg, niets interesseert ons en alles maakt ons boos. Is er iets ergers dan een apathisch hart? ‘Goddelijke gouden doorn, / wie zou je kunnen voelen / in het hart gestoken’. O ja! Opnieuw voelen, opnieuw lief hebben, opnieuw schrijven, zelfs ten koste van pijn, van de goddelijke pijn van het leven.

Maar er gaan twee, drie uur voorbij op de ene dag en op de andere dag, en de woorden verschijnen nog steeds niet.

Nog eens twee, drie uur, en de dagen gaan voorbij, en de woorden verschijnen niet. Waar zijn ze gebleven? Waarom komen ze niet gewoon terug? Je opent een boek en je kunt ze daar ook niet vinden. Ik zie ze, ja, en ik spreek ze hardop uit, maar ik herken ze niet, ze zijn het niet, ze zijn niet mijn oude, mijn lieve woorden. Ik lees een alinea van een van mijn favoriete auteurs. Maar vandaag klinken de woorden uit mijn beste boeken mij als krantenwoorden in de oren. Ik voel de onhandige bewerking van de grote architecten van de taal. Zelfs Quevedo of Valle Inclán hebben iets weg van een soort dagloners, behoeftige mensen die aan het zoeken zijn. Woorden zonder swing, moeie woorden, met een vies gezicht van de uitgelopen make-up die ooit zo goed stond. Ik leg mijn oor dicht bij de fijne metalen en houtsoorten, maar alleen een verward geluid van strijd bereikt me vanuit hun ingewanden. Waarom stop je niet met schrijven en ga je niet wat anders doen?, zeg ik tegen mezelf. Of nog beter, waarom stel je de belofte van deze blanco pagina niet uit tot morgen, tot volgend jaar, of tot daarna? Dat is precies wat een paar vrienden deden die een schrijftalent hadden, maar niet schreven, want wetende dat ze talent hadden en dat ze op een dag meesterwerken zouden kunnen schrijven,

was voor hen genoeg om gelukkig te leven met het heden en in vrede met de toekomst.

Maar aangezien ik mijn talent niet vertrouw, en mijn onzekerheid ervoor zorgt dat ik koppig ben tot aan het fanatieke toe, bid ik tot de heer van de fantasie en grammatica.

*Oh, heer! Ik vertrouw mezelf aan u toe, help me op deze momenten van verdrukking, wanneer ik de pen opneem, weet ik niet of ik de zweep of de scepter vasthoud, vul mijn hoofd met fantasieën en schenk me de eigenschap om de exacte naam van de dingen te vinden, om nederige woorden krachtig te maken, het vulgaire interessant, het oude nieuw, zodat ik iets kan verzinnen wat niemand eerder had kunnen bedenken, en ik het kan zeggen zoals niemand anders ooit heeft gezegd. Verlos me, mijn heer, van de droom van perfectie, maar herinner me er tegelijkertijd aan dat het niet de moeite waard is om te schrijven als je niet naar perfectie streeft, zodat ik zo de mysterieuze betovering kan bereiken van iets, dat onvolmaakt is, een vaag voorteken suggereert van volmaaktheid. Zorg voor dat wonder en ik zal altijd boven alles van u houden.*

*Help me om me zorgeloos over te geven aan inspiratie en om te ontsnappen uit de greep van buitensporige verantwoordelijkheid en faalangst, maar maak me tegelijkertijd niet een onverantwoordelijk iemand die maar schrijft wat bij hem opkomt, speeltje van de muzen, want dat zou ook een schande zijn. Maak me iets daartussenin, schenk me de gave om tegelijkertijd te schrijven als een wijze en een kind, of als beide personen tegelijkertijd, clown en geleerde, gek en cartesiaans, meester en koorddanser, mier en sprinkhaan, geliefde, astronoom, een sla-*

*peloze, dromer. En als u me de kracht geeft om weer onwetend te zijn en het betoverde gebied van de onschuld binnen te gaan, vergeet dan niet om me vleugels te geven, fragiele membranen, waarmee ik uit dat gebied kan ontsnappen als ik me er gevangen voel. En nu we het erover hebben, heer, blijf me eraan te herinneren dat ik van details moet houden, dat je met een draad het labyrint binnenkomt en er met een beetje was weer uitkomt. Voor een appel verlies je een paradijs, voor een spijker een koninkrijk, en laat niet toe dat ik mezelf verlies in abstracties, maar dat ik leer om de waarde te ontdekken van het kleine en het bijzondere, dat in zijn kleinste binnenste het zaad verbergt van al het grote en belangrijke.*

*Maar als je me laat verliezen in onwetendheid en onschuld en me tegelijkertijd vleugels geeft om ervoor te vluchten, pas dan op dat het gewicht van het proza me er niet van weerhoudt om op te stijgen. Maak me licht, maar maak me ook gesloten, en transparant en ondoorzichtig tegelijk. En, nu we het toch over vliegen hebben, en ik al om kleine dingen heb gevraagd, verlos me dan van het te veel na te denken en te plannen, zodat mijn verbeeldingskracht beter kan vliegen en ik mezelf kan overgeven aan de vloeibaarheid van het schrijven en de driften van het hart.*

*Laat me de wereld zien alsof deze onlangs is gemaakt en ik deze voor het eerst zie. Geef me het gevoel dat als ik schrijf, ik meer zeg dan ik zeg, en dat de woorden die uit mij komen altijd veel meer waard zijn dan ik. Oneindig veel meer. En geef me meteen de kracht om in de zekerheid te wroeten, het te ondermijnen, om te zien welke dingen, welke wonderen, welke geheime en komische absurditeit erin verborgen zitten. En*



*over zekerheid gesproken, inspireer me op elk moment om dubbelzinnig te zeggen wat duidelijk is, en nauwkeurig wat subtiel is. Laat me niet verdwalen in psychologische of leerstellige tuinen, en als je dat doet, sta dan niet toe dat er theoretische of opbouwende klonten ontstaan, maar laat alles oplosbaar zijn en vertroebel het zuivere, kristalheldere water van het verhaal niet.*

*Maak me moedig, heer, om me in het onbekende te wagen. En help me om het woord uit het concept te bevrijden, en met beelden te denken, want alleen dan kan ik nieuwe aders in de werkelijkheid vinden en dingen een nieuwe naam te geven. Schenk mij mentale kracht en de ziel van een komiek om op te gaan in de wereld, om mezelf te veranderen in die bedelaar die zijn enkels krabt in de zon, om hetzelfde te voelen als een schip midden in een storm, om mezelf te zien op mijn eerste nacht van de dood in een graf van sterren, om de moordenaar te zijn die het mes slijpt en in het donker zijn slachtoffer opwacht en om ook het slachtoffer te zijn, en het mes, en de vonken van het mes die in het donker springen, en dat niets in de wereld vreemd is aan de ontketende kracht van de verbeelding.*

*Help me om met een vleugje intuïtie na te denken over wat ik wil zeggen en om het zonder meer te zeggen. Herinner me eraan dat de schoonheid van een zin of een pagina niets is vergeleken met die van een scène of een hoofdstuk. Laat me niet verstrikt raken in elke zin, in elk woord, maar gooi me in plaats daarvan genadeloos in de woeste rivier van de syntaxis. En als we het dan toch over rivieren hebben, geef me kracht en talent zodat tijdens het schrijven, de gedachte en de verbeelding de pen steeds een stap voor zijn, de weg vrijmaken, de geest levend en gespannen, en zorgen voor het jagerinstinct en de trefzekerheid*

*van de zinnen die gaan komen, altijd op zoek naar de oevers en de horizon van de verhalen en de syntactische rivier waar ik doorheen vaar. Geef me het inzicht om de processen te zien die onder de dingen lopen, de rivieren van de tijd waarover ook zij navigeren.*

*Kijk naar mijn hand, almachtige heer, kijk naar mijn pen die boven het papier zweeft: laat me de dynamiek en spanning zien en voelen die in elke zin zit, het kleine en geheime argument, zodat ik het laten vliegen en zo het verlangen kan vervullen dat aan elke zin een einde moet komen. En onthul tegelijkertijd voor mij de erfenis die elke zin of alinea nalaat aan de toekomst. Sta niet toe, Heer, dat ik de mondelinge taal vergeet die ik als kind hoorde, herinner me eraan dat dit en niets anders mijn beste literaire leerschool is, dat hierin zich meer dan in welk boek dan ook de muziek van de taal bevindt, zijn onuitputtelijke melodieën, zijn veelvoudige ritmes en stemmen, zijn ware aard. En laat me, terwijl ik schrijf, intuïtief, heel vaag een glimp opvangen van de symbolische schaduw van wat ik schrijf, de essentiële marge ervan, om de heerlijke en overweldigende kracht van woorden beter te voelen.*

*Sta niet toe, mijn heer, dat ik meer vertrouwen op argumenten dan op schrijven, maar geef me goede argumenten en maak mijn verzinsels net zo levendig als mijn meest echte herinneringen, en laat de verbeelding zo hevig en diep in het onderwerp bijten dat het zijn prooi niet meer kan loslaten.*

*En vergeet niet om me medelevend en barmhartig te maken om het duistere territorium van het individu te kunnen verlaten en te zorgen voor de wereld, de mensen, de personages,*

*en te zien en vast te stellen dat ieder zijn redenen heeft, want door hun redenen te onderzoeken, zullen ze ook hun diepste ellende onthullen, en dan zal mijn ziel oplichten, en de bel van humor en ironie weer rinkelen, en de wereld en haar mensen zullen voor me verschijnen, echter en ondoorgrondelijker dan ooit.*

*Hoor mijn gebed, Heer, en heb medelijden met mij in dit fatale uur als schrijver.*

En zo liegt men over zijn ellende als schrijver en verhalenverteller en verdraagt het. Tot op een dag, want ja, in de verte klinkt geroezemoes: het zijn de woorden die weer terugkeren, tussen gelach en feestmuziek. Zij zijn het. Dan wordt een vaag reliëf in de mist geschetst en verschijnt hier en daar een beeld, de echo van een stem, het silhouet van een personage, een idee, een verwachting, het verre geruis van een conflict. Vaag, wonderbaarlijk, voelt men opnieuw de goddelijke gouden doorn die het hart doorboort, en merkt men op dat de zinnen, het hele verhaal, weer beginnen te kloppen.



**Vertalingen:**

**Hans Lever / Peter Bergsma:**

Zoeken naar de waarheid (13); Van de humor van Quevedo tot de ironie van Cervantes (27); Literatuur en identiteit oftewel het raadsel van de paella (55)

**Esther te Lindert:**

De Inca Garcilaso en de lingua franca (83)

**José Keijzer / Trees Haverkort:**

Interview Isabel Allende; Het onvolkomen geheugen (105); Tegen de dood (151); Europa, jongeren en transportmiddelen (197)

**Jos den Bekker:**

Taal en literatuur van de tropen: van imperiaal naar internationaal Spaans (173)

**Sandra van Leeuwen:**

De ondergeschikte personages in de *Don Quichot* (215); Herinneringen uit het hiernamaals. Schrijven in Mexico tijdens de Loden Jaren (235); Lezer, schrijver, docent (255)

15 AÑO  
CONFE  
SPINOZ  
ÁMSTH

S D E L A  
R E N C I A  
Z A E N  
E R D A M  
S Y





Dit boek is gedrukt in October 2020 in  
Amsterdam en gepresenteerd bij de XV  
Spinoza-Lezing in Madrid en Utrecht

